
La Fuerza
Del Amor
JG Millán

Índice

Prefacio

Esta obra es continuación, o secuela, de otra denominada «Amor Incondicional» perteneciente a este mismo autor, aunque se puede leer de forma independiente sin necesidad de leer primero aquella.

Si te gusta esta novela, es posible que desees leer «Amor Incondicional», para completar la historia.

Ese libro se puede obtener de forma gratuita en el mismo lugar donde has obtenido este, y también se puede descargar de otros sitios, entre los que se encuentran los siguientes:

https://sites.google.com/view/jg-millan/

https://sites.google.com/view/jgmillan/amor-incondicional

https://archive.org/details/amor-incondicional

También se puede encontrar en Amazon, en el siguiente enlace:

https://www.amazon.es/Amor-Incondicional-Juan-García-Millán-ebook/dp/B0947517P9

En cualquier caso, si alguno de esos enlaces no funcionase, siempre puedes introducir en un buscador las palabras "Amor Incondicional" y "JG Millán", y seguro que lo encuentras.

PRIMERA PARTE

El gato chino

Rose se había quedado ensimismada mirando aquel muñequito dorado cuyo brazo se movía rítmicamente arriba y abajo. «¿Cómo se llamaba?», se preguntó. Había visto decenas de ellos en tiendas de todo el mundo y no recordaba el nombre… el gato chino de la suerte… tenía un nombre, desde luego. Se había vuelto a poner de moda y no había establecimiento que no lo tuviera en su mostrador. Aquel bar de carretera no era una excepción y su dueño lo había colocado enfrente de la barra, entre dos botellas de licores.

Removió con una cucharilla la taza de café que le habían servido, con la idea de disolver el terrón de azúcar. Después sacó un blíster de pastillas de uno de los bolsillos de su cazadora de cuero negra, extrajo una píldora, introdujo de nuevo el blíster en el bolsillo y después cerró la cremallera plateada. Una de las muchas cremalleras que tenía aquella escueta prenda que llevaba sobre un todavía más escueto jersey que apenas le cubría lo imprescindible.

Se introdujo la pastilla en la boca y la tragó mientras bebía los primeros sorbos de aquel asqueroso café. Los vómitos la estaban matando, y esperaba que con ese comprimido desaparecieran un poco.

Mientras bebía, volvió a contemplar de nuevo al gato de la suerte. Su brazo izquierdo no paraba de subir y bajar rítmicamente, como si quisiera decir sí, sí, sí.

Entonces lo tuvo claro, y decidió seguir adelante con lo que había planeado. Su padre no debía enterarse, desde luego. No debía enterarse bajo ningún concepto.

Terminó de beberse el café, y con el último sorbo hizo una mueca de asco, una vez más. Pero en ese momento unas fuertes manos masculinas se introdujeron por debajo de su jersey y comenzaron a acariciar sus pechos. El hombre a quién pertenecían las manos estaba detrás de ella, y había comenzado ya a besarla con pequeños mordiscos en su blanco cuello, tras apartar ligeramente la larga melena rubia que lo cubría.

Rose se levantó del taburete y se dio la vuelta.

—¿Nos vamos, nena? —le dijo aquel fornido varón, sin sacar las manos de donde las tenía. Ella le agarró del cuello y comenzó a besarle de forma apasionada. Sus ajustadas mallas de cuero negro se apretaban contra aquel hombre y se fundían en una única figura del mismo material, el tejido con el que iban vestidos los dos. Sus zapatos

de tacón de aguja igualaban casi la altura de Jack, a pesar de que este también calzaba unas altas botas camperas afiladas llenas de chinchetas plateadas.

Los dos siguieron besándose durante un rato más, mientras el barman los miraba en la soledad de aquel tugurio en el que estaban solos los tres. Las escasas luces de color blanquecino le daban un color espectral a un local casi desvencijado que sobrevivía gracias a los escasos *drifters* que todavía quedaban por aquellas carreteras. Sus dos clientes parecían sacados de una postal de los años cincuenta del siglo XX, cuando se estilaban unas indumentarias cada vez menos frecuentes en la sociedad tecnológica de mediados del siglo XXI.

El barman contemplaba impávido aquella escena sin que los dos amantes parecieran inmutarse por su presencia. El hombre del traje de cuero era alto, moreno, con el pelo largo y ondulado y cuando este le preguntó por dónde estaba el servicio, le pareció reconocer el acento y la expresión de un indio cherokee. La chica por el contrario era muy blanca, rubia y delgada, con los ojos azules y una expresión de tristeza que mantenía incluso durante aquel apasionado beso. Se fijó un poco más y observó cómo de sus ojos cerrados comenzaba a salir una lágrima que estaba ya recorriendo una mejilla pálida ligeramente sonrosada.

Finalmente se separaron y la chica acercó su muñeca izquierda al panel digital en el que el barman le mostraba el importe del café que había consumido. El aparato dejó escapar un suave pitido mientras que la lágrima caía a pocos centímetros del mismo, y se descomponía en pequeñas gotitas sobre la barra sin que ni su dueña ni su acompañante pareciesen darse cuenta.

Después, las dos figuras se marcharon del bar agarradas de la mano, en dirección a la imponente moto Harley-Davidson que estaba aparcada en la puerta del establecimiento. Los dos se pusieron sus cascos oscuros mientras el hombre desbloqueaba el manillar de la máquina y la chica se sentaba detrás de él apretándose fuerte contra su espalda. A continuación, tras un rugido atronador, los dos enfilaron aquella carretera en medio del desierto y desaparecieron en la noche.

Medialaria

—Bienvenidas a Medialaria, pequeñas cachorrillas… ¡Ah! Veo que también hay dos chicos… Qué raro… Debéis ser muy buenos, para haber entrado en esta compañía. ¿Cómo os llamáis?

Eran doce jóvenes que cursaban el último año de la carrera de periodismo, y su universidad los había mandado a una de las más importantes agencias de comunicación del país. Medialaria, junto con Proseismedia, estaban considerados los emporios comunicativos más poderosos de Italia, y de los cuales dependían múltiples cadenas de radio y televisión, periódicos, y plataformas digitales de toda índole.

Mario Sacche había recibido la noticia de la designación con alegría, pues no era para menos. Complementar una brillante carrera de periodismo con unas prácticas en Medialaria, era un broche de oro a la matrícula de honor que ya poseía, y que era fruto de su intensa dedicación a lo que consideraba su vocación principal.

Las diez chicas y los dos chicos habían recibido el visto bueno de la división de Recursos Humanos de la agencia que había recibido sus currículos, y se habían presentado todos puntualmente a la cita en el que era su primer día en aquella prestigiosa corporación. Habían sido conducidos por una secretaria hacia una sala de prensa, y allí aguardaban expectantes la aparición de quien iba a ser su mentor durante el tiempo que realizaran aquellas prácticas, y que en principio sería de seis meses. Una vez finalizadas las mismas, y con el aprobado de aquel mentor, ya podría decirse que eran oficialmente graduados y graduadas en periodismo.

Tras unos instantes de espera, por fin apareció. Se trataba de una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años, exquisitamente vestida con una falda negra de una tela parecida al terciopelo, y una blusa de seda color marfil. Su pelo castaño formaba una media melena lisa que se depositaba levemente sobre unos hombros rectos que parecían los de un hombre, gracias a aquellas hombreras que se habían vuelto a poner de moda.

—¡Venga! ¡Los dos chicos! ¡Ya estáis diciendo vuestros nombres! ¿O es que se os ha comido la lengua el gato? Primero tú, el de la izquierda. ¿Cómo te llamas?

—Buenos días, yo me llamo… —comenzó a decir.

—Cuando se habla conmigo, se pone uno de pie. ¿Entendido?

—Perdón, señora —se disculpó, procediendo a incorporarse—. Mi

nombre es Carlo. Carlo Monetti, señora.

—Bien. ¿Qué nota tienes en la universidad?

—Sobresaliente, señora.

—De acuerdo. Muchas gracias. A ver, ¡tú! El otro. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Mario Sacche, señora —respondió el compañero, poniéndose de pie—. Y mi nota es matrícula de honor.

—Bien. Estaba segura de que la razón era esa. Ya podéis sentaros. Bueno —siguió—pues antes de nada voy a proceder a presentarme. Vais a pensar que soy una maleducada… —dijo con aquella media sonrisa cínica—. Mi nombre es Clara, y voy a ser vuestro mentor. Soy redactor jefe en esta sección, y como mi nombre indica, voy a dejar las cosas claras, pero que muy claras, para que luego nadie se llame a engaño, ni haya malentendidos.

La mujer carraspeó ligeramente y después comenzó a hablar.

—Os habrán dicho en la universidad que en estas prácticas vais a aprender mucho. Y os aseguro que no os han engañado. Pero es probable que no os hayan dicho otra cosa. Una cosa que quizás no os haga tanta gracia, pero es que para aprender hay que trabajar. Hay que trabajar mucho, y aquí se viene a trabajar. ¿Habéis entendido bien, pequeños cachorrillos?

Los doce jóvenes miraban sin pestañear a la «señora», y no se atrevían a decir nada. La mujer se exasperó al ver que nadie respondía y les gritó:

—¡No os oigo! ¿Habéis entendido, o no habéis entendido?

—¡Sí señora! —gritaron todos al unísono.

—Así me gusta. Cuando yo pregunte quiero respuestas. Y las quiero al momento. Porque quién no me dé las respuestas al momento, ¿sabéis lo que le ocurre?

De nuevo silencio absoluto, y de nuevo la «señora» se vuelve a exasperar.

—¿Es que sois todos tontos? ¿Qué os acabo de decir? ¡Cuando yo pregunto quiero respuestas al momento! ¿Sabéis lo que le ocurre al que no responde?

Entonces los chicos contestaron, lo que era un galimatías de respuestas diversas: «No, señora» «No lo sabemos» «No lo sé…»

—Así me gusta. Quiero respuestas al momento. Pues bien, lo que le ocurre al que no me responda, al que no me rinda, al que no trabaje…

es que se le pone de patitas en la calle… inmediatamente. ¿Está claro?

—¡Sí, señora!

—¿Está claro?

—¡Sí, señora!

—Así me gusta. Veo que vais aprendiendo.

Drifters

La carretera estaba solitaria, y hasta llegar a Dallas solo vieron unos cuantos Cadillacs, unos pocos Mustangs y dos o tres Harleys cuyos ocupantes les saludaron efusivamente cuando les rebasaron o cuando se los cruzaron.

Desde que el coche autónomo acaparó en exclusiva la circulación de las calles, casi nadie tomaba un vehículo que no fuera alguno de esos transportes sin conductor. Las estadísticas en materia de seguridad eran demoledoras, y en casi todo el planeta no había otra forma de transporte individual que no fuera esa.

Pero Estados Unidos seguía siendo el país de las libertades, en un mundo que cada vez se inmiscuía más en la vida de la gente. Allí seguía habiendo carreteras y vehículos convencionales, y las personas podían escoger esas vías para desplazarse, si les venía en gana, aunque eso sí, sin mezclarse con las otras.

Pero, a decir verdad, eran pocos los aventureros que optaban por esas formas de transporte. Entre ellos estaban los *drifters*, algo parecido a los hippies del siglo XX, nostálgicos románticos que adoraban las formas de vestir, de actuar, de pensar y de vivir, y los gustos musicales de sus padres o de sus abuelos.

Rose Theresa White era una *drifter* de origen británico que tocaba la batería en una banda de *heavy metal* cuyo origen era la ciudad de Chicago. El grupo se llamaba *The Costayers* y en el momento actual estaba formado solo por chicas.

La banda había sido fundada muchos años atrás por su tío, el gran Kai Costa, un músico mítico y excepcional que había muerto poco después de cumplir los cuarenta años, y que estaba considerado por la crítica como uno de los mejores músicos del siglo XXI. Su tío solo estuvo durante un año en la banda, allá por 2017, pero aquel paréntesis en su carrera puso las bases estilísticas de lo que este grupo sería después. Las sucesivas incorporaciones de diversos miembros, fueron endureciendo el sonido de un grupo que comenzó haciendo un rock más suave, para convertirse poco después en uno de los referentes de la escena metalera mundial.

La banda estaba liderada por Janet Arley, una vocalista de color que había tomado el timón del grupo tras la marcha de Costa y la muerte del otro fundador, el guitarrista Lawrence Ayers. La impresionante y desgarrada voz de Janet y la contundencia de la bajista Lorraine Blackstone y de la guitarrista Eva Maller, establecían una marca

distintiva sin igual y la banda aglutinaba a millones de fans que la seguían por todo el mundo.

Rose había sustituido hacía cinco años a Leslie Ayers, que era sobrina del primer guitarrista de la banda. Aquella mujer había estado tocando la batería en el grupo durante más de veinte años, y su sucesora tenía ante sí un reto más que considerable.

La causa de esa sustitución fue que Leslie quería ser madre, y aunque ya estaba en el límite de la edad para poder serlo, se retiró de la banda para someterse a técnicas de reproducción asistida con quien era su pareja, una mujer de nombre Alba Fernandes, que era la tecladista del grupo cuando entró Rose en el mismo. Gracias a eso, y para sustituir a Leslie, pudo entrar Rose a formar parte del conjunto de sus sueños. Al poco tiempo de su debut, Alba se separó también del grupo para dedicarse a la vida familiar con Leslie y sus dos hijas gemelas.

Rose había conocido a Jack antes de un concierto. Él era uno de los *roadies* que acompañaban a la banda y que se encargaban de montar los escenarios, los focos, los equipos de sonido, y de transportar el material necesario para que los recitales marcharan sin incidentes.

Jack había sido reclutado recientemente por la compañía que se encargaba de esos menesteres, y por eso nunca le había visto. Tampoco se había fijado demasiado, pues un grupo de chicas tan vistosas como eran todas las de aquella banda, siempre suscitaban la atención de los hombres que tenían alrededor. Ya estaba comenzando a hartarse de los adolescentes que la avasallaban en la puerta de los hoteles y que solo querían hacerse una foto con ella o con las otras chicas del grupo para luego pasarla por las redes sociales. Obviamente, no solo querían eso, pero lo otro, ni ella ni ninguna de las del grupo estaban dispuestas a ofrecerlo.

Por eso, cuando le vio con su traje de cuero apoyado sobre unas cajas de equipamiento, apenas le miró, aunque él sí que le miró a ella, y bastante.

Rose había salido de su camerino y se había dirigido al escenario para hacer algunas pruebas de sonido, y cuando terminó de hacerlas volvió a pasar por el mismo sitio. Allí se le encontró en la misma posición que a la ida, solo que esta vez estaba fumando un cigarrillo mientras no dejaba de mirarla. Entonces se dio cuenta de que era un *roadie*, y no uno de los aficionados que se había colado por allí. No le había pedido ningún autógrafo ni le había solicitado posar para ninguna foto, y eso era una buena prueba de ello. Además, el hecho de fumar y el traje que llevaba, le calificaba casi instantáneamente como un

drifter, la tribu humana a la que ella pertenecía.

Jack tenía un semblante sonriente, pero serio. Amenazante pero sereno. Frágil y duro a la vez. Y sobre todo varonil, muy varonil. Era el tipo de hombre que siempre le gustó: alto, moreno y con el pelo ligeramente ondulado. No pudo evitar detenerse y hablar con él.

—Hola, amigo, ¿a qué clan perteneces?

—¿Clan? ¿A qué te refieres?

—Eres un *drifter*, ¿no es así?

—Sí, claro, un *drifter*, sí —afirmó, con un acento duro, que no supo identificar.

—Todos los *drifter* pertenecemos a algún clan. Yo soy de los *huskies.* ¿Tú de cuál eres? —preguntó ella.

El hombre se encogió de hombros, miró un momento hacia el suelo, levantó la cabeza y dijo a continuación:

—Yo soy de los cherokees de Oklahoma. Esa es mi tribu.

Rose le miró sin comprender demasiado. Nunca había oído hablar de ese clan, y entonces preguntó:

—¿Eres indio?

—En efecto, Rose.

—Sabes cómo me llamo, ¡eh!

—Claro, nena, todos los *roadies* sabemos muy bien quienes sois todas vosotras.

—Bueno, pues me alegro de conocerte… —se detuvo, esperando que el otro le dijera cómo se llamaba.

—Jack. Jack Wildcat, ese es mi nombre.

—Pues me alegro de conocerte, Jack Wildcat —le dijo, mientras se daba la vuelta para volver al camerino. Faltaban escasos minutos para comenzar el concierto y todavía tenía que terminar de maquillarse.

—Oye, Rose...

—Dime, Jack Wildcat —atendió, volviéndose hacia él.

—¿Nos podríamos ver, después del concierto?

—¿Después del concierto? Es posible… —le contestó, con una sonrisa —. Es posible…

Aquel fue un concierto que dieron en Los Ángeles, cinco meses atrás. Rose se empleó a fondo, como solía hacer siempre, pues desde que

entró en la banda sabía que el nivel exigido a su puesto de baterista era de gran exigencia. Estaba sustituyendo a la gran Leslie Ayers, nada menos, sobrina de uno de los fundadores y la mejor baterista del mundo sin lugar a duda. Ella también era sobrina del otro fundador, desde luego, y siempre se consideró muy buena baterista. Aunque el giro *metálico* que había dado la banda últimamente le obligaba a ejecutar las piezas con una rapidez que en ocasiones le costaba mucho seguir. Aun así, siempre desempeñó su función con gran profesionalidad, o al menos eso creía ella.

Cuando terminó el concierto, se encontró a Jack en la puerta de su camerino, y no le dio tiempo ni a quitarse el maquillaje. Hicieron el amor en el mismo suelo de aquel pequeño receptáculo improvisado en los alrededores del escenario, y ni siquiera fueron al hotel donde les esperaban sus compañeras en el caso de ella, ni a la pensión donde se alojaban los *roadies* en el caso de él.

Después de una noche de pasión y desenfreno, los dos se quedaron dormidos en el suelo y como aquel habitáculo no tenía ventanas, no supieron qué hora era hasta que sonó el teléfono móvil de la chica.

—¿Dónde estás, Rose? —le preguntó Janet, la vocalista líder del grupo.

—¿Janet? —preguntó, totalmente desorientada. Acababa de despertarse de un sueño profundo.

—Dentro de media hora va a salir el tren que nos llevará a San Francisco. No te hemos visto en el hotel… ¿Me puedes decir dónde estás?

—Pues… Pues… sí, es que no he dormido en el hotel. Estoy con… con…

—Jack Wildcat —le susurró él.

—Estoy con Jack Wildcat.

—¿Jack Wildcat? ¿Quién es ese?

—Pues es un *roadie* que he conocido….

—¡Ya estás viniendo para acá inmediatamente! ¡Inmediatamente, Rose! ¡Te quiero ver aquí en quince minutos!

En el silencio del camerino Jack había oído toda la conversación, y comenzó a reírse a carcajadas al ver la cara que había puesto Rose al recibir la bronca de su jefa.

—¡No te rías, Jack Wildcat! Venga, ¡ayúdame a recoger mis cosas! Tengo que encontrar un taxi inmediatamente… No sé si me va a dar

tiempo… ¡Pero venga! ¡No te quedes ahí parado! ¿Ves todo lo que hay en esa mesa? ¡Pues ya lo estás metiendo en esa maleta de tu derecha! ¡Ya!

Jack comenzó a hacer lo que la chica le decía, aunque no con la rapidez que Rose hubiera deseado.

—¡Pero venga! ¡No sé si me va a dar tiempo! ¡No sé si me va a dar tiempo! —gritó, mientras metía toda su ropa hecha un gurruño en una mochila—. ¡Como pierda ese tren no podré tomar otro hasta mañana! —se exasperó—. Y entonces no llegaré a tiempo al concierto de Los Gigantes…

—No te preocupes, nena, seguro que llegas…

—Sí, claro al ritmo que tú vas, me parece a mí que sí… ¡seguro! —gritó con ironía.

Entonces él la agarró de los brazos y le dijo: —Para Rose, ¡para!

—Pero, ¡cómo voy a parar! —gritó a su vez, completamente histérica.

—¡Escucha! —le ordenó él—. Mira, esa mochila que estás llenando… es tu ropa, ¿no es así?

—Pues claro —dijo ella, asintiendo.

—Bien. Es todo lo que necesitas llevar.

Entonces él agarró la mochila, la tomó de la mano y salió disparado del camerino en dirección a la calle.

—¡Espera! Estoy medio desnuda…

—Hace calor, Rose —le dijo él, sin detenerse— Date prisa… ¡O llegarás tarde!

A pocos metros, estaba aparcada la reluciente moto de Jack. Le entregó un casco, se puso él otro, y colocó la mochila sobre la espalda de ella. A continuación, se montaron, arrancó la máquina, y tras prorrumpir un bramido, el vehículo y sus dos ocupantes ya se encontraban sorteando las calles de Dallas en dirección a la estación y a toda velocidad.

Desde que se había desarrollado la fusión nuclear, la energía era tan barata que ya no se usaban prácticamente los aviones para los desplazamientos de media distancia. Habían quedado restringidos solo a las largas distancias o a los trayectos transoceánicos, y ahora eran los trenes de alta velocidad los que surcaban raudos las distancias entre ciudades dentro de Estados Unidos.

En menos de diez minutos los dos motoristas se encontraban en la

puerta de la estación, y en menos de cinco los dos corrían en dirección a la puerta de embarque, donde les esperaban sus compañeras. Cuando los vio, Janet comenzó a decir:

—Anda qué… ¡ya te vale Rose! ¡Ya te vale!

Jack le entregó la mochila a la chica y le dijo:

—Yo iré en el tren de mañana y te llevaré el resto de tus cosas.

—Pero entonces tú no podrás…

—Sí, me descontarán un día. Y mis compañeros tendrán que trabajar más porque yo no estaré… Pero creo que tú eres más necesaria en este negocio que yo. ¿No te parece?

—¡Muchas gracias, Jack! —le dijo, tras darle un beso que casi no pudo completar porque Janet le dio un fuerte tirón del brazo para salir corriendo hacia la puerta de embarque.

Una vez dentro del tren, Rose miró por la ventanilla y pudo contemplar a *su novio*, quien todavía estaba en la terminal viendo como el tren salía. Después se sentó con Janet en la misma fila, y tras acomodarse y recuperar un poco el resuello, la jefa le dijo:

—Oye Rossie, perdóname por ponerme tan dura contigo —se disculpó.

—No, si es verdad, Jan, la culpa ha sido mía. Perdí la cabeza totalmente con ese hombre y… no me di ni cuenta de la hora que era.

—Bueno, y, ¿quién es? Es un *roadie*, me dijiste, ¿no?

—Sí, le conocí antes del concierto. La verdad es que es muy guapo. ¿No te parece?

La mujer se encogió de hombros y contestó:

—La verdad es que los indios cherokees no son mi tipo, Rose.

—Pero, ¿cómo sabes que es un indio cherokee? Apenas intercambió conmigo un par de frases…

—Tú no eres americana, Rossie, y no distingues bien los acentos. Pero este país, a pesar de ser muy grande, los que somos de aquí ya nos conocemos todos muy bien.

Mario

—Os decía que aquí se viene a trabajar, y eso es lo que vais a hacer. ¡Ya lo creo que es lo que vais a hacer! A ver, Mario, el de la matrícula de honor. ¿Cuántas horas os han dicho en la facultad que dura la jornada de prácticas?

—Nos han dicho que la jornada son seis horas, señora —respondió el aludido poniéndose de pie.

—¡Seis horas! ¡Ja! ¿De verdad os creéis que van a ser seis horas… diarias? Y… vamos a ver, señor «matrícula de honor» ¿A ti quién te ha dado permiso para sentarte, eh, listillo?

—Perdón, señora —replicó Mario, volviéndose a incorporar—. No me ha dado permiso nadie, señora.

—Pues entonces no te sientes, ya que todavía no he terminado de hablar contigo. ¿Está claro?

—Está claro, señora.

—Bueno, pues quiero que sepáis que los galones de periodista no se ganan haciendo seis horas diarias. Porque, ¿qué pensáis hacer el resto del día? ¿Eh, Mario?

—Se supone que el resto del día tenemos que realizar el trabajo de fin de carrera, y tenemos que juntarnos para hacer los grupos.

—Claro, eso es lo que os han dicho, ¿verdad?

—Eso es lo que nos han dicho, señora.

—¡Pues es mentira! ¡Es mentira! —exclamó con acritud—. Aquí la jornada no se acaba a las dos para ir a comer. A ir a comer podréis ir… si vais bien con el trabajo que se os encomiende, porque si no, no se sale. Igual para merendar o para cenar. Hasta que no se acaba el trabajo… no se va uno a dormir a su casa ¿Está claro?

—¡Está claro, señora! —gritaron todos.

—¿Tú no respondes, Mario?

—Está claro, señora —dijo, lacónico.

—No te veo muy convencido, señor «matrícula de honor».

—La época de la esclavitud ya pasó, señora —contestó, sin poder contenerse más—. Vale que no cobremos. Vale que hagamos el trabajo como cualquier redactor. Pero no veo justo ni lógico el trato que nos está dando, señora.

—Está bien, Mario. —respondió la «señora» tras unos instantes, sin salir de su asombro—. Te agradezco tu sinceridad. Es mejor dejar las cosas claras desde el principio, y en eso te pareces a mí. Pues —siguió—, llegados a este punto, no me queda más remedio que enseñarte una cosa. ¿Ves aquella puerta? —preguntó, señalando hacia el lugar por donde habían entrado—. Pues ya la estás cruzando, y saliendo de este edificio. Y no se te ocurra jamás, ¿has oído? ¡Jamás! Volver a acercarte a ninguna de las cadenas, ni de los periódicos, ni de las plataformas de Medialaria... en tu vida. ¿Lo has entendido?

—Sí, señora, perfectamente —contestó, y tras lo cual procedió a recoger su tableta de la silla. Tras introducirla en una funda, tomó rumbo hacia la salida.

Todos los becarios se le quedaron mirando, en medio del silencio más absoluto. Cuando hubo salido y cerrado la puerta, «la señora» siguió:

—Es el momento de hacerlo, cachorrillos. Si alguien más quiere seguir a Mario, es el momento. Porque quién no lo haga ahora, ¿me oís? Quien no lo haga ahora ya no podrá hacerlo durante el tiempo que duren las prácticas. Que será medio año… o más. Dependiendo de la valía de cada uno. Mejor dicho, podrá hacerlo, pero entonces yo me ocuparé personalmente de destrozarle la carrera. De destrozarle la carrera para que no pueda trabajar en su vida de periodista nada más que liderando la emisora de radio de su puñetero pueblo. ¿Me habéis entendido? ¡Eh! ¿Me habéis entendido?

—¡Sí, señora! —Gritaron todos.

—Pues bien, ¿alguien más quiere seguir a Mario?

Nadie se atrevió a levantarse, y ni siquiera a mirar hacia atrás. Todos permanecían inmóviles mirando a aquella mujer, sin prácticamente pestañear.

—Así me gusta. Pues ahora vais a comenzar a ganaros esos galones de los que hemos hablado.

Dallas

Llegaron a Dallas bien entrada la madrugada, tras conducir gran parte de la noche por aquellas carreteras poco cuidadas. Los presupuestos del gobierno daban para tener bien mantenidas las carreteras por las que circulaban los coches autónomos, pero no llegaban tanto para mantener las carreteras convencionales. No solo porque cada vez eran más escasas, sino también porque eran cada vez menos usadas.

Pero Jack se las conocía muy bien, y no fue problema para él recorrer la distancia entre la reserva cherokee de Oklahoma y la gran metrópoli tejana.

Habían estado conociendo a su familia y pasando el día con sus padres, sus hermanos, sus primos… todo un núcleo familiar cuyas relaciones Rose no supo identificar más allá de las primeras presentaciones.

Sus padres vivían vendiendo *souvenirs* indios a los turistas que visitaban la reserva. Siempre era mejor eso que la exigua pensión que les daba el gobierno. También se sorprendió gratamente al descubrir que no vivían en *tipis*, a pesar de que los había visto a la entrada. Según le dijeron, esas tiendas tan características eran solo de exhibición, y los indios ya no vivían como en el siglo XIX, sino en casas normales de ladrillo o de madera. Lo que sí era cierto es que todas esas gentes no tenían mucho dinero, que digamos. La mayoría apenas había estudiado, y los que no vivían subvencionados lo hacían trabajando en los empleos más humildes: justo lo que hacía Jack. Había sido un *drifter* en el sentido más cabal de la palabra, es decir, un vagabundo que había recorrido el país de acá para allá buscando los empleos que surgieran en cada sitio que visitaba. Y como no tenía dinero, tenía que seguir usando su vieja Harley y seguir transitando por las carreteras convencionales, pues no se podía costear ni un coche autónomo, ni los peajes que había que pagar por las vías por las que estos circulaban.

Porque a mediados del siglo XXI, Estados Unidos seguía siendo el centro tecnológico del mundo y cada vez más sus habitantes eran personal altamente cualificado. Y eso significaba que tenían dinero. La gente como Jack era escasa, y gracias a eso podían vivir para cubrir los escasos trabajos manuales que la robotización exhaustiva todavía no cubría. Aunque eso significara que el país estaba cerrado a cal y canto para cualquier tipo de inmigración extranjera.

El caso es que llegaron bastante tarde al hotel, y eso de nuevo preocupó a Janet. Desde que Rose se había echado ese novio, ya no

dormían todas las chicas del grupo juntas en el mismo sitio, como hacían siempre, sino que ella se marchaba a algún hotel *drifter* con su novio, o bien se quedaba con él en los hoteles en los que se quedaban los *roadies*.

A Janet le gustaba ensayar por las mañanas, o como mucho a primera hora de la tarde en los lugares donde esa noche iban a dar el concierto, para probar el sonido o para practicar alguna variación de las canciones que a ella se le iba ocurriendo. Es lo que tenía estar fuera de Chicago. No podían ir a los estudios, y todas esas sesiones de reciclaje se tenían que hacer en los mismos escenarios donde se iban a producir los conciertos.

Y el problema es que su baterista, o sea, Rose, por las mañanas no se solía encontrar en condiciones de poder tocar por haberse pasado las noches con su amorcito, o por haber llegado tarde la noche anterior tras visitar algún clan *drifter* de los alrededores.

Es lo que pasó aquella vez en Dallas. Por la tarde tenían que dar un concierto en esa localidad y ella había dormido poco. Se saltó las sesiones de ensayos matutinas, y cuando llegó la tarde solo pudo completar las vespertinas.

—Perdona Janet, —se disculpó— es la primera vez que venimos por aquí desde que estoy con Jack, y no quisimos desaprovechar la oportunidad de acercarnos a que me presentara a sus padres. Yo tenía mucha curiosidad por conocer a sus hermanos en persona, por ver la casa donde él ha vivido… en fin, ya sabes.

—Sí, ya sé, pero esta mañana hemos estado ensayando algunas cosas nuevas y no las podremos tocar en el concierto porque tú no las conoces. Nos tendremos que conformar con el repertorio habitual.

Rose bajó la cabeza y no dijo nada. No podía añadir nada a lo que ya había dicho su jefa. Ella tenía toda la razón, y solo se volvió a disculpar.

—Perdóname. No volverá a pasar. De verdad. No me volveré a saltar ningún ensayo.

—De acuerdo. Te creo, pero tampoco me vale que asistas a los ensayos sin haber dormido. Necesito que estés al cien por cien y que no cometas faltas de cadencia. Desde que estás con ese hombre te pasa muy a menudo, y Lorraine tiene que hacer lo imposible para cubrirte con el bajo.

—Bueno, a Lorraine no le importa eso, creo yo —se defendió Rose—. Se acopla bien al ritmo y, además, algunas veces he tenido que hacer yo lo mismo con alguna de vosotras… —apuntilló.

—A Lorraine no le importa, ni a mí tampoco. Pero Eva y Shirley no piensan lo mismo que yo. ¿Sabes?

—Nunca fui santo de su devoción —se quejó—. Además, ¿a qué te refieres? —preguntó, tras pensar en lo que Janet acababa de decir.

—No me refiero a nada —contestó mirando para otro lado—. Simplemente que tengas más cuidado y que procures rendir al cien por cien. No quiero que vayan con el cuento a David. ¿Lo entiendes?

—Sí, Janet. Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente.

Magistratura

—Son unos hijos de puta, Mario. Es así como me has dicho que te llamas, ¿verdad?

—Sí, Mario Sacche.

Nada más salir de aquella reunión, el candidato a becario se había marchado directamente a poner una denuncia en la Magistratura de Trabajo de Milán, la ciudad en la que residía. Allí se topó con un funcionario que le atendió muy amablemente, aunque se mostró poco resolutivo.

—Pero no te creas que en Proseismedia vas a encontrar un ambiente mejor. Probablemente te encuentres a otro redactor jefe igual de tiránico.

—Es que no me puedo creer que no se pueda hacer nada… Tengo una grabación de toda aquella arenga, y si lo viera un juez podría tomar medidas para que se acabe esa explotación. Creo yo.

—Yo puedo tramitar la denuncia, desde luego, para eso está esta oficina. Pero las probabilidades de que llegue a alguna parte son prácticamente nulas. De eso se valen esos desgraciados…

—Se valen de que es tan escaso el trabajo que exprimen a la gente a cambio de un plato de lentejas —se quejó Mario.

—Bueno, un plato de lentejas… que os darán otros, no ellos. Os dan una promesa vaga de que al final de las prácticas os darán un empleo, pero eso no es nada seguro. Solo se quedarán con los mejores, y siempre y cuando que sean personas más que sobresalientes, es decir, que les aporten algo que no tienen.

—Lo sé. Pero es que no tenemos más alternativa, los que hemos estudiado esta carrera. La única esperanza es presentarnos después en una agencia de segunda fila donde aportemos la experiencia con alguna de estas dos empresas, y entonces allí nos contraten… por un sueldo de miseria.

—Un sueldo de miseria, porque entre esas dos tienen casi copado el mercado de medios, y lo poco que queda se lo reparten entre las demás.

—Eso es. Pero… ¿Cómo sabe usted tanto de esto? ¿Ha trabajado usted antes de periodista?

—No, Mario. Pero estoy recibiendo a diario denuncias como esta de empresas que no son periodísticas precisamente, pero en todas se

repite el mismo esquema. Dos o tres compañías tienen el monopolio de un determinado sector, y explotan a sus empleados. Mejor dicho, a sus becarios, pues solo tienen a la mitad de la plantilla en nómina, siendo la otra mitad meritorios. A veces incluso más. Muchos más.

—Pero esto no es legal… ¿no es así? Quiero decir, los estudiantes estamos para aprender… si quieren que trabajemos, pues que nos paguen. Es lo justo, y lo legal, creo yo.

—Sí, pero es lo que yo decía. En Magistratura mandamos a diario inspecciones sorpresa contra las empresas que tienen más denuncias, y Medialaria es una de las que suelen tenerlas con frecuencia. Pero no sirve de nada. A cualquier becario de los que están por allí, cuando le preguntas, te dice que no está trabajando, es decir, que está «practicando», que no hacen el mismo trabajo que un redactor, que están aprendiendo mucho, y que están muy contentos con estar allí. Se matan por tener un empleo, en esta sociedad decadente de hoy en día.

—Pero habrá alguno que diga la verdad, ¿no? Habrá alguno que esté harto de todo y explote, como he hecho yo, ¿no es así?

—Sí, claro que los hay. Pero no sirve de nada. Hay una mayoría silenciosa que los desmiente. Verás, te voy a poner un ejemplo que tuvimos hace poco. Se trataba de una compañía financiera, un banco, para ser más precisos. Dos terceras partes de la plantilla administrativa estaba en prácticas. Uno de ellos explotó, como tú dices, y se quejó ante el inspector. Puso la denuncia, y hubo un juicio. Alegó todo eso que tú dices: horarios interminables, realización del mismo trabajo que un empleado en nómina, pero sin sueldo, aparte de otros «favores» de toda índole, e incluso favores personales que realizaban por encargo del mentor.

—Y, ¿qué pasó?

—La compañía lo negó todo. Dijo que ellos vigilaban muy de cerca que los becarios no hicieran trabajos relevantes, y desde luego diferentes del trabajo que hacen los empleados en nómina. Pero cuando se demostró que eso no era así, alegaron que un empleado de verdad realizaba ese mismo trabajo de forma redundante, y que era el trabajo de ese empleado el que se tomaba en cuenta a la hora de considerarse como realizado. Que el trabajo del becario era solo para «practicar» lo que se hace en ese oficio.

—Tendrán cara…

—Ya te digo. Se cuidaban bien de que el becario firmase todo con el nombre de ese empleado. Y para dejarlo claro, acudió a declarar el tipo en cuestión, que mintió, lógicamente, por la cuenta que le traía, así como otros becarios compañeros del denunciante que alabaron al

banco por lo «paternalistas» que se mostraban siempre con ellos.

—De verdad, qué asco de sociedad —se quejó Mario—. Hay que ver a donde hemos llegado. En tiempos de mis padres o de mis abuelos esto no funcionaba así… Italia era un país grande, próspero… pero ahora… ¿Es que no se puede hacer algo por ley, para que las empresas no tengan tantos becarios? Para que no se valgan de mano de obra esclava…

—Eso ya se intentó con el MPI. El Partido del Progreso, ya sabes, los que estaban antes del LyC, el partido que está ahora en el gobierno. Pusieron un ratio máximo de becarios en función del número de empleados de cada empresa, pero no sirvió de nada.

—¿Por qué?

—Pues porque al no «contratar» becarios, los empleados se quejaron a los sindicatos porque hacían más trabajo. Obviamente, los empresarios no contrataron a nadie para suplirlos, sino que los que quedaron se vieron llenos de tareas. Los sindicatos hicieron huelgas y exigieron que se cumplieran las jornadas pactadas. Y ya sabes lo que ocurrió, ¿verdad?

—Sí, creo recordarlo. Los que se quejaron fueron despedidos, y los que no lo fueron sufrieron ERE's, Expedientes de Regulación de Empleo, pues muchas empresas no podían soportar los costes de contratar más empleados, por la poca demanda de servicios, o por las pocas ventas… Es lo que tienen las crisis… También los empresarios lo pasan mal y tienen que cerrar, a veces perdiéndolo todo. Sobre todo, los pequeños.

—Pues eso es. Los del LyC, el partido que gobierna ahora, ha vuelto a elevar el cupo y los sindicatos ya no se quejan. Total, los becarios no son de su incumbencia…

—Y además, las empresas siguen con mano de obra barata, siguen en pie, y sostienen el poco empleo que pueden dar, teniendo en cuenta la crisis que hay.

—Eso es, y siguen pagando impuestos, con los que me pagan a mí, es decir, a los funcionarios. Los del LyC —siguió—, tuvieron que elegir entre lo malo y lo peor, y se quedaron con lo malo. No sé si se arreglará esto algún día, pero es lo que hay. A ti te toca ahora «hacer la mili». Sabes lo que es, ¿verdad?

—¿La mili? No tengo ni idea.

—El servicio militar. A mí me tocó hacerlo, pues ya ves, tengo mis años, aquí donde me ves. Sí, debería haberme jubilado ya, y además hace tiempo. Pero la mierda de pensiones que nos dan, hace que me tenga que sentar todavía aquí, al pie del cañón. Y nunca mejor dicho,

pues *hice la mili* en artillería…

—Ya sé a qué te refieres. Me estás diciendo que busque otras prácticas en otro sitio y que aguante lo que pueda para terminar el medio año y así obtener el título, ¿no es así?

—Así es, Mario. Me temo que no te queda otra opción. Es triste que un funcionario de Magistratura te tenga que decir estas cosas, pero ya ves, es donde hemos llegado con estos políticos populistas y demagogos…

—Ya veo. Pero, de todas maneras, ¿me aconsejas que siga adelante? Quiero decir, tengo una grabación de todo lo que esa estúpida nos dijo a mí y a mis compañeros. ¿Serviría eso de algo?

—No pasa nada porque sigas adelante, desde luego. Pero no creo que llegues a ninguna parte. Hoy en día hay métodos para hacerle decir a una persona lo que uno quiera a partir de la grabación de unas cuantas frases que no tengan nada que ver. Cualquier computadora barata puede hacer que, Hitler, por ejemplo, hable de la excelencia de la computación cuántica o del sistema de teleguiado de un coche autónomo.

El joven se quedó algo contrariado, aunque ya se lo esperaba. Sabía que las todopoderosas corporaciones tenían la sartén por el mango, en todos los aspectos de una relación laboral, y la de los becarios era la más desesperada. Entonces se levantó y se dispuso a marcharse.

—En fin, muchas gracias por los consejos. Habrá que luchar para cambiar esta sociedad, de alguna manera…

—Desde luego, Mario. Pero esa es una guerra que os tocará hacer a los jóvenes. Yo por mi parte, ya estoy terminado. Muchas gracias a ti por haber charlado un poco con este viejo solitario… y que tengas mucha suerte.

Llueve sobre mojado

El concierto de aquella noche en Dallas fue el que menos le gustó de todos los que había hecho. Nada que ver con los primeros que hizo. Aquellos conciertos habían sido las experiencias más gratificantes que había tenido en su vida. Una vida que había pasado soñando con ser baterista en algún grupo importante, y al final resultó que lo fue en el que era su banda preferida: el grupo que había fundado su tío y que en aquel momento ya superaba en popularidad al mismísimo grupo en el que seguía cantando su padre, el grupo original del gran Kai Costa.

En aquellos primeros años tras su debut en la banda, ella se sentía como una niña encerrada en una tienda de golosinas. Todo eran alegrías, emociones y fuertes sensaciones. Le habían acogido maravillosamente y se sentía como en una nube.

Según fueron pasando los años —ya habían pasado casi cinco desde entonces—, su actitud se volvió más profesional, aunque seguía conservando la ilusión de los primeros tiempos. Solo que ahora la actitud hacia ella de las dos guitarristas de la banda distaba mucho de ser cordial.

No es que se llevara mal con Shirley o con Eva, pero las miradas que le prodigaban cuando cometía algún error no eran nada complacientes, desde luego. Y eso que ellas también cometían errores, como cualquier otra persona. Solo los grandes músicos, como quizás su tío, eran perfectos. Y, aun así, seguro que alguna vez habría tendría algún día malo. Pero a ella no le parecían perdonar ni siquiera los fallos más nimios.

Ya llovía sobre mojado desde hacía algún tiempo, y sus ausencias y retrasos en los ensayos le estaban poniendo en el disparadero. Así que en ese concierto no podía fallar.

Pero el problema es que ella no estaba en las mejores condiciones físicas para rendir al cien por cien, como esperaban siempre de sus actuaciones. Y no solo por haber dormido poco aquella noche.

El retraso en venirle la regla le preocupó, pero no era la primera vez que le pasaba. En momentos de fuertes emociones su ciclo se volvía irregular, y desde que conoció a Jack, estas fuertes emociones no paraban de suceder. Pero cuando comenzó con los vómitos, lo tuvo claro. Su madre también había padecido de náuseas durante sus embarazos, y todo eso parecía indicar lo que más temía. Se compró una prueba de diagnóstico en una farmacia y las dos rayas de color rosa le confirmaron su estado.

El gatito de la suerte ya le había dicho que sí, pero su experiencia en aquel concierto fue lo que le terminó de decidir. A pesar de la pastilla que se tomó poco antes del evento, el ruido y los focos la tenían algo mareada y no se podía concentrar bien cuando Janet anunció al público una de las piezas más exigentes. Rose puso todo su interés, pero no pudo dar la talla en los momentos de clímax de la canción. Su amiga incondicional, la bajista Lorraine, hizo todo lo que pudo para cubrirla y quizás funcionó, porque ni Shirley ni Eva se volvieron a mirarla como hacían cada vez que se equivocaba. No le perdonaban ni un error y se extrañó de que esta vez se lo hubieran pasado. ¿Sería que ya se habían acostumbrado? ¿Sería que Lorraine había tenido éxito con la velocidad de sus pulsaciones y su lentitud había pasado desapercibida? Sea como fuere, había pasado una de las pruebas más duras, y solo quedaba otra similar. Otra canción rápida en la que debía de esforzarse al máximo, hacia el final del concierto. Solo esperaba que Janet no claudicara a las más que probables peticiones del público, e hiciera un bis.

Según fueron pasando los minutos y se fueron sucediendo las canciones, se fue encontrando cada vez más cansada y el mareo y los vómitos volvían a aparecer. Se consoló pensando que aquel concierto sería el último de la gira del último álbum que habían grabado, y que se haría un receso de algunos meses mientras se gestionaba y se grababa el siguiente disco. Pero solo serían unos meses, y se comenzaría a presentar cuando ella estuviera quizás de veinte o veinticuatro semanas de gestación. ¿Cómo iba a poder hacer un concierto en ese estado? De seguir adelante con el embarazo, ese de Dallas tendría que ser el último concierto antes del nacimiento de su hijo.

¿Y después qué?, se preguntó. ¿Iban sus compañeras a esperar a que naciera el niño y se iban a quedar sin hacer conciertos? Obviamente, no. Buscarían una sustituta. Sería una sustituta temporal… o no. Aquellas dos podrían aprovechar la coyuntura para colocar en su lugar a alguien más afín a ellas, y cuando Rose quisiera volver, ya no tendría sitio. Mismamente, podría ser el hermano de Eva, aunque fuera un chico. Bob tocaba la batería en una banda de jazz de Detroit y en principio estaba a gusto allí, que ella supiera. Pero existía el peligro de que le trajeran, desde luego. Y aunque era un baterista de jazz, era bueno en su oficio. En poco tiempo podría adquirir la pericia necesaria para tocar en una banda de *heavy metal* como era el grupo en el que se había convertido *The Costayers* en los últimos años.

El concierto siguió adelante, y cuando llegó el momento de tocar la canción que ella más temía, Janet anunció otra. Las dos guitarristas se miraron, pero no les quedó más remedio que seguir adelante con ese

cambio de planes.

Janet le había salvado de una más que probable mala actuación, y se preguntó qué les diría cuando le preguntaran las razones de esa sustitución. Pero su cantante era una mujer de recursos. Mejor dicho, de muchos recursos. Les diría cualquier cosa y las otras dos se quedarían contentas. Eso sí, no podía volver a fallar. Entonces lo tuvo claro, una vez más.

Octomedia

—¿Podría hacer las prácticas en Proseismedia?

Mario se encontraba en un despacho, delante de la mujer que coordinaba las prácticas de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Milán. Le acababa de comentar todo lo que había sucedido en Medialaria, y la mujer estaba un poco indecisa.

—Tengo ya preparadas a las personas que van a ir… mañana a la primera sesión con esa empresa. Tendría que buscarte… otro sitio.

—Ya —dijo Mario, contrariado—. El problema es que no hay más sitios. Todo lo demás son agencias de segunda clase. Yo creo que merezco algo mejor, con las notas que tengo… ¿No le parece?

—Te merecías Medialaria, claro, pero como te has marchado…

—No pude contenerme. De verdad que lo intenté, pero no fui capaz. Intenté, y lo conseguí, ponerme de pie cuando me hablaban, contestar «sí, señora» cada vez que esa déspota abría la boca… Lo intenté, de verdad, pero al final me rendí. No pude evitarlo.

—Pues me temo que tendrás que morderte la lengua la próxima vez. Porque no creo que en ningún otro sitio sean mejores que en Medialaria. A no ser que te mande a algún sitio… ¿dices de segunda clase? Para encontrar algo donde traten a la gente como personas, me temo que tendrás que ir a la tercera o a la cuarta clase. ¿Es eso lo que quieres?

—No. Desde luego que no. Me morderé la lengua si hace falta.

—Pues entonces me temo que tendrá que ser la segunda clase. El cupo de Proseismedia está completo, y la empresa ya ha aceptado ocho de los currículos que les mandé. Que fueron muchos, por cierto, pero solo se han quedado con ocho. Todas chicas.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué esa predilección por las mujeres? ¿No hablaban tanto de igualdad, de igualdad y de igualdad?

—Claro, pero es que hemos estado tanto tiempo discriminadas, que ya iba siendo hora de que nos tuvieran en cuenta, ¿no te parece?

—Claro, pero no puedes responder a una discriminación con otra discriminación, ¿no le parece? —dijo el chico, con ironía, y en ese momento se arrepintió de haberlo dicho. Se tenía que haber mordido la lengua, como habían quedado. Aquella mujer tenía en su mano su futuro y no era plan contrariarla. Entonces lo suavizó un poco:

—Quiero decir, esa discriminación es histórica, de años atrás, y yo no

fui quien la ejerció… no hay derecho a que yo pague los platos rotos de otros. Eso es lo que quería decir.

—Ya, si te he entendido, Mario. Pero las empresas tienen fuertes subvenciones si contratan a mujeres. Descuentos importantes en las cuotas de la Seguridad Social, para que me entiendas. Y aunque los becarios no sois empleados, como «existe el riesgo» de que alguno se quede, pues ya van allanando el camino. Eso es lo que pasa.

—Es que lo veo muy injusto, sinceramente. Cierto es que la mujer estaba discriminada en el pasado. Pero es que ahora lo estamos nosotros.

Su interlocutora no dijo nada, y miró en su pantalla a ver qué otras empresas estaban disponibles.

—Si te parece puedo enviar tu currículo a Cuoremedia. No es tan importante como las otras dos, pero tampoco está tan mal.

—No me seduce demasiado, la verdad. Es una cadena especialista en la prensa del corazón…

—Pues si no, en Octomedia. Estos son de deportes. ¿Te gusta más?

—Si no hay más remedio… Desde luego yo preferiría Proseismedia… ¿No hay ninguna forma de entrar allí?

—Me temo que no. Ya han elegido, y si ahora les presiono… contigo, podría ser contraproducente. Podría parecer que tienes muchas ganas de entrar y abusarían de ti como de ningún otro. Y eso suponiendo que lo aceptasen, que ya lo dudo. Suelen ser muy estrictos con todo, y no toleran recomendaciones.

—Está bien, me quedo con Octomedia.

—Si es que te admiten, Mario, recuerda que prefieren chicas. Tu matrícula de honor es importante, claro, pero no sé si será suficiente. ¿Quieres que mande también tu currículo a Cuoremedia? Me darán la respuesta en el mismo día, supongo, y así podrás elegir.

—Si no hay más remedio…

Pero todavía faltaba un requisito indispensable antes de llevar adelante el plan. No había contado con ello a la hora de tomar la decisión, pero pensándolo bien, no podía seguir adelante sin saber la opinión del padre de la criatura.

Después del concierto, Jack y su novia marcharon al hotel *drifter* donde se alojaban, y como era habitual, el hombre intentó hacer el amor. Pero ella no estaba de humor, precisamente. Algo raro después de un concierto, momento en el que ella se solía encontrar pletórica, y solían ser noches de pasión y desenfreno que aquel amante anticipaba y deseaba con verdadera emoción.

Pero aquel día Rose no tenía ganas de hacer nada, y el hombre se extrañó:

—¿Te ocurre algo, nena?

—Pues es que… verás, Jack, es que estoy… —comenzó a decir.

Ella pensó en contarle en ese momento lo del embarazo, pero las náuseas le habían comenzado otra vez a atormentar a pesar de haberse tomado la pastilla de rigor al terminar el concierto. Se ve que el viaje en moto hacia el hotel le había mareado, y entre eso y el cansancio que tenía por el sobreesfuerzo que tuvo que hacer en la actuación, no se encontraba en condiciones de discutir algo tan importante.

—Es que estoy muy cansada. Déjame, por favor, necesito dormir.

Jack no dijo nada; simplemente se dio la vuelta y se conformó. Unos segundos después, el hombre ya estaba durmiendo plácidamente.

Algo que no pudo hacer Rose, a pesar de la mucha falta que le hacía. Volvió una vez más a darle vueltas a todo, replanteándose de nuevo la decisión que iba a tomar. Pensó de nuevo en su carrera, en sus padres, en sus compañeras del grupo… No dejaba de atormentarse y solo consiguió dormirse poco antes del amanecer, después de decidir no pensar más en el asunto. Al día siguiente hablaría con Jack tranquilamente y según lo que le dijera, actuaría. Y también hablaría con Janet. *«Sí, no es mala idea. Al fin y al cabo, lo hago en parte por el grupo»,* pensó.

Cuando se despertó, era bien entrada la mañana y se encontraba mejor. Su amigo estaba a su derecha, vuelto de medio lado y mirándole a ella de forma serena. Cuando abrió los ojos y le descubrió en esa pose, se preguntó cómo sus padres le habían puesto el nombre

“Wildcat”, o sea, gato salvaje, a una persona tan tranquila como esa. En fin, cosas de indios, se dijo, y entonces quien se convirtió en un gato salvaje fue ella.

Sin esperar siquiera a desperezarse, se abalanzó sobre él y aquella mañana hicieron todo lo que no habían hecho la noche anterior.

Rose le quería con locura y también él la quería a ella de la misma manera. A pesar de que el hombre hacía tiempo que se había despertado, no quiso levantarse, pues suponía que ella había pasado una mala noche. Su deseo era que siguiera descansando, y por eso aguardó pacientemente en la cama hasta que ella lo hiciera de forma natural.

Después de aquel desenfreno matutino, los dos estaban muertos de hambre y avanzada la mañana como estaba, se fueron a desayunar a una hamburguesería *drifter* que había cerca del hotel.

Comer carne estaba mal visto en la sociedad de mediados del siglo XXI, y además en todos los países. La ganadería intensiva y extensiva era una de las causas del cambio climático y los grupos ecologistas y animalistas se habían salido con la suya y habían conseguido prohibir su explotación y consumo en una gran cantidad de naciones. Pero Estados Unidos seguía siendo el país de las libertades, y la ganadería seguía existiendo. El consumo de carne, aunque minoritario, era elegido por una parte de la población, aunque eso sí, a precios prohibitivos. Unos precios que Jack no podía pagar por su exiguo sueldo, pero que sí podía afrontar su novia y además holgadamente.

Pidieron dos hamburguesas con huevos fritos y patatas, y los dos las estaban devorando con avidez. Entonces Rose creyó llegado el momento de decir lo que tenía que decir.

—Jack… Tengo que decirte una cosa.

Su novio siguió mirando hacia el plato como si la chica no hubiera abierto la boca. Desde luego, era un hombre de pocas palabras.

—Estoy embarazada, Jack. Quería que lo supieras —le soltó.

Entonces él dejó de mirar a la comida y miró hacia ella, pero solo un segundo. Después, volvió a dirigir la mirada al plato y siguió comiendo como si lo que hubiera oído fuera «qué buenas están las patatas». Ella le dejó un momento que reaccionara, y al ver que no lo hacía le preguntó:

—¿Es que no vas a decir nada?

El hombre volvió a mirarla; después se introdujo un bocado de carne en la boca, y tras masticarlo y tragarlo le dijo:

—Y… ¿qué quieres que diga?

—Pues, no sé, Jack. Me gustaría saber tu opinión. Al fin y al cabo, eres el padre…

—Mi opinión… ¿respecto a qué?

—¿Cómo qué respecto a qué? Pues a si quieres que lo tengamos, a qué va a ser.

—¿Tú quieres tenerlo? —le dijo el indio, y en ese momento Rose mudó la cara. Tras unos segundos de duda, le respondió:

—Creo que no quiero tenerlo, Jack. No es el momento. Si lo tengo, toda mi carrera musical, todo por lo que he luchado, se vendrá abajo, y habré destrozado mi vida. Eso es Jack —siguió diciendo tras parar un instante—. Creo que no quiero tenerlo. Pero antes de hacer nada te lo quería decir a ti, lógicamente.

El hombre siguió comiendo y se hizo un silencio entre los dos. Cuando terminó de ingerir la hamburguesa, se limpió la boca con una servilleta y le dijo:

—Eso es cosa tuya, nena. Yo me conformaré con lo que tú hagas. En mi tribu, las madres son las dueñas de los hijos hasta que nacen. Una vez que nacen, entonces pertenecen al padre.

—Pero Jack, es cosa mía, claro, pero tú también…

—Es cosa tuya, Rose. Ya te lo he dicho. Tú decides. Si tu decisión es casarnos y tenerlo, pues adelante; y si no, pues tú sabrás. Esa es mi opinión, ya que quieres saberla.

Esa contestación la dejó más confundida, si cabe, aunque en realidad se esperaba algo así. Jack era un hombre simple y sencillo que no tomaba ninguna decisión. Simplemente se dejaba llevar por la vida como la hoja caída de un árbol se deja llevar por el viento y se comporta según los caprichos del aire. Nunca le había dicho que no a nada, pero tampoco había propuesto ninguna cosa en los meses que llevaba con él.

Terminaron de comer y pidieron la cuenta. La hamburguesería era un local estilo años cincuenta del siglo XX, como sacada de la famosa película *Grease*. La camarera se acercó con un vestido azul claro y zapatitos de tacón, y un gracioso gorrito blanco como el que llevaban las camareras en esa película. Le mostró a Jack la pantalla con el precio y este se lo pasó a Rose. Ella acercó su muñeca al lector y el aparato soltó el característico «bip» que finalizaba y confirmaba la transacción.

—Deberíamos irnos al hotel donde se alojan mis compañeras, Jack.

Me gustaría que fuéramos juntas a la estación y no quisiera llegar tarde, como pasó la otra vez.

—Yo no iré en vuestro tren —respondió él—. Como es el último concierto, tenemos que empaquetar los equipos y etiquetarlos; y eso llevará tiempo. Hay que llevarlos al almacén donde estarán, hasta que empecéis a tocar otra vez. Seguramente no saldremos hasta mañana.

—¡Ah! —exclamó—. Pues entonces ya tengo excusa. Nos quedamos una noche más en el hotel y me voy contigo mañana.

—No puede ser, nena. Vamos a viajar en un vagón de mercancías porque tenemos que vigilar las cosas.

—Y, a mí, qué me importa eso…

—A mí sí me importa, Rose. Es un viaje incómodo y hace calor. Los vagones no están refrigerados, y estoy seguro de que te vas a pasar el camino vomitando.

Ella se quedó pensando y finalmente asintió. No le gustaba la idea de pasar, aunque solo fuera una noche, sin su compañía. Pero no le quedó más remedio.

Tras salir del restaurante se dirigieron al hotel, e hicieron el *check out*. Ella solo llevaba su mochila negra a juego con su indumentaria, mientras que el resto de sus cosas viajarían con las mercancías al día siguiente. Los dos se montaron en la moto y se dirigieron hacia el hotel por las calles habilitadas para los vehículos no autónomos, es decir, dando un gran rodeo.

Finalmente llegaron, y ella se despidió de él:

—Hasta mañana, amor mío. ¡No te portes mal! ¿De acuerdo?

—¡Claro, nena! ¡Descuida! —replicó, mientras aquellas dos figuras de negro se besaban con pasión al lado de una Harley-Davidson Indian Chieftain. Ocasión que no desperdició un viandante que pasaba por allí para hacer una foto, que con gran regocijo pasó a través de sus redes sociales.

Julia

Había llegado con bastante antelación, y la sala de prensa donde se iba a dar la bienvenida a los nuevos becarios estaba todavía vacía. Se colocó en una de las filas intermedias y esperó tranquilamente a que llegaran sus compañeras o quizás el mentor.

Mientras tanto, recordó lo que había ocurrido la tarde anterior. La mujer que se encargaba de las prácticas le llamó por teléfono y mantuvieron la siguiente conversación:

—Buenas tardes, Mario, te llamo de la Facultad. Hemos estado hablando esta mañana de enviarte a Octomedia o Cuoremedia. ¿Recuerdas?

—Sí, claro.

—Pues verás, una de las chicas que mañana tiene que ir a Proseismedia ha optado por tu puesto en Medialaria, y entonces la empresa me ha solicitado más currículos. Yo le mandé de sobra, pero me dicen que los que habían desechado no los quieren. Entonces les sugerí tu nombre, y en principio me dijeron que no, por ser un chico, pero yo les insistí con las notas, y finalmente han aceptado. ¿Qué me dices? ¿Puedes ir mañana a la presentación?

—Por supuesto. ¡Muchas gracias! Lo que no entiendo como una de esas chicas se fue de allí para ir a Medialaria…

—Creo que tiene a un conocido en esa empresa, aunque no lo suficientemente importante para que le *enchufara* en primera instancia. Pero debe ser que se ha movido lo necesario, al conocer tu baja, para convencer a los jefes de que la admitan.

—Bueno, pues, sea lo que sea, me alegro.

—De acuerdo. Sabes dónde están las oficinas, ¿verdad?

—Sí, en la Piazza Fontana, ¿no es así? Donde antes estaba el hotel Star…

—Así es. Tienes que estar allí a las nueve. Sé puntual. Más vale que te adelantes a que te retrases. Bueno, ya me contarás que tal te va. Espero que estos no sean tan duros como los otros.

Aquello fue lo que le dijo, y Mario no le defraudó. Llegó allí bastante pronto, y se preguntó si había hecho bien. Si había hecho bien en llegar tan pronto, pero supuso que sus compañeras habrían recibido el mismo aviso y habrían llegado igual de pronto que él. Pero se equivocó, y eso pudiera ser malo. Pudiera parecer que se mostraba

demasiado «ansioso» por ese puesto, aunque también podría ser bueno, lógicamente.

El caso es que estaba en esas disquisiciones, cuando se presentó por allí otra chica.

—Hola, ¿es aquí la presentación de los becarios?

—Sí, aquí es. Menos mal que ha llegado alguien más… estaba un poco ansioso al estar solo.

—¿Eres del turno de mañana, en la universidad?

—Sí. Tú debes ser del de tarde, ¿verdad? Pues no nos conocemos…

—En efecto. Yo me llamo Julia, ¿y tú?

—Mario. Mario Sacche.

—Encantada. Julia Puccini. En fin, a ver qué nos cuentan. Yo vengo con mucha ilusión.

—Yo… relativamente. El martes estuve en la presentación de Medialaria, y la verdad es que salí de allí espantado.

—¿Te seleccionaron también para Medialaria?

—Sí, estaba destinado allí. Pero como te digo, el mentor, o mejor dicho, la mentora, era una déspota, ¡pero como no te puedes imaginar! Y me largué, directamente.

—Entonces tú eres el Mario ese… Es que me lo han contado mis compañeras.

—Ya veo. Las noticias vuelan. En fin, me temo que esta vez me tendré que morder la lengua, pues ya no quedan más oportunidades. Estoy vetado en Medialaria, y como aquí no me admitan, me temo que me voy a pasar el resto de mi vida haciendo noticias deportivas para un periódico local de Nápoles.

—Y eso, trabajando también en otra cosa, pues no creo que allí te paguen mucho.

—Y encima eso, claro.

Terminaron la conversación, pues comenzaron a venir las seis personas que faltaban, es decir, el resto de las chicas. Algunas ya se conocían, y conocían a Mario, pues todas menos una, eran de su turno. Tras unos minutos de espera llegó el mentor.

—Pero, Rose, pequeña mía, ¡cómo te ha podido ocurrir eso!

Las chicas del grupo se encontraban en la plataforma de espera, dentro de la estación. Habían llegado con bastante antelación y estaban sentadas en grupos de a dos lo suficientemente separadas para que no se oyera la conversación que se traían. Por un lado, estaban Eva y Shirley, como siempre, y por otro, Janet y Rose. Lorraine se había quedado en el mostrador de embarque discutiendo algunas cosas sobre el equipaje.

Nada más decirle eso, Janet se levantó, y junto a Rose se dirigió a una pequeña cafetería que había al fondo para poder hablar más tranquilamente. Mientras se dirigían hacia allí, Rose observó a su compañera, intentando apercibir cualquier indicio que le pudiera describir sus impresiones sobre lo que le acababa de contar. Estaba ansiosa por conocer su parecer, y esperaba expectante la llegada al establecimiento para poder continuar.

El mánager les tenía dicho que siempre que estuvieran juntas fueran vestidas de manera similar a como lo hacían durante las actuaciones. Cualquiera les podría hacer una foto y subirla a un servidor y no era plan que circulasen por ahí fotografías con vestimentas anodinas.

Janet vestía con su peculiar atuendo consistente en mallas de estilo felino y una chaqueta corta de cuero de color marrón oscuro que ocultaba un *top* similar al que gastaba Rose, es decir, minimalista, que dejaba ver casi todo el pecho. Su pelo estaba peinado de tal manera que formaba rastas muy finas que se apretaban unas a otras formando una espectacular melena que le llegaba hasta cerca de la cintura. A pesar de que la cantante ya tenía cerca de cincuenta años, se conservaba en perfecta forma y seguía siendo la mujer sexy que siempre había sido. Rose se preguntó si el hecho de ser de raza negra podría tener algo que ver con esa lozanía, pues en su opinión, a la gente de ese color se les notaba mucho menos la edad. Aunque, a decir verdad, Eva y Lorraine tenían una edad similar y a pesar de ser blancas, también tenían un cuerpazo juvenil, no muy diferente al de la propia Rose. Sea como fuere, su jefa tenía casi el doble de su edad, pero cualquiera diría que contaba solo con unos pocos años más.

Se pidieron un café y comenzaron a discutir sobre «el asunto».

—Pero, ¿es que no habéis puesto medios, hija mía?

—Sí que los he puesto, Janet, pero creo que me arriesgué demasiado…

—No te entiendo… ¿Los has puesto o no los has puesto?

—Te digo que los he puesto, Jan, pero me arriesgué a hacerlo en días que estaban muy al límite y entonces…

—¿Cómo muy al límite, Rose? —le interrumpió.

—Los métodos naturales exigen guardar unos periodos de abstinencia —comenzó a explicar—. Cada mujer conoce su ciclo y entonces…

—¿Habéis usado el método *ogino*, pequeña? —preguntó totalmente estupefacta.

—No, Janet, ¡claro que no! Ese método es un simple cálculo matemático basado en la observación de lo que dura el ciclo, y te da una serie de días fértiles y otros no fértiles y entonces…

—Ya lo sé Rose, sé cómo funciona el método *ogino*. Lo que no entiendo qué es eso de los *métodos naturales.*

—¡Ah! Pues verás, el principio es el mismo, pero usando la tecnología —la cantante miraba con cara de no comprender demasiado—. Todo es cuestión de saber si estás ovulando o en una fase preovulatoria. Por ejemplo, uno de esos métodos es el método de la temperatura basal. ¿Lo has oído?

—No.

—Pues verás, esto se basa en que cuando se produce la ovulación, es decir, cuando eres fértil, la temperatura te aumenta como medio grado, para volver a tu temperatura normal unos tres días después. Existen unos termómetros de cierta precisión que te dan este dato y solo es cuestión de medirte más o menos a diario para saber si estás en peligro o no.

—Pero, Rose, la temperatura de una persona puede variar por muchos motivos…

—Claro, por eso ha de hacerse combinando con otros métodos como es el de la densidad del *moco cervical*. Sabes a qué me refiero, ¿no? —su compañera seguía sin comprender demasiado y ella siguió:

—Pues es algo parecido. Consiste básicamente en observar ese flujo y ver la consistencia, el color, la densidad… Igual que la temperatura, también estos factores cambian con la ovulación y entonces es sencillo saber si puedes o no puedes.

—¿Pero todo eso funciona? Quiero decir, ¿es seguro?

—Oh, sí, claro que lo es. Mis padres lo estuvieron usando durante años y les funcionó perfectamente. Ellos eran músicos como nosotras, ya sabes, y es lo que hacían. A mí me enseñó mi madre a realizarlo, y

siempre me ha ido muy bien.

—¿Tu madre te enseñó a realizarlo? Pensaba que tus padres eran muy conservadores y no hablaban contigo de esos temas.

—Bueno, fue porque un día le sorprendí midiendo esas cosas, y entonces no le quedó más remedio que contármelo. Luego, ya de mayor, le volví a preguntar y ya me lo contó con más detalle. Pero vamos, es como te digo, son cosas que funcionan bien, si lo sabes hacer.

—Pues esta vez a ti te ha fallado…

—Siempre me ha ido muy bien, Janet, pero ahora con Jack… Yo creo que fue en una ocasión… cuando terminamos aquel concierto en San Diego… ¿Recuerdas?

—Sí, aquel que tuvo tanto éxito… recibimos la ovación de toda la crítica.

—Pues eso, aquella vez nos salió todo tan bien que no pude resistirme, y entonces hicimos el amor… aunque debí de haberme reprimido. Estábamos muy al límite, y claro, pasó lo que pasó.

—Pero, Rose, en esos casos de duda… ¿No debería él ponerse algo?

—Sí, claro, pero es que a él no le gusta, quiero decir, le gusta menos y yo no quiero que eso ocurra y entonces…

—Ya veo, Rose, ya veo —le interrumpió—. Me parece que has cometido el mismo error que comete la típica quinceañera que no quiere incomodar a su novio… ¡Joder, chica!, que ya tienes veinticinco años…

—Vale, Jan, está claro que me he equivocado. ¡Tienes razón! Me dejé llevar por la pasión y entonces…

—Entonces nada, Rose. No tienes excusas.

—Vale, no tengo excusas, pero… ¿Es que tú nunca has cometido errores?

—No de ese tipo, Rose, ¡no de ese tipo! —volvió la cabeza. Permaneció unos instantes sin mirarla, y cuando lo hizo de nuevo, la chica estaba ya comenzando a llorar. Entonces se compadeció, y cambió de posición. Estaban en una mesa con cuatro sillas y ella se había colocado enfrente. Ahora se puso a su lado y le dijo, mientras le abrazaba con su brazo derecho:

—Venga, Rose, no llores. Perdóname. Parezco tu madre. Por cierto — le preguntó tras darse cuenta: —¿saben esto tus padres?

—No, Janet, no saben nada. Solo lo sabe Jack, y ahora lo sabes tú. Yo a mis padres no pienso decirles nada.

—Pero, entonces…

—Voy a abortar, Jan. Ya lo he decidido.

La frase sonó con rotundidad en un momento en el que en la cafetería pareció disminuir el murmullo subyacente. Parecía como si el mundo estuviera aguardando aquel momento y todo se hubiera detenido para que se pudiera escuchar con claridad aquello, a pesar de que ella no lo dijo en alto.

Janet miró hacia los lados y comprobó que nadie les estaba mirando. Parecía que nadie se había dado cuenta de lo que su compañera acababa de decir. Mientras, en la lejanía, apenas se podían distinguir las siluetas de sus otras compañeras, que se atisbaban ligeramente detrás de otras figuras humanas que se interponían entre los dos grupos de chicas. Parecían mantener una conversación muy animada sobre algo, y se alegró de que no les hubieran visto. De que no hubieran visto llorar a Rose.

Entonces suspiró, y miró hacia la cinta de tiempo que cubría su muñeca y cuya hora se mostraba entre el amasijo de pulseras y cordeles que llevaba.

—Vámonos, Rose. Ya queda poco para que salga el tren, y deberíamos juntarnos con las demás. Toma este pañuelo. Que no descubran que has llorado.

—Gracias Janet —dijo, tras recibir la gamuza reciclable que su compañera le entregó. A continuación, se pusieron de pie, Janet pagó la cuenta y se dirigieron a reunirse con las demás.

—Buenos días, pequeños cachorros. Mi nombre es Stefano y soy vuestro mentor.

«Qué manía con llamar «cachorros» a los becarios», pensó Mario. Se ve que eran costumbres del gremio. El tipo ese no tenía la cara de juez, o mejor dicho, de jueza que tenía Clara, la mentora de Medialaria. Este hombre siempre mostraba una sonrisa irónica, o mejor dicho sardónica, y además no exigía a la gente que se pusiera de pie al hablar. «Algo es algo», se dijo el chico.

Era un tipo mayor que la otra mujer, de unos cincuenta años, calvo y gordo, y con la cara reluciente, quizás por el sudor, o quizás por la grasa que le salía por los poros de la piel. Un poco repulsivo, sin duda alguna, aunque eso era algo que deberían decir las chicas. Ya les preguntaría.

—Soy el redactor jefe de esta sección, y voy a intentar haceros la vida imposible…

Todos los jóvenes se miraron con cara de circunstancia, algunas chicas se miraron unas a otras y los que no hicieron nada, pensaron, con razón, que se habían metido en un buen lío.

—Que no, tontos… —se disculpó—. Os he metido miedo, ¿verdad?

Los chicos respiraron un poco, pues muchos se habían quedado pálidos conteniendo la respiración. Ya conocían lo que había sucedido en Medialaria, y ahora estaban preparados para cualquier cosa. Pero aquella frase…

—No os voy a hacer la vida imposible, a no ser que me la hagáis a mí. Si todos nos llevamos bien, yo saldré beneficiado, y vosotros también. Vamos a ser un equipo unido, y todos vamos a ser una piña. Y si algún diente de la piña falla, ¿sabéis lo que pasa?

Nadie dijo nada, y Mario esperaba que el hombre se enfadase como había ocurrido con Clara.

—Bueno, pues yo os lo diré. Si un diente falla, la cadena resbala, y no se produce tracción. Y esto es una máquina que tiene que estar perfectamente engranada y engrasada, y por eso quiero que os chivéis. Sí, habéis oído bien, que os chivéis, de algún compañero que no esté dando la talla. Porque si falla uno, falláis todos, y entonces os quedáis sin el título. ¿Me estoy explicando con la suficiente claridad?

Aunque el hombre no hablaba con demasiada severidad, empezaba a

sonar un poco como aquello que más se temían. Algunas chicas asintieron con la cabeza, y Stefano continuó:

—Bien, pues de eso se trata. Cualquier fallo, cualquier falta de compromiso con el trabajo, de disciplina o de desempeño, será causa de despido fulminante —deletreó cada sílaba—. Y poco más os puedo decir. No sé si tenéis preguntas…

Vista la experiencia que les habían contado de Medialaria, nadie se atrevió a hablar y el hombre siguió explicando:

—Ya veo que sois buenos trabajadores y no preguntáis chorradas como el sueldo, el horario o esas pamplinas, pero como yo soy buena persona, os lo diré. Como en todos los sitios, y no puede ser de otra manera, el sueldo es cero. Es más, yo soy de la opinión que tendríamos que cobraros por daros lo que aquí os vamos a dar. Pero bueno, la vida es injusta, ¡qué se le va a hacer! Y lo del horario, pues lo mismo. Uno se va a casa, o a comer, o a dormir, cuando se termina el trabajo. Si no se termina el trabajo, pues uno se queda aquí, hasta que se termine. Si sois rápidos y buenos, os podréis ir antes, y si sois lentos y malos, no os podréis ir, o quizás sí, pero por la puerta de atrás. No sé sí me explico… —todos asintieron.

—Otra cosa más —siguió—. Yo soy una persona accesible. Se me puede preguntar y no me ofendo porque se me pregunten cosas, incluso cosas impertinentes. Yo no soy como otras personas en otros sitios… que no voy a nombrar. Incluso, fijaos lo que os digo, se me pueden hacer preguntas sobre algo que ya haya respondido con anterioridad —todos hicieron gestos de aprobar esa actitud.

—Pero lo que no tolero es la desobediencia. Ni la desobediencia ni la falta de compromiso. Eso no lo pienso tolerar de ninguna manera. Y ahora solo me falta repartiros el contrato, que debéis firmar… ya. Está en el código 4145 del campus, que ya os podéis descargar en vuestras tabletas. Cuando lo hayáis firmado, os pasáis por la Redacción y allí se os asignarán vuestros cometidos. Os espero fuera, en cinco minutos.

El tren de levitación

El tren se encaminaba en dirección a Chicago tras abandonar la estación de Dallas a más de cuatrocientas millas por hora. Era un tren de levitación magnética que «volaba» o mejor dicho, levitaba, sobre un monorraíl al que ni siquiera tocaba. El motor de inducción lineal del que estaba provisto, utilizaba una particular disposición de imanes denominada «río magnético» que era capaz de producir al mismo tiempo un empuje vertical y horizontal que impulsaba el vehículo a toda velocidad sin tocar el carril sobre el que interactuaban los imanes y sobre el que teóricamente se apoyaba.

El invento, no obstante, había sido desarrollado a finales del siglo XX, pero su patente se había puesto en un cajón por precisar una ingente cantidad de energía, que hacía inviable el proyecto.

Pero con el desarrollo de la fusión nuclear, el coste energético dejó de ser un problema al haberse por fin conseguido el hito tecnológico más deseado: conseguir obtener energía de la fusión de los átomos de hidrógeno, el material más abundante del universo. Una energía limpia y prácticamente ilimitada que había terminado en los países desarrollados con las energías contaminantes, con los combustibles fósiles y también con la energía nuclear basada en los peligrosos elementos radiactivos.

La potencia del tren de levitación magnética estaba limitada únicamente a la resistencia del aire, que era lo que le impedía ir a mayor velocidad. Aun así, las disposiciones aerodinámicas de los vehículos ensayadas en túneles de viento, cada vez habían conseguido disminuir esas resistencias, y así las cosas, el tren en el que viajaban las integrantes de *The Costayers* era capaz de recorrer las novecientas millas que separaban Dallas de Chicago en poco más de dos horas. Una duración que se vería dentro de poco reducida a escasos quince minutos en cuanto se terminara de construir el túnel de vacío sobre el que estaba previsto circularan los trenes en el medio plazo. De esa manera, ya no existiría la resistencia aérea, y la velocidad solo estaría limitada por la temperatura que podrían alcanzar aquellos imanes, y cuyo límite estaba muy, muy alto.

Esa tarde el tren iba bastante lleno, y las cinco chicas no pudieron ponerse juntas. Consiguieron colocarse de dos en dos, y como siempre los grupos se formaron con Eva y Shirley, por un lado, y Janet y Rose por otro. Lorraine tuvo que colocarse más lejos todavía, pues terminó de solucionar tarde los asuntos de su equipaje; tan solo unos minutos antes de la salida del tren.

La cantante y la baterista habían hablado poco desde su conversación en la cafetería, y Rose permanecía mirando por la ventana cómo se sucedían los paisajes a toda velocidad. Los árboles, las casas, las montañas, todo desaparecía fugazmente de adelante hacia atrás, y cuando se hizo de noche, ya cerca de Chicago, las luces de las carreteras cercanas parecían líneas continuas que, como si fueran rayos fulgurantes, se sucedían en una especie de lluvia de luz.

—Jan, ¿tú qué harías en mi lugar? —le preguntó la baterista tras dejar de mirar por la ventana. Aquellas emanaciones luminosas le estaban empezando a marear y se tuvo que tomar una de esas pastillas para los vómitos a las que ya se estaba acostumbrando.

—No lo sé, Rose. No lo sé. Yo he tenido pocos novios. Debo ser que los impresiono. Pero siempre he tenido cuidado. Mucho cuidado. Es algo que no me he podido permitir en mi profesión… en la tuya, vamos; en la nuestra, quiero decir. Y ya me ves. Nunca he tenido que ponerme en esa tesitura. Aunque no sé, pequeña. Ya tengo casi cincuenta años, y ahora, aunque quisiera, no podría tener hijos. Y quizás sea algo de lo que me arrepienta en el futuro. Es más, creo que ya me estoy empezando a arrepentir. Yo en tu lugar… —dijo mirándola a los ojos — no lo sé— replicó, mirando al suelo—. Es una decisión muy personal, Rose.

La muchacha no contestó y volvió a mirar por la ventana. Ahora ya no se veía nada, pues estaban atravesando un túnel. Entonces se fijó en los plafones que salpicaban la pared de aquella perforación en la roca y que cada pocos metros iluminaban levemente el vehículo magnético. Pero la velocidad a la que iba les hacía aparecer como una línea de puntos sobre la que trazar una raya: bum, bum, bum, bum, bum. Una especie de destellos hipnóticos que le volvieron a marear, y entonces se apoyó sobre el reposa-cabezas del asiento y cerró los ojos.

Su compañera respetó su silencio y no la molestó, aunque ella hubiera deseado que lo hiciera. No dejaba de pensar en «su asunto» y se arrepintió de haberse arriesgado tanto. Janet tenía razón y se había comportado como una quinceañera ignorante a quien su novio engaña diciéndole que la primera vez no se puede quedar embarazada. Solo que Jack no la engañó; nunca la exigió nada de eso. Fue ella misma quien se arriesgó innecesariamente. Había tenido otros novios y nunca le pasó una cosa así. Pero también era cierto que, al menos últimamente, a ninguno le había querido tanto como a Jack. Se había colado por él, y «el amor es lo que tiene», pensó.

En realidad, exceptuando a quien fue su primer amor, nunca había querido a nadie de esa manera. Y se maravilló de cómo sus padres aguantaron tanto hasta el punto de que los dos habían llegado

vírgenes al matrimonio. O al menos eso era lo que ellos le habían dicho siempre, aunque ella siempre lo dudó.

Se acordó entonces de ellos, dos católicos devotos, y pensó lo mal que les sentaría si se enterasen de lo que ella pensaba hacer. Si se enteraran de que habían podido tener un nieto y que su hija lo mató. El pensamiento le revolvió las tripas y lo rechazó. Procuró pensar en otra cosa y comenzó a decirse que ella no iba a matar a nadie. Que aquello que tenía en su interior era solo un conjunto de células que se estaban formando, pero que todavía no eran nada. No eran nada como tampoco es un árbol una semilla que está empezando a germinar debajo de la tierra. «Eso es», se dijo, «no es nada, no voy a hacer nada malo», pensó. «Tengo toda la vida por delante y ya tendré otro hijo con Jack… cuando pueda ser».

Disposición en parejas

—¿Qué te ha parecido, Mario?

—Pues si te digo la verdad, Julia, me ha gustado más, o mejor dicho, me ha disgustado menos que lo que vi en Medialaria. Al menos este tío no te exige la compostura que tenían allí, y además se le puede preguntar. Algo es algo.

Los ocho jóvenes habían terminado de firmar sus contratos y se disponían a salir de la sala de prensa para encaminarse hacia la Redacción, donde les esperaba el mentor. Fue ahí cuando Mario se fijó en su compañera. Era una chica de su edad, más o menos veintidós o veintitrés años, de media estatura, delgada, con buen tipo, morena y con el pelo oscuro, largo y liso. Lo mejor era sin duda su rostro. Una cara guapísima con unos grandes ojos oscuros y ovalados. Todo lo contrario que él, que, aunque tenía una constitución similar, no dejaba de ser un chico corriente. Solo destacaba por su personalidad y su inteligencia, y eso ya era mucho, aunque había que conocerlo.

—Pues a mí me ha parecido un poco repulsivo, sinceramente—. «Un gordo seboso», le susurró al oído, y él se rio.

—¿De qué os estáis riendo, chicos? —Preguntó Stefano, que ya estaba por allí. Entre la cantidad de gente que había en la Redacción, todos con el mismo tipo de vestimenta, no se habían dado ni cuenta de que estaban casi a su lado. «Tierra trágame», pensaron los dos.

Afortunadamente, una mujer que también estaba por allí le tomó del brazo y le dijo algo con una tableta en la mano. El hombre miró hacia la tableta, le comentó algo, y a continuación se dirigió a todos los becarios. Parecía que se había olvidado de aquellas risas.

—Bueno, escuchadme. De momento os vais a poner en parejas y os vamos a asignar un redactor. Del redactor aprenderéis los rudimentos de nuestra profesión. Después ya trabajaréis, con la tarea que se os asigne. Pero no olvidéis lo de la piña. Aunque trabajéis solos, os tendréis que reunir con el redactor y conmigo para ver y repasar el trabajo y determinar los próximos pasos de todo lo que se os encomiende. Vosotros dos, por ejemplo —dijo, refiriéndose a Mario y Julia—, os pondréis con Carla. Se sienta en esa mesa, aunque ahora no está. Esperadla, que no tardará en venir. Luego, las otras tres parejas, a lo largo de las siguientes mesas. Ahí están Laura, María y Rafaela, las otras redactoras, que os harán lo propio.

Las tres mujeres aludidas saludaron con una sonrisa y las chicas se colocaron enfrente de cada mesa, ocupando las dos sillas de

confidente que tenían cada una. En ese momento, Stefano se marchó y dijo antes de irse:

—Mi despacho está tras aquella cristalera del fondo. Cualquier cosa que necesitéis, allí me tendréis. No os dé vergüenza preguntar. Acordaos de lo que os he dicho. Yo no me ofendo ni recrimino a nadie por preguntar. Aunque sean preguntas estúpidas. Recordadlo. Más vale preguntar si dudáis, que no hacerlo y errar. Si os equivocáis por algo que no hayáis preguntado, estaréis en la calle. ¿Entendido?

Chicago

Se despertó cuando el tren comenzó a disminuir suavemente la velocidad, y ya se veían a lo lejos las luces de la gran ciudad que se encontraba en la orilla Oeste del lago Michigan.

Allí había vivido desde que se integró en el grupo, en un pequeño pero coqueto apartamento que alquiló cerca de donde Janet vivía.

Fue cuando conoció a un chico *drifter* que pertenecía al clan de los *huskies*, cuando se mudó a vivir con él a una pequeña localidad a veinte millas al oeste de Chicago que se llamaba Marengo. El pueblo se había quedado anclado en el siglo XX por deseo expreso de sus habitantes, y cuando ella rompió con aquel muchacho, él se alejó de su vida, pero ella no se alejó del modo de vida que él le había descubierto. Se quedó viviendo en Marengo, donde finalmente acabó comprándose una casa.

Una casa que no conocía Jack, pues durante los más de seis meses que duró la gira por Estados Unidos, solo tuvo ocasión de acudir una vez por allí, y él no la pudo acompañar.

Habían visitado todas las grandes ciudades del país, presentando el que había sido su último álbum. Antes de eso también habían estado visitando las principales ciudades de Asia, y por primera vez en años no habían hecho una gira por Europa.

Y es que ya no era rentable pasar por allí. El abaratamiento de la energía que supuso la invención de la fusión nuclear, había desprovisto prácticamente al viejo continente de su potencial industrial, al no ser ya necesarias ya las fábricas cerca de los consumidores finales. Todas las grandes cadenas de producción se habían mudado a Asia, desde donde abastecían al mundo de mercancías mediante convoyes de alta velocidad.

En una Europa desindustrializada, el desempleo creció exponencialmente y los populismos hicieron su aparición, a veces de forma demoledora, mientras los países de esa zona se estaban quedando tan solo como un destino turístico. Pero la extrema sensación de sensibilidad a las enfermedades que se desarrolló desde la irrupción del Covid-19 hizo que se restringieran mucho los viajes, y eso privó al viejo continente incluso de su potencial turístico.

Así las cosas, viajar a Europa era solamente viajar a Londres, Berlín y quizá París, las únicas ciudades que todavía eran rentables para admitir conciertos en grandes estadios. Y no merecía la pena invertir en los tan denostados viajes en avión cuando se podría aprovechar ese

tiempo en el sureste de Asia, por ejemplo, con mayores ganancias.

El caso es que las chicas de *The Costayers* estaban deseando darse un descanso después de tanto tiempo de viajes y hoteles, y estaban deseando llegar a casa.

—¿Al final os vais a ir a Hawái? —preguntó Janet a Eva, cuando bajaron del tren. Estaban las cinco mujeres en la plataforma de espera de los taxis automáticos de la estación, y se estaban despidiendo.

—Sí —contestó—. Shirley y yo nos merecemos darnos un chapuzón en la playa mirando a los volcanes —dijo, mientras su compañera asentía — y tú Rose, ¿qué vas a hacer? —preguntó a su vez la guitarrista.

—Yo pienso disfrutar con Jack en mi casa. Él no la conoce, ni ha estado nunca en un pueblo *drifter*. Estoy segura de que lo vamos a pasar muy bien, los dos juntos, en mi pueblo…

—No suena muy divertido, al menos para mí —replicó Shirley, con una sonrisa.

—Bueno, es cuestión de gustos —dijo Rose, también sonriendo.

—Está bien chicas, pues no os lo paséis demasiado bien, ya que os quiero ver a todas en plena forma dentro de un mes —observó Janet, aguándoles la fiesta a todas—. Lorraine y yo vamos a comenzar en breve a componer el material del siguiente álbum y tendremos que empezar a ensayar dentro de poco si no queremos que se nos eche la temporada encima. ¿De acuerdo, chicas?

—¡De acuerdo, jefa! —dijeron todas a coro, mientras las guitarristas ya se estaban comenzando a introducir en uno de los vehículos. Lo fueron haciendo también las demás, hasta que solo quedaron Janet y Rose.

—Si me necesitas para cualquier cosa, llámame. ¿De acuerdo, pequeña?

—De acuerdo *mami*, así lo haré —asintió la baterista, mientras su jefa también se metía en uno de esos vehículos. Al final se quedó sola y se fue a la plataforma de coches de alquiler, pues en Marengo estaban prohibidos los coches automáticos. Tan solo había una pequeña estación para los vehículos de reparto, o de urgencias, o para los taxis, y solo los usaban quienes no vivían allí.

La pradera

Mario y Julia se sentaron en las sillas de confidente y esperaron a que viniera Carla, la redactora que les habían asignado.

—¿Te has fijado en el contrato, Mario? Decía que nuestra jornada es de seis horas, de lunes a jueves. ¿Tú crees que se cumplirá?

—Lo dudo. Quizás nos dejen acudir a la tutoría de los viernes a la Facultad, y ya es mucho. Y los fines de semana… ¡Ojalá!

En ese momento llegó Carla y se presentaron. Era una mujer de unos treinta años, con cara amable y buena presencia. Si no fuera por las ojeras, se podría decir que era hasta guapa.

—Bueno, chicos, yo empecé como vosotros. De becaria. Me comí mucha mierda, pero mucha, mucha. Hasta que al final me contrataron. Tuve que estar dos años de becaria, pero mereció la pena.

—¿Dos años? Pero… ¿eso es posible? —preguntó Mario.

—El contrato de prácticas es por medio año, y si aguantas —respondió, diciendo despacio la palabra «aguantas»—, si aguantas, digo, entonces ya te hacen un contrato, pues no hay otra manera de sostener legalmente la situación laboral. Pero, aun así, sigues sin cobrar nada. Es decir, es medio año de prácticas no remuneradas, otro medio año de cortesía, y otro año entero de pleitesía, como solemos decir. El tercer año, si no te has ido antes, o no te han echado, es cuando ya empiezas a cobrar algo. Poco al principio, pero cada vez más, si demuestras tu valía. Si no…

—Si no, a la calle, claro.

—Efectivamente. En cuanto frenas, a la calle. Mejor dicho, no solo es cuestión de frenar. En muchas ocasiones con no acelerar también vas a la calle. Cada día ha de ser algo mejor que el día anterior.

—¿Cada día? —pregunto Julia.

—Bueno, quizás no cada día, pero sí cada poco tiempo, más o menos.

—Pero, ¿quién monitoriza eso? Quiero decir, ¿eres tú quien tiene que decidir eso?

—No, yo no tengo nada que ver. Eso es el redactor jefe, o sea Stefano. Es él quien decide todo.

—Pero tú le tendrás que informar de nuestros avances, ¿no es así? —Mario estaba ansioso por conocer quién tendría que dar los informes respecto a ellos.

—Yo solo os voy a enseñar a hacer el trabajo. Cualquier duda me podréis preguntar, desde luego, pero a quien tendréis que reportar es a él.

—Vaya, ya me había hecho ilusiones contigo… —replicó Julia.

—Bueno, Stefano no es el ogro que parece… es una persona accesible, más o menos. Si os lleváis bien con él, no lo pasaréis demasiado mal.

—¿Tú le tuviste de mentor?

—No. Cuando yo entré aquí, hace ya… siete años, estaba de mentor Luigi, un hombre que ahora está con Claudia Antonelli, no te digo más.

—¿Quién es Claudia? —preguntó Julia.

—¿En serio me lo preguntas?

—Claudia Antonelli es la jefa máxima —respondió Mario. La dueña de la cadena RDI y también de Proseismedia.

—¡Ah! Pues vaya resbalón…

—Ya la conocerás —dijo Carla—. Se suele pasar por «la pradera», de vez en cuando. Es como denominamos a la Redacción. Toda esta gran sala diáfana —dijo, señalando a su alrededor— solo salpicada por las mesas y los periodistas, así la llamamos. La pradera… Pues eso, de vez en cuando, Claudia se pasa por «la pradera» y suele atisbar nuevos talentos. Se dice… —y entonces hizo una seña a sus interlocutores para que se acercaran—. Se dice —susurró—, que tiene algunos vicios… «ocultos».

—¿Qué tipo de… «vicios»? —preguntó Mario, también susurrando.

—Vicios… que ya descubrirás. Tú ten cuidado. Yo no os he dicho nada.

Una casa «drifter»

La casa había permanecido cerrada durante mucho tiempo, y había entrado algo de polvo. La fugaz visita que hizo meses atrás solo sirvió para pasar la noche y poco más. De no haber sido por el embarazo, la hubiera limpiado ella misma, como hacía siempre. Pero ahora no estaba en condiciones de darse una paliza semejante, y además quería tener tiempo para disfrutar de Jack. Así que llamó a una chica del pueblo que conocía y la contrató para que al día siguiente se empleara a fondo para que cuando llegara su novio por la noche, la encontrara en perfecto estado de revista.

Una casa *drifter* era como cualquier otra, solo que no tenía ninguna de las comodidades modernas. No tenía domótica ni pantallas de visualización, y en el salón había simplemente un televisor de rayos catódicos donde los miembros de cada clan podían deleitarse viendo canales *drifters* donde se emitían noticias de los miembros de los diferentes clanes y se veían películas del siglo XX.

Las casas tampoco tenían lectores de proximidad para la apertura de las puertas, y casi todas tenían una gran barbacoa en el jardín donde asaban las chuletas y las comidas propias de su siglo preferido.

La noche que pasó sin Jack le costó comenzar a dormir. Ya se había acostumbrado a tenerle con ella, y le echaba mucho de menos. Cuando por fin lo hizo, fue un sueño ligero, aunque reparador, y se dispuso a preparar las cosas para ayudar en lo posible a la chica en la limpieza de la casa.

En el grupo eran normalmente Janet, Lorraine y Leslie quienes componían las canciones. Cuando esta última se marchó del grupo y Rose la reemplazó, Eva fue quien la sustituyó en las cuestiones creadoras, aunque en menor medida que Leslie. Normalmente, las dos primeras creaban las estructuras y luego Eva aparecía creando las melodías. Eran un trío perfecto y muy versátil y la popularidad de la banda en los últimos tiempos se debía casi por igual a las tres. Sobre todo, en la vertiente más *metalera*, cuya aportación se debía principalmente a la guitarrista, es decir, a Eva. Se decía que esta tenía una relación con David Jones, el mánager de la banda, aunque a Rose le parecía que con quien tenía un compromiso de verdad era con la otra guitarrista, es decir, con Shirley. En cualquier caso, a ella no le importaban esas cosas y no le gustaba entrometerse ni preguntar, como tampoco le gustaba que a ella le preguntaran o se entrometieran en lo que hacía o no hacía con Jack.

Cuando este llegó la noche siguiente, le recibió como si hubiera hecho

siglos que no se veían. Pasaron una noche de pasión, como era habitual, y al día siguiente Rose le llevó a los garitos principales de la ciudad, donde le presentó a los otros *drifters* amigos suyos.

Los dos se divirtieron durante unos cuantos días y lo pasaron bien, compartiendo con amigos las «comodidades» de su pueblo *drifter*, mientras llegaba el fatídico día en el que estaba citada para ir a la clínica.

La ropa de Cáritas

Carla, la redactora que les asignaron, se portó muy bien con ellos y aprendieron los rudimentos del departamento en el que trabajaban.

Su trabajo consistía en buscar noticias relacionadas con la temática que venía dada desde la Dirección, y colocarlas en las diferentes plataformas que tenía la corporación. Bien en forma de cuñas de audio, o en entrevistas de video, o mediante noticias escritas. Tanto Julia como Mario se acoplaron bien a todos los formatos, y la voz «radiofónica» de los dos se prestaba perfectamente tanto para hacer entrevistas como para las cuñas.

Eso sí, la cantidad de trabajo era tal, que, como temían, aquel jueves que comenzaron a trabajar les encargaron un cometido que no terminaron de realizar… hasta el domingo por la tarde.

Ese día, le mostraron el trabajo a Stefano, que parecía vivir allí en la Redacción —aunque a veces se ausentaba durante días enteros—, y este les dijo:

—Muy bien, chicos. Os habéis ganado el fin de semana. Disfrutad las horas que os quedan. Mañana me venís a ver a mí directamente, pues os voy a encargar otra cosa.

—¿Algo diferente a lo que hemos hecho estos cuatro días?

—Bueno, eso que habéis estado haciendo lo vais a seguir realizando. Os voy a enseñar a hacer otras cosas a vosotros, y a todos los demás. Otras cosas «además de» no «en lugar de». No sé si me explico.

—Perfectamente, Stefano —contestó Mario, levantándose, algo que también hizo su compañera. Hasta mañana.

La pareja se marchó y se fueron a comer a una pizzería cercana para turistas que había en los alrededores. Estaban cerca de la catedral de Milán, y se solían congregar por allí los pocos turistas que aún quedaban por esa época, de los millones que había habido solo unos años antes. Las sucesivas pandemias —reales o exageradas—habían limitado el potencial turístico de los países del sur de Europa, y, por consiguiente, también una de las principales fuentes de financiación de los mismos.

—Para mí es muy importante este trabajo, Mario. Tengo dos hermanos pequeños y en mi familia solo entra el pequeño subsidio que recibe mi padre por las cargas familiares que tiene que mantener. La ropa que visto es de Cáritas, no te digo más.

—Pues sí que estáis mal —dijo el compañero, con cara triste—. Yo estoy algo mejor, aunque no mucho. Mis padres tienen una pequeña tienda en un pueblo de la Toscana y me pueden pagar el alquiler y la comida… escasamente. Por eso no me queda más remedio que tener una habitación en el barrio del Arco. Un barrio que no es bueno, precisamente.

—Mi padre trabajaba en una fábrica, pero en la última crisis le echaron y con casi cincuenta años que tenía, no le quedó más remedio que reciclarse. No le admitían en ningún sitio y se vio obligado a montar una cafetería. En eso se gastó la indemnización que le dieron. Pero en la última pandemia, con los confinamientos, lo perdió todo. Y ahora vivimos de la caridad, ya lo ves.

—Joder, Julia, ¡qué injusta es la vida!

—Mi padre no comprende cómo pudo el gobierno salvar a unos para condenar a otros. Sobre todo, cuando se podían haber salvado a los dos. Si se hubiera confinado solo a la gente mayor para preservarlos de los contagios, a la población de riesgo, pues no hubiera hecho falta parar la economía.

—Ya, Julia, pero es que eso era muy complicado. Además, también el virus afectó a gente joven.

—Eso siempre ha sido así, Mario. Siempre había olas de gripes o neumonías que mataban a la gente, y nunca se hacían medidas tan drásticas. Sobre todo, cuando el coste es tan alto. Porque es peor el remedio que la enfermedad. Mi padre no comprende que para que la gente mayor, digamos los de ochenta años, puedan llegar a los noventa, se tengan que llevar por medio a la gente como mi padre. Que, con cincuenta años, no pueda llegar ni a los sesenta.

—Mujer, al menos sigue vivo, y no se lo llevó el último virus. Ese virus que dicen que se inventaron los de ese laboratorio, para luego poder vender la vacuna.

—Ya, pero es que no hay derecho, Mario. Que un propósito loable como es prolongar la vida de aquellos con quienes se ceba el virus, se haga a costa de acortar la vida de otros. Que, para darle, pongamos, diez años más de vida a algunos, se priven de treinta a otros.

—¿De treinta?

—Claro. Mi padre está desesperado. Lleva sufriendo una depresión desde entonces, y casi no sale de la cama. Con suerte llegará a los sesenta, si no le da un infarto antes. Y aunque no tenga depresión. Tengo muchos vecinos que están en una situación parecida y solo cobran esa miseria de subsidio, con lo que no les queda otro remedio

que comer «mierda», literalmente. El famoso «pienso», ya sabes, alimentos con grasas hidrogenadas, insanos y malos. ¿Cómo va a llegar alguien así a los noventa años? Es lo que dice mi padre. El fin no justifica los medios.

—Ya, es que en los países ricos han dado unas buenas indemnizaciones a las personas a quienes les han expropiado los negocios. Pero claro, aquí en Italia… pues no hay dinero.

—Eso es lo que ocurre. Tú lo has descrito perfectamente.

Terminaron de comer aquella pizza, y Mario le dijo a su compañera:

—¿Te apetece venir a mi casa, a tomar una copa?

—No, Mario, otro día será. Llevo varios días sin pisar la mía nada más que para dormir, y tengo tareas pendientes. Tengo que ayudar a mi madre con las cosas de la casa y con mis hermanos.

—Está bien, Julia, otro día será —le dijo, y tras levantarse y salir del restaurante, él le agarró de la cintura, y ella le correspondió. La chica cerró los ojos y él la dio un beso en los labios.

—Hasta mañana —se despidieron. Y cada uno tomó un camino diferente, hacia sus respectivas casas.

¡Corre Jack!

El que fue el peor día de su vida, estaba tan nerviosa que no se dio cuenta de decirle a Jack que no fueran en la moto. Cuando llamó para solicitar información, le dijeron que sería un procedimiento totalmente «ambulatorio», pues al estar embarazada de menos de tres meses sería una intervención sencilla de no más de quince minutos, y que no necesitaría de anestesia general. Precisaría, eso sí, algo de reposo durante al menos veinticuatro horas, por el riesgo de sangrado.

Pero todavía se estaba debatiendo sobre la conveniencia de lo que iba a hacer, y aunque ya lo había decidido, no pudo evitar sentirse muy, muy culpable. Sobre todo, al pensar en sus padres. Ellos no tendrían por qué enterarse, desde luego. Sólo lo sabían Janet y Jack, y estaba segura de que no se irían de la lengua. La líder de los Costayers no había hablado con su padre desde hacía años, prácticamente desde el día en que tocaron juntas las dos bandas en el que fue el concierto para conmemorar el decimoquinto aniversario del fallecimiento del gran Kai Costa. En aquella ocasión, se reunieron *Thertonball* y *The Costayers*, las dos bandas en las que este militó, y dieron un concierto conjunto en el que interpretaron las canciones más icónicas de quien fue su carismático líder.

Por otra parte, las posibilidades de que su novio les comentara algo a sus padres eran todavía más remotas. Ya le costaba a ella sacarle las palabras, cuánto más soltarle a Adam o a Louise una cosa como esa.

Pero Rose no paraba de pensar en todos esos asuntos, y cuando salieron de casa en dirección a la clínica hicieron lo que siempre hacían al salir de su hogar: tomar la Harley.

Ella se dio cuenta a mitad de camino y se lo comentó a Jack cuando se pararon en un semáforo:

—Jack, tendríamos que haber tomado un taxi autónomo. Me dijeron cuando llamé para concertar la cita, que tras la intervención debería guardar algo de reposo, y creo que tendríamos que haber dejado la moto en casa.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le contestó, tras un momento de silencio. Pero ella no le respondió. Simplemente, le dijo:

—Cuando salgamos yo tomaré el taxi y tú vendrás solo en la moto.

Él no le respondió, pero cuando llegaron a la puerta de la clínica, tras inmovilizar la motocicleta, le dijo:

—Cuando termines, te acompañaré en el taxi. Ya vendré a por ella,

mañana —afirmó, mirando a la máquina.

Entraron en la clínica y Rose dijo su nombre en el mostrador que hacía de «recepción» de la misma. Les indicaron que se sentaran en unas sillas que había enfrente, mientras le mostraban unos documentos en un panel que tenía que firmar. No quiso leer nada de todo aquello, y se limitó a pasar la muñeca por las proximidades del lector electromagnético que había debajo del panel. Después, la secretaria le mostró una pantalla con el importe de la intervención que tampoco quiso mirar. Simplemente, volvió a pasar la muñeca por el chip, sonó un pitido, y la secretaria dijo un escueto: «muchas gracias».

La enfermera no tardó en llegar. Les recibió y les llevó a otra sala de espera que estaba en el interior. Una sala sin público en ese momento, aunque no tardaría en llenarse, pues detrás de ella habían llegado al mostrador otras personas.

Allí permanecieron poco, no más de diez minutos. Después se abrió una puerta, salió una doctora, mencionó su nombre y entonces se dispuso a pasar los peores quince minutos de toda su existencia anterior y futura.

Le dijeron que se desnudara completamente y le entregaron una pequeña bata de color verde que se vistió tras quitarse su ropa tras un biombo. A continuación, le condujeron a una silla especial donde le abrieron las piernas y se quedó mirando hacia un plafón de bombillas blancas que había en el techo. La doctora que le había recibido desapareció, y entró un señor vestido de una forma similar a su colega femenina. No quiso mirar más, pero el médico le fue contando lo que estaba haciendo, para desgracia suya. Primero le administró la anestesia local, y esperó a que le hiciera efecto mientras preparaba el resto del material.

Después procedió a introducir un tubo en su vagina que llegó hasta el cuello del útero con objeto de dilatarlo. Tras unos cuantos segundos, extrajo el aparato e introdujo otro tubo que iba conectado a un potente aspirador: un instrumento infame, para mancillar, para dar la muerte, que penetró por el lugar sagrado por donde se da el amor y se da la vida. El matarife accionó un interruptor y el aparato se puso en marcha. Tras unos segundos, la fuerza de la succión arrastró al embrión y al resto del contenido uterino, que quedó todo deshecho en pequeños trozos. Unos segundos que a ella le parecieron toda una eternidad. Rose sintió que se le escapaba una parte de sí misma dentro del depósito de aquella máquina, como si le arrancaran una fracción de su persona.

Para finalizar, el mismo verdugo procedió a realizar el legrado o raspado, también llamado «curetaje», que es el método que se usa para terminar de limpiar el contenido restante, y que consiste en introducir en el útero una especie de cucharilla de bordes cortantes llamada legra o «cureta», con el objeto de obtener la certeza de que el útero ha quedado bien vacío y así evitar cualquier complicación posterior.

Una vez terminada esta última práctica, el hombre se marchó, la doctora que le había recibido volvió a aparecer, y le dijo a Rose:

—Venga, pequeña, no llores más. Ya pasó todo. La anestesia durará todavía unas horas. Te hemos colocado una compresa para que no manches la ropa por el camino hacia tu casa. Procura ir en un transporte automático para evitar baches, y no tardes en llegar. Cuando llegues, te cambias, te pones otra compresa y te acuestas hasta mañana. Puedes usar esta caja de compresas para posteriores cambios —le dijo, mientras le entregaba el material que mencionaba—. Mañana, si ves que estando de pie ya no sangras o lo haces como si tuvieras la regla, entonces ya puedes hacer vida normal.

—Muchas gracias, doctora —musitó, mientras varias lágrimas caían en la camilla sobre la que estaba sentada. A continuación, se dirigió hacia el mismo biombo que había usado minutos atrás y comenzó a ponerse la ropa, en medio de la angustia, la desolación y la desesperación más absolutas. Cuando terminó, salió de allí sin atreverse a mirar atrás, y vio al padre del niño que acababa de morir, en el mismo sitio en que le había dejado hacía solo unos momentos.

El hombre se asombró de la rapidez y se levantó del asiento.

—¡Oh, Dios, Jack! ¡Qué es lo que he hecho! —le dijo, mientras le abrazaba, y se ponía a llorar de forma desconsolada—. ¡Qué es lo que he hecho!

Su novio le correspondió el abrazo y la acarició el pelo suavemente con sus grandes manos, mientras la llevaba al asiento que acababa de desocupar.

La muchacha no paraba de llorar y eso hizo que alguna de las pacientes que aguardaban su turno dentro de aquel infierno, se pensaran lo que iban a hacer. De hecho, dos de ellas, una chiquilla que no tendría más de dieciséis años y otra algo mayor, abandonaron esa casa de los horrores en el acto. Era patente que aquella clínica había comenzado a funcionar recientemente, y de hecho, al poco tiempo construyeron una puerta en la parte trasera de la sala de intervenciones para que no diera a la sala de espera, y otra de salida a la calle en un callejón de servicio. Se les estaban escapando demasiados «clientes» por no cuidar ese detalle.

Pero el mal ya estaba hecho en el caso de Rose. Había acabado con la vida de un ser inocente, que además era su propio hijo.

El llanto y los remordimientos le estaban matando y sentía deseos de suicidarse inmediatamente. Solo la presencia de Jack a su lado, que le decía palabras de amor, le reconfortaba algo.

—¿Nos vamos de aquí, Rose? —le dijo, como si leyera sus pensamientos. No había otra cosa que ella deseara más hacer que huir de aquel horrible lugar.

Ella asintió y él la ayudó a levantarse. Recorrieron en sentido inverso los pasillos que habían recorrido al entrar, y salieron al exterior. El aire fresco de la calle golpeó su cara y se revolvió algo su pelo. Entonces se sintió algo mejor, aunque poco.

Ahí vio la moto aparcada a escasos metros de la puerta, y le dijo:

—Vámonos, Jack.

—¿En la moto? ¿Tú crees que es conveniente…?

—Vámonos, Jack, deprisa —le repitió—. No quería esperar ni un instante a que les recogiera un taxi automático. Quería largarse de allí inmediatamente.

Se pusieron los cascos, se montaron, ella le agarró con más fuerza que nunca, y se alejaron a toda velocidad.

—¡Corre Jack! ¡Date prisa! ¡Date prisa, Jack! —le dijo, sin parar de llorar, como si los kilómetros recorridos fueran un parapeto que le alejara de aquel horror.

Un zorro, un gato salvaje… nunca supo exactamente qué fue lo que se cruzó entre la motocicleta y la carretera, y Jack instintivamente giró el manillar. El animal corría que se las pelaba, como si hubiera visto al mismísimo diablo. Pero iban a más de cien millas por hora y ese volantazo les sacó de la moto y comenzaron a volar por los aires.

Para Rose, el tiempo se detuvo durante aquel «vuelo». Debieron ser dos o tres segundos, pero le parecieron horas. Mientras volaba, vio el cielo, vio la tierra, vio la hierba, y vio la carretera en *sketches* fugaces que se sucedían lentamente sobre un atardecer que cubría de tonalidades naranjas una oscuridad que ya se vislumbraba desde el Este. Era casi de noche sobre el campo de cebada que franqueaba la carretera que se dirigía desde Chicago a Marengo, el poblado *drifter* en el que vivían.

Por fin cayeron los dos sobre el arcén de la carretera, dándose un inmenso golpe que les hizo temblar todos sus huesos y romperse muchos. Primero cayó Jack, por su mayor peso y corpulencia, y unos metros después cayó Rose. Ambos rebotaron sobre el asfalto y rodaron por el mismo, aprovechando la inercia que sus cuerpos llevaban por la velocidad. Pero lo peor vino unos segundos después, cuando la motocicleta, que también llevaba la misma inercia y que también volaba, descargó su peso sobre el tórax y la cabeza del hombre. Los más de trescientos kilos de la máquina y la velocidad a la que iba aplastaron literalmente al indio, mientras el casco minimalista que llevaba estalló como quien rompe un melón contra el suelo.

Eso no lo vio Rose, afortunadamente, pues aquel golpe le sorprendió a ella rodando a unos metros de él. Pero sí vio el lugar al que se dirigía el rebote de aquel impacto. Ella ya se desplazaba boca arriba, sin voltearse, pero friccionando el asfalto con su traje de cuero negro, que hacía tiempo se había quemado por la fricción. Una fricción que ahora lijaba su propia piel contra el suelo de forma totalmente abrasiva. Pero tanto el dolor por los huesos rotos como el escozor del rozamiento lo dejó de sentir por un instante cuando, durante un tiempo que le pareció una eternidad, vio cómo la motocicleta se dirigía hacia su cabeza rápidamente, descargándose desde el cielo.

Y cuando el cuerpo principal de la máquina estaba a escasos centímetros de impactar sobre su cara, ocurrió un milagro. Rose vio sobre la motocicleta una luz que le cegó, y el vehículo se desvió lo suficiente para que el impacto no se produjera sobre su cabeza, sino sobre su mano derecha. El motor golpeó y le aplastó el antebrazo

extendido sobre el asfalto, mientras la rueda trasera golpeó su cabeza. El impacto fue tremendo y perdió el sentido, pero afortunadamente, el casco no se rompió, como hubiera ocurrido si en lugar de la goma le hubiera golpeado el hierro.

Odiel

—¿Quién ha osado interponerse en mi camino? —exclamó y se preguntó Odiel, lleno de rabia, viendo que se había frustrado su plan de matar a Rose. Usar aquella alimaña había sido todo un acierto, y de haber terminado todo como esperaba, a buen seguro que la muchacha estaría ahora mismo en el infierno. Entonces levantó la vista con el ojo interior de su alma y descubrió quién había sido el artífice de su decepción. Sin pensarlo un instante lanzó un ataque contra aquel ser celestial, que sin embargo fue repelido sin mayores dificultades.

«Una santa del primer nivel...» —se dijo—. No tenía nada que hacer contra ella, pues él era un simple demonio de la estirpe inferior. Entonces se abalanzó con furia contra Rose, dispuesto a rematarla, pero se estrelló contra un muro de energía blanca que le hizo proferir un agudo aullido de dolor, mientras se retorcía de angustia y se convulsionaba espasmódicamente.

Tras unos segundos de agonía, se recompuso, miro a su rival y le dijo:

—Esto no quedará así, Melanie.

—Te estaré esperando, Odiel —replicó la santa.

Stefano

—Lo que habéis estado haciendo hasta ahora es el periodismo clásico. Es decir, buscar noticias aplicando un criterio que os viene dado desde la dirección para buscar ese determinado tipo de contenidos. Habéis buscado ese tipo de contenidos y no otros, a pesar de que hay por ahí otras cosas que *a priori* pudieran parecer más importantes. Porque eso es lo que os han enseñado en la carrera, ¿no es así?

El lunes siguiente se suponía que tenían la reunión con Stefano para que cambiaran de trabajo, pero sin embargo, esta no se produjo. El redactor jefe estuvo durante un tiempo ocupado con otras cosas, y el grupo de becarios continuó haciendo las labores que habían estado realizando.

Hasta que un día, por fin, los llamó a su despacho.

—¿A qué te refieres, Stefano? —preguntó una de las chicas.

—Pues a que las noticias son más o menos importantes dependiendo del criterio de los periodistas. Nosotros creamos la realidad. No la transmitimos. La creamos. La realidad es rica, múltiple y diversa. Y noticias hay muchas y se suceden todos los días. Pero el espacio donde se exponen, es limitado. La gente tiene un tiempo limitado para leer o para ver un video o una representación holográfica, y tenemos que seleccionar lo que se tiene que transmitir. ¿No os parece?

—Se tiene que transmitir lo importante. Es lo que nos han enseñado en la carrera —dijo la misma chica. Todos habían tomado buena nota de que debían de preguntar.

—Claro, claro, pero, ¿quién decide qué es lo importante?

—Nosotros, los periodistas. Nosotros somos los que lo decidimos. Para eso nos han formado —replicó ella.

—¡Claro que nosotros lo decidimos! ¡Solo faltaría! Pero… ¿Cuál es el criterio? ¿Qué es lo importante y qué no lo es? ¿Eh, Daniela?

—Lo importante es lo que le interesa a la gente. Aquello por lo que estarían dispuestos a perder su tiempo leyendo o viendo una noticia.

—Y entonces, según tú, ¿ese debería ser el criterio para seleccionar algo que debamos transmitir?

—Sí, creo que sí.

—Casi, pero no… No vas mal, pero falta algo. Algo muy importante. ¿Alguien sabe qué es?

—Que la noticia sea buena, que tenga calidad —dijo otra chica.

—No me vale. Cualquier noticia puede ser buena. Todo depende de cómo se la presente. ¿Nadie sabe qué es lo que falta?

Todos callaron, pensando cuál era la respuesta que esperaba ese hombre. Lo que se había dicho hasta ese momento tenía mucha lógica, pero parecía que no era suficiente. Por fin, Mario tomó la palabra:

—Que nos genere dinero, Stefano. Eso es lo que falta —afirmó.

—¡Muy bien! ¡Tú vas a llegar lejos, chaval! —dijo, extendiendo una mano que el otro chocó.

—Eso es lo que falta, cachorrillos —siguió— ¡El dinero! Ese es el criterio fundamental, y no otro. Porque no olvidéis que un periódico, una agencia de noticias, una corporación mediática como Proseismedia, es…

—Es una empresa que se ha constituido para ganar dinero —completó Mario.

—Eso es. Y como tal, las noticias se tienen que seleccionar para que a los accionistas que poseen esta compañía, ganen dinero. Y cuanto más, mejor. Solo así pueden garantizarnos un empleo, y a vosotros una beca. Porque el día que esos accionistas dejen de ganar dinero, o ganen menos de lo que esperan, ¿sabéis qué es lo que pasará?

—Pues que nos echarán a la calle —dijo Daniela.

—Correcto. Nos echarán a todos a la puta calle, y pondrán a otros que lo sepan hacer mejor que nosotros. No os quepa la menor duda, cachorrillos. Esa es la realidad y no otra. Las noticias se seleccionan con el único y exclusivo objetivo de que reporten dinero. No de que sean «importantes». Nosotros somos los que les damos esa importancia, y eso no es algo que la noticia posea, a priori.

—Y si no hay noticias «interesantes» —siguió—, noticias que hagan que la audiencia esté pegada a nuestros rotativos... pues se inventan. ¡Se inventan! Así de claro. Se inventan. O se exageran las noticias anodinas que haya ese día. O se tergiversan las noticias insulsas para que generen sensacionalismo. Nosotros cobramos la publicidad que exponemos en base a la audiencia que generan. Y si nadie nos ve o nadie nos oye, nadie estará dispuesto a pagarnos por exponer su publicidad. ¿Os queda claro?

—Sí, jefe —dijeron unos cuantos de aquellos jóvenes, casi al unísono.

—Y para eso no hay nada mejor que crear pánico —siguió el hombre — ¿Sabéis cuál ha sido la mejor campaña periodística de la historia? ¿La que hizo que millones de espectadores siguieran todos los medios

tanto convencionales como digitales, que estuvieran pegados durante horas, durante días, durante meses, a las pantallas? ¿Sabéis cuál fue?

—¿El Covid-19? —Insinuó Mario.

—Precisamente. Ahora entiendo lo de tu matrícula de honor, muchacho. Pues efectivamente, aquella crisis arruinó a mucha gente. Muchas empresas se vinieron abajo, y las bolsas de todo el mundo se pegaron un batacazo tremendo. Todas, menos las industrias farmacéuticas, los fabricantes de productos sanitarios, y lógicamente…

—Los medios de comunicación —completó Daniela.

—Vas aprendiendo, pequeña, ¡vas aprendiendo! Como no podía ser de otra manera, que tantos millones de personas estuvieran confinados en sus casas sin hacer otra cosa que ver la televisión y las plataformas digitales, pues supuso pingües beneficios para todos nosotros. Un pánico que nosotros contribuimos a fomentar de forma muy decisiva, pues, aunque era cierto que había una pandemia y que se murió un cierto número de personas, nosotros la convertimos en una amenaza de tal calibre, que los políticos se vieron en la necesidad de tomar medidas drásticas, por presión mediática. Y esas medidas extremas crearon incomodidad, crisis económica, y así nos dieron más noticias y más cosas que contar, en una especie de círculo vicioso que se retroalimenta. ¿Veis qué fácil?

—Pero jefe, no puede usted negar que hubo muchos muertos en esa pandemia, al igual que en las otras que han venido después… no fue una invención de la prensa…

—Jajá —sonrió—, por aquella época acuñamos el término «negacionistas» para referirnos a quienes disminuían la importancia de aquello. Para calificar a quienes se nos oponían. Pero, ¿sabéis qué? Por entonces todavía existían los combustibles fósiles, y según la OMS se producían siete millones de muertes anuales debidas a la contaminación. ¡Siete millones! Más muertes al año de las que causó el virus en los todos los años que duró, aunque no se hubiera desarrollado la vacuna. Y los muertos son muertos, igual unos que otros. Y entonces, os preguntaréis, ¿por qué los políticos no tomaron la decisión drástica de reducir las emisiones a cero? ¿Por qué no movieron un dedo contra aquello, a pesar de que se producían muchas más muertes?

—Por la economía, jefe, para no perjudicar la economía. Es lo que hemos dicho antes, el dinero… —repuso la misma chica que preguntó anteriormente.

—¿Por la economía? Venga, no me hagas reír… ¿Por qué entonces no les importó lo más mínimo hundir la economía cuando decretaron el

parón de la actividad para prevenir aquellos contagios? Acordaos de la gran crisis que siguió en los años veinte.

Todos los jóvenes callaron, y Stefano miró uno por uno a ver si alguien decía la respuesta.

—¿Cuál fue la diferencia? —siguió—. ¿Eh? ¿Por qué los políticos pararon todo para evitar aquellas muertes y no hicieron nada para detener el chorreo de muchos más muertos que originaba la contaminación en todo el mundo?

—Porque los hospitales no se colapsaron de la misma manera.

—Los hospitales se colapsaron… en algunos sitios. En otros, no. Y, sin embargo, los confinamientos fueron generalizados a nivel planetario. Es más, cuando se construyeron más hospitales para dar cabida a todos los enfermos y se contrataron a más médicos para atenderlos, los confinamientos y las restricciones siguieron. Incluso siguieron, cuando la cifra de muertos era incluso inferior a las de la gripe y la neumonía común combinadas en los tiempos anteriores a la pandemia. Y esto no lo digo yo, para eso están los datos: en 2019 en Italia hubo 80.000 muertos por gripe y neumonía, y no hubo confinamientos, ni cierres, ni nada. Y en 2021, cuando ya estaba vacunada la población de riesgo, la cifra de muertes por Covid, gripe y neumonía juntas fue bastante menos de la mitad, y, sin embargo, seguía habiendo cierres y confinamientos.

—¿Por qué fue entonces? —siguió— ¿Eh? ¿Por qué hicieron todo aquello los políticos?

—Porque los periodistas los obligaron a ello —dijo Mario, finalmente.

—Efectivamente. Esa es la razón y no otra. Porque estuvimos las veinticuatro horas dale que dale, en todos los medios habidos y por haber, y los políticos temieron perder sus sillones si no hacían nada. A pesar de que aquello no fue ni parecido a la peste negra o a la gripe de 1918, se montó una expectación de tal calibre, que la gente, incluso los que no eran de riesgo, pensaban que se iban a morir si se contagiaban. Y lo hacíamos sin mentir, ¡eh! Cuando el número de muertos no era significativo, se hablaba de “contagios”, que eran muchos más, aunque fueran personas jóvenes asintomáticas. Pero al «vulgo» le da igual. No mira los datos, no mira las palabras, se deja llegar por las sensaciones y por el pánico. Y en eso somos expertos. En hacer creer a la gente lo que debe creer, pues si no lo hacemos nosotros, lo harán otros. Porque los periodistas somos los que marcamos el camino a seguir, y los políticos no tienen más remedio que acatar nuestras órdenes. Órdenes sutiles, pero órdenes, al fin y al cabo.

—Y lo mismo pasó —siguió— con las sucesivas epidemias que vinieron después, ya fueron naturales, creadas, exageradas o inventadas. El pánico es un elemento decisivo en la naturaleza humana. La gente se deja llevar por el pánico, y ellos mismos contribuyen a exagerar y a desparramar las noticias. Y no hay nada más efectivo que amenazarle a alguien con perder la vida. La gente se interesa por las noticias relativas a eso, y cuanta más audiencia… ¿qué pasa cuánta más audiencia?

—Más dinero, jefe. Más dinero —dijeron varias chicas, casi a la vez.

—Bien, pues aquí vais a aprender a cómo contribuir a que los accionistas, quienes nos pagan, al menos a mí, ganen ese dinero.

Videoconferencia

—Buenas tardes, señor White… y señora White, supongo. Soy el doctor Hammer.

Los padres de Rose habían establecido una videoconferencia con el médico responsable de su hija. Aunque las carreteras para *drifters* estaban poco transitadas, no tardó en pasar por allí un vehículo que se topó con el accidente y enseguida llamaron a una ambulancia. Cuando llegaron al hospital, certificaron la defunción de Jack y asistieron de urgencia a Rose. Su chip de proximidad tenía el teléfono de la persona a quien llamar en caso de necesidad, y esa persona resultó ser Janet. La mujer acudió al hospital en cuanto le llamaron, pero no pudo hacer más que permanecer en la sala de espera esperando alguna novedad. Su baterista se encontraba grave, aunque su vida no corría peligro. La tenían sedada, para evitar que sintiera el intenso dolor que le había producido la caída, y estaba en estado de observación. Entonces fue cuando llamó a los padres de Rose.

Desde el concierto que habían dado juntas las dos bandas hacía cinco años, no había vuelto a hablar con ellos, pero creía tener el número de teléfono de Adam, el padre de Rose, en alguna parte. Tras encontrarlo, finalmente le llamó y le contó lo que sabía, lo poco que le habían dicho. Él le rogó que hiciera todo lo posible para que él y su esposa pudieran hablar con su hija cuanto antes, o verla de alguna manera mediante videoconferencia o mediante una conexión con su habitación. Los accesos a Estados Unidos estaban cerrados por la inmigración ilegal y sólo se permitía entrar en el país con un contrato de trabajo certificado y comprobado oficialmente, o con una invitación especial y temporal que podría darse en una situación como esa. Pero esa concesión precisaba de una solicitud previa a través de la embajada y tardaba unos días en concederse.

«Por favor, Janet, que nos llamen o llamamos nosotros. A cualquier hora del día o de la noche. Que no les importe la diferencia horaria con Londres», le había dicho Adam.

Y efectivamente, la llamada se produjo al día siguiente, a horas intempestivas. Adam y su esposa Louise estaban acostados, aunque no dormían, desde luego. Cuando sonó el avisador del teléfono, los dos se sobresaltaron y el hombre saltó como un resorte para aceptar la conexión. Tras establecerse, conectó de inmediato el aparato a una pantalla en la que poder fijar la videoconferencia:

—Buenos tardes, doctor Hammer. Muchas gracias por llamar. Efectivamente, ella es mi esposa, Louise.

—Buenos tardes, Louise, o debería decir noches, en Inglaterra, claro.

—¿Qué tal se encuentra Rose? —preguntó ella.

—Estable, de momento. Estamos esperando….

—¿Esperando? —interrumpió Adam.

El médico suspiró, y tras unos segundos comenzó a hablar.

—Quizás debería comenzar desde el principio. No sé lo que les habrá contado la mujer que se encuentra aquí, aunque me imagino que poco, pues hace un tiempo que hablamos con ella, y ahora tenemos algunas novedades.

—Díganos, doctor, por favor —dijo Louise.

—Pues verá, su hija tiene varios huesos rotos. Las principales fracturas están en las costillas, aunque también tiene un par de desplazamientos vertebrales. Uno en el cuello y otro en la zona lumbar. Afortunadamente, han sido solo desplazamientos, y no le han afectado a la médula. Dentro de unos días, cuando se recupere un poco, vendrá un osteópata y recolocará esos huesos. Además, también tiene una dislocación de cadera, que ya hemos arreglado, pero que necesita de una inmovilización que durará un tiempo —el hombre hizo una pausa y luego siguió—. También tiene abrasiones de importancia en la espalda, en los glúteos, y en el muslo izquierdo, donde el roce con el asfalto le eliminó completamente la piel. Pero esto no nos preocupa demasiado. Estamos esperando un cultivo de sus células madre con el objetivo de poner unos «parches», si me permiten la expresión, y así reemplazar la piel que ha perdido. Esto, combinado con cirugía estética, hará que prácticamente no se note ni sienta nada, excepto quizás algún tipo de tirantez, de vez en cuando.

Entonces, hizo una pausa para mirar a su informe, y siguió:

—El golpe debió ser de bastante intensidad, pues cuando llegó aquí estaba sangrando profusamente por la vagina.

—¿Por la vagina, doctor?

—Sí, señora White. Nos creímos que pudiera estar embarazada y que había perdido al bebé, pero no era el caso. La sangre era limpia, como de regla. De hecho, llevaba puesta una compresa. Le hicimos una ecografía y efectivamente no había embarazo, aunque se vieron señales de algunas heridas. Lo más probable es que el impacto hubiera reventado algunos de los capilares internos del útero que la propia menstruación ya habría dilatado. Pero eso no es lo importante. De hecho, esta mañana apenas sangraba. Lo peor no es eso, como le digo. Lo peor es lo del brazo —concluyó.

—¿El brazo? —preguntó asustado el padre.

—Sí, señor White. Tiene el antebrazo derecho a partir del codo totalmente destrozado. Aplastado, diría yo. La motocicleta debió caerle a plomo sobre el mismo, tras rebotar en la carretera y hace unas horas hemos estado debatiendo sobre la posibilidad de amputarlo.

El médico se calló durante unos instantes al ver la cara de consternación que mostraron sus dos interlocutores. Se veía que estaban francamente preocupados, y que llevaban mucho tiempo sin dormir.

—Pero al final hemos optado por la reconstrucción —dijo finalmente —. Creo que podremos salvar parte de los tendones y algunos ligamentos y capilares. Desde luego habrá que reemplazar el radio completamente, y todos los huesos de la muñeca menos dos o tres tendrán que recibir prótesis de titanio. Sin contar con los tres dedos que ha perdido también y que…

En ese momento Louise no aguantó más y desapareció de la pantalla. El médico oyó un ruido entrecortado que supuso que era el llanto desconsolado de aquella madre, quien se estaba rompiendo por dentro.

—Perdone la crudeza, señor White —dijo, a quién era el único interlocutor que le quedaba. Un hombre que tenía la mano sobre la boca y los ojos llenos de lágrimas—. Quizás hubiera tenido que ser menos explícito.

—No se preocupe, doctor Hammer. Le agradezco su atención. Ahora le quería pedir un favor.

—Usted dirá.

—Nos encantaría poder ir a verla, pero creo que la entrada en el país está complicada. ¿No podría usted hacer un informe para que pudiéramos viajar?

—Sí, claro, podría, pero no creo que eso fuera suficiente. Supongo que necesitarán también un informe del consulado. Aunque… por lo que me han dicho, usted es un músico conocido. Podría alegar que viene a dar un concierto y eso son motivos laborales, creo yo.

—No, doctor Hammer. Cuando hemos entrado otras veces en el país hemos tenido que informar de los códigos de los contratos con los organizadores de los conciertos. En mi banda no tememos a la vista ningún evento de ese tipo en Estados Unidos… Podría forzar alguna cosa, pero creo que al final tardaría lo mismo que lo del consulado.

—Siento no poder ayudarle más, señor White.

—No se preocupe, ya veré lo que hago. Entonces dígame, ¿cuál es el pronóstico?

—Pues de momento permanecerá en sedación hasta que venga el osteópata. Que será cuando esa cadera ya no corra peligro, calculo que en una semana o diez días. Para entonces ya se habrán soldado algo las costillas, y después le recolocarán las vértebras. En ese momento supongo que ya estará el cultivo de la piel listo y se lo podremos injertar. Y después comenzaremos con el brazo, poco a poco. Eso es lo que nos va a llevar más tiempo, desde luego.

—¿Cuánto tiempo?

—No podría decirle. Los daños funcionales no se pueden saber hasta que el paciente intente mover el miembro afectado. Aun así, le avanzo que muchos de esos tejidos y gran parte de la musculatura no se va a poder recuperar. Quizás necesite un brazo biónico.

—¿Un brazo biónico?

—Sí —repuso el médico—. No soy especialista en ese tipo de cosas, pero me cuentan mis colegas que dan resultados bastante satisfactorios. Pero bueno, es adelantar los acontecimientos. Ahora nos vamos a centrar en recuperar lo que podamos de ese brazo, y luego ya veremos.

—Bueno, muchas gracias, doctor Hammer. Supongo que estará muy ocupado y no quiero entretenerle más. Le rogaría que me mantuviera informado.

—Descuide, señor White. Cualquier novedad, se la comunicaré de inmediato, y en cualquier caso, si mis ocupaciones me lo permiten, yo le llamaré regularmente.

—Gracias de nuevo. Mi esposa y yo le agradecemos mucho todo lo que está haciendo por mi hija.

Tras decir eso, el médico cortó la comunicación, para dirigirse hacia la oficina y transcribir el informe, y fue entonces cuando reparó en un dato que se le había pasado por alto.

Una de las cosas que le hicieron a Rose en cuanto llegó al hospital fue hacerle un análisis de sangre. Era algo rutinario para conocer si la paciente tenía alguna alergia o para saber si estaba embarazada, y así determinar el tipo de analgésico o medicación que le debían proporcionar. Y como no podría ser de otra manera, el análisis de sangre detectó claramente la hormona del embarazo. Obviamente, no había dado tiempo aun a que dejara de producirse.

Pero como lo primero que hicieron fue hacerle una ecografía por el

tema del sangrado, y allí vieron que no había nada, directamente le administraron los analgésicos más potentes, sin esperar al resultado de ningún análisis, pues no había ningún bebé al que proteger.

«*Claro, ahora entiendo todo…*», se dijo el médico, atando cabos *«…esta mujer venía de hacerse un aborto… se lo tenía que haber dicho a los padres*», pensó. *«Bueno, se lo diré la próxima vez que hable con ellos».*

El arte de la manipulación

—Como os decía, nosotros los periodistas somos quienes dominamos el mundo, y no se hace nada si nosotros no queremos. Somos un poder en la sombra más poderoso que cualquier gobierno. Ellos dependen de nosotros para llegar al poder, para mantenerse en él, y somos nosotros y no el pueblo quien les derroca.

—Pero el pueblo es quien les vota, jefe, y quien les derroca, al fin y al cabo.

—Claro, pero, ¿quién le dice al pueblo a quién tienen que votar y a quién tienen que derrocar? ¿Cómo se entera el pueblo de si un político lo hace bien o lo hace mal? ¿Quién se lo cuenta? ¿Eh?

—Los periodistas, jefe —dijo Daniela.

—Eso es. Un político, un partido político, lo puede hacer bien o lo puede hacer mal. Eso es lo de menos. Lo importante es lo que nosotros transmitimos. Un gobernante malo o mediocre puede parecer buenísimo si nosotros ocultamos sus fracasos y exaltamos sus logros, por muy escasos que sean. Y lo mismo sucede al contrario.

—Pero la gente no es tonta, jefe, si alguien está en el paro, o lo está pasando mal, votará al partido contrario, con tal de que su situación cambie…

—Sí, claro, siempre hay gente lista por ahí afuera. Pero son los menos, Daniela. La mayoría se deja llevar por impulsos, por el pánico, como dije antes. Y piensan que cualquier situación puede empeorar. Y si nosotros decimos que el partido que les puede sacar del atolladero es, por ejemplo, corrupto, que les roba, o resaltamos algún escándalo, pues mucha gente, millones de personas, se abstendrán de votar. Y muchas elecciones se deciden por un puñado de votos, ya lo sabes. ¿Es que no te das cuenta?

—Sí, claro, visto así…

—Es que es así como hay que verlo, pequeña. Todo es influenciable y todos los gustos cambian, si se saben pulsar las teclas adecuadas.

—Pero eso se llama manipulación, Stefano.

—¡Mi querida Daniela! ¿Ves cómo sirven para algo las prácticas? ¿Te das cuenta cómo esto no es sino una prolongación de la universidad? Ahora estás, estáis aprendiendo de verdad lo que es ser un periodista. Efectivamente —siguió—. De eso se trata, cachorrillos. De manipular. ¿Y sabéis de qué depende que apoyemos a unos políticos o que

derroquemos a otros?

—Depende de la ideología —replicó rápidamente Daniela—. Cada plataforma apoya aquellos que son más afines a su ideología.

—Ay, pequeña… me estaba haciendo ilusiones contigo, pero veo que me estás volviendo a defraudar. No, eso no tiene nada que ver. Vuelvo a repetir la pregunta. ¿De qué depende que una plataforma mediática como Proseismedia apoye a un determinado político y no a otro? ¿Eh?

De nuevo se produjo un silencio, hasta que, otra vez, intervino Mario:

—Pues es muy fácil, Stefano. Dependerá del dinero que ese político nos aporte, en comparación con sus rivales. De eso depende.

El hombre dejó escapar una amplia sonrisa y exclamó:

—Eso es. Veo que vais aprendiendo, y tú, Mario estás destinado a hacerte de oro en esta profesión. Pues, efectivamente. Os voy a poner un ejemplo para que lo veáis claramente, aunque antes os voy a hacer una pregunta:

—A ver, ¿quién es el poder legislativo en Italia?

—Pues el Congreso, jefe, ¿quién si no? —respondió presta, Daniela

—Negativo. ¿Alguna otra idea?

—¿Los periodistas? —respondió esta vez otra de las chicas.

—Bien, veo que vais aprendiendo. Pues efectivamente. No sé si recordaréis —siguió—, hace unos años, cuando se implantó por ley la obligatoriedad de usar el coche autónomo en todo el país. Pues bien, la ley obligaba a ello, pero lo que no especificaba era cuándo. ¿Pues sabéis quién legisló para establecer la fecha? Yo os lo diré. Nosotros. ¿Quién si no? ¿Y en qué nos basamos para legislar? A ver, responded.

—En el dinero, jefe —respondieron casi todos.

—¡Pues claro! Qué si no… Y ahora os voy a demostrar cómo nosotros tenemos más fuerza que esos políticos. Pues como os decía, con aquella historia del coche autónomo, los fabricantes que todavía tenían stock de coches convencionales presionaron a los políticos para retrasar la implantación todo lo posible. Pero, hete aquí, mis queridos cachorrillos, hete aquí que vinieron los fabricantes de coches autónomos y nos soltaron una buena cantidad de pasta a nosotros y a Medialaria, para que ese tema se acelerara. ¿Y qué pasó? Pues que en menos de un mes la ley se tramitó, y además por trámite de urgencia… No sé si recordaréis cómo lo hicimos…

—Yo me acuerdo, jefe —respondió Daniela—. Era todavía pequeña, pero recuerdo que la tele comenzó a mostrar imágenes

constantemente de las personas accidentadas, los parapléjicos, los muertos, se entrevistó a los familiares, a los huérfanos…

—Eso es, pequeña, ¡eso es! Así hacemos las cosas. Levantamos un clamor popular de tal calibre, que los políticos temieron perder sus sillones, sobre todo al mostrar —aunque sin pruebas, pero qué más da— que los otros fabricantes les habían untado. ¿Veis qué fácil es? ¿Os dais cuenta de quién manda en el mundo?

—Pero, jefe, sin pruebas… ¿no es peligroso, acusar a alguien sin pruebas?

—No, no lo es. Es algo que hacemos todos los días, y además constantemente. Para eso tenemos a los «instigadores». Son empresas o intermediarios que están de alguna manera «en nómina», o que Proseismedia tiene alguna participación en sus órganos de decisión. Y estos instigadores interponen denuncias. Nosotros simplemente nos hacemos eco de esas denuncias, y les damos la amplitud y la resonancia que nos apetece. Una denuncia en sí misma no representa nada, pero según la enfoques, a la gente le haces pensar que el denunciado es culpable. Culpable hasta la médula, vaya. Luego a veces nos denuncian ellos a nosotros, claro, por haber dado por hecho algo que luego quizás la justicia ha desmentido.

—Y ahí tenemos que rectificar… ¿no es así? —dijo otra de las chicas.

—Sí, claro, nos obligan a rectificar. Pero basta con citar la rectificación en un breve anuncio de cinco segundos, mientras que quizás la falsa acusación duró semanas o incluso meses de intenso machaque…

—Otro ejemplo —siguió—, para que veáis el poder que tenemos a la hora de legislar. La limitación del precio de los alquileres. Hace unos años, la dirección de Proseismedia intentó cobrarse algunos favores con algunos fondos inmobiliarios, y estos rehusaron pagar lo que se había comprometido. Eran unos temas de publicidad que no vienen al caso. Pues bien, empezamos a machacar con el prohibitivo precio que tienen los alquileres en las grandes ciudades. ¿Lo recordáis?

—Sí —respondió Daniela—. Por eso yo tengo que vivir en un barrio de las afueras, aquí en Milán.

—¿Y por qué vives en ese barrio?

—Porque no puedo permitirme otra cosa. Vamos, no yo, mis padres, porque mi sueldo es cero…

—Claro, lo cual quiere decir, que hay otras cosas, ¿verdad? Es decir, que no hay por qué alojarse necesariamente en el barrio que tiene los pisos caros… ¿no es cierto?

—Así es, jefe.

—Bien, pues ahí es donde incidimos nosotros. Diciendo medias verdades, como siempre. Comenzamos a difundir noticias del tipo… «¡los precios del alquiler en Milán están por las nubes! Pisos de escasos veinte metros cuadrados se alquilan por el triple de lo que cuestan en una pequeña localidad de provincias…» Y es verdad, pero a medias, porque lo que no decimos es que a un par de kilómetros del centro ya se pueden encontrar pisos asequibles. Pero los políticos, que no tienen ni idea de nada, y que viven en sus mansiones del extrarradio, pues caen en la trampa, y como siempre, presionados por nosotros, impulsaron una ley para limitar los precios. Y entonces fue, cachorrillos, cuando esos fondos inmobiliarios se acojonaron, y aflojaron la cartera y pagaron lo que debían. Y pagaron algo más, por las molestias, ya me entendéis.

—Pero jefe, esa ley al final no se tramitó, creo recordar…

—Claro, porque paramos en seco el bombardeo, y la gente se olvidó del tema. ¿Veis qué fácil es?

—En fin, —siguió— esta es una clase magistral de periodismo, pero de periodismo de verdad, ¡eh!, y no de lo que os cuentan en la universidad. Y vale su peso en oro, a pesar de que os la estoy dando gratis. ¿Entendéis ahora, cachorrillos, entendéis ahora por qué no cobráis las prácticas? ¡Deberíais incluso pagar por esto!

—Bien —siguió—. Pues más tarde os contaré de qué manera entra ese dinero en Proseismedia.

El visado

Cuando el doctor Hammer se puso a transcribir el informe para dejar registro de sus conclusiones, no olvidó especificar lo del sangrado, pero se volvió a pensar lo del aborto, y decidió finalmente no especificarlo de forma clara. Obviamente, no ocultó lo de la hormona, pero rehusó afirmar algo que pudiera comprometer la privacidad de su paciente. Eso no era un tema de su incumbencia, ni tampoco estaba relacionado con lo que le pasaba a Rose en ese momento. El sangrado ya no se producía, ni tenía que ver ni afectaba a sus problemas actuales. También determinó no decirle nada a sus padres ni a la mujer de color que andaba por allí, por la misma razón.

Conseguir el permiso para visitar Estados Unidos fue toda una odisea. A pesar de que el doctor Hammer redactó el informe de lesiones con celeridad y se lo envió al padre de Rose, este tuvo que solicitar un permiso temporal al servicio de migraciones de aquel país, quien a su vez contactó con la embajada de Estados Unidos en Londres para que le remitiera informes relativos a quiénes eran los tales Adam y Louise White.

Las sucesivas restricciones de libertades y la crisis económica que se convirtió en endémica en muchos lugares, habían propiciado una emigración masiva de personas al gran país norteamericano, que tuvo que poner coto de alguna manera a la gran cantidad de gente que buscaba refugio económico y de toda índole en ese lugar. Primero se prohibió el turismo, pues se vio que era la puerta de entrada más típica de la inmigración ilegal, y a continuación se restringieron incluso los profesionales que iban a trabajar al país, aunque tuvieran un contrato de trabajo. Solo se permitía su entrada a los trabajadores incluidos en una lista de profesiones con mucha demanda y poca oferta, y también a los artistas. Respecto a estos últimos, antes de permitir su entrada se exigía un informe que debían emitir profesionales de reconocido prestigio de ese sector con los que el artista debería congraciarse previamente, o bien empresarios que desearan su contratación, y que lógicamente no tuvieran antecedentes por acusaciones de inmigración ilegal. En el caso de Rose, cuando ella se unió a *The Costayers*, solo fue necesario exhibir su contrato con la banda y el preceptivo informe del mánager, el señor David Jones, persona muy conocida en el panorama musical.

Así las cosas, cuando el matrimonio White consiguió llegar por fin a Chicago, habían pasado ya varios días desde el accidente y su hija se encontraba bastante mejor. Habían mantenido estrecho contacto con Janet y con el doctor Hammer, y estos les habían ido informando

puntualmente de la salud de su hija.

Cuando llegaron al hospital estaban cansados por el jet-lag, pero prefirieron acercarse al centro a pesar de que no eran horas de visita, y en teoría no podían ver a Rose. Pero el médico sí que estaba en su despacho y tras conseguir la ubicación del mismo facilitado por los celadores, este procedió a informarles.

—Encantado de conocerlos en persona, señor White, y señora White.

—Lo mismo digo, doctor Hammer. No tengo palabras para agradecerle lo que ha hecho por mi hija —dijo aquel padre.

—Es mi trabajo, señor White, pero también he de decirle que lo he hecho con mucho gusto.

—Bueno, y ¿qué tal está Rose? —preguntó Louise—. Ya hace dos días que no hablamos y nos gustaría conocer su estado.

—Pues su hija está bien. Va mejorando poco a poco. Esta mañana ha pasado el osteópata y le ha recolocado las dos vértebras desplazadas. Gracias a eso hemos podido disminuir las dosis de analgésicos, y ya solo nos queda esperar que la dislocación de cadera termine de estabilizarse para que se pueda levantar e intentar caminar. Yo calculo que en menos de una semana podríamos conseguirlo. También le hemos puesto los injertos de piel y los ha admitido sin problemas. En unos días quitaremos las vendas y veremos el resultado, pero vamos, es algo sencillo y ya les anticipo que prácticamente no se va a notar nada.

—Respecto a las costillas —siguió—, son roturas estándar y van soldando siguiendo su curso natural. Y lo del brazo, como les he ido diciendo, eso va más lento. Ya le hemos operado dos veces y todavía quedan algunas operaciones más, pues es algo que tenemos que hacer por fases. Primero están los huesos, luego los ligamentos, luego los tendones y la musculatura… en fin, como les dije hace unos días, estamos en ello.

—¿Y la hemorragia vaginal, doctor? —preguntó la madre.

—Bueno eso… —comenzó a decir, mirando hacia otro lado—. Eso no dio mayores problemas, como les dije. Al día siguiente ya apenas manchaba y dos o tres días después pudimos dar por terminado el asunto, sin hacer nada —terminó de decir, mirándolos de nuevo a los ojos.

—Pero entonces, doctor —siguió Louise, que pareció estar muy interesada en ese tema— ¿A qué pudo ser debida esa hemorragia? ¿Siguen pensando que fue por el golpe?

El médico no sabía cómo responder. Por un lado, estaba el legítimo derecho de una madre de saber cuál era la causa de un problema de salud de su hija, y por otro el derecho a la intimidad de una paciente, que además era mayor de edad. Y tampoco debía mentir y seguir con la historia que les dijo al principio cuando él ahora sabía perfectamente la razón. Entonces se dio cuenta de que estaba tardando demasiado en contestar, y comenzó a hablar sin saber muy bien lo que iba a decir:

—El golpe desde luego contribuyó en gran medida a…

—Y, doctor Hammer, ¿cuándo podremos ver a Rose? —interrumpió Adam. Se ve que el marido no estaba demasiado interesado en algo que ya le habían dicho que estaba subsanado. Eso salvó al médico, que enseguida se dispuso a contestarle:

—Pues mañana por la maña tenemos varias horas de visita, y también por la tarde. Si me permiten voy a darles un horario y un calendario, pues no me lo sé de memoria. Si me aportan un código, se lo transmito ahora mismo.

—Sí, claro, puede usar el… 456741 —replicó. En un mundo sin papeles la información se transmitía a través de tabletas personales, y el doctor sacó la suya para enviarle una relación de las horas en las que podrían visitar a su hija.

—A ver, permítame —dijo, mientras buscaba la información en su tableta de bolsillo—. Sí, aquí está. ¿456741 me dijo?

—Sí, ese mismo puede valer.

—De acuerdo, pues ya lo tiene —terminó, tras darle al botón «enviar».

A continuación, la tableta de Adam emitió una pequeña vibración, que su dueño atendió, y almacenó los datos transmitidos en una categoría que se llamaba «Rose-USA».

—Gracias, doctor, pues mañana vendremos. Es un poco tarde y estamos cansados, y supongo que usted también.

—Gracias, doctor Hammer —dijo igualmente Louise, mientras los dos se dirigían a la salida y salían del hospital.

El médico se había librado de un compromiso, pero debía estar preparado para la próxima vez que surgiera el tema, y comenzó a pensar en lo que podría decir. Al final se decidió por lo más fácil: le preguntaría a la propia paciente, pues ya se despertaba de vez en cuando y estaba en perfectas condiciones de responder. En cualquier caso, le avisaría de que él no podría mentir, y como mucho tendría decir que él no podía facilitar esa información en caso de insistir. Pero

decir eso lógicamente significaba decir lo que había ocurrido realmente. Sus padres se imaginarían, y con razón, que había habido un embarazo de por medio.

La mafia

—Pues como os decía, Proseismedia es una corporación que vive, en parte, de sus anunciantes, y cuanta más audiencia generamos, más cara será la publicidad que cobramos al exponerla en nuestros medios. Y nuestros medios son amplísimos. Desde marquesinas en las calles, vallas publicitarias, hologramas que se exponen en el aire, soportes de todo tipo en los que nosotros tenemos parte o somos propietarios... Y desde luego los medios informativos. Desde los tradicionales como son la radio, la televisión, la prensa escrita o hablada, y cómo no, las plataformas digitales y las redes sociales.

—La dirección —siguió—, desde doña Claudia a todos sus adjuntos y auxiliares, directores, responsables de medios… todos los que deciden, me refiero, nos dicen cada día las noticias, el tipo de noticias en el que incidir, y que están diseñadas en base a la gente que paga. La gente que paga y que exige una determinada campaña en favor de tal o cual cosa, o tal o cual producto. Cuanto más se paga, más caso les hacemos. Se despiertan apetitos, se generan ansiedades, se fomentan los miedos…. Fomentamos las tendencias y las modas, y elegimos las noticias que emitimos y los contenidos que se divulgan, todo en base a satisfacer a quienes nos pagan. Desde publicidad en su sentido más estricto, hasta intereses políticos que buscan perjudicar a un contrario, o corporaciones que buscan denigrar a la competencia… Nosotros nos vendemos siempre al mejor postor. No somos de ninguna ideología política, ni de izquierdas ni de derechas, sino que somos del color del dinero con el que nos pagan. ¿Lo entendéis?

—Sí, jefe, pero hay una cosa que no entiendo —respondió Daniela—. Las noticias en todos los medios son casi coincidentes. En todos los sitios se habla de las mismas cosas. Y está claro que los intereses de Proseismedia y de Medialaria no tienen por qué ser los mismos.

—Bueno, vamos a ver, a veces nuestros intereses sí son los mismos. Un determinado anunciante puede pagar a las dos cadenas para promocionar su producto. O un grupo de intereses puede hacer lo propio para que hablemos de lo suyo. Aparte, lógicamente, de las noticias impactantes de relleno que se emiten para que no parezcamos demasiado tendenciosos. Pero la clave es dar primero. Quien da primero da dos veces, y si logramos la suficiente expectación, el televidente no cambiará de canal si no se habla de lo que él busca. O mejor dicho, buscará aquello de lo que se ha generado expectación. Y ahí se basa la competencia entre las dos cadenas. El que inicia un asunto obliga a los demás a emitir lo mismo. So pena de no ser elegido. La diferencia está en el enfoque, y ahí es donde se marca la

diferencia. La misma noticia contada por ellos o por nosotros puede ser muy, muy diferente, y ahí es donde se establece la denominada «línea editorial». Una línea editorial que viene marcada, como os he dicho antes, por el dinero, y que varía según las perspectivas económicas. ¿Está claro?

—Claro como el agua, jefe —dijeron las chicas habituales, las más pelotas.

—Pero también puede ocurrir que a veces apoyemos algo, o a alguien, que no nos pague. ¿Cómo puede ser esto posible? —preguntó el mentor.

—Eso no es posible, jefe. Como nos ha dicho, nosotros nos movemos por dinero, y si no hay dinero de por medio, no nos movemos —aseveró la siempre dispuesta Daniela.

—Has dicho una verdad y una mentira. La verdad es la última. Si no hay dinero de por medio, no nos movemos. Pero también es posible que apoyando algo o a alguien, digamos, gratuitamente, también ganemos dinero, indirectamente. Aunque ese dinero no provenga de la persona a quien se apoya. Pero vendrá por otras vías, que los analistas que están con doña Claudia deciden. Eso no es de nuestra incumbencia, pero quiero que os quede claro que todo tiene un porqué, aunque a veces nos parezca lo contrario.

—Todos los medios y las plataformas nos pertenecen —siguió—. Nos pertenecen a nosotros y a Medialaria, principalmente, y no se mueve nada ni se habla de nada si nosotros no queremos.

—Pero jefe —increpó Daniela— ¿Qué me dice de los *telecasters* privados? Los propietarios individuales de canales en las redes sociales, me refiero. ¿También esos están bajo control? Hoy en día muchísima gente se informa a través de esas personas…

Stefano miró a su pupila con ojos paternales y tras emitir una pequeña risita le dijo:

—Ven aquí pequeña, ven aquí, ven a mi regazo, cachorrillo.

La muchacha se levantó displicente, abandonó la silla en la que estaba sentada junto a los otros siete jóvenes, y rodeó la mesa en la que estaba el jefe. Cuando llegó a su lado, él la sentó en sus rodillas y tras agarrarla de la cintura comenzó a decirle:

—Verás preciosa, esos *telecasters* que tú dices, no son independientes como os quieren hacer creer. Eso podría ser al principio, hace décadas, cuando plataformas como Facebook, Twitter o Youtube facilitaban esas cosas. Pero eso ya no ocurre, bonita, ¡eso ya no ocurre! —exclamó, mirándolos a todos—. Ahora las redes están llenas de cientos

de miles de *influencers* como ellos, robots o *bots* que nosotros dirigimos en la mayoría de los casos, y que les roban las visitas que tanto necesitan para sobrevivir. Todo es cuestión de «inundar» el espacio cibernético de «ruido», para que la atención del oyente se disperse y haya más oferta audiovisual. Esto ya no es como ocurría a comienzos de siglo, cuando un determinado chaval o chavala tenía millones de seguidores. Aun así —siguió—, en cuanto alguno comienza a despuntar, nos ponemos en contacto con él para hacerle una oferta que no va a poder rechazar. Sabéis a qué me refiero, ¿verdad?

—Eso fue lo que le dijo *el padrino*, Don Vito Corleone, al jefe de su protegido —respondió la chica que estaba sentada en sus rodillas.

—Eso es, y vaya si no la rechazan… pero no me miréis así, chicas, aquí no partimos las piernas a nadie —dijo, tras soltar una carcajada —. Simplemente, les decimos que dejarán de tener las visitas de las que viven, o quizás hablaremos mal de ellos, o les denunciaremos por «abuso» según las normas de la red social en cuestión, si no hacen lo que les decimos. Si no mandan los mensajes que queremos. No se lo decimos con estas palabras, lógicamente, pero ellos no son tontos y captan el mensaje. A veces es tan fácil como desactivar al robot o a los robots que les hace la competencia, o que simplemente esos bots hablen bien de ellos, y luego les hacemos caer para reconducir su audiencia. Con eso vuelven a tener las visitas que les habíamos robado, y si son lo suficientemente grandes como para que se puedan permitir el lujo de ignorarnos, al menos les cobramos un «canon». Un peaje, vaya, como «asesoramiento», a cambio de no hacerles mucha pupa.

—Vamos, que somos una mafia… —siguió Daniela.

—Pues en parte sí, pequeña, en parte sí. No te lo voy a negar. Pero el caso es que ellos siguen hablando de lo que quieren, nosotros cobramos, que es lo que queremos, y el que no pasa por el aro se le destruye. Se le denuncia por abuso, o creamos un canal paralelo donde hablamos de lo contrario. Se le dictan instrucciones a *influencers* afines y se les dice que hablen de esto o de aquello. Y esto último es muy fácil. Solo hay que comprarles algo, enviarles el producto que queremos que patrocinen, es muy fácil…

—Pero, jefe, las redes sociales saben distinguir esos robots de las personas reales, ¿no es así? —dijo otra de las chicas.

—Eso era antes, pequeña. Los robots de Proseismedia son prácticamente indistinguibles de las personas reales, porque, además, ¿sabéis qué? Siempre hay alguien real detrás de todos ellos. ¿Adivináis quién es?

El jefe miró a todos, y todos callaron esperando que él diera la respuesta. Hasta que Mario, como siempre, apuntó:

—Nosotros, jefe. Somos nosotros quienes estamos detrás de los robots: los becarios.

—Chico, como sigas así me vas a quitar el puesto. Efectivamente, hijitos. Vosotros sois esos robots. Vosotros y los demás becarios que tenemos por aquí y los que tenemos en su casa, que también hay algunos. Mañana os presentaré a esos robots, pues ahora me tengo que marchar. Pero antes, quiero pedirte una cosa, Daniela. Los demás ya os podéis marchar, a seguir con lo que hacíais la semana pasada. Volved con el redactor que se os ha asignado y mañana seguiremos hablando.

Un silencio significativo

—Buenos días, Rose, ¿qué tal te encuentras hoy?

—Buenos días, doctor Hammer. Pues un poco cansada de estar siempre en la cama, la verdad. ¿Cuándo cree que podré levantarme?

El médico había ido a visitar a su paciente a primera hora, antes de que comenzara la hora de las visitas.

—Pronto, Rose, pronto. Quizás en un par de días, si vemos que esa cadera está bien. Mañana haremos una pequeña prueba y como te digo, quizás pasado mañana veremos qué tal se porta. Y respecto a la espalda, ¿te duele algo?

—No, doctor, desde que estuvo aquí el osteópata ese asunto está curado, o al menos eso creo. Me intento girar un poco para no estar siempre en la misma posición y ya no me duele.

—Me alegro. Es lo que esperábamos. Respecto a los injertos, no puedo saber cómo van, pues no es conveniente quitar las vendas todavía, pero, ¿cómo los sientes?

—Pues, siento algo de hormigueo en la zona. Principalmente en el muslo. Y también algo de tirantez —le informó.

—Bueno, eso es normal. Y… ¿picor, o escozor?

—Yo diría que no —contestó tras pensar unos instantes.

—Bien, pues eso es perfecto. Esa es la menor de mis preocupaciones, desde luego. Lo peor es lo del brazo, ya sabes. Supongo que no tendrás mucho dolor, pues ya hemos recolocado los huesos y los ligamentos están empezando a cicatrizar.

—Yo no me siento el brazo, doctor. Pareciera que lo he perdido… —dijo, con mucha tristeza.

—Eso es normal, Rose. Te estamos inyectando anestésicos locales para evitar el dolor. Siempre es mejor no sentir nada, que sentir dolor. ¿No te parece?

—Claro, desde luego —replicó—. Pero doctor, dígame, ¿usted cree que podré recuperar la movilidad que tenía antes?

El médico suspiró, y dijo a continuación: —No lo sé, Rose. Esa es la verdad. No lo sé. Como te dije, tenemos varias operaciones que realizar todavía y es pronto para conocer ese dato. Además, yo no soy un experto en rehabilitación. Quizás alguien con esa preparación te podría decir algo más, pero como te digo, antes de eso tenemos que

terminar la práctica quirúrgica.

La muchacha comenzó a derramar algunas lágrimas y el médico se pensó si era conveniente continuar la conversación, por lo que le iba a preguntar después. Aun así, la hora de las visitas estaba próxima a comenzar y era algo que necesitaba conocer.

—Rose, quería comentarte algo.

—Dígame, doctor.

—Verás, ayer estuvieron por aquí tus padres y…

—Sí, ya lo sé, me informaron mediante mi teléfono… quiero decir mi tableta. Yo no uso tabletas de bolsillo, como hace la gente. Simplemente tengo un teléfono… antiguo, ya me entiende. Pero mi compañera me ha facilitado una, pues claro, yo…

—Rose, te tengo que preguntar —le interrumpió el médico— sobre lo que quieres que les diga a tus padres respecto a lo del embarazo, si me vuelven a hablar del asunto.

—¿Cómo? ¿Usted cómo sabe que…? Quiero decir… ¿Ellos saben que…?

—No, Rose, tranquilízate —la muchacha se sobresaltó sobremanera—. Ellos no saben nada, pero yo sí. Tus padres me preguntaron sobre la hemorragia que tenías cuando te encontramos, pues es algo que pensábamos era debido al golpe, y así se lo dijimos al principio. Ellos siguen pensando que fue por eso, pero yo ya sé la verdad, y ayer precisamente me volvieron a preguntar. Al final no les conté nada, pero quiero que sepas que, si lo vuelven a hacer, no les voy a mentir. No les puedo decir que la causa de esa hemorragia fue el golpe, cuando el golpe lo único que hizo fue quizás incrementar el sangrado, pero no fue la causa del mismo. ¿Me entiendes? —preguntó, y ella asintió—. Como mucho les tendré que decir que no puedo revelarles la verdadera causa, pero como comprenderás, eso es tanto como decirles la verdad.

Las lágrimas que ya había comenzado a derramar, ahora se convirtieron en un llanto verdaderamente desconsolado, y el doctor no consiguió sacarle ni una palabra más. Al final se marchó para visitar a otros pacientes, y dejó aparcado el asunto. Ya hablaría con ella en otra ocasión, aunque quizás la madre no le volviera a preguntar.

Al fin y al cabo, la muchacha tenía otros problemas más graves pendientes de resolver. La mujer de color le había informado de que Rose tocaba la batería, y desde luego aquella lesión implicaba casi con toda seguridad el final de su carrera profesional.

Daniela

Mientras todos se marchaban, Stefano y Daniela miraban hacia la puerta esperando que el último de los jóvenes terminara de salir. La muchacha intentó levantarse, antes, pero el jefe se lo impidió. Estaba ciertamente incómoda, y también algo avergonzada.

Ella era una becaria pelota. Eso no lo dudaba nadie. Pero no era tan tonta como aparentaba. Al igual que los demás, hacía lo imposible para obtener un empleo, algo que era un bien preciado en la Italia de mediados del siglo XXI. Ese país, como la mayoría de los países de Europa excepto dos o tres, era una nación depauperada. El desempleo rondaba el treinta por ciento de la población activa, y entre los jóvenes era superior al setenta y cinco por ciento. La gente se mataba por conseguir un trabajo, y aquella chica tenía muy claro desde el principio que para lograrlo debía hacer algunas concesiones.

—Oye, pequeña, ya sé que acabamos de empezar, y yo suelo hacer esto cuando ya lleváis más avanzadas las prácticas. Pero es que eres tan guapa… ¡eres una rubia cañón! Cuando te has puesto sobre mis rodillas, pues no he podido evitar ponerme… un poco cardíaco. No sé si me explico…

—Por favor, Stefano… —dijo la chica, levantándose inmediatamente—. Nos pueden ver… estamos en tu despacho… Puede entrar cualquiera…

—Tienes razón, perdona… Espera, no te vayas, Daniela… No te vayas… siéntate, por favor, siéntate… un momento.

La muchacha intentó salir, pero descubrió que la puerta estaba cerrada. Su jefe debió apretar el botón que la cerraba a distancia, y entonces se preparó para lo peor.

—Solo será una vez, Daniela. Con eso me conformo…

—¿Una vez? ¿El qué?

—Vamos, niña, no te hagas la tonta. Vale que simules que lo eres delante de los demás, pero aquí, entre los dos… sabes muy bien a qué me refiero.

Era lo que se temía. Entonces preguntó, tras dejar pasar unos instantes:

—¿Y si no accedo?

—Si no accedes, tu vida será un infierno, te lo aseguro —afirmó con la cara seria.

La muchacha le miró fijamente, y se detuvo un momento a pensar. Miró hacia la puerta y le miró de nuevo a él. Al final se decidió. Sabía que eso iba a ocurrir tarde o temprano y ya que iba a suceder, prefirió de alguna manera ser ella quien lo controlara.

Así que se acercó hacia el sillón donde el otro permanecía sentado, le volvió a mirar, y tras unos segundos de vacilación, se volvió a sentar sobre sus rodillas. Sin pensarlo dos veces, tragó saliva y le rodeó el cuello con sus brazos. Entonces juntó su cara con la suya:

—Está bien. Pero será cuando yo quiera. ¿De acuerdo?

El hombre la miró y sonrió. Después de darla un beso en los labios, le dijo:

—Tú sí que sabes manejar a los hombres, pequeña. Y sí, no eres nada tonta. De acuerdo, te estaré esperando. Pero no tardes, ¡eh!

Tres cantantes se reencuentran

Janet había llegado primero y se encontraba en el hall del hospital. Aún no habían dado las nueve de la mañana, momento en el que comenzaba la primera hora en la que se permitían las visitas a los enfermos hospitalizados.

Justo acababa de sentarse en una de las butacas del inmenso habitáculo, cuando los vio llegar. La última vez fue en Londres, en el concierto homenaje al que había sido el líder de las dos bandas, el gran Kai Costa, un día en el que también debutó Rose. Y la vez anterior fue muchos años atrás, en un concierto en el que *The Costayers* hicieron de teloneros de *Thertonball*, el grupo de Adam, y el grupo en el que militó durante más tiempo aquel desaparecido y mítico músico.

El padre de Rose debía tener ya más de sesenta años, pero aparentaba veinte menos. Seguía siendo el hombre alto y apuesto que siempre fue. Su pelo largo y rubio, sus ojos azules, su mirada serena… Su mujer, sin embargo, llevaba peor el paso del tiempo, a pesar de ser de la misma edad. Louise seguía delgada, eso sí, pero las arrugas de su cara y de su cuello se dejaban notar. Se preguntó por qué no se habría hecho alguna operación de cirugía estética. ¿Sería porque los católicos lo tenían prohibido? No le sonaba que ese fuera uno de los preceptos de esa religión, aunque podría ser, desde luego, ya que había otras normas que le parecían más absurdas todavía.

La pareja se encontraba un poco perdida, y Janet les hizo una seña con el brazo en alto. Entonces la vieron y se acercaron a donde ella estaba.

—Hola Janet, cuánto me alegro de verte —le saludó Adam, y tras lo cual hizo lo propio su mujer.

—Yo también me alegro mucho de veros en persona. Nos hemos visto varias veces en vídeo, pero creo que hacía muchos años que no…

—Sí, desde el debut de Rose. El día que vinisteis a Londres.

—Sí, eso es —replicó Janet.

—¿Hace mucho que has llegado? —preguntó Louise.

—No, acabo justo de llegar. Había poco tráfico y he tardado poco, aunque no sirve de mucho, pues son bastante estrictos con los horarios. Me temo que tendremos que esperar algo todavía.

—Pues vaya —se quejó Louise, contrariada—. Me muero de ganas de

abrazarla y de besarla, Janet. Según lo que nos dijo ayer el doctor, la cosa no marcha del todo mal.

—¡Ah! ¿Estuvisteis ayer, entonces?

—Sí, nada más llegar a Chicago fue lo primero que hicimos —contestó Adam—. Estábamos ansiosos por verla e hicimos un intento que no sirvió de mucho, aunque eso sí, hablamos con el doctor Hammer.

—Y, ¿qué fue lo que os dijo?

—Pues que le han recolocado las vértebras y quizá en una semana la pongan a caminar, para ver qué tal va lo de la cadera. Los injertos van bien, y también lo de las costillas.

—¿Y lo del brazo? ¿Os dijo algo de eso? —preguntó Janet, muy interesada.

—Pues eso es lo peor, claro —contestó Louise. Creo que aún faltan algunas operaciones… y la verdad, está por verse qué es lo que pasa.

—Ya veo… —replicó, mirando para otro lado, pensativa.

—Bueno, y ¿vosotras qué tal, Janet? —intervino Adam. Quería dejar de hablar de su hija y hacer algo más amena la espera, sobre todo para distraer a Louise que estaba llevando peor que él lo que le estaba pasando a la chica—. Rose nos cuenta poco, y en fin, ya sabes cómo son los hijos, no se acuerdan de los padres hasta que no los llamas.

—Pues bien, nosotras bien, aunque no te puedo decir cómo son los hijos, porque no los tengo —dijo con una sonrisa, que los otros replicaron—. Hace poco que hemos terminado la gira de nuestro último disco, y estamos de vacaciones… bueno, están de vacaciones las demás, porque yo ya estoy trabajando en lo que será el próximo álbum, junto con Lorraine.

—¿Va a ser igual de duro que los anteriores?

—Seguramente. Es un estilo que estamos consolidando. No porque la música que hacíamos antes fuera mala, desde luego. Simplemente era otro estilo, quizás un poco fuera de moda, y ahora se vuelve a llevar la música *metálica*. Sobre todo, entre los *drifters*, que cada vez son más.

—¿Vosotras también sois *drifters*? —preguntó Louise.

—Yo creo que Eva y Shirley sí que lo son, aunque no lo quieren reconocer. Lorraine y yo… yo creo que no. A mí me gusta la estética y alguno de sus valores, pero no renuncio a tener comodidades en mi casa y a disfrutar de los últimos adelantos —dijo tras ver asentir a sus interlocutores—. Yo creo que entre nosotras la única *drifter* auténtica es Rose.

—Sí —dijo Louise—, desde que conoció a ese chico hace unos años se ha vuelto adicta a esa moda.

—¿Le llegasteis a conocer?

—Un par de veces que hablamos con Rose estaba por su casa y nos saludó, pero poco más. Igual que con el último que estuvo, el motorista. A ese no le llegamos a ver el pelo, ni hablamos nunca con él.

—Pero sabíais que existía… ¿no?

—Sí, lo sabíamos —intervino Adam. Pero no porque nos lo dijera ella. Fue a través de Iria, que sigue en contacto con Leslie, a quien supongo que se lo diría Lorraine. Pero vamos, es un suponer.

—Ya veo… —Janet se maravilló de lo mal que se llevaba Rose con sus padres. Y no porque ellos le hubieran hecho nada malo. Todo lo contrario, ella siempre les alababa y les adoraba por los buenos cantantes que eran. Pero ellos eran católicos practicantes y a buen seguro que llevaban muy mal la promiscuidad de su hija.

Los tres se quedaron callados, y Janet miró a su cinta de tiempo. Todavía faltaba un poco para las nueve, y para romper el silencio preguntó:

—Bueno, y vosotros, ¿qué tal seguís? ¿Habéis sacado algún álbum nuevo?

—No —contestó Adam—. La verdad es que desde que nos quedamos sin Kai… el grupo ya no es ni la sombra de lo que fue. El último álbum fue hace cinco años, con material inédito que él nos dejó. Y todavía seguimos haciendo giras y promocionándolo, no te digo más.

—Ya, pero yo he visto vídeos recientes de vuestras actuaciones y… ¡los recintos se llenan!

—Sí, claro, todavía seguimos teniendo tirón —aclaró Louise—. Pero los aficionados siempre son los mismos, los nostálgicos… Con el tiempo ya nos conocemos, incluso hemos hecho amistad con muchos de ellos. Pero la verdad es que captamos poca gente joven. ¡Quizá tendríamos que hacernos *drifters*! —dijo, y tras lo cual los tres se echaron a reír.

—Oye, y vuestro hijo, Kai, he oído que está en un grupo nuevo, ¿no es así?

—Sí, está en los *Scarecrows*. Otro grupo de nostálgicos.

—¿Los Scarecrows? ¿No fue ese el primer grupo en el que estuvo Kai? Quiero decir, el otro Kai. Su tío.

—Sí, resurgió hace unos años, después de estar mucho tiempo desaparecido. Lo refundó el hijo de uno de los miembros originales, que toca los teclados. Hacen una especie de rock sinfónico, similar al que se hacía en los años setenta. No son *drifters*, pero lo parecen.

—¿Y qué tal les va?

—La verdad es que no les va mal, dentro de lo que cabe. Están haciendo algunos conciertos con gente joven, pero es difícil ganar mucho dinero, al menos en Europa. Gracias a ser quien es, al nombre que tiene, gracias a eso les salen contratos, pero esto ya no es como cuando yo era joven. Apenas hay mercado para los grupos nuevos, y más con la cantidad de normas y de restricciones que hay para todo... La verdad, Janet, no sabes lo que os envidio a los americanos. Aquí todavía podéis hacer conciertos multitudinarios, pero en Europa, entre la crisis, las prohibiciones de toda índole y las restricciones de aforo... En fin —terminó de decir—, ya vendrán tiempos mejores. Ahora lo importante es Rose —afirmó, volviendo al asunto principal que les ocupaba—. Doy gracias a Dios todos los días por haberla preservado la vida, y rezo también por el alma de su novio. Pobre hombre...

Los robots

—Os presento a Cobel, Charly, Dobby, Marcci, Lummy, Hassel, Tory y Bobby. Estos son los robots de los que os hablaba. Cada uno de vosotros se hará cargo de uno de ellos. Y cada uno de estos bots controla a su vez a ocho robots, y cada uno de ellos a otros ocho. En total setenta y tres robots para cada uno de vosotros, que tenéis que controlar para que no se pasen de la raya.

Stefano se sentaba en el sillón que estaba al lado de un proyector mientras mostraba a los becarios una holografía que no era sino un esquema en forma de árbol donde aparecían los nombres de «los robots».

—Tenéis que vigilar que no se muestren demasiado «máquinas», y estar pendiente de sus conversaciones. Si alguien denuncia a alguno, ya estáis vosotros saltando por él y defendiéndole, diciendo cualquier cosa que la persona o la red social exija para comprobar que no es un robot. Que detrás de ese seudónimo no hay un programa informático, sino que hay una persona real. No nos pueden rastrear por el origen, pues usamos *proxis* avanzados que cambian de máscara de red continuamente.

—Son robots muy inteligentes —siguió—, y nos han costado un buen dinero. Están programados desde arriba, desde la dirección, para que vayan hablando de las cosas que nos interesan y crear tendencias. La estructura en árbol se ha diseñado para que, si ocurre cualquier cosa, se quiebre una rama, pero no se quiebre el tronco que las sostiene. Es decir, ninguno de los ocho «troncos» principales debe quedar con el culo al aire. No sé si me explico. Quiero que estéis pendientes de los avisos de la red social, pues a veces nos pillan y tenemos que saltar al ruedo a torear al vigilante de turno. Puedo tolerar que se quiebre alguna rama y se inutilice un robot. Pero no demasiados. Si a alguno de vosotros le pasa a menudo, ya sabéis lo que le ocurrirá, ¿verdad?

Todos asintieron y alguna chica se pasó el dedo índice por el cuello como queriendo indicar una decapitación.

—Eso es. Así que tened cuidado. Pero ya os digo que es factible y que puede hacerse. Ya lo hemos hecho otras veces y no ha pasado nada. Solo es cuestión de estar muy pendiente y vigilar lo que los robots van diciendo por ahí. Cualquier tontería, la corregís, os disculpáis y punto. Siempre es mejor parecer tonto, que no descubran que son robots. ¿Entendido? Vuestros redactores os dirán las claves para acceder a cada marioneta y poder intervenir cuanto antes. Es un trabajo un poco extenuante, pero puede hacerse, y vosotros sois jóvenes para

aguantarlo y tenéis los reflejos necesarios.

—Pero, jefe, y, ¿qué hacemos con la búsqueda de noticias? ¿La dejamos de hacer?

—¡Desde luego que no! Eso lo tenéis que seguir haciendo, como hasta ahora… Pero, ¡no me miréis así! —exclamó, al ver la cara que ponían algunas chicas—. ¡Echadle la culpa al Gobierno! Si nos dejaran contratar a más becarios, no tendréis tanto trabajo. La empresa no tiene la culpa… —sonrió de forma irónica, y las caras de los becarios se entristecieron todavía más.

—No tolero flaqueos ni perezas —siguió—. Al primero que afloje está en la calle. ¿Entendido? Si os tenéis que quedar a dormir sobre la mesa, pues lo hacéis. No será la primera persona ni será la última. Así que venga, ¡a trabajar!

Reencuentro familiar

—¡Mamá! ¡Papá!

—¡Hija mía! ¡Qué alegría más grande! —exclamó la madre.

—¡Dame un beso, Rose! —le dijo el padre, mientras se le saltaban las lágrimas.

—¡Ay! ¡Cuidado, papá! ¡Me haces daño en las costillas! —replicó, sin dejar de sonreír.

—Perdona, hija, es la emoción… ¿Te he hecho mucho daño?

—No, ya no me duele, no te preocupes. Bueno, qué tal, ¿cómo os ha ido el viaje? ¿Habéis tenido muchos problemas con el papeleo?

—Un poco, pero no te preocupes por eso, hija, cuéntanos… ¿qué tal estás?

—Pues deseando levantarme, mamá. Yo creo que no pasaría nada si lo hago, pero el doctor Hammer me dice que debo esperar algunos días más.

Janet, que también había entrado, solo saludó a Rose con la mano, mientras los padres se comían a besos a la hija. Los dos parecían haberse olvidado de que tenían una acompañante, y esta permaneció unos minutos más de pie, sin que ni ellos ni Rose parecieran hacerla mucho caso. Al cabo de un rato, no quiso interrumpir aquel reencuentro familiar y aprovechando un momento de silencio, dijo:

—Bueno, Rose, me alegro de que estés mejor. Yo creo que me voy a marchar. He quedado con Lorraine para ensayar algunas ideas y se me va a hacer tarde. Adam, Louise, me alegro mucho de volver a veros —les dijo, antes de encaminarse hacia la puerta. Adam la siguió.

—Oye Janet, quiero agradecerte lo mucho que has hecho por Rose en estos días.

—Nada que agradecer, Adam.

—Sí, mujer, supongo que habrás estado aquí a menudo, y creo que ahora estás con trabajo. Solo decirte que Louise y yo vamos a estar aquí con ella siempre que nos dejen, con lo que no tengas compromiso de venir, si no puedes. Nosotros la acompañaremos.

—Gracias, Adam. Yo vengo con mucho gusto, aunque lógicamente, ahora que estáis vosotros, vendré menos.

—Cuídate —le dijo, mientras se marchaba, volviendo a introducirse en la habitación.

La madre estaba sentada en el borde de la cama, agarrando de la mano izquierda a su hija, con cuidado de no tocar las vías por donde recibía la medicación. Habían comenzado a hablar del accidente.

—Veníamos de Chicago, mamá, íbamos a mi casa, en Marengo, y entonces se cruzó un animal y Jack dio un volantazo. Solo recuerdo el primer golpe que me di contra el suelo, el arrastrarme por la carretera, y después vi la moto que venía contra mí…

—Tranquila, pequeña, ya pasó —la reconfortó el padre— venga, no llores más. Ya pasó. Al menos sigues con vida, y estás con nosotros.

—Sí, pero he perdido a Jack… —susurró entre sollozos—, y he perdido mi mano…

—No te preocupes, pequeña, recuperarás la mano, ya lo verás. El doctor Hammer nos dijo que todavía faltan algunas operaciones. Verás como todo se arregla.

—No sé si se arreglará, papá, pero lo que no tiene arreglo es Jack… ¡le he perdido para siempre! —y entonces comenzó a llorar desconsoladamente, mientras su madre la abrazaba y su padre le acariciaba el cabello. Tras unos instantes de consuelo, su padre dijo:

—Cuando volvamos a Londres vamos a encargar una misa por su alma, Rose.

—No tiene por qué ser al volver, Adam —añadió la madre—. Podemos llamar al padre Michael esta tarde, y que lo haga cuanto antes. Cuanto antes mejor.

—Mamá, Jack no era cristiano.

—¿Qué era, entonces?

—Él era un indio cherokee. Tenía su propia religión, si es que la tenía.

—Bueno, es igual. En cualquier caso, es un hijo de Dios, con un alma inmortal como cualquiera de nosotros. Yo rezaré también, para que el Señor le acoja en su seno.

En ese momento entró el doctor Hammer en la habitación. Tras el preceptivo saludo, les dijo:

—Tengo buenas noticias. Hemos estado mirando las últimas imágenes de las resonancias de la cadera y de la mano, y las cosas van muy bien. Creo que podremos adelantar el intento de caminar a mañana, y podemos iniciar la siguiente fase de operaciones para el brazo a la semana que viene.

—¿Qué tal vas con Charly? —preguntó Julia.

—Es un poco rebelde, pero es obediente y en cuanto le introduces los parámetros adecuados, se comporta bien —respondió Mario. ¿Y tú con Lummy?

—Este robot es tonto. Mejor dicho, una robot. Y sus hijas lo son más. Y no te cuento lo que son las nietas. Unas cafres. No sé si es un fallo de la programación, o es que lo hacen aposta.

—Lo hacen aposta —respondió Carla, que terminaba de llegar a su mesa, donde estaban sentados los dos becarios para resolver unos asuntos de claves—. Pero no os preocupéis, pues está todo controlado. Es pura estadística. Todo está basado en haber estudiado durante décadas el comportamiento de la gente real en las Redes. Está todo calculado, y nunca nos ha pasado que se nos haya caído ningún tronco. Ha ocurrido, eso sí, que algún padre se convierta en hijo, o incluso en nieto. Por ejemplo, Cobel era un nieto, pero fue ascendido a padre y luego a abuelo por la popularidad que fue ganando entre la gente real. No os preocupéis por eso y vigilad lo que os han dicho. Es un poco rollo, pero es un trabajo sencillo.

—Lo peor es que tenemos que hacerlo sin descanso, Carla —dijo Julia —. Lummy es tan tonta que a las pocas horas de reconducirla la tienes que volver a corregir. La verdad es que es muy extenuante.

—¿A qué hora te fuiste ayer a tu casa? —preguntó el chico.

—A las tres de la mañana.

—Sí, ya te veo las ojeras. Pobre…

—No sé si podré aguantar esto durante mucho tiempo… Hace semanas que no duermo más de cuatro o cinco horas cada día —se quejó la chica.

—¿Por qué no hablas con Stefano? Te podría cambiar de robot.

—Ya, Carla, pero ¿a quién le endosamos a Lummy?

—Yo estaría dispuesto a hacerlo, Julia. Te puedo dar a Charly y yo me hago cargo de Lummy —le dijo Mario—. Por ti hago lo que sea, ya lo sabes.

—Muchas gracias, Mario, pero no estoy dispuesta a eso. Haré lo que dice Carla y hablaré con Stefano. A ver qué dice.

—Puede que acceda, Julia —replicó Carla. No sería la primera vez. Te

pueden asignar un robot nuevo que esté en rodaje. Uno que interviene poco y por tanto necesita poca supervisión. Mientras tanto, pueden dejar a Lummy en «*low activity*», que es como se llama al estado… cuando los ponen en el «dique seco». Además, es algo que se hace de vez en cuando, para simular unas vacaciones, o una enfermedad. Así parece que son personas de verdad. Se limitan a dar algún «me gusta», o a comentar algo de forma neutra que no implique interacción.

—Sí, se lo pediré. Pero dime, Carla, ¿no podemos hacer este trabajo desde casa? ¿No podemos teletrabajar? Así ganaría tiempo en los trayectos, pues vivo un poco lejos…

—No les gusta, Julia. Prefieren tenernos aquí controlados, y ver lo que hacemos. Eso solo lo hacen con empleados de cierta graduación. De los que se fían, ya me entiendes.

—Pero, ahora se puede monitorizar lo que hacemos en remoto. Bueno, ahora y desde hace décadas, es que no lo entiendo… —se quejó.

—A los jefes les gusta levantar la vista y ver la pradera llena de becarios dejándose los ojos en las pantallas. Les gusta chascar los dedos y que venga uno de nosotros rápidamente a su despacho. Eso es. El edificio es grande y cabemos todos. Si no fuera así, quizás se lo plantearían. Pero hoy por hoy, es así.

—Oye… ¿Quién es ese? —dijo Julia, mirando hacia un tipo que aparecía por «la pradera», y a quien todo el mundo parecía conocer.

—Es Plinio Grovi. Ese fue jefe de gabinete del anterior primer ministro del Gobierno. Cuando estaba el Movimiento Progresista de Italia, el MPI, en el poder, ya me entiendes.

—Qué pinta tiene… —intervino Mario—. Parece un personaje salido de un comic. Con esa ropa, la barba raída y esa cara de… no sabría decir…

—No te dejes engañar por la apariencia, Mario. Es un disfraz. Es un tipo muy, muy astuto y un gran manipulador. Los de Medialaria se llevaron el gato al agua al apostar por Cassini, el del LyC, en las últimas elecciones, y consiguieron auparle al poder. Plinio hizo todo lo que pudo, y estuvieron a punto de conseguir revalidar el cargo, pero se les adelantaron en la última semana.

—Supongo que Proseismedia apostó por el MPI, ¿no es así?

—Claudia se olió que Cassini tenía posibilidades y quitó el pie del acelerador en el último momento. Y entonces apostó por el LyC. Dejaron al MPI en la estacada y consintieron su derrumbe. Ahora están intentando congraciarse con ellos, pero no cuela. Cassini, el primer ministro actual, no perdona a Claudia por haber hecho

campaña a favor del MPI, los progresistas, y ahora Plinio está un poco descolocado. Se pasa por aquí de vez en cuando porque en su partido ya no le quieren al haber fracasado. No quiere perder los contactos. Pero no te preocupes. Es un tipo muy listo, y seguro que huele el triunfo en alguna parte. En las próximas elecciones veremos qué partido toma. Te aseguro que no se va a quedar quieto.

—Oye, cambiando de tema, ¿Qué tal os fue ayer la mudanza? Fuisteis todos, ¿verdad?

—Sí, Carla. ¡Vaya cara! ¡Vaya cara que tiene este tío! —dijo Julia, refiriéndose a Stefano—. Vale que aquí trabajemos hasta la extenuación. Vale que tengamos que vendernos para que nos den un aprobado y conseguir un título… Pero encima que tengamos que ir en nuestra tarde libre a ayudarle a hacer la mudanza de su casa… ¡Es que no hay derecho!

—Ya, siempre está igual. Se cree que sois esclavos de su propiedad… —aseveró—. Luigi, el anterior jefe, no era tan negrero. Era un poco… especial, yo diría, con cierta gente. Pero no tenía tanta cara. Eso sí, también mandaba a algunas personas a hacer recados personales, a recoger a los niños de su compañero al colegio… Así son las cosas, en todos los sitios.

—Yo que pensaba acostarme pronto el domingo para recuperar algo de sueño… —se quejó Julia, casi rompiendo a llorar.

—Habla con él. Quizás ahora sea un buen momento para cambiar de robot. Quizás esté *blandito* por el tema de la mudanza, y no proteste demasiado.

El brazo biónico

Ya había comenzado el mes de noviembre, y el tiempo en Chicago empezaba a ser muy frío. El viento que provenía del lago Michigan era gélido, y esa mañana había caído la primera nevada.

Louise, la madre de Rose, se encontraba en el balcón de la casa de Marengo mientras recordaba todo lo que había ocurrido en los dos meses que llevaba allí. Dentro de pocos días tendría que volver a Londres y reunirse con su marido, quien ya llevaba algunas semanas en la capital del Támesis. El permiso de estancia en Estados Unidos era por un tiempo limitado, y tras arduas gestiones habían conseguido intercambiar una parte del permiso de Adam para dárselo a Louise y que ella pudiera prolongar su estancia en el país. Al menos de esa manera, Rose tendría a alguno de los dos a su lado durante el mayor tiempo posible.

La prueba de caminar había salido bien, y unos días después ella ya era capaz de levantarse sola de la cama para ir al baño, e incluso darse algunos paseos por el pasillo que comunicaba todas las habitaciones de aquel hospital.

Por fin, a las cinco semanas de haber entrado en aquel sitio, madre e hija habían salido de allí y se habían vuelto a la casa de esta en Marengo. A Rose le habían dado el alta de todas sus afecciones, excepto lógicamente el tema del brazo, a la espera de que soldaran unos huesos de la muñeca y de realizar una cuarta intervención para ajustar una parte de la prótesis de titanio con la que habían sustituido el hueso del radio. Una operación que había tenido lugar la semana anterior.

Mientras tanto, la madre sirvió a la hija con amor y diligencia y le acompañó al hospital en las revisiones pautadas que tenían que realizar por todo, pero especialmente por el brazo; eso sí, en coche autónomo, entre otras cosas, para no pasar por aquella fatídica carretera, que no volvió a transitar jamás.

Cerró la ventana y se introdujo en el interior de la casa, pues le había parecido oír a Rose que se levantaba de la cama. Le tenía que ayudar a ducharse, aunque ella insistía en que ya no era necesario. Esa mañana deberían acudir al hospital y si se lavaba ella sola iban a tardar más, y no querían llegar tarde.

Llegaron a la hora estipulada y el médico comenzó a revisar cómo iba aquel asunto.

—Venga, Rose, intenta mover la mano. De arriba a abajo. Despacio.

El doctor Hammer había terminado de quitar la férula que sujetaba el antebrazo de Rose y que se lo inmovilizaba, para que la última intervención terminara de cicatrizar y comenzara a soldar.

—Me duele… —se quejó.

—Ya lo sé, Rose. Tiene que ser así. Si te administro el analgésico no sabremos cómo evoluciona. Venga despacio. De arriba a abajo.

—Doctor, ¿no es demasiado pronto? —preguntó Louise—. La operación ha sido solo hace una semana… ¿no deberíamos dejar soldar ese hueso?

—No, señora White. Si lo posponemos más, no podrá volver a moverlo jamás.

—¡Me duele!

—Venga, ahora de izquierda a derecha, Rose. Aunque sea solo un poquito. Solo un poquito…

La muchacha hizo un gesto de dolor, giró la cabeza y tras poner una mueca dijo:

—¡No puedo! —gritó— ¡No puedo! —exclamó, y tras lo cual se echó a llorar.

—Está bien. Ya está. Con eso es suficiente.

El doctor no dijo nada más, se giró, y comenzó a transcribir unas notas en una pantalla de escritura que había en un pupitre a su derecha. Tras hacerlo, se incorporó ligeramente y dijo:

—Bueno, creo que ya estás preparada para recibir ese brazo.

—¿El brazo biónico?

—Exactamente. Pensaba retrasarlo un poco más, pero al ver que no puedes hacer el giro lateral no podemos posponerlo más, o sería demasiado tarde.

—Pero doctor, eso… ¿qué implicaciones tiene? —preguntó Louise.

—Es lo que hemos comentado, señora White. Se trata de una prótesis interna y externa que se conectará a los nervios sensoriales que quedan funcionales. Suplirá de alguna manera la musculatura perdida y por supuesto a los tres dedos que faltan.

—Pero un brazo biónico… ¿eso funcionará… bien? —inquirió Rose.

—Todo depende del entrenamiento. Llevarás un sensor en el lóbulo parietal que conectará con el chip director que lleva la prótesis, y le enviará las órdenes motoras que tu cerebro le mande.

La muchacha enarcó las cejas y se tocó la parte lateral de la cabeza. El médico siguió:

—Se hace una pequeña incisión en el cráneo y se inserta un dispositivo. No te preocupes, apenas se verá con el pelo, y no te impedirá dormir de ese lado. Lo importante, como te digo, es el entrenamiento.

Rose comenzó a llorar, y su madre le entregó una gamuza reciclable. Él siguió:

—Tengo que hablar con un colega, para fijar la fecha de la operación. Necesitamos que sea cuanto antes, desde luego.

—¿No lo puede hacer usted?

—No, señora White. Es una tecnología algo avanzada y necesitamos a un profesional específico que me acompañe y compruebe cómo van respondiendo cada uno de los nervios según se van ajustando a los terminales de la prótesis. Se precisa instrumental especializado del que yo no dispongo, y que tampoco sé manejar.

—¿Será doloroso, doctor Hammer? —preguntó Rose.

—Me temo que sí. Una parte de la operación se hará con anestesia, desde luego, pero la parte principal, no. Necesitamos que estés despierta y que respondas activamente a las órdenes de movimientos que te demos.

—¿No hay otra manera de hacerlo, doctor, u otra solución para este brazo?

—Si quieres volver a tocar la batería, Rose, me temo que no.

—Claro, Julia, podría darte a Buddy, un robot en pruebas. Así podríamos darle unas vacaciones a Lummy. Pero todavía no es el momento. Estamos haciendo campaña contra Cassini, y esa chica tonta nos viene muy bien para ciertas cosas.

El redactor jefe contemplaba a la chica reclinado en el sillón de su despacho, con las manos entrecruzadas en el regazo. La luz difuminada de los focos del techo no lograba ocultar el brillo de su calva, y la piel de su gaznate se replegaba de forma rolliza sobre el cuello de su camisa blanca.

—Es que no puedo más, Stefano. ¡No puedo más! Me duermo por los pasillos, me duermo sobre la mesa… de verdad que no puedo más…

—Vamos, Julia, seguro que no es para tanto… Eres joven… Piensa que es como si tuvieras un niño. Eso es, un bebé. Los bebés dan mucha guerra por las noches, y las madres lo pasan muy mal. Pero todas aguantan, ¿no te parece?

—Esto es peor que un niño, Stefano. Los niños que duermen mal por la noche quizás duerman algo por el día, pero es que yo no tengo ni esa oportunidad. Por las mañanas estoy con las noticias; al final de la tarde estoy preparando contenidos; el resto del tiempo estoy con Lummy… Es que no doy más de sí…

—Ay, hija, qué dura es la vida, ¿verdad? —dijo, y entonces sacó de su cajón un mando a distancia y pulsó un botón. Tras pulsarlo, se oyó un «clic», y eso indicó que la puerta del despacho se había cerrado. Julia se temió lo peor.

—Ven, anda, ven aquí. Ven con papi, pequeña —ordenó, señalando hacia sus rodillas.

La muchacha dudó, pero finalmente hizo lo que le decía, y se sentó sobre sus piernas. El hombre le puso una mano sobre el muslo, mientras que con la otra le rodeaba por la cintura.

—Si tú quisieras, podría darte a Buddy… mañana mismo. ¿Qué te parece?

Julia no contestó. Se dispuso a mirar hacia la puerta, y hacer como si no hubiera oído nada. Estaba totalmente ruborizada y llena de vergüenza.

—Te podría incluso quitar los robots, y dejarte solo con las noticias. Solo si te esmeras un poquito. Como ha hecho Daniela. Le he dado a

Hassel a otra becaria, una de las antiguas, de las del año pasado. Y ella está libre ahora. Vamos, como te puede pasar a ti, si tú quisieras. ¿Eh? Venga, dime que te parece.

Pero la muchacha seguía sin mirarle, y entonces él se puso más brusco. La mano que tenía en su muslo la movió hacia adelante y golpeó con fuerza el pubis de la chica, a la vez que dijo:

—¡Eh! ¡Contesta!

Julia se levantó y llena de turbación se fue hacia la puerta, intentando salir. Pero no tuvo éxito, pues la puerta estaba cerrada. Totalmente agitada, estaba gimoteando, y él no tuvo más remedio que decirle, mientras se dirigía hacia ella:

—Tranquila, bonita… perdóname si me he pasado un poco. Venga, anda, perdóname —rogó, mientras le colocaba la mano detrás de la cabeza y la obligaba a mirarle.

Julia estaba llena de lágrimas y entonces él le dio un pañuelo:

—Anda, sécate. Que no te vean llorar. Te voy a dar a Buddy… durante quince días. Pero vete pensando lo que te he dicho. ¿De acuerdo? Los quince días terminarán… en dos semanas.

—¿Qué tal estás, Rose? ¿Cómo te apañas sola?

Janet y Lorraine habían ido a visitar a Rose una tarde de finales de noviembre. Louise ya se había marchado a Inglaterra, al haberle caducado el permiso de residencia en Estados Unidos. Muy a su pesar había tenido que dejar sola a su hija cuando faltaban solo unos pocos días para la “instalación” de aquel brazo. Se tranquilizó, no obstante, cuando el doctor Hammer le dijo que, aunque la operación sería dolorosa, una vez conectado el brazo, ella ya no sentiría dolor, y podría irse a su casa sin precisar ningún tipo de convalecencia. «No te preocupes, Louise. Si Rose precisara de alguna cosa, para eso estoy yo», le había dicho Janet. Aquella mañana estaban sus dos compañeras en su casa, y les respondió:

—Pues me apaño bien. Hago prácticamente de todo, pues con estos dos dedos —dijo, enseñando el anular y el meñique— hago pinza contra la palma y hasta puedo agarrar la cuchara para comer.

—¡Vaya, Rose!, pues sí que has avanzado.

—Eso sí, sin doblar la muñeca. Eso todavía es ciencia ficción para mí. Pero bueno, me voy apañando.

—Y, ¿no sería mejor agarrar la cuchara, o el tenedor con la mano izquierda? —interrogó Janet.

—Sí, claro, eso es lo que he estado haciendo hasta ahora. Pero el doctor Hammer ha insistido en que use la derecha todo lo que pueda.

—Y entonces dices, que, ¿mañana te ponen el brazo?

—Sí, mañana a primera hora tengo que ir al hospital. El doctor se ha traído a un colega desde Boston, que es donde hace este tipo de cosas. Creo que llegaba esta noche en el tren para estar disponible mañana. Me ha dicho que se ha traído un montón de instrumental, incluyendo dos computadoras para monitorizar todo el asunto.

—Vaya, Rose, ¡te vas a convertir en un robot! —dijo Lorraine, tras lo cual se rieron las tres amigas.

—No te creas —aclaró la baterista, tras terminar de reír— va a ser solo una pequeña prótesis que recorrerá el antebrazo desde un poco antes del codo por la parte de abajo, y desde la mitad, más o menos, por la parte de arriba. Además, según me han dicho, va a tener el mismo color de mi piel y va a estar hecho de un material cuyo tacto es muy similar.

—¿Y si te pones morena? —preguntó la bajista.

—¡Ah! No hay problema. Me han dicho que ese brazo es tan inteligente que se mimetiza de tal manera que cambia incluso su color en una gama de… creo que eran 1024 tonalidades… ¡y de forma automática!

—Guau, pequeña, ¡vaya adelantos! ¡Demasiado moderno para una *drifter* de pura cepa como tú! —dijo Lorraine, con sorna—. Oye, y, —continuó— todo esto te estará costando una buena pasta, ¿no es así?

—Pues sí, chica, pues sí. Entre la estancia en el hospital y lo del brazo, la verdad es que me voy a quedar sin blanca. Pero bueno, para eso está el dinero.

—¿Sabes? —siguió— Es lo único que echo de menos de Inglaterra, la sanidad pública… allí todo esto me hubiera salido gratis… excepto lo del brazo, claro, pues no creo que allí me lo hubieran hecho… ni pagando. En fin, algo malo ha de tener América, y algo bueno ha de tener Europa, al fin y al cabo.

—Oye, y, ¿no hubiera sido mejor que tú fueras a Boston? —apreció Janet, tras oír todo aquello del instrumental.

—Eso mismo dije yo. Pero al doctor Hammer le gusta más hacerlo en su propio quirófano. A pesar de que el otro médico va a tener una participación importante, en realidad "el jefe" va a ser él.

—Bueno, y vosotras qué tal —siguió Rose, cambiando de tema— ¿Cómo vais con el nuevo disco? ¿Cuántas canciones habéis compuesto ya?

—Pues… el disco está ya bastante avanzado. Eva se ha puesto manos a la obra, como nunca, y la verdad es que ha aportado muchas cosas… Creo que no va a quedar nada mal, la verdad.

—Pero… ¿habéis comenzado ya a ensayar algo?

—Sí —replicó Lorraine—. Las canciones que están terminadas ya las hemos comenzado a ensayar…

—¿Sin mí? ¿Pero…?

—Hemos grabado una pista de batería, generada por ordenador, y eso es lo que suena durante los ensayos, Rose —aclaró Janet—. Cuando te recuperes, serás tú quien toques, en directo.

La jefa, como siempre, había acudido en su ayuda. Era algo que le angustiaba desde el mismo momento de producirse el accidente, en cuanto recuperó la consciencia. El no poder tocar nunca más… el tener que dejar la banda… las dos o tres semanas que pasaron desde

aquel fatídico día habían sido las peores que había pasado en su vida. Había perdido a Jack y había perdido su profesión. Por no hablar de los remordimientos que tenía por el hijo que también había perdido. El dolor en el pecho por las costillas rotas, el de la espalda por las vértebras desplazadas, el escozor por la piel abrasada... no eran nada comparado con todo eso. Durante muchos días había vivido en un infierno, y solo gracias a la sedación que le habían administrado había podido dormir.

Con la visita de sus padres se fue recuperando poco a poco, y cuando el doctor Hammer le dijo que era probable que recuperara la movilidad de la mano, recuperó bastante el ánimo. Aunque el dolor y la angustia por la pérdida de esos dos seres seguía siendo parecida. Era algo que intentaba quitar de su cabeza por todos los medios, aunque los recuerdos de ambas cosas le asaltaban una y otra vez. De hecho, desde que le retiraron la sedación, apenas había podido dormir dos horas seguidas, y se pasaba las noches dando vueltas intentando conciliar el sueño. Cuando por fin lo conseguía, se despertaba sobresaltada con horribles pesadillas que la torturaban. El doctor Hammer le recetó unos ansiolíticos, y con eso mejoró su calidad de sueño, aunque ni mucho menos recobró el nivel que tenía antes del accidente.

Aquella última afirmación de Janet le tranquilizó sobremanera, y no pudo evitar abrazarla. Al menos seguían contando con ella.

—No os preocupéis chicas, me han dicho que la recuperación ocurrirá, lo que pasa es que tendré que pasar antes por un proceso que llaman “aprendizaje”.

—Y, ¿en qué consiste? —preguntó Lorraine.

—Ya se lo comenté a Janet. Es una rutina. Es volver a realizar los movimientos como los hago con la otra mano. Según me han dicho, yo puedo pensar «mueve el dedo pulgar» y entonces el dedo se moverá. Pero claro, nadie hace eso, cuando quiere mover un dedo. Simplemente lo mueves, y ya está, sin dar ninguna orden. Bien, pues de eso se trata. De hacer los movimientos de la mano de forma instintiva, de forma «irreflexiva» como creo que se llama técnicamente.

—Y… ¿cuánto tardarás en hacer eso? Quiero decir, en dominar esa técnica —dijo Lorraine.

—Depende de muchas cosas. Pueden ser semanas… pueden ser meses… Depende. Me esperaréis, ¿verdad?

Sus dos compañeras se miraron, con gesto de preocupación. Finalmente fue Janet quien habló:

—Claro, Rose. Te esperaremos.

Cinco minutos

—Fueron cinco minutos, Julia. Este tío es un cerdo y no aguanta mucho. Luego te das una buena ducha y te libras de él para siempre.

Julia estaba tomando un café con Daniela, al día siguiente de aquella escena tan escabrosa. Le había contado lo que le había pasado y la otra le refería su experiencia.

—Le hice ver que le daría lo que quería, pero cuando yo quisiera. Y él accedió. Así aguanté un tiempo, y mientras tanto, me trató bien. Y luego, cuando lo consiguió, me quitó a Hassel. Creo que se lo ha dado a una que todavía no ha conseguido conquistar. Una que entró en los tiempos de Luigi, el anterior jefe de redacción. Ese tipo era homosexual y no se interesaba por las becarias. Pero ahora este animal quiere aprovecharse de todas. De las nuevas y de las antiguas.

—Es un cerdo, Daniela. ¡Es un cerdo!

—Sí, es un cerdo, no hay duda, pero ¡qué quieres que te diga! Por cinco minutos te libras de una buena. Además, dicen que no te da el «aprobado» en las prácticas, a no ser que te acuestes con él.

Julia ya se temía algo así. Le habían referido cosas similares en otros sitios, aunque supuso que eran exageraciones. Pero al conocer a su jefe, enseguida le vio capaz de eso. Ahora se lo terminaban de confirmar.

—¿Y cómo sabes que solo son cinco minutos? ¿Y si luego vuelve a la carga? ¿Y si luego quiere otra vez, más adelante?

—No es el caso, Julia. A Esther le dijo que solo pide una vez. Como si fueras parte de una colección, o un peaje que hay que pasar. Como el derecho de pernada, ¿recuerdas lo que es?

—O sea, que a Esther también la ha pillado, ¿no?

—Sí, Esther ha caído, y unas cuantas más. Debes de quedar solo tú, y quizás alguna otra.

—El derecho de pernada… —siguió—. Es el derecho que tenían los señores feudales cuando se casaba una de sus vasallas, ¿no es así? En la noche de bodas era el señor quien le quitaba la virginidad, y luego ya le entregaba la mujer al marido.

—Pues algo parecido, Julia. Yo que tú, pasaba por ese aro. Me parece que no te queda otra opción.

Nervio por nervio

Tres horas, cuarenta y cinco minutos y cincuenta y seis segundos. Ese fue el tiempo que duró la operación. Fue el número que marcaba la pantalla principal de la computadora del doctor Andrews, cuando este dijo: *«Ya está. Hemos terminado»*. Un número que no se le olvidaría a Rose fácilmente. Casi cuatro horas en las que estuvo sometida a una auténtica tortura china, como si cada pocos segundos le clavaran una aguja que llegara hasta los mismísimos nervios. Porque de los nervios se trataba precisamente. Todo había comenzado a primera hora de la mañana:

—Rose, te quiero presentar al doctor Andrews. Él es el especialista del que te hablé, y quien va a realizar la parte más delicada de la operación.

El doctor le estrechó la mano. Era un hombre alto, de entre cuarenta y cincuenta años, delgado y con el pelo gris. Parecido de alguna manera al doctor Hammer. Después del saludo, procedió a presentar lo que iba a realizar:

—Va a ser una operación compleja, larga y delicada. Pero quiero que sepas que va a salir bien. Aunque para ello preciso de tu colaboración, sin la cual, no puedo garantizar los resultados.

—Haré todo lo que esté en mi mano, doctor Andrews. Y nunca mejor dicho —dijo Rose, con una sonrisa, que los otros correspondieron.

—Me alegro de que estés con ese buen humor. Lo vas a necesitar, desde luego —contestó Andrews, para seguir:

—Bien, pues antes de nada, mi código profesional me obliga a presentarte unas nociones generales sobre la estructura nerviosa:

—El sistema nervioso, para poder ejecutar todas sus funciones, necesita de los nervios y de las neuronas, las cuales se comunican unas con otras para poder llegar a varias partes del cuerpo. En el caso de los nervios, estos están compuestos por fascículos, y por fibras o axones. Dentro de cada nervio se localizan múltiples fascículos nerviosos, los cuales son los encargados de mantener en grupo a los axones de las neuronas que pertenecen al sistema nervioso periférico. Los fascículos están compuestos básicamente de un conjunto de axones, es decir, es la parte de los nervios que agrupa a la porción más distal de las neuronas. Los axones son los encargados de transmitir el impulso nervioso, y, por lo tanto, la función del fascículo es ser parte del proceso que lleva a cabo la transmisión de la información nerviosa, que puede ser motora, sensitiva o mixta. Pero para poder

ejercer su función necesita de tres capas que se encargan de mantener la división entre los axones, fascículos y vasos sanguíneos. Esas capas son el perineuro que rodea a cada fascículo nervioso, el endoneuro que cubre a cada axón y el epineuro que protege a cada nervio.

Rose escuchaba muy atentamente, aunque sin comprender demasiado. El médico siguió:

—Bien, esa es la parte teórica. Ahora la parte práctica. Lo que vamos a hacer es encapsularte el antebrazo desde el codo hasta la muñeca, donde vamos a generar un relativo vacío. Dentro de esa cápsula, que es esta —dijo, señalando a una especie de cono metálico hueco que le mostró— hay una compleja maquinaria de ensamblaje, muchos sensores, y algunas cámaras que voy a conectar a un computador. ¿Todo para qué? Te preguntarás. Pues bien, de lo que se trata es de conectar todas las fibras sintéticas que lleva el brazo biónico con tus fibras nerviosas reales que se han podido recuperar, y que yo creo que son suficientes para conseguir un buen resultado funcional. Y para ello tenemos que conectarlas una por una, fascículo por fascículo, axón por axón. ¿Lo entiendes, Rose?

—No sé si lo entiendo muy bien, doctor —se sinceró— pero, usted ha dicho «conseguir un buen resultado funcional» ¿A qué se refiere exactamente? ¿Podré recuperar, quiero decir… podré hacer lo mismo que hacía antes con el brazo?

—Eso dependerá del entrenamiento. De eso hablaremos después. Ahora necesito que sepas muy bien lo que vamos a hacer porque como te digo, necesitamos tu colaboración —ella asintió, y el médico siguió —. Bueno, pues como te decía, dentro de la cápsula se iniciará un proceso donde, con una extremada precisión, se irán juntando cada una de las fibras nerviosas del brazo biónico con tus fibras nerviosas reales, que irá por fases, y que yo iré dirigiendo con la computadora, según vaya viendo el resultado de las uniones. Tardaremos unas tres o cuatro horas, si todo va bien, pues son cientos o miles las conexiones que tenemos que hacer. Y en cada conexión vas a sufrir dolor.

—¿Cuánto dolor? —preguntó, angustiada.

—Eso depende de la sensibilidad de cada paciente. Soportable, diría yo. Pero el caso es que te tienes que quejar. Es decir, quiero que digas algo, me vale con un simple «ay», y eso me indicará que el endoneuro se ha conectado con la fibra sintética. Es indispensable que lo digas, Rose, porque si no lo haces, yo asumiré que la conexión no se ha producido, y entonces podríamos insertar dos fibras en una, y eso, si ocurre muchas veces, podría originar que el brazo no funcionase bien. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente, doctor. Le aseguro que si me duele me voy a quejar.

—Bien, pues eso es lo que necesito de ti. Entre el doctor Hammer y yo vamos a realizar todo el proceso. Él se encargará de los tejidos y los vasos sanguíneos y yo me encargaré de los nervios. Iré realizando algunas pausas, pues una vez que estén conectados, por ejemplo, los nervios del dedo pulgar, tengo que comprobar que la señal se transmite desde el chip que te insertaremos en el cráneo —que será lo primero que haremos— hasta el dedo, y veremos si este responde bien. Luego pasaremos al resto de dedos, y luego intentaremos realizar los movimientos de la mano, como son abrir o cerrar un puño, estirar los dedos, mover la mano completa con todos los movimientos circulares que más o menos hace una mano natural… En fin, todo eso. ¿Estás preparada, Rose?

—Estoy preparada, doctor. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos, ¿no es así?

—Así es. Vamos a comenzar con una anestesia ligera, una pequeña sedación de unos quince minutos para insertar el chip en el cráneo, y luego te despertarás sin mayores problemas. Después comenzaremos a hacer todo lo que hemos hablado. Así que ahora, a dormir. Hasta dentro de quince minutos, Rose.

El doctor Hammer le introdujo el líquido que la sedó a través de una vena de la mano izquierda, y la muchacha se durmió, en el acto. Cuando se despertó quince minutos después, se saludaron de nuevo, y comenzó «la tortura china».

Cuatro horas después, el rostro de Rose estaba totalmente desencajado, y ya no le quedaban lágrimas, ni siquiera voz para emitir un solo «ay». Durante más de una ocasión pensó en tirar la toalla y decirle al doctor Andrews que parase. Que no aguantaba más. Que, si se quedaba sin brazo, le daba igual. Solo quería acabar cuanto antes, y solo veía aquel contador de minutos que tenía enfrente de sus ojos. Veía cómo se movían los segundos, a una velocidad que parecía como si el tiempo estuviera detenido. Como si el reloj fuera un reloj blando, sin fuerza, que se moviera perezosamente. Como uno de esos relojes de los famosos cuadros de Salvador Dalí. El tiempo pasaba despacio, y cada pocos segundos le pinchaban.

Si la operación hubiera durado unos minutos más, probablemente se habría desmayado. Cuando por fin finalizó todo, extremadamente agotada, se durmió de forma natural, y solo oyó: «duérmete, Rose. Duerme… te lo has ganado».

El barrio del Arco

Julia se marchó a su casa con la cara desencajada. Eran las diez de la noche, y efectivamente, Buddy era más comedido y no le daba tanto trabajo. Pero ya llevaba casi quince días y le iban a entregar a Lummy otra vez. El jefe ya le había amenazado con eso.

Al menos ahora podía dormir las horas normales, aunque durante el día no le quedaba tiempo para nada más. Tan solo los domingos por la tarde los tenía libres para Mario, quien ya era su novio de manera oficial. Incluso se lo había presentado a sus padres.

Pero si tomaba la decisión de «pasar por el aro», Mario no debía enterarse.

Volvió a pensar lo que le había dicho Daniela, días atrás, y volvió a decirse que no. Que no podía hacer eso.

De camino hacia su casa, pasó por el barrio del Arco, donde vivía Mario. Siempre le acompañaba, si terminaba a tiempo. Pero aquel día se le habían complicado las cosas, pues tenía también mucho trabajo con su robot y no pudo acompañarla. Charly, el robot de Mario, había conseguido ascender en el ranking de popularidad, y la campaña contra Cassini se estaba intensificando. Proseismedia tenía las esperanzas puestas en un nuevo partido que se había formado, y estaba apostando fuerte por él. Charly era un *influencer* de primera clase y aunque no daba tantos problemas como Lummy, de vez en cuando había que monitorizarle de manera especial para controlar sus progresos.

Y ella no podía esperarle a que saliera. Tenía que dormir…

En el barrio del Arco se juntaban muchas de las prostitutas de Milán. Era un negocio que se había puesto de nuevo de moda, por la crisis económica. Muchas mujeres se veían obligadas a ejercer el negocio más antiguo del mundo, para poder llegar a fin de mes. Algo que no se había visto desde hacía casi cien años. Desde los tiempos en que se terminó la Segunda Guerra Mundial. Luego se quedó restringido a gente del mundo de las drogas, o a inmigrantes, siempre de forma marginal. Hasta que llegó la verdadera liberación sexual, la descristianización de la sociedad, y entonces las mujeres se volvieron «fáciles», como decía su abuelo. Se volvieron fáciles y los hombres tenían sexo con cualquiera, y gratis, con solo pulsar una foto en una aplicación de tableta móvil.

Todo eso duró hasta que los movimientos feministas terminaron con ello, y aquellas aplicaciones se vetaron. Se vetaron porque decían que contribuían a la explotación de la mujer. A la «cosificación» de las personas. Curiosamente se vetaron las heterosexuales, pero no las homosexuales o las lésbicas. «Paradojas de la sociedad moderna», se dijo Julia. Algo parecido a lo que ocurría con los descuentos en los seguros sociales al contratar a mujeres en los trabajos. Se pasó del poco al mucho.

Pero el caso es que eso había originado que volviera la prostitución, pues las relaciones de pareja habían retrocedido casi a la época de sus abuelos, al menos en Italia y en otros países de Europa. El miedo a las citas a ciegas y algunos casos de violencia espoleados por la prensa sensacionalista, habían intimidado a las mujeres, y ya no se atrevían a quedar con desconocidos que querían hacer el amor en la primera cita. Algo bueno tenía que tener todo aquello, se dijo.

Al ver a las prostitutas, se decidió. Ella solo tenía que pasar por eso… durante cinco minutos «¡Solo cinco minutos, Julia!» Se dijo a sí misma. Y luego obtendría el título de periodismo. Y después… un empleo. Podría conseguir un empleo en una emisora de radio de la RDI, una de las plataformas de Proseismedia. Sería en Nápoles, al otro lado del país, pero ganaría algo de dinero y sus hermanos podrían vestir mejor, y comer más a menudo. Sí, por ellos lo haría. Y por su padre. Para que no estuviera tan cabizbajo y desesperanzado por la falta de ingresos, y pudiera ver que su hija mayor conseguía un empleo remunerado.

Solo tenía que aguantar un poco, darle largas a Stefano, y conseguir la promesa de la emisora. Entonces se entregaría, cerrando los ojos y tapándose la nariz… solo serían cinco minutos…

Un elenco de números

—¿Cómo estás, Rose? ¿Te duele algo?

Seis horas después, Rose se despertaba en la consulta particular del doctor Hammer. Una de sus enfermeras estaba a su lado, y monitorizaba una serie de parámetros en una pantalla.

—Bien. Más o menos, bien. No me duele nada, pero tengo un hormigueo… un cosquilleo, una especie de entumecimiento en el antebrazo. En la zona donde se une el brazo biónico a mi piel…

—Eso es normal, Rose. Ahora vendrán los doctores y lo revisarán. Pero yo creo que es normal. Se te pasará en unos días y luego no tendrás problemas.

—¿No están los doctores?

—Se han ido a cenar. Estarán al venir. ¡Ah!, creo que acabo de oírlos llegar.

Efectivamente, unos minutos después aparecían los dos por la habitación, tras lavarse las manos y ponerse los trajes y preparar algunas cosas en una habitación contigua.

—Hola Rose, ya nos ha dicho la enfermera que no tienes dolor. No está mal.

—Yo creo que ya he cubierto mi cupo de dolores… para mucho tiempo, doctor.

—Sí, yo creo que sí. Has sido toda una campeona. He tenido pacientes que se han arrepentido nada más empezar. Se ve que tienes mucho interés en esto, la verdad.

A continuación, el médico activó un sensor que se conectó con el chip director del brazo, y este le envió una serie de parámetros que el profesional monitorizó en una pantalla. Introdujo una serie de códigos y en el monitor aparecieron una serie de datos numéricos precedidos de siglas que Rose no supo interpretar. Todo un elenco de números que supuso se referían a datos eléctricos, de temperatura, de humedad, de presión, de número de conexiones…

—Bueno, esto tiene buena pinta. Vamos a ver qué tal mueves la mano —dijo, mientras quitaba alguna de las sujeciones.

—A ver, intenta mover algunos dedos. Los que quieras. Despacio.

Rose comenzó a hacer lo que le decían, y aquello parecía funcionar. Solo con pensarlo, los dedos se movían.

—Muy bien. Ahora vamos a realizar acciones concretas. Vas a mover, primero el dedo pulgar, luego el índice, el corazón, el anular y el meñique. Y luego a la inversa.

—¿Así, doctor? —preguntó, mientras sus dedos se movían arriba y abajo. La chica estaba realmente alucinada.

—Así. ¿No lo puedes hacer más deprisa?

—Lo voy a intentar. Es que tengo que pensar cada cosa, no me sale solo.

—Es normal, Rose. Al principio tiene que ser así —afirmó, mientras ella lo hacía—. Venga, está bien. Ahora vas a intentar mover la muñeca. Intenta hacer un giro completo, con toda la amplitud que puedas.

—Uf, eso es más difícil…

—Si no puedes, entonces intenta abrir y cerrar la mano. Como para hacer un puño.

—Sí, eso sí… me cuesta un poco, pero sí… a ver… sí…

Bueno, Rose, está bien. Por ahora déjalo estar —dijo Andrews, y después miró hacia Hammer, quien tomó la palabra.

—Rose, el plan ahora es el siguiente. Te vas a ir a tu casa, con el brazo en cabestrillo y no vas a hacer nada con él. Vamos, como si lo tuvieras inmovilizado. Y dentro de dos días, vuelves a la consulta. Entonces te quitaré una serie de sujeciones que te he puesto para que la piel y los músculos se adhieran bien a la prótesis. Solo es preciso un día para conseguir esa adherencia, pero vamos a esperar dos, por si acaso. Una vez que salgas de la consulta, a partir de ahí ya puedes hacer vida normal.

—Sí, tienes que intentar hacer con ese brazo todo lo que hacías antes —intervino Andrews—. Todo lo que hacías antes, repito. Al principio te costará mucho trabajo, y parecerá como que la mano no obedece tus órdenes, o que lo hace más despacio de lo que te gustaría. Pero eso es cuestión de tiempo… y de entrenamiento.

—¿Qué tipo de entrenamiento, doctor? —preguntó Rose. ¿Me van a dar algunas tablas de ejercicios, o algo así?

—Sí, eso también. Pero si quieres conseguir resultados óptimos necesitarás la ayuda de un profesional. Un profesional específico que conozca bien la mecánica de este brazo.

El médico consultó su tableta personal y sacó algunos datos.

—Aquí, en Chicago, hay dos o tres personas que te podrían servir. Si

me das un código, ahora mismo te envío las formas de contacto.

—Un código… sí, a ver si me entero un poco de cómo funciona eso… llevo poco tiempo usando tabletas personales, y aunque sé cómo se hace, no estoy muy familiarizada —Rose tomó la tableta que le había regalado Janet semanas atrás, e intentó manipularla con la mano izquierda, mientras los dos médicos se miraban el uno al otro.

—¿Eres *drifter*, Rose?

—Sí. Se nota mucho, ¿verdad?

—Bueno, un poco —dijo Hammer—. Espera, te ayudo.

Al final le transfirieron los datos en cuestión, y Andrews finalizó su intervención:

—Intenta ser metódica con los entrenamientos. Procura realizar las tablas de ejercicios todos los días, y hacer todo lo que te diga tu entrenador. Yo por mi parte tendré que revisar los parámetros del brazo, de vez en cuando. Primero a la semana, luego al mes, luego cada seis meses, luego al año… Para eso te tendrás que conectar a un servidor y enlazar el chip director del brazo con una dirección que también te he transferido ahora a tu tableta. ¿Sabrás hacer eso?

—Sí, creo que sí.

—Bien, cuando lo hagas yo revisaré los datos desde Boston, y así no hará falta que te desplaces. Solo si veo algo que me llame la atención tendrías que venir a mi consulta e intentaría arreglarlo *in situ*. Pero sinceramente no creo que sea el caso. Y eso es todo, por mi parte... Por supuesto, si tienes algún problema, o necesitas aclaraciones, o consultar alguna duda, estoy a tu disposición.

—Muchas gracias, doctor. Muchas gracias a los dos. De verdad.

Un ofrecimiento

Las vacaciones de Lummy se habían terminado, y Buddy volvía al dique seco. Julia había vuelto a dormir pocas horas, pues aquella robot estaba más tonta que nunca, y era raro el día que terminaba las labores antes de las tres de la madrugada. Intentó aguantar como pudo, pero ya no podía más.

Más de una vez se decidió a «pasar por el aro». Más de una vez se levantó con intención de entrar en su despacho. Pero cada vez que lo decidía se arrepentía, y seguía inmersa en la pesadilla en la que se encontraba.

Mario veía como su novia estaba cada vez más delgada, y las ojeras no se iban de ninguna de las maneras. La muchacha había decido no marcharse a su casa por las noches, pues aprovechaba el tiempo del trayecto de ida y de vuelta para poder dormir sobre aquella mesa, o en la moqueta del suelo. Estaba tan cansada, que en cuanto apoyaba la cabeza sobre la misma se quedaba dormida al instante. Y no solo eso. Lo pasaba mal a lo largo del día por las innumerables cabezadas que daba continuamente.

Entonces, quien no aguantó más fue Mario, y él sí que entró en el despacho a hablar con su jefe.

—Stefano, ¿puedo pasar? Tengo que hablar contigo.

—Claro, Mario, pasa, siéntate. Siéntate.

—Verás…—comenzó a decir, una vez que se acomodó en una de las sillas del despacho—. Es por el tema de los robots. Quería pedirte que…

—De verdad, chico, me has decepcionado—le interrumpió—. Solo faltabas tú por venir a quejarte, y yo creía que no lo ibas a hacer nunca. Pero ya veo que eres igual de blando que las chicas…

—No es por mí.

—¿Ah no? —preguntó, sorprendido.

—Es por Julia. Su robot, y todos sus hijos y nietos le dan mucho trabajo, y la pobre, la verdad es que no aguanta más.

—Y… ¿a ti que te importa eso? —preguntó, y tras una pequeña pausa le espetó: —¿O es que te interesa esa chica? Sí, eso es, pillín, te interesa… ahora que lo dices, me cuadran algunas cosas que he visto… Y no es para menos —sonrió—. Bueno, pues que sepas que no eres el único —dijo, tras volver a sonreír de forma pícara. Una sonrisa que

hizo que su interlocutor le prodigase una mirada glaciar.

Cuando el jefe terminó de reír, siguió Mario:

—No te digo que le des su robot a otra persona. Solo que se repartan las cargas con los demás. Hay quienes tienen robots que dan menos trabajo, e incluso hay alguna chica que no tiene ningún robot.

—Los robots no se pueden compartir, Mario, ¿es que no lo comprendes? ¿No te parece ya bastante tener a cargo de una sola persona nada menos que setenta y tres robots? Os haríais un lío con los nombres de cada uno y meteríais la pata constantemente.

—Pues entonces estoy dispuesto a quedarme yo con Lummy y que ella se quede con Charly.

—Lummy es una chica. ¿O es que tú eres de ese bando, y yo no lo sé?

—No. Pero no sé qué tiene que ver.

—Pues está muy claro, Mario. El perfil de ese robot es el de una chica y además tonta. Y tú estás acostumbrado a Charly, que es un chico, y además inteligente.

—Me adaptaría enseguida… No veo qué interés tienes en que ella siga con Lummy. Hay otros robots que son chicos y los llevan mis compañeras. De verdad, no lo entiendo.

Los dos hombres se miraron fijamente, aguantándose la mirada. Después de unos instantes, el jefe le dijo:

—Yo quiero que tú sigas con Charly, porque es nuestro mejor robot. Y tú, ya que insistes, te lo diré, aunque no quiero que con eso te crezcas, tú eres nuestro mejor becario. Por eso es.

—Por favor, Stefano —comenzó a decir, agotando su último cartucho —, ella no puede más y comenzará a cometer errores críticos, si sigue durmiendo tan pocas horas. Y…

—Yo no tolero los errores. Ya lo sabes. Y también lo saben las demás y la propia Julia.

—Pues por eso… te pido… que… si algo puedo yo ofrecer… —dijo por fin.

Stefano sonrió, con esa risa cínica tan característica, y dejó pasar unos instantes tras los cuales su expresión se endureció. Finalmente dijo:

—Es lo que te decía. Estás colado por ella. Pues no deberías. Las mujeres no se merecen que ningún hombre se rebaje como tú estás haciendo. Y eso a mí me desagrada. No sabes cuánto me desagrada... Y eso me hace perder parte de las esperanzas que tenía puestas en ti.

—¿Qué tipo de esperanzas?

—Esperanzas de contratarte algún día, ¡imbécil! Además, ¡qué tienes tú que ofrecer! ¡Eh! ¿Qué tienes tú que ofrecer? He estado investigando sobre todos vosotros y tú no tienes nada que a mí me interese. No tienes dónde caerte muerto, ni tienes otras cosas que a ciertas personas les pudieran interesar. Cosas… que podrían funcionar para esto que parece que me estás sugiriendo, pero que en tu caso no proceden, pues no dejas de ser un tipo bastante corriente. Solo tienes algo que no es corriente, y que yo diría que es incluso excepcional, y que es tu talento. Tu talento y tu tiempo, Mario. Pero eso ya me pertenece a mí en exclusiva, con lo cual no te queda nada más que ofrecer —sentenció—. Y si te parece poco el tiempo que inviertes en Charly, eso se va a acabar.

—¿Se va a acabar?

—Sí. Vas a salir tan tarde de trabajar como Julia, o incluso más, y quizás seas tú quien le envidie a ella, al fin y al cabo. Y que conste que esto no es un arrebato por lo que me estás contando. Es algo que ya teníamos pensado. Vamos a potenciar a Charly para hacer una campaña más dura contra Cassini, y se han introducido ciertas mejoras en su programación que comenzarán a partir de… el próximo jueves, creo que me han dicho. Así que, si querías más trabajo al tener a Lummy, lo vas a tener, pero con Charly.

Helen

Había elegido aquella consulta de fisioterapia porque era la única de las tres que estaba en una calle para *drifters*. Es decir, se podía transitar por ella en un vehículo convencional, y eso podría indicar que también tendría tiendas del mismo estilo. Ella ya solo usaba vehículos autónomos, desde luego, y pensaba que tendrían que pasar muchos años para que volviera a montarse en uno que no lo fuera. Y muchos más —quizás nunca— para que volviera a montarse en una motocicleta.

Entre las referencias de John Willies estaba la rehabilitación de jugadores de baloncesto de primer nivel, y ese también fue un factor que le animó a escoger aquella consulta. Las manos son una herramienta vital para ese tipo de personas, y la precisión en los disparos es fundamental si quieren seguir en la profesión después de un accidente, o después de una circunstancia que les impida su normal desarrollo en las condiciones anteriores.

El taxi autónomo la dejó en una calle paralela, y se fue andando hacia allí. Cuando llegó, subió las escaleras que conducían al primer piso, lugar en el que estaba la consulta. Era un edificio de oficinas o apartamentos en una céntrica calle de Chicago.

—Buenos días, Rose —saludó una mujer de unos treinta y cinco años, que le estrechó la mano mientras prodigaba una generosa sonrisa. —Me llamo Helen. Mi hermano está terminando con un paciente, y te recibirá ahora mismo. Mientras tanto, puedes hacerte un café, una infusión, un zumo… lo que prefieras. Ahí detrás tienes todo lo necesario. Estás en tu casa.

—Gracias, Helen, eres muy amable. Ahora mismo no me apetece nada, pero si necesito algo, te lo pediré.

—No tienes que pedirlo, Rose. Ya te digo que todo está a tu disposición. Basta con que lo desees, y entonces te lo sirves. Así de sencillo. Según me contaste por teléfono, creo que vas a tener que venir por aquí muchas veces, y tanto John como yo queremos que te sientas cómoda.

La chica se sentó en unos confortables sillones que había en la entrada, y se puso a consultar su tableta, mientras disparaba proyecciones aéreas de corta distancia de algunas de las actuaciones de su grupo. La mujer que le había atendido estaba transcribiendo algunos datos en una pantalla, hasta que de repente dijo, mirando hacia un lateral:

—De acuerdo, John, ahora mismo se lo digo —entonces miró hacia Rose, y le comunicó:

—Me dice mi hermano que se le ha complicado un poco el tratamiento con el paciente con el que está ahora mismo, y se siente preocupado por tenerte esperando. Si lo deseas, o si tienes prisa, él interrumpirá la sesión y te atenderá.

—¡Oh!, de ninguna manera, Helen, no tengo ninguna prisa.

—Bien, pues entonces déjame que te acompañe a tomar algo. No me gusta que estés así, rígida como esperando que alguien te haga caso. Si te parece podemos pasar al *office*, y así nos conocemos un poco más.

—Eres muy amable, de verdad, pero, si viene alguna cita… no estarás aquí en la recepción…

—No tienes que preocuparte, Rose. Esta mañana no hay más citas programadas. Y si entra alguien pidiendo información, pues para eso está el timbre, ¿no?

—Sí, claro —contestó, con una sonrisa.

Helen le mostró el apartamento. Era un piso amplio, con estancias grandes, y se componía de dos consultas completas de fisioterapia, un pequeño almacén, dos baños y el *office*, que resultó ser una confortable sala con dos sofás tipo cheslón, y una barra totalmente abastecida de bebidas y algunas comidas. Se sirvieron un café, y se sentaron en uno de aquellos cómodos asientos.

—La otra sala de *fisio* era donde trabajaba una socia que teníamos —le dijo Helen—. Pero nos dejó hace unas semanas, para establecerse por su cuenta. Una pena, no sé por qué se marchó… La tratábamos de maravilla… pero, en fin, supongo que tendría sus razones.

La chica sonrió y tomó un sorbo de la bebida. La otra continuó:

—Oye, Rose. Te veo un poco tensa… ¿No quieres preguntarme nada?

Ella suspiró, y por entablar alguna conversación le preguntó:

—Entonces, ¿tu hermano y tú sois socios? Quiero decir, ¿tú también eres fisioterapeuta?

—No, yo soy economista. El experto es mi hermano. Yo estoy aquí con él, ayudándole en la recepción, transcribiendo informes, concertando citas, haciendo seguimiento de los pacientes… y también me ocupo de la intendencia, de la contabilidad, de los impuestos…

—Ah, claro, ya veo.

—Entonces, Rose —siguió ella, al ver que la otra seguía con su timidez

— me ha parecido ver en tu proyección que te gusta el rock… Estabas visionando la actuación de una banda, ¿no es así?

—Me dedico profesionalmente, Helen. Toco la batería en una banda de heavy metal. *The Costayers.* No sé si te suena.

—No mucho, la verdad, me tienes que disculpar. Heavy Metal… ¿no es ese un estilo del siglo XX? Me suena lo mismo que si me dices Ragtime o Rock & Roll.

—Bueno, no exactamente —contestó, con una sonrisa—. Es una música rítmica, dura, pesada, densa, y muy rápida. Se prima el virtuosismo por encima de todo. Un día que tengamos tiempo, si quieres te puedo mostrar un vídeo de la actuación de mi grupo.

—Estaré encantada de verlo, Rose… entonces… ¿Tú eres *drifter*?

—Pues sí, Helen, creía que se notaba, en mi forma de vestir. Además, estáis en una calle para vehículos no autónomos… creía que conocías algo más nuestra forma de vivir.

—Otra vez me tienes que disculpar —se excusó—. Sí, sé que nuestra calle es así, pero sinceramente, nosotros aparcamos nuestro coche autónomo entrando por la parte de atrás. Y en la otra acera, la de la entrada, prácticamente no entramos. Ni me había fijado, vaya.

—¿No lleváis mucho tiempo en este local?

—Ya llevamos algunos años, la verdad, pero ya ves, estamos un poco perdidos John y yo.

—¿Tu hermano también es así?

—¿Así como?

—Pues no sé… —se sintió un poco incómoda—. Me refiero… tan poco *drifter*, quizás…

Pero Helen no contestó. Su hermano le estaba diciendo algo por el intercomunicador que le servía de pendiente, y entonces dijo:

—John me dice que el paciente se acaba de marchar. La verdad es que no me he enterado… Estábamos aquí tan cómodas, hablando las dos…

—A mí sí me ha parecido oír algo… creo haber reconocido el *clic* de la puerta de entrada.

—Seguro. Habrá salido el señor Simmons, el paciente anterior. Bueno, vente, te voy a presentar a John.

Entonces la condujo hacia la sala de fisioterapia que no le había podido enseñar en la presentación anterior por estar cerrada, y allí se encontró con John. Los dos hermanos se sonrieron, Helen se marchó, y

él se dispuso a hablar con Rose.

John era algo mayor que su hermana. Quizás tendría unos cuarenta años. Un hombre alto y musculoso con el pelo castaño y los ojos oscuros. Se presentó con toda cortesía, pero también con familiaridad y cercanía. Igual que la hermana. Los dos se deshacían en atenciones con ella.

Tras instarla a realizar algunos movimientos con el brazo y probar cómo se arreglaba para las cosas esenciales, le hizo algunas pruebas de torsión, rotación, sujeción, presión y rapidez. Tomó algunas notas y su pantalla arrojó algunos parámetros. Después se acercó a ella y le dijo:

—He visto los informes del doctor Andrews, y creo que vamos a tener que trabajar mucho.

—¿Mucho? ¿Cuánto es mucho?

—No sabría decirte. Un jugador de baloncesto tarda unos tres o cuatro meses… como mínimo. En tu caso, siendo baterista… entiendo que necesitas mucho giro de muñeca, rotaciones, traslaciones, intervienen mucho los músculos de la mano. Yo creo que unos seis meses de entrenamiento, más o menos.

La chica puso un gesto extremadamente triste. Casi se pone a llorar.

—Oh, vamos Rose, —le dijo con cariño, mientras le agarraba de los hombros—. Puede ser menos si doblamos algunas sesiones. Y también dependerá de tus facultades, claro. Pero, cuéntame, ¿tienes mucha prisa, por alguna razón?

—Sí que la tengo, John. ¡Sí que la tengo! *The Costayers* somos una banda de primer nivel. Tenemos contratos y fechas que cumplir. Gracias a que el accidente ha sido justo cuando habíamos terminado la temporada, hemos podido salvar la cara. Pero en primavera ya tenemos que estar presentando un nuevo álbum. Y el primer concierto contratado es en abril, creo. Mis compañeras ya están terminando la composición de ese disco, y se suelen dar sesiones de adelanto a la prensa un poco antes para ir abriendo boca. O sea, de ya. Me quedan tres meses, John. Tres meses para hacer lo posible para que yo sea la de antes, y eso contando con que cuando se grabe el disco se usen pistas sintetizadas en lugar de ser yo quien toque. Porque si no, serían dos meses, claro.

—Pero, ¿no te pueden esperar? ¿No pueden contratar a un baterista provisional hasta tu regreso?

—No lo sé, John. Supongo que sí, pero…

La chica suspiró de nuevo y se puso la mano izquierda sobre la cara. A

continuación, el entrenador se acercó a ella, y la agarró de la mano. Clavó sus ojos en su azul turquesa y le dijo:

—Lo conseguiremos, Rose. Confía en mí.

Fiorella

Había entrado en contacto con Fiorella a través de las redes sociales. En su disfraz de Charly, el robot principal de todos los que llevaba, había conocido a mucha gente del PDP. Ese partido era la nueva apuesta de Proseismedia para derrotar a Cassini, el actual primer ministro italiano.

No le gustaba demasiado la ideología populista radical de ese nuevo partido, que se asemejaba en cierta manera al partido anterior en el gobierno, el MPI, es decir, el Movimiento Progresista de Italia o también llamado Partido Progresista. Pero eran gente nueva, con caras nuevas, y los videos que había visto de sus líderes le gustaban. Eran directos, sin rodeos, y estaban calando mucho entre la gente, que parecía inclinarse por ellos en lugar del viejo MPI.

Una influencia que, por supuesto, había fomentado él, a través de Charly y de todos los robots que configuraban su red de hijos y nietos.

Sin que nadie lo supiera, se afilió al PDP, y fue entonces cuando conoció a Fiorella. La chica era la novia de uno de los líderes más influyentes de ese nuevo partido, y ella fue quien le invitó a aquella fiesta.

No era una fiesta estrictamente dicha, sino más bien una reunión de simpatizantes donde se sirvieron algunos refrigerios.

El PDP tenía su sede en Nápoles, en el extremo sur del país, que era la zona más empobrecida de Italia. Visitar esa ciudad era algo impensable para él, dada su dedicación exclusiva como becario de Proseismedia. Pero aquella reunión se celebró en Milán, en su ciudad, y además un domingo por la tarde. Entonces no lo dudó y asistió a la fiesta.

Allí estaba Fiorella, que era una chica espectacular. Alta, rubia, con los ojos azules… No parecía italiana. Estaba charlando con otras mujeres, y Mario se acercó por donde estaba, para que reparara en él. Nadie le hacía mucho caso, y aquella mujer era la única persona a quien conocía.

—¡Hombre, Mario, qué alegría tenerte por aquí…!

—Sí, me he escapado de la Redacción, y he dejado a Charly haciendo de las suyas. Espero que no se desmadre demasiado en mi ausencia —le respondió, con una sonrisa.

—Ven, te voy a presentar a mi novio. Está deseando conocerte. Le dije que quizás vendrías y me avisó de que, en cuanto llegaras, te lo presentase.

Fiorella se abrió paso entre la multitud, con Mario detrás. Después de saludar a algunas personas e intercambiar algunas palabras con otras, por fin llegaron donde estaba él.

Al principio, Mario no le reconoció. Había visto su foto y sus vídeos en infinidad de ocasiones, y había retransmitido muchos de sus discursos como locutor de los canales en los que era presentador. Pero nunca le había visto en persona.

Porque en persona, los personajes cambian. En los medios televisivos suelen parecer más altos o más guapos, más imponentes… y luego uno se lleva un chasco cuando los conoce en persona. Pero con aquel hombre no le pasó lo mismo. Le pasó más bien todo lo contrario.

Estaba de espaldas, charlando animadamente con otras personas. Y entonces su novia le agarró del brazo, y le hizo volverse. El hombre se disculpó con sus contertulios, y se volvió hacia ella.

—Mario, te quiero presentar al próximo primer ministro italiano, y que con toda probabilidad será proclamado nuestro líder en el congreso que se celebrará la semana que viene.

—Tú debes ser Charly, ¿verdad? —preguntó el líder.

—En efecto. Yo soy ese, y unos cuantos más —contestó, y los dos hombres se estrecharon la mano. Una mano fuerte, que correspondía a un hombre fuerte, aunque con rasgos delicados. Solo tendría cinco o seis años más que él, pero aparentaba una seguridad, una dignidad y un grado de madurez, que Mario a su lado parecía un niño. Un hombre apuesto, atractivo, cautivador… desde luego un novio digno de aquella otra belleza, pensó.

En ese momento Fiorella fue reclamada por otras personas y les dejó solos. El hombre llevó a Mario hacia un rincón de aquella sala, y se dispuso a hablar con él.

—Tengo que reconocer que me ha impresionado tu labor, Mario, y creo que estás desaprovechado en Proseismedia.

—En Proseismedia soy un esclavo. Vamos, un esclavo moderno, un becario, para que me entienda.

—¿Todavía no eres redactor?

Mario suspiró, y tras una pausa contestó:

—Todavía no soy ni periodista. Me falta poco ya para terminar las

prácticas, pero hasta que no lo haga no tendré el título. Y respecto a ser redactor… dudo mucho que consiga eso en el corto plazo. Después de la beca seguramente tenga que pasar otro período de tiempo haciendo lo mismo y sin cobrar, y luego, ya veríamos.

—Pues eso se acabó, Mario. Al menos para ti. Tienes un talento tremendo, y no quiero que te manden a realizar otras tareas que no sean apoyar a mi partido. Te quería proponer una cosa, si te parece.

—Estaría encantado de oír cualquier cosa que usted me quiera proponer.

—Llámame de tú, Mario. Creo que no soy mucho mayor, y si aceptas mi proposición, desde ahora vamos a tener mucho trato.

—Como quieras.

—Pues verás, tenía pensada una cosa, pero según lo que me has dicho la voy a modificar ligeramente —el líder hizo una pausa, miró un instante hacia un lado y luego siguió—. En Proseismedia tienes una plataforma magnífica para apoyar al PDP, y de momento no quiero que te vayas de allí. Al menos hasta que termines las prácticas y obtengas el título. Pero si ellos no te pagan, lo haré yo. Nuestro partido está empezando y no tenemos mucho dinero, pero las cuotas de los afiliados nos ayudan a sostener algunos gastos, y entre ellos estará tu sueldo. No será mucho, pero algo es algo. Y si las cosas van como esperamos, y tú vas a tener mucho que ver en ello —no me cabe la menor duda—, si las cosas van bien, tendrás responsabilidades cada vez mayores y ganarás más dinero… cuando entremos en el gobierno. ¿Qué me dices, Mario?

Su interlocutor no salía de su asombro, y dijo lo primero que le salió:

—Pues que son las palabras más bonitas que he oído desde que mi madre me sacó de la cuna.

Los dos hombres rieron, y el líder le soltó una sonora palmada en la espalda. A continuación, le presentó a varias personas, e intercambiaron opiniones sobre el partido y sobre la situación política, en una conversación muy animada. Después, cuando ya la convención estaba para terminar y la mayoría de las personas se estaban marchando, Fiorella y su novio se despidieron de Mario.

—Si por cualquier razón te asignaran otro trabajo, me lo dices y te sacamos de allí inmediatamente. Tengo contactos en las altas esferas de Proseismedia y no sería demasiado problema conseguir un arreglo. Pero es algo que no quiero hacer… todavía. Me interesa que trabajes para mí, pero que ellos no lo sepan. No me fio del todo de Claudia, vuestra jefa, y quiero que seas una especie de…

—De agente doble —respondió Mario.

—Eso es. ¿Te das cuenta, Fiorella? ¡Este chico va a llegar muy lejos!

—Ya lo creo. ¿Le has dicho lo del máster?

—¡Ah! Se me olvidaba… Verás, si te parece, me gustaría que hicieras un máster de ciencias políticas. Yo lo hice también, y es muy, muy útil. Cuando termines las prácticas, me refiero, que te queda…

—Un par de meses.

—Perfecto. Coincidirá con el inicio del curso. Cuando te libres de esos negreros, recoges las claves de todos tus robots, y te largas. Duplicaremos los perfiles en nuestro servidor y antes de que se den cuenta tendremos activistas cibernéticos con otros nombres, pero con los mismos seguidores. Entonces te dedicarás a ellos en cuerpo y alma, y al máster. Pero tú a tu ritmo, ¡eh! Sin horarios ni plazos. Cuando tú quieras y como tú quieras. ¿Qué me dices?

—Pues lo que te he dicho antes. Estaré más que encantado. De verdad. No olvidaré esta oportunidad… mientras viva —contestó, a punto de saltársele las lágrimas.

John

Ese día Helen no estaba. Rose se encontraba en el *office*, y estaba bebiendo un zumo que se había servido en uno de esos extraños vasos modernos de cristal de Bohemia. Un cristal antiguo para un vaso moderno… Eran extraños esos dos hermanos, pensó. Podrían haber sido *drifters* perfectamente, si no estuvieran tan apegados a las comodidades modernas, y a otras costumbres extrañas que ella no terminaba de comprender. Pero se deshacían en atenciones con ella y eso le agradaba.

Había abierto la puerta de la consulta con su chip de proximidad. Era tanta la confianza que tenía con ellos, que le habían dado acceso a la misma al poco tiempo de comenzar los entrenamientos. Se le hacían cortas las sesiones y ella necesitaba más tiempo. Necesitaba más tiempo…

Las escasas dos horas que estaba con la máquina por las mañanas no eran suficientes, y necesitaba más sesiones diarias. Había comenzado también a ir por las tardes, pero tampoco con eso avanzaba lo suficientemente rápido. «El entrenamiento es lento». Le habían dicho. «Las cosas necesitan su tiempo, Rose». Pero el tiempo era algo de lo que ella no disponía. Ir despacio era un lujo que no se podía permitir.

Así que le dieron acceso a la consulta para que usara aquella máquina a su entera discreción, siempre que la consulta estuviera vacía. Y por las noches lo estaba. Unas noches que podría aprovechar para ganar tiempo, ya que el sueño no le acompañaba precisamente.

Entonces recordó la primera vez que le presentaron a «la máquina», en el que fue su segundo día de entrenamiento:

—El funcionamiento es muy sencillo, Rose. Yo voy a introducir una serie de parámetros en el computador, que es la tabla de ejercicios que he programado para hoy. El ordenador se conectará al chip que tienes en tu cerebro, y le enviará órdenes al brazo. Impulsos nerviosos, para que me entiendas. Vamos a hacer una prueba. No te asustes si ves que el brazo se mueve solo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, John —dijo ella, para ver a continuación cómo su brazo derecho comenzaba a moverse.

—¿Ves? La muñeca está girando en el sentido de las agujas del reloj, porque es lo que yo le ordeno. Y ahora va a mover los dedos. ¿Lo ves? Ahora le digo que pare de mover el pulgar, y así lo hará. Y ahora, que mueva solo el índice. ¿Lo ves?

—Es maravilloso, John. La verdad es que me parece todo de ciencia ficción, la verdad.

—Jajá, pues eso solo es el comienzo. Con el tiempo lo harás tú sola, como si tu cerebro fuera la misma máquina, y entonces serás tú quien envíe las órdenes, y no yo.

—Pero, eso, ¿cómo funciona?, quiero decir, ¿cómo es el paso de hacerlo la máquina a hacerlo yo misma?

—Es un mero instinto reflejo, Rose. Costará adquirirlo, pero lo conseguiremos. Es similar a montar en bicicleta. ¿Tú sabes montar?

—Sí, mi padre me enseñó cuando era pequeña.

—Pero, ¿aprendiste en una de esas bicicletas bajitas de dos ruedas donde el niño avanza con los pies, o en una convencional?

—Fue en una bicicleta convencional. Pequeña, eso sí, pero mis pies no llegaban al suelo.

—Bien. Pues es muy parecido. A mí también me enseñó mi padre de esa manera. Siempre pongo el mismo ejemplo, pero es que es así. Recuerdo que mi padre agarraba firmemente el sillín de la bici para que yo no me balanceara hacia los lados mientras daba pedales. Es decir, él me sujetaba y yo me sentía seguro, pero me soltaba de vez en cuando y entonces yo me desequilibraba y terminaba en el suelo. Hasta que una vez, a fuerza de practicar, ocurrió un hecho muy curioso. Yo pedaleaba y avanzaba y él me decía que lo estaba haciendo muy bien. Pero yo tenía mucha inseguridad y le dije: «papá, no me sueltes, por favor, no me sueltes». Y entonces él me dijo: «te he soltado hace rato, John». Y claro, fue decirme eso y caerme al suelo. Pero, ¿entiendes por dónde voy, Rose? Esa es la clave. Hacer tantas veces los ejercicios que al final tú seas la máquina y seas tú quien ordene los movimientos como si fuera la computadora. Y además, que lo hagas de forma «irreflexiva», como solemos decir.

—Sí, lo entiendo, John, porque ahora lo hago, pero me cuesta horrores.

—El único problema es que tardaremos un poco más que en aprender a pedalear. Pero lo conseguiremos. Verás como sí.

Mientras se terminaba de beber el zumo le pareció oír como el señor Simmons abandonaba la consulta. Él también tenía un brazo biónico, y según John, ya llevaba casi un año asistiendo a sus clases. Pero claro, él era un señor mayor. Había sufrido una degeneración articular y le habían puesto un brazo similar al suyo. Pero según el entrenador, todavía seguía rompiendo vasos… Algo que ella ya no hacía. Solo había roto dos vasos en lo que llevaba de entrenamiento. Era una

práctica habitual en la consulta. Parecía increíble que algo que todas las personas hacen de forma natural, aquellos brazos tan avanzados no fueran capaces de hacerlo. Todo consistía en agarrar un vaso vacío con el brazo biónico, y entonces presionarlo todo lo posible, pero sin romperlo. Independientemente de la dureza del cristal, todo el mundo sabe de forma instintiva cuánto tiene que presionar cualquier material conocido sin que se rompa. Pues esos brazos no eran tan inteligentes, a pesar de todo, y la orden de presionar, o se pasaba o no llegaba. Pero al menos a ella ya no le ocurría aquello. «Eso es buena señal», le había dicho John.

—¿Qué tal estás hoy, Rossie? —le preguntó, tras despachar al señor Simmons— ¿Estuviste ayer con la batería?

—Sí, intenté tocar alguna de las piezas nuevas que mis compañeras han compuesto.

—Y… ¿qué tal se te dio?

—Pues mal, John, esa es la verdad. Agarro bien la baqueta, eso ya no es problema, pero no consigo mover la muñeca bien. Al final siempre termino moviendo el brazo en su totalidad, y claro, así no puede ser. Parezco un robot y no consigo llevar el ritmo…

—Bueno, pues vamos a ensayar eso ahora. Vamos a comenzar con la máquina, y luego vamos a intercalarla con movimientos naturales. A ver si conseguimos por lo menos hacer el movimiento recto vertical. ¿Has traído las baquetas?

—Sí, aquí las tengo —mostró uno de los palos con los que tocaba la batería.

—Bien, pues tómala, y vamos a empezar. Primero vamos a dar golpes al aire, y luego lo intentas… sobre este taburete, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, John.

El hombre conectó la máquina y comenzaron con unos ejercicios suaves, de pequeño recorrido. A medida que fueron pasando los minutos, comenzaron con un poco más de ritmo y con algo más de fuerza. Después desconectó la máquina e intentaron hacerlo sin ella:

—Muy bien Rose, así, sigue así, venga, despacio… ahora más rápido, muy bien, ¡muy bien! Venga, un poco más deprisa, que sé que tú puedes…

—Me duele…

—Ya sé que te duele, Rose, pero tienes que seguir, venga, no pares, sigue, Rose, ¡sigue!

—¡Me duele!

—No existe el dolor, Rose, ¡es una sensación de la mente! ¡No existe el dolor! ¡Sigue así! Muy bien Rose, ¡Muy bien!

La muchacha estaba con los ojos cerrados, intentando reprimir una mueca, mientras algunas lágrimas comenzaban a asomar. Entonces los abrió y comenzó a disminuir el ritmo.

—No mires a la mano derecha, Rose. Mira a la izquierda. Así, muy bien. Toma la otra baqueta. No pares. Agarra esta baqueta con la izquierda y haz lo mismo. Sin parar, ¡eh!, Rose, ¡sin parar! ¿Acaso en los conciertos dejas de tocar con una mano cuando usas la otra? ¡Eh, Rose! ¡Respóndeme!

—No, John, no dejo de tocar.

—¿Ah no? Pues ahora lo has hecho, cuando has hablado. No quiero que dejes de tocar con las dos manos mientras me hablas, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, John —replicó, sin parar de golpear el taburete.

—Muy bien, así me gusta, que no pares. Sigue así, Rose, ¡sigue así! Arriba, y abajo, arriba y abajo, muy bien, arriba y abajo, muy bien, arriba y abajo, arriba y abajo.

—¡Me duele!

—No mires a la mano derecha, mira a la izquierda, Rose, ¡a la izquierda! Así, muy bien, mira a tu mano buena, Rose, que ella le transmita lo que tiene que hacer a la otra… muy bien, así, así me gusta, ¡muy bien Rose! ¡Muy bien! ¡Muy bien!… ¡Esa es mi Rose! —finalizó.

Entonces las baquetas se le escaparon y se estrellaron contra la pared, pero ella dio un grito de alegría y llena de emoción se abrazó con su entrenador.

—¿Ves como sí puedes? ¿Ves como sí?

—¡Claro que sí! John, ¡claro que sí! Con tu ayuda lo conseguiré.

—Con mi ayuda lo conseguirás, Rose. ¡Lo conseguiremos! —la animó, y entonces se abrazaron los dos efusivamente.

Alumna y entrenador permanecieron abrazados unos segundos y entonces se separaron ligeramente. Se miraron a los ojos, y entonces… él estuvo a punto de besarla, pero ella se retiró, y se agachó para recoger las baquetas.

—Vamos a parar unos minutos —dijo él—. Tomamos algo en el *office*

y luego seguimos. Después de ti, ya no tengo más pacientes hasta la hora de comer. Tenemos que consolidar esos avances. ¿Te parece?

—Me parece muy bien —respondió ella.

Situación desesperada

El cansancio que arrastraba Julia era tan grande, que ya le impedía concentrarse con facilidad. Y esa falta de atención le estaba llevando a cometer errores. Ya le habían inutilizado algunos robots en un par de redes, y el jefe le había amenazado con su expulsión si volvían a vetarle otro.

Entonces entró en el despacho de Stefano para rogarle, para suplicarle que le volvieran a dar a Buddy, aunque solo fuera una semana. Una semana era todo lo que necesitaba para recuperar fuerzas. Si era necesario le prometería que se entregaría a él, pero no ahora. Es lo que había hecho Daniela, y consiguió que le quitaran el trabajo hasta que ella quiso. Ya faltaba poco para terminar aquel fatídico tiempo de sufrimientos, y si le daba largas, quizás pudiera engañarle con una promesa. Es todo lo que podría darle, pues no estaba dispuesta a nada más. A pesar de que antes había decidido entregarse, ahora no lo tenía tan claro.

—Hola, Stefano.

—Hola, cachorrilla, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito que le deis a Lummy unas vacaciones.

—¿Otra vez? Ahora es imposible, Julia. Esa chica está consiguiendo cabrear a mucha gente y eso nos viene muy bien para desestabilizar a Cassini. Ahora no puede ser.

—Buddy podría suplantar sus funciones y las de sus robots. Es un idiota igual que Lummy, y también está a favor de Cassini, con lo que el efecto es el mismo. Genera rechazo entre la gente y por tanto se produce el mismo resultado entre los seguidores del LyC. Muchas personas están cambiando su intención de voto al ver lo estúpidos que son los que apoyan a ese partido. ¿No es eso lo que estamos buscando?

—Sí, claro, eso es.

—Pues eso. Buddy está más que preparado para ello, después del entrenamiento que yo le di. Podría hacer las funciones de Lummy perfectamente.

—Desde que tú hiciste eso, han pasado muchas cosas, cachorrilla. Ahora a Buddy lo queremos reciclar para otras cosas.

—¿Y no se puede hacer más tarde, ese reciclaje?

—Podríamos posponerlo, pero no mucho.

—Una semana. Con una semana me conformo. Después me volvéis a dar a Lummy.

—¿Estás agotada, Julia?

—Sí, Stefano. Estoy que no puedo más —dijo, con un suspiro—. Necesito a Buddy… ya.

—Yo también necesito otras cosas… ya, Julia, pero tú pareces no estar dispuesta a dármelas. ¿No te parece? La verdad, no entiendo por qué te estás haciendo tanto de rogar, cachorrilla.

El hombre se levantó de la mesa, y se puso detrás de ella, agarrándola del cuello y comenzando a acariciarle el pelo para después pasar a ponerle las dos manos sobre los carrillos. Entonces siguió: —Las demás chicas ya han cumplido conmigo, y solo faltas tú… Y sería una pena que no consigas tu título, ahora que ya has pasado lo peor… ¿no crees?

Julia se levantó dispuesta a marcharse, pero Stefano se interpuso entre ella y la puerta.

—No vas a salir de aquí como has hecho otras veces, Julia. Ya estoy harto de que me des largas.

—Stefano, déjame, por favor. Déjame volver al trabajo.

—En cuanto me des lo que me debes, Julia —dijo, tras pulsar el botón de cierre a distancia.

—Stefano… —dijo, mientras aquel animal comenzaba a quitarle la camisa y le manoseaba los muslos.

—Stefano, por favor, voy a gritar…

—No te atreverás, por la cuenta que te trae… además, ya me he preocupado yo de cuidar ese detalle… el despacho está insonorizado —le susurró, mientras la chica se dispuso a pasar los peores cinco minutos de su vida.

Cinco minutos, o quizás fueran menos, pero a ella le parecieron horas. Horas en las que estuvo mirando hacia el techo de aquel despacho, intentando no verle la cara. Intentando pensar en su familia, en sus hermanos, en su padre. Por ellos lo hacía, desde luego. Por ellos y porque pudieran tener un plato de comida de mejor calidad, y no las sobras que les daban en Cáritas. Por ellos lo hacía…

Recordó a su padre, a Pietro, que no salía de la cama en medio de aquella horrible depresión. A su madre, que no tenía depresión, pero que estaba a punto de tenerla al ver que sus hijos comían mal y vestían peor. Por ellos lo hacía. Para que alguna vez le dieran trabajo,

aunque fuera en aquella pequeña emisora, y poder llevar un sueldo a su casa. Un sueldo que les permitiera vivir dignamente, aunque fuera a costa de su hija. Por ellos lo hacía, se decía, una y otra vez, mientras las lágrimas corrían veloces por sus mejillas sin que aquel patán pareciera darse cuenta. Por ellos lo hacía…

—¿Ves como no es para tanto, Julia? —exclamó aquel cerdo cuando terminó, con una sonrisa, mientras se abrochaba los pantalones—. Ahora ya te has ganado el título, como han hecho tus compañeras. Y sí, te voy a dar a Buddy, una semana. Luego ya veremos su vuelves a Lummy o te damos otro robot menos tonto.

—Venga, mujer —siguió—. No llores más. Que tus compañeros te lo van a notar. Si yo creo que hasta te ha gustado…

Suciedad

Cuando salió del despacho, Mario no estaba. No hubiera podido soportar ver a su novio después de lo que había pasado. Eso la confortó. Él no tenía que enterarse. No podía enterarse de ninguna manera, aunque no sabía si iba a ser capaz de ocultárselo.

Entonces decidió irse a su casa. Eran solo las nueve de la noche, y aunque tenía mucho trabajo que seguir haciendo, se marchó de allí inmediatamente. Ya había cumplido por ese día, y más que de sobra.

El sueño le había estado matando durante toda la tarde, y ahora podría llegar a casa y descansar. Pero ya no tenía ganas. Se sentía sucia y mancillada, y llegó incluso a dudar si volver a casa. A medio camino se sentó en un banco de la calle y sintió asco de sí misma. No sentía deseos de llegar a su casa, pero desde luego, no tenía deseos de volver a la redacción. Y tampoco tenía sueño.

Transitó por uno de los puentes que cruzaban el río, y miró hacia abajo. El agua corría turbia, y pensó que esa suciedad no era mayor que la que ella llevaba encima. Las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas una vez más, e incluso llegó a emitir algún quejido que hizo que alguno de los viandantes con los que se cruzó la miraran.

Pero siguió caminando, pues ya quedaba poco para llegar a su casa. Al final llegó, tras un paseo que duró más tiempo del habitual.

En su casa, su padre estaba acostado, como siempre, y su madre en la cocina. Sus hermanos estaban en su cuarto, y salvo el escueto saludo de su madre, nadie reparó en ella. Nadie se dio cuenta de que ese día había llegado más pronto de lo habitual.

Entonces entró en el cuarto de baño, y se dispuso a darse una ducha para quitarse toda esa suciedad. Puso el grifo del agua caliente a tope, y así estuvo durante varios minutos, casi quemándose. No debía permanecer mucho tiempo por el gasto de agua y energía que eso suponía, y normalmente sus duchas no duraban más de tres minutos. Pero esa vez estuvo mucho más. Sus padres no le iban a recriminar por ello, y así siguió durante un buen rato, como deseando que el extremo calor que sentía y que estaba poniendo roja su piel, le arrebatara con esa temperatura extrema todo rastro de suciedad.

Cuando salió, se vistió con la ropa limpia que se había llevado al baño, y apenas sintió alivio. Seguía sintiéndose sucia, y volvió a llorar otra vez.

Y ahora no pasó desapercibida para su madre, quien la interpeló nada

más abandonar el servicio. Intentó como pudo aparentar normalidad, y solo fue capaz de decir:

—He tenido un día muy duro, mamá. Me voy a la cama.

La madre calló y le acarició la espalda, según se volvía. Ella entró en la habitación, se puso el pijama y se acostó, sabiendo que le iba a ser muy difícil dormir. Y no se equivocó.

Un restaurante vegano

Aquella fue una mañana muy dura, pero Rose terminó muy contenta. Después de horas de sufrimiento comenzaba a ver la luz al final del túnel, aunque lejos, eso sí.

Cuando terminaron las sesiones, ella y John, y también Helen, se fueron a comer a un restaurante cercano, en la misma calle donde estaba la consulta. Un restaurante muy normal, a pesar de estar en una calle para vehículos convencionales. Allí no había nada *drifter* que ella pudiera reconocer.

Mientras iban para allá, Helen marchaba agarrada de la mano de su hermano, y los dos mantenían una actitud muy jovial, sobre todo él, que parecía muy contento. Al ver que Rose se había dado cuenta de que iban de la mano, John agarró la izquierda de Rose, y así iban los tres, en medio de la acera, con Rose a la derecha, el chico en el centro, y Helen a la izquierda.

El restaurante, eso sí, mantenía un servicio de camareros físicos, es decir, personas, en lugar de los cada vez más frecuentes servicios teleasistidos, donde tras solicitar los platos en las pantallas virtuales, la comida se servía mediante drones o tubos neumáticos de vacío.

Solicitaron las habituales comidas vegetarianas omnipresentes en todos los sitios, y mientras venían los platos mantenían una conversación muy animada.

—¿De verdad que nunca habéis escuchado nada de Thertonball? —preguntó Rose.

—Seguramente. Pero ahora no te podría decir qué —respondió John.

—Es un grupo de la época de nuestros padres… —intervino Helen—. Seguro que ellos sí que identifican muchas melodías. De hecho, yo ni sabía que seguían en activo.

—Sí, claro, es de la época de mis padres, y nunca mejor dicho, pues mis padres son los cantantes de ese grupo —dijo, Rose, con una sonrisa—. Seguro que habéis oído en algún lugar una canción muy famosa que es *Red Sky*. Veréis, es así… —tarareó, tras lo cual John continuó la tonada.

—Pues no sabía que esa canción fuera de Thertonball —dijo él, cuando terminó.

—Hay muchas más, John, que seguro que también te suenan. Esa pertenece al álbum que sacaron antes de la muerte de mi tío, que fue

el mejor que hicieron. De ahí se han sacado muchos himnos de equipos deportivos, música para anuncios… Deberías oír ese disco. Es todo un clásico.

—Entonces dices, Rose, que es un grupo familiar, ¿no es así?

—Bueno, ahora mismo no. Desde que murieron mis tíos solo tienen relación mi padre y mi madre. Hay otras cuatro personas más que no son de mi familia. Igual que ocurría al principio, ninguno de los cinco miembros originales tenía relación. Pero luego unos con otros se fueron haciendo parejas, sobre todo, cuando mi tía Rose se incorporó al grupo junto con mi madre.

—¿Tu tía Rose es hermana de tu madre?

—No, los hermanos son mi padre y mi tía Rose, otra cantante que también murió. Mi padre se casó con Louise, que es mi madre, y también canta. El líder del grupo, que era Kai Costa, se casó con la hermana de mi padre, es decir, con Rose.

—¿Y por eso tú te llamas así, como ella?

—Sí, fue una muerte muy sentida por toda la familia y por eso a mí me pusieron su nombre. Y luego unos años después se murió Kai, su marido. De hecho, mi hermano se llama como él.

—¿También tienes un hermano?

—Sí, es dos años menor que yo, y también se dedica a la música.

—Pues vaya una familia de músicos… ¡Igual que nosotros! —dijo él de forma irónica—. ¿Verdad Helen? En nuestra familia nadie repite profesión. Mi padre es arquitecto y mi madre profesora, Helen es economista y yo fisioterapeuta…

—Y muy buen profesor también, John —añadió Rose—. ¿Ves? En eso sí te pareces a tu madre, con lo cual, al final sí que habéis repetido algo, en cierto modo.

—Pero, una cosa —preguntó Helen—. El chico ese con el que ibas en la moto… También pertenecía al grupo ¿no? Quiero decir, a tu grupo, no al grupo de tus padres.

—¿Jack? ¡No! Él no era músico… Él era… Bueno, era lo que llamamos un *roadie*, en el argot, es decir, una persona auxiliar; ya sabes, la gente que se encarga de montar los escenarios, de instalar los focos, de conectar los cables… esas cosas.

—¿Era electricista?

—No. Él era un empleado de baja categoría… solo hacía lo que le decían. Cosas básicas, desde luego.

—Y… ¿cómo te pudiste juntar con él? Era tu novio, ¿no es así?

Rose se quedó callada, mirando a Helen fijamente. Le caía muy bien la hermana de su entrenador, pero a veces tenía unas salidas de tono que no le gustaban nada.

—Bueno, me parece que ya están aquí los platos —informó John, quien sintió la tensión entre las dos mujeres y no quiso que fuera a más— ¡Y tienen muy buena pinta!

El Palatino

Por lo que oyó a través de la puerta, su jefa había tardado poco esta vez en despachar a aquel gigoló. Una pena que Giussepe estuviera indispuesto ese día. Con él sí que había garantías de éxito, pero Claudia había insistido en probar cosas nuevas ante la ausencia del otro.

Mientras el chico terminaba de salir, Luigi miró por la ventana del salón hacia el jardín. La casa de la jefa de Proseismedia estaba sobre un pequeño promontorio que le daba una posición elevada sobre la ya elevada posición que tenía la urbanización donde se ubicaba. Se llamaba El Palatino: una exclusiva concentración de grandes mansiones que agrupaban a los más ricos de entre los ricos de Italia, en su ciudad más rica, que era Milán.

Por la ventana pudo ver, a lo lejos, la valla de entrada, que ocultaba parcialmente la puerta del otro vecino. Un importante magnate del sector de la alimentación vegana, que se había enriquecido con la manía que le había entrado a todo el mundo de no comer carne.

Por fin, se abrió la puerta de los aposentos de la mujer, y de allí salió el gigoló. Sin dirigirle la palabra, Luigi acercó una tableta al hombre, y pasó su chip de proximidad por la misma. Sonó un «bip» y se encendió una pequeña luz verde que indicaba que la transacción ya se había realizado.

Tras el trámite, el anterior jefe de Redacción de Proseismedia acompañó a aquel tipo hacia la salida, le abrió la puerta, y tomó un coche autónomo que había dejado aparcado cerca de la balaustrada. Luigi le vio irse y tras lo cual se encaminó a ver a Claudia.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el subordinado.

—Mal —dijo de forma escueta, mientras terminaba de recogerse el pelo—. La próxima vez, si no está Giussepe, prefiero quedarme sola.

—Está bien. Por cierto, tengo noticias del PDP. Acaba de terminar la convención y han elegido líder.

—¿Es quién suponemos?

—En efecto. No ha hecho falta presionar, ni manipular a nadie.

—Estaba cantado, Luigi. Ese hombre es un líder nato. Solo hay que verle. Solo hay que oír cómo habla… Además, tiene que ser muy buen amante, mi querido amigo.

—Una cosa no implica la otra, Claudia.

—Ya, claro, pero con ese porte… Su madre es brasileña ¿no?

—Creo que sí. Y muy guapa, también.

—A ver si un día le dices que venga, Luigi, y así comprobaré lo buen amante que es. Pero… ¡No me mires así! Me refería al hijo, no a la madre… a ver si te vas a pensar que soy una depravada...

—No, si yo no pienso nada, Claudia.

—Pero mientras tanto… —dijo, mirando hacia al hombre con ojos de deseo.

—Mientras tanto… ¿qué?

—Pues que tú puedes compensarme del error que has cometido con ese estúpido que acaba de irse. ¿No te parece?

—No, no me parece, Claudia. A mí no me gustan las mujeres. Ya lo sabes.

Entonces la jefa frunció el ceño y puso la cara que solía poner cuando alguien le llevaba la contraria. A continuación, añadió, con voz seca:

—Y, a mí que me importa eso, ¿eh, Luigi? Tú harás lo que yo te diga, como siempre. ¿O no?

El hombre tragó saliva y no le quedó más remedio que decir:

—Por supuesto, Claudia, lo que tú digas.

Una niña con ojos azules

Era una tarde oscura y fría. Nubarrones grises cubrían el horizonte mientras un cielo plomizo amenazaba una lluvia que no terminaba de caer. La calle estaba vacía y los sensores lumínicos comenzaban a accionar las farolas de las calles, que emitían una luz blanquecina y tenue que no iluminaba más que la zona donde se exponían. Ni un ruido en toda la calle, ni una persona en toda la travesía. Solo el sonido del viento que agitaba las hojas de los escasos árboles que poblaban aquella avenida desolada.

Rose avanzaba hacia el final de la calle, buscando algo que no sabía qué era. Algo que estaba allí, al final, pero lo desconocía. Pasaba por callejones oscuros que emitían ruidos desconcertantes, pasadizos que conducían escaleras abajo hacia lugares tenebrosos, hacia lugares sombríos donde habitaba el mal. Se apresuró en terminar el recorrido, pero sus pasos le conducían despacio, despacio. Ella quería correr, pero sus pies se resistían. Quería volar, pero sus alas estaban plegadas.

Finalmente comenzó a llover, y sus ropas se empaparon. Regueros de agua corrían por su cazadora de cuero formando pequeñas corrientes, diminutos hilos de agua que rebotaban por las cremalleras y se descomponían en pequeños fragmentos que se fundían en la catarata de agua que era el exterior de su piel, la frontera entre el viento y su cuerpo.

Notó igualmente cómo ese líquido resbalaba también por sus piernas embutidas en brillante cuero negro… hasta que se atrevió a mirar. Se atrevió a mirar y vio lo que no quería ver. Aquellos regueros que corrían por sus piernas hasta desembocar en el suelo no estaban formados por agua precisamente… sino por sangre.

Era sangre humana. Sangre de hembra y sangre de varón. Sangre de Rose y sangre de Jack.

La oscuridad se hizo completa y ya no pudo ver por donde pisaba. Corrió hacia la farola más cercana para ver qué es lo que estaba pisando. Qué eran esos bultos, qué eran esas masas blandas que no paraba de golpear con los pies, qué eran aquellas formas que tocó con sus manos cuando se resbaló y cayó. Qué eran esos ruidos ensordecedores que martilleaban sus oídos con esa furia…

Cuando por fin llegó a su objetivo, la tenue luz de las bombillas le descubrió una vez más lo que no quería ver. El suelo estaba lleno de niños. De niños y de niñas humanas, de fetos abortados cuya sangre teñía el suelo de color rojo oscuro.

Se quiso despertar, pero no pudo. Quiso gritar, pero no le salió la voz. Miró de nuevo hacia abajo y vio a una niña rubia con ojos azules llena de sangre que le gritó: ¡mamá!

Entonces se despertó. Estaba empapada en sudor y el corazón le latía velozmente. Cerró los ojos e intentó relajarse. Los volvió a abrir, y reconoció la luz azulada que entraba por la ventana del estudio que tenía en el sótano de su casa y que provenía del exterior. La cinta de tiempo mostraba la hora: las tres y veintitrés de la mañana. Solo hacía una hora que se había dormido, y otra vez el sueño la abandonaba.

Se encontraba en el suelo, sobre una esterilla, al lado de la batería. Había estado ensayando ininterrumpidamente desde las diez de la noche aquella canción que había compuesto Eva, y sin demasiado éxito, por cierto. Al final, derrotada por el sueño, por el dolor y por el cansancio, se dejó caer en el suelo, y se quedó dormida durante una hora.

Se puso de pie e intentó estirarse, pero tuvo que interrumpir el intento. «Oh, Dios, otra vez ese dichoso dolor de espalda», se dijo. Un dolor que le atormentaba de día y de noche, pero especialmente por la noche. El doctor Hammer le había dicho que no tenía nada, que los desplazamientos vertebrales estaban subsanados, y que debía ser un dolor «psicosomático». El mismo dolor que también tenía en el estómago. Una sensación de dolor difusa, de molestia perenne que tampoco la abandonaba.

Se dirigió hacia la cama. Estaba terriblemente cansada y el sueño no había sido nada reparador. No se entretuvo ni a quitarse la ropa. Tan solo se quitó los pantalones y se tapó con las sábanas.

Pero el sueño no quería venir. No dejaba de pensar en aquel bebé de la pesadilla. Era ella, desde luego. Era ella tal y como se mostraba en una foto que tenían sus padres en su habitación, y que le hicieron a los pocos días de nacer.

Comenzó a dar vueltas, y el corazón se le comenzó a acelerar. Entonces se levantó y se tomó uno de esos tranquilizantes que le habían recetado. No quería usarlos demasiado por el miedo a acostumbrarse a ellos y que le dejaran de hacer efecto, pero aquella noche no tuvo más remedio. A los pocos minutos de haberlo hecho consiguió dormirse, aunque cuando se despertó, ya por la mañana, su cuerpo seguía cansado.

Claudia

—¡Cuidado, chicos! ¡Ha llegado la jefa!

—¿La jefa? ¿Qué jefa? —preguntó Julia.

—La súper jefa… la dueña, vamos. Claudia Antonelli —respondió Carla.

A pesar de los muchos meses que llevaban allí, todavía había algunos temas que aquellos becarios no conocían. Temas técnicos u organizativos, peculiaridades de Proseismedia que les costaba recordar porque en la mayoría de las veces eran meras rutinas burocráticas que les hacían perder tiempo. Un tiempo que necesitaban para realizar su exigente labor.

Tanto Mario como Julia se encontraban de pie al lado de Carla, mientras esta les explicaba en su pantalla como hacer la rutina de colgar unas noticias en una determinada red. Entonces la vieron. Venía acompañada de su fiel escudero Luigi, el anterior jefe de Redacción de su sección, quien se marchó para estar con ella, y vino en su lugar el infausto Stefano.

Era una mujer delgada, de mediana estatura, y con unos altos tacones que le hacían destacar sobre los demás. Iba embutida en un ajustadísimo traje de cuero de color crema que hacía resaltar de forma casi grotesca sus grandes pechos operados. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado, formando una melena de color rubio con toques matizados de tonalidades brillantes. También se había quitado las costillas flotantes, con objeto de estilizar más su figura. Debía tener unos cincuenta años, pero aparentaba treinta.

Los dos habían venido a ver a Stefano, en una de las escasísimas visitas que solían hacer por «la pradera». Visitas que siempre auguraban algo malo, según les habían dicho. Estaban todavía en la puerta, hablando con alguien que no conocían.

—La dueña de Proseismedia… —comenzó a decir Julia— Oye, Carla, ¿Por qué se llama así esta corporación? ¿De dónde viene el *seis*?

—Creo que comenzaron siendo tres socios, y se llamaban Protresmedia. Pero finalmente Claudia echó a los otros dos y les compró su participación. Entonces ya no tenía sentido lo del tres, y alguien sugirió que se denominara ProOneMedia. Pero dicen que a ella no le gustó disminuir el tres al uno y dijo que, aunque solo fuera ella la dueña, valía el doble que cuando estaban los tres juntos, y entonces se puso el seis para demostrarlo.

—¡Qué tía más orgullosa! ¿No?

—Y soberbia, Julia. Soberbia, rencorosa y vengativa. Hay que tener mucho cuidado con ella. Mirad, vienen ya para acá. Marchaos a vuestras mesas. ¡Rápido!

Nada más recibir el aviso, tanto Mario como Julia regresaron a sus respectivos sitios, que en el caso de él estaba justo al lado, pero ella tuvo que dar la vuelta a un *pool* de mesas contiguo para poder sentarse en su silla. Y al hacerlo tuvo que pasar a escasos metros de la gran jefa. Cuando se cruzó con ella, saludó con un escueto «buenos días, señora», saludo al que Claudia no respondió. Simplemente se encaminó hacia el despacho de Stefano, mientras Luigi se quedó hablando con Carla, su anterior subordinada.

—Un honor, Claudia, como siempre, que bajes a los infiernos —le saludó Stefano tras cerrar la puerta de su despacho—. ¿A qué se debe tu visita? ¿Vienes a pillarnos con las manos en la masa?

—Vengo a pillaros *in fraganti*, haciendo el vago. Como siempre hacéis tú y tu panda de vagos. Que sois todos unos vagos.

—Claudia, si el día tuviera más horas, de verdad que…

—¡Que es broma, idiota! ¿Te lo habías creído?

El hombre respiró y tragó saliva. Se lo había creído completamente.

—Te has quedado blanco, pardillo, ¡que eres un pardillo! —le espetó, con una sonrisa sarcástica—. No —continuó—. Había venido a ver al ministro de Comunicación. Ya sabes, la sede de su ministerio está aquí al lado. El muy imbécil me ha hecho venir hasta aquí en lugar de llamarme por teléfono.

—Y… ¿para qué te quería?, si se puede saber —se atrevió a decir. Fue ella quien siempre le enseñó que ninguna pregunta estaba de más, y así siempre lo trasmitió a su equipo y a todos los becarios.

—Me ha llamado la atención por acosar demasiado a su jefe, a Cassini. Están viendo que se les acerca el PDP y están aterrorizados.

—Eso es que estamos haciendo bien nuestro trabajo, Claudia.

—Por supuesto. Es lo que siempre he querido de ti, y lo estás cumpliendo.

—¿Quieres que aflojemos?

—¡De ninguna manera! Seguid dándole duro, todo lo que podáis. El ministro me ha querido acojonar, pero no puede hacer nada contra nosotros. Darle más duro que nunca, ahora que sabemos que tienen miedo. ¡Es muy buena señal, Stefano!

—Los de Medialaria nos darán a nosotros también, Claudia.

—Esos *meapilas* no saben a quién dar. Apostaron por Cassini, pero esta vez van a ir de culo. ¡Ya lo verás!

Entonces se encendió una luz en el pendiente izquierdo de la jefa, y comenzó a decir algunas cosas a alguien. Stefano hizo una seña como para salir del despacho, pero ella le detuvo. Tras unos segundos de conversación, la mujer se volvió a dirigir a él.

—Nada, era una pesada del servicio doméstico. Me molestan por chorradas —explicó—. Bueno, cambiando de tema… Oye… ahora que me fijo, vaya gordo que te estás poniendo, bribón. Cada vez estás más calvo y cada vez estás más gordo…

—¿Yo? —dijo sonriendo—. Pues no será porque aquí paso poco estrés…

—Ya, seguro que es por eso. ¿No será porque comes carne? —preguntó—. Seguro que te llenas la barriga de tocino y panceta que te traen de contrabando de Estados Unidos. ¿A que sí?

—No se te escapa una, jefa. Pues sí, he de reconocer que sí.

—Ya lo sabía yo. Entre eso, y las putas que te trajinas… Mira que vives bien, so bribón —le sonrió—. Por cierto, hablando de mujeres, ¿quién es la chiquita esa? —preguntó, mirando hacia detrás. Mirando por el cristal de la puerta que permitía ver a los de fuera del despacho, pero sin que se les viera a ellos.

—¿Quién?

—La morena. Esa que lleva una blusa de color celeste. La que está enfrente de la mujer con la que está hablando Luigi.

—¡Ah!, es una becaria. Se llama Julia.

—Tiene una cara preciosa. ¿No te parece? Es como una muñequita…

—Sí, es muy guapa.

—Seguro que tú ya te la has pasado *por la piedra,* canalla… ¿Por qué no le dices que venga algún día por el Palatino? Así la conoceré yo también.

—Pero… ¿a ti… te gustan… las… mujeres?

—Yo soy una enamorada de la belleza, Stefano —constató, mientras se reclinaba hacia atrás—. Por eso jamás me has atraído tú. Pero esa chica… No sé… quizás me haga sentir sensaciones nuevas. Que se pase un día, ¿de acuerdo? Sin prisas, desde luego. Cuando haya pasado lo de Cassini. No tengo ninguna prisa…

The Costayers se fundó a finales de 2017, años antes de nacer Rose. Lo fundó su tío, el gran Kai Costa, quien también hizo de mánager del grupo, durante el año en que se mantuvo en el mismo. Él ya arrastraba más de doce años de experiencia dirigiendo Thertonball, la banda de rock más importante de comienzos del siglo XXI, de donde había salido por discrepancias con un guitarrista.

En sus comienzos, el grupo de Rose no se llamaba *The Costayers*, sino que se conocía simplemente por el nombre de su fundador. Ese nombre servía para abrir las puertas de los estadios y de los pabellones deportivos más importantes, y todos los organizadores se peleaban por conseguirle para tocar en los locales cuya gestión les habían encomendado.

Pero Costa abandonó el grupo tras sacar un único disco, para después volver a Thertonball. Y entonces los miembros restantes reclutaron a Lorraine para sustituirle, y pasó a liderar el grupo su guitarrista, el tío de la baterista original, que era el otro fundador. Pero Lawrence Ayers este falleció en 2020, y la banda se encontró sin un personaje reconocible al frente de la misma, pues el resto del equipo eran solo caras nuevas que el público estaba comenzando a conocer. Fue entonces cuando decidieron denominarse *The Costayers*, un nombre que ya habían barajado sus fundadores, pero que desecharon por pensar, acertadamente, que sus propios nombres personales eran más conocidos que ese acrónimo de sus respectivos apellidos. Ahora que ya no estaban ninguno de los dos, tenía todo el sentido llamarse así, y máxime cuando el nombre estaba registrado por Costa a efectos de copyright. Así que le pidieron permiso para usarlo y este no se negó. Es más, cedió gratuitamente la marca y la puso a nombre de todos los integrantes del grupo en ese momento. Y eso incluía a Eva Maller, que ya se había incorporado tras la muerte de Ayers.

Pero tener un nombre significativo no era todo lo que se necesitaba para poder convencer a los organizadores de ceder un espacio a unos músicos novatos, por muy buenos que hayan sido los músicos que habían estado con ellos anteriormente. El caso es que ya no estaban, y por tanto no se diferenciaban en nada, a priori, de cualquiera de las otras bandas rivales. En una época en que ya no se vendían discos, los conciertos eran los eventos que daban la mayor parte de las ganancias a las bandas, aparte de los royalties o el merchandising y los pequeños peajes que otorgaban las plataformas digitales.

Así que decidieron “vender su alma al diablo” como se solía decir, y

firmaron un contrato con David Jones, un conocido representante de artistas, al que habían cedido prácticamente todas las decisiones relevantes que afectaban al grupo. Y esto incluía todas las relativas a la contratación.

Era el mánager más importante de Estados Unidos y quien acaparaba a los artistas más exitosos. Existían otros managers, desde luego, pero todos formaban un pequeño oligopolio donde habían hecho una especie de «pacto de no agresión» para no quitarse los artistas unos a otros, de forma que, si un artista fichaba por uno de ellos, estaba condenado a permanecer siempre con él, o bien resignarse a actuar en locales mediocres de poca capacidad, y, por tanto, con poco rendimiento económico.

Las cinco componentes de *The Costayers* se encontraban reunidas en el despacho de David Jones, quien había estado revisando el material que *sus chicas* habían preparado.

—Enhorabuena. La verdad es que os ha salido un trabajo redondo. Yo creo que con este álbum vamos a sentar las bases del grupo para los próximos años. Sobre todo, con las partes de guitarra que Eva ha preparado. Son realmente fantásticas —dijo, mirando hacia la guitarrista—. Y sin desmerecer a Janet, por supuesto, has hecho un trabajo brillante, como siempre.

—Gracias, David —intervino la cantante—. Aunque sin la ayuda de Lorraine no hubiera llegado tan lejos.

—Por supuesto. Sois un equipo magnífico. Bueno, pues ahora vamos a ver cómo tenemos el calendario —añadió, y Rose se echó a temblar—. El primer concierto creo que lo tenemos a finales de marzo —dijo, mientras consultaba su tableta—. Sí, efectivamente. Y luego viene el mes de abril, ya bastante completito… Yo creo que terminaremos los arreglos en un par de semanas, y luego ya se podría lanzar. Dejaremos un mes de margen para que la gente lo vaya escuchando, hasta marzo, y sí, más o menos yo creo que nos da tiempo, publicándolo a mediados de febrero, aproximadamente, mientras se va grabando.

—¡Ah! Antes de nada… —siguió—. ¿Tú cómo vas, Rose?

—Pues yo… voy. Que no es poco —dijo, mirando hacia otro lado.

—¿Cómo que… vas? ¿A qué te refieres? Janet me ha dicho que has avanzado mucho. ¿O es que no es así?

—A ver, estoy mejorando día tras día. Estoy mejor de como empecé, desde luego, pero esto va lento.

—¿Cómo de lento? ¿Cuánto es lento, Rose? ¿Estarás lista para grabar el álbum?

—¿En un mes? Imposible. Y menos un álbum como este.

—Ya veo —dijo el mánager—. Pues entonces tendremos que buscar a alguien que lo haga. Todavía estamos a tiempo.

—¿A alguien? —Intervino Janet—. ¿A quién?

—Pues a Bob. El hermano de Eva.

—¿A Bob? —se extrañó, mirando a la guitarrista, quien no le dirigió ni la mirada.

—Sí —siguió el mánager—. Parece ser que va a abandonar su grupo, y podríamos aprovechar ahora que todavía no ha decidido a dónde ir.

—Pero vamos a ver —preguntó Rose: —¿No podríamos grabar el álbum con pistas sintetizadas, y esperar un mes más? Quizás en ese tiempo termine mi entrenamiento y esté en condiciones de acudir al concierto de finales de marzo.

—¿Quizás? ¿Solo quizás? Además, no me gusta grabar con pistas sintetizadas. Ya deberías saberlo. Nunca lo hemos hecho.

—Bueno, pues ahora es un buen momento para empezar a hacerlo.

—No lo haremos, Rose. ¡No lo haremos! —se enfadó—. No compares, por favor... La gente no es tonta y se dará cuenta de que la batería está *enlatada*. ¿Es que no lo comprendes?

—No, no lo comprendo David, yo lo único que sé es que me estoy dejando la piel a entrenar, a practicar con el nuevo álbum. ¡Me estoy matando a entrenar! —gritó, poniéndose de pie—¡Me estoy dejando la vida!, David. Trabajo noche y día, ¿sabes? ¡Noche y día! Duermo con las baquetas, me levanto con ellas en las manos, no las suelto ni para ir al baño… ¡Estoy constantemente entrenando!

El mánager se quedó callado, sin saber qué decir. Nunca había visto así a su baterista, y se quedó totalmente perplejo.

—Tranquilízate, Rose —dijo Eva—. No pasa nada porque mi hermano nos ayude a grabar el álbum. Es simplemente para grabarlo. Después, cuando ya puedas tocar, te reincorporas con nosotras, y entonces Bob nos deja ¿Qué problema ves? Es una sustitución temporal.

La chica se sentó, se cruzó de brazos y se quedó mirando hacia la ventana, a punto de llorar. Tras unos instantes de tenso silencio, añadió:

—Es que tampoco sé si estaré lista para finales de marzo. ¿No se podrían posponer los conciertos? Otras veces lo hemos hecho…

—Los conciertos no se pueden posponer, nena —dijo David, con una

sonrisa que no le gustó nada a Rose. Como tampoco le gustó que le llamara *nena*. Eso solo se lo permitía a Jack—. Están programados con mucha antelación, precisamente para que seamos nosotros y no nuestra competencia quienes contraten esos recintos. ¿Entiendes? Y si los posponemos, los organizadores quizás ya no puedan alquilarlos a nadie, y entonces se lo pensarán dos veces antes de contratar con nosotros la próxima vez. ¿Comprendes?

—Yo no tengo la culpa de lo que me ha pasado, David.

—Claro que no, nena, pero yo tampoco. Ni tus compañeras. Esto no puede detenerse porque alguien se rompa un brazo. Así que está decidido. Bob entrará en el grupo, y cuando te recuperes, se marchará. Y esperemos que no le salga nada antes y también nos deje en la estacada.

El secreto

Mario ardía en deseos de contárselo a Julia, pero se contuvo. En teoría, su papel de «agente doble» tenía que ser secreto, y aunque estaba casi seguro de que su novia no se lo contaría a nadie, prefirió no decírselo. Total, le quedaba ya poco para terminar aquellas horribles prácticas, y entonces ya podría hablar del tema con ella con total tranquilidad.

El sueldo que le pagaban no era mucho, ciertamente, pero desde luego no olvidaba la promesa de aquel hombre: «tendrás responsabilidades cada vez mayores y ganarás más dinero… cuando entremos en el gobierno».

Y él iba a hacer todo lo posible para que el PDP ganara esas elecciones. Con ese dinero se podría casar con Julia, e incluso podría ayudar a la maltrecha economía familiar de su novia. Podría incluso, si las cosas salían bien, darle un empleo a Pietro, el padre de ella, en cualquier cosa, en cualquier ministerio, y así el hombre se rehabilitaría y se sentiría útil. Sus hermanos dejarían de vestir la ropa de Cáritas, y podrían comer alimentos de mayor calidad. O incluso, si no llegaban al poder, si se quedaban en la oposición, lo que estaba claro era que el PDP iba a dar el «sorpasso» al MPI, y él, Mario, habría tenido mucho que ver en ello. Aquel líder le tendría que estar agradecido, y a buen seguro que tanto él como Julia y su familia, saldrían de los apuros en los que se encontraban.

En esas estaba, dedicándose fielmente a trabajar con Charly, cuando Julia salió enormemente turbada del despacho de Stefano. Su novia se sentó en la mesa, y con los ojos llenos de lágrimas se dispuso a seguir trabajando, mientras el jefe cerraba la puerta con llave, se ponía la chaqueta, y se marchaba de la Redacción.

Eran las diez de la noche, y solo quedaba una de las redactoras, Laura, que permanecía todavía sin irse a su casa, en la otra punta de «la pradera».

—¿Qué te ha pasado, Julia? ¿Qué te ha dicho ese hijo de puta?

—Nada, Mario. Nada —dijo, sin dejar de llorar.

—¿Cómo que nada? —preguntó, contrariado—. Entonces se levantó y se colocó junto a ella. La abrazó tiernamente, la levantó y se la llevó a un recodo, donde no les veía nadie.

—Cuéntamelo, Julia. Cuéntamelo —exigió, mientras la otra no paraba de llorar—. Desahógate, vida mía… desahógate —le susurró, de forma

muy cariñosa.

—Oh, Mario, ¡Qué mala suerte tengo! —exclamó mientras le abrazaba, y los dos se fundían en un tierno abrazo sin que él dejara de acariciarla.

—¡Es un hombre horrible, Mario! ¡Horrible!

—Eso ya lo sabemos todos, Julia. ¿Qué es lo que te ha pedido esta vez? ¿Te va a volver a dar a Lummy?

La muchacha asintió, y le dijo:

—Ha intentado propasarse otra vez conmigo, y…

—¿Cómo que otra vez? ¿Cuándo ha intentado propasarse antes contigo, Julia?

—Lo ha intentado… más veces, Mario. Pero como le he rechazado, pues me ha dicho que la jefa se ha fijado esta mañana en mí, y que quiere que vaya a verla… a su casa.

—¿Tú? ¿A su casa? ¿Para qué?

—Ni te lo imaginas, Mario. ¡Ni te lo imaginas!

El chico se le quedó mirando, y enseguida captó el mensaje.

—Me parece que ya me lo estoy imaginando. Pero yo creía que a esa mujer no le…

—Quiere que vaya para hacerle un favor a él, para congraciarse con ella. «Sus deseos son órdenes para mí» me ha dicho. Dice que mañana la llamará para decirle que voy a ir… por la tarde.

—Hijo de puta —musitó Mario, mirando hacia otro lado—. Pero tú no vas a ir a ninguna parte, amor mío. ¡No vas a ir a ninguna parte!

Julia estaba totalmente rota, y ahora lloraba con hipo, a pesar de que su novio no dejaba de abrazarla y de quererla.

—Yo pensaba que con lo del otro día ya sería suficiente, pero el muy cerdo quiere más… y ahora me pide eso…

—¿Qué pasó el otro día, Julia? ¿A qué te refieres? ¿Qué te hizo *la otra vez*?

—Oh, Mario, ¡Qué desgraciada soy!

—Cuéntamelo, amor mío, ¡Cuéntamelo!

La muchacha se separó ligeramente del chico, le miró a los ojos, y de nuevo se volvió a plegar en su regazo.

—No quiero contártelo, Mario… ¡No puedo! —exclamó con un hilo de

voz. Un susurro que se perdió en la camisa del hombre, que ya estaba llena de mocos y de lágrimas. Entonces él se volvió a separar de ella, y le dijo, tiernamente:

—Nada de lo que tú me digas va a hacer que te quiera menos, Julia... ¡Nada! ¿Me entiendes, amor mío? ¡Nada!

—¡Oh, Mario! —contestó, y los dos se volvieron a abrazar tiernamente, mientras él la besaba con ternura. Después, ya más serena, comenzó a contarle lo que pasó en el despacho de Stefano, aquel día infausto.

Tras finalizar el relato, los dos recogieron sus cosas y él le acompañó a su casa, sin casi decir ni una palabra. Los dos pasearon por aquellas calles de Milán, mientras iban en dirección a la casa de ella. Cuando llegaron al portal de aquel humilde hogar, él la volvió a dar un beso y se despidieron.

—¿De verdad que no me quieres menos por eso, Mario?

—Te quiero incluso más que antes, Julia. Jamás te dejaré de querer, ya lo sabes. Pero estate tranquila. Tú no vas a ir a casa de esa mujer, ni ese cerdo te va a molestar más.

—¿Qué vas a hacer, Mario?

El hombre la miró con ojos fríos, glaciares, como los de un asesino. Y luego le dijo:

—No te lo pensaba decir, por razones que ya te contaré. Pero me ha salido un trabajo, Julia. ¡Un buen trabajo!

—El domingo por la tarde… cuando fuiste a…

—Eso es. Mañana te lo contaré más despacio, pero quiero que sepas que no vas a tener que preocuparte más. Con el dinero que yo gane será suficiente, suficiente para que podamos vivir los dos, e incluso tu familia.

—Pero, ¿no me puedes contar…?

—Mañana. Mañana te lo contaré todo, amor mío. Ahora descansa. Te lo has ganado. Y no te preocupes más… ¿Me lo prometes?

—Sí, Mario, te lo prometo —asintió, mientras su novio la besaba otra vez de forma tierna. Se veía que tenía prisa por marcharse, y ella le despidió con la mano mientras entraba en el portal de su casa.

Billy Drake

—Hola Rossie, me ha dicho tu padre que estás en apuros.

—Sí, Bill, me tienes que echar una mano. Ahora te necesito más que nunca.

Billy Drake había sido y todavía seguía siendo el baterista de Thertonball, el grupo de su padre y en el que militaron sus tíos. Estaba considerado uno de los mejores de la historia tocando ese instrumento, y siendo amigo íntimo de Adam había participado muy activamente en la enseñanza de Rose, quien le consideraba como su maestro.

Su padre y él se habían conocido en la juventud, en el conservatorio, donde el primero había estudiado canto y guitarra y el segundo batería. Habiéndola visto nacer, eran amigos muy cercanos, y siempre se habían llevado muy bien.

Habían establecido una videoconferencia desde Londres, lugar donde residía el músico.

—¿De qué se trata, pequeña?

—Pues verás, dentro de dos meses empezamos la presentación de nuestro nuevo álbum, y la verdad, no estoy en absoluto preparada para tocarlo.

—Ya veo. ¿Cómo vas con el entrenamiento?

—El entrenamiento va despacio, pero le estoy sacando mucho provecho. Los movimientos que necesito para tocar la batería... pues, ya estoy muy avanzada, y hace ya tiempo que intento tocar las piezas del disco; pero la verdad es que no llego. Y sinceramente, no sé si llegaré alguna vez al nivel que tenía antes.

—Pero me han dicho que esos brazos biónicos como el que tú tienes hacen verdaderas maravillas… que incluso son capaces de golpear más rápido que una mano natural.

—Sí, eso es cierto, pero lo difícil es controlarlo. Para eso se necesita “el entrenamiento”. Es cierto que puedo tocar más rápido que lo que tocaba antes, y eso es bueno. Ya me estaba costando seguir las piezas que componían mis compañeras, por ser demasiado rápidas, y al principio pensé que con este brazo lo iba a solucionar… pensé que iba a tocar más rápido que nadie… pero no es así.

—¿Ah no?

—No, Bill, para tocar rápido se necesita tener mucho control, pues si

no, el brazo se dispara como una metralleta, y no lo puedes parar, y claro, eso tampoco puede ser.

—No, claro, pero para eso está el entrenamiento, ¿no?

—Sí, para eso está el entrenamiento, pero como te digo, se necesita mucho control, y la verdad es, no sé si es que es cuestión de tiempo, o de qué, pero hace ya algunos días que no veo ningún avance.

—Mujer, si solo son unos días…

—Sí, puede ser que necesite algo más de tiempo, no lo descarto, pero me da la impresión de que no voy a poder conseguirlo. Antes veía avances cada día, pero ahora me he estancado en algunos movimientos que no logro mejorar. No sé si es un fallo de los nervios, de los axones que enlazan con el brazo… El doctor Andrews —el médico que me hizo el implante— me dijo que no se pudieron recuperar todas las terminaciones nerviosas, pues algunas estaban muy dañadas por el golpe. No sé si será por eso, o no, pero si lo es, será un problema que tendré siempre, por mucho que entrene.

—Pues entonces tienes que descartarlo, Rose. Tienes que esperar un poco y entrenar más, a ver si lo consigues, antes de tirar la toalla... me parece a mí.

—No tengo tiempo, Bill… ¡no tengo tiempo! Ya he perdido la ocasión de poder grabar el nuevo disco, pero no puedo permitirme el lujo de perderme también el primer concierto. Temo que Bob se quede con el grupo, para siempre.

—¿Bob?

—Bob Maller. El hermano de Eva. Al parecer ha salido de su grupo y va a grabar el álbum con mis compañeras. Se supone que es una sustitución temporal, pero no me fio, Bill. No me fío de él, ni de su hermana, ni de David.

—Pero, Rossie, hay algo que no entiendo… ¿vuestro grupo no es solo de chicas?

—Así es, Bill, al menos así ha sido durante los últimos años. Es una regla no escrita, como se suele decir. Pero ya sabes que no siempre ha sido así. Y ahora, siendo Bob hermano de Eva... pues hay más riesgo de que al final me sustituya de una manera u otra.

—Pero este hombre toca en una banda de jazz, si no recuerdo mal. ¿Ahora se ha pasado al heavy metal?

—Pues eso parece… ¿le conoces?

—Claro, pequeña, en nuestra profesión nos conocemos todos. No toca

nada mal, aunque ya te digo que me sigue chocando que quiera cambiar tan drásticamente de estilo.

—Hay un rumor que dice que ha discutido con uno de los miembros de su banda. Esa puede ser la razón de su marcha. Y en teoría solo estará con nosotras para sustituirme. Quizá sea solo transitoriamente, y como tú dices, luego se vaya a otro grupo de jazz. Pero ya te digo que no me fío. No sé por qué, pero no me fío.

—Bueno, Rose, pues entonces, dime en qué te puedo ayudar, aunque creo que ya me hago una idea.

—Pues eso, Bill, necesito que me enseñes a tocar esos pasajes rápidos de una forma «lenta». Ya sé que parece una contradicción, pero tú eres Billy Drake, el baterista de Thertonball, y tú puedes hacerlo. Sé que tú puedes, Bill.

—Jajá, Rossie, no hace falta que me *hagas la pelota*. Te voy a ayudar de todas formas, ya lo sabes.

—No, en serio, Bill, no puedo arriesgarme a hacer esos pasajes rápidos si luego no puedo parar, o si me paro antes de tiempo. De verdad te digo que me da la impresión de que nunca voy a poder controlar eso, y no tengo tiempo para esperar. Necesito que tú me digas cómo puedo sustituir la partitura de batería que tengo por otra con menos toques, pero que parezca que hay los mismos. ¿Entiendes? Yo sé que tú sabes cómo.

—Sí, yo sé cómo hacerlo, pero lo que no sé es si tus compañeras te dejarán.

—Si les digo lo que voy a hacer de antemano, me dirán que no. No por Janet, desde luego, ni quizás por Lorraine, pero Eva y Shirley no lo aceptarían. Mi esperanza es que cuando lo vean, cuando lo oigan quiero decir, pues no les parezca mal y entonces me dejen seguir adelante.

—Ya veo. Pero no entiendo por qué no has participado tú en esa partitura. Si hubieras estado desde el principio, quizás hubieras impuesto tu criterio y ahora no tendrías que cambiar algo que las demás han escrito.

—Bueno, Bill, no sé si en Thertonball tenéis esa costumbre, por lo que me cuentas me parece que sí, aunque yo tenía la idea de que en tiempos de mi tío lo hacía todo él. Pues aquí ocurre un poco lo mismo. La composición de las canciones la llevan solo entre ellas, y yo nunca he participado. No te sabría decir por qué, pero siempre ha sido así.

—Sí, claro, en tiempos de Kai se hacía como tú dices, es decir, él se encargaba de todo. A mí ni me preguntaba, porque sabía que yo era

capaz de tocar cualquier cosa. Él era un compositor excepcional y si yo me hubiera involucrado, seguro que hubiera sido para mal… pero en vuestro caso, quiero decir, en tu caso, sabiendo que ahora tienes estas limitaciones, pues lo podrían haber tenido en cuenta... me parece a mí.

—Claro, Bill, si yo estoy segura de que, si hubiera sido por Janet, ella hubiera construido pasajes más lentos, o al menos con menos toques de batería. Pero ella cada vez pinta menos en la banda. Parece increíble, con lo que ha sido esa mujer y con lo que ha significado en el grupo, pero esa es la realidad.

—Está perdiendo relevancia dentro de la banda…

—Eso es. La está perdiendo a favor de Eva, y de Shirley.

—¿Y tú te sientes cómoda con eso, Rose? Me refiero, ¿hasta dónde llegarías si las cosas se ponen feas?

—Ya sé por dónde vas, Bill, pero yo amo a esta banda por encima de todo. Desde que era una niña no había deseado otra cosa más que entrar en ella. Pero como estaba Leslie, sabía que eso era un sueño imposible. Pero seguía soñando, y ensayaba sus canciones como si yo fuera su baterista en lugar de ella. Y cuando se fue y me admitieron, se cumplió el sueño de toda mi vida.

Entonces Rose hizo una pausa y luego siguió:

—Claro que no me gusta la actitud de Eva, pero ¿sabes qué? Cuando estamos en un concierto y terminamos de tocar una canción, el público aplaude al grupo. Aplauden a Janet y a Eva, a Lorraine, a Shirley… y yo estoy con ellas, detrás de los tambores. Y entonces me digo a mí misma: *«mira Rose, a tan solo un par de metros está Janet, la cantante de The Costayers. Y a su lado está Eva, la guitarrista. Fíjate qué cerca las tienes… y esa de allí es Lorraine. ¿No te parece maravilloso estar al lado de ellas?»* Eso me digo, Bill, y entonces me descubro formando yo también parte del grupo de mis sueños, y descubro que el público también me aplaude a mí… —suspiró—. Cuando entré en la banda estaba como en una nube, y quizás con el tiempo se va perdiendo un poco la ilusión del principio, es decir, todo se vuelve rutina, pero yo sigo siendo la fan número uno del grupo, y me muero de ganas por seguir aquí. Tengo que hacer lo que sea por seguir aquí, Bill. ¡Tengo que hacer lo que sea!

—Está bien Rose, vamos a hacer *lo que sea*. Veo que sigues conservando la ilusión del primer día, a pesar de todo. Me gustaría mucho estar allí contigo, en persona, en Chicago, pero ya me dijo tu padre lo difícil que es. Así que tendremos que recurrir a la tecnología. ¿Tienes equipo de proyección holográfica?

—No lo tengo, Bill, pero lo compro si es necesario. Ya me he gastado tanto dinero en tantas cosas, que no me importa gastarme algo más.

Se preguntó por qué no se habría dado cuenta antes. Él, Mario Sacche, quien tanta gente consideraba como un superdotado. Él, Mario Sacche, la única matrícula de honor de su promoción universitaria.

Pensaba y creía, desde luego, que Daniela y Esther se habían acostado con Stefano. No por gusto, obviamente, pero estaba muy claro, desde hacía mucho tiempo, que eso había sucedido. Quizás habrían puesto alguna resistencia, pero al final habían claudicado para poder vivir mejor. Eso era más que obvio. Pero de ahí a pensar que ese cerdo había abusado de todas las chicas, y también de Julia…

El mero pensamiento le invadió de repugnancia y de odio, y tomó la determinación de no permanecer impasible. Sabía que el jefe era un negrero y un imbécil, un chulo y un idiota. Pero que había hecho todo aquello… eso no podía soportarlo. No podía seguir como si tal cosa, sabiendo lo que sabía ahora. No podía volver al día siguiente, como si no supiera nada, y volver a reírle las gracias. Y volver a decirle «sí, jefe», como si lo único que le hubiera hecho a Julia hubiera sido darle de nuevo a Lummy.

Mientras esperaba en aquel portal, se terminó de dar cuenta de que llevaba apretando los dientes casi desde que se despidió de ella, hacía ya una hora. Y su determinación seguía siendo firme. Tan firme como en el primer momento, y además, su odio hacia aquel infausto sujeto se acrecentaba por momentos. Un odio exacerbado y visceral, que le llegó incluso a asustar a sí mismo.

La primera vez que lo vio por allí fue un jueves. Un día que llegó tarde a su casa porque salió tarde del trabajo. Eran casi las dos de la madrugada y lo vio aparecer por esa misma calle, borracho, y tambaleándose. El barrio del Arco era el barrio de la prostitución en Milán, y allí existían burdeles para todos los bolsillos. Desde los baratos que aglutinaban a las mujeres inmigrantes, a los caros donde estaban las prostitutas de lujo. Pasando lógicamente por las mujeres necesitadas de dinero, que ejercían la prostitución para ayudar a su familia a salir adelante, y que lo hacían en la misma calle o alquilando habitaciones en las pensiones que abarrotaban la zona.

Cerca de aquel sitio estaba el Olimpo, el hotel donde se ejercía la prostitución de lujo. Y de allí le vio salir la segunda vez, también un jueves sobre la misma hora, hacía algo menos de un mes.

Y el día en que Julia le contó aquello también era jueves. Con lo cual, pudiera ser posible que ese día acudiera por allí para intentar hacer lo

que no pudo hacer otra vez con Julia, ese día. Y allí estaba Mario, en un portal cercano al Olimpo, esperando verle pasar.

Miró la navaja una vez más, y pulsó el botón que extraía el filo. La hoja brilló con un reflejo que le cegó momentáneamente al reflejarse la luz de una farola cercana. Volvió a pulsar el mismo botón, y el filo se escondió. Era bonita aquella navaja, pensó. Se la había encontrado en una calle paralela a esa, también una noche que volvía de meter en vereda a Charly, pues se había desmadrado un poco. Allí se la encontró tirada en el suelo, fruto de un olvido en una lucha entre los proxenetas que controlaban la zona. O quizás por una pelea entre un proxeneta y un cliente que no quería pagar, o que no quería pagar lo acordado. Aquel era un barrio conflictivo, y las peleas eran frecuentes. Por eso los pisos eran baratos, y por eso él vivía en ese barrio. La exigua asignación que le daban sus padres no le daba para más.

Miró también a la cámara de vigilancia que había al principio de la calle, y volvió a contemplar el cristal roto. Seguramente llevaba así mucho tiempo, y los propios chulos la habrían dejado así. La policía, harta de reponer el objetivo una y otra vez, seguro que la dejaron por imposible tiempo atrás. A pesar de eso, continuó con la capucha puesta, y permaneció impasible bajo la sombra de aquel portal, mientras esperaba.

Pero se iba haciendo tarde y su víctima no aparecía. ¿Quizás no habría ido ese día por los burdeles?, se preguntó.

Las posibilidades de que le relacionaran con lo que iba a hacer eran prácticamente nulas. No era todos los días, desde luego, pero a menudo aparecían cadáveres por ese barrio, fruto de las reyertas entre las mafias que controlaban la prostitución de la zona. Era la principal fuente de dinero clandestina, una vez que las drogas fueron sustituidas por los psicofármacos baratos, y los robos ya no se producían al haberse eliminado el dinero físico. Tan solo quedaban residualmente los atracos que obligaban a las víctimas a comprar algo de forma telemática, aproximando el chip de la muñeca del sujeto. Pero al dejar huella digital, eran muy fáciles de rastrear y se restringían a cuantías de pequeño importe.

Por supuesto, la policía podría encontrar fragmentos moleculares de su ADN sobre las ropas de Stefano, pero también encontrarían el mismo material del resto de las chicas, e incluso de la propia Claudia Antonelli que había estado esa mañana por allí.

Eso no era un problema, desde luego. En ausencia de cámaras, lo más probable es que sospecharan que había sido víctima de un ajuste de cuentas entre el chulo de algún burdel por alguna cuestión referente al

precio. ¿Preguntarían a todos los chulos y a todas las prostitutas de la zona? Obviamente no. La policía apenas pasaba ya por ese barrio, y crímenes como ese se producían a menudo. Y los agentes no estaban tan bien pagados ni eran tantos como para investigar esos casos.

A unas malas, él podría no tener coartada, pero de ahí a acusarle sin ninguna prueba positiva… era más que improbable. En cualquier caso, llegó a la conclusión de que le daba igual. Le daba igual si le apresaba la policía o si salía libre de aquello. Toda su obsesión era matar a ese cerdo, e iba a hacer todo lo posible para conseguirlo.

Equipo de proyección holográfica

Los equipos de proyección holográfica resultaron ser más caros de lo que pensaba, y su cuenta corriente se estaba quedando cada vez más vacía. Así que no le quedó más remedio que alquilar uno. Total, solo lo iba a usar durante unas cuantas semanas.

Pero el caso es que le sorprendió muy gratamente. El aparato era capaz de reproducir en el lugar donde se colocaba, una proyección holográfica en tres dimensiones de la persona que estaba al otro lado de la línea de datos que le enviaba la señal. Después de ajustar una serie de parámetros y de enfocar el objetivo en gran angular, Rose se encontró sentada en el taburete de su batería dentro del sótano de su casa, y a su derecha se encontraba nada menos que el gran Billy Drake sentado en el taburete de la suya, junto a todos los elementos que componían su batería en su casa de Londres. Dos baterías juntas, la del maestro y la de la alumna, para que ambos se pudieran ver y entender. Porque lógicamente, en la casa de Bill ocurría lo mismo. Es decir, a su izquierda se encontraba Rose y su batería, y así se podían ver los dos y corregirse como si estuvieran en persona en una sola casa.

—Vamos a ver, Rose, vamos a empezar con la primera canción. La he estado escuchando y me parece que los pasajes con los que te atascas son los de los compases que van antes y después del estribillo, ¿no es así?

—Así es, Bill, no consigo ejecutar ni el redoble ni la secuencia que viene a continuación.

—Bien, pues en lugar del redoble, puedes jugar con el bombo, es decir, con el pie. Prueba a sustituir los toques pares por toques de bombo. Y vas a poner dentro del mismo un *decoder* que podrás accionar con el pie para convertirlo en una caja, y así sonar más agudo. Por supuesto, vas a tener que usar un segundo bombo, pues sin bombo no te puedes quedar, pero ese será el que manejes con el otro pie. ¿Me entiendes?

—Perfectamente. Pero es difícil hacer un redoble en esas condiciones, creo yo.

—Claro que es difícil, Rose, pero no te queda otra. Tienes que intentarlo. Fíjate como yo lo hago. ¿Lo ves? —dijo mientras ejecutaba el compás de la forma como decía.

—De acuerdo. Lo voy a intentar… ¿así? ¿Qué te ha parecido? —dijo, tras intentarlo ella.

—Lento, Rose. Tienes que practicarlo más. Pero veo que has pillado la idea. Y ahora vamos con la secuencia que viene después del redoble. Aquí mi consejo es que sustituyas ese ritmo de ocho diez por otro de cuatro cinco. No se notará demasiado y lo podrás ejecutar mejor. Inténtalo.

Rose se dispuso a hacer lo que le decía, pero no fue capaz.

—Vamos, solo es cuestión de reducirlo a la mitad. Parece que ocho por diez es lo mismo que cuatro por cinco, solo que con más compases, pero tú sabes que no lo es. Son múltiplos y por tanto cuadran con el ritmo de la canción, pero para ti será más fácil. Venga, inténtalo otra vez. A ver… así. Así, Rose, veo que lo vas pillando. Pero tienes que ensayarlo un poco más.

Estuvieron un rato practicando y cuando ya parecía tenerlo controlado, atacaron la siguiente canción.

—Ahora vamos con el segundo tema. Aquí he pensado que lo mejor es sustituir los toques ternarios de la mano derecha, por un par de toques rápidos de bombo, es decir, con el pie. Mira, lo voy a hacer yo…. ¿Qué te parece? —preguntó, tras hacer lo que pretendía que hiciera ella.

—Pues me parece que le va muy bien a la canción, Bill, ¡es un sustitutivo perfecto! Voy a ver si lo puedo hacer yo…

Entonces ella lo intentó hacer, pero no le salió a la primera. Tras varios intentos por fin lo consiguió y dijo:

—¿Qué te ha parecido?

—Pues igual que la otra vez. Lento, pero es así como se hace. Tienes que seguir así, Rose. Es cuestión de practicar más… Pero, ¿qué te ocurre, pequeña? ¿Por qué lloras ahora?

—Por nada Bill, por nada. Venga, vamos a seguir.

El ejecutor

Por fin apareció, como lo había hecho las otras veces. Y como aquellas, también venía tambaleándose, por el exceso de alcohol o de cualquier otra cosa que llevara en su cuerpo.

Se acercó pesadamente, subiendo aquella cuesta, como si cada paso fuera un triunfo. Como si su alma supiese que le llegaba la hora de morir y se resistiera a escalar aquella pequeña pendiente. Lo fue haciendo, un paso tras otro, mientras murmuraba extrañas palabras y hacía gestos obscenos.

Un poco más, y llegó a su lado. Llegó a su lado y no se cambió de acera como él temía que lo hiciera. Por el contrario, siguió por el camino más corto tras doblar aquella esquina que conducía a esa pequeña travesía donde él le esperaba.

Y cuando estuvo a su altura, salió del portal. Salió del portal y Stefano se asustó al ver una figura oscura y encapuchada que se hacía presente, como si la muerte misma se estuviera haciendo presente para saludarle e invitarle al más allá.

—¡Mario! —fue capaz de exclamar, al distinguir su semblante entre la capucha.

Pero fue lo último que dijo en su vida. Con la mano izquierda, el aludido puso en contacto su pistola táser con la barriga de aquella infausta persona, y el electrochoque le hizo comenzar a gritar desaforadamente, mientras se desplomaba en el suelo.

Cuando quedó boca arriba sobre las baldosas que constituían el pavimento, su verdugo le tapó la boca con la misma mano que un segundo atrás sostenía el arma de corriente eléctrica, mientras que con su derecha presionaba el botón de la navaja.

De nuevo, un reflejo de luz brilló sobre la hoja, y fue lo último que vio aquel ser, antes de que la punta de la misma chocase contra el mismo suelo sobre el que se apoyaba, al atravesar su cuello de un extremo al otro.

—¡Cerdo! —exclamó el novio de Julia, mientras quitaba la mano de la boca de aquella bestia. Y añadió —: Te has pasado la vida exprimiendo la sangre de la gente —dijo, con los dientes apretados— … y ya iba siendo hora de que alguien hiciera correr también la tuya.

A continuación, le dieron ganas de escupirle sobre la cara, pero se contuvo. No quería dejar más huellas. Entonces miró hacia su izquierda y hacia su derecha, y vio la misma soledad que había visto

un instante antes, mientras su víctima dejaba de moverse, poco a poco, hasta que se quedó inmóvil y los ojos se le dieron la vuelta para volverse de color blanco. Después, limpió la sangre de la navaja sobre las ropas del muerto, y pulsó el botón que volvía a colocar la hoja en el interior de la empuñadura. Arrimó el cuerpo al portal del que había salido para que no estuviera tendido sobre la calle, recogió el táser y se marchó, andando despacio, y sin volver la vista atrás.

Dobló la calle y se dirigió tranquilo hacia su casa, intentando respirar de forma más sosegada. Había matado a un hombre, y ahora se daba cuenta de ello, en toda la inmensidad de la palabra. ¡Era un asesino!, se dijo.

Aquel cerdo no se merecía seguir viviendo, desde luego. Es más, tenía que haber sido ejecutado mucho antes, por cualquier novio o cualquier padre, o cualquier persona que tuviera relación con todas las chicas de las que había abusado. Pero eso no le excusaba a él, a Mario Sacche de eso: de ser un asesino. De nuevo lo pensó otra vez: era un asesino. «Un asesino, con todas las letras», se dijo. Y se preguntó a continuación, si había sido capaz de hacer una cosa semejante, ¿qué otra cosa podría hacer, si se viera en la necesidad? El pensamiento le horrorizó por un instante, y lo rechazó.

Después suspiró con la boca abierta, y una bocanada de aire fresco se introdujo en sus pulmones antes de decidir no pensar más en el asunto. Tras doblar otra esquina, y otra más, arrojó la navaja y los guantes de látex por una alcantarilla, y se encaminó, tranquilo, hacia su casa.

Plastilina

—Plastilina.

—¿Y esto?

—Mantequilla.

—Y… ¿esto otro?

—Yo diría que vaselina... o quizás crema... crema para la cara. Sí, eso es.

—Bueno, ahora quiero que metas la mano en este recipiente y me digas si el líquido está frío, o está caliente.

—Está templado… tirando a frío.

—Vamos a pasar a las texturas, Rose. ¿Esto es liso, o es rugoso?

—Liso.

—Y esta cinta que te doy, ¿de qué está hecha?

—Es de plástico, diría yo.

—Y… ¿esta otra?

—De tela.

—Bueno, ya es suficiente.

Su entrenador estaba practicando las texturas, una de las cosas más difíciles de reconocer por aquel brazo biónico. A pesar de no tener gran relevancia para los objetivos primarios de Rose, era necesario intentar que su cerebro asimilara ese nivel para poder conseguir una mejor precisión en las órdenes que le daba a la mano, pues todo estaba relacionado de alguna manera.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Has acertado la mitad —dijo John, mientras le quitaba la cinta que le cubría los ojos. Cuando los abrió descubrió que no había vaselina ni mantequilla, sino un recipiente con cera, un yogur y una taza de agua caliente, cuyo humo aún se apreciaba.

—Vaya… ¿tú crees que mejoraré?

—Es difícil. Si no lo has hecho ya… probablemente sigas con la confusión… para siempre. Esto no es como los movimientos, que se pueden mejorar con el entrenamiento.

—Vale, pero no me negarás que he avanzado mucho con eso, ¿no es

así? Quiero decir, con los movimientos.

—No te lo niego en absoluto, Rose. Eres la mejor alumna que he tenido en mucho tiempo. Yo diría que nunca he tenido a nadie con tanta responsabilidad y con tanto empeño. Has conseguido en poco más de dos meses lo que otros no han conseguido en años. Vamos a ver cómo haces esos giros.

—¿Los giros oblicuos?

—Esos mismos. Los tienes casi conseguidos, pero te falta un poco más.

—Cómo te gusta machacarme, John…

—Ya sabes que me encanta. Venga, vamos a comenzar. Mano extendida… Así, venga, primero hacia la derecha. Así muy bien. Venga, un poco más rápido. Así, no pares. Más rápido, Rose, así, hasta que yo te diga... bien. Ahora hacia la izquierda… Así, pero sin detenerte en el centro, eh. Venga, haz lo mismo con la mano izquierda. Que las dos manos sean un espejo, Rose… Pero sin parar…. ¡No pares!

—¡No estoy parando!

—Sí, ¡te has detenido cuando has empezado a girar la izquierda! No quiero ver parada la mano derecha ni un instante, Rose. Puedes parar la izquierda si quieres, pero la derecha... ¡nunca! Venga, sigue así… muy bien… Ahora comienza a bajar los brazos, pero sin dejar de girar las dos manos, ¿vale? Dos giros a la derecha y dos giros a la izquierda. Dos giros a la derecha… y dos giros a la izquierda. Dos giros a la derecha… y dos giros a la izquierda. Así, muy bien, sigue bajando, sigue bajando… como si te quisieras tocar las rodillas con las dos manos… muy bien… Cuando yo te diga paras las dos… ¡Ahora! Y cuando yo te diga, arrancas otra vez y comienzas a subir hasta que estén a noventa grados de tu cuerpo… ¡Ahora! ¡Sin dejar de girar, Rose! ¡Sin dejar de girar! Así… muy bien… ¡Muy bien! ¡Eres mi campeona! —finalizó.

La muchacha se abrazó a su entrenador y los dos comenzaron a darse pequeños besos.

—¡Ya lo tienes, Rose! ¡Ya lo tienes! —felicitó él, tras separarse un poco. Después se miraron a los ojos, y ella los cerró.

Ese era el aviso que él estaba esperando, y entonces John comenzó a besarla de forma más profunda, sin que esta vez ella pusiera ningún reparo.

Continuaron aquel beso durante unos instantes, y entonces él comenzó a bajarle uno de los tirantes de aquella blusa que llevaba. Ella se dejó

hacer hasta que el hombre la reclinó sobre el diván, y una vez recostada, comenzó también a bajarle el otro tirante.

—Espera, espera… John, espera... —dijo, por fin, separándose e incorporándose.

—Perdona… ¿Te he molestado? —preguntó, mientras los dos se ponían de pie.

—No, no es eso… es que…

—Yo había pensado que…

—Es que tengo todavía muy reciente la muerte de Jack —le interrumpió—. Es eso, John, creo que no estoy preparada… todavía. Me tienes que dar algo más de tiempo.

—Por supuesto, Rose. Te daré todo el tiempo que quieras. Me gustas mucho… siempre me has gustado… desde el día que entraste en esta consulta por primera vez.

—Eres muy amable, John. Siempre te has portado muy bien conmigo, y gracias a ti he conseguido sacar esto adelante. No sé lo que hubiera sido de mi carrera sin tu ayuda, la verdad…

—¿Solo es eso, Rose? ¿Solo soy un buen profesional?

—No… tonto —le sonrió, mientras le hacía una caricia en la mejilla. A mí también me gustas… mucho.

Entonces él la agarró de la cintura, y los dos juntaron sus rostros y sus ojos, y se miraron a las pupilas. Ella le dio un beso de nuevo, y finalmente le dijo, separándose:

—Me tengo que marchar, John. Tengo una cita con Billy Drake, mi otro profesor, ya sabes, y no quiero retrasarme. Con la diferencia horaria, allí es ya muy tarde y el hombre ya es un poco mayor para estar levantado a estas horas.

—Como quieras. ¿Qué tal se te está dando?

—Pues la verdad es que muy bien. Al principio iba un poco lenta, pues eran unos ritmos a los que no estaba acostumbrada. Pero yo creo que ya me he hecho con ellos. Solo falta ver qué les parecen a mis compañeras.

—¿Y cómo se lleva el giro oblicuo con esos ritmos?

—Pues ya has visto que lo tengo dominado. Pero también te digo que dudo mucho de que pueda sacarle más partido a lo que hemos conseguido. Llevo ya muchos días que no avanzo prácticamente nada.

—Has llegado a tu tope, Rose. Y es un tope muy alto, por cierto.

—Sí, ya no doy más de sí. Espero que sea suficiente.

—Lo será, Rose, lo será. ¡Ya verás como sí!

—Bueno, me tengo que marchar —se despidió, tras darse la vuelta y recoger la chaqueta.

—¡Llámame! —dijo él.

—¡Descuida!

La trastienda

Obviamente, la idea de volver con Lummy no era lo peor que llevaba. Era la frustración de ver que lo que había hecho no había servido para nada. Había conseguido estar con Buddy durante un tiempo que le vino muy bien para descansar, pero ahora ese cerdo le amenazaba con darle otra vez a esa estúpida robot si no se avenía a lo que le pedía. «Si te portas bien con doña Claudia, te puede colmar de favores, Julia», le dijo.

No dudaba de su palabra; aquella mujer tenía mucho poder y era inmensamente rica. De hecho, es lo que decían que había pasado con Luigi, el anterior redactor jefe. Solo que ella no estaba dispuesta a eso. No estaba dispuesta de ninguna manera a ser un objeto sexual en manos de un depravado o de una depravada. Por mucho que sus padres, sus hermanos, y ella misma lo necesitara.

Pero tampoco le apetecía tirar por la borda todo lo que había sufrido hasta ahora. Por mucho que a Mario le hubiera salido un trabajo, ya quedaba poco tiempo para finalizar aquellas prácticas, y debía continuar. Al menos hasta que se las firmasen y así conseguir el título. Pero ese cerdo volvería a la carga. Y encima ahora lo de doña Claudia…

Comenzó a llorar una vez más, mientras daba otra vuelta en aquel camastro donde pasaba las noches. De poco había servido regresar pronto a su casa, si no aprovechaba el tiempo para dormir.

Pero el sueño no venía, pues tenía la cabeza llena de cosas que ocupaban el sitio donde tenían que estar los sueños.

Fue entonces cuando oyó al panadero. Debían de ser las dos de la madrugada, pues era la hora en la que aquel hombre entraba en el local contiguo a su dormitorio, el que estaba pared con pared, y que albergaba un horno de panadería. Un horno que hacía de su propio dormitorio un lugar caliente en invierno, pero un verdadero infierno en el verano. Y aquella primavera se asemejaba ya al verano, con el calor que comenzaría a salir de aquella pared en poco tiempo.

Sus hermanos estaban durmiendo plácidamente en la litera contigua. Una litera que estaba a un metro escaso de su camastro, en lo que era la trastienda de un antiguo local comercial. Su padre había vendido el piso que tenían y había comprado aquel, hacía ya tiempo. La idea era poder vivir durante unos años con la diferencia de precio entre su anterior vivienda y aquella especie de semisótano en el que ahora vivían. Pero la inflación hizo que esa sobre renta se agotara en muy

poco tiempo, y ahora se encontraban sin piso y sin dinero otra vez.

Aquel era un exiguo local de escasos treinta metros cuadrados que agrupaba el salón-comedor que era también la habitación de sus padres, una pequeña cocina de cuatro metros cuadrados, un baño de dimensiones similares, y la trastienda donde dormían aquellos tres hermanos. Un dormitorio sin intimidad, donde solo una cortina separaba la cama de Julia de las literas donde dormía su hermano de quince años, y su hermana de diez.

Había sopesado muchas veces irse a vivir con Mario a aquella habitación donde él vivía en el barrio del Arco. Así podría dejar espacio a su hermano, que ya había comenzado a estudiar duro en el instituto. Podrían quitar su cama y poner una mesa donde él pudiera estudiar sin necesidad de estar en el salón. Sin necesidad de estar al lado de su padre en aquel salón-dormitorio, y que este así pudiera descansar mejor. Pero no terminaba de decidirse, a pesar de que él se lo había pedido varias veces.

Pero ahora, por fin se decidió. La comprensión de Mario, la ternura con la que le trató cuando le dijo semejantes cosas, hizo que las escasas dudas que todavía albergaba con respecto a él se eliminaran por completo.

Sí, eso haría. Se iría a vivir con él, mañana mismo, se dijo, y a continuación se quedó algo traspuesta.

Pero fueron solo tres o cuatro horas de sueño ligero, tras las cuales un sobresalto la despertó. Estaba soñando con “la doña”, que le manoseaba los muslos y los pechos. Un cuerpo de mujer, como el cuerpo de Julia, pero con la cabeza de Stefano… una pesadilla en toda regla que hizo que se despertara totalmente bañada en sudor. El horno del panadero ya estaba a pleno rendimiento, y completamente desvelada se decidió a levantarse. Aunque no entraban en la oficina hasta las nueve, así aprovecharía para avanzar con el trabajo y poder salir un poco antes. Ardía en deseos de que Mario le contara en qué consistía ese trabajo que le había salido.

Hamburgo

El nuevo disco ya estaba grabado y se había puesto en circulación. A pesar de que ya no se vendían discos «físicos», en casi todos los medios digitales y virtuales se solían especificar los nombres de los componentes del grupo, y de los intérpretes de los temas que formaban el álbum.

Pero en esa ocasión se obviaron todos esos detalles. Solo se especificó el nombre de las compositoras —Janet, Eva, Lorraine—, por ese orden, sin hacer referencia a quienes formaban parte del grupo. Había fotografías, eso sí, de todas las componentes, entre las que estaba Rose, al igual que había también retrospectivas de anteriores miembros, como eran Leslie, Alba, e incluso llegaban hasta los miembros fundadores, o sea, Kai Costa y Lawrence Ayers.

Rose llegó temprano al estudio donde se solían juntar las chicas del grupo. Donde hacía solo unos días había estado Bob, el hermano de Eva, sustituyéndole a ella para grabar ese álbum.

Se había despertado más de cuatro horas atrás, en otra de aquellas memorables noches de insomnio. Ya se había acostumbrado al dolor de espalda, pero no así al del estómago, que no le dejaba en paz y le daba agudas punzadas de vez en cuando.

Ante su sorpresa, se encontró con que Eva y Shirley ya estaban allí.

—¿Qué tal estás, Rose? —preguntó Shirley—. Has madrugado mucho hoy…

—¿Quién yo? Pues por lo que veo, vosotras habéis madrugado más.

—Sí, esta noche hemos estado… de fiesta. De hecho, todavía no nos hemos acostado.

—¡Ah! Pues entonces, realmente no es que hayáis madrugado, es que estáis trasnochando…

—Sí, supongo que sí —dijo la otra, con una ligera sonrisa.

—Bueno, y, ¿qué tal? ¿Cómo os ha ido con Bob?

—Pues muy bien, Rose. La verdad es que se ha adaptado a nosotras perfectamente.

—Sí, ya he escuchado el disco. No os puedo negar que lo ha hecho muy bien.

—Mi hermano es un baterista profesional de primera clase. ¿Acaso esperabas otra cosa? —le espetó Eva, con acritud.

—No, no, si yo no esperaba nada..., quiero decir, como es un baterista de jazz, yo pensaba que…

—¡Buenos días, chicas! ¡Qué madrugadoras! —Lorraine acababa de entrar en el estudio, e interrumpió la conversación que se traían—. Estabais hablando de Bob, ¿no es así? Por cierto, ¿sabéis si va a venir hoy? —preguntó, mirando a Eva.

—Pero… —intervino Rose, que se había quedado perpleja al oír esa pregunta de su compañera—. ¿Es que va a seguir viniendo? Quiero decir, él ya ha grabado el disco, y yo me acabo de reincorporar… hoy.

—Mi hermano está en Hamburgo. Por eso no está aquí.

—¿En Hamburgo?

—Sí. Todavía tiene que cumplir unos compromisos con su anterior banda. Pero va a estar solo unos cuantos días. La semana que viene ya estará aquí, a tiempo para asistir al concierto de presentación.

—¿Cómo que para asistir al concierto de presentación? —preguntó Rose, que seguía perpleja.

—Para asistir a vernos tocar, Rose —dijo Eva, casi escupiendo, apretando los dientes, mientras la asesinaba con la mirada. Una mirada que no desvió: sus fríos ojos azules se clavaban en el azul turquesa de Rose como si la estuviera matando. Un azul glacial que la perforaba, como si la estuviera perdonando la vida por haber acudido aquel día al estudio. Unos ojos llenos de odio que solo pestañearon cuando de nuevo se volvió a abrir la puerta del estudio: Janet acababa de llegar.

—¡Hola, chicas…! ¡Pensaba que iba a ser la primera! Bueno, pues así mejor. Así nos dará tiempo a ensayarlo todo. Por cierto, ayer me dijo David que se iba a conectar mediante proyección holográfica… Así, que, me temo que esta vez vamos a estar acompañadas. Venga, ¡no os hagáis las perezosas! —siguió—. Estáis dormidas, ¿o qué?, vamos, ir ajustando los instrumentos, afinando y todo eso, mientras yo reviso unas partituras. En cinco minutos empezamos.

Rose se dispuso a colocar el bombo extra que había encargado, y que le habían dejado en un rincón el día anterior. Lo incorporó junto al otro, e hizo un pequeño ajuste en las manivelas para ladear las cajas principales y acoplar las secundarias y los platillos. Después, insertó el *decoder* en el bombo secundario como le había enseñado Bill, y se sentó a esperar que la jefa terminara de visionar aquellas partituras.

—Vaya, Rose, sí que vas a empezar fuerte —dijo Janet, cuando regresó, mientras la aludida sonreía ligeramente—. Dos bombos, nada menos… Bueno, vamos a ver cómo se porta ese súper brazo.

Empezamos con el single, ¿de acuerdo? Tú das la orden, pequeña.

La chica golpeó tres veces las baquetas, y a la cuarta comenzaron todas a tocar.

La dama de hierro

—¿Qué tal ha ido, Giussepe? —preguntó Luigi.

Esta vez, el gigoló favorito de «doña Claudia» había estado el tiempo acostumbrado, y eso era señal de que habían ido bien las cosas. Además, las risas que había oído en una de las ocasiones en las que pasó por la antesala de aquel dormitorio, dejaban bien a las claras que la jefa se lo estaba pasando bien.

La pregunta estaba de más, pero la hizo por hablar de algo, mientras el hombre pasaba su muñeca por la tableta donde se cobraba el precio por aquellos servicios.

—Ha ido mal, Luigi, creo que no voy a volver más por aquí.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes.

—La has dejado… ¿insatisfecha? —preguntó con cierta ansiedad, temiéndose lo que pasó la otra vez.

—No.

—Pues, ¿qué es lo que ha ido mal? ¿Acaso te parece poco, lo que te estamos pagando?

—No. Desde luego que no.

—¿Entonces?

—Está loca, Luigi. ¡Está loca! Cada vez me pide cosas… que yo no estoy dispuesto a hacer. Cosas imposibles, amigo.

—Bueno, pero tú eres un profesional, ¿no es así? Y de los buenos. Y bien pagado. No sé cuál es el problema.

—Uno tiene su dignidad, Luigi —dijo, mirando hacia otro lado. Después continuó: —Además, me da miedo. Eso es. ¡Me da miedo! Temo que cualquiera de sus arrebatos acabe conmigo, o que manda a alguien a por mí… no sé…

—No será para tanto, Giussepe. La llaman “la dama de hierro”, eso sí, pero solo es en el ámbito de los negocios.

—Esa mujer se comporta igual, esté donde esté. Esa mirada de odio en cuanto le llevas la contraria, esas amenazas veladas... No estoy cómodo, Luigi, y por eso te digo que no voy a volver.

El mayordomo vio todo perdido si el gigoló cumplía con lo que decía. Aquel hombre era lo único que amansaba de alguna manera a aquella

fiera, y sin ese escudo, él podría ser su próxima víctima. No estaba dispuesto a que se marchara así como así, y le intentó amenazar:

—No te será fácil librarte de Claudia. Cuando esa mujer se empeña en algo, no suele parar hasta que lo consigue. Y está encaprichada contigo. Si no vuelves, irá a por ti, y será mucho peor.

—Me da igual —respondió, lacónicamente—. Correré el riesgo.

—La otra vez, sí estabas, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—El otro día. Cuando vino tu compañero.

—No, no estaba —dijo, mirando hacia otro lado—. Había tenido que salir… por un asunto urgente. Eso es. Una cosa relacionada con mis padres.

—Ya, ya veo —el mayordomo terminó de comprender, e insistió una vez más, aunque sabía que probablemente sería en vano:

—Piénsatelo bien, Giussepe —le dijo, con la mirada seria—. Piénsatelo… si sabes lo que te conviene.

Dosis de adrenalina

Rose terminó relativamente satisfecha de su primer ensayo tras su reincorporación. Había llegado muy nerviosa, y también muy cansada tras pasar otra noche infernal. Pero el enfrentamiento no verbal que mantuvo con Eva le insufló unas dosis de adrenalina que le sirvieron de mucho para superar aquel día.

Había usado, cómo no, las técnicas que le enseñó Bill, y por lo que le pareció, ni Eva ni Shirley parecieron haberse dado cuenta. Sí que se dio cuenta Janet, quien la miró un par de veces con extrañeza, y también Lorraine. Pero las dos guitarristas no parecieron inmutarse. Se mantuvieron durante toda la actuación mirándose la una a la otra, sonriendo y guiñándose los ojos sin mirar a Rose en toda la mañana. Tan solo miraban de vez en cuando a Lorraine y por supuesto a Janet, pues fue quien dirigió todo el ensayo.

David Jones asistió solo de forma puntual al mismo a través de proyección holográfica, aunque no se dejó ver. Solo conectó su parte del proyector, con lo cual se supuso que estuvo asistiendo a un concierto en directo en la comodidad de su despacho.

El siguiente día las cosas habían cambiado. Las dos guitarristas ya no estaban tan tirantes con ella, e incluso se permitieron gastarle algunas bromas simpáticas que Rose agradeció. Parecía que habían vuelto a ser las de antes…

Por el contrario, el ensayo a ella le salió peor. Se equivocó varias veces en ciertos pasajes, y volvió a cometer los mismos errores cuando un poco después repitieron esas mismas canciones. Por si fuera poco, y para intentar compensar esas equivocaciones, se dejó llevar por el ímpetu y su brazo biónico hizo de «ametralladora» en un par de ocasiones, para sorpresa de todas. La cosa pintaba mal, desde luego, aunque al igual que el día anterior, las dos guitarristas ni se volvieron a echarle una mirada, aunque fuera de reproche.

El tercer y último día de aquellos ensayos antes del concierto, un recital que se iba a celebrar el sábado siguiente en el estadio de los Chicago Bulls, fue una mezcla de los dos días anteriores. Rose ya no volvió a dar rienda suelta a sus impulsos con el objeto de no volver a realizar la famosa ametralladora, y se concentró en realizar las técnicas que le había enseñado su maestro. Pero, aun así, estas no le salieron bien, a pesar de que las había ensayado miles de veces en su casa. Ensayos que, por otra parte, nunca habían salido del todo perfectos.

Aun así, Rose terminó relativamente satisfecha. Había estado a la altura de las circunstancias, o al menos así lo creía ella.

Proteínas vegetales y grasas hidrogenadas

Terminó de darse la ducha y se dispuso a marcharse, pero su padre estaba levantado cuando salió del cuarto de baño. Era raro verle sin estar tumbado, fuera de aquel sofá-cama en el que dormía con su madre, quien permanecía todavía allí con la espalda vuelta hacia ellos.

—Hija… ¿dónde vas tan temprano?

Aquel despojo humano que era Pietro Puccini le observaba con la mirada fija, como perdida, dentro de aquella cara demacrada, huesuda y llena de tristeza. Quien había sido un hombre fuerte y robusto, la crisis primero, y el confinamiento después, lo habían convertido en lo que era ahora. Habían arruinado a la familia y habían convertido a su generador de ingresos en una especie de fantasma que vivía gracias a las pastillas que puntualmente se tomaba cada pocas horas.

Fue al verle así, de aquella manera, cuando Julia volvió a maldecir a aquellos políticos populistas a quienes la locura había llevado a parar la economía para proteger a unos pocos, aun a costa de conducir a tantos millones de personas a una crisis existencial como aquella en la que se encontraba su padre, y por ende toda la familia. En cualquier caso, se consoló, aquel enésimo confinamiento no había hecho más que agravar una crisis que ya existía desde hacía tiempo.

—Me he desvelado, papá —replicó—. Y con el calor del horno ya no me puedo dormir. Me voy a la oficina a ver si adelanto el trabajo. A ver si con un poco de suerte, puedo volver más pronto esta tarde —le susurró, intentando contener la voz para no despertar a sus hermanos.

Pero el hombre comenzó a llorar, y la hija le condujo hacia la cocina para evitar despertar a su madre.

—No llores, papá… Anda, tranquilízate… ¿Te has tomado ya la pastilla? La de por las mañanas.

—Todavía no me toca, hija —le respondió, entre sollozos, mientras la chica le abrazaba—. No teníamos que haber vendido el piso, Julia. Pero yo pensaba que encontraría algún trabajo antes de que se nos acabara el dinero…

—No tienes que arrepentirte de nada. Hiciste lo que creías que era lo más adecuado. Es esta dichosa crisis… que ya dura demasiado.

—De habernos quedado allí no tendrías el problema con el horno del panadero. Pero ya ves… ahora no tenemos ni para comprar un aparato de aire acondicionado. No quiero ni pensar cuando llegue el verano lo mal que lo vas a pasar…

—No es para tanto, papá. Todos los veranos nos pasa lo mismo, y ya ves, aquí sigo.

—Sí, pero ahora tienes que ir a trabajar, tienes que descansar por las noches para poder rendir. Ya no es como antes, cuando no trabajabas…

—Eso no va a ser problema, papá —contestó, y entonces aprovechó para decirle lo que había pensado hacer—. He decido irme a vivir con Mario, y así no tendremos más que preocuparnos por eso. Así ahorraremos algo de agua, y de electricidad... y de comida también, porque según me ha dicho, ha encontrado un trabajo y así podremos comer los dos en su casa.

Su padre no contestó de inmediato, y siguió mirándola con esa cabeza baja, con esos ojos tristes que se elevaban para contemplar a su hija. Después se puso a mirar hacia abajo, y finalmente rompió a llorar otra vez.

—Papá… ¿por qué lloras ahora?

—Te voy a echar mucho de menos si te vas, hija…

—Pues entonces me quedo, papá. Si tú vas a estar triste por eso, pues me quedo.

—De ninguna manera —respondió, con determinación, mientras se secaba las lágrimas con una gamuza—. Tú tienes que hacer tu vida, y mi tristeza será mayor si te quedas aquí, pudiendo irte.

—¡Oh, papá! —exclamó, mientras le abrazaba de nuevo. Padre e hija se fundieron en un abrazo que finalmente interrumpió Pietro, para decirle:

—Vete ya, Julia, no quiero entretenerte más. ¿Has desayunado?

—No, papá, no tengo hambre. Quiero irme cuanto antes a la oficina para poder avanzar.

—Ayer no cenaste cuando llegaste… No quiero que caigas enferma, Julia. Llévate aunque sea una bolsa de proteínas y te la comes por el camino —sugirió, mientras abría la nevera y sacaba del interior uno de aquellos asquerosos paquetes.

Eran bolsas de pequeños pedazos de formas proteínicas vegetales que estaban hechas con diversos alimentos baratos, constituidos principalmente por grasas saturadas e hidrogenadas, altamente nocivas para la salud, aunque permitidas legalmente. Se recomendaba un consumo moderado de aquel “pienso” como se le llamaba despectivamente, pero millones de familias en Italia y en otros países europeos no comían otra cosa.

Julia miró con asco aquel paquete y le dijo a su padre:

—No me apetece, papá, de verdad. No tengo hambre. Cuando llegue a la oficina sacaré algún bollo de la máquina. Quedároslo para vosotros, que lo necesitaréis.

Una cara humillada

Había llegado la primera a la oficina del mánager, y se extrañó que las otras no hubieran llegado todavía. Faltaban dos días para el concierto, y suponía que aquello iba a ser la típica «arenga» que David siempre les prodigaba antes de cada temporada. Aquello de: «muy bien, chicas, este álbum va a ser todo un éxito, estoy muy contento con el trabajo que habéis realizado, quiero que lo deis todo en el concierto del sábado, no espero menos de vosotras, etcétera, etcétera».

El hecho de que no estuvieran Eva y Shirley era extraño, no porque ellas fueran especialmente puntuales con las citas, pero sí porque siempre lo eran en demasía cuando el mánager las llamaba.

La secretaria le había dicho que se sentara en uno de los cómodos sillones de la antesala del despacho, y allí permanecía mientras venían sus compañeras.

Rose no era una persona de consultar las tabletas cuando esperaba, sino que, por el contrario, se dispuso a observar la oficina donde se encontraba.

Aquella era una oficina moderna; demasiado para una *drifter* de pura cepa como era ella. Del techo colgaban extraños aparatos electrónicos que no supo identificar, mientras proyecciones holográficas aparecían aquí y allá de forma espontánea. El salón de espera era amplio, y solo al fondo se podía ver una pequeña oficina llena de proyecciones de lo que suponía eran los trabajadores o los administrativos con los que contaba el mánager.

La única parte «normal» de aquellas dependencias era la secretaria, una chica de unos veinte años, perfectamente vestida y peinada que más bien parecía un maniquí, y que solo pareció moverse cuando le dijo:

—El señor Jones me acaba de solicitar que proceda usted a entrar en su despacho. Muchas gracias.

Rose estuvo a punto de decir alguna tontería del estilo de lo que la chica acababa de decir, pero se lo reservó, y «procedió a realizar la entrada». Una entrada cuya puerta por dentro estaba lejos del habitante del despacho. Se le veía allí, al fondo de la inmensa estancia, cuyo espacio central posiblemente estaba vacío para poder albergar los hologramas con los que se entretenía. El mismo sitio donde estuvo ella representada, seguramente, durante los ensayos.

David Jones era un tipo corpulento, de unos cincuenta años, con el

pelo teñido y una mirada extraña que escondía unos pequeños ojos oscuros. Según avanzaba hacia la mesa que estaba al fondo, él parecía no inmutarse, y permanecía recostado en su sillón de cuero color crema, a juego con el traje del mismo color, mientras miraba a un punto indeterminado que se encontraba detrás de ella.

—Hola David. ¿No esperamos a las demás?

—Las demás no vendrán hoy, Rose, vendrán mañana.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—Pero… no entiendo… —intentó comprender mientras se sentaba en una de las sillas que había delante de su mesa.

—A ver, bonita, por dónde empiezo… —comenzó a decir, mientras el corazón de Rose latía a toda velocidad—. Bueno, voy a empezar por lo más fácil, al menos para mí. Ante todo, no quiero que le eches la culpa a Janet. Te ha defendido como si fueras una hija... La verdad, yo sabía que os llevabais bien, pero nunca imaginé que fuera la cosa para tanto. Pero si ella es una madre, yo tengo que comportarme como un padre, como el padre que soy de todas vosotras, en cierto modo. Y a veces es necesario sacrificar una parte para salvar al todo. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —musitó Rose, con una cara que lo decía todo.

—Así, que, dicho esto, ya no me voy a andar por las ramas: Bob te va a sustituir en el concierto del sábado. Ahora mismo está volando desde Hamburgo, y tras recuperarse mañana del jet-lag, espero que esté a punto ese día para hacer el mejor concierto de su vida.

—Pero, David…

—Espero que haga el mejor concierto de su vida, Rose, porque estoy seguro de que, si te dejo a ti que lo hagas, nos chafarás a todos el inicio de la temporada. Así de sencillo.

—David, ¿tú sabes todo lo que yo he trabajado para llegar hasta aquí?

—Sí, ya sé que has entrenado mucho y todo eso, pero…

—No solo ha sido en estos tres meses —interrumpió—. Ha sido en toda mi vida, ¿sabes? Llevo tocando la batería desde que era una niña, mi maestro ha sido Billy Drake ¡Nada menos que Billy Drake! Ya quisiera cualquier baterista del mundo… ya quisiera Bob Maller haber tenido como maestro a ese gigante… ¿y tú vienes ahora y me dices que ya no sirvo?

El mánager la observaba sin cambiar de posición, reclinado en el

sillón, con las manos entrelazadas sobre la barriga, y mirándola fijamente. Ella siguió:

—Puede ser que yo haya bajado mi rendimiento antes del accidente; puede ser que este brazo no me esté funcionando todo lo bien que yo quisiera. Lo admito. Pero aun así, creo que tengo méritos más que sobrados para permanecer en este grupo —dijo, sin amilanarse.

El otro seguía mirándola fijamente, sin cambiar de expresión, y durante unos segundos permaneció así, a pesar de que ella ya había terminado de hablar. Entonces tomó la palabra.

—Eso de los maestros… a mí me importa un bledo. ¿Sabes? Por ejemplo, ¿quién fue el maestro de tu tío Kai?

—Nadie.

—Bueno, eso no es lo que decía él. Siempre dijo que su maestro fue un tal Filipe Da Silva, un tipo que nadie conoció, y que como mucho sería un profesor en una academia de tercera clase.

—Y, ¿qué me quieres decir con eso?

—Pues que, al igual que el maestro no hace al alumno, también sucede al contrario, *nena*. El hecho de tú haber aprendido de Bill Drake, no implica necesariamente que tú vayas a saber hacer lo que hace él. Porque esto es cuestión de arte, a ver si lo entiendes, y el don, o la habilidad, se puede cultivar, sí, pero los buenos músicos lo tienen de forma innata, y el aprendizaje solo complementa lo que ya se tiene. Lo que tú no tienes, para que me entiendas.

—¿Lo que yo no tengo?

—Lo que tú no tienes, preciosa —respondió, con una sonrisa sarcástica —. Mira, bonita—siguió, incorporándose ligeramente—, tienes que agradecer haber estado cinco años con nosotros. Yo no era muy partidario de darte esta plaza, la verdad. Pero tenías una cara preciosa y un cuerpo escultural —constató de nuevo, tras echar una mirada a sus pechos—, y la verdad es que no desentonas con el resto de las chicas. Aun así, eso no es suficiente. Chicas guapas, hay muchas. Pero Janet te apoyaba con firmeza, y además estaba el hecho de que eres hija de Adam White y sobrina de Kai Costa. Pensé que, aunque solo fuera por eso, podrías ser un buen reclamo. Además, el tipo de música “suave” que hacía el grupo cuando tú entraste se adaptaba a tu forma de tocar, más o menos. Aunque quizás algo menos que más. Pero bueno. Funcionó durante los primeros años y todos ganamos dinero, que es de lo que se trata. Pero eso se acabó.

—Tu tío sí que era bueno —siguió—. Era el músico más completo que se ha visto en décadas. Buen guitarrista, buen bajista, mejor

compositor... Lástima que no hubiera estado conmigo —se lamentó—. Pero el talento no se hereda necesariamente y menos en tu caso, pues Kai Costa solo era tu tío… político —dijo, casi deletreando la última palabra—. Pero los White no sois una familia de buenos músicos. Tu padre y tu madre son buenos cantantes, y tu tía también lo era. Pero no saben tocar. Tu madre y tu tía solo tocaban la pandereta, y tu padre es un guitarrista… bastante normalito. Pero sí tienen todos una buena voz —se detuvo—. ¿Tú sabes cantar, Rose? Quizás ahí destaques, como ellos. Estás acabada para la batería, desde luego, pero quizás, si cantases… yo podría hacer algo por ti. Podría hacer algo, si tú me dieras algo a cambio, naturalmente.

Él se puso de pie, y se colocó detrás de ella, y le puso las manos sobre los hombros tras retirarle el pelo hacia atrás.

—Yo creo que podría hacer algo con tu voz, Rose, porque estoy seguro de que tienes que tener una bonita voz… sí, muy bonita.

Según decía eso, comenzó a bajar lentamente las manos desde el cuello, introduciéndolas por el interior de la blusa y del sujetador, hasta que finalmente las apoyó sobre sus pechos. Ella en un principio se dejó hacer, pues estaba totalmente confundida y aturdida. Por un momento le recordó al gesto que solía hacer Jack cuando la veía, aunque él lo hacía desde abajo y no desde arriba. Pero aquellas no eran las manos fuertes y rugosas del indio. Por el contrario, eran unas manos pequeñas, lisas y ligeramente húmedas que le dieron una repugnancia vomitiva. Entonces se levantó con furia y le soltó una bofetada mientras le miraba con una cara de absoluto desprecio:

—¡Cerdo! ¡No vuelvas a tocarme en tu vida! —le gritó, para dirigirse a continuación y a toda velocidad hacia la puerta del despacho.

—Ya volverás a mí, Rose ¡Ya volverás! Y aquí te estaré esperando… ¡Te estaré esperando, nena! —contestó, mientras su mano derecha se posaba sobre su cara, intentando mitigar el dolor. Una cara humillada por un brazo biónico que no servía para nada.

El volcado del chip

—Stefano Rizzi. 49 años. Soltero. Sin familia, a excepción de una hermana.

—¿Antecedentes?

—No. Pero sí tiene varias denuncias puestas. Algunas por maltrato, de hace ya tiempo. Dos denuncias por violación, recientes, pero archivadas por falta de pruebas.

—¿Algo más?

—A ver… Sí. También hay una denuncia de Stefanía Rizzi… debe ser la hermana.

—¿Razón?

—A ver… déjame leer… Sí, parece ser una disputa por una herencia… Encima salió perdiendo la hermana… no creo que se lleve nada bien con él.

Cuando el primer vecino de aquel portal salió a trabajar a la mañana siguiente, se encontró *el regalito* que le habían dejado a su comunidad de vecinos. Lo primero que hizo fue llamar a la policía, quien al llegar al lugar de los hechos llamó al juzgado de guardia. Cuando llegó el forense, certificó la muerte por asesinato de la víctima debido a una «incisión con objeto punzante en cuello con salida por parte trasera y seccionamiento de la vena yugular».

El agente de los *carabinieri* que se personó allí realizó un volcado del chip de proximidad, y lo transmitió a la comisaría del barrio del Arco, donde un inspector y un subinspector de las fuerzas del orden estaban consultando en el servidor los datos del muerto que obraban en los archivos de la policía.

—¿Qué dice el informe del agente? ¿Habló con los vecinos?

—Sí. Dicen que oyeron gritos de madrugada. Un hombre gritó como si le estuvieran retorciendo los huevos —palabras textuales—, y después se calló al instante.

—Le aplicarían una corriente con un táser, antes de pincharle.

—Sí. Seguramente.

—¿Oyeron algo más?

—Sí. Oyeron a otra persona, hablarle una frase que no entendieron. Un hombre.

—Obviamente. Para hacerse con este rinoceronte no creo pudiera hacerlo una mujer. Y… ¿vieron algo…?

—Nadie vio nada. Parece ser que tuvieron miedo de asomarse. Las peleas por allí son frecuentes, y a nadie le apetece que se queden con su cara. Y la cámara de la calle, por supuesto, estaba rota.

—Ya —dijo el inspector—. Bueno, vamos a ver qué nos dicen los archivos de Hacienda.

El subinspector solicitó los datos fiscales en su pantalla, y dijo:

—Stefano Rizzi, con número de contribuyente NF4589579521…. Aquí está.

El subinspector se puso a consultar la información que tenían las autoridades sobre el sujeto, para poder comprobar quién era, y cuál era su patrimonio y sus propiedades.

—Este tío está forrado, jefe. Estaba, quiero decir. Además, se ha comprado un *casoplón* impresionante… hace poco. Cerca del Palatino.

—Un pájaro de altos vuelos… ¿qué haría por este barrio?

—Un putero, jefe. Seguro que vendría del Hotel Olimpo. No creo que se conformara con menos.

—Sí, seguramente. Habría formado alguna bronca allí, o habría pegado a alguna chica… El chulo debió seguirle y se lo cargó.

—Tiene toda la pinta.

—¿Qué más dicen los de Hacienda? ¿La profesión?

—Periodista.

—¿Periodista?

—Así es. Trabaja en Proseismedia. Trabajaba, quiero decir.

—Puf… —suspiró el inspector—. Y con ese sueldo, es un alto cargo… Aquí nos la jugamos, me temo.

—¿Por qué?

—Pues porque es periodista. Con estas mimbres lo que me pedía el cuerpo era indagar un poco y cerrar el caso si no vemos nada claro, que será lo que seguramente ocurra. Pero al ser periodista… estos nos pueden hacer mucha pupa si les apetece, y pueden venir palos gordos desde arriba. Desde muy arriba. Tenemos que hablar con el comisario, y que él decida. Anda, vente conmigo. Vamos a ver si no está muy ocupado, y nos puede atender.

Una aguja rota

Totalmente confundida, aturdida, desconcertada y dolida. Muy dolida. Así llegó Rose a la calle tras mantener esa conversación con su mánager.

Sintió una aguda punzada en el estómago nada más pisar la acera. Una punzada más dolorosa que las que tenía habitualmente, y entonces se agachó y se puso de cuclillas con las manos sobre el abdomen. Entonces comenzó a llorar. Era un llanto de rabia, de furia, de hartazgo, y no tanto de pena. Pero sí de dolor. De mucho dolor.

La punzada se le pasó un poco y se puso de pie. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó algo las lágrimas. Quería correr, y corrió todo lo que pudo. Quería escapar de allí y alejarse de esa zona de la calle, de la puerta de ese edificio de oficinas que le había destrozado la vida. Corrió, y corrió como corrió Jack cuando se alejaba de aquella infausta clínica… hasta que se le rompió la aguja de uno de aquellos zapatos de tacón de aguja. Entonces se lo quitó, se quitó también el otro zapato, y se puso a correr descalza. Corrió hasta que no pudo más, y cuando ya no pudo más se paró, sofocada, y se recostó sobre uno de los coches que estaba aparcado en esa calle. Otra vez la punzada… Solo que esta vez no se agachó. Siguió andando, más despacio, intentando pensar. Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba contarle a alguien lo que le había pasado. Y ese alguien no podía ser Janet. Ella conocía esta encerrona y no le había avisado. Sabía que la iban a despedir, y se lo había ocultado.

Entonces pensó en llamar a sus padres. Contárselo todo a su padre, y esperar el consuelo. Pero eran casi las ocho de la tarde, y ya sería madrugada en Inglaterra.

Siguió andando sin rumbo fijo, y los pies le comenzaron a doler por andar sin calzado durante tanto tiempo. Entonces se dio cuenta de que sus pasos la habían llevado cerca de la consulta de John, y se alegró sobremanera, comenzando a correr de nuevo en dirección a ese lugar. Ya había pasado la hora de los tratamientos y seguramente estaría todavía en la consulta revisando los informes y preparando las clases del día siguiente. Sí, se lo contaría a John; él la escucharía. Le debía una a su entrenador. Todas aquellas clases no habían servido al final de mucho, pero él había hecho todo lo posible para que no fuera así. Había comenzado a quererle como algo más que a un amigo cuando terminó el entrenamiento, y ahora deseaba ardientemente entregarse a él.

El comisario

—Si le hubieran encontrado en cualquier otro barrio, os estaría diciendo ahora mismo que mandarais a toda la artillería a buscar hasta debajo de las piedras al asesino de este tipo. Estos cabrones de los periodistas tienen mucho poder y pueden formar un revuelo de tal calibre, que conseguirían hasta que nos echaran a todos si no damos con quien lo mató.

—Ya veo por donde va, comisario —dijo el inspector.

Los tres hombres se reunían en el despacho del jefe de la comisaría, para obtener órdenes sobre cómo actuar. El subinspector Peroni se mostraba algo confuso, pues no terminaba de entender que hubiera que obrar con tanta cautela. Entonces preguntó:

—¿Qué tiene que ver el barrio?

—Pues porque está claro que ese tío venía de estar con las putas del Olimpo, y le debieron matar por propasarse allí. No creo que sus colegas se sientan muy cómodos al airear que uno de los suyos, y precisamente uno de los gordos, sea un tipo de esa calaña.

—Ya entiendo… Vamos, que pueden venir palos, tanto si nos pasamos, como si no llegamos…

—Efectivamente. ¿Recordáis lo que pasó hace poco, cuando secuestraron a aquellos periodistas que cubrían las acciones de la guerrilla de Mali?

—Ya lo creo —afirmó el inspector—. Los del Ministerio enviaron a un negociador de los cuerpos especiales, y finalmente fletaron un avión de las fuerzas aéreas, que les trajo para Italia.

—Y además pagaron el rescate que pedían… con dinero del Estado, naturalmente. Vamos, igualito —dijo con ironía el comisario—. Igualito que lo que pasó un poco antes, con una familia de cooperantes en Nigeria. ¿Lo recordáis?

—Sí. Ahí nadie hizo nada —afirmó el inspector, que se apresuró a contestar—. La familia tuvo que organizar una colecta de forma privada para pagar el rescate, y al final acabaron asesinados de todas maneras. Es una vergüenza, comisario.

—Pues es lo que os digo. Si hubiera muerto en otras circunstancias nos tendríamos que poner las pilas. Pero así…

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el subinspector.

—Pues habrá que buscar un término medio. Sin airear demasiado el

asunto, y sin hacer demasiadas preguntas. Pero que tampoco nos acusen de que no hemos hecho nada. Haremos lo que dicta el protocolo, sin más.

—¿Y es? —inquirió el inspector, que intentaba ir con pies de plomo.

—Lo primero extraer todas las muestras de ADN que se encuentren en la ropa del muerto. Que las pasen por la máquina de barrido y que extraigan las cantidades y los tipos diferentes de muestras que se encuentren. Ahí aparecerán las muestras que van, desde el tintorero que le limpió la chaqueta hace un mes, hasta las pequeñas partículas de saliva que hayan podido caer de la boca del asesino. Pasando lógicamente por las muestras de sus empleados, de la gente con quien se relaciona, y de las putas con las que estuvo. Pero si por casualidad alguna de esas muestras coincide con alguien que no estaba en el Olimpo, ni había estado últimamente con él, pues ya le tendremos.

—Siempre y cuando esté fichado, jefe. Pues la ley nos prohíbe tener un banco de muestras de toda la población. Puede que descubramos muestras importantes en cantidad, pero que no podamos identificar con nadie porque no figuran en el banco.

—Ya, inspector, eso es algo que venimos defendiendo desde hace tiempo. Pero los políticos se niegan, y además de forma interesada, ya me entiende. Pero no sé por qué lo ven tan mal. Si tenemos un banco de huellas dactilares de todo el mundo, ¿por qué no del ADN?

—Pues por eso, porque a ellos no les interesa. Por si va contra ellos y contra sus propios delitos.

—Sí, lo de siempre. En fin, pues eso. A ver si hay suerte con las muestras, aunque lo dudo. Y también, lógicamente, hay que ir al Olimpo y preguntar qué fue lo que pasó. Si es que venía de allí, claro.

—Lo más seguro. Con la pasta que tiene este tío no creo que tuviera intención de alquilar alguna puta callejera que le llevara a un antro de mala muerte.

—Sí, es lo más probable, aunque también puede ser que se encaprichara de alguna que vio por la calle y que *estaba buena*. Hay mucho intrusismo en esa profesión, ya saben. Ahora hay amas de casa poco trilladas que se brindan para poder llegar a fin de mes.

—Habrá que hacer un barrido completo, entonces.

—Me temo que sí.

—¿Y con respecto a los compañeros de trabajo? ¿Investigamos algo por ahí?

El comisario pensó por un instante y dijo:

—No, de momento. No creo que sacáramos nada, aunque alguno no tuviera coartada. Todos tendrán su ADN en las ropas o en la cara del muerto, y es difícil pillarles así. A no ser que alguno estuviera fichado, cosa que dudo. No —continuó—. Mejor no perder el tiempo por esa vía. Si en el Olimpo reconocen que estuvo por allí, o si conseguimos dar con la chica con la que estuvo, estoy casi seguro que le tuvieron que matar por algo que hizo aquella noche, y ese es el camino de investigación que tendremos que seguir.

—Además —continuó, tras pensar un momento—, si empezamos a preguntar a los compañeros las preguntas habituales, pueden creer que sospechamos de ellos y se pueden molestar.

—Y podríamos recibir una llamada “de arriba” dándonos una colleja.

—Así es, inspector.

—Pero, ¿por qué? No comprendo cómo nos pueden recriminar por hacer nuestro trabajo… —el subinspector era novato y no conocía los entresijos de la alta política.

—Vamos a ver, Peroni, está muy claro —replicó el inspector—. Esa gente tiene confidentes en los juzgados y estoy seguro de que conocen los trapos sucios de nuestros jefes. Alguna corruptela o algo que tienen en un cajón esperando sacarlo a la luz a cambio de algo. Normalmente es a cambio de que investiguemos a rivales de sus clientes, o a algún político contra el que están en contra, o cualquier historia en la que pongan el foco para satisfacer sus intereses. Y si les *tocamos las pelotas*, pues pueden poner a más de uno colorado, y nos puede caer *la del pulpo*. A mí o al comisario, o a ti mismo, nos pueden poner en «el dique seco» y no ascendernos en la puñetera vida. O mandarnos a una cloaca peor que esta.

—O expulsarnos del cuerpo, mismamente. Se pueden inventar cualquier «abuso» que hayamos cometido con un detenido, o cualquier intento de prevaricación, y pedir nuestra cabeza; es peligroso, muchacho. Hagamos nuestro trabajo, sin salirnos del protocolo, y así nadie nos acusará de nada.

—Ya veo. Y el protocolo dice que hay que seguir los indicios.

—Efectivamente. Y los indicios nos dicen que hay que buscar entre las putas. Porque, entre otras cosas, yo creo que es allí donde encontraremos las respuestas. No me cabe ninguna duda. Lo más probable es que cuando recibamos el informe definitivo del forense, este nos diga que había tenido relaciones sexuales hacía nada, y si viviendo donde vive estaba por allí, pues ya me diréis a qué había ido.

—Está bien, comisario —dijo el inspector—. Otra cosa. Este hombre

no tiene familia. Tan solo una hermana con la que creemos que no se habla, pues le denunció por un asunto de la herencia, cuyo caso, además, perdió ¿A quién avisamos del fallecimiento?

—¿No tenía ningún contacto para emergencias en su chip de proximidad?

—Ninguno.

—Pues está claro que a la hermana no la podemos avisar. Quizás se quiera vengar de él denigrándole aun estando muerto. Y volveríamos a lo de siempre. Los periodistas verían manchada «su reputación» y nos acusarían de haber vulnerado su privacidad.

—Pero el protocolo nos dice que tenemos que avisar a alguien…

El comisario miró hacia un lado, pensó por unos instantes, y luego dijo:

—Avisaremos a su empresa. Poneos en contacto con el departamento de Recursos Humanos de Proseismedia, y pedir que os pasen con el máximo responsable. Y que se identifique fehacientemente. No quiero luego líos. No quiero que nos acusen de que se lo hemos dicho a un *mindundi* cualquiera. Y le decís solamente que llamáis para informar de su fallecimiento. Ni que ha sido asesinado, ni dónde se ha encontrado su cadáver, ni nada. Ellos sabrán qué hacer.

Ya se había serenado un poco cuando llegó frente a la entrada. Entró en el portal y subió al primer piso, que era donde se encontraba la consulta. Entonces arrimó su chip de proximidad, que llevaba bajo la dermis de su muñeca izquierda, y la puerta dejó escapar un *clic* sordo, como había habitualmente.

En la recepción no estaba Helen, y eso le animó todavía más. Aquella mujer había terminado por caerle un poco mal, sobre todo desde aquella vez en la que le insinuó aquello sobre Jack. Después entró en la consulta de John, y allí no le vio. «Seguramente estará en el *office*», se dijo.

Entonces abrió la puerta de aquella estancia… Y en ese momento se llevó el segundo chasco del día.

Al ir descalza, no había alertado a las personas que estaban en esa habitación, que no esperaban en absoluto que ella les pillara de esa manera. Porque lo que vio allí le horrorizó de tal forma, que tardó mucho tiempo en olvidarlo. Porque allí, en uno de los sofás cheslón que se encontraban enfrente de la puerta, se encontró a John y a Helen, desnudos de cintura para arriba, mientras se besaban y se acariciaban el uno al otro.

Sin decir nada, se dio la vuelta y se dispuso a salir de allí, pero él la alcanzó antes de llegar a la puerta.

—Espera, Rose, espera… no te vayas, ¡por favor!

Ella se soltó bruscamente del brazo que la agarraba y le dijo:

—¡Pero John! ¡Es tu hermana!

—No… no es mi hermana…, anda, ven, por favor… ven conmigo… —rogó, mientras volvía a tomarla del brazo, suavemente.

Esta vez las palabras suaves hicieron su efecto, y se dejó llevar acompañando al hombre hacia el interior del *office*. Allí seguía Helen, ya de pie y con una camisa puesta a medio abrochar.

—Entra, por favor, no te preocupes por nada. Entra conmigo…

Rose estaba totalmente bloqueada y ahora más confundida que nunca. Se dejó llevar por John, quien se sentó con ella en el otro sofá, al lado de donde los había visto.

Entonces la abrazó, y comenzó a besarla a continuación. Pequeños besos por el cuello, luego en la mejilla, luego en la boca. Ella no

respondía, y seguía bloqueada, aunque tampoco le rechazaba. Entonces notó cómo una mano se posaba sobre sus muslos, mientras otra intentaba desabrocharle la blusa. Pero esas manos no eran las de John… sino las de Helen.

Eso la hizo salir de su ensimismamiento, y se levantó con brusquedad.

—¡Ya está bien! —exclamó—. ¡Ya está bien! —gritó, mientras se alejaba de allí en dirección a la puerta—¡Me dais asco los dos! ¡Me dais asco! —bramó. Pero esta vez no la siguió John, sino Helen.

Mientras avanzaba por el pasillo de la consulta, notó que alguien la seguía, pero no se dio la vuelta. Siguió avanzando con paso firme, hasta que finalmente oyó a la mujer, que le decía:

—¡Tú sí que das asco, Rossie! ¿Qué os creéis los *drifters*? ¡Eh! Mucho comer carne, mucho amor tradicional… y ¡luego te pones un brazo biónico! ¿Por qué no te has quedado manca? ¿Eh, Rose? Porque eso es lo que eres, por si no lo sabías… ¡Manca!

Una ausencia prevista

Llegó la primera a la oficina, como esperaba. Normalmente eran las cuatro redactoras quienes inauguraban la jornada y los becarios comenzaban a llegar después, poco a poco. Por las jornadas maratonianas que hacían, les concedían un cierto favor para que Stefano no les penalizara demasiado si llegaban un poco tarde. Un poco tarde, que no demasiado. Unas penalizaciones que nunca se ponían, pues el propio penalizador era raro el día que llegaba antes de las diez de la mañana, sobre todo los viernes.

Pero aquel viernes eran ya las doce y todavía no había llegado.

—Esto no es normal —afirmó Carla—. Siempre suele avisar cuando no va a venir.

—Quizás le haya surgido algo de última hora, y esté al caer —dijo Julia.

—Hubiera avisado, de todas maneras.

—Bueno, pues mejor así, ¿no? Los días que no ha venido, yo he estado en la gloria.

—Sí, claro, pero yo tengo que tratar asuntos con él, y lo sabe. Hoy tenemos que entregar un reportaje que nos hemos comprometido con unos anunciantes y él tiene que darme el visto bueno. Si tarda un poco más tendré que entregarlo sin que lo vea, y luego se va a cabrear.

—Pues que hubiera venido antes, ¿no?

—La culpa nunca es suya, Julia. Me dirá que lo tenía que haber acabado ayer. Siempre está igual. Y lo peor es que Laura tampoco sabe nada.

—¿Laura?

—Sí, de todas las redactoras, es quien tiene más confianza con él. Es a quien avisa siempre de todo.

A Julia le daba igual todo eso. Al contrario, estaba encantada de que aquel cerdo no apareciera por allí. Quizás con un poco de suerte se podría librar de lo de doña Claudia, y además seguía con Buddy, el robot “ligero”. ¿Qué más podía pedir?

Pues podía pedir que Mario le hiciera algo de caso. Tenía pensado decirle que se iba a marchar con él a vivir a su habitación de aquel piso compartido, pero su novio estaba más serio que nunca. Apenas le había saludado por la mañana, cuando normalmente le solía prodigar

una más que generosa sonrisa. Por si fuera poco, cada vez que se abría la puerta de *la pradera*, giraba la cabeza hacia la misma, como si estuviera esperando a alguien que no acababa de llegar. Estaba como intranquilo… Parecía casi más ansioso ante la ausencia de Stefano que la propia Carla.

¿Qué le pasaría?, se preguntó. ¿Por qué estaría tan frío con ella? Siempre dudó de contarle lo que le había pasado con el jefe por si él la rechazaba, y ahora sus peores temores se habían confirmado. Pero entonces, se preguntó, ¿por qué el día anterior se lo había tomado de aquella manera? ¿Por qué la había arropado con esa comprensión? Con esa ternura…

—A ver, chicas…, Mario. Hay noticias del jefe —comenzó Laura a decir, quién se levantó de su sitio para ponerse de pie y mirar a todos sus compañeros—. Me acaban de llamar de Recursos Humanos. No os lo vais a creer, pero… Ya no va a venir más —dijo, y entonces hizo una pausa. Su semblante era una mezcla de sorpresa y de satisfacción. Una media sonrisa burlona que auguraba lo que dijo a continuación:

—Me acaban de decir que ha fallecido, esta noche.

—¿Qué ha fallecido? ¿Por qué? —preguntó Rafaela, otra de las redactoras.

—Ni idea.

—¿No te han dicho de qué se ha muerto? —preguntó otra.

—No lo saben. Al parecer les han llamado de Emergencias comunicando el fallecimiento.

Entonces se hizo un silencio, solo interrumpido por murmullos. Algunas becarias hablaban entre sí, y también María, otra de las redactoras, se había levantado a preguntarle algo a Laura. Finalmente, esta siguió.

—Me han dicho también que Francesco se va a hacer cargo de nosotros, provisionalmente, hasta que pongan a un sustituto.

—¿Quién es Francesco? —preguntó Daniela.

—Uno que está en Televisión. Un buen tipo. Nada que ver con Stefano. A ver si tardan en encontrar el reemplazo…

Tras decir eso Laura, Julia miró hacia Mario, quien permanecía igual que antes. Apenas se había inmutado con lo que acababa de oír, y siguió trabajando con su pantalla como si ya lo supiera. Como si aquel notición fuera simplemente que su jefe iba a tardar en venir, o que ya no le verían hasta el lunes. Ella esperaba algún comentario, alguna mirada, pero nada. Y entonces sus temores se confirmaron. Estaba

claro que estaba ofendido con ella, y eso sí que le dolió. Le dolió más que la propia violación de Stefano, y sintió una amargura en su interior que la destrozó.

Se levantó y se fue al servicio, donde se puso a llorar desconsoladamente.

Chevrolet

No había pasado ni una hora desde que salió totalmente descompuesta de la oficina de David Jones, cuando salía ahora también destrozada de la consulta de John. ¿Por qué todo le salía mal?, se preguntó. ¿Por qué todo el mundo se quería aprovechar de ella?

Lo que no sospechaba era que, por mucho que le pareciera que aquel había sido un día horrible, todavía faltaba otro susto más, para completar el que había sido el segundo peor día de toda su vida.

Había elegido aquella clínica de rehabilitación porque se la recomendaron. Pero también porque la calle por donde se accedía a la misma no estaba habilitada para coches autónomos, y pensaba que podría ser un lugar donde encontrar tiendas o gente *drifter*.

Cuando salió de la consulta no veía nada más que a John y a Helen dándose besos y a esta intentando desnudarla. Con ese pensamiento se escandalizó y nada más pisar la calle se dirigió sin pensarlo hacia la acera de enfrente para dar la vuelta a la manzana y tomar los taxis autónomos que solían llevarla a su casa. Quería largarse de allí a toda velocidad, y le recordó el momento en que también hizo lo propio cuando salió de aquella otra infausta clínica, meses atrás. Era la segunda vez que huía en aquella tarde, y como aquella vez, las prisas le jugaron una mala pasada. En el estado de shock en el que se encontraba, no miró hacia los lados de la carretera, y nada más poner un pie en la calzada, sonó el claxon de un vehículo y vio las luces de un Chevrolet que se dirigía hacia ella a toda velocidad. El recuerdo inmediato del accidente le paralizó por completo, y durante una décima de segundo se resignó a ser atropellada… otra vez.

Pero esta vez no ocurrió igual que aquella tarde. Volvió a ver, eso sí, el mismo resplandor fulgurante que vio un instante antes de que la Harley se estampara sobre su brazo derecho, y una ráfaga de viento la movió lo suficiente para que, por arte de magia, el Chevrolet pasara a escasos milímetros de su cuerpo.

El tremendo susto le hizo despertarse de los traumas de la tarde, y se olvidó de todo lo que le había ocurrido. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y entonces suspiró, y ya dueña de sí misma, se retrasó lo suficiente para permanecer sobre la acera y comenzar a darse cuenta de lo que había pasado, aunque no lo comprendía. No comprendía cómo ese extraño resplandor le visitaba en los momentos más críticos. En los momentos en los que la muerte acechaba su vida. Y además, esta vez, ese extraño viento. No sabía cómo, pero en su

fuero interno sabía que esa situación la había vivido anteriormente. No la situación del peligro, pero sí la sensación de sentir una presencia. De sentir algo que era parte de ella misma y que de alguna manera la protegía…

Melanie… Sí, eso era. Entonces lo recordó. Era la misma sensación, el mismo sentimiento, el mismo pensamiento, la misma ensoñación.

Cuando Rose tenía cinco o seis años tuvo un extraño sueño. Un pequeñísimo punto de luz le hablaba de un suceso que le había ocurrido a su padre años atrás. Un suceso que solo conocía él, y nadie más. Con el paso del tiempo había olvidado qué era exactamente, pero no olvidó la escena en la que se lo contó. Su padre se quedó asombrado y le preguntó: *¿Tú cómo sabes eso?* A lo que ella respondió: *«Me lo ha dicho mi prima Melanie»*.

Eso es lo que le había dicho el punto de luz cuando Rose le preguntó quién era: *«soy tu prima Melanie»*. Una fantasía infantil, sin duda, si no fuera por la cara que había puesto su padre. Él no le dijo nada, pero a ella le intrigó. Y una vez, meses después, oyó por casualidad una conversación entre él y su madre. Hablaban de su tía Rose, la hermana de su padre, la mujer de su tío Kai, por quien ella había recibido su nombre, y que había muerto antes de nacer ella, estando embarazada de pocas semanas. Su padre y su madre estaban comentando el nombre que un compañero había puesto a una hija que acaba de tener, y él dijo: *«Melanie… ese es el nombre que seguramente hubiera recibido el bebé de mi hermana, en caso de haber nacido, en caso de haber sido una niña. Siempre le gustó mucho ese nombre a la pobre Rose»*.

El sonido de otro claxon le devolvió a la realidad, y entonces recordó las palabras de Janet, una vez que le habló de las pesadillas que tenía últimamente: «*Es nuestra propia mente, Rose. No le des mayor importancia. Solo existe en nuestra mente. Nada más»*.

Puede que Janet tuviera razón en eso. Pudiera ser que ella solo hubiera visto un resplandor imaginario… Todo podría ser una ilusión. Una mera coincidencia. Se serenó lo suficiente como para continuar en dirección al taxi, y se dirigió hacia allí, esta vez teniendo exquisito cuidado. El día todavía no había terminado y corría el riesgo de que le pasara cualquier otra cosa. Estaba horriblemente cansada y deseaba llegar a casa y meterse en la cama. Acostarse, y con un poco de suerte, no volver a despertar.

Una hija con muchos padres

—¡Zorra! ¡Bastarda! ¡Otra vez me la has jugado! ¡Hija de puta! —gritó Odiel con la boca llena de espuma, tras dirigir un contundente ataque a su adversaria, que, al igual que la otra vez, esta repelió sin mayor dificultad.

El demonio, al ver que no tenía nada que hacer contra ella, se limitó a escupir toda clase de insultos:

—¡Zorra! ¡Bastarda! ¡Hija de mil padres! ¡Tu madre era una zorra mayor de lo que eres tú y recibió la semilla de mil hombres!

—Mi madre solo recibió la semilla de mi padre —dijo Melanie, con serenidad—. Nunca estuvo con otro hombre que no fuera Kai Costa.

—¡Kai Costa! ¡Menudo hijo de puta! ¡Engañó a tu madre con mil mujeres! —prorrumpió Odiel, mientras se retorcía.

—Mi padre no estuvo con mil mujeres —replicó ella, sin perder la calma—. Solo fueron unas cuantas… Y todas ellas antes de casarse con mi madre.

—¡Mientes, putaaaaaaa! —exclamó la bestia, para de nuevo lanzarse furiosamente contra Rose, en el momento en que esta permanecía todavía impávida, pensando en lo que le había pasado. Pero su intención de arrojarla otra vez contra la carretera no tuvo éxito. Como sucedió en el pasado, el diablo se estrelló contra una barrera invisible de energía pura que lo devoró internamente y comenzó a emitir aullidos de dolor.

El ángel de la guarda de Rose se había vuelto a comportar diligentemente y había dado la voz de alarma a tiempo. Melanie no tardó en acudir, y a diferencia de la otra vez, su protegida no sufrió ni un solo rasguño.

—¡Me las pagarás, bastarda! ¡Hija de mil padres! ¡Me las pagarás! —gritó el diablo, mientras se iba.

—Ten cuidado, Odiel. ¡Ten cuidado! La próxima vez no saldrás tan bien parado… como ahora.

Un anillo ausente

Aquel viernes, por primera vez desde que llevaban allí, todos los becarios salieron a su hora. No tenía sentido permanecer en la oficina si nadie les obligaba a ello. Si los robots se desmadraban, les daba igual. Hasta el lunes no llegaría Francesco, si es que llegaba. Porque, en teoría, aquel hombre iba a compaginar su trabajo con la Redacción, y cualquier "desmadre" sería culpa de Stefano.

Así que se apresuraron en terminar con la presentación de las noticias, pusieron los robots en «piloto automático» y salieron a la calle todos juntos. Se marcharon a la pizzería y allí se rieron mientras comentaban las anécdotas de Stefano, le imitaban y se burlaban de él. Hasta el propio Mario entraba en la chanza, aunque no muy efusivamente. Y lo mejor de todo es que su actitud respecto a Julia mejoró. Mejoró mucho y ella pareció revivir con aquella vuelta a la normalidad.

Al final, todos se marcharon a pasar el mejor fin de semana desde hacía mucho tiempo, y los dos novios se quedaron solos, en el camino hacia su casa.

—Mario, ¿estás enfadado conmigo? —se atrevió a preguntar.

—No, Julia, ¿por qué iba a estarlo?

—Llevas todo el día sin apenas mirarme, sin hablarme…

—Mañana tengo que volver a la oficina, Julia —respondió, intentado evitar comentar su actitud.

—¿Mañana? ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenemos de seguir rindiendo pleitesía a estos explotadores? Nos va a dar igual, Mario, ahora que ya no está ese cerdo para vigilarnos. A partir del lunes empezaremos desde cero, y no tenemos por qué empezar tan pronto.

—Es que yo ya no trabajo para Proseismedia, Julia.

—¿Cómo? ¿Has empezado ya el trabajo que me dijiste ayer? Pero entonces… ¿Por qué tienes que volver mañana? —preguntó, confundida.

—Escucha, Julia, no debería decirte esto, pero a ti no puedo ocultarte nada. Yo voy a seguir trabajando con Charly, a pesar de todo. Al menos por el momento.

—Pero… no entiendo, Mario. ¿Es que te ha contratado Proseismedia?

—No —dijo, con una sonrisa sarcástica—. Me ha contratado el PDP.

Ahora trabajo para ellos. De hecho, llevo ya unos días. Sigo aquí, por el momento, hasta terminar las prácticas y obtener el título. Después me podré ir cuando quiera. Apenas dedico ya tiempo a las noticias, no sé si te has dado cuenta, y estoy continuamente con Charly.

Julia se quedó de piedra. Después de un rato sin reaccionar, le dijo:

—Ahora entiendo lo de volver mañana… No puedes dejar que Charly se desmadre, porque es tu trabajo de verdad…

—Eso es. Ellos quieren que siga aquí, para que les cuente cómo va la campaña contra Cassini desde dentro. Aunque les están haciendo el favor, no se fían del todo de Proseismedia y quieren que yo les cuente cualquier maniobra que puedan hacer. Además, los servidores que tenemos son mejores que los que tienen ellos, y a no ser que pase algo, no trabajaré desde los suyos de momento. Julia —siguió—. Esto no se lo puedes decir a nadie. Lo comprendes, ¿verdad?

—Claro, Mario, ¿Acaso lo dudas? ¿Acaso crees que te voy a traicionar?

—Claro que no, amor mío, ¡claro que no! —contestó, y entonces ella comprendió que su novio “había vuelto”. Que había pensado lo que no era, y entonces comenzó a llorar. Los dos se abrazaron y él preguntó:

—¿Por qué lloras, Julia?

—No me hablabas esta mañana, Mario, apenas me mirabas. Y después de lo que te dije ayer, pues pensé que ya no me querías…

—¡Qué tontería es esa, Julia! —respondió airado. ¿Es que no recuerdas lo que yo te contesté, lo que te dije ayer?

—Ya, pero…

—¿Cómo has pensado siquiera eso de mí? De verdad que me ofendes, Julia.

—Perdóname, Mario. ¡Perdóname! Tienes razón… esta mañana venía con ganas de decirte que me voy contigo a tu piso, pero al ver que estabas tan frío…

—Estaba preocupado… por unas cosas. Unas cosas… de las claves de Charly. Eso es, Julia. Por eso puede ser que me vieras así —dijo Mario, el ejecutor, ocultando la verdadera razón de aquella actitud, que no era sino miedo. Un miedo que ya no sentía—. Necesito copiar el perfil de Charly y hacerme con sus claves para replicarlo en el servidor del PDP, para que cuando me vaya, seguir con la estrategia desde un perfil espejo. Por eso sería, Julia. Yo te quiero como siempre, o quizá más, porque ¿sabes qué? No te vas a venir conmigo a la habitación donde vivo. Es una cama de un metro escaso y no vamos a dormir bien los dos. Te vas a venir a un piso donde vamos a vivir los dos solos

y en una cama de dos metros, como mínimo.

—¡Oh, Mario! —exclamó, volviendo a llorar otra vez.

—Y no solo eso, Julia. Mis nuevos jefes quieren que haga un máster de ciencias políticas… que me van a pagar ellos. Todavía no he cobrado la primera nómina, pero ya está cerca. Y entonces daremos la fianza para el alquiler de un piso mejor. Y podremos comer mejor, y podremos, creo, ayudar a tus padres a que también ellos coman mejor. Y… Y no pensaba decírtelo todavía —siguió—, pero no me puedo contener. Pensaba pedírtelo más adelante, cuando cobrase, para poder comprarte un anillo. Pero ya ves, no puedo tener secretos contigo… ¿Te quieres casar conmigo, Julia?

Vuelta a la Redacción

Giussepe, el gigoló, sabía muy bien lo que le convenía, y lo que más le convenía era no aparecer más por aquella casa. Era demasiado arriesgado.

Luigi enseguida se dio cuenta de que esas eran sus intenciones y se temió lo peor. Se temió ser objeto de las iras de doña Claudia, naturalmente. Así que intentó cerciorarse de que el mancebo “había volado”, y para eso, aquel día llamó a la agencia de la que dependía aquel hombre. Y como se temía, le dijeron que no estaba. Y él, lógicamente, no iba a mandar a nadie a que le rompieran las piernas.

Fue entonces cuando se terminó de decidir.

En su momento había aceptado la proposición de la jefa porque era una gran oportunidad. Una gran oportunidad para ganar todavía más dinero que el que ganaba como redactor jefe en la sección de noticias de Proseismedia. Pero cuando le endosaron el asunto de los robots, se frustró de tal manera y se estresó de tal forma, que pidió salir de allí a toda costa. Así que cuando Claudia le ofreció ser su mayordomo no lo dudó. No lo dudó ni un instante, vaya.

Pero Giussepe tenía razón. Esa mujer estaba cada vez más desequilibrada, y al igual que él, Luigi tampoco se sentía ni a gusto ni cómodo. Prefería volver con los robots y con los becarios, antes de permanecer con ella. Por lo menos aquel puesto, aunque exigente, era seguro. Y la muerte de aquel zafio le había puesto la ocasión en bandeja.

—Claudia, los informes de rendimiento que me pasa Francesco no me gustan nada —le dijo, sin decir una mentira.

—Ese idiota solo sirve para la farándula. Tendremos que hacer algo, Luigi. No me gustaría nada aflojar ahora con ese asunto. Estábamos haciéndolo muy bien con Stefano y en ese sitio se necesita mano dura para que allí se trabaje. ¿Crees que podríamos hacer que se dedicara de forma exclusiva?

—No creo que sea por falta de tiempo. Aunque Francesco ocupara el lugar de Stefano, yo creo que los resultados serían parecidos. No conoce el mundo de la intervención directa. Podría servir para el tema de los contenidos, para las noticias, pero para lo demás no da la talla. No sabe distinguir las cosas… que no sean de la farándula, como tú dices. Los platós, las cámaras, las actuaciones. Eso es lo suyo, y lo hace bien. Mejor que siga donde está.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿A quién podemos poner ahí?

—Me temo que no me va a quedar más remedio que volver, Claudia. Solo yo estoy capacitado para ese puesto, pues de hecho, ya he hecho ese trabajo antes.

—Y con buen resultado, Luigi. Pero es que no quiero perderte…

—Si queremos apretar bien a Cassini, no nos va a quedar más remedio, Claudia. Yo tampoco quiero marcharme, pero lo primero es lo primero. ¿No te parece? —afirmó, ejecutando la mejor actuación de su vida.

—Está bien. Pero vete pensando quién te va a sustituir aquí, y pronto. ¿Estamos? —ordenó, con la mirada de asesina que solía poner cuando algo no le gustaba.

—Estamos, Claudia. No te preocupes por eso.

Mami

—Hola pequeña, ¿estás en casa?

—¡Oh! Janet, ¡Por Dios! ¡Cómo has podido hacerme esto! —respondió Rose, a la mañana siguiente, cuando recibió la llamada de su antigua compañera. Eran más de las once, casi mediodía, y desde que llegó a su casa aquella tarde no había salido de la cama ni había probado bocado alguno.

—Por favor, Rose, no la pagues conmigo. Soy la única que ha estado de tu parte en todo este lío. ¿Puedo ir a verte?

Le apetecía decirle que no. Que no quería verla. Que no quería ver a nadie y menos a ella, pues le había ocultado que la iban a despedir. Pero al final recordó las palabras del mánager: *«Ante todo, no quiero que le eches la culpa a Janet. Te ha defendido como si fueras una hija…»*. Entonces se ablandó y replicó:

—Si… sí, claro. Supongo que sí.

A pesar del tremendo cansancio que seguía teniendo, se levantó y se dio una ducha. Después se fue a la nevera y extrajo de la misma un recipiente que contenía yogur líquido. No porque tuviera hambre, sino porque pensaba que quizás bebiendo aquello le volverían las fuerzas. Y lo consiguió, en parte.

Al poco rato llegó Janet, y cuando las dos mujeres se vieron no pudieron por menos que abrazarse la una a la otra.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Eh? ¡Por qué!

—¿Hubiera cambiado algo?

—Al menos hubiera ido más preparada…

—¿Más preparada para qué? ¿Para asumir el despido con mayor dignidad?

—Más preparada, Janet, ¿Es que no lo entiendes?

La mujer bajó los ojos, y tras unos segundos le dijo:

—Claro que lo entiendo, pequeña, ¡claro que lo entiendo! Pero no me atreví… ¡No me atreví, Rose! —exclamó, disculpándose. Su compañera no era tonta y se había dado cuenta. Ella venía con un discurso preparado para justificarse, pero no fue lo suficiente efectivo. Entonces siguió, y se sinceró:

— Yo puedo parecer una mujer dura, una mujer con carácter. La

mujer enérgica que anima y agita al público en los conciertos… Una líder que maneja a sus chicas con autoridad… Pero solo es apariencia, Rose, ¡solo es apariencia…! En el fondo soy una mujer cobarde y frágil, y no me atreví… No me atreví decirte una cosa así… a ti. No tuve valor. Esa es la verdad. Perdóname… por favor…

—¡Oh, Janet! —contestó, con ternura. Las dos se volvieron a abrazar y se les escaparon lágrimas de los ojos, a las dos. Se fundieron en un abrazo y se acariciaron suavemente, y luego pasaron al salón de aquella casa, que estaba todo desordenado y lleno de trastos. Los nervios y el cansancio de los últimos días le habían impedido siquiera mantener un mínimo de orden y limpieza. Rose se dio cuenta y se dispuso a ordenar y retirar algunas cosas.

—Déjame que te ayude. Entiendo que no hayas hecho nada… Han sido días muy duros para ti.

—No te preocupes, ya lo haré yo cuando pueda.

—Venga, mujer, que entre las dos terminamos enseguida. Y… tienes muy mala pinta, Rose, ¿Cuánto hace que no pruebas algo?

—Puf… Ni me acuerdo…

—Bueno, pues eso lo vamos a arreglar enseguida.

Entonces Janet le terminó de ayudar a colocar algunas cosas y mientras Rose colocaba otras se fue a la cocina y comenzó a preparar un desayuno. Al cabo de un rato apareció por el salón con unos cuantos huevos fritos y algunas salchichas.

—No he podido encontrar otra cosa… ¿no tenéis en este pueblo algún servicio de comida a domicilio o algo así?

—No te preocupes, *mami*, ya compraré yo algo —le dijo cariñosamente y Janet se alegró de que volviera a usar ese apelativo con respecto a ella.

Gracias a la compañía, Rose se comió aquel refrigerio y pareció entonarse un poco. Mientras se lavaba los dientes y se peinaba, Janet terminó de recoger la cocina y después se sentaron las dos a charlar más distendidamente.

—Créeme que lo he intentado todo, de verdad.

—Te creo, Janet. Tú siempre has estado de mi parte.

—Es esa estúpida de Eva, ya lo sabes.

—Yo nunca la caí bien.

—No sólo tú. Con Bernard se llevaba a matar. El pobre hombre… no

sé cómo aguantó tanto tiempo. Al final le pudo la presión y nos abandonó.

—Se fue a vivir con su familia a Oregón, ¿no es así?

—Sí, así fue. Eso le salvó de volverse loco. O de estrangularla, no sé cuál de las dos situaciones hubiera llegado antes.

—Yo pensaba que se sentía incómodo al estar en un grupo formado solo por chicas. Que su mujer estaba celosa o algo así.

—No, no era eso. Su mujer era, es una santa. Es cierto que él era el único chico que quedaba en la banda, una banda en la que las chicas comenzamos en minoría y al final somos todas. Pero es lo que te digo, la presión de Eva. Ella quería traer a Shirley y tener así una segunda guitarrista, pero yo no quería quedarme sin un tecladista, y por eso vino Alba a sustituirle. Alba vino recomendada por Iria Da Silva.

—¿Por Iria?

—Sí, ya sabes, la teclista del grupo de tu padre.

—Ya sé quién es Iria, Janet, pero ese detalle no lo sabía.

—Pues eso. Leslie seguía teniendo una excelente relación con Iria, se conocían de nuestros primeros tiempos, de los tiempos de tu tío, y ella nos recomendó a Alba. Era portuguesa, y había estudiado en la misma academia que ella y se conocían bien. La verdad es que no nos defraudó. Tocaba las teclas tan bien o mejor que Bernard, pero el problema fue que se enamoró de Leslie, y Eva no lo soportó.

—¿Eva no soportó que se enamoraran esas dos?

—No lo soportó porque quien tenía una relación con Leslie era ella. A ver si te enteras, Rossie, que parece que has nacido ayer.

—De verdad, Janet, me estás dejando de piedra. Yo pensaba que Eva estaba con David...

—Sí, eso también… una cosa no excluye a la otra. Pero la relación que tenían entre las dos se estaba enfriando —siguió Janet—, y al aparecer Alba, se enfrió del todo.

Rose acababa de descubrir que el grupo de sus sueños no era el paraíso idílico de convivencia femenina que ella pensaba.

—Cuando Eva descubrió el pastel hizo todo lo posible para echarla y traer a Shirley, que era de su cuerda, ya me entiendes, aunque creo que todavía no tenían nada entre ellas. Y nunca mejor dicho lo de la cuerda. Otra guitarrista…

—Pero eso es, Shirley es guitarrista… —dijo Rose—. Yo pensaba que

el cambio era debido a la idea que teníais de darle una mayor potencia *heavy* al grupo.

—Sí, claro, esa era la excusa. Los grupos con teclados son más *blandos* que los que tienen un guitarrista extra, ya lo sabes. Pero Eva convenció a David, ya sabes cómo, y Shirley entró. Eso sí, sin participación. Pero es una guitarrista metálica en toda regla y por eso ahora el grupo es tan *duro*.

—Pero a ti nunca te ha importado eso.

—No me ha importado demasiado, pero creo que estamos derivando a lo que nunca debimos ser. Ahora somos una caricatura de lo que fundó tu tío, sinceramente. Y eso no es nada bueno, la verdad. No por la música en sí, que como te digo no me disgusta. Siempre me ha gustado la música dura, el rock duro, el metal duro, no tengo ningún problema. Va bien con mi voz y con la estética del grupo. El problema es el ambiente. Ya no somos el grupo que fundó tu tío y el tío de Leslie. En esa época nos llevábamos todos fenomenal. Nos reíamos, nos lo pasábamos bien, disfrutábamos con la música. Trabajábamos muy duro, eso sí, porque todos éramos novatos excepto ellos dos, claro, pero merecía la pena. Merecía la pena luchar por lo que al final conseguimos. Pero fue entrar ella y las cosas cambiaron. Al principio no mucho, pero poco a poco Eva se fue haciendo con el grupo. Primero echó a Bernard, luego a Alba, ahora a ti… y trae a su novia en su lugar y a su hermano.

—Y después lo intentará contigo y con Lorraine.

—Ya lo ha intentado, Rose. Pero sabe que sin nosotras dos el grupo se hunde, y por ahora, David nos apoya. Pero eso puede cambiar en cualquier momento. Al mánager le tiene agarrado por donde tú ya sabes, y puede cambiar de opinión, aunque pierda dinero. Y el día que eso ocurra, me acordaré de ti, Rose. No te quepa duda.

—Lo que no acabo de entender es que pinta un baterista de jazz en una banda como la nuestra, Jan. El propio Billy Drake me dijo que no lo entendía mucho.

—Yo tampoco lo entiendo del todo, Rose… quizá sean verdad los rumores que dicen que son *brovers*.

—¿*Brovers*? ¿Qué demonios es eso, Janet?

La cantante suspiró, y dijo: —Pues parece ser que es la última moda en tendencias sexuales. La expresión viene de juntar las palabras *brothers* y *lovers*. Es una forma de trío… que se compone de dos hermanos o hermanas y una tercera persona. En el caso de Eva, pudiera ser Shirley la tercera persona.

Rose estaba con la boca abierta, y entonces Janet aclaró:

—A ver, no lo sé, es solo una sospecha. Es un tema tabú, como comprenderás, y si le preguntas a cualquiera que practique eso, nunca lo reconocerán, claro.

—¡Madre mía, Janet!, ¡Me dejas de piedra! Y mis padres que pensaban que yo era promiscua… si ellos supieran lo que hay por ahí afuera… Ahora entiendo muchas cosas…

—¿A qué te refieres?

—A nada, Janet, a nada, cosas mías. Me acordaba de algo que me pasó ayer, con mi fisioterapeuta. Pero volviendo a Eva, ahora comprendo por qué yo le empecé a caer tan mal —agregó, tras pensar un momento—. Cuando entré en el grupo, se deshacía en atenciones conmigo. Yo pensaba que era su carácter, y yo estaba encantada.

—Quería algo más de ti, Rose. Ya sabes a qué me refiero.

—Claro, y cuando vio que no había nada que hacer, cambió su actitud. Pasó de la exquisitez a la indiferencia.

—Exactamente. Mientras funcionabas bien en el grupo, te trató de forma profesional y se conformó. Igual que hace conmigo o con Lorraine. Pero en cuanto Shirley empezó a presionar para forzar el ritmo aparecieron tus carencias y entonces no te perdonó lo que le hiciste. Mejor dicho, lo que no le hiciste.

—Mis carencias, Janet… ¿Tú también lo piensas? Vale que ahora las tenga, pero antes…

—Antes también, Rossie, antes también. Permíteme que te sea sincera. Siempre te he tratado como a una hija, y a los hijos hay que decirles la verdad, aunque duela.

Rose dejó escapar una lágrima y Janet la atrajo contra su pecho para consolarla. La abrazó con fuerza y le acarició el pelo mientras buscaba un pañuelo para secarle las lágrimas.

—Oh, Rossie, no llores. Eres una buena baterista. Quizás no valgas para ritmos fuertes, quizás ya no para el rock, pero tú vales mucho. Ya verás como encuentras algo.

—No será a través de David.

—Hay otros managers, Rose.

—Tú sabes que no hay otros, Jan. Lo dices para animarme, pero sabes que tengo razón. Los que están a su nivel, con artistas importantes, se protegen entre ellos y no se quitan los artistas unos a otros. Es el famoso «pacto de no agresión». Tú misma me lo enseñaste. Nadie se

atrevería a ficharme, si David se opone.

La cantante se calló por un momento porque sabía que ella tenía razón. Tras unos segundos le dijo:

—Es una pena el poder que ahora tienen los managers. Esto no era así desde luego en tiempos de tu tío. Pero ahora… son los que dominan todo el cotarro, y como ya no se venden discos, solo se vive de los conciertos... Tienen el monopolio de los organizadores y no se mueve nada si ellos no quieren. Y más aquí en USA, con David Jones…

La chica puso una cara, si cabe más triste. Janet siguió:

—Y… ¿Por qué no pruebas en Europa? Estoy segura de que tu padre te encontrará algo. Allí no tienen a ningún David Jones que controle nada, pues la estructura de países que existe allí no funciona de la misma manera.

—Sí, eso tendré que hacer, me temo. Pero es una sensación de fracaso, Jan… Hace cinco años que salí de la casa de mis padres con la idea de comerme el mundo, y ahora mira lo que ha pasado.

—Has tenido mala suerte, Rose. Ha sido por culpa de ese dichoso accidente. Si no, no hubiera pasado nada de esto.

—Yo no estoy tan segura de eso. Tengo la impresión de que Eva me hubiera echado tarde o temprano. El accidente no ha hecho más que precipitar las cosas. Y lo peor es que antes hubiera podido encontrar otra banda donde quizás me hubieran admitido. Pero ahora ya me puedo olvidar de la batería.

—No, Rose, no digas eso. Quizás una banda de primer nivel no, pero sí otras que…

—No, Janet —la interrumpió—. Tú misma lo has dicho, y también me lo dijo David. Y yo sé que es la verdad. He hecho todo lo posible para recuperar la funcionalidad, para entrenar a este brazo biónico, pero no lo he conseguido.

—No has tenido tiempo suficiente para desarrollarlo. Tú misma lo dijiste.

—Eso creía. Pero he llegado al convencimiento de que esto no da más de sí. Es más, como deje los entrenamientos, creo que incluso podría volver hacia atrás.

—No los dejes…

—No claro, no los pienso dejar, pero, como te digo, no creo que vuelva a tocar la batería. Prefiero no volver a tocar antes que conformarme con tocar en bandas de segunda fila después de haber

tocado con vosotras. Es una cuestión de amor propio, Jan. Supongo que lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente, Rose, pero si no tocas la batería, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Tendré que *reciclarme*, como se suele decir.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Si algo está en mi mano…

—Descuida, Jan. A ti te tengo que agradecer muchas cosas, desde luego. Gracias a ti entré en esta banda, y gracias a ti me han mantenido todos estos años. Muchas gracias por confiar en mí, de verdad. Muchas gracias por apoyarme y por tenerme siempre en cuenta para todo. Creo que nunca te olvidaré, Janet Arley.

—Yo tampoco te olvidaré nunca, Rose White. Y si cualquier cosa necesitas, llámame. Y si no necesitas nada, me llamas también, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, *mami*, así lo haré.

Luigi

La muerte de Stefano supuso un alivio para mucha gente, entre la que se encontraba el propio Luigi Carutto. El asistente de Claudia aprovechó la ocasión para huir de las cercanías de su jefa, quien asintió resignada cuando él mismo se lo sugirió. Estaban en medio de la campaña contra Cassini, y solo alguien con la experiencia necesaria que él ya tenía por haber pasado por ese puesto, podría llevarla a cabo con éxito.

Cuando los becarios por fin terminaron las prácticas, Luigi no estaba en disposición de juzgar la actitud de ninguno de ellos, ya que apenas los conocía, y delegó en las redactoras la labor de aprobarles o suspenderles.

Y como no podía ser de otra manera, Laura, María, Rafaela y Carla aprobaron a todos y cada uno de sus ayudantes con sobresaliente, mientras sugerían que se les contratase a todos de inmediato para no perder el impulso que llevaban con los robots y que eran indispensables para seguir sin flaquear la campaña contra Cassini, el primer ministro italiano y líder del partido LyC.

Se contrató a todos, incluyendo a Julia, y además con un sueldo razonable, tras repartir de forma más equitativa el trabajo con los robots. Mario en principio aceptó quedarse en Proseismedia con esas nuevas condiciones, más que nada para no separase de su novia. Pero finalmente abandonó la empresa, pues no quiso perder el control de Charly, fruto de ese reparto de tareas. Simplemente dijo que «le había salido otro trabajo mejor» que le daba la oportunidad de compaginar el máster de ciencias políticas que pensaba hacer durante el año siguiente.

Todos lamentaron su marcha y la que más la propia Julia, pues ya no le iba a tener a su lado durante aquel trabajo. Pero le pudo tener más cerca que nunca por las tardes y los fines de semana, mientras preparaban la boda.

Porque ya no era necesario quedarse por las tardes en la oficina. Al racionalizar el trabajo, se repartieron las cargas, y además, se contrataron más becarios. De esa manera, el trabajo de ocho personas ahora lo hacían quince, y eso les permitió a todos respirar un poco.

Claudia Antonelli se olvidó de Julia durante un tiempo, hasta que un día se pasó por la Redacción y la recordó. Se la insinuó y la pobre chica huyó de allí para no volver jamás. Perdió el sueldo de redactora, pero no lo lamentó. Su novio, que después fue marido, ganaba

suficiente en su nueva posición de asesor, y ella y su familia respiraron por fin.

La campaña contra Cassini seguía en marcha, y eso iba suponer un antes y un después en la historia de Italia. El país ya no volvería a ser el mismo tras aquellos acontecimientos, en los que tendría mucho que decir Mario Sacche, el ejecutor.

Pero de todo eso hablaremos en la tercera parte.

SEGUNDA PARTE

Gardening

A pesar de que la primavera había sido inusualmente seca, las lluvias de los días anteriores habían conseguido que el jardín floreciera. La hierba lucía con un color verde intenso, que estaba lleno de tonalidades diferentes, y que brillaban por el reflejo que la luz ejercía sobre las pequeñas gotitas de agua que aún quedaban sobre las hojas.

La noche había vuelto a ser lluviosa, pero la mañana se estaba despejando lentamente mientras perezosas nubes blancas dejaban paso al majestuoso sol. Un sol que ya comenzaba a calentar con fuerza cuando se dejaba ver en aquel mes de mayo.

Los tulipanes, los geranios, los rododendros, los claveles y las magnolias se abrían paso de forma atropellada en aquel exuberante pequeño paraíso que era el jardín de la familia White en el West End londinense, mientras el romero, la lavanda, la salvia y la albahaca perfumaban con su aroma floral el ambiente de ese pequeño rincón celestial.

Rose se pasaba las horas en aquel vergel que había sido su hogar años atrás, y se entretenía acariciando y oliendo las flores e intentando no pensar. Intentando olvidar, e intentando decidir. No le gustaba estar encerrada en su habitación ni visionando pantallas en el salón, y ahora que comenzaba el buen tiempo salía al exterior cada vez que podía.

—¡Rose! ¡Querida! ¡No sabía que habías vuelto! —exclamó la hija de sus vecinos cuando la vio, a través de la valla que delimitaba el jardín de su casa, del jardín de la casa de los Sanders. Eran una familia de comerciantes que habían comprado aquella vivienda unos años antes de que ella se marcharse a Estados Unidos, y se habían convertido así en vecinos de sus padres. La mujer que le saludaba era la hija, una pelirroja fuerte que solo tenía unos cuantos años más que ella. No habían confraternizado mucho antes de irse por la diferencia de edad, pero ahora las cosas se habían igualado.

—¡Hola, Lucy! ¡Cuánto tiempo sin verte! —respondió—. Sí, regresé hace unas semanas. Mi contrato con el grupo terminó, y ya ves, vuelvo al hogar. Y tú… ¿qué tal? ¿Qué haces por aquí? ¿Has venido de visita?

—Sí, he venido a echar un ojo a mis padres. Van ya para mayores y los sábados me gusta estar con ellos para echarles una mano. Sobre todo, cuando no tengo a Alex.

—Alex…

—¡Oh!, Claro, hemos estado tanto tiempo sin vernos que te has perdido muchas cosas. Pues resulta que me casé… y luego me divorcié. Y entre medias tuve a Alex, un pequeño retoño que me destroza los jardines. Y ya sabes, custodia compartida. Este fin de semana lo tiene mi marido, y, por tanto, ¡estoy libre! —exclamó—. Bueno, y tú qué —siguió—. ¿Te has casado? ¿Tienes niños? Cuéntame…

—No, Lucy, ni una cosa ni la otra —dijo Rose, con tristeza. Y en ese momento la mujer se puso a hablar como si hubiera visto a un fantasma, mientras una pequeña luz dentro de su pendiente izquierdo parpadeaba ligeramente. Estaba hablando por teléfono:

—No, Alex, yo no te puedo comprar eso ahora. Dile a tu padre que te lo compre él… De acuerdo, de acuerdo, está bien, dile que lo haré yo… No, eso no. Cuando vengas a casa, Alex, ¿De acuerdo?... ¿Que papá no quiere? Está bien, está bien…. Sí, yo también te quiero. Venga adiós… un beso para ti también.

—Perdona, Rose, es que me tienen frita. Cuando no es el padre es el hijo… ¡hombres! —exclamó, con una mezcla de rabia y resignación—. No saben vivir sin las mujeres… ni con las mujeres. En fin, ¿qué me estabas contando?

—Pues eso, Lucy, que no me he casado, todavía, ni tengo niños.

—Pues eso que te has ahorrado, de verdad, ¡chica! ¡Qué hartura de hombres! Yo me casé un poco por mis padres. Son de la vieja escuela, ya sabes, y aunque no son católicos como los tuyos, también son muy tradicionales. Cuando fui al registro civil a solicitar fecha, me dieron para el sábado siguiente. ¿Qué te parece?

—Claro, es que ya nadie se casa. El funcionario debió pensar que estabas de broma…

—Pues casi. Así son las cosas hoy en día. Al final no es más que un mero trámite… pero… ¿ese brazo? ¿Qué te ha pasado, Rose? —la mujer se acababa de fijar en la prótesis.

—¡Ah! Con que te has dado cuenta… Pues fíjate, a mucha gente le pasa desapercibido… es un brazo biónico. Está ligado a mi piel, a mis huesos y a mis nervios como si fuera una prolongación de mí misma. De hecho, si te fijas aquí —señaló a una parte de su antebrazo— verás una pequeña línea que no es sino el empalme de la prótesis con lo que me quedó del brazo, tras el accidente.

—¿Tuviste un accidente?

—Sí, pensé que lo sabrías. ¿No te han dicho nada tus padres?

—Pues no, no me han dicho nada. Quizás los tuyos tampoco se lo hayan hablado, o si lo han hecho, a mí no me lo han contado. Están ya muy mayores, Rose, se les olvidan las cosas.

—Claro, eso puede ser.

—Bueno, y entonces ¿qué pasó? ¿Cómo ocurrió?

—Fue en moto, Lucy. Una caída en una moto. Iba con mi novio… volvía de Chicago hacia mi casa, una casa en las afueras, y cuando circulábamos por una carretera entre campos de cebada, pues un animal se cruzó por delante y…. —Rose se detuvo, recordando aquellos momentos fatídicos y no pudo evitar que una lágrima se le escapara. Sacó un pañuelo y comenzó a secarse.

—Ya entiendo… tuvo que ser muy duro…

—Ni te lo imaginas, Lucy. ¡Ni te lo imaginas! Mi novio murió, y yo estuve a punto de hacerlo también. Solo por unos centímetros me libré de que la moto me diera en la cabeza después de la caída. Salvé mi vida, pero perdí el brazo, ya ves. Y luego también perdí el trabajo, más tarde.

—Vaya, Rose, cuánto lo siento.

—Más lo siento yo, Lucy. Desde entonces vivo como en una pesadilla, y nunca mejor dicho. Y además tengo dolores constantes en el estómago, en la espalda… Solo aquí en el jardín se me pasa un poco y me olvido. Me entretengo regando los lirios, oliendo el romero, podando el césped… es mi desahogo, ya ves.

—Bueno, pues eso hay que remediarlo, Rose, ¡hay que remediarlo! —sonrió—¿Por qué no te vienes esta tarde conmigo y salimos? Este fin de semana estoy libre, ya te dije, Podemos salir a tomar algo, podemos ir a un pub… A ver si tenemos suerte y conseguimos ligar un poco. Seguro que teniéndote a ti de reclamo no será difícil. ¿Te parece bien?

La muchacha lo pensó durante unos instantes y al poco contestó:

—Me parece bien, Lucy.

—Bueno, pues voy a terminar de arreglar un poco la casa, y después de comer te vengo a buscar.

Lucy

—Es que es una temeridad ir en moto, Rose. Aquí en Inglaterra están prohibidas para todo uso que no sea el deportivo. Yo pensaba que era igual en todo el mundo…

Las dos amigas se encontraban en un conocido club del centro de Londres, donde habían acudido a última hora de la tarde. Se habían pedido unas bebidas y estaban charlando animadamente.

—En Estados Unidos es diferente. Allí no se prohíben las cosas tan fácilmente como aquí. De hecho, el tabaco está permitido si se fuma al aire libre, o en ambientes privados. Y con los vehículos convencionales pasa lo mismo. Cualquiera puede tener una moto o un coche y conducirlo personalmente, aunque eso sí, tienes que hacerlo por carreteras concretas, claro, no por donde van los coches autónomos.

—¿Y cómo lo hacen? ¿Hay vías especiales?

—Sí, claro, siempre se conservan las carreteras antiguas, las que había hace décadas. La mayoría se han quedado para los coches antiguos, mientras que las autopistas ahora se usan para los autónomos. Tienen las balizas y las señales que ellos utilizan, ya sabes.

—¿Y en las ciudades? ¿También se puede circular así por las ciudades?

—Pues cada vez menos, pero sí, hay algunas calles que son para eso. Se intenta que no se crucen unas con otras y la verdad es que funciona. Aunque eso sí, el riesgo sigue existiendo. De hecho, a mí una vez estuvo a punto de atropellarme un Chevrolet. Me libré por centímetros, Lucy.

—Pues eso es lo que yo digo, Rose. En mi opinión, eso no debería permitirse. Para eso se han inventado los coches autónomos. Si ese Chevrolet hubiera sido autónomo se hubiera detenido a tiempo y no te hubiera pasado nada. No puedes comparar los reflejos, o el despiste que pueda llevar una persona con una máquina. La máquina no se equivoca, Rose, la persona sí.

—Bueno, eso es para algunas cosas. No para todas. Este brazo mismamente —dijo, levantando la mano—. Parece una maravilla de la ciencia, y quizás lo sea en cierto modo, pero no es capaz de tocar la batería sin errores, por ejemplo. Mi brazo humano, aunque con sus limitaciones, era infinitamente superior para eso.

—¿No puedes gobernarlo a voluntad?

—No del todo. Mis terminaciones nerviosas están unidas a él y en teoría mi cerebro lo dirige a través de un implante que tengo, aquí —se señaló la cabeza y apartó un mechón para que lo viera—; pero no sé si será porque el accidente me dejó sin algunos nervios esenciales o porque el brazo en sí no da para más, el caso es que no puede ejecutar en condiciones los movimientos rápidos.

—Por eso perdiste el trabajo…

—En parte sí. Aunque creo que era algo que hubiera ocurrido de todas maneras. Tuve algunos desencuentros con una compañera y con el mánager, y, en fin…

—Bueno, mujer, pues ya encontrarás otra cosa. Seguro que tus padres te pueden buscar algo.

—Ya he hablado con ellos. Posiblemente me una a su grupo como cantante.

—¡Ah! ¿También cantas? No lo sabía.

—Mi padre y mi madre son cantantes y mi tía también lo fue. En mi casa el canto ha estado siempre presente y yo no tengo mala voz. Pero a mí me tiraba más la batería, y por eso me dediqué a ella. Pero sí, sé cantar y mis padres dicen que no lo hago mal. Creo que es lo único a lo que puedo dedicarme si quiero seguir en el mundo del rock.

—Pues no te veo muy convencida que digamos, me parece a mí.

—Es que no lo estoy. No me desagrada cantar, desde luego, es una forma de seguir en este mundillo, como te digo. Cuando una sale a un escenario es un placer indescriptible, Lucy. Ver cómo te aclama la gente, los aplausos, los gritos del público, ver cómo mencionan tu nombre y lo corean… es muy bonito, de verdad, y quizás con esto no me vea tan abatida y recupere un poco la ilusión.

—Pues claro, mujer, verás como sí. Lo mismo descubres que es tu verdadera vocación y no la batería.

—¡Ah! Eso sí que no. Ya te digo que no. Me gustaba la batería desde pequeña, y desde que vi a Leslie Ayers, una chica, tocando mejor que nadie, pues ahí me decidí. Y cuando me dieron la oportunidad de sustituirla a ella, pues te puedes imaginar. El sueño de mi vida se veía cumplido.

—Bueno, Rose, pues como te digo, quizás ahora también veas en esto una forma de seguir en ese ambiente, y te termina gustando tanto como lo otro.

—Ya te digo que no me desagrada, lo que no me gusta es el hecho de estar con mis padres.

—Nunca te has llevado bien con ellos, ¿verdad?

—No es que me haya llevado mal, pero ya sabes como son, muy conservadores, muy… católicos, ya me entiendes. Nunca han aprobado las relaciones fuera del matrimonio, ni la promiscuidad… mi madre siempre vigilaba con quien salía, a las horas que llegaba… un poco agobiante, la verdad. Cuando me fui a Chicago me libré de todo eso, y viví a mi aire. Y ahora, claro, volver aquí y estar de nuevo con ellos…

—Pero, mujer, no te pueden decir nada sobre ese tema. Ya eres mayorcita, digo yo.

—No, si ellos no me dicen nada. De hecho, tampoco me lo decían antes.

—¿Entonces?

—Pues que yo sé que no les gusta. Nada más. Y prefiero que no se enteren. Como dice el refrán, *ojos que no ven, corazón que no siente.* Pero el problema no es ese asunto. Es el hecho… de… no sé cómo decirte, parece que me están haciendo un favor. No sé si me explico… Ellos me quieren y lo hacen por mi bien. Quieren que me una al grupo, como una forma de animarme, aunque yo sé que no les hago falta. Y eso es lo que me irrita.

—No te entiendo. ¿Por qué te molesta eso?

—No debería molestarme. De hecho, ellos me lo venden como que es un favor que yo les hago a ellos y no al revés. Y puede que tengan parte de razón, pues al principio el grupo tenía tres cantantes, es decir, ellos dos y también mi tía Rose, la que murió. Ellos me dicen que si yo voy con ellos sería una especie de «revival» de los viejos tiempos, pues yo también me llamo Rose, y todo eso, pero no sé… la verdad, sigo pensando que no me necesitan realmente y que estoy allí «por enchufe», como se suele decir. Y yo quiero ganarme las cosas por mis propios méritos. Eso es lo que pasa.

—Ahora sí que te entiendo. A mí me pasó un poco lo mismo. Mi padre quería que siguiera la tradición familiar de representantes de comercio, la misma que siguieron mis hermanos. Ahí tenía el trabajo asegurado, pues él tenía una buena cartera de clientes, y solo era cuestión de mantener el negocio. Pero a mí me gustaba más la jardinería y por eso me dediqué a eso, que es lo que me gusta, aunque se gane menos dinero.

—O sea, que eres florista…

—Pues sí, florista y jardinera. Por las mañanas trabajo en el mercado de flores y por la tarde en el Conservatorio.

—¿En el conservatorio?

—Sí, se llama así, aunque no tiene nada que ver con la música. Es un jardín enorme, un invernadero que hay en el *Barbican Arts Centre*, no muy lejos de aquí. ¡Tenemos hasta plantas tropicales! Un día tienes que venir, y te lo enseño.

—Me encantaría verlo, de verdad. A mí también me encantan las flores… ¡Será porque me llamo Rose!

Cambio de aires

Como siempre, estaba en duermevela, y miró hacia el techo. Allí vio la proyección de la hora: las cinco de la mañana. Aún no era de día, pero ya había algo de luminosidad en su habitación. En unos pocos minutos, los rayos del sol comenzarían a perforar las cortinas y se reflejarían difusos sobre la pared donde se asentaba su cama. ¿Cuántas horas habría dormido?, se preguntó. Probablemente no habrían sido más de dos o tres seguidas, y el resto del tiempo… el resto del tiempo en duermevela, como siempre. En esa especie de ensoñación lúcida en la que vivía por las noches. Se ponía a pensar en las cosas que le habían sucedido en su vida, sin poder distinguir en muchas ocasiones los pensamientos de los sueños. Casi mejor, se dijo, casi mejor eso, que no dormirse y despertarse sobresaltada con aquellas pesadillas. Las pesadillas que le habían atormentado y le seguían atormentando casi todas las noches.

A las cinco de la mañana un ruido le había sobresaltado, y había salido de su ensoñación. Fue la ventana, que se había abierto porque no estaba bien cerrada. Se había abierto con el aire, y había golpeado ligeramente contra la pared. Como si el viento hubiera entrado para darle los buenos días.

«Nuevos aires», se dijo. ¿Quizás el sábado comenzaría una nueva etapa en su vida? No lo creía. Ella no era cantante, se dijo. Sí, cantaba bien. Tanto su padre como su madre eran cantantes profesionales y ella no tenía mala voz. Pero no le entusiasmaba estar al frente de una banda, cuando ella siempre había estado detrás. En *The Costayers,* sus cuatro compañeras estaban delante de ella en el escenario, y ella se encontraba detrás con la batería. Era la formación clásica de una banda de rock. Salvo en los momentos cumbre de la banda de su padre, de Thertonball, donde su tío había diseñado una formación en línea. Allí estaban todos en el frente, comenzando por los teclados, y siguiendo de izquierda a derecha por el bajo, luego su padre, que era el cantante y segundo guitarrista, luego el guitarrista solista, y luego Billy Drake, el baterista. Su madre y su tía se encontraban detrás, haciendo los coros, hasta que pasaron al frente al hacer también de voces solistas, tiempo después.

Rose iba a sustituir a la otra Rose, su fallecida tía, en el que iba a ser un emotivo concierto donde se iban a interpretar algunas de las canciones clásicas de Thertonball. Ahora las disposiciones habían cambiado, y tanto ella como su padre y su madre, los tres cantantes iban a tomar diversas posiciones que se intercambiarían a lo largo del

concierto, según el protagonismo que cada uno tuviera en cada canción. En algún momento, ella tendría que ser la cantante solista, y solo se le escucharía a ella.

¿Estaría a la altura?, se preguntó. Habían ensayado todos juntos días atrás y había descubierto que podía hacerlo. Podía hacerlo y además, los otros miembros del grupo le habían dicho que lo había hecho muy bien. No tenía los altos registros agudos de su tía, pero tenía un tipo de entonación melódica que le daba mucha personalidad a las canciones.

Podía hacerlo, ¡claro que sí! Pero el problema no era ese. El problema era que no se sentía cómoda. No se sentía cómoda estando con sus padres y con los compañeros de sus padres, todos mayores de sesenta años. Algunos cerca ya de los setenta.

Solo había estado una vez con ellos anteriormente. Y fue tocando la batería, el instrumento que le había dado tantas alegrías, y también tantas penas. Todavía no había ingresado en *The Costayers,* y el grupo había tocado en un local de reducidas dimensiones junto a un pequeño grupo de aficionados acérrimos. Una velada VIP, como se solía decir.

Allí había sustituido en dos canciones a Billy Drake, para interpretar dos de los temas clásicos del grupo. Y no lo había hecho nada mal.

Y ahora volvía a ese mismo grupo, pero de cantante. Otro grupo, otro público, otro país. Un país diferente de aquel en el que había desarrollado su carrera profesional, a pesar de que era el suyo propio.

Se dio la vuelta e intentó volver a dormir, aunque la experiencia le decía, después de tantos meses, que no lo conseguiría. Intentó buscar una postura cómoda en la que arrullarse, pero no la encontró. Se pusiera como se pusiera, aquel dichoso dolor de espalda lo acompañaba a todas partes.

Después de media hora, ya de día, se levantó. Se fue hacia la cocina y se dispuso a prepararse un café. Por la ventana de aquella estancia contempló el jardín, y vio cómo algunas briznas de hierba despuntaban sobre las demás.

Así las cosas, se dispuso a dejar de pensar en el concierto y dedicarse a podar el jardín. Esa mañana no haría otra cosa, y si terminaba antes de tiempo, se sentaría en ese banco blanco que tenían entre los parterres y se pondría a observar las flores. Le habían hablado de la meditación para intentar acabar con sus problemas, y en eso estaba, aunque todavía no había visto ningún fruto.

—No voy a ir más con vosotros, mamá. Ya lo he decidido.

—Pero, Rose, ¡si te lo has pasado muy bien! Yo creo que te ha venido muy bien volver a los escenarios. De verdad.

—Yo sé que no me necesitáis, y que lo hacéis por agradarme, pero creo que estoy de más. De verdad, también te digo.

—¡Oh, Rose! No es así como dices. Ha venido mucha gente a vernos gracias a ti… Todos hemos recordado a tu tía. No me negarás que ha sido muy emocionante…

—No lo niego, mamá, es verdad que ha sido muy emocionante, pero ya está. Han sido unos cuantos conciertos, todos hemos llorado un poco, pero se acabó. No me apetece seguir cantando siempre las mismas canciones allá donde vaya, como hacéis vosotros.

—Eso no es así, nosotros también sacamos material nuevo, y…

—Ya, claro, cada cinco años —le interrumpió—. Y lo que llamáis “nuevo” no es sino lo mismo de antes, solo que vestido de otro color. Con mi grupo sí que hacíamos cosas nuevas. Cada año sacábamos un disco, a veces incluso más de uno. Y el público era diferente. No son los cuatro nostálgicos mayores a quienes les traen sus hijos o sus nietos porque se aburren en casa… Oh, vamos mamá, si algunos hasta tienen que venir con un bastón…

—A ver, te admito que desde que falleció tu tío Kai, el grupo ya no es lo que fue, desde luego. Nosotros no tenemos la creatividad que él tenía, y solo gracias a Iria hemos conseguido seguir en activo. Pero eso le ocurre a muchas bandas, ¿sabes? Hay muchas bandas de nuestra época, ¡grandes bandas!, como nosotros, como Hazelnut, que se dedican a usar el mismo repertorio con alguna variación en todos los conciertos. Porque es lo que el público quiere oír. Quiere escuchar y recordar aquellas canciones que marcaron su juventud, con las que se enamoraron, con las que soñaron…

—Sí, si lo entiendo perfectamente, mamá, pero yo no pinto nada en todo eso. Yo no tengo nada que ver con esos carcamales ni había nacido en la época en que se enamoraron. Y, además, yo no puedo pasar de tocar la batería en una banda de heavy metal a cantar las baladas que cantaba la tía Rose, por muy bonitas o emotivas que fueran.

—La tía Rose no cantaba solo baladas, y lo sabes. Es más, tú tienes muy buena voz. Estoy segura de que si hablamos con los demás

podríamos conseguir que cantes otras piezas, o que sustituyas a tu padre, por ejemplo.

—¿Ves mamá? Es lo que te digo. *Si hablamos con los demás*. Si hablamos con los demás quizás me dejen, pero ya sería lo mismo de siempre. Un favor. Y yo no quiero que me hagáis favores. Quiero decir, si puedo evitarlo —matizó, al ver la cara que estaba poniendo la madre.

Era la misma discusión de siempre. Madre e hija nunca se llevaron bien, y Rose respiró cuando se alejó del nido y puso rumbo a Estados Unidos. Rose respiró y su madre suspiró, justo lo contrario de lo que ahora pasaba. Ahora Louise respiraba y la hija suspiraba. Ahora volvían las fricciones de antaño, y los resentimientos que siempre estuvieron ahí volvían a manifestarse a la menor ocasión.

—O sea, que tú lo que buscas es una banda de gente joven, con público joven, donde te necesiten, y que además saquen discos nuevos cada poco tiempo, ¿no es así?

—Sí. Así es. Lo has descrito perfectamente. Si encuentro eso, pues bien, y si no, pues me dedico a la jardinería… porque, ¿sabes qué? Cada vez me gusta más.

—Bien, pues quizás haya algo para ti, a pesar de todo. Quizás puedas encajar en un sitio que reúna todas esas condiciones.

—¿Dónde?

—En la banda de tu hermano.

—¿En los Scarecrows?

—Exactamente.

—Pero allí está ya Silvia... —replicó, y tras pensar un segundo, añadió: —¿Para qué sería? ¿Para incorporarme como una cantante adicional? ¿Otra vez lo mismo, mamá? ¿Otra vez ir de añadido, de sobrante?

—No. Sería para sustituir a Silvia.

—¿Cómo qué para sustituir a Silvia? ¿Es que se marcha? ¿Acaso ha discutido con Justin? No entiendo nada…

—Habla con Kai. Él te lo contará.

—¿Con Kai?

—Sí, con tu hermano. Vete a verle a su casa, y habláis.

Kai White

La casa de sus tíos había permanecido cerrada desde que ellos murieron, hacía ya más de veinte años. La preponderancia que habían alcanzado los dos como estrellas del rock y las circunstancias en que se produjo su muerte, especialmente la muerte de ella, habían convertido aquel lugar en un sitio de peregrinación donde miles de fans depositaban flores y velas encendidas en los aniversarios del día en que se produjo el fatal desenlace.

Según fue pasando el tiempo, el número de aficionados que se congregaban era cada vez menor, y los White, junto con Cecilia Roa, que era la madre de su tío, habían decidido convertir la casa en un museo. Un lugar donde exhibir algunas de las cosas personales de aquellos músicos, así como recuerdos de Thertonball de los primeros tiempos.

Pero el tiempo pasaba, y la idea no terminaba de ponerse en marcha.

Como sus tíos no tuvieron hijos, la casa pasó a ser propiedad de Cecilia, la madre de él, pues este la había comprado antes de casarse con la hermana de Adam, y, por tanto, fue aquella mujer quien la heredó a efectos legales.

Así las cosas, Kai White había pedido permiso a Cecilia para vivir allí, y esta se lo concedió encantada, pues veía en el chico un reflejo del hijo que había perdido. Y fue entonces cuando comenzó a usar aquel caserón como lugar donde inspirarse, componer y ensayar las canciones del grupo que él lideraba, los Scarecrows.

Su anterior dueño, Kai Costa, había convertido el salón de la casa en un estudio, que, aunque algo imperfecto para los estándares de la época, todavía servía para que el sobrino pudiera dar rienda suelta a su imaginación y escribir y practicar los temas que creaba. Algo que, por otra parte, no era del gusto de la otra sobrina, es decir, de Rose, pues consideraba que aquella casa debería de permanecer “intocable”, para preservar la memoria de sus queridos tíos.

Su hermano se había trasladado a vivir allí un poco antes del regreso de Rose a Inglaterra, y allí fue a visitarle esta, para discutir el asunto de su posible ingreso en aquella banda.

La casa no había sido prácticamente tocada desde entonces, salvo las necesarias labores de mantenimiento que incluían una llave magnética que se había colocado en lugar de la llave «clásica» que tenía originalmente.

Era un tipo de cerradura que se abría con un código de proximidad que solo tenían los miembros de la familia, y entre ellos estaba Rose.

Cuando llegó aquella tarde, no usó su chip para abrir la puerta, pues al fin y al cabo era el hogar de su hermano, y no quería presentarse allí como si fuera el suyo propio, a pesar de que le había avisado de que iba a ir. Pero estaba tardando en abrir la puerta, y supuso acertadamente que estaría ensayando en el estudio. Esa podría ser la causa de que no abriera.

Así que usó por fin su chip para abrir, y tras acceder a la casa fue directa al estudio, donde como suponía, allí estaba el músico ensayando.

Su hermano era parecido a su padre. Un muchacho de veinticuatro años, alto, rubio y con unos ojos grises iguales a los de su madre. Llevaba puesto un pantalón negro y una especie de casaca de color rojo con dos filas de botones dorados paralelos separadas un palmo, similar a la que había llevado su admirado ídolo, el gran Kai Costa, durante los conciertos de Thertonball. Llevaba puestos unos auriculares y se encontraba tocando un bajo eléctrico de la marca CDS, la misma que había usado su admirado tío.

Cuando la vio abrir la puerta del estudio, él le hizo una señal con la cabeza a modo de saludo, y siguió tocando el instrumento como si nada.

Entonces ella se sentó en el taburete de la batería que allí se encontraba, agarró las baquetas, y se dispuso a tocarla de forma «sorda», es decir, sin pulsar físicamente los tambores, esperando a que él terminara. Una batería que sin lugar a dudas habría usado su maestro, el gran Billy Drake, en los momentos en que junto con su padre y su tío habrían ensayado en aquella misma casa.

Tras unos minutos, el chico terminó y le dijo:

—Qué, Rose, echas de menos las baquetas ¡eh!

—No lo sabes tú bien, Kai, ¡no lo sabes tú bien!

—Oye, y ¿por qué no vuelves? ¿Por qué no te vistes otra vez con tus queridos cueros negros, y te pones a tocar? Estoy seguro de que te admitirían en cualquier sitio.

—Esa época de mi vida ya pasó. He sufrido mucho por eso y no quiero volver a pasar otra vez por lo mismo.

—Pero sigues siendo buena…

—Lo dices porque eres mi hermano, pero yo sé que no es así. Era buena, o al menos eso creía. Ahora ya no lo soy. Como mucho podría

tocar en un grupo de música ligera, y aun así ya veríamos. Creo que estoy perdiendo facultades, no te digo más.

—Eso es porque no practicas. Estás perdiendo práctica. Eso es lo que te pasa.

—Yo no creo que sea por eso. Creo que de alguna manera las conexiones de mis nervios con el brazo biónico se están desgastando… o degenerando, y ya no me responde como al principio. No es mucho, pero yo lo noto. Si no fuera porque estoy siempre tan cansada, me gustaría viajar a Chicago para ver al doctor Andrews. Todavía sigo teniendo allí mi casa y me dejarían pasar al país sin problemas, aunque tampoco sé si me apetece volver, la verdad. Quizás lo deje pasar un poco, y ya veremos lo que hago.

—Oye, si estás tan cansada podrías haber venido en otro momento. Lo de Silvia no es urgente.

—No voy a renunciar a mi vida por unos dolores o por un insomnio. Ya sabes cómo soy.

—Una testaruda y una cabezona. Eso es lo que eres, Rose White.

—Y tú, un pacato y un mojigato, Kai White —le soltó, mientras los dos hermanos se sonreían y se daban un beso cariñoso.

—Bueno, cuéntame lo de Silvia —le pidió ella.

Él suspiró y comenzó a contarle lo que pasaba con la novia de su amigo, el guitarrista Justin Kramer.

—Pues verás, el caso es que Silvia se ha quedado embarazada, y se está replanteando su continuidad en el grupo.

—¿Embarazada? No sabía nada… Y, entiendo que lo desea tener, ¿no es así?

—Por supuesto, Rose, ¿cómo puedes plantearte siquiera una cosa así?

—Claro, claro, yo lo digo porque… hay muchos casos de… personas que están en el mundo de la música… o de artistas… que claro, ante una cosa así, cuándo eres joven, pues… te interrumpe la carrera… o termina con tu vida en el sentido de…

—Pero, ¿qué tonterías estás diciendo? ¿Eh, Rose? —interrumpió el otro de forma brusca.

—Bueno, ya sabes cómo es la gente…

—Sí, ya sé cómo es la gente, pero Silvia y Justin no son así. ¿Lo entiendes?

—Me queda claro, Kai. Me queda claro. Bueno, sígueme contando.

—Pues lo que te decía, ella se está planteando seguir o no seguir, pues cuando tengan al bebé quizás se retire y se dedique en exclusiva al niño. Pero en cualquier caso, lo que es seguro es que va a tener que salir del grupo en breve, pues ya se le está empezando a notar el embarazo y, como le pasó a mamá, no lo está llevando nada bien. Y aunque no fuera por eso, tampoco es plan que una cantante de una banda de rock aparezca en un escenario con una buena panza. No por la panza en sí, claro, sino porque ya no podría moverse de la misma manera. Eso es lo que pasa.

—Y ahí es donde puedo entrar yo, ¿no es así? Para sustituirla durante el embarazo.

—Durante el embarazo o para siempre, Rose. Ya veremos lo que hace después. Hemos barajado parar todos los conciertos que tenemos contratados o aplazarlos al menos hasta que nazca el niño, pero al final creo que lo mejor es sustituirla. Estamos atravesando una buena racha y no la queremos desperdiciar. Hemos recibido muy buenas críticas del último disco y tenemos que aprovechar el momento para consolidar la banda.

Rose pensó por un momento, y constató que su madre tenía razón. Eso era lo que ella estaba buscando, pues si la chica se retiraba para cuidar al bebé, ella no recibiría ningún favor, sino que más bien lo haría. Además, eso fue exactamente lo que le pasó a Leslie Ayers cuando entró ella a sustituirla en *The Costayers*. La mujer abandonó la banda para atender a su recién nacido y al final Rose se terminó quedando.

—Está bien, Kai, cuenta conmigo —dijo finalmente.

—Perfecto. Te voy a entregar unos vídeos para que vayas escuchando las letras y te familiarices con las canciones. Y unas pistas de música sin voz para que vayas practicando. ¿Cuándo podríamos empezar?

—Pero Kai, ¿es que no vas a contar con los demás?

—Los demás harán lo que yo les diga —afirmó, rotundo—. Además, ya han visto el video de tu actuación con Thertonball y saben lo buena que eres, hermanita.

—Está bien. Pues pásame esas pistas.

La conversación terminó al rato, y Rose se llevó los códigos de los videos que tenía que visionar. No quiso quedarse durante más tiempo en aquella casa, pues de alguna manera no le gustaba que su hermano estuviera en ella. Además, él mismo dejó de hacerla caso cuando terminaron de hablar, y se dispuso a seguir con lo que estaba haciendo antes de llegar.

Mientras se marchaba para su casa, Rose se preguntó por qué el destino siempre le hacía lo mismo, es decir, por qué siempre tenía que sustituir a mujeres embarazadas en todos los grupos en los que ingresaba. En Costayers, había sido así, y ahora otra vez. Y también en Thertonball, el grupo de sus padres, había pasado lo mismo de alguna manera, pues ella había estado sustituyendo a su tía Rose, que había muerto estando embarazada… de Melanie. Ella sustituía a mujeres que querían tener a sus bebés, cuando ella misma no había querido tener al suyo.

Scarecrows

Cuando se reunió por primera vez con los Scarecrows, se llevó un chasco con Silvia. Había estado viendo los vídeos del concierto de presentación de *Ivanhoe*, el nuevo disco de la banda que ya habían grabado y puesto en circulación, y allí se mostraba como una chica con arrojo, delgada y relativamente guapa. Pero cuando la vio en persona en el estudio de su hermano, mejor dicho, en el estudio de sus tíos, le pareció una chica insulsa y timorata que llevaba unas gafas desfasadas que le afeaban bastante. Además, a pesar de estar solo en el quinto mes de embarazo, había sumado ya bastantes kilos. Se preguntó por qué llevaría esas horribles gafas y por qué no se habría corregido los problemas visuales. Obviamente, no las llevaba en los conciertos, pero no acababa de entender que portara esas lentes a pesar de que aparentemente no era *drifter*. En fin, «hay gente para todo», se dijo, igual que seguía habiendo calvos, cuando el remedio para la alopecia hacía tiempo que se había inventado.

Silvia y ella cantaron juntas algunas canciones mientras se intentaba acompasar al rito de los demás en los ensayos en directo. La voz de aquella chica no era mala, pero adolecía de ciertas carencias, especialmente en los registros más agudos. Esto ya lo sabía Rose, pues así le había parecido cuando visionó aquellos videos. Su propia voz era desde luego mejor, a pesar de ser una neófita en aquello del canto. Aquella chica no hubiera tenido nada que hacer en una banda como The Costayers, y Janet estaba a años luz de ella. Pero los Scarecrows hacían un rock más suave, en el que más o menos encajaba bien.

Los ensayos se repitieron durante bastantes días, en los que Rose confraternizó muy bien con aquellos chicos, pero especialmente con el baterista. Era un chico tímido que Kai conocía de la parroquia y le había traído para darle una oportunidad. No tocaba mal, pero lo podría hacer mejor, y los consejos de Rose le ayudaron mucho.

También tomó mucha confianza con Justin, el novio de Silvia, que era el guitarrista del grupo. Los dos también se habían caído muy bien desde el principio, y siempre se ponían juntos durante los ensayos. Quizás demasiado. Pero a su novia no parecía importarle, al menos por el momento.

La idea era que Rose se adaptara bien al grupo para comenzar a dar conciertos lo antes posible, pues Silvia no estaba ya en condiciones de seguir cantando, y las fechas de los conciertos contratados se estaban acercando. El disco *Ivanhoe* estaba parcialmente inspirado en una ópera rock que su padre había interpretado incluso antes de que

existiera Thertonball. Una pieza épica que contaba la historia del célebre héroe inglés de las novelas medievales de caballerías y que encajaba bien con el estilo «romántico» que Kai le estaba imprimiendo a aquella banda, un estilo rockero sinfónico que se había vuelto a poner de moda después de varias décadas.

Un esfuerzo extra

Acostumbrada como estaba a subir a los escenarios, cuando cantó por primera vez con el grupo de sus padres, es decir, con Thertonball, no le resultó demasiado difícil.

Conocía a todos los miembros de la banda desde siempre, y a muchos de ellos los consideraba como si fueran unos segundos padres. Estaba por supuesto Billy Drake, el baterista, que había sido su maestro, y Arthur Feather, el mánager con quien su padre se llevaba también muy bien. Arthur había sido el tecladista oficial del grupo durante quince años, hasta que una enfermedad le paralizó un brazo y tuvo que dedicarse al «trabajo de oficina» como decía él. Le había sustituido Iria Da Silva, una gran pianista clásica que se había pasado al rock, y que fue descubierta por su tío Kai. Aunque de origen chino, Iria había sido adoptada por unos amigos de sus padres en Lisboa, y se conocían desde siempre. Guardaba una relación más que amistosa con Leslie Ayers, la ex baterista de los Costayers, a quien Rose sustituyó.

También estaba Ruddy Norfolk y Richard Dasley, guitarrista y bajista respectivamente, con quienes no tenía tanto trato, aunque la relación no era mala. Ruddy estaba considerado como uno de los mejores guitarristas de rock de la historia, y tenía un estilo puntillista y una manera de tocar que, a pesar de su edad —ya rondaba los setenta años —, todavía seguía siendo un referente mundial.

El grupo se había conformado en sus inicios con solo cinco miembros, que fueron su padre, Ruddy, Arthur, Billy y su tío Kai, siendo Adam el único cantante. Fue un tiempo después cuando por presiones de su padre y de su tío, los demás aceptaron la entrada de su madre, es decir, de Louise, y también de su tía Rose, para ejercer de coristas en un principio y después también de cantantes solistas.

El grupo pues, se quedó conformado por tres cantantes, que finalmente se quedaron en dos después de la muerte de su tía Rose.

En las actuaciones que ella hizo junto a sus padres semanas atrás, se limitó básicamente a cantar las canciones interpretadas en el pasado por su tía Rose, y en las que muchas veces intervenían los tres. Tuvo que cantar, eso sí, algunas canciones en solitario, pero solo fueron unas pocas. Las mismas que su tía Rose había cantado en aquel mítico concierto en Donington Park ante más de cien mil espectadores, muchos años atrás, antes de que ella naciera.

Pero con los Scarecrows ahora las cosas eran diferentes. A diferencia de Thertonball, allí había solo cinco miembros en lugar de los siete

que había en el conjunto de sus padres. Dos cantantes menos, lo que significaba una sola cantante, que era ella. Y eso significaba que tenía que interpretar en solitario todas y cada una de las canciones que sonaran ese día. Nunca había cantado durante tanto tiempo, y eso le produjo cierta inquietud. El tiempo estimado de duración del concierto era algo más de dos horas, y no sabía si su voz le iba a aguantar lo suficiente.

Ella por supuesto conocía todas las técnicas que usan los cantantes profesionales para aguantar y sostener la voz durante horas, pero nunca había tenido ocasión de ponerlas en práctica. No obstante, tenía confianza en sus facultades vocales y estas no le defraudaron. Aguantaron perfectamente las dos horas, más los bises, y supuso que de haber durado más el concierto, también lo hubiera podido sacar adelante. El problema era… que no lo disfrutaba. Al menos no lo disfrutaba tanto como lo hacía cuando tocaba la batería. Y tenía que parecer que lo hacía, desde luego, pues todas las cámaras le enfocaban principalmente a ella. Eso le suponía un esfuerzo extra que le costaba más hacer, incluso, que aquellas técnicas que le enseñó su maestro para actuar correctamente con su brazo biónico.

Y para colmo estaba el asunto de Justin y su aparente interés por ella. En los vídeos que había visto antes de comenzar a ensayar, el guitarrista se mostraba demasiado «pegajoso» con la cantante oficial del grupo, es decir, con Silvia. Era habitual que los coros de los estribillos los hicieran los otros músicos acercándose a la cantante, y eso era lo que hacía Justin con Silvia. Y eso incluía algunos abrazos, achuchones e incluso besos ocasionales. Pero que eso lo siguiera haciendo con la propia Rose… era algo que le confundía. Al principio pensaba que era el ritual del concierto, y la forma de expresar complicidad con la cantante, fuera Silvia o fuera Rose. Pero cuando vio las caras que ponía la novia, aquella chica embarazada que contemplaba todo en la primera fila, comenzó a cambiar de opinión. Y lo peor es que a Justin no parecía importarle demasiado.

Al principio pensaba que esa actitud «cariñosa» era por agradar, por intentar integrar a Rose y que se sintiera cómoda y tuviera confianza. Pero según fueron pasando los conciertos, la actitud de este seguía siendo la misma, o incluso más afectiva todavía. Y eso era algo que los demás no parecían apercibir, aunque ella si lo hacía, Y lo que es peor, Silvia también se daba cuenta.

Una sombra demasiado alargada

Se había acostado tarde, cerca de la media noche. Mientras se desvestía, creía recordar haber visto la hora en aquella proyección que tenía sobre el techo. Sí, eran las 11:37 de la noche, si la memoria no le fallaba. Ella hubiera querido hacerlo antes, pues estaba horriblemente cansada. Pero aun así esperó. Esperó a ver si estaba más cansada todavía y así poder dormirse inmediatamente. Pero no funcionó...

Aquella misma proyección ahora le decía que eran las 03:28. Casi cuatro horas después, seguía sin poder dormir. ¿O quizás lo había hecho? Entre las dos y las tres no le sonaba haber mirado la hora… Sí, quizás en ese intervalo se llegó a quedar dormida… a ratos. «*Sí, así fue*», se dijo. Fue cuando encontró aquella posición, recostada sobre el lado izquierdo y con la pierna derecha doblada en ángulo recto. De esa manera conseguía paliar un poco el dolor en la zona lumbar al mantener la columna recta, y, por otra parte, el estómago descansaba sobre uno de sus laterales y le dolía menos.

Volvió a ponerse de nuevo en aquella posición, pero esta vez no funcionó. La espalda le dolía igual que cuando estaba boca arriba.

Así las cosas, se levantó, salió de la habitación y se fue hacia la cocina para prepararse una infusión. La casa de sus padres en el West End londinense era un silencio total a esas horas de la madrugada, y sus pasos resonaban por la escalera como si fueran golpes secos sobre una superficie dura: «pum, pum, pum». Intentó ir más despacio para no despertarlos, pero no pudo evitar otro «pum» sobre el último peldaño.

Finalmente, entró en la cocina, cerró la puerta y se preparó una tila a la que añadió algunas hierbas que su vecina Lucy le había aconsejado, y que según ella eran «buenísimas» para el insomnio.

Cuando aquella tisana se disolvió en el agua caliente, comenzó a beberla mediante pequeños sorbos, y fue entonces cuando apareció Louise en la cocina.

—Hola, hija, ¿no puedes dormir?

—No, mamá. Desde que me acosté, solo he dormido una hora, si acaso.

—¿Te has tomado algo?

—Me tomé un analgésico y un relajante muscular. Pero no me ha servido de mucho.

—Pero para dormir… ¿No podrías haberte tomado alguna pastilla?

—No quiero acostumbrarme a eso. Además, pensé que estando tan cansada me dormiría enseguida. Pero no hay manera.

La madre se quedó mirando mientras la hija apuraba los últimos sorbos de aquella infusión. Tras unos segundos le dijo:

—Ayer estuve hablando con los Sanders, ya sabes, los vecinos. Ellos van a una clínica particular, para tratarse sus achaques. Son ya mayores y tienen mucha confianza con un doctor que los conoce desde hace tiempo. Cuentan maravillas de él. ¿Quieres que probemos a ver si dan con lo que te pasa? No perdemos nada…

—Sí. No perdemos nada —respondió, con cierta indiferencia.

—Está bien. Mañana hablaré con ellos y que me den el teléfono. Ahora vete a la cama. A ver si la infusión te relaja y puedes dormir. Mañana no tienes ensayos, ¿verdad?

—No, mamá. Hasta la semana que viene no los retomamos.

—Pues entonces sube y duérmete. Corre bien las cortinas para que no te moleste la luz, y a ver si descansas.

—Gracias. Te he despertado al bajar, ¿no? Lo siento.

—No te preocupes. Ahora subo y me vuelvo a dormir. Ojalá te pudiera traspasar a ti de alguna manera el sueño que a mí me sobra.

La madre y la hija se besaron y subieron las escaleras hacia la planta de arriba de la casa. Rose se metió en la cama y se decidió a no mirar más aquella proyección horaria. Aunque de poco le serviría. Dentro de poco amanecería, y se enteraría de la hora que era de la misma forma que se había hecho tradicionalmente, es decir, por el sol.

Pero el sueño seguía sin venir, a pesar de aquellas hierbas «tan maravillosas». Entonces comenzó a pensar en lo que le iba a decir a su hermano al día siguiente. La decisión estaba tomada y no podía demorarla más.

Un tipo curioso, su hermano. Nunca se llevaron bien, a pesar de llevarse solo dos años. No compartieron amistades ni juegos, y solo el amor a la música les unía de verdad. Aparte de eso, no tenían ni los mismos gustos ni las mismas aficiones.

Se acordó de Karen, aquella chica que se enamoró de él. Se conocían de la parroquia, y sus padres eran amigos de Adam y Louise. Pero la niña les había salido «demasiado fresca», según los estándares de la religión. Acudía a misa en verano con unos pantalones demasiado cortos y un escote demasiado largo, para conseguir que Kai se fijara en ella. Pero no lo consiguió, aunque según sus padres llegaron a salir juntos y a solas, sin los demás compañeros del coro. Un hecho que Kai

siempre negó, por cierto.

Al final, le dejó por imposible y se olvidó de él. Porque su hermano, que ella supiera, no había salido nunca con ninguna chica, ni había mostrado interés por ninguna. Rose llegó a pensar que era homosexual, si no hubiera sido por los feroces ataques que siempre prodigaba a ese colectivo. Aunque no sabía si ese «odio» se debía a su intransigencia religiosa, o a cualquier otra cosa. Al final llegó a la conclusión que era «ace», una forma de indiferencia hacia todo lo sexual que se manifestaba en algunas personas.

En eso quizás había salido a su madre, a Louise, otra que iba de la misma cuerda. Es curiosa la afinidad de los hijos por las madres, y las hijas por los padres. Algo que en la familia White se cumplía cabalmente. Su padre, Adam, aunque en teoría era cumplidor de las normas católicas, siempre fue más abierto a la sexualidad que su madre. En los años de esplendor de su grupo, de Thertonball, a principios del siglo XXI, eran antológicas las bacanales que se montaban cada uno de los miembros del grupo en los hoteles cuando visitaban cualquier ciudad. Allí les esperaban decenas de chicas deseosas de pasar una noche con sus ídolos, y su padre era objeto de deseo de la mayoría. Se suponía que Adam no caía en esas tentaciones, aunque en su grupo bromeaban con que se había casado con Louise precisamente para no sucumbir a ellas. Su propio tío Kai, tan adorado por su hermano, no era prístino precisamente en ese sentido, y era uno de los que sucumbía frecuentemente y sin ningún pudor al «influjo de la carne».

Sea de una manera u otra, en el mundo de su hermano solo cabía la música, y de la única persona de la que estaba enamorado de verdad era de aquel hombre, de su tío Kai. Él había muerto hacía ya más de veinte años, pero proyectaba una sombra tan alargada sobre el sobrino, que Rose pensaba que era hasta perjudicial para él.

Cuando no estaba ensayando o componiendo canciones, su hermano se pasaba la vida viendo los vídeos de Thertonball o los de Costayers donde aparecía él. Tenía una colección de revistas y de artículos que hablaban de él; de grabaciones, de fotografías, de documentales… Una obsesión que le había llevado a vestir con el mismo tipo de ropas y calzado que su fallecido tío, y solo le faltaba llevar el pelo oscuro y tener los ojos pardos para ser igual que su admirado ídolo.

Rose también había tenido y seguía teniendo mucho aprecio y afecto por él, y a diferencia de su hermano, tenía también recuerdos personales. Aquel hombre murió cuando su hermano apenas tenía tres años, y no lo recordaba. Pero ella tenía cinco, y llegó a compartir momentos muy especiales con él. Tenía grabada la imagen de su tío,

que ya se cortó el pelo cuando su esposa murió. Su amplia sonrisa, sus profundos y luminosos ojos… Siempre le daba un sonoro beso en las mejillas cada vez que su padre la llevaba a su casa, una casa de la que apenas salía. El hombre veía en aquella niña un reflejo de la mujer que perdió, y era una manera de reconfortarle en aquella soledad y angustia existencial que le torturaba, y que finalmente contribuyó de forma tan decisiva a acabar con él.

Siempre recordaría aquellas tardes de domingo cuando su tío la sentaba en su regazo y se disponían juntos a tocar el teclado. Él la agarraba con la mano izquierda mientras con su derecha tocaba las teclas y procuraba que ella las tocara también. Eran recuerdos vagos, pero nítidos, y aquellas canciones que le enseñó a tocar se le quedaron grabadas hasta el punto de que ahora sería capaz de interpretarlas con los ojos cerrados.

De haber sido su hermano quien hubiera gozado de aquel privilegio, a buen seguro que él habría aprendido a tocar el teclado en lugar del bajo, o al menos los dos instrumentos. Porque su tío era un multi-instrumentista de primer orden, y aunque el bajo era lo que tocaba en los conciertos que realizaban los grupos en los que estuvo, la verdad es que era igualmente hábil con la guitarra y con los teclados. Un "don" que el sobrino, Kai White, no compartía.

Pero eso no ocurrió con Rose. Siempre le gustó mucho más la batería, y aunque llegó a pensarse lo de los teclados, siempre lo tuvo clarísimo. Tan claro como tenía ahora lo que le iba a decir al día siguiente a aquel fanático que era su hermano.

Silvia

—Lo dejo, Kai. No quiero participar en la desgracia de esa chica.

—Pero… ¿qué estás diciendo, hermana? ¿Qué es lo que dejas?

—Dejo el grupo —dijo, con seriedad—. Justin se está enamorando de mí, y la verdad es que en parte la culpa ha sido mía por no haberme dado cuenta antes.

—¿Cómo que Justin se está enamorando de ti? ¿Tú como sabes eso? ¿Acaso él…?

—Él no me ha dicho nada ni ha intentado nada —interrumpió—. Pero una mujer se da cuenta de esas cosas, ¿entiendes? Tiene totalmente olvidada a la pobre Silvia y la chica ya ni viene a los ensayos. Creo que ni siquiera vino al concierto del sábado. Yo al menos no la vi.

—Está llevando mal el embarazo. Ya sabes que es por eso.

—Eso puede tener algo que ver, quizás. Pero ya te digo que lo otro también existe. Mira, —siguió, tras un inciso—, esta situación ya la he vivido yo antes, ¿sabes? En las Costayers, yo tuve una lesión y no pude grabar un disco. Vino el hermano de Eva para sustituirme "temporalmente" mientras yo me restablecía, y, ¿sabes qué pasó? Pues que se quedó definitivamente. ¿No te parece algo curiosamente similar?

—No tiene nada que ver, Rose.

—Pues a mí sí que me lo parece. Yo soy la hermana del líder; canto mejor que Silvia; la estoy sustituyendo temporalmente. Y para colmo, su novio se está enamorando de mí. Con menos de eso salí yo de mi grupo.

—No es igual, Rose. Te lo estoy diciendo. Silvia es la cantante de esta banda, y si quiere volver con nosotros cuándo tenga al niño, tú te tendrás que marchar.

—Claro, esa es la cuestión. Si quiere volver… Pero me parece a mí que se están sentando las bases para que la pobre chica no quiera volver. Y eso yo no lo voy a consentir.

—Bueno, pues si a ti te parece que eso es así, hablas con ella, la tranquilizas y le dices lo que me estás diciendo a mí. ¿No te parece que eso es mejor solución que irte ahora, por las bravas, en medio de la temporada, dejándonos a todos en la estacada?

—Si yo me voy ahora, esa chica tendrá esperanzas de volver. Si

esperamos a que acabe la temporada, ella misma será quien renuncie. Se está hundiendo, Kai. ¿Es que no te das cuenta?

—De lo único que me doy cuenta es que si te vas ahora quien se hunde es el grupo. ¿Es que no te das cuenta, hermana? —le replicó.

—Pues aplazáis la temporada.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Me dijiste cuando me incorporé que estabais dudando entre aplazar los conciertos o contratar a alguien. Bien, pues ahora ya lo tienes claro. Los aplazas hasta que se reincorpore, y listo. Es más, al haber estado yo, no habéis tenido que aplazarlos todos. Ahora solo tendréis que aplazar los que nos quedan, que no son tantos, creo yo.

—Eso nos perjudicará a todos. Quiero decir, a todos los del grupo. Incluyendo a Silvia.

—Incluyendo a Silvia… Seguro que será para ella un perjuicio menor que el que le ocasionaría que yo me quedase. Y para los demás… Será un perjuicio temporal, Kai. Tú eres muy bueno, y los demás también, y en poco tiempo estaréis igual que si yo hubiera seguido. Con la diferencia de que habremos salvado a Silvia.

—¿Y qué les vamos a decir a los demás? —se resignó—. ¿Qué le vamos a decir a Justin? ¿Qué te vas porque no quieres que se enamore de ti?

—Les decimos que me voy porque no estoy bien. Porque tengo malestar en el estómago y dolores en la espalda. Y esto es verdad, y todos lo saben. No hace falta mentir.

—De acuerdo, ¿y si luego después de todo resulta que ella tiene el niño y se quiere dedicar a su cuidado? ¿Si se sale del grupo de todas maneras?

—Yo creo que no se va a marchar, si quiere retener a Justin. Aún no le ha perdido, aunque creo que si yo continúo, le perderá. Aunque yo le rechace. Ella necesita estar aquí antes de correr el riesgo de que venga una cantante nueva y le guste, como ha pasado. Y si le pierde de todas maneras, al menos yo no quiero tener esa carga sobre mi conciencia. Ya la tengo bastante llena de otras cargas, como para tener otra más.

—¿A qué te refieres? ¿De qué cargas estás hablando?

—A nada, Kai. No me refiero a nada. Cosas mías.

La casilla de salida

Lo bueno que tenía estar en casa de sus padres era que el jardín era amplio. Era un típico jardín inglés, a diferencia de las pocas yardas de césped que tenía en su casa de Marengo, en Chicago. Además de los parterres que estaban repletos de flores, también estaban otros apartados donde Rose se había entretenido en plantar algunos pequeños arbustos, los cuales había podado e igualado para que mantuvieran formas abstractas y geométricas, que de forma ajedrezada se combinaban con los parterres de coloridas flores.

Tras abandonar el grupo de sus padres y el de su hermano, había vuelto a la casilla de salida y se encontraba de nuevo pasando el tiempo con sus queridas flores. Y pensando si ese trabajo tan gratificante era lo que quería hacer de cara al futuro, o quizás debiera volver al mundo de la música de alguna manera. Sus padres le habían hablado de la posibilidad de hacer algunos trabajos con músicos de sesión, donde podría cantar o corear algunas cosas. Pero siempre serían trabajos puntuales y dispersos.

Había pensado también en formar una banda nueva, con gente nueva, en torno a ella como cantante, pero los dolores y el insomnio que tenía le desanimaban a emprender cualquier acción importante y menos una de la envergadura que requería arrancar un grupo desde cero. No tenía ánimos ni energía para una cosa semejante, y al menos el jardín le procuraba las pocas alegrías que tenía su vida en aquellos momentos.

En eso estaba, cuando volvió a ver a la hija de sus vecinos.

—Hola, Rose, hacía tiempo que no te veía.

—Hola, Lucy, sí, he estado varios fines de semana fuera. Hace un tiempo que entré a trabajar en el grupo de mi hermano, y hemos estado por ahí haciendo conciertos.

—Pero… ¿has vuelto con la batería?

—No, claro, ha sido de cantante, esta vez.

—¡Ah! Es cierto, recuerdo que me lo contaste. Pues qué bien, ¿no? Me alegro mucho, Rose, al final vuelves con lo que es lo tuyo…

—Ha sido por poco tiempo, Lucy. Era solo para cubrir una sustitución. La cantante del grupo está embarazada, y la he sustituido temporalmente. Nada más.

—Pues qué pena. Ahí seguro que hubieras tenido un buen futuro. ¿No

has podido hacer nada para quedarte?

Entonces pensó en contarle todo lo que había pasado con Silvia, pero finalmente se abstuvo. No quería volver otra vez a lo mismo, así que prefirió marcharse por la tangente.

—Tampoco me apetecía mucho. No es que me llevara mal con mi hermano, pero en el grupo había más gente, gente distinta, con los que no llegué a congeniar bien. No estaba cómoda, y total, para una sustitución, pues preferí dejarlo. Ya me saldrán otras cosas.

—Claro mujer, ya verás como sí. Tú vales mucho. Eres muy guapa y tienes muy buena voz. Encontrarás algo enseguida. ¡Ya lo verás!

—Sí, mi madre fue soprano antes de estar en el grupo de mi padre, ya lo sabes, y conoce a gente que se dedica a gestionar orquestas y cantar con músicos de sesión. Ya me han presentado a algunas personas y estoy esperando que suene el teléfono. No sería para mucho. Quizás para grabar alguna cosa, o algún proyecto corto. Nada que me ocupe en exclusiva, desde luego.

—Oye, qué bonito tienes el jardín —dijo Lucy, que parecía no haber oído el último comentario de su interlocutora—. ¿Quién te ha enseñado a disponer los parterres de esa manera?

—Pues nadie… que yo sepa. O quizás lo he visto hacer en algún sitio, y no lo recuerdo. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! Nada que ver con los de mis padres, ya los ves —miró hacia el jardín de su casa—. Entre que ellos no pueden muy bien hacerlo, y yo que no tengo tiempo… como dice el refrán, en casa del herrero, cuchillo de palo.

—Pues si quieres se lo organizo yo. Estaría encantada, Lucy, de verdad. Así me entretengo un poco mientras me llaman para cantar en alguna parte. Estoy tan aburrida…

—Oye, estoy pensando una cosa —se colocó un dedo en diagonal sobre la boca, como reflexionando sobre lo que le había dicho. Se le había ocurrido una idea y tras pensar un momento se lo comentó—. Vamos, si te apetece, claro. Verás, ya sabes que yo trabajo en el mercado de flores.

—Sí, me lo dijiste.

—Pues verás, el puesto se ha ampliado, y yo ya no doy más de sí. Sobre todo por las mañanas, para descargar las cajas de flores, montar el puesto, distribuir el compost, organizar los jarrones… Y estoy perdiendo dinero, pues cuando llegan los clientes se van a otros puestos que ya están montados, y no es cuestión de madrugar más,

pues los furgones llegan a la hora que llegan. Bueno, la cuestión es, ¿te apetecería echarme una mano? No te podría pagar mucho, pero al menos estarías entretenida y trabajando en lo que te gusta. ¿Qué te parece?

—Pues me parece muy bien, Lucy —contestó, casi sin pensarlo—. Aunque me salga otra cosa de lo que te he comentado, yo creo que podría compaginarlo. Qué sería… ¿solo por las mañanas?

—Principalmente. Algún día, sobre todo en fiestas, cerramos algo más tarde, a las cinco, pero son días contados. Por la tarde yo trabajo en el *conservatorio*, ¿Recuerdas? Así te podrías tú quedar en el puesto y yo no tendría que faltar, pues allí entramos más temprano. ¿Qué me dices?

—Pues lo que te he dicho antes, que sí. ¿Cuándo empezaría?

—¿Puedes empezar mañana?

—Mañana precisamente, no. Tengo cita con un médico internista y con un reumatólogo que me han recomendado por lo de mis dolores. Me parece que son los mismos que atienden a tus padres. A ver si acertamos de una vez y me curan.

—Pero… es que sigues mal con eso…

—Sí, estoy como siempre, o quizás peor. Pero no por eso voy a renunciar a nada de lo que hago, Lucy. No creas que por eso voy a rendir menos en el mercado o algo así. Al contrario, me haría mucho bien cambiar de aires y hacer cosas nuevas. De verdad.

—Está bien. Pues si te parece, pasado mañana empezamos. ¡Así me harás compañía, vecina!

Las facetas

—¿No puede ser gastritis, doctor? ¿Gastritis crónica?

—No, caballero. Su hija está tomando protectores estomacales dese de hace un tiempo y eso sería suficiente para neutralizarlo. Además, en las endoscopias no hemos visto nada. Nada relevante, me refiero.

—¿Ninguna úlcera? Es que el dolor que tengo a veces me da como punzadas —refirió Rose.

—Tampoco se ven úlceras. Pudieran ser pequeñas ulceraciones motivadas por alguna lesión interna, que no se aprecian con la cámara, pero yo lo descartaría. Aun así, le voy a recetar un medicamento específico para eso, por si acaso. Mal no le va a hacer, así que tómeselo y me cuenta que tal le va, digamos, dentro de un mes.

—Y respecto a la espalda, doctor —intervino Adam—, nos lo cuenta usted mismo, ¿o tenemos que ir a la consulta del reumatólogo?

—No es necesario. Yo se lo puedo referir, pues mi colega ya me ha dado sus conclusiones y de hecho, aquí tengo el informe —dijo, extendiendo una pantalla para que ellos lo pudieran ver.

—Y las conclusiones son…

—Pues algo parecido a lo anterior. Tampoco vemos nada que podamos asignar como la causa de esos dolores. La columna está recta y las vértebras están en buen estado. No se aprecia osteoporosis, ni pinzamientos de ninguna clase. Quizás las facetas pudieran estar algo inflamadas, y es lo único que podríamos achacar como la causa.

—Las facetas…

—Sí, las articulaciones facetarias. Son las articulaciones o conexiones entre las vértebras en la columna. Como cualquier otra articulación del cuerpo, como una rodilla o un hombro, permiten los movimientos de la columna al inclinarse o torcerse. Su hija ha trabajado mucho tiempo como baterista, y aunque es joven, el hecho de estar tantas horas sentada en una banqueta con posiciones forzadas, quizás pudiera ser la causa. Si eso se une a una posible debilidad estructural que tenga, podría explicar esos dolores. Sobre todo, el dolor lumbar originado en la articulación intervertebral posterior, la articulación facetaria.

—Está bien. Y eso, ¿qué arreglo tiene? —preguntó Rose.

—Como digo, es un suponer lo de la inflamación de las facetas. Pero si

esa fuera la causa, me temo que la única solución es hacer una tabla de ejercicios, y practicar algún deporte. Natación o remo podría valer, y ser muy disciplinada en hacerlo todos los días.

—¿Cuáles serían esos ejercicios?

—Aquí te paso la tabla. Puedes obtenerla con el código… 7489, de esta consulta. Te lo voy a mostrar.

El médico procedió a enseñar una representación figurada de los ejercicios, los cuales eran básicamente abdominales y ejercicios de fortalecimiento de la musculatura dorsal y lumbar.

—De lo que se trata, Rose, es de que los músculos se fortalezcan para que crezcan en volumen y sujeten firmemente las articulaciones para que no duelan. Es raro que en una persona de tu edad pasen estas cosas, como te digo. Esto suele aparecer en personas mayores o en gente sedentaria con musculatura debilitada. Pero no se nos ocurre otra cosa. En cualquier caso, como en lo otro, no te va a hacer mal. Intenta hacerlo todos los días, y en un mes vuelves y vemos cómo vas de las dos cosas.

—Muchas gracias, doctor, haremos lo que nos ha dicho, y el mes que viene nos vemos.

Padre e hija salieron de la consulta bastante esperanzados. Era la primera vez que alguien les daba algún diagnóstico después de tanto tiempo.

—Yo me alegro de que descarten cualquier secuela del accidente, Rose. Nos tenía preocupados que fuera alguna lesión interna que no vieran.

—No sé, papá, el médico tampoco está seguro.

—Bueno, tú ten fe. Tómate las pastillas y comienza hoy mismo con los ejercicios. ¿Qué vas a hacer? ¿Natación, o remo?

—Creo que empezaré con remo. Es más cómodo, pues lo puedo hacer en casa. Me compraré una máquina y la instalaré en mi habitación. Mañana comienzo a trabajar en el mercado y no quiero ligarme a unos horarios o a una piscina para que luego no pueda ir.

—Me parece muy bien, pequeña —replicó, dándola un beso—. Yo por mi parte también contribuiré. En las reuniones que hacemos los viernes en la parroquia iniciaremos un grupo de oración. ¡Verás cómo acabamos con esto!

Un visitante inesperado

Rose comenzó a realizar la tabla de ejercicios; la realizaba por las tardes, cuando venía del mercado de flores. Allí encontró un reducto de paz donde pasaba las mañanas con su vecina y amiga, con quien llegó a tener mucha confianza.

Le gustó sujetarse por primera vez a un horario fijo, pues hasta entonces no tenía más que horarios establecidos por conveniencia, con sus compañeras, para ensayar o para realizar las grabaciones.

En el mercado, por el contrario, los horarios eran estrictos y tenía que estar allí antes de que llegaran los furgones con las cajas de flores para ayudar en su descarga y en el montaje del puesto.

La disciplina de tener que madrugar le sirvió de mucho, pues era una manera de obligarse a salir, a levantarse de una vez de la cama, algo que le costaba mucho hacer desde que el insomnio y los dolores la machacaban. Así de esa manera, al trabajar, estaría más cansada y por las noches dormiría mejor. Algo que demostró ser solo parcialmente cierto.

Estaba terminando de envolver un ramo para dárselo a un cliente, cuando le vio aparecer por la puerta del mercado. Entonces, su corazón comenzó a latir deprisa.

—¡Paolo! ¡Qué alegría! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Tú no estabas en Italia? ¿Cómo me has encontrado?

—Pues muy fácil, prima, mi madre me dijo que habías vuelto de América y como he tenido que venir aquí para unas cosas, pues me dije: «no puedo marcharme sin ver a Rose». Así que fui a tu casa y tu madre me dijo que trabajabas aquí —respondió, mientras se abrazaban y se daban un beso en los labios.

—¡Cómo me alegro de verte, Paolo! ¡Después de tantos años! —exclamó ella tras separarse un poco—. Sí, hace ya tiempo que trabajo aquí. Ya ves, he cambiado de oficio.

—Me hubiera gustado traerte flores, rubia, pero claro, hubiera quedado muy mal si se las comprara a tu competencia, y si te las compro a ti, pues entonces ya no hay sorpresa…

—Anda, adulador, siempre estás igual. Pero dime, ¿no te habías ido a vivir a Italia?

—Sí, de allí vengo, pero como te digo, he tenido que regresar para solucionar unas cosas y me vuelvo enseguida a Nápoles.

—Bueno, tenemos que quedar, ¿no? Ahora mismo estoy trabajando, pero esta tarde a las cinco, ya termino.

—Claro, rubia, mi avión no sale hasta mañana. Tenemos toda la tarde… y toda la noche, si te apetece.

—Bueno, eso dependerá de cómo te portes, rufián.

—Lo dicho, prima, esta tarde quedamos donde siempre —dijo, mientras se daba la vuelta para marcharse—. Creo que ese garito sigue abierto, si no me han informado mal. Cuando salgas de trabajar, vas para allá, y ahí estaré. Ahora te dejo, que me están esperando. ¿OK?

—OK, primo. Hasta luego.

Paolo se marchó y Rose se dispuso a anotar la venta del último ramo en la tableta de control, que era lo que iba a hacer antes de quedarse obnubilada al verle a él. Entonces fue cuando se dio cuenta de que su compañera la estaba mirando totalmente asombrada:

—¡Pero oooye…! ¡Menudo ejemplar! ¿De dónde lo has sacado? ¡Qué calladito te lo tenías! ¡Y yo que pensaba que no tenías novio!

—Calla tonta, si no es mi novio.

—¡Chica! Cualquiera lo diría… —observó, sin dejar de mirar al hombre que se alejaba—. ¡Me he quedado de piedra! ¡Vaya tipo más guapo! Pero, una cosa, ¿he creído entender que… sois primos?

—No, no somos primos… Si te parece lo dejamos ya, y nos vamos a comer. Durante el almuerzo te lo cuento, más despacio.

Primer amor

—Fue mi primer amor, Lucy. Nos conocemos desde que éramos niños, pues mis padres y los suyos tienen cierta relación. Yo le veía de vez en cuando, y desde los trece años me enamoré de él. Él tenía diecisiete por aquella época, y la verdad es que no me hacía mucho caso. Pero cuando yo cumplí dieciséis, entonces ya era como soy ahora y nuestra relación cambió… ya me entiendes.

—Sí, creo que te entiendo —sonrió de forma pícara.

—Pues eso. Lo que pasaba es que mi madre me tenía cerrado el acceso a los chicos. Ya sabes cómo es, me tenía muy vigilada. Pero como Paolo y sus padres eran como de la familia, podía irme con él sin levantar demasiadas sospechas, aunque solo podíamos vernos a escondidas.

—¿No quería que fuerais novios?

—No, no era eso. Ese no era el problema, lo que no quería era lo otro, ya sabes. Pero yo siempre me inventaba alguna excusa para poderle ver sin estar ella delante, o con la complicidad de una amiga. Se presentaba en el instituto y allí me buscaba, nos colábamos en alguna parte, o si no, yo hacía novillos y así podíamos vernos sin problemas.

—Ya veo, pillina, y entonces, ¿qué fue lo que pasó? ¿Por qué lo dejasteis?

—Pues porque me enteré de que estaba con otra, o mejor dicho, con otras, y del disgusto que me llevé, le dije que no quería volver a verle en mi vida. Según creo, esa afición por las mujeres le venía de familia.

—¿De su padre?

—No. Creo que de su padre no, aunque no estoy segura. Creo que de su abuelo, el padre de mi tío Kai.

—O sea, que sois primos… ¿no me habías dicho que no lo erais?

—No, no lo somos. A ver cómo te lo explico... Mi tío Kai no era mi tío carnal. Solo era el marido de mi tía Rose, la hermana de mi padre.

—Vale, por ahora lo pillo.

—Bien, pues mi tío Kai tenía una hermana, que se llama Paola. Pues esa mujer es la madre de este chico, que se llama igual que ella, Paolo.

—Claro, mujer, pues entonces no tenéis ninguna relación. No compartís la misma sangre.

—Eso es. Lo que pasa es que nos llamamos «primos» un poco por guasa, porque de haber tenido hijos mis tíos, esos hijos hubieran sido tanto primos míos como suyos. Primos reales, aunque entre él y yo no haya nada. Es decir, tendríamos los mismos primos, aunque sin tener relación él y yo.

—Sí, ya comprendo… pero ese nombre, Paolo, y el de su madre… No es un nombre inglés…

—Él es hijo de los dueños de Costa Marengo. ¿Te suena la marca?

—Sí, claro, es una conocida marca de modas. Ya un poco en declive, pero tuvo mucho éxito en la época de mis padres.

—Pues esa marca no es inglesa en su origen, sino italiana. Porque es que, en su familia hay mucha mezcla. Algún día te lo contaré más despacio, pero ahora solo te diré que, mi tío Kai era portugués, su hermana Paola es solo hermana suya por parte de padre, y además es brasileña. Y esta se casó con un italiano, que es el padre de Paolo.

—¡Vaya lío, Rose! ¡Pues sí que es una mezcla! Qué internacionales son todos esos, y encima ninguno vivía en su país de nacimiento, ¿no? Porque el chico de esta mañana habla inglés perfectamente…

—Claro, él es de aquí. Nació en Londres cuando sus padres se vinieron a vivir acá, lo mismo que pasó con mi tío Kai. Mi tío y su madre se vinieron desde Portugal a consecuencia de unas desavenencias familiares que ya te contaré más despacio, pues es algo que fue muy curioso.

—Sí, ya me contarás, pero no parece que aquel desplante que me cuentas te afectara mucho, a juzgar por el recibimiento que le has hecho hace un rato.

—Es que este hombre es un adulador, Lucy, y un tiempo después me volvió a rondar y yo volvía a caer. Hasta que volvió a pasar lo mismo y lo dejamos otra vez. Pero yo creo que estoy predestinada o unida de alguna manera a él… —dijo mientras pensaba un momento—. Porque, ¿sabes una cosa? Paolo se apellida Marengo, que es un apellido italiano. Pero, ¿sabes cómo se llama el pueblo donde yo tenía la casa en las afueras de Chicago? Pues, Marengo. El mismo nombre.

—Pues sí que tienes fijación por ese chico… Mira que irte a comprar una casa en ese sitio solo porque se llama como él…

—¡No! ¡Qué va! Si yo no elegí nada… fue a causa de un novio que conocí en Chicago, y resulta que él vivía en ese pueblo. Yo no tenía ni idea, y cuando me llevó a su casa fue cuando me di cuenta. Era un pueblo *drifter*, ya sabes, de mi estilo, y cuando lo dejé con ese chico me quedé a vivir allí.

—Pues sí que es coincidencia…

—¡Ya lo creo! Bueno, el caso es que cuando lo dejamos la segunda vez, me fui a Estados Unidos y me olvidé de él y él se olvidó de mí. Allí tuve otros novios, como te digo, y pensé que le había olvidado. Hasta que se enteró de lo de mi accidente y me llamó, y comenzamos a hablar otra vez. Eso sí, solo por teléfono. Me llamaba de vez en cuando y se interesaba por mí, desde Italia, donde vive ahora. A partir de ahí me volvió a remover el gusanillo, Lucy, aunque solo lo recordaba como amistad. Pero ha sido al verle ahora…

—Ya, y seguro que vuelves a caer.

—No lo creo. Yo ya no soy aquella adolescente tonta que él conoció. Me han pasado ya muchas cosas, cosas muy malas, y he cambiado. O al menos eso creo.

Cenicienta

—Entonces, ¿vas a dejarme solo esta noche? ¿Vas a consentir, para un día que vengo, que me acueste solo en el hotel?

—Me temo que sí, Paolo. Ahora estoy viviendo en casa de mis padres y mi madre ha conectado todas las alarmas y me ha puesto un cinturón de castidad. A las doce tengo que estar en casa, como Cenicienta.

—¿En serio? Joder, rubia, que ya tienes veintiséis años…

—Bueno, no es para tanto… pero casi. —Rose hizo una pausa y luego añadió: —Pero tú… ¿Por qué estás en un hotel? ¿No te podías haber quedado en casa de tus padres?

—Pues por lo mismo, rubia, para poder estar contigo, ya te lo he dicho. Mis padres no son tan retrógrados como los tuyos, pero seguro que luego les van con el cuento.

Rose había acudido al *Wheatsheaf*, un pub londinense que estaba cerca del instituto donde ella estudió la enseñanza secundaria. Allí se solía ver a escondidas con Paolo cuando se escapaba de clase o en los recreos. Hacía al menos ocho años que no entraba allí, y se encontró más o menos el mismo ambiente, solo que ahora, a esas horas de la tarde, el local estaba lleno de trabajadores de la zona, oficinistas que habían olvidado de las pantallas en las que trabajaban y las habían cambiado por unas buenas pintas de cerveza.

Paolo se había hecho con un coqueto rincón al lado de una ventana, un lugar que casi siempre estaba ocupado por alguna pareja de tortolitos, y esa vez no iba a ser la excepción. Él ya se encontraba allí cuando ella llegó, y fue ella quien le vio primero a él.

La verdad es que no eran para menos los halagos que Lucy le había hecho. Todo un hombre de treinta años, alto, moreno, con el pelo ondulado y unos profundos ojos castaños que encandilaban a todas las mujeres con las que se cruzaba. Su porte y su prestancia no tenían comparación con ninguno de los hombres que ella había conocido, y, cuando años atrás entraba en el instituto para buscarla, era la envidia de todas sus compañeras.

Hacía más de seis años que no le veía en persona y se quedó gratamente impresionada. Durante esos años había pasado de ser un joven apuesto a ser un hombre maduro casi irresistible.

Su madre decía que era idéntico a João Costa, el padre de su tío Kai y abuelo materno de Paolo, al que nunca llegó a conocer, pues murió un

poco antes de nacer el nieto. Aquella familia había tenido algunas desavenencias familiares con ese portugués y no guardaban fotos de él, pero Louise había visto algunas en la casa de la madre, y le habían dicho que cuando aquel era joven, era el vivo retrato de Paolo. Y por lo que se veía, también se parecía mucho en el carácter. Todo un seductor, un galán y una persona dotada de mucha labia que era capaz de vender cualquier cosa.

—Venga, en serio, Pal, cuéntame por qué no te has quedado a dormir en tu casa.

—Bueno, pues en serio, ya sabes que he discutido con mi padre.

—Me tienes que explicar eso más despacio. ¿Qué fue lo que pasó?

—Algún día te lo explicaré más despacio, sí, pero en esencia, ya sabes que nunca nos hemos llevado bien.

—Porque eres un rebelde y un inconformista.

—Eso es, prima, tú ya me conoces. Discutimos… Por una tontería, la verdad, pero la cosa estaba ya calentita, y me largué.

—¿Fue por el tema de los negocios?

—Más o menos. Ya sabes que mis padres siempre quisieron que yo heredara la empresa familiar. Pero las cosas comenzaron a torcerse cuando yo empecé a estudiar Derecho.

—¿Esa fue la causa?

—No, ese no fue el problema, pues mi hermana Vittoria ya estaba muy metida al frente de la empresa, y de hecho ella es quien la va a heredar. Siempre ha sido una chica de su cuerda, ya sabes, tan refinada y burguesa como ellos, ya me entiendes. Vamos, la persona ideal para dirigir una empresa de alta costura.

—Y eso a ti no te va…

—Ni de lejos, prima, ya lo sabes. Que se quede ella con sus trajes ñoños y cursis y que a mí me dejen en paz. No quiero volver a saber nada de esas tonterías. Ya estaba más que harto de tanta cursilería y postureo, la verdad.

—Te entiendo perfectamente —se solidarizó Rose—. Bueno, y entonces, ¿por qué fue lo de marcharte a Italia?

—Pues porque conocí a una chica durante el año sabático que pasé allí tras terminar la carrera. Era una activista que luchaba por los derechos humanos, y me quedé con ella para combatir las injusticias en ese país. Como tengo la nacionalidad italiana y hablo el idioma de forma nativa, no fue mayor problema. Es algo que le tengo que

agradecer a mi padre. Algo bueno me dio, al fin y al cabo.

—Algo más te daría, Pal, no seas tan cruel. Pero dime, ¿sigues con esa chica? —preguntó, muy interesada.

—No, prima, lo dejamos —la agarró de la mano—. Ahora estoy disponible solo para ti —añadió, mientras le guiñaba un ojo y la otra se derretía—. No hay chicas en mi vida, Rose. No tengo tiempo para eso. He entrado en un partido político y estamos luchando para cambiar el mundo.

—Lo que te decía. Un rebelde, un inconformista, y ahora un revolucionario.

En ese momento llegó el camarero con unas pintas y unas raciones, y se dispusieron a cenar. Mientras cenaban continuaron con la conversación y cambiaron varias veces de asunto para terminar hablando de lo que le pasó a ella.

—Yo pensaba que lo del accidente ya lo habías superado. Que desde que te pusieron el brazo, ya podías hacer una vida normal.

—No, Pal, con el brazo me manejo bien para hacer las cosas habituales, pero para hacer cosas «especiales», como por ejemplo tocar la batería, pues para eso ya no puedo. Por eso lo he tenido que dejar.

—Y por eso ahora te has puesto a cantar…

—Sí, un poco para no perder la forma de vida que más quiero. Pero no es algo que me llene de verdad. Y luego están estos dichosos dolores, que me hacen la vida imposible.

—Joder, pues vaya… y ¿no has probado a cambiar de médico?

—He probado ya muchos, Pal, pero ninguno acierta. El último me mandó una tabla de ejercicios que hago todos los días, pero sin resultados. Tengo ya los abdominales como el hierro, no te digo más. Ni un gramo de grasa me queda en esa zona.

—Antes tampoco tenías mucha, en esa zona.

—Ya —corroboró—. Pero el caso es que sigo con los dolores en la espalda a pesar de tantos ejercicios. Y también en el estómago. Para eso me mandó unas pastillas, pero no me hacen nada. Lo he intentado incluso con la homeopatía, pero no hay manera.

—¿Y la acupuntura? Dicen que es milagrosa…

—Por ahí sí que no paso, primo. Ya tuve una buena ración de pinchazos cuando me insertaron el brazo. Yo no vuelvo a someterme a una cosa así, aunque me maten.

—Será cuestión de tiempo, Rose. Ya lo verás. Son las secuelas del accidente. Quizás en unos meses o en unos años… ni te acuerdas. ¡Ya lo verás!

Terminaron de cenar y siguieron comentando anécdotas de los momentos que pasaron los dos juntos años atrás. Hablaron de sus padres, del tío Kai y de la tía Rose… recuerdos familiares que a ella le agradaron mucho. Le recordaron los buenos tiempos, los tiempos de las ilusiones y de las pasiones juveniles.

—¿Te acuerdas aquella vez que tu familia y tú vinisteis a visitarnos a mi casa? La que nos pillaron, me refiero —preguntó Paolo—. ¿Cuántos años tenías? ¿Dieciséis?

—Sí —repuso ella—. Nuestros padres estaban en el salón, supongo que hablando como siempre de nuestros tíos, de Kai y de Rose. Siempre hablaban de lo mismo, de todo el tiempo que estuvo ella detrás de él, de las encerronas que le gastaba cuando se hacía pasar por otras chicas para que él la hiciera caso y conseguir engancharle…

—Sí, eso sería. La tía Rose estaba colada por él, pero él no la hacía ni caso y siempre estaba con otras chicas —señaló, para después detenerse y mirarla fijamente a los ojos—: Vamos, lo mismo que pasa entre tú y yo, querida prima —susurró, agarrándola de la mano.

—Oye, chulito, eso te lo creerás tú —se defendió, retirando la mano—. Y en todo caso, eso sería antes, no ahora.

—Vale, como quieras, pero ya sabes que siempre ha ocurrido lo mismo, entre los Costa y los White… —insistió él, sin dejar de sonreír, mientras que ella le seguía el juego—. Bueno, pues a lo que iba, ese día, en mi casa, estábamos besándonos en mi habitación y nos pilló tu hermano. ¿Recuerdas? Enseguida fue a contárselo a tu madre, y no tardó ni cinco segundos en presentarse.

—Sí —sonrió ella—. Yo creo que subió las escaleras de dos en dos. Cómo la engañaste, ¡eh! Cuando entró nos vio con una biblia, y claro, no se lo creyó.

—Nos preguntó qué estábamos leyendo y yo no sabía qué responder. Menos mal que tú te lo sabías.

—Sí, tuve que leer el nombre del evangelista al revés y tenía dudas de si el libro era el de Marcos o el de Mateo. Menos mal que acerté. Mi hermano y yo siempre estábamos a la gresca cuando teníamos esa edad, y se chivó. Tardó en madurar el chico —terminó de decir.

Continuaron recordando anécdotas y contándose todo lo que habían hecho en los años en los que no se habían visto, y se fueron poniendo al día de todo lo que les había pasado. Se fue haciendo tarde, y

finalmente se levantaron y salieron a la calle.

—Entonces qué, prima, ¿te vienes a mi hotel a recordar los viejos tiempos? Yo creo que hasta las doce podremos aprovechar, antes de que tu carroza se convierta en una calabaza. ¿O quizás prefieres que lo hagamos en los aseos de un centro comercial, como las primeras veces?

—Me temo que mi espalda ya no me permite ciertas posturas… así que me quedo con la opción “A”.

Una madre preocupada

—Ya podías haber avisado de que ibas a llegar tan tarde.

—Tienes razón, mamá, perdona.

—Has estado con Paolo, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Es fácil. Vino esta mañana preguntando por ti. Luego tú no vienes a comer, y además te presentas a estas horas…

Louise recibió a su hija en el hall de su casa del West End londinense. A pesar de las horas que eran, no llevaba puesto el pijama todavía, con lo que probablemente habría previsto que llegaría tarde. Era una mujer delgada, con el pelo corto de color castaño, y algunas mechas rubias para disimular las canas. Sus grandes ojos grises miraban a la hija con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Pues sí, mamá, he estado con él.

—Vais a volver a salir, ¿otra vez?

—A salir… ¿con él?

—Claro, si vais a volver a ser novios. Cada vez que aparece en tu vida, acabáis juntos.

—¿Cada vez que aparece en mi vida? Mamá, no sé lo que estás diciendo. Paolo ha estado apareciendo en mi vida constantemente, desde que yo tengo recuerdos. Hemos ido a visitar a sus padres o ellos han venido a nuestra casa, ¿cuántas veces? ¿Docenas de veces? Por no hablar de las ocasiones en las que han acudido a los muchos conciertos que se han hecho en homenaje a los tíos, que luego hemos estado juntos en los hoteles...

—Ya me entiendes lo que quiero decir. Ha sido tu novio… varias veces.

—¿Varias veces?

—Sí, claro, “oficialmente” solo una, la vez esa, un poco antes de irte a Estados Unidos, pero yo sé que no es así.

—¿Cómo que tú sabes…?

—Mira, Rose —interrumpió Louise—. Las madres no somos tontas, aunque a veces nos hacemos las tontas, más que nada, porque es mejor eso que no discutir con las hijas. Pero yo sé que él y tú tenéis una relación… vamos a decir, «especial».

La chica hizo un gesto de ofuscación y desagrado. Después contestó:

—Pues no, mamá, no vamos a volver a ser novios, si eso es lo que te preocupa.

—Hija, no es que yo tenga interés en que seáis novios o no lo seáis. Eso es cosa tuya y cosa de Paolo. Ya no tienes dieciséis años como la primera vez que saliste con él. Pero ahora vive en Italia, como supongo que te habrá dicho, y eso sí que es una cosa que me importa, claro. No es lo mismo que salgas con él aquí en Londres, o que salgas con él en Italia.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque si es en Italia ya no vas a poder estar encima de nosotros y por lo tanto no vas a poder controlar si nos acostamos o no? —recriminó, con acritud—. Mamá, por favor, que ya soy mayor… Que ya no tengo quince años… Que he estado viviendo sola en Estados unidos durante mucho tiempo.

Entonces Louise puso cierta cara de desconcierto, y Rose añadió:

—Sí, ya sé que yo soy la hija descarriada de la familia, mientras que Kai es el hijo modélico. Pero él no es tan bueno como parece, no te creas. Sí, quizás sea un santo y quizás llegue virgen al matrimonio, si es que algún día se casa, que lo dudo. Pero no todo se reduce a eso, ¿sabes? Es un soberbio, es un ególatra, y hasta cierto punto un lunático. Yo creo que hasta se cree que es la reencarnación del tío Kai. Por no decir…

—Hija, me ofendes —interrumpió Louise con cara de cierta tristeza—. Yo sé perfectamente cómo son mis hijos, y de qué pie cojea cada uno. Y como tú muy bien dices, ya no tienes edad para que tu madre esté controlando con quién sales o con quién entras, o a la hora a lo que lo haces. Esa labor ya la hice en el pasado, porque creo que era mi obligación como madre y como madre cristiana que soy. Tu padre y yo intentamos inculcarte una serie de valores, y creo que Dios no podrá recriminarnos por no haberlo hecho. Luego los hijos salen como salen, para bien o para mal, y eso ya es lo que Él quiere, y no lo que los padres desean.

—Mamá, yo…

—No —interrumpió la madre, levantando una mano—. Mi preocupación no es si te acuestas con Paolo o si no lo haces. Eso es cosa tuya y yo poco puedo hacer con eso. Mi preocupación es tu bienestar, hija mía —ella hizo una pequeña pausa y luego siguió—. Cuando te fuiste a Estados Unidos dejaste de vivir con nosotros para irte a vivir con otras personas ajenas a la familia, y tanto tu padre como yo nos preocupamos por si te pudiera ocurrir algo. Pero en esa ocasión estábamos relativamente tranquilos porque sabíamos que ibas

a estar arropada por tus compañeras, y especialmente por Janet, que creo que se comportó contigo como una madre.

—Como una madre, tú lo has dicho.

—Pues eso. Pero ahora, con Paolo, si te vas fuera con él, yo no sé lo que va a pasar en ese país. Italia es un país convulso, y ahora él, según me ha dicho su madre, está metido en política.

—¿Has hablado con Paola?

—Sí, en cuanto se fue de aquí, la llamé. A él le dije que se quedara un poco en casa, para charlar, pero se ve que el hombre tenía prisa. Había venido sólo para hacer algunos trámites y mañana a primera hora sale su avión, según me dijo. Por eso llamé a Paola. Hacía ya tiempo que no nos hablábamos y así me informaría más, acerca de aquello en lo que está metido su hijo.

—¿Y qué te contó?

—Pues supongo que lo mismo que te habrá contado él a ti. Que discutió con su padre, y que se marchó de casa. Más o menos eso, aunque ella tampoco ha querido explicarme mucho. Pero sí me ha dicho que está bastante involucrado en un proyecto político; que su partido se va a presentar a las próximas elecciones italianas, y que él ocupa una posición muy relevante dentro de ese partido.

—Pues ya te ha contado más cosas de las que me ha contado él a mí. No me ha dado tantos detalles como te ha dado a ti su madre.

—Bueno, pues entonces me alegro de que lo sepas tú también.

—Vale, y, ¿qué me quieres decir con eso? Si se dedica a la política, ¿es mejor o es peor para mí, en el caso de que fuéramos novios otra vez? Es que no te entiendo, mamá.

—Rose, no estés a la defensiva, por favor. Ya te he dicho que yo aceptaré de buen grado lo que tú hagas, sea lo que sea. Pero como tu madre que soy, tengo inquietud por lo que te pueda ocurrir. No es lo mismo Londres que Nápoles o Milán o Roma. Allí las cosas no están bien; hay mucho desempleo, mucha tensión social, intranquilidad política… y si encima tu novio está en la primera fila de todas esas dificultades, pues es normal que nos preocupemos, ¿no te parece? Además, —siguió— con Paolo ya has estado otras veces y lo habéis dejado. Y sé que alguna de esas veces tú has sufrido mucho —la madre miró fijamente a los ojos de la chica y añadió: —Esas son mis preocupaciones, hija. No si te acuestas con él o si solo os dais la mano.

Rose comprendió que había juzgado a su madre con demasiada severidad y entonces la abrazó con cariño mientras le decía:

—Estate tranquila, mamá. No me voy a ir a Italia, ni vamos a volver a ser novios.

Patagonia

Era ya pasada la medianoche cuando se acostó, y esa noche, para su sorpresa, tenía sueño. Se hubiera quedado dormida inmediatamente, si no fuera porque no dejaba de pensar en la tarde que había pasado con Paolo, y también en la conversación que había tenido con su madre.

Él le acompañó a su casa en un taxi tras salir del hotel, y se despidieron un poco antes de llegar a la misma, por si Louise estaba mirando por la ventana, como así era y comprobó cuando se acercó a la puerta.

Su madre se preocupó por si ella se iba con él, pero el caso es que él no le dijo nada acerca de quedarse con ella, ni le sugirió en absoluto que se fuera con él a Italia. Pero Rose se preguntó qué habría dicho si se lo hubiera pedido. De qué forma habría actuado, si él le hubiera pedido que volvieran a estar juntos.

Y pensó que probablemente le hubiera dicho que no. Le habría dicho que no, aunque en el fondo de su corazón sentía deseos de decirle que sí, sobre todo después de haber estado con él esa noche. Decirle que sí, que se iba a Italia, o a la Patagonia, o donde él quisiera llevarla. Como bien decía su madre, ya había pasado otras veces, y Paolo no era un hombre cualquiera. Había sido su primer amor, y había sido el hombre que había cautivado su corazón desde los trece años. Sus infidelidades le habían hecho mucho de sufrir, y cada vez que se habían dejado le había intentado olvidar, aunque sólo lo consiguió con éxito cundo se fue a Estados Unidos. Allí conoció a otros hombres, y sobre todo conoció a Jack, a quien llegó a querer casi tanto como a Paolo. «¿Casi tanto?», se preguntó.

Intentó contestar a esa pregunta, pero no fue capaz. Eran dos hombres completamente diferentes. Jack era pasivo, conformista, sencillo… Todo lo contrario a Paolo. Este era un hombre impulsivo, inconformista, inteligente, calculador, con un carácter difícil… ¿Por qué habría querido con tanta pasión a dos personas tan diferentes? «Las cosas del amor», se dijo.

Después de pensarlo un rato, llegó a la conclusión de que, al contrario de lo que pensó al principio, hubiera comenzado otra vez una relación con él sin dudarlo, si él solo se lo hubiera sugerido. Solo con insinuárselo, probablemente estaría haciendo una maleta y hubiera dejado otra vez la casa de sus padres. Otras veces lo había hecho así, como cuando volvieron la segunda vez, aunque sin abandonar su casa. De hecho, cuando se despidieron esa noche estaba deseando que él se

lo pidiera. Estaba deseando que él le dijera algo sobre verse de nuevo, otro día.

Pero él no dijo nada de eso, ni ella se atrevió a sugerirle nada. Se despidió de ella como quien se despide de un conocido a quien ha visto por casualidad cruzando una calle. Como si ella fuera una amiga de la infancia a quien había visto en un centro comercial, y tras recordar anécdotas de los juegos infantiles se decían «me alegro de verte, amiga».

No llegó al extremo de decirle una simpleza semejante, pero sí la despidió con un escueto «te quiero, prima», para culminar una noche de pasión cuyo solo recuerdo le hacía saltar las lágrimas. Una noche en la que se olvidó de sus dolores y de su insomnio, y en la que se entregó en cuerpo y alma a aquel hombre. El hombre que probablemente había sido, y era todavía el gran amor de su vida.

Se consoló pensando que siempre había sido él quien había acudido en su busca. Así fue cuando se interesó por ella, al enterarse de lo del accidente, y así también había sido ahora, cuando había vuelto a Inglaterra. Y no era solo por satisfacer un mero deseo sexual. De eso estaba más que segura, y no se equivocaba. Paolo había estado con muchas mujeres, pero «su prima» era algo especial para él. ¿Debería esperar, como había hecho siempre, a que volviera, o quizás esta vez tendría que tomar ella la iniciativa?

El sueño por fin la venció, y solo recordó estos pensamientos cuando la luz del día invadió su habitación, a la mañana siguiente.

Las islas Kai

La mañana se había levantado fresca y húmeda y la bruma de la noche aún perduraba sobre las calles mojadas.

Las luces de las tiendas comenzaban a encenderse mientras los furgones automáticos descargaban las remesas de flores cortadas el día anterior, que se mostraban lozanas mientras su aroma inundaba de esencias florales el ambiente del mercado.

Rose y Lucy se encontraban apilando las cajas que les habían entregado, mientras montaban el puesto y disponían los jarrones y los montones en formas geométricas, con los substratos y el compost formando pequeños parterres donde exponían su preciada mercancía.

—¡Pero Rossie! ¡Qué energía tienes hoy!

—Sí, Lucy. Es que anoche dormí bien, después de tanto tiempo. Han sido pocas horas, pero me han aprovechado.

—Ya claro… Si a ti lo que te hacía falta era un hombre como ese… ¡Ay! ¡Ya lo quisiera yo para mí! Me conformaba con uno la mitad de guapo. Qué digo, la mitad… ¡la cuarta parte!

Rose sonrió y siguieron conformando los ramos y los matojos, formando el orden para exponer las flores más vistosas en los lugares más relevantes.

—Y entonces… le dejaste escapar... Si soy yo, te aseguro que hubiera hecho todo lo posible para seguir a su lado.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué me fuera con él a Italia? ¿Hoy?

—Pues no sé… Sí, ¿por qué no?

—Le dije que me llamara, y me prometió que lo haría —le replicó, mientras la otra la miraba con cara de recriminación. Tras unos segundos le dijo:

—Oye, a ver si lo que necesitabas era eso, quiero decir, para tus problemas de salud. Ya me entiendes…

Ella se rio y le contestó: —Pues no, Lucy. Lo de dormir ha debido de ser casualidad. Porque esta mañana los dolores han vuelto.

—Bueno, pues quizá necesites una ración doble, o dosis más altas…

Las dos mujeres rieron y siguieron conformando el puesto, mientras Rose le contaba más o menos lo que había pasado y la conversación que habían tenido sobre los miembros de la familia que tenían en

común, y cuyo nexo de unión era el marido de su tía.

—Oye, Rose, una curiosidad que siempre he tenido. El nombre de tu hermano, Kai, ¿de dónde viene? No es un nombre inglés…

—No, claro, es el nombre de unas islas. Las islas Kai. ¿Las conoces?

—No las había oído nunca.

—Están en Indonesia. Yo estuve allí una vez, con mis padres. La verdad es que fueron unas bonitas vacaciones. Son unas islas paradisíacas, Lucy. Merece la pena ir si tienes oportunidad. Son enormes playas desérticas de arena blanca, con palmeras en la orilla… Todo muy idílico. Parece que estás en otro mundo, de la paz y la tranquilidad que allí se respira.

—Y, ¿por eso le pusieron ese nombre?

—No, en realidad por eso le pusieron el nombre a mi tío Kai. Sus padres estuvieron de luna de miel allí y les encantó el sitio. De hecho, su madre, Cecilia, vino embarazada del viaje y claro, le adjudicaron el nombre a mi tío. Y luego mi hermano, pues se llama así por él. Siempre ha tenido mucha influencia sobre él, y aunque mi tío murió cuando solo tenía tres años, desde luego que es su tío preferido. Él le tiene totalmente idolatrado, se ha ido a vivir a su casa… y aunque no tiene nuestra sangre, desde luego es como si la tuviera.

—Oye, Rose, y ¿por qué no te vas de vacaciones a esas islas? Si es un sitio tan tranquilo, quizás allí se te pasen esos dichosos dolores…

—No, Lucy, ya quisiera yo. No tengo dinero para eso.

—Pero tú has debido de ganar mucho con la música…

—Sí que gané, pero me lo gasté todo. En Estados Unidos no hay sanidad pública, y estar más de un mes ingresada en un hospital, más cuatro operaciones del brazo y luego el brazo biónico… pues me arruiné.

—Te lo podían dejar tus padres…

—Eso sí que no, Lucy, no quiero pedirles ningún favor. Ya me conoces y sabes que me gusta ganarme la vida por mí misma.

—Pero mujer, seguro que te dan el dinero encantados.

—Sí, seguro, pero es que tampoco creo que me sirva de mucho, la verdad. No es cuestión de estar tranquila o intranquila. Es cuestión de…. no lo sé. De verdad que no lo sé.

—Oye, se me está ocurriendo una cosa. Hace unos años yo tenía unas migrañas… Pasé una mala temporada con todo el tema del divorcio y

todo eso, y tenía dolores de cabeza que no se me quitaban. Entonces una amiga me recomendó acudir al profesor Maruto. ¿Sabes quién es?

—Ni idea.

—Pues es un maestro de Reiki. Sabes lo que es el Reiki, ¿verdad?

—Algo he oído. La sanación por la imposición de las manos o algo así, ¿no?

—Exactamente, eso es.

—Pero, ¿funciona?

—Pues no lo sé, Rose, pero en mi caso funcionó. Fue acudir a ese señor y desaparecer las migrañas. Deberías probar. Desde luego, te va a costar menos que viajar a las islas Kai. Y si no te funciona, yo creo que mal no te va a hacer.

Un inglés de ascendencia italiana

No solo los dolores habían vuelto aquella mañana, sino que el insomnio también volvió aquella noche. Como siempre, su cabeza se disparó y comenzó a pensar en un sinfín de cosas sin orden ni concierto. Y como no podía ser de otra manera, comenzó de nuevo a pensar en Paolo, y en la tarde y en la noche que había pasado con él, el día anterior.

Aquel hombre se parecía sin duda a João, el padre de su tío Kai, pero ni que decir tiene que también guardaba mucha similitud con su padre, el modisto Vittorio Marengo. De él había aprendido el idioma italiano, y aunque ahora parecía que las cosas se habían torcido, de pequeño se llevaba muy bien con él. O al menos eso creía Rose. Le había inculcado el amor a la literatura italiana, y de pequeño se entretenía leyendo en ese idioma a los grandes clásicos como Dante, Boccaccio, Sabatini, y sobre todo Maquiavelo, su autor preferido.

Su dominio de ese idioma era proverbial, pues además de oírlo de labios de su padre, siempre veía regularmente la televisión italiana en su casa mediante la transmisión vía satélite. Además, se había educado en el Colegio Italiano de Londres, donde había sido parte integrante de un grupo de teatro estudiantil, casi siempre con papeles protagonistas. Era un consumado actor capaz de interpretar sin equivocarse y en italiano el *Aminta* de Tasso que era una obra dramática escrita en verso, *La Morte Civile* de Paolo Giacometti, su tocayo, o *La Mandragola*, cuyo autor era su querido Niccolò Machiavelli.

A pesar de haber nacido y crecido en Londres, se consideraba italiano por encima de todo. Hablaba el idioma igual o mejor que cualquiera de los nativos que siempre habían vivido en Italia, a pesar de que solo había pisado ese país para estar de vacaciones, o para visitar a la familia de su padre.

Un padre que se había casado con la hermana de su tío Kai, la brasileña Paola Costa. Una belleza tropical, que, aunque tenía la edad de sus padres, todavía conservaba aquella cintura de avispa que le caracterizó cuando era joven, y ese pelo oscuro y rizado tan característico que formaba una preciosa y brillante melena.

No era de extrañar que el muchacho hubiera salido tan guapo, teniendo semejante ascendencia. Su padre era ciertamente atractivo, y además del propio João, su tío Kai también había sido un hombre muy apuesto. No era de extrañar que su tía Rose, la hermana de su padre,

se hubiera quedado prendada de él cuando le conoció, cuando tenía quince años. Y a pesar de que él tenía ocho años más que ella, y de que no le hacía mucho caso, la obsesión que llegó a tener con él era tan grande que llegó a hacer cosas increíbles para conseguirle.

«¿Qué le habría pasado a Paolo con su padre, con Vittorio, para que ahora se llevaran tan mal?», se preguntó. Cierto que el chico era un poco rebelde, mientras que su hermana Vittoria era quien seguía a pies juntillas el estilo y la forma de ser de la familia. Algo parecido a lo que pasaba en la suya propia. Vittoria era el equivalente a su hermano Kai, mientras que Paolo era como ella, es decir, la rebelde, la "oveja negra" de la familia. ¿Quizás por eso tenían tanta afinidad el uno con el otro? No podía ser eso, se dijo, pues eso sería tanto como decir que las «ovejas blancas» también tenían afinidad entre ellas, y eso no era así, ni de lejos.

La chica, Vittoria, era un fiel reflejo de la familia. Era algunos años mayor que Paolo, y, al igual que la madre, vestía de forma exquisita. Ni una prenda de más ni de menos, nunca repetían vestido en ninguna fiesta, y siempre se comportaban de forma elegante, refinada y ciertamente distinguida. Y claro, Paolo no era de esa cuerda, y en eso sí que se parecía a Kai.

La firma Costa Marengo había tenido y seguía teniendo cierto prestigio como referente de la alta costura londinense, y también tenía alguna repercusión en Portugal, Brasil e Italia.

Aunque ya no tenía la fama de antaño, todavía conservaba algunas prendas que la hicieron famosa, como los vestidos amplios y vaporosos, o los cortes escotados con estampados suaves que tanto gustaron en la época de sus padres. Una empresa en la que había perdido peso la ropa masculina, que fue la que Vittorio aportó, para terminar quedándose como algo residual.

Pero aquella familia había hecho mucho dinero con aquella empresa, y de hecho todavía seguían viviendo en una exclusiva mansión situada en el extrarradio de Londres. Allí había estado Rose muchas veces, y allí era donde más le gustaba estar con Paolo. Allí habían llegado incluso a hacer el amor en una ocasión, aun estando sus padres en aquella casa. Algo impensable de haber sucedido en la suya propia, en el barrio del West End. Pero allí su madre no tenía la confianza suficiente para irrumpir de improviso en ninguna habitación, y quizás por eso cada vez iban menos, hasta que dejaron de ir. Cuando Louise se enteró de que los dos estaban juntos, insistió en que las visitas se realizaran en su casa. Porque su madre no era tonta y lo sospechaba, naturalmente.

Pero todos sus desvelos no sirvieron de nada, porque cuando el Amor se empeña en algo, no hay fuerza que lo pueda vencer. Un amor que había vuelto a resurgir en Rose, y con toda la fuerza de antaño. Solo aquellos malditos dolores lo empañaban todo. Unos dolores de los que ya comenzaba a estar más que harta, y por eso siguió el consejo de su amiga y vecina y ahora también jefa, Lucy Sanders.

El Profesor Maruto

La "clínica" del profesor Maruto le recordó a la consulta de John. Una chica estrafalaria atendiendo el mostrador de la recepción, y una serie de habitaciones donde supuestamente se administraba "la curación". Todas ellas provistas de camillas similares a las que usan los fisioterapeutas.

Rose indicó su nombre a la mujer de la entrada, una señora mayor con el pelo gris, extremadamente delgada y muy sonriente.

—Siéntate aquí, *niña*. El profesor llegará enseguida. Está administrando el Reiki a una paciente con cáncer y está a punto de terminar.

Rose obedeció y se sentó en unas sillas que había enfrente de la mujer, y miró a su alrededor. La sala de espera estaba llena de objetos hindúes: mandalas, inciensos, piedras de sal…, y muchos cuadros portando fotos de quien probablemente era el profesor Maruto con multitud de personajes diversos: desde personas con traje y corbata hasta monjes budistas y otros individuos con extrañas túnicas blancas.

Tras unos minutos de espera, apareció el profesor junto con la que probablemente era la mujer con cáncer. Los dos mantenían una conversación muy amistosa, y tras besarle la mano la despidió diciendo: *«hasta la próxima sesión, mi querida Madelaine»*. Entonces miró hacia Rose, y ella le miró a él.

—Tú debes ser Rose… ¿verdad?

—Sí, soy yo —respondió, mientras se ponía de pie y le extendía la mano para estrecharle la suya.

—Encantado, niña. Yo soy el profesor Maruto —se presentó, y procedió a besarle la mano que le extendía. —Acompáñame, por favor.

El profesor era un hombre fornido, corpulento, ligeramente grueso, de unos sesenta años, moreno y con el pelo ensortijado, y llevaba puesta una bata blanca. Condujo a la chica a una de las habitaciones, abrió la puerta y la invitó a pasar. Era un despacho estilo "médico", con una mesa con pantalla de transcripción, dos sillas de confidente, una lámpara con plafón rojo sobre la mesa, y otra al lado, en el suelo, con focos. Más allá había un biombo que probablemente era para que los pacientes se quitaran la ropa, y en el otro lado una camilla para masajes. Tras invitarla a sentarse en una de las sillas, él hizo lo propio en la suya y comenzó a hablar.

—Bueno, pequeña, cuéntame qué te ha traído por aquí.

—Pues verá, profesor, una amiga me habló de usted y…

—¿Una amiga? ¿Quién? —interrumpió.

—Lucy. Lucy Sanders. Es amiga mía. Usted la curó unas migrañas, hace unos años.

El profesor hizo una mueca y dijo:

—No me suena… Pero bueno, por aquí pasa mucha gente, niña. Bueno, cuéntame. ¿Cuál es tu problema?

—Pues verá, llevo mucho tiempo con dolor de estómago, y también de espalda. No consigo quitármelo con la medicina tradicional, y además tengo insomnio crónico. Ya he renunciado a las pastillas, pues creo que me hacían más mal que bien.

—Claro, pequeña. Esas "medicinas" no curan. Solo la Energía es lo que cura. La Energía que un buen profesional como yo, sabe encauzar y administrar adecuadamente.

—También he recurrido a la homeopatía, pero con idéntico resultado. Y me han recomendado la acupuntura, pero no me atrevo.

—La acupuntura es un timo, niña. Esos de las agujas se creen que pueden «punzar» las fuentes donde se concentra la Energía, pero lo único que hacen es distorsionarla y desparramarla por el cuerpo de los pacientes. Y luego, claro, esas pobres víctimas tienen que recurrir a nosotros, los profesionales de verdad, que somos los que conseguimos deshacer los nudos que ellos hacen.

—Claro, es eso —dijo Rose, con una sonrisa.

—Bueno, y ¿desde cuándo te ocurre esto?

La muchacha suspiró y le dijo:

—Tuve un accidente, profesor. Un accidente de moto, donde murió mi novio y yo tuve que permanecer mucho tiempo en el hospital. Fue a partir de ese momento.

—¿Te recuperaste de las heridas?

—Sí, profesor. Me hicieron injertos de piel y me recolocaron unas vértebras que se habían desplazado; también me reconstruyeron un brazo, mi brazo derecho —dijo mostrándoselo al profesor—. Es biónico.

El hombre no pareció impresionarse demasiado por eso, y continuó mirando a Rose a los ojos.

—Puede que esos dolores de espalda sean consecuencia del accidente. Quizás la médula no está perfectamente alineada con las fuentes de la Energía Vital. Pero bueno, ahora lo veremos.

El profesor se levantó de su silla, y fue hacia Rose, quien también se levantó.

—Ven, niña, vamos hacia la camilla. Aquí, siéntate, por favor, déjame que te toque…

El hombre puso una mano sobre la frente de la chica y tras unos segundos en los que cerró los ojos le dijo:

—Tú tienes un trauma, pequeña. ¡Tienes un trauma! La Energía se ha trastocado totalmente en tu cuerpo y se ha concentrado demasiado en unos lugares mientras se ha desplazado de otros. Esto hay que reconducirlo.

Ella se asombró de la rapidez del diagnóstico, y esperanzada preguntó:

—Entonces, profesor, ¿usted cree que todo es debido al accidente? ¿Que esa es la causa?

Desde luego, no estaba dispuesta a contarle lo del aborto, por mucho que sospechara que la verdadera razón era esa. Existía el riesgo de que, aunque difícilmente, sus padres pudieran enterarse.

—Estoy convencido, Rose. Es por eso. Necesito ponerte las manos sobre la espalda y sobre el estómago, para reconducir la Energía en esas zonas. Por favor, desnúdate de cintura para arriba.

Ella se quedó inmóvil, algo inquieta. El hombre se lo notó, y añadió:

—Puedes ir detrás de ese biombo.

La muchacha obedeció y se fue donde le decían. Allí se quitó la chaqueta y la blusa, y salió de nuevo a ponerse en presencia de su "sanador".

—El sujetador también, Rose. No puede haber interferencias entre mis manos y la Energía.

—Pero profesor…

—Si quieres puedes ponerte esa toalla que está sobre el biombo para taparte —le sugirió, y ella volvió al biombo. Tras quitarse el sujetador se colocó la toalla. Una toalla pequeña, que a apenas le tapaba nada.

—Muy bien. Túmbate aquí, boca arriba. Primero tengo que hacer una inspección ocular y realizar algunos tactos.

Rose hizo lo que le decía y se tumbó, poniendo la toalla sobre su pecho. El profesor pasó la punta de sus dedos por toda la cavidad

abdominal, llegando hasta el pecho, donde llegó a rozar los senos de la chica. Rose se estaba comenzando a sentir incómoda.

—No veo ningún problema aparente en el abdomen. Aunque eso no quiere decir nada. Por favor, date la vuelta. Voy a hacer lo mismo con la espalda, y entonces administraré el Reiki. Luego si acaso volveremos al estómago.

Ella sujetó la toalla con la mano derecha, mientras que con la izquierda se apoyaba sobre la camilla para darse la vuelta. La toalla quedó sobre la misma, y mostró su espalda desnuda al profesor.

—Así, muy bien —afirmó, y tras lo cual comenzó a hacer lo mismo que había hecho en el abdomen, solo que ahora sobre la espalda. Ligeros toques aquí y allá con las yemas de los dedos. Y cuando terminó, le dijo:

—Ahora cierra los ojos, Rose. Voy a proceder a administrar el Reiki. Concéntrate en la Energía…

El chamán comenzó a pasar sus manos calientes sobre la espalda de Rose, siguiendo unas rutas fijas, de arriba abajo y de abajo a arriba. Después comenzó a hacerlo lateralmente, mientras susurraba unas palabras que Rose no llegó a entender.

—Siente la Energía, Rose, siente el calor que transmiten mis manos…

En ese momento se abrió la ventana de la habitación. Se ve que no estaba bien cerrada, y una ráfaga de viento la empujó, y comenzó a mover los visillos. Rose sintió una punzada en el estómago. Un dolor agudo que le hizo emitir un pequeño gemido de dolor, algo diferente al dolor difuso que siempre sentía.

Y lo que ocurrió fue, que las fuerzas sobrenaturales hicieron acto de presencia. Efectivamente, Odiel, el demonio, había entrado en aquella habitación, a través de la ventana.

El profesor notó el estremecimiento de su paciente y oyó su gemido de dolor. Entonces le dijo:

—No te preocupes, niña. Es la Energía. Es la Energía que viene…

Ella respiró profundamente e intentó concentrarse, aunque la punzada en el estómago seguía ahí.

Pero también, a pesar de estar con los ojos cerrados, vio otra vez el resplandor. El resplandor que había visto en dos ocasiones desde que mató a su hijo, en dos ocasiones en las que le acechó la muerte, y que ahora vio por tercera vez.

¡Levántate, Rose! —gritó Melanie—. *¡Levántate!... ¡Levántate y*

márchate!

En ese momento, la muchacha abrió los ojos que había mantenido cerrados, intentando “sentir la energía” que aquél charlatán se suponía que le estaba enviando. Algo se había removido en su interior, que no supo explicar. Una sensación familiar de amor y de paz que le recordaba a… Melanie… ¿Sería eso la famosa «energía»?

El engañabobos seguía moviendo las manos por la espalda, arriba y abajo, y también por los costados, mientras balbuceaba aquellas estúpidas palabras. Entonces Odiel entró en el cuerpo del impostor sin que el mequetrefe se diera cuenta, y tomó posesión de sus brazos. El canal entre el curandero y la chica había sido abierto voluntariamente por ella al ponerse en sus manos, y ahora nada impedía que el diablo entrara por fin en el cuerpo de Rose.

Pero el infame truhan que era el profesor Maruto cometió el error de llevar sus manos demasiado lejos. El “masaje” por los costados subió también por las costillas y comenzó a tocar los pechos de Rose…

¡Levántate, Rose!... ¡Ahora!

Al sentir las manos sobre aquel lugar, la chica recordó a David Jones, y como movida por una fuerza sobrenatural —nunca mejor dicho—, saltó de la camilla y gritó:

—Me largo, profesor. ¡Me largo! Me ha defraudado usted, señor —exclamó, mientras a grandes zancadas recogía su ropa del biombo, se la ponía sobre su pecho para taparlo, y se largaba de allí, apresuradamente.

Mientras se iba, en la otra dimensión ocurrió lo siguiente:

—¡Otra vez tú! ¡Otra vez tú, maldita zorra! ¡Te voy a destrozar viva! ¡Hija de mil padres! ¡Ahora que estaba a punto de…!

—No estabas a punto de nada, Odiel. Eres una escoria inmunda que nunca conseguirá nada —le dijo Melanie, serenamente, tras repeler sin dificultad el ataque que le prodigó.

El diablo rabió y escupió, y echando espuma por la boca se abalanzó sobre ella. Pero la santa alzó su brazo, y una barrera invisible de energía se dispuso entre él y ella. El demonio se estrelló contra ese muro, y la contundencia del choque contra la forma pura de luz hizo que la bestia reventara y se aniquilara por completo, desplomándose sobre el suelo, al lado de la camilla vacía que acababa de abandonar Rose.

El demonio miró con ojos enrojecidos a la autora de su derrota, y esta vez solo pudo exclamar:

—Zorra… Hi…jaa… de mil… paaa… —su voz se desvaneció hasta convertirse en un leve susurro, mientras el monstruo se sumergía en el suelo hacia las profundidades del infierno, de donde ya no iba a poder salir jamás.

—Te avisé, Odiel. Te dije que no lo intentaras una tercera vez.

Otra carrera

Totalmente turbada y perturbada, salió a la calle desnuda y se terminó de poner la blusa en el recodo de una esquina que doblaba la calle. No se había dado cuenta y había salido de aquella "clínica" con esa prenda, con el sujetador y con la chaqueta en la mano izquierda intentando cubrir su pecho. Había recorrido ya algunas yardas cuando volvió en sí y terminó de vestirse en aquel recodo, mientras la gente pasaba por la calle y la miraba con curiosidad.

Pero ella no veía nada. Solo veía la cara de aquel "médico" que intentaba aprovecharse de ella mediante el subterfugio de la supuesta sanación. Entonces miró hacia atrás, y pudo ver cómo la mujer que estaba en la recepción había salido del local y la estaba mirando. La separaban unas cincuenta yardas, pero era como si estuviera junto a ella. Entonces terminó de doblar la esquina y se puso a correr, otra vez.

Ahora ya no llevaba zapatos de tacón de aguja, sino unas cómodas zapatillas que le permitieron correr mejor y más deprisa. Rose corrió y corrió de nuevo, huyendo como había huido las veces anteriores. Huyendo de todo y de todos, y huyendo de sí misma.

Atravesó Londres, un barrio tras otro, en una sucesión de calles, de tiendas, de turistas, de personas diversas que miraban a aquella rubia con pantalones vaqueros y chaqueta de cuero negro que avanzaba deprisa, huyendo, con la cara desencajada y la mirada perdida.

Era última hora de la tarde y ya comenzaba a hacerse de noche, cuando por fin llegó al West End. Enfiló la avenida principal de aquel exclusivo barrio, y tomó un desvío perpendicular que llegaba hacia la calle donde se encontraba la casa de sus padres.

Cuando por fin llegó ante la puerta, volvió en sí y se descubrió que estaba horriblemente cansada. Se sentó sobre uno de los tres escalones que llegaban hacia el umbral y procuró contener el llanto y recuperar el resuello. Después de hacer varias respiraciones profundas y de secarse un poco las lágrimas, se levantó y se dispuso a entrar en su casa.

Acercó el chip de proximidad al lector, la puerta se abrió y se dirigió, sin mirar hacia su madre que estaba en el hall, hacia la planta de arriba, hacia su habitación.

Mientras subía creyó oír algo que ella le decía, pero no se paró ni siquiera a intentar averiguarlo. Directamente entró en su habitación, se quitó los pantalones y con la blusa puesta se metió en la cama.

El corazón le latía a toda velocidad, y tenía una sensación de ahogo y de angustia que la devoraba. Aunque, curiosamente, los dolores habían disminuido.

—¡Rose! —gritó la madre, golpeando la puerta de la habitación—. ¿Qué te ocurre, hija?

—¡Déjame, mamá! ¡Déjame! Necesito estar sola…

Estallido

—Hija mía, Rose, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Eh? ¿Dulzura mía? No llores más…

La noche de aquel día en el que Rose se libró del diablo, por fin estalló. La culpa y los remordimientos no la dejaban vivir, y la sensación de angustia la devoró, como nunca lo había hecho. No podía pegar ojo, y ya eran las tres de la madrugada. Pero a diferencia de otras ocasiones, esta vez comenzó a llorar en alto. Sus padres la oyeron y se levantaron a ver qué es lo que pasaba. La sensación de culpa era demoledora, pero su padre estaba allí, en su habitación, mientras ella estaba sentada en su cama. Adam se había sentado a su lado y le acariciaba el pelo y la mejilla. Siempre tuvo más confianza con él que con su madre, que era más estricta.

Aquella noche estaban con ella su guardián en el mundo, que era su padre, y también su guardián en el cielo, que era Melanie.

—¡Papá! ¡Soy una desgraciada!

—Tranquila, mi vida. Cuéntamelo, cuéntame qué es lo que te aflige… ¡Cuéntamelo!

—Papá… aquel día del accidente… aquel día…

—Sí, aquel día… ¿eso es lo que te aflige, vida mía?

—Aquel día… yo no venía de visitar a unos amigos… venía de otro sitio… —intentó decir, mientras lloraba desconsoladamente.

—¿De dónde venías, Rose? ¡Cuéntamelo! Cuéntamelo y desahógate, mi cielo.

—Venía… Venía… ¡Venía de matar a mi hijo! —por fin lo soltó, sin poder contener el grito que le salió— ¡Oh, papá! ¡Qué desgraciada soy!

La madre estaba oyendo toda la conversación desde el quicio de la puerta, aunque Rose no podía verla. En ese momento se marchó de allí y volvió a su habitación, totalmente turbada, y con la mano sobre la boca. Mientras tanto, el padre abrazaba y consolaba a la hija con todo el amor que podía dar.

—No te preocupes Rose, mi pequeña. Yo estoy contigo. ¡No te preocupes! Desahógate, vida mía, desahógate…

La muchacha contó como pudo lo que había ocurrido, hasta que Adam la interrumpió, viendo que se moría en un mar de lágrimas.

—No sigas, hija mía, no sigas. No necesito saber más —susurró, mientras la abrazaba con fuerza y la estrechaba contra su pecho.

Los dos permanecieron abrazados mientras el padre acariciaba el pelo de su hija. La muchacha se confortó, y Adam comenzó a rezar unas oraciones, en silencio. Al cabo de un rato, hizo que le acompañara en aquellas oraciones, y Rose se recostó sobre la cama. El padre apagó la luz y continuaron rezando los dos juntos durante algunos minutos más. Las mismas oraciones que rezaba también Melanie, junto a su prima y su tío, mientras este encabezaba a ese grupo de tres orantes.

Al cabo de un buen rato, ella se durmió, y el padre se fue a su habitación, donde se encontró a su mujer, quien también lloraba. Adam la besó, se abrazaron y a continuación se arrodillaron los dos frente al crucifijo que presidía la cama y comenzaron a rezar, siendo él quien tomó la palabra:

—Rose, mi querida y añorada hermana. Melanie, si así te llamas, hija nonata de mi queridísima Rose. Kai, amigo entrañable y cuñado… Vosotros, que ya gozáis de la presencia del Señor, no os olvidéis de los que todavía transitamos por el mundo. Rogad a Dios por mi hija, para que se salve y no se condene. Por vuestra intercesión y la de la Santísima Virgen a quien invoco, os ruego salvéis a Rose de las acechanzas del Maligno. San Miguel Arcángel, San José bendito, ángel de la guarda de mi hija, os ruego que imploréis el favor de nuestro Salvador, para que ella se vea libre de toda influencia maligna, y que ningún influjo maléfico opere en su vida a partir de ahora. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén —dijeron los dos, y tras lo cual comenzaron a rezar un padrenuestro, un credo y la famosa oración a San Miguel, vencedor del Maligno, que el padre buscó en su tableta.

Después de rezar, los dos hicieron la señal de la cruz y se acostaron, agarrándose fuerte el uno al otro, mientras intentaban dormir.

Culpable

A la mañana siguiente, temprano, los dos estaban en la cocina desayunando, cuando bajó la hija, con la cara ojerosa y cansada. Nada más verla, la madre le dijo:

—Lo sabía, Rose. ¡Lo sabía! El doctor Hammer nos engañó. Nos dijo que la hemorragia era por el golpe, cuando no era así —su rostro estaba totalmente desencajado, y apretaba los dientes.

—No, mamá, no os engañó. Cuando os dijo eso, él pensaba que esa era la razón. Pero luego se dio cuenta, después, cuando miró los análisis de sangre.

—¿Y por qué no nos lo dijo, entonces? —preguntó con rabia.

—Está bien, Louise, está bien —intervino Adam—. Qué más da la razón. El caso es que ya lo sabemos y podemos poner remedio.

—No os lo dijo después —repuso Rose—, porque yo no le autoricé para que os lo dijera. Esa es la razón, y no otra. La culpa es mía y solo mía. Yo soy la culpable… de todo —confesó, con el semblante serio, el mismo semblante de quien confiesa un crimen ante un juez—. Y me merezco el castigo que estoy sufriendo desde aquel horrendo día.

—No te mereces ningún castigo, Rose. Por el contrario, lo que necesitas es el perdón de Dios —repuso la madre, intentando conciliarse con la hija.

—Voy a llamar al padre Michael —intervino Adam—. El aborto es un pecado tan grande que creo necesita una autorización especial para ser perdonado. Pero puede hacerse.

—¿Al padre Michael?

—Sí, Rose. Ahora comprendo todo lo que te pasa. Ahora entiendo por qué no ha funcionado nada de lo que hemos intentado hasta ahora. Ahora sé por qué te sale todo mal. Ahora lo veo de forma clara… —aseveró, con una autoridad, y con una expresión de certeza que a su hija le asombró. Mientras, ella volvía a ponerse a llorar como lo había hecho la noche anterior.

—Hija mía, ¿tú quieres curarte? —siguió el padre.

—Sí, papá, ¡claro que sí! —consiguió decir, entre los sollozos.

—¿Estás dispuesta a hacer todo lo que yo te diga?

—Sí, papá, todo lo que tú me digas… ¡haré todo lo que tú me digas!

Los tres miembros de la familia se abrazaron, se besaron los unos a los otros, y tras unos momentos de ternura, Adam se dirigió hacia el teléfono para concertar una cita con su párroco.

Opresión

Aunque estaba alejada de la Iglesia y tenía relaciones sexuales estando soltera, Rose había estado a salvo de las acechanzas del Maligno. Su padre era un ferviente católico y siempre que el trabajo se lo permitía y como cabeza de familia, solía presidir el rezo del Rosario junto a su mujer y sus hijos por las tardes, solicitando la protección de la Virgen para todos ellos. Era algo que estaban dejando de hacer, pero se había hecho a diario en el pasado. Además, los cuatro miembros de la familia tenían impuesto el escapulario del Carmen, símbolo distintivo e inequívoco de la protección mariana. Pero todas esas protecciones no podían hacer nada contra un hecho tan grave como es el aborto. Un acto tan execrable, la muerte de un ser inocente que además es el propio hijo, un pecado tan grave, coloca automáticamente a quienes lo practican en situación de excomunión con la Iglesia, y, por tanto, fuera de la protección que brindan las oraciones que esta, como madre, ofrece a Dios por todos sus hijos.

Un pecado que solo podía levantarse con la autorización de un obispo, hasta que en 2016 el papa Francisco, mediante la carta apostólica *Misericordia et Misera* autorizó a los sacerdotes a levantar la excomunión sin solicitar previamente la autorización del ordinario.

Rose se había alejado de las prácticas piadosas como muchos jóvenes hacen al llegar la edad adulta, y se había despojado del escapulario. Su padre insistió en que llevara, aunque fuera una medalla de plata con la imagen de la Virgen y del Sagrado Corazón, que podría ser un sustitutivo aceptable, y además hacía juego con su habitual indumentaria de cuero y plata. Ella en principio accedió, aunque luego dejó de hacerlo ante las preguntas y a veces burlas que recibía de sus amigos y compañeras.

Así las cosas, desde el mismo momento en que se produjo la ejecución del hijo que Rose llevaba en su interior, ella quedó automáticamente expuesta y resultó visible a las fuerzas del mal, que deseaban desde muchas generaciones atrás machacar a la familia de Adam. Su ángel de la guardia detectó a Odiel oculto en aquel campo de cebada e inmediatamente se puso en contacto con Melanie, pues le habían ordenado que solicitara su ayuda en caso de extrema necesidad. Lo mismo que hizo con diligencia en las dos ocasiones siguientes.

La derrota de Odiel supuso la eliminación el peligro de muerte, pero sus efectos aún persistían y Rose continuaba siendo visible a las fuerzas del mal. Melanie removió las entrañas de su protegida para que explotase y le confesara a su padre todo lo que había hecho. Él era

la única persona que le podía ayudar, y vaya si lo hizo. El padre Michael había sustituido al padre Henry, el anterior párroco, un hombre que murió en loor de santidad. Y el sustituto no le desmerecía en absoluto. Después de aclararle las dudas a Adam respecto a la autorización del obispo, se dispuso a instruirle en los asuntos de las influencias demoníacas:

—Existen varias formas de manifestación diabólica. La más extrema es la posesión, que siempre requiere de la aceptación voluntaria de la persona, aunque sea de forma indirecta. Es algo que solo puede liberar un exorcista, cosa que yo no soy. Aunque conozco a otros sacerdotes de nuestra diócesis que sí lo son, por delegación del obispo.

«Jugar a la ouija, participar en acciones adivinatorias, invocar médiums… todo eso no significa automáticamente una posesión, pero son cauces por los que entra el Maligno y sus secuaces. También el *heavy metal* puede suponer un riesgo, pues ya sabes que hay algunas bandas cuyas canciones tienen letras que son una especie de invocaciones a las fuerzas ocultas. Pero sé que no es el caso del grupo donde trabajaba tu hija. Sus canciones hablan de temas cotidianos, de desamor, de la juventud, en fin, de lo de siempre. En definitiva, la posesión no creo que sea lo que le pasa a Rose, por lo que me cuentas y por lo que yo deduzco».

«Luego está lo que llamamos en Inglaterra “infestación”, que creo que en otros sitios se llama de diferente manera, y que consiste en que los demonios actúan sobre los objetos. Sobre todo en las casas, ya sabes, provocando ruidos extraños, malos olores, etcétera. También hay otra forma de actuación que es la llamada “obsesión” y que consiste en una influencia obsesiva sobre determinadas malas conductas o fobias, pensamientos, depresión… todo eso».

«Y luego está lo que yo creo que es lo que le pasa a tu hija, que es lo que llamamos “opresión”. Esto es una sensación de daño físico, de incomodidad, de extrañas enfermedades que los médicos no pueden diagnosticar, y que no se curan…»

«Cualquiera puede estar expuesto a estas cosas, pero en la inmensa mayoría de los casos se dan en gente que se ha alejado de la Iglesia. Allí donde el pecado ha entrado con fuerza, allí está cómodo el Maligno y se deleita. Es más difícil que ocurra en personas que están en gracia de Dios y alejadas del pecado, pues allí no están cómodos los demonios; están a disgusto y prefieren irse a otros lugares, a otras personas que no tengan esa protección. Entre ellas están los ateos, o los que adoran a falsos dioses. No tienen protección alguna y entran fácilmente. Pero las personas preferidas son los bautizados. Los miembros de la Iglesia. Nada les satisface más que arrebatarles a Dios

a los integrantes del cuerpo de Cristo, a aquellos a los que Él ya consideraba como suyos. Y la vía de entrada es el pecado, naturalmente. Cuanto más pecado haya, más fácilmente entran. Menos barreras de entrada existen».

«Y un pecado tan grave como el aborto abre la puerta de par en par a las manifestaciones demoníacas. No todas las personas que abortan las sufren, desde luego, porque no solo basta con que la puerta esté abierta. Hace falta también que quieran entrar. Y en el caso de tu hija han visto una oportunidad única para fastidiar a Dios a través de ella, y claro, también fastidiarte a ti y a Louise, haciéndoos de sufrir de esa manera».

«Pero esto tiene arreglo, Adam. ¡Tiene arreglo! Y el arreglo de cualquier enfermedad pasa por ponerse primero en manos del médico, que es lo que tú acabas de hacer. Hoy será el primer día de la curación de tu hija, como ya comprobarás».

«Lo primero que necesito es que ella venga aquí y haga una confesión general de todos sus pecados. El sacramento de la reconciliación cerrará la puerta de entrada, y luego después de comulgar, se sellará. Ya no habrá más opresión, aunque es posible que los efectos persistan durante un tiempo. Para eso, y por si acaso no se van del todo, vamos a solicitar las oraciones del Auxilium Christianorum. ¿Sabes lo que es?

—No, padre —dijo aquel hombre, totalmente abatido, pero esperanzado a la vez.

—Es una asociación de fieles orantes. Los miembros de la asociación rezan para espantar a los demonios de sus filas, para lograr que ni se acerquen, para que me entiendas. Y para ello se necesita, sobre todo, llevar una vida de santidad. Tener administrados los sacramentos y vivir en gracia con Dios. Eso por descontado. Y luego el rezo. El rezo diario del Rosario es un mínimo, pero hay que hacer también una serie de oraciones que ya te diré. Además, quiero que Rose se vuelva a poner el escapulario, o la medalla de San Benito.

—Desde luego.

—Otra cosa —siguió—. ¿Tenéis en casa alguna imagen o efigie de San Miguel o de la Virgen?

—Tenemos una estatua de Nuestra Señora de Fátima, ante la cual rezamos el Rosario siempre que podemos.

—Bien, con eso es suficiente. Si no se puede rezar porque el trabajo lo impide, no es problema; pero si se puede, hay que rezarlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. También me haré con algo de San Miguel, si lo

encuentro. Creo haber visto en alguna parte esas estatuas… son esas donde aparece el Arcángel con una espada en la mano, ¿verdad?

—Sí, esas son. Cuando la compres, vienes por aquí y te la bendigo. O mejor, te la bendeciré yo en tu casa, adonde iré con agua bendita y haré un pequeño ritual en todas las habitaciones. Principalmente en la habitación de Rose, lógicamente.

Adam asintió, y el cura siguió:

—En fin, comienza desde hoy a hacer todo lo que te he dicho, pero sobre todo las oraciones. Eso es lo principal, sin lo cual nada de lo demás servirá. Los objetos, es decir, los sacramentales, son solo "ayudas" que sirven para centrar el rezo, y también para ahuyentar a las criaturas malignas al estar bendecidas por la Iglesia. Yo por mi parte también rezaré en favor de tu hija. Ten por seguro que se curará, Adam. ¡Te lo garantizo!

—¡Muchas gracias, padre! ¡Muchas gracias! —dijo aquel otro padre, con los ojos llenos de lágrimas, mientras se abrazaba a su párroco totalmente emocionado.

Una partida de cartas

—Nada, comisario, no tenemos nada.

—¿Han conseguido averiguar con quién estuvo esa noche?

—Sí, comisario. Nos ha costado un poco, pero dimos con un par de chicas con las que tuvo relaciones aquel jueves.

—¿Estuvo con dos mujeres?

—Estuvo con dos mujeres a la vez, sí. Dos chicas del Olimpo. No se portó mal con ellas, dentro de lo que cabe. Al menos eso fue lo que nos dijeron.

—O sea, que el asesinato no puedo ser por algo que ocurriera esa noche…

—No. Pero sí que pudo ser por algo que ocurriera alguna otra vez, comisario. El muerto, Stefano Rizzi, era cliente habitual del garito, y las chicas no estaban muy contentas con él, precisamente. Era un tipo rudo, agresivo, prepotente…

—Está bien —replicó el comisario, mientras miraba hacia otro lado—. ¿Y respecto al ADN? ¿Qué hemos podido averiguar por ahí? —preguntó, mirando al inspector.

—Hay muestras de muchos tipos. Principalmente de las dos chicas. Por eso averiguamos quienes fueron.

—Entonces estaban fichadas, ¿no es así?

—Sí, así es. Acusadas de encubrimiento a proxenetas, lógicamente.

—Pero entonces, ¿por qué dice que les ha costado tanto encontrarlas?

—No estaban en la ciudad, jefe. Son chicas de lujo, y estaban en Florencia. Van dónde más les pagan, y siempre actúan en pareja. Lo hacen para protegerse la una a la otra, según nos dijeron. Ya estaban hartas de la gente como Stefano, y pensaron que al asociarse tendrían más posibilidades en caso de agresión.

—Ya veo. ¿Acusaron a alguien? ¿Algún sospechoso?

—No. Si alguno de los que regentan el hotel, o algún proxeneta que ellas conocen fue quien lo hizo, no lo delataron.

—De ahí lo del encubrimiento…

—No quieren arriesgarse, jefe. Es normal. Aun así, puede ser que sea cierto lo que dicen. Que no sepan nada, realmente.

—Bueno, sigamos con el ADN —continuó el comisario—. ¿Cuántos hombres se han sacado? Porque está claro que el asesino fue un hombre. Una mujer no podría haber arrastrado a esa mole hacia el portal, y además los vecinos oyeron una segunda voz que no era de mujer. ¿Alguno fichado?

—Ninguno. Hay restos de tres hombres en mayor o menor medida. Como usted dijo, uno puede ser el tintorero. Hay restos suyos por toda la chaqueta. Otro tiene algo sobre las solapas y sobre los hombros, y otro, quien creemos que es el asesino, es decir, quien más restos tiene, los alberga, además de en esos sitios, también sobre la camisa y sobre la cara.

—Sobre la cara… ¿hay algo en las manos?

—No. Debió de usar guantes, y por eso no hay restos suyos en ninguna parte de la ropa. Huellas de forcejeo, me refiero. Lo que no debió usar fue mascarilla, y por eso hemos encontrado esas muestras.

—O sea, que no es un profesional…

—No, desde luego.

—Al menos usó guantes… ¿Se han encontrado?

—No. El barrio del Arco tiene una ligera pendiente y si los tiró por una alcantarilla, se han debido ir muy lejos, arrastrados por la corriente. Sí que peinamos la zona y se encontraron algunas navajas en alcantarillas de los alrededores, que al no flotar se quedan en el fondo. Pero ninguna tenía restos del ADN de alguno de esos tres hombres.

—¿Ni un solo resto? Por mucho que usara guantes, en algún momento la debió tocar con las manos… quiero decir, antes del asesinato.

—Pues no había ninguno. O si los había, estaban tan deteriorados que la máquina no fue capaz de identificar ninguna secuencia. El agua y las corrientes las debió limpiar. O el propio asesino higienizó bien la navaja después de ponerse los guantes.

—Vamos, que estamos como al principio…

—Me temo que sí. Podríamos preguntar a los vecinos de Stefano, a sus compañeros de trabajo… Podríamos averiguar si alguien le tenía manía… investigar la coartada de cada uno… vamos, lo de siempre.

El comisario se quedó pensando durante un rato, y luego dijo:

—No serviría de nada. Sin saber de quién es el ADN de esos tres hombres, sin tener testigos del crimen, sin tener el arma homicida, o aunque la tuviéramos, sin tener las huellas ni los restos de nadie… es

complicado. Si el asesino es, pongamos, un compañero de trabajo, no le podríamos acusar de tener su ADN sobre la cara del muerto. En una conversación como la que estamos teniendo usted y yo ahora mismo, hay bastantes restos míos sobre su cara, y viceversa. Por ahí no podemos seguir.

El inspector asintió, y el comisario siguió, tras volver a pensar:

—Además, si hiciéramos eso, levantaríamos la liebre, y al final se sabrá lo que ha pasado. Acuérdese de lo que hablamos la otra vez. Los periodistas se echarán sobre nosotros, o no lo harán, pero jugarán con esa carta para presionarnos con otras cosas.

—Eso es muy relativo, comisario. También puede ser un arma que nosotros tengamos. Una bala en la recámara. Puede ser un elemento de presión, airear que uno de los suyos fue encontrado muerto después de venir de un prostíbulo. Es un asunto sórdido. Una carta precisamente para jugar a nuestro favor ante esas mismas amenazas.

—Desde luego. Pero a esa partida de naipes no estamos invitados a jugar ni usted ni yo. Me limitaré a pasar el informe a mis superiores y ellos sabrán qué hacer con él. En cualquier caso, nosotros ya hemos cumplido con el protocolo. Caso cerrado, inspector.

Hacia Roma

—Ya estoy harta, Paolo. ¡Ya estoy harta!

—¡Oh!, vamos, Rose, ¡Tú sabes que yo solo te quiero a ti!

—¿Estás dispuesto a dejar a esa mujer para siempre?

—Estoy dispuesto —respondió, tras una ligera pausa.

—¿Estás dispuesto a dejar la política?

Esa era la pregunta que él más temía, y entonces giró la cabeza hacia la derecha y miró momentáneamente al suelo.

—Estoy dispuesto, Rose. Haré lo que tú quieras —contestó finalmente, sin mirarla a los ojos.

—Mientes.

—No miento —replicó, sin atreverse a clavar su mirada en la suya.

—Si no dejas la política, no la podrás dejar a ella. Una cosa es inseparable de la otra, ya lo sabes. Y sin ella no llegarás a donde tú quieres.

Él continuaba inmóvil, como mirando hacia un lugar indeterminado que estaba detrás de la chica, en aquel pequeño apartamento de Nápoles donde vivían los dos. Ella le observaba y contemplaba en lo que se había convertido su novio. Nada que ver con lo que había sido solo unos meses atrás. Nada que ver con aquel chico idealista dispuesto a luchar por los pobres, lo mismo que hacía ella. Lo mismo que hacía y estaba dispuesta a hacer en el futuro si su novio no cambiaba de opinión, aunque en un destino muy lejano.

Pero Paolo ya no era el mismo. La ambición le había cambiado, ¡y de qué forma! Ya no se conformaba con ser el líder de un pequeño movimiento dispuesto a despertar las conciencias dormidas de los plutócratas. Ya no buscaba obtener un puñado de votos para que sus reivindicaciones sonaran en el congreso italiano. No. Ahora quería ser el primer ministro. Quería acaparar todo el poder, y era algo que estaba al alcance de la mano, según las últimas encuestas. Y todo se lo debía a esa mujer, desde luego. ¿Cómo podría tener estómago para acostarse con esa vieja?, se preguntó ella.

—Llámala, Paolo. Llámala delante de mí, y pon el altavoz. Que yo oiga cómo la dejas. Y también abandonas el partido, como yo ya he hecho. De esa forma tendré la seguridad de que no vuelves con ella.

—Pero, amor mío…

—Solo así me quedaré contigo, Paolo.

—No me hagas elegir ahora, por favor. Espera a que ganemos las elecciones, y entonces la dejaré —dijo, esta vez mirándola a los ojos. Unos ojos que no tenían el azul turquesa de Rose, sino el azul oscuro de Fiorella.

—No —contestó ella de forma seca, de forma firme, autoritaria y decidida—. Quiero que la dejes ahora. Ahora mismo.

Pero él no contestó. Volvió de nuevo a mirar hacia aquel punto indeterminado que estaba detrás de ella, y Rose se transformó en Fiorella.

La chica recogió la chaqueta que estaba sobre el sofá y subió la manija de aquella maleta con ruedas que había terminado de preparar mientras él estaba en la mansión del Palatino. Abrió la puerta del apartamento y salió hacia la escalera, comenzando a recorrer el pasillo que le llevaba hacia la puerta del portal. Pero llevaba las llaves en la mano, y eso le hizo retroceder. Se volvió, muy a su pesar, pues no quería hacerle ver que estaba llorando.

—Toma las llaves —dijo, mirando al suelo—. Ya no las necesitaré más.

—¿Finalmente vas a ir a África?

—Sí, me esperan en la agencia. Allí nos reuniremos todos los cooperantes.

—Te echaré de menos, Fi.

—Mientras estés casado con Ambición, ni te acordarás de mí —le espetó, sin importarle que descubriera sus ojos llenos de lágrimas. A continuación, se volvió, bajó las escaleras sin volver a mirarle, y desapareció.

—¡Rose! ¡Te quiero, Rose! ¡Eres la mujer de mi vida! ¡No me dejes! ¡No me dejes! —exclamó, sujetándola del brazo.

—Caballero, por favor… debe abandonar el avión. El resto del pasaje ha salido ya, y solo queda usted —dijo la azafata—. Y por cierto, no me llamo Rose. Mi nombre es Alessia.

Entonces se despertó, y dejó de sujetar a aquella mujer. Todo había sido un sueño, aunque lo que había soñado lo había vivido tiempo atrás, palabra por palabra. Solo que ahora había cambiado las caras. Había salido del hotel donde había estado con «su prima» hacía solo unas horas, y la similitud física entre Rose y Fiorella le había hecho confundir a las dos en esa extraña alegoría que son los sueños.

—Claro, perdóneme. Esta noche apenas he dormido, y se ve que me he quedado traspuesto —contestó, mientras se levantaba y sacaba la pequeña maleta que se había llevado el día anterior a Londres. El día que había vuelto a ver a Rose, después de tantos años.

Mientras introducía su tableta en la maleta y reacomodaba las cosas en el interior, volvió a pensar en Fiorella y también en la hija de Adam. Se preguntó cuál de esas dos mujeres había significado más en su vida, y se encontró con que no tenía respuesta para esa pregunta. ¿Había salido con Fi porque le recordaba a Rose? ¿Había buscado a Rose en el mercado de flores porque echaba de menos a Fi?

Las dos eran muy parecidas físicamente y también coincidían en muchos aspectos de su personalidad. Estaba claro que ese era el tipo de mujer que a él le gustaba, y con el que se sentía cómodo. Casualmente, el tipo de mujer que era Alessia, aquella azafata que le miraba con mucha atención mientras recogía todo aquello. Una chica alta, rubia, con ojos azules… similar a Fiorella y similar a Rose.

La mujer observó pacientemente a Paolo, mientras este recogía sus cosas y le acompañaba hacia el «finger» que comunicaba la puerta del aparato con el muelle de desembarque que le habían asignado al avión en el aeropuerto de Roma. El hombre se pasó la mano por el cabello y cuando salió la volvió a mirar para disculparse de nuevo.

—Siento mucho haberme retrasado.

—No hay problema. Este es el último vuelo de mi turno y ya no tengo más ocupaciones en el día de hoy. Solo me ha retrasado algo el almuerzo, aunque no me espera nadie, pues lo iba a hacer sola.

Paolo sonrió y desapareció por el *finger*, sin decir nada más. La mujer había tirado la caña esperando que el hombre picara, pero no tuvo suerte. No tuvo la suerte que al parecer tenía la tal Rose, con la que él había estado soñando hacía solo unos minutos, se dijo ella, mientras volvía a revisar si algún pasajero se había dejado algo en el interior del avión.

Tras constatar que no había nada, volvió a mirar por una de las ventanillas hacia el muelle y puedo ver al hombre que avanzaba con paso firme arrastrando la maleta con una mano, mientras llevaba la chaqueta en la otra. Entonces lo reconoció. Él se debió haber peinado ese pelo alborotado mientras avanzaba por el «finger», y ella pasó de tener una ligera sospecha a saberlo con seguridad. Aquel apuesto pasajero era nada menos que Paolo Marengo, el líder del PDP.

TERCERA PARTE

Pobres de Italia

—¡Pobres de Italia! ¿Cuánto tiempo más hemos de consentir que los poderosos os priven de lo que legítimamente os corresponde? ¿Cuánto tiempo más hemos de permitir que los poderosos saqueen las arcas del Estado? ¿Cuánto tiempo más hemos de consentir que unos pocos vivan holgadamente y llenos de riquezas, mientras el mundo a su alrededor gime con dolores de parto? ¿Cuánto tiempo más hemos de consentir que los ricos naden en la abundancia, mientras los pobres nos arrastramos suplicándoles que nos den sus migajas?

A continuación, gritos de elogio y aplausos silenciados por el orador.

—¡Pobres de Italia! El próximo seis de diciembre tenemos una oportunidad única para parar todo esto. El próximo seis de diciembre el destino nos señala a todos y cada uno de nosotros, y hace recaer sobre nuestros hombros la responsabilidad de seguir alimentando la rueda insaciable que nutre y engorda a los poderosos... o por el contrario, colmar a los pobres de Italia del necesario alimento que precisan sus famélicos hijos, que necesitan todos aquellos a quienes los ricos han privado de su bienestar.

A continuación, fuertes aplausos y ovaciones que finalmente son contenidos.

—¡Pobres de Italia! ¿Acaso hemos de consentir que las empresas despidan a miles de trabajadores, cuando sus consejeros ganan miles de millones? ¡No hay derecho, pobres de Italia! ¡No hay derecho! ¿Acaso hemos de consentir que los empresarios tengan salarios que en ocasiones multiplican ¡por cincuenta!, el salario de sus trabajadores? El salario de aquellos que trabajan por un pan que sus familias necesitan, ¡y que son los que proporcionan y aseguran los millones que ellos ganan!

De nuevo, más ovaciones y gritos de halago, entre fuertes aplausos.

—¡No hay derecho, pobres de Italia! No hay derecho a que los poderosos mantengan la mano de obra esclava de los becarios y la de los trabajadores, que casi tienen que pagar al patrón para poder trabajar y ganar el necesario sustento con el que alimentar a sus hijos. Los hombres han nacido para ser libres, y el trabajo es un derecho que tiene que ser remunerado. No se puede consentir que millones de jóvenes trabajen sin tregua ni descanso y sin ser pagados, para llenar las carteras de sus amos, en esa suerte de esclavitud moderna que se denominan «prácticas universitarias». ¡No hay derecho! —jaleó, y la muchedumbre le replicó, enfervorecida—. Si el Partido De los Pobres,

gana las elecciones, pobres de Italia, yo os aseguro que se prohibirá y se erradicará de raíz esa lacra, esa ignominia, esa vergüenza que es la esclavitud. Y no se consentirá que ninguna empresa con beneficios ose despedir ni a uno solo de sus trabajadores. ¡No consentiremos que haya ninguna persona en ninguna empresa que gane más del doble que el más humilde de sus trabajadores!

¡No consentiremos que los ricos vivan como reyes mientras condenan a los pobres a la indigencia! ¡No hay derecho, pobres de Italia! ¡No hay derecho! ¡No lo consentiremos, pobres de Italia! ¡No lo consentiremos!

A continuación, grandes y prolongados aplausos mientras la multitud enfervorecida gritaba sin cesar: ¡Paolo! ¡Paolo! ¡Paolo presidente! ¡Paolo presidente!, y mientras los organizadores intentaban organizar la salida de todos los asistentes al mitin. Una salida que no se produjo hasta mucho después de que Paolo Marengo, candidato a la Presidencia del Consejo de Ministros, hubiera abandonado el estrado. El público no cesaba de corear las consignas y los lemas del PDP, una y otra vez, a pesar de que su líder ya se había marchado.

Melanie

Melanie repasó su misión una vez más, sopesando cuál sería la mejor estrategia de ataque. El caso que le habían asignado era ciertamente difícil, y quizás requería de la actuación de algún otro ser “más potente” que ella.

Pero su jefe se lo había asignado porque el alma necesitada era un miembro de su familia, y eso es un plus en la lucha contra el Maligno.

Melanie Costa pertenecía a los santos de «primer nivel», o nivel 1, como se conoce a los bienaventurados que gozan del máximo poder, la máxima cercanía con Dios a la que puede aspirar un ser humano a excepción de la Virgen María. Las moradas ultraterrenas están organizadas en niveles, que son una especie de «estados», y que existen tanto en el Cielo como en el Infierno y también en el Purgatorio. Los niveles son fijos durante toda la Eternidad, excepto los que se refieren a esta última morada. Allí, en el estado «purgante», la persona va a ascendiendo niveles según se produce su purificación, hasta que es admitida en el Cielo y se convierte oficialmente en santo o santa. Una vez allí, el alma volverá a encuadrarse en otros niveles, esta vez paradisíacos, y se encontrará con otros compañeros que le han precedido, así como con otros santos que han accedido al Paraíso sin haber pasado por el Purgatorio.

Entre los santos de primer nivel del Cielo se encuentran los santos canonizados, los mártires, los niños muertos antes de la edad de la razón, los fetos abortados y también los fetos muertos a consecuencia de la muerte de la madre.

Melanie pertenecía a este último origen. Su madre había fallecido estando embarazada de ella, a las pocas semanas tras su concepción. Como la chiquita era nonata, es decir, nunca llegó a nacer, nadie le había asignado un nombre. Entonces le preguntaron a la madre cuál sería este, y la mamá dijo: «Melanie». De no haber encontrado a ningún familiar en el Cielo dentro de las siete generaciones anteriores, le hubieran puesto el nombre del santo del día en que fue concebida. Ese día había nacido para la Vida Eterna, y alcanzó esta sin necesidad de pasar por el Mundo, ni arriesgarse a perderla. Ella tenía el «distintivo azul», que designaba a los hijos nacidos en el amor. Esto no le daba mayor o menor poder, a diferencia del «distintivo rojo» que era el de los mártires. Pero a Melanie le gustaba exhibirlo, por ser un distintivo ciertamente escaso a pesar de que pudiera parecer lo contrario.

El alma necesitada de sus atenciones era uno de sus cuatro primos, que estaba en grave riesgo de condenación eterna. Ella ya había participado en la operación de salvamento de su prima Rose, pero aquello fue pan comido en comparación con esto. En aquella ocasión su prima había perdido la protección de su padre y había dejado de ser invisible para las fuerzas del mal. Pero ahora la situación con ese otro primo era totalmente distinta.

Melanie había cometido el error de manifestarse en sueños a Rose sin autorización, cuando esta era una niña, y eso supuso la apertura de un canal con el más allá que siempre estuvo ahí, para el bien y para el mal. Como «castigo» por aquella manifestación, se le asignó la misión de guardarla mientras la prima estuviera en la Iglesia Militante, es decir, mientras estuviera en la Tierra. Y en su caso, guardarla significaba enfrentarse directamente contra los demonios en caso de necesidad.

Una clase de enfrentamientos que estaban reservados mayoritariamente a los militares, es decir al ejército de ángeles comandados por el arcángel Miguel, que se enfrentaban al Maligno y a sus secuaces desde los orígenes del mundo y de forma sistemática.

Siendo una santa de primer nivel, Melanie estaba capacitada para esa lucha, aunque eso significaba exponerse al sufrimiento que podían causar los demonios en las encarnizadas batallas que mantenían contra los ángeles y contra los santos. Ese «castigo» que suponía el sufrimiento al que en principio no estaban destinados los bienaventurados, era por otra parte una forma de unión más profunda con Dios, quien también era denominado «El Gran Sufriente».

Pero esa misión que le habían asignado, a diferencia del caso de su prima Rose, superaba con mucho la capacidad de sus teóricos poderes. Pensó en pedir ayuda a sus padres, pero ellos estaban ya muy ocupados en el Cielo, donde se estaban amando intensamente desde que llegaron allí. «Es lo bueno que tiene haber pasado por el Mundo», pensó. Aunque no sabía si el riesgo merecía la pena.

Lo primero que tenía que hacer era concertar una cita con el ángel de la guarda de su primo. Él le daría detalles más precisos sobre su pecaminosa vida, y también aprovecharía para recriminarle por haber consentido que su protegido llegara hasta allí. Seguramente le debieron de asignar algún «dormilón».

—Bueno, basta ya —dijo Cassini, tras acabar el mitin—. La misma perorata de siempre —reprochó, mientras desconectaba la pantalla en la que todos los miembros de la ejecutiva de su partido contemplaban el discurso de su adversario.

—*Pico de oro* se ha empleado a fondo esta noche —dijo Renato.

—Desde luego. Cada vez está más inspirado, y cada vez se cree más que es el mesías capaz de salvar a su pueblo de la opresión.

—Un mesías que ha prometido a "los pobres" llevarlos a la tierra prometida, pero esos mismos pobres no se dan cuenta de que la tierra prometida no existe —añadió Salvatore.

—Lo malo es que se darán cuenta después de haberle votado. Cuando haya llegado al poder y entonces les deje abandonados en medio del desierto. Y entonces dirán: mejor habernos quedado en Egipto.

—Claro, pero ya no habrá vuelta atrás. Siguiendo la comparación bíblica, Egipto ya no existirá y se tendrán que matar unos a otros para poder comer.

—Sí, pero en ese momento apareceremos nosotros y les diremos que con trabajo podemos crear otro Egipto. Mejor aún, el Israel que ese mequetrefe les promete y que no les puede proporcionar.

—Si es que nosotros seguimos con la capacidad de hacerlo —recordó Cassini—. Si es que no nos han ilegalizado, como pretenden.

—No tienen pruebas para acusarnos de nada. Ni base en la que apoyarse.

—Se las inventarán. Sus cadenas y medios afines harán de cualquier suceso una iniquidad y estarán las veinticuatro horas del día diciendo lo malos que somos —el rostro de Renato se ensombreció—. Después, hordas de fanáticos rodearán nuestras casas y nos acusarán de las tropelías que quieran. Eso sí, que nadie vaya a las suyas porque entonces dirán que somos los opresores, los que orquestamos los atentados con los que queremos destrozar al pueblo y a la democracia.

—No exageres, Renato, no hay quien se crea que nosotros seamos los *sanguinarios depredadores de las arcas del estado*, ni *los expoliadores del pan de los pobres*. La gente no es tonta. Todo lo que dice *pico de oro* no es sino mera propaganda, y la gente lo sabe.

—La gente solo sabe lo que les ponen una y otra vez en las pantallas. Ya lo decía Goebbels: «una mentira repetida mil veces, se convierte en

una verdad». Los periodistas son los amos de la realidad, y solo muestran lo que les interesa. Exponen una pequeña parte de lo que ocurre y nos hacen creer que ES todo lo que ocurre. Todo lo que no aparece en los medios, es que no existe. Y lo que ellos muestran, aunque sea mentira, es "la realidad". Y como el discurso del PDP es más directo y más visceral, influye y afecta más a la gente que se cree a pies juntillas todo lo que les cuentan. Y si no, acordaos de lo que pasó con el ingreso mínimo.

—¿Qué fue lo que pasó con eso? —preguntó Salvatore.

—Tú no estabas en el partido todavía —respondió Cassini—. Fue hace unos años, cuando estabas haciendo el máster. Los del PDP hicieron una campaña monumental para implantar el ingreso mínimo universal, y al final se salieron con la suya.

—Todo comenzó con una mujer, María Montini —intervino Renato—. Había agotado el subsidio de desempleo y vivía de los bancos de alimentos. Tenía una hija, Antonia, creo que se llamaba, que estaba aparentemente desnutrida y entonces alguien de la prensa se fijó en ellas y las proyectó al estrellato. Aparecían en todos los medios a todas horas y la historia de sus vidas fue conocida por todo el mundo.

—Los del PDP hicieron bandera de esta mujer, y reclamaron que los seguros de desempleo se prorrogaran indefinidamente en situaciones de precariedad. Algo que no hacía falta ni siquiera demostrar. Solo con presentarse en los Servicios Sociales y declararlo, al mes siguiente tenías asegurado el subsidio.

—Pero, ¿cómo consiguieron eso? —preguntó el muchacho—. Quiero decir, ellos nunca han estado en el gobierno…

—Claro, estábamos nosotros. Pero consiguieron levantar una iniciativa legislativa popular para que se debatiera en el Congreso, y no nos quedó más remedio que implantarlo. Es lo que te decía: la gente, sus esbirros, ya estaba acosando incluso a nuestras familias, acusándonos incluso de genocidio.

—¿De genocidio? ¿Pero cómo…?

—Esa gente no sabe ni lo que es un genocidio —apuntó Cassini—. Pero la palabra suena muy bien, suena a «barbaridad», y comenzaron a sacar en las pantallas a todo tipo de familias, de mujeres, de niños… en fin, a todo tipo de gente que estaba en situación similar a las Montini. Y lo hacían las veinticuatro horas del día. Que si éramos inhumanos, que si nos regocijábamos con las desgracias ajenas, que si los ricos viven en la abundancia mientras María Montini mendigaba el alimento de su hija… en fin, lo de siempre.

—Y a partir de ahí —dijo Renato—, el subsidio de desempleo se denominó Ingreso Mínimo Personal, y fue vitalicio, mientras no se tuviera trabajo. Algo muy atractivo para las clases populares, como te puedes imaginar, y es en parte el éxito sobre el que se apuntaló el PDP. Pero no hace falta tener muchas luces para comprender que eso, lo único que ha originado es más miseria.

—Claro, porque la gente ya no busca empleo —añadió Cassini—. A María Montini no le hacía falta un subsidio. Lo que le hacía falta era un empleo. Ahora cada vez más gente se apunta al subsidio y viven sin trabajar, aunque sea por poco dinero. O peor aún, trabajan en la economía sumergida y además cobran el subsidio.

—Es una vergüenza —dijo Salvatore—. Eso no se debería consentir.

—¡Claro que no! Pero es imposible de controlar. Y lo peor es que para pagar ese dinero la única forma de hacerlo es subir los impuestos. Subir los impuestos a los que todavía trabajan, quienes al final lo hacen por un dinero similar al de los subsidiados, con lo que se desincentiva todavía más el trabajo. Hasta que un día explote todo.

—¿Es que no se puede hacer nada?

—Podemos decir la verdad —respondió Cassini—. Decir que solo la economía de mercado y el libre comercio es capaz de proporcionar los mayores estándares de prosperidad. Como ocurre en los países desarrollados. Como ocurre en los países donde hay una mayor renta nacional y donde están los mejores índices de bienestar. Ese es el mensaje que hay que transmitir. Tenemos que conseguir la mayoría suficiente para poder incentivar la inversión y generar empleo, aunque sea a costa de eliminar el Ingreso Mínimo. Esa es la única vía de salvar al país, y de garantizar la supervivencia a largo plazo. No queda otra.

Los padres de Melanie

Melanie era hija de Rose Costa, es decir, de «Pelusilla». Era el apodo que le había puesto su marido en vida, y también era el nombre como la conocían en el Paraíso. De soltera se llamaba Rose White y era la hermana de Adam White. Ella había dejado el mundo terrenal a los pocos días de concebir a Melanie y con todos los sacramentos administrados que correspondían a su estado, incluyendo la confirmación y el matrimonio. Tan solo le había faltado la unción de enfermos, pero las circunstancias en que se desarrolló su muerte le impidieron su administración. Había muerto en gracia de Dios, y entró directamente en el Cielo sin pasar por el Purgatorio, pues los pocos pecados que tenía ya habían sido purgados durante su vida. Su marido había sido Kai Costa, el famoso músico, y tardó unos años en reunirse con ella. Mientras tanto, Pelusilla veló por él mientras contemplaba gozosa el rostro de Dios como cualquiera de los bienaventurados. Cuando él falleció, Pelusilla lo recogió y desde entonces gozaron de la plenitud del Reino mientras se extasiaban en el amor que sentían el uno por el otro.

Melanie pertenecía a la división de Salvamento, uno de los muchos destinos que podían elegir los bienaventurados cuando entraban en el Cielo. Lo había elegido al terminar su Enseñanza, una forma de aprendizaje por la que pasaban las almas que no habían nacido, o las que habían muerto siendo niños. El destino de Pedagogía era otro de los habituales, y solía estar ocupado por los santos que habían muerto con mayor edad. Se dedicaban a complementar los conocimientos que las almas tenían de forma innata, que eran muchos, pero les gustaba instruir a las pequeñas en las enseñanzas del Mundo y del Reino, para que pudieran estar al día.

En Enseñanza le habían inculcado a Melanie que el Reino de Dios es comunidad y amor entre sus miembros. Es relación y sociedad, a diferencia del Infierno, que es soledad. Absoluta soledad.

Era parte de la respuesta a la pregunta clásica que todos los alumnos hacían al llegar allí. *¿Por qué las almas no tenemos el conocimiento innato completo?* Y la respuesta era siempre la misma: *porque Dios quiere que nos ayudemos unas a otras, para así fomentar y cultivar la Comunidad, y la Comunión.*

Cuando terminó la Enseñanza y fue asignada a Salvamento, se le otorgó un tutor que resultó ser la madre de su trastatarabuela: una mujer danesa que se llamaba Edelberg, y que era una santa de segundo nivel, o nivel 2. Siete generaciones separaban a esas dos

almas, justo en el límite de la influencia de la sangre. A partir de ahí, las almas no se encuentran relacionadas entre sí, ni tienen influencia aparte del vínculo con que todas se unen a Dios. De ella aprendió Melanie los entresijos de su oficio como integrante de la división de Salvamento a la que pertenecían las dos, y completó también su Enseñanza, pues es un proceso que tiene una duración casi infinita.

Edelberg había muerto en el parto de uno de sus hijos, y su marido se había vuelto a casar. Por esa razón, en el Paraíso no se les dio a elegir si querían continuar con su matrimonio, sino que se les asignaron otras formas de alabar a Dios.

—Explícame eso, *Eddy* —le había preguntado Melanie, usando el diminutivo con el que le gustaba llamarla.

—Pues es muy fácil, Mel —le respondió Edelberg, usando igualmente otro diminutivo de su agrado—. Ya sabes que Dios estableció que los hombres y las mujeres no se pueden separar, es decir, el matrimonio es indisoluble, pues es un sacramento instituido por Él. La única forma de romper el sagrado vínculo que une a un hombre y a una mujer es con la muerte. Con la muerte, el viudo o la viuda pueden casarse de nuevo. Pues bien, eso fue precisamente lo que hizo mi marido cuando Dios me llamó a su presencia.

—¿Y eso es malo?

—No, hija, no lo es. Lo que ocurre es que mi marido ha tenido dos esposas en el Mundo, y por tanto en el Paraíso no puede seguir casado. Pues de hacerlo, tendría que rechazar a una de las dos.

—¿Y no puede estar casado con las dos?

—No, Mel, no se puede. Pero eso no es un problema. Dios nos da a elegir multitud de formas de alabarle, y mi marido, su siguiente esposa y yo, elegimos formas que no consistían en el matrimonio. En mi caso, yo elegí Salvamento, ya lo sabes. Lo mismo que has elegido tú. Y como yo soy de tu sangre, pues me asignaron tu pupilaje.

—Ya veo —comprendió Melanie—. Por eso mis padres, como no han estado casados con otras personas, eligieron el matrimonio.

—Claro, eso es. Podrían haber elegido cualquier otra cosa, pero prefirieron eso. Los dos se quisieron mucho en el Mundo —por eso tú tienes el distintivo azul—, y no deseaban otra cosa cuando llegaron aquí. No lo dudaron ni un instante, vaya.

—Ahora entiendo por qué les molesta cuando les pido ayuda… están tan entretenidos entre ellos…

—No les molestas, Mel, ¡claro que no! Tú eres su hija y te quieren

mucho. Pero su forma de alabar a Dios no es el salvamento. Aunque si tú necesitas alguna de vez de su ayuda, no dudes en pedírsela. No te la negarán, te lo aseguro. Es más, lo harán con mucho gusto. Pero yo solo se la solicitaría cuando estés en un apuro. Cuando necesites la colaboración de muchas almas y tengas que apelar a ellos porque sea necesario. Eso es todo.

—Pero no solo para el salvamento, ¿verdad Eddy? Quiero decir, creo que tú participaste en que ellos se juntaran, ¿no es así?

—Sí, así es. Pero eso es porque los benefactores y nosotros tenemos mucha relación. De hecho, a veces nos tenemos que pasar efectivos entre Benefacción y Salvamento. Incluso en muchas ocasiones hacemos el mismo trabajo. Si hacemos el bien a un alma que está acosada por otras almas, por la enfermedad, o por los demonios, no es necesario salvarle de nada, pero Dios quiere que le ayudemos a no sufrir tanto, y para eso están los Benefactores. Pero en muchas ocasiones, en muchísimas, vaya, aliviarles un sufrimiento a esas almas es evitar su condenación eterna.

—¿Por desesperación?

—Por ejemplo. Y cuando eso ocurre, entonces hacemos el mismo trabajo que los de Benefacción, aunque con un fin distinto.

—Entonces, ¿cómo fue? Lo de mis padres, me refiero.

—Pues mira, tuve que intervenir en dos ocasiones. Todo comenzó cuando el padre Henry, un sacerdote que ahora es Benefactor, y que era el párroco de tu madre, pidió ayuda a Dios porque Pelusilla se encontraba en serios apuros. La oración fue recibida en la oficina de Misiones, y desde allí me la asignaron a mí por ser de nuestra sangre. Era una misión de Benefacción, desde luego, aunque luego comprendí que tenía mucho que ver con Salvamento, como luego entenderás.

—Bueno, el caso, —siguió Edelberg— es que tu madre, Pelusilla, estaba sufriendo indeciblemente por el acoso que le hacían unas compañeras del instituto donde estudiaba. La pobre estaba a punto de caer en una depresión, y gracias a que se lo contó al padre Henry, llegó su oración con fuerza a Misiones. Yo se lo conté a una amiga que está destinada en Vigilancia, y me dijo que ella conocía a una persona cuyo nieto podría servir para salvar a tu madre. Ese nieto resultó ser tu padre, Melanie.

—Sí, eso ya lo sé, pero cuéntame, cómo hiciste para que se conocieran —preguntó la chica.

—Pues verás, tracé un plan que consistía en provocar una pequeña avería sin importancia en el instrumento musical que tocaba una

persona del grupo en el que queríamos que trabajara Kai. Antes de nada, por supuesto, tuve que pedir permiso, pues ya sabes que no podemos intervenir en el Mundo, así como así.

—Sí, lo sé, buena bronca me cayó cuando yo interferí con mi prima Rose…

—Ya, me acuerdo. Pero bueno, si Dios lo consintió sería por una buena razón, como seguramente comprobarás en el futuro, no te quepa duda. Bueno, como te decía, esa avería supuso que el músico en cuestión llevara su instrumento a reparar, y yo me las ingenié para que tu tío Adam lo acompañara. Los dos entraron en el taller donde trabajaba tu padre y allí se conocieron tu tío y él. Y por esa razón tu padre entró en el grupo cuando el músico de la avería lo abandonó. Yo ya conocía la posibilidad de ese hecho, y por eso me las ingenié para que se conocieran. Pero Pelusilla no conocía a tu padre personalmente todavía, y su situación personal se estaba agravando por momentos. Entonces tuve que pensar en algo para acelerar que se encontraran, y hacer que ella fuera al estudio donde ensayaban, o bien que él fuera a casa de tus abuelos, donde vivía todavía tu madre. Al final opté por la segunda opción —siguió Edelberg—, pues tu padre estaba mejorando una de las canciones del grupo que los demás habían compuesto, y entre todas las formas de mejora yo le sugerí una cuya interpretación no se le daba bien a tu tío. Adam estaba un poco flojo con la guitarra, pues él en realidad era cantante, y yo sabía que esos arpegios le iban a dar problemas.

—¿Qué son los arpegios?

—Son una forma de extraer música de un instrumento musical. Eso es lo de menos ahora, Melanie. No te pierdas en esos detalles.

—De acuerdo, pero dime una cosa. ¿Es que la idea no era suya, quiero decir, de mi padre?

—Claro que sí. Tu padre sabía que a esa canción le faltaba algo, y podía haber elegido otra cosa que no fueran esos acordes que se le daban mal a tu tío. Pero yo se los puse delante para que los eligiera.

—Pero espera, Eddy, ¿nosotros podemos hacer eso? Me refiero, ¿podemos hacer que los hombres hagan algo que no quieren?

—No, mi querida Melanie. No podemos obligar a nadie. Como tampoco pueden ninguno de los ángeles ni los demonios. Los hombres siempre tienen la última palabra, pero nosotros podemos sugerir, ¿entiendes? Es lo que hace el Tentador y sus secuaces. Ponen delante de sus ojos tentaciones, objetos o situaciones que les parecen agradables y muchos caen en la trampa. Si ellos pueden hacerlo, ¿por qué no íbamos a poder hacerlo nosotros?

—Porque nosotros no somos ángeles, Eddy. Somos simples humanos…

—Cierto. Pero Dios nos ha conferido el poder para igualarlos e incluso superarlos. Los demonios han rechazado a Dios. Fueron ángeles como los demás, pero le rechazaron. Han rechazado la bienaventuranza y su compañía, y Él le da el poder a quien quiere. Los judíos rechazaron a Jesús y los gentiles recibieron su herencia. De la misma manera sucede aquí, con nosotros. A pesar de ser inferiores en jerarquía a los ángeles, Él, en su infinita sabiduría, nos ha conferido el poder a alguno de nosotros para ejercer el bien en su nombre, y no hay nada ni nadie que se nos resista si gozamos de esa fuerza, con las debidas condiciones.

—De acuerdo, sígueme contando lo de mis padres.

—Pues lo que te decía, tu tío no sabía tocar bien aquellos arpegios y le pidió ayuda a tu padre para que se lo enseñara a hacer en la intimidad de su casa, porque no quería que los demás se enteraran. Tu padre era un músico muy experto, Mel, y además se llevaba muy bien con tu tío. Y al llegar a su casa, Pelusilla y él se conocieron. Y fue a partir de entonces cuando tu madre se enamoró de él, y ese amor le dio la fuerza necesaria para vencer los problemas que tenía con sus compañeras de clase. Unos problemas que, gracias a eso, superó por completo.

—Pero eso es asunto de Benefacción, Eddy. ¿Cómo interviene ahí Salvamento?

—Pues porque ese amor al final salvó a tu padre de otros vicios que tenía, y que quizás lo hubieran condenado. Al casarse con tu madre, el sagrado vínculo del matrimonio lo transformó y se arrepintió de tal manera, que consiguió la salvación de una forma muy sencilla.

—Ah, ya veo.

—¿Te das cuenta, Mel? Todo lo que ocurre en el Mundo sucede por alguna razón, y aunque a los hombres les fastidien algunas cosas que les pueden parecer malas, el Señor en su infinita sabiduría lo tiene todo previsto para lograr que se salven el mayor número de almas. Todas las que lo deseen, Melanie.

—Pero Eddy, hay muchas almas que se condenan en el Infierno. Tú me lo has dicho muchas veces. ¿Por qué no se salvan esas almas?

—No se salvan porque no quieren, hijita. Y también por culpa nuestra, no te lo voy a negar. Pero es que somos tan pocos los que trabajamos en Salvamento… y tantas las almas que nos necesitan…

—¿Y por qué no quieren salvarse? —preguntó Melanie, algo confusa.

—Porque son tan grandes sus pecados, que cuando mueren, al recibir la iluminación sobrenatural, se quedan horrorizados de todo el mal que han hecho, y su dolor es tan grande que no desean otra cosa más que recibir el castigo que merecen. Entonces se dan cuenta de verdad, pero ya es tarde. Cuando un alma deja este mundo, tiende de forma natural a unirse a Dios. Lo primero que recibe es la iluminación sobrenatural de horror por el mal. Si los pecados son tan graves, el horror es inmenso y la propia alma se arroja de forma definitiva al Infierno. Sobre todo, al contemplar, mediante gracia especialísima, todo el sufrimiento pasado, presente o futuro que sus acciones han causado, o todo el bien que sus omisiones han dejado de hacer.

—Debe ser tremendo ese conocimiento.

—Desde luego que lo es.

—Menos mal que yo nunca he experimentado eso, Eddy.

—Claro. Los "nonatos" como tú, se han librado de pasar por ese trance. Pero quienes hemos estado en el Mundo tenemos ese riesgo, y por eso es tan importante que las almas se arrepientan antes de morir. Si lo hacen después —todos lo hacen—, ya no hay remedio, y la condenación es inmediata. Esa es nuestra misión, hijita. Conseguir eso. Conseguir como sea que vean la monstruosidad de lo que hacen y que aborrezcan sus actos antes de morir. Con eso les salvaremos casi seguro, pues Jesús a través de la Divina Misericordia les ofrecerá la Salvación y eso es muy difícil de rechazar.

—Bueno, eso no les libra del Purgatorio, ¿no es así?

—Quien lo necesita lo sufre, desde luego, aunque no es el caso de todas las almas. De todas maneras, puede que no estén mucho tiempo allí. Aun así, ya no es lo mismo. Ese Estado es un estado de espera alegre, de purificación. Es duro, a veces demasiado, pero no es lo mismo. Ellos ya son de los nuestros y algún día gozaremos de su compañía. Porque Dios no castiga a nadie al Infierno, Mel —siguió—. Las puertas del ese lugar están cerradas desde dentro, ya lo sabes. Pero ellos han preferido adorarse a sí mismos cuando estaban en el Mundo. Rechazaron a Dios como fuente del Amor y en lugar de amar a sus semejantes, se han amado a ellos mismos. En el Mundo los hombres han sido destinados a servir. Para servirse unos a otros y amarse entre ellos. Entonces, por lógica, uno recibe en el más allá aquello a lo que ama. Los que aman a Dios a través del amor a sus semejantes reciben a Dios y a sus semejantes, y los que se aman a sí mismos reciben lo que aman, es decir, a ellos mismos. Y están en soledad con ellos mismos durante toda la Eternidad —se detuvo un momento, y luego siguió—. ¿No te parece triste, Melanie? —preguntó la antepasada, con

un fuerte dolor en su corazón.

—Me parece horrible, Eddy. ¡Horrible! ¡Cuánto me alegro de haber elegido Salvamento como destino! Me esforzaré durante toda mi vida para conseguir salvar a cuantas más almas mejor.

¡No os dejéis engañar!

—¡No os dejéis engañar, pobres de Italia! Libertad y Crecimiento, el partido de Cassini, es un partido que solo quiere hacer crecer los beneficios empresariales. Solo quiere hacer crecer las ya abultadas carteras de los ricos. Solo quiere hacer crecer el número de pobres. ¿No os dais cuenta, pobres de Italia? ¡El mismo nombre lo dice! ¡No os dejéis engañar! El nombre de su partido no es LyC, sino PDR, el Partido de los Ricos. ¡No os dejéis engañar!

—¿Cómo es posible que un pobre vote al partido de los ricos? ¡No os dejéis engañar, pobres de Italia! No os creáis que quieren hacer crecer vuestros salarios o vuestros empleos. ¡No os dejéis engañar! ¿Acaso no os dais cuenta? ¡Los ricos solo son ricos porque han saqueado a los pobres! ¿De dónde creéis que sale su riqueza? Pues del expolio sistemático de los pobres. Del expolio sistemático al que someten a los obreros en las fábricas. Del expolio sistemático a manos llenas al que someten a las arcas del Estado en cuanto llegan al poder. Los corruptos del PDR no hacen más que desviar los impuestos que pagamos todos los italianos para nutrir las cuentas corrientes de sus aliados empresariales, que no solo no invierten el dinero de todos en beneficio de los trabajadores, sino que se lo quedan en su integridad en las abultadas cuentas… ¡que mantienen en paraísos fiscales de todo el mundo!

—Pero eso se va a acabar, pobres de Italia. ¡Se va a acabar! El dinero que se genera en Italia se queda en Italia. Se queda en Italia para compensar a todos los pobres a los que han expoliado. A todos los pobres a los que han robado. A todos los pobres a los que han chupado la sangre con la que se alimentan y con la que viven en amplias mansiones, mientras que los pobres vivimos en chamizos insalubres apiñados en habitaciones de cuatro metros cuadrados. ¡No hay derecho, pobres de Italia! ¡No hay derecho! No hay derecho a que existan propietarios de casas vacías mientras millones de italianos viven en la calle. ¡No hay derecho! No hay derecho a que los opresores disfruten de grandes mansiones compradas con el dinero robado a los pobres, mientras que esos mismos pobres son desahuciados de las viviendas que han comprado con el trabajo aportado para que los ricos sean ricos.

—Yo os prometo, pobres de Italia, que si el PDP gana las elecciones, prohibiremos el desahucio por motivos económicos. Prohibiremos la existencia de casas vacías, y las expropiaremos para que las habiten los pobres. Eso haremos, pobres de Italia. ¡Eso haremos! Y solo lo dejaremos de hacer si los opresores las convierten en alquileres o

ventas asequibles para los más necesitados. ¡Eso haremos! Porque no hay derecho, pobres de Italia, a que la gente viva de esa manera. ¡No hay derecho!

—Libertad y Crecimiento se llama el partido de nuestros opresores… Libertad, ¿para qué? Yo os lo diré, pobres de Italia. Libertad para que ellos puedan arrollaros. Libertad para que ellos puedan imponeros sus leyes patronales que os esclavizan y que os hacen trabajar por una miseria, mientras ellos llenan sus bolsillos con las rentas de vuestros sudores. Libertad para conculcar los derechos que nuestros antepasados han conseguido para los trabajadores y ¡que les han costado en muchos casos el derramamiento de su sangre! ¡Libertad para exprimiros y vaciaros de lo que legítimamente os corresponde!

—Pero eso se va a acabar pobres de Italia. ¡Se va a acabar! Si el PDP llega al poder — y estamos convencidos de que así será—, pondremos coto a todos esos excesos. Pondremos coto a su desenfrenada pasión por el dinero. Pondremos coto a su avaricia y a su soberbia, que nos está costando la vida y el pan de nuestros hijos. Y pondremos coto a la libertad que ellos quieren tener para seguir ejerciendo su tiranía. Una libertad que perderán todos esos corruptos para que paguen con la cárcel todas y cada una de sus iniquidades.

—Daremos el estatus de refugiado a todas las personas que lo soliciten. Todos esos inmigrantes que cruzan el estrecho de Mesina, que son refugiados económicos, han pasado un infierno y no podemos, pobres de Italia, no debemos dejarles tirados. Son hermanos nuestros, ¡llevan nuestra sangre! La misma sangre obrera que tenemos todos los que luchamos por la libertad. ¿Qué tipo de sociedad seríamos si hacemos una cosa tan deleznable? ¿Si les dejamos abandonados a su suerte en esas tierras donde les esclavizan? ¡Donde se mueren de hambre como nosotros, pobres de Italia! ¿Cómo podemos estar expulsando a los que llegan a ayudarnos a repoblar el país, mientras mantenemos a los que quieren desplumarnos? No es coherente, amigos italianos. ¡No es coherente!

—Los egoístas del PDR dicen de forma hipócrita: *¿pero no sería mejor ayudarles en sus países?* Y yo les contesto, desde esta tribuna: ¡de ninguna manera! Se ha demostrado una y otra vez, pobres de Italia, se ha demostrado que la realidad es tozuda, y que esas ayudas solo sirven para llenar las arcas de los oligarcas corruptos que los gobiernan. Ya alimentamos bastante a los ricos de aquí, ¡y no estamos dispuestos a alimentar a los opresores extranjeros!

—Como líder del PDP, yo propongo dar un salario a las amas de casa, a las mujeres víctimas de la opresión machista, a las jóvenes víctimas de actos bárbaros que comenten los opresores que dominan su hogar.

El hogar de las italianas no debe ser mancillado por los bárbaros machos que no quieren sino esclavizar a las mujeres. Desalojaremos del Vaticano a esos gordos sebosos que dicen defender a los pobres mientras ellos viven en un palacio lleno de oro y obras de arte. ¡No hay derecho! No hay derecho a que esos infames abusen de nuestros hijos en los colegios y cometan toda case de tropelías sobre aquellos a los que dicen defender. ¡No hay derecho, pobres de Italia! ¡No hay derecho!

Paolo jaleó a la masa de jóvenes que lo contemplaban en aquel estadio de baloncesto, mientras que las cadenas y medios de información de Proseismedia filmaban y retransmitían el mitin a todos los rincones del país. Después, los robots cortaron las secuencias y las escenas más expresivas y las diseminaron por las redes sociales acompañadas de todo tipo de comentarios fabricados por ellos mismos. La campaña estaba en su punto álgido, y todo hacía presagiar una gran victoria del nuevo partido que esperaba salvar al país de la desgracia en la que vivía.

Mientras bajaba del estrado, el líder indiscutible de aquel movimiento miró hacia abajo, buscando a uno de sus más estrechos colaboradores: el hombre que tenía la misión de auparle a lo más alto de la política del país. Se encontraba cerca, aplaudiendo como el que más, y hacia él se dirigió, sin dejar de sonreír a todos aquellos con quienes se cruzaba.

Salvamento

—De verdad, Eddy, no entiendo cómo habiendo tantas almas necesitadas, no elige más gente el destino de Salvamento.

—Es un destino muy vocacional, Mel. En la oficina de Destinos siempre procuran que haya alguien dentro de las siete generaciones de cada una de las personas que siguen en el Mundo, aunque no siempre lo consiguen. Menos mal que tú me vas a dar el relevo, pues de nuestra familia solo estamos tú y yo. Salvamento es un destino duro y muy difícil, y por eso somos pocos. La gente suele escoger destinos más atractivos. Tú no has vivido en el Mundo, pero cuando yo habitaba por allí, a nosotros se nos decía que lo que la gente hacía en el Cielo era alabar a Dios por los siglos de los siglos. Y mucha gente al llegar lo que quiere es olvidarse definitivamente de los problemas de la Tierra y alabar a Dios en su excelsitud, y contemplarle en su bondad. Es en lo que se extasían los ángeles y los santos de toda índole que han bregado tanto en la tierra y ahora quieren el consuelo de fundirse con Dios en el océano de su amor.

—Claro, Eddy, si eso yo lo entiendo, y tanto tú como yo participamos de ese éxtasis, pero yo pienso que no hay una mejor forma de alabar al Señor que servirle procurando salvar al mayor número de personas posibles. ¿Qué mejor forma de hacerlo que ayudarle a salvar a aquellos por quienes dio su vida?

—Yo también lo entiendo así, Mel, y por eso también elegí Salvamento como destino. Pero no por eso hay que menospreciar la elección de otras personas. Dios también se complace de esa manera, pues en su amor se deleita en proporcionar ese bien a los bienaventurados. Mira tus padres, por ejemplo. ¡Cómo se aman! Se quisieron mucho en el Mundo, y ahora continúan queriéndose. De verdad, Melanie, no ha habido una mujer en la Tierra que haya querido tanto a un hombre como tu madre quiso a tu padre. Él tardó en comprenderlo y en quererla, pero cuando lo hizo, el amor que sentía ella por él se igualó al que sentía él por ella. ¿No es acaso algo bueno y digno de que exista, también en el Cielo? Matrimonio es el destino que han elegido los dos, y en el que Dios se complace.

—Es que yo sufro tanto, Eddy, viendo a tantas almas que se condenan sin que nadie pueda hacer nada para impedirlo… ¡Somos tan pocos en nuestra División!

—Aunque fuéramos muchos más, Mel, tampoco podríamos salvarlos a todos. Los hombres y las mujeres son malvados y egoístas, y el Dios

del amor abomina el egoísmo. Quien es su propio dios está contra el primer mandamiento, y eso es intolerable. Sin embargo, los que no conocen a Dios, pero sirven a los demás, esos tienen una oportunidad. Nuestra misión es conseguir que abran los ojos antes de morir. Todos los abren al morir, pero ya es demasiado tarde y el remordimiento es tan grande que ellos mismos se encierran en el Infierno, donde permanecen en completa soledad. En la Tierra no habían tenido otro dios que ellos mismos, y en el más allá se quedan con quien habían adorado en vida, es decir, con ellos mismos. Quien en la Tierra tuvo como dios a Dios, en la Eternidad lo reciben a Él. Es así de sencillo.

—Sí, ya veo.

—Tenemos que estar vigilantes, Melanie, y hacer todo lo posible para que las personas, y sobre todo las personas de nuestra sangre, que son sobre las que tenemos más influencia, no deseen el mal. Si alguna persona desea el mal a otra, se desatan fuerzas malignas que pueden oírlo, y se hacen presentes con el objeto de hacerse con la persona que lo dice. Esos demonios infligen el mal al hombre o a la mujer a quien se desea el mal, y engañan a la que lo ordena pensando que tiene poderes. De ahí vienen los brujos y las brujas, que han recibido esa facultad de los demonios, pero a un alto precio. Al precio de cobrarse su alma para toda la eternidad. Y ahí tenéis que estar muy pendientes los santos de nivel 1, como tú. Para impedir que esos demonios aparezcan y cuando lo hagan, para expulsarlos inmediatamente al Infierno, como hiciste con Odiel.

—Es curiosa la predilección que tienen con los bautizados, Eddy. Van a por los bautizados mucho más que a por los otros.

—Claro, porque no hay nada que complazca más al Maligno que cobrarse las víctimas que Él ha salvado. Pero también acosan a los no bautizados, a los ateos, e incluso a los perversos, aunque en menor medida, desde luego.

—¿Y por qué es eso, Eddy?

—Pues muy sencillo, Melanie. A esos ya los tiene consigo. Los van a tener toda la eternidad en el Infierno, donde los verán sufrir y estarán a su disposición para siempre. Pero a los bautizados, a los santos y a los que pueden hacerse perder, a esos solo los tendrán durante el pequeño paréntesis que dura la vida en el Mundo, y si no lo hacen en ese momento, ya no lo podrán hacer jamás.

—Claro. ¿Sabías que hay una sección en nuestra División que se dedica en exclusiva a salvar a las mujeres que abortan?

—Sí que lo sé, Mel, y hacen una labor muy importante. Están al lado de las mujeres en todo momento y las hacen ver continuamente la

maldad del acto que pretenden hacer. Esa es la fuente de sus remordimientos y la verdad es que consiguen muchos logros. Sobre todo, en las clínicas donde se practican esos horrendos actos. Allí consiguen que muchas mujeres se den la vuelta y se abstengan de practicar esa monstruosidad. Un horrendo crimen con agravante de parentesco, ya lo sabes, y que abre la puerta de par en par a las influencias diabólicas.

—Yo no pude impedir eso, Edelberg… ¡no pude impedirlo! ¡Mi prima abortó y no pude impedirlo!

Estadísticas

—¿Qué te ha parecido, Plinio?

—¡Fantástico, Paolo! ¡Fantástico! —exclamó el viejo, quien seguía a su jefe dando pequeños saltitos mientras se abrían paso entre la multitud. El segundo mitin había terminado y el orador se reencontraba con su subordinado.

—¡Cuéntame! ¡Cuéntame los datos de la audiencia! —ordenó el líder, sin dirigirle la mirada, mientras saludaba a los fanáticos que lo rodeaban y que intentaban tocarle por todos los medios.

—Pues verás, las clases acomodadas conectaron desde el principio, pero a los cinco minutos se habían marchado un cincuenta por ciento. Del cincuenta por ciento restante, la mitad aguantó hasta que hablaste de los desahucios. Hacia el final del discurso, solo quedaban en línea un diez por ciento —exclamó el viejo, intentando hacerse oír entre el griterío.

—¿Y de los pobres? ¿Cuáles son los números?

—Aquí las cosas han ido al revés. Pocas conexiones al principio, que se fueron incrementando según avanzaba el discurso. Un setenta y cinco por ciento de la audiencia estaba enganchada hacia la mitad, y luego hubo un pequeño decrecimiento en torno a los diez minutos antes de terminar.

—Tienes que averiguar la razón de eso, Plinio —ordenó, sin dejar de sonreír a todos aquellos con quienes se cruzaba—. Quiero a tu gente que se mueva. ¡Ya! Manda a todos los que puedas a los barrios populares y que pregunten por todo eso.

—¡A la orden, jefe!

—Y, ¿respecto al ámbito geográfico?

—Conservamos posiciones. El sur es nuestro: Nápoles, Sicilia, Cerdeña… ahí arrasamos. Luego, según vamos ascendiendo, perdemos algo de influencia hasta llegar a la capital. Roma sigue siendo de Cassini y Milán está… así, así. Pero son solo pequeños reductos.

—Quiero que diseñes un plan para mejorar eso, viejo. Y quiero también conocer una segmentación por género y por edades de intención de voto, y respecto a este mitin. Y distribuido a lo largo de toda la intervención. No te olvides de esto, amigo.

—Del género femenino, ni te preocupes, jefe. Ahí ya sabes que tienes asegurado el cien por cien de los votos.

—Exageras, viejo truhan. Me adulas demasiado… te voy a tener que cambiar por Mario.

—A ese aguafiestas ni me lo nombres. Y menos ahora. ¡Todo se tiñe de nuestro color! Si se celebraran las elecciones mañana, ¡te aseguro que ganarías por mayoría absoluta!

No siempre ganamos

—Hicimos lo que pudimos, Mel. Ella se decidió cuando vio aquel muñeco, ¿recuerdas?

—Sí, el dichoso gato chino… ¡Menudo gato de la suerte! Pero lo siguió dudando, Eddy. Gracias a nosotras lo dudó varias veces, y yo creo que, si Janet le hubiera dicho que no lo hiciera, al final hubiera tenido aquel bebé. Esa mujer tenía mucha influencia sobre ella…

—Es posible, Melanie, aunque yo creo que ella lo que buscaba era que alguien le apoyara en su decisión. Una decisión que ya tenía tomada, creo yo. No quería ser la única responsable, de alguna manera.

—Yo creo que no, Eddy. Yo creo que ella no lo tenía nada claro. Pero no encontramos a nadie que la convenciera de lo contrario… Fíjate en lo de Silvia, la cantante del grupo de su hermano. ¡Vaya ejemplo le dio esa mujer! Lástima que hubiera sido después de que ella lo hiciera…

—Los hombres siempre tienen la última palabra, Mel.

—¿Los hombres?

—Me refiero, a los hombres y a las mujeres.

—¡Ah, claro!

—Pero no te lamentes por eso. Tú hiciste lo que pudiste para evitarlo. Pero Rose era soberana sobre su voluntad y esta prevaleció. Todo por no perder una carrera profesional, que acabó perdiendo de todos modos.

—Eso es verdad.

—Pero el bien siempre triunfa sobre el mal, como pudiste ver. Ahora ella está salvada y su hija está también entre nosotros. Dios siempre triunfa, si ponemos el empeño suficiente. Nos tenemos que lamentar, eso sí, de todo el bien que podría haber hecho esa criatura en el Mundo, y que no pudo hacer. Pero Él no puede interferir sobre la voluntad de las personas. En eso son soberanas, ya lo sabes, y muchas se condenan por voluntad propia».

—¡Qué triste, Eddy!

—Yo también tengo muchos fracasos en mi vida, Melanie. Esto que te ha pasado a ti me ha pasado a mí también. Tú todavía no habías sido concebida, hijita, pues ocurrió cincuenta años antes de que tus padres se casaran. Fue con una tataranieta mía, que era española. Se llamaba

Matilde. Bueno, se llama, porque todavía está en el Mundo. En su país, en aquella época estaba prohibido el aborto, y las chicas que querían poner en práctica ese horrible crimen se tenían que marchar a Londres, la ciudad donde vivían tus padres y donde viven todavía tus abuelos. Y como suele ocurrir en muchos casos, y como le ocurrió a tu prima, se arrepintió casi en el acto de haberlo hecho».

—Lógicamente.

—Pero Dios no da puntadas sin hilo, y si consintió aquel crimen, fue para sacar mucho fruto, pues ella no se quedó de brazos cruzados llorando sin más. Cuando en España se autorizó el aborto, se dedicó a avisar a las chicas en la puerta de las clínicas. Repartía octavillas con fotos de los niños asesinados, y con testimonios reales de muchas víctimas, que dieron mucho fruto. Pero el Enemigo se las ingenió para que fracasara todo aquello, pues los gerentes de las clínicas la denunciaron y tuvo que dejarlo. Aun así, ella no cesó en su empeño y promovió una Fundación para que, si las chicas no querían tener a sus bebés, que al menos no los mataran y los pudieran dar en adopción al nacer. Y también ahí consiguió muchos frutos, incluso en las propias puertas de los lugares que le habían denunciado.

—Es muy bonito, Eddy. Me pregunto qué le estará reservado a mi prima, para compensar todo ese mal que ha hecho.

—El mal ya lo ha pagado, Melanie. Sufrir la opresión de un demonio es bastante castigo, ¿no te parece?

—No me refiero a eso, Eddy. Me refiero al «fruto». Igual que esa chica española dio muchos frutos, según tus palabras, ¿tú crees que es posible que Rose también consiga de alguna manera compensar aquel error?

—¡Ah! Eso seguro, Melanie. Ella está inflamada de amor a Dios, y solo Él sabe las grandes proezas que le tiene reservadas… Pero eso a mí no me compensa de los fracasos, hija. Yo he conseguido salvar a mucha gente en los cerca de trescientos años que llevo de existencia, pero lo cierto es que no siempre ganamos.

—¿No siempre, Eddy?

—No siempre ganamos, Mel, y yo tengo un fracaso a mis espaldas que me hace estremecerme cada vez que lo pienso. Verás, te lo voy a contar. Uno de mis cientos de trastataranietos se casó con una mujer que sufrió cáncer de mama. Una situación de las más traumáticas de la vida, hija. A la pobre le tuvieron que quitar un pecho y parte del otro y se quedó muy afectada. Tú no sabes lo que es eso para una mujer, pero es una parte muy importante de su ser, y en un momento como ese se necesita más que nunca al marido. Se necesita verse amada y

deseada como mujer, y eso fue lo que este no hizo. Por el contrario, él ni la tocaba porque había perdido su interés al verse privada de su atractivo, y finalmente la abandonó y se fue con otra.

—¡Qué cosa más triste, Eddy! ¿Cómo pudo ese hombre hacer una cosa semejante?

—Es el mal, hijita. El mal que le dominaba… Yo hice todo lo que pude para despertar su deseo, pero fue en vano. Además, ese matrimonio no había tenido hijos por aquella estúpida decisión de posponer la maternidad. «Queremos vivir la vida», se decía entonces. Como si tener hijos no fuera vivir la vida… ¡Es la manera más auténtica de vivirla! La pobre muchacha, sin tener en quien apoyarse y llena de desesperación, finalmente se suicidó arrojándose contra unas piedras, y el marido siguió viviendo su adulterio como si nada.

—¡Oh Edelberg! Siento ganas de llorar…

—Yo también he llorado mucho, hijita. Sobre todo, por lo que pasó después: a los pocos años, a él también le entró cáncer y murió. En cuanto la luz sobrenatural de Dios iluminó su conciencia, se puso en el lugar de su mujer y revivió uno por uno todos los pasos que la llevaron al suicidio. Sufrió como en carne propia la angustia y el horror de verse abandonada por él, y la desesperación tan grande que la llevó a cometer aquella atrocidad. Ahí fue cuando comprendió su gran pecado, y como no podía ser de otra manera, se arrojó de inmediato al Infierno lleno de dolor y de remordimientos.

—Es horrible, Eddy… ¡Horrible!

—Fue un gran fracaso para mí, Mel, y cada vez que lo recuerdo siento un estremecimiento que me devora.

—El mismo estremecimiento que yo he sentido, y que todavía estoy sintiendo.

—Es el mal lo que nos estremece, Melanie. Participamos del amor de Dios, y sufrimos igual que sufre Él… Aunque afortunadamente tengo también muchos éxitos a mis espaldas y eso me consuela. Como por ejemplo el caso de una tataranieta que se enemistó con una tía porque no le dio *el pésame* ni asistió al tanatorio cuando su padre murió. Pero la mujer no lo pudo hacer porque el hombre había muerto de una enfermedad contagiosa y ella tuvo miedo. Un miedo que no tuvieron otros familiares con los que la sobrina la comparaba y por eso la dejó de hablar, a pesar de que la mujer sí que le había dado sus condolencias por teléfono.

—¿Qué es un teléfono, Eddy?

—Es un aparato que sirve para que los que están en el Mundo puedan

hablar a distancias donde no les llega la voz.

—¿Como un amplificador?

—Bueno, no exactamente. Pueden hablar a distancia, pero solo se oyen entre ellos, sin que les oiga nadie que esté entre medias.

—No lo entiendo muy bien, la verdad.

—Pero hijita, ¿acaso no viste a tu prima Rose alguna vez hablar por teléfono?

—Pues no sé… no me debí de fijar… estaba pendiente de otras cosas, Eddy.

—Bueno, pues es lo que te digo, es un aparato que sirve para que los que están en el Mundo hablen entre ellos, de forma parecida a como nosotros hablamos aquí entre nosotros. En el Cielo no existen las distancias, pero allí sí, y por eso necesitan esas máquinas. Si no, no podrían comunicarse más allá de donde les llega la voz.

—Sí, ya veo. Ahora que lo dices, sí que recuerdo haber visto a gente hablando con otras personas que no estaban presentes. Pero yo pensaba que lo hacían a través de la mente, como nosotros.

—Bueno, no exactamente. Lo hacen a través de ese aparato, el teléfono. Pero, Mel, no te pierdas ahora con eso. Déjame que te siga contando lo de esta mujer.

—Vale, perdona. Ya no recuerdo por dónde estábamos.

—Estábamos hablando de que mi tataranieta se enemistó con una tía porque no asistió al tanatorio cuando se murió su padre.

—¡Ah, sí! Ya estoy.

—Sabes lo que es un tanatorio, ¿verdad?

—Sí, eso sí lo sé.

—Bueno, pues eso fue un pecado grave, Melanie, con agravante de parentesco como puedes comprender, y que sumado a otros que ella también tenía le hubieran supuesto una condena casi segura. Porque el rencor es un pecado grave. Si tú no perdonas, difícilmente te perdonarán a ti. De hecho, esas cuestiones son las que nos hacen en Salvamento tener más trabajo».

—El rencor…

—Eso es. En el caso de esta tía y esta sobrina que te refería, me las ingenié para ablandar el corazón de la sobrina, y como casi siempre, es con dolor. Entonces fue ella quien enfermó y la tía quien la asistió, y eso hizo que la perdonara.

—Oh, Eddy, ¿por qué son las personas tan malas? ¿Por qué todo lo tienen que aprender a base de dolor, cuando podrían evitarlo si comprendieran el Amor?

—Así es la naturaleza humana, hijita. Vivimos en un mundo caído y como hijos de Adán, las pasiones nos dominan. Todo lo que nos pasa es culpa nuestra y no de Dios, como el Maligno nos quiere hacer ver en tantas ocasiones. Porque es lo que tú dices, Melanie. Si elegimos el amor antes que el odio, las cosas se enderezan y los nudos se aflojan. ¿Te he contado alguna vez lo que le pasó a tu abuela Gertrude con su vecina?

—No me suena.

—Pues verás, cuando tú tío Adam era pequeño, antes de que naciera tu madre, tus abuelos no tenían una buena solvencia económica, y se vieron obligados a alquilar el piso de arriba de su casa. Se lo alquilaron a una mujer, digamos, un poco ruidosa, que además no pagaba con puntualidad la renta, y a veces les debía varias mensualidades. Tu abuelo Carl no lo llevaba tan mal, pero a Gertrude le molestaba mucho esa mujer. Sobre todo, cuando no le dejaba dormir por las noches con los ruidos que hacía. Ruidos que por otra parte eran motivados por una enfermedad que tenía la mujer y que le obligaba a levantarse de la cama con frecuencia.

—¿Qué enfermedad era esa?

—De los nervios, creo. Pero el caso es que tu abuela no lo sabía y como además dormía mal por el llanto de tu tío, que todavía era un bebé, pues ella comenzó a sentir manía con la inquilina, y la comenzó a odiar, determinando rescindirle el contrato en cuanto que pudiera. Y el caso es que ese odio la consumía, y con solo verla entrar ya anticipaba otra noche de insomnio, como así era. Bueno, pues ¿sabes cómo se arregló el asunto?

—Cuando la dejó de odiar. ¿A que sí?

—Efectivamente, Melanie. Cuando habló con ella comprendió que la mujer estaba enferma precisamente por la mala situación económica en la que también vivía, y que tampoco le dejaba dormir a ella. Y entonces tu abuela lo comprendió y le perdonó las mensualidades que le debía, y además rezó por ella. Rezó, no como antes lo hacía para pedir que el Señor se la llevara de su casa, sino al contrario, rezó por su salud y porque se solucionaran los problemas. Y desde ese momento no solo comenzó a dormir mejor, sino que los problemas económicos de la inquilina se solucionaron y finalmente se marchó de su casa y alquiló otra que no tenía que compartir. Además, a tu abuelo Carl le ascendieron en el trabajo, y ya no necesitaron alquilar el piso

de arriba. De esa manera, lo tuvieron disponible para tu tío, y también para tu madre cuando nació.

—Todo se arregló para todas las partes.

—Así es. ¿Te das cuenta, Melanie, cómo el amor es siempre mejor que el odio, se mire por donde se mire?

La conquista del corazón

—El asunto de la inmigración es un arma de doble filo, Paolo. La gente suele ser solidaria y susceptible al sufrimiento ajeno, pero también se sienten amenazados por la inseguridad que generan los extranjeros que deambulan por las calles en busca de trabajo y de comida.

El líder del PDP se encontraba reunido en su despacho de la sede del partido con Mario Sacche, que ya había terminado su máster en ciencias políticas. Paolo le apreciaba mucho, y le consideraba casi como su mano derecha. Además de su inteligencia y de su talento, también destacaba por su buen juicio, y como contrapeso a Plinio, que, aunque también era imprescindible, pecaba de demasiado optimismo en todas sus aspiraciones.

—Coincido en eso contigo, Mario, sé que me la juego cuando menciono esos temas, pero me inclino a pensar que trae más beneficios que perjuicios. Plinio ya está trabajando en esos números, y estoy ansioso por conocerlos. Pero te reitero que creo que es mejor así.

—Ya, pero…

—A la gente se la conquista con el corazón, Mario. No te creas que muchos votan al PDP porque creen que es lo mejor que les puede pasar. Muchos votan porque tienen un sentimiento de pertenencia, de configurarse dentro de una determinada clase social, y sus principios les impiden votar al LYC, aunque su cerebro les diga que es lo mejor.

—Hasta que les tocas la cartera, Paolo, entonces las cosas cambian.

—Depende de cómo se lo vendas. ¿No te enseñaron en el máster nada sobre el principio de orquestación? Te lo recuerdo. Se trata de que las ideas que se quieren transmitir a la masa han de repetirse de forma continuada, usando distintos prismas y ángulos, pero insistiendo en el mismo concepto. Es importante que todo se reduzca a lo más básico posible, de forma que sea casi imposible que se perciba un atisbo de duda o contrariedad en el contenido de lo que se transmite. Esta estrategia es básica, Mario, puesto que aumenta las ocasiones en que el mensaje está disponible, lo que incrementa el grado de credibilidad que las personas le atribuyen y su disponibilidad en la conciencia individual. Esto es, lo esencial sería la reiteración del discurso hasta la extenuación misma.

—Claro, para eso están los robots. Entre los nuestros y los de Proseismedia, estamos llevando a cabo esa estrategia con total intensidad.

—¿Hasta qué punto están comprometidos los robots de Proseismedia, Mario? Me preocupa que no estén poniendo toda la carne en el asador.

—No lo sé, Paolo, y eso es algo que me irrita. Cuando yo estaba allí, Charly no hacía otra cosa más que machacar a Cassini. Y también hacía algo parecido Lummy, el robot de mi mujer. Pero los demás robots no se dedicaban por entero a nuestra causa.

—Hablando de tu mujer, ¿qué tal le va a Julia?

—Pues parece que Enrico, nuestro segundo hijo, está comenzando a dormir mejor.

—¿Cuántos meses tiene ya?

—Seis meses cumplió ayer. Ya casi aguanta la noche de un tirón, y eso hace que Julia esté de nuevo sirviendo noticias en algunas plataformas. Como *freelance*, ya me entiendes.

—Te he dicho muchas veces que no tiene por qué trabajar si no quiere. Si es por el dinero…

—No es por el dinero, Paolo. Pero ella es periodista vocacional, no como yo, aunque antes pensaba que sí, y por tanto le gusta el mundo de las noticias. Algunas plataformas pequeñas la conocieron en su etapa en Proseismedia, y le hacen algunos encargos. Encargos que ella atiende con mucho gusto. Le gusta ser presentadora, ya lo sabes.

—Si es por eso, me parece bien. Pero no quiero que tengáis necesidad, Mario. Yo tampoco tengo dinero, pero ya sabes de dónde lo puedo conseguir.

—Muchas gracias, de verdad. Nunca podré pagarte lo que hiciste por nosotros.

—Nada que agradecer, amigo. Y, por cierto, ¿qué tal sigue tu suegro?

—¿Pietro? Está mejor. Ya ha abandonado las pastillas, y desde que encontró ese empleo de electricista ha recuperado las ganas de vivir, quizás por la sensación de sentirse útil. Otra cosa que te tengo que agradecer también a ti.

—Es que mantener la cabeza ocupada es vital en ese tipo de situaciones. Lo malo es que no pude conseguir otra cosa que no fuera eso. ¿Puede su familia vivir con ese sueldo, o les tenéis que seguir ayudando?

—Les tenemos que seguir ayudando, Paolo. Mi cuñado está ya en la universidad, tienen algunos gastos que cubrir… y no les llega.

—Bueno, pues eso déjalo de mi cuenta. Se me está ocurriendo algo que les va a poder ayudar. Esta noche tengo que ir a ver a Claudia y le

voy a exigir que ponga más empeño con los robots.

—Gracias Paolo. Respecto a eso, es lo que te digo, no tengo todas conmigo de que estén utilizando todo lo que tienen para nuestros objetivos. Julia está en contacto de vez en cuando con algunas chicas de nuestra promoción, las que son ahora redactoras, y le dicen que hacen cometidos variados. Nada exclusivo para nosotros. Además, como tienen sueldos tan bajos, pues están desmotivadas, y con los becarios pasa lo mismo. Hacen lo que pueden.

—Bueno, pues es lo que te digo, eso se va a acabar. Me va a oír Claudia, cuando vaya esta noche a su casa.

—Ten cuidado con esa mujer, Paolo. Es muy peligrosa.

—Descuida, amigo, esa fiera come de mi mano, y además come lo que yo le dé. Déjalo de mi cuenta.

Mario miró a su jefe con cara de incredulidad, y se preguntó qué armas utilizaría él para amansar a aquella fiera, la dueña de Proseismedia. Entonces Paolo cambió de tema, y siguió perfilando la estrategia de propaganda:

—Pues lo que te decía, la cuestión de los sentimientos es muy importante. Y si a eso le sumamos la cuestión de las formas —siguió —, tenemos garantizado que el mensaje cale hasta donde queremos que lo haga. Porque las formas son muy importantes, Mario, y sobre todo el ritmo con el que se transmite la información. El propósito sería generar tantas acusaciones al contrario, que no dispusiera de margen temporal suficiente para excusarse o demostrar su falsedad, pues en el momento en que intentara liberarse de todo su lastre, el discurrir del tiempo le habría relegado a una situación de irrelevancia, o el público ya no tendría interés en lo que tuviera que decir, puesto que ya habría una "noticia" nueva en la que regodearse. En definitiva, el propósito es abrumar al rival y sobresaturar al pueblo, para despertar sus sentimientos viscerales, que como te digo es lo que importa.

—No estoy de acuerdo, Paolo, y permíteme que te lo diga con total sinceridad. Comprendo y apoyo el discurso efectista, pues es imprescindible para tener una mínima relevancia. Pero necesitamos hechos, y no palabras. Son los hechos los que mueven el voto al final, y no las palabras, por muy bonitas que sean.

—Los hechos nos avalan, Mario. ¿No te parece un hecho relevante, más que relevante, diría yo, haber conseguido instaurar por fin el Ingreso Mínimo Personal? ¿Acaso no crees que con ese «hecho», como tú dices, no hemos movido el voto de millones de personas?

—Sí, desde luego, eso es muy importante, pero debemos continuar en

esa línea.

—Eso es lo que haremos cuando lleguemos al poder. Continuar en esa línea. Los discursos bonitos pasarán a los hechos, y los hechos nos respaldarán una y otra vez. Compraremos los votos con dinero, Mario, con el dinero que se entregará a la gente que lo necesita, y entonces tendremos garantizado su voto a perpetuidad. Italia ya no es el país rico que conocieron nuestros padres. Ya no tenemos industrias y la exportación de productos agrícolas se ha reducido significativamente por la competencia de los países del norte de África. Eso ha originado una caterva de pobres que nos necesitan. Y nos necesitan más que nunca para que les entreguemos el dinero con el que puedan comer. Y ese dinero hará que no nos dejen de votar… nunca.

Santos de primer nivel

—Eddy, si los niños abortados se convierten en santos del nivel 1, ¿por qué Dios no lo aprueba? ¿No es una cosa buena?

—No, hijita, eso es una barbaridad. Dios ha prohibido a los hombres matar. Es el quinto mandamiento, ¿recuerdas? El fin nunca justifica los medios. No se puede hacer un mal para obtener un bien. Es decir, no se puede consentir que una madre se condene para lograr con eso que su hijo abortado se convierta en un santo. ¡Eso no puede ser! Lo que ocurre es que Dios quiere compensar a esos niños que no han tenido la oportunidad de santificarse ni de hacer el bien en la Tierra, y les concede el máximo grado de santidad, como si hubieran tenido esa ocasión.

—¿Y por qué Dios no les concede un grado más intermedio? ¿No sería lo justo?

—¿Por qué iba a ser eso lo justo?

—Pues porque de haber vivido en el Mundo, podrían haber pasado muchas cosas. Algunos se hubieran salvado, otros se hubieran condenado… cada uno en diferente grado. Y por eso, si en la Vida se les otorga un grado, digamos, intermedio, pues entonces se estaría haciendo justicia, ¿no te parece?

—No, Mel, no me parece. Tú confundes la media aritmética o la probabilidad con los deseos de Dios.

—¿La media aritmética?

—Sí, hija, ¿no te lo explicaron en Enseñanza? Bueno, la media aritmética o la probabilidad de que ocurra algo es una forma de estadística. Por ejemplo, si una persona tiene treinta años y otra tiene diez, la media de la edad que tienen es veinte años. ¿Lo entiendes?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, pues eso es lo que te decía de la «justicia» que tú llamas. Claro, de haber vivido en la Tierra, hubiera pasado eso que tú dices. Es decir, algunos se salvarían y otros se condenarían, y por tanto el grado intermedio es lo que tú pareces indicar. Pero Dios no funciona así. Dios no asigna a las almas un valor numérico basándose en las estadísticas. Dios es amor puro y amor verdadero, y siempre quiere el mayor bien para las almas. Y el mayor bien para un alma que no ha tenido la oportunidad de mostrar lo que vale, es la salvación eterna. No puede ser de otra manera, ¿no te das cuenta?

—Bueno, sí, pero…

—Además, hay otra razón más obvia —siguió Edelberg—. Un alma que no ha nacido o que ha muerto sin llegar a la edad de la razón, está pura. No ha cometido ni un solo pecado mortal, ni siquiera venial. ¿Acaso no es eso más grande que un santo canonizado? Hasta los más grandes santos que han pisado la tierra han pecado, aunque solo hubiera sido de forma venial. Si un santo canonizado o un mártir que ha muerto por la Fe, es un santo de nivel 1, ¿cómo no lo va a ser un alma como tú?

—Sí, si eso siempre lo he tenido claro, Eddy, la pregunta iba por el asunto de la madre. Me parecía raro que, a pesar de ser una cosa tan buena, pues eso que te digo, no tenga ella algún tipo de beneficio por haber pasado eso.

—El quinto mandamiento, Mel, es el quinto mandamiento. Recuerda: «no matarás…». Además, hay otra razón muy poderosa. Si todo se quedara en algo entre la madre y el hijo, como tú crees, podría ser eso que dices, que no habría perjuicio. Es decir, el alma del hijo asesinado se convierte en un santo de nivel 1, y luego la madre se arrepiente de lo que ha hecho, y también se salva. Pero aquí hay dos vertientes que hay que considerar. En primer lugar, como te he dicho, la madre. Porque muchas de esas madres que abortan, no se arrepienten de lo que han hecho y mueren con ese grave pecado. Y eso las condena automáticamente al Infierno, al que se arrojan ellas mismas al contemplar, con la luz sobrenatural que reciben tras la muerte, la inmensa monstruosidad que han hecho. Pero hay otra segunda vertiente muy importante y que no conviene olvidar.

—¿Cuál es?

—Pues verás, la razón por la que Dios creó al hombre y al Mundo es para amar y servirle a Él en la inmensidad de su gloria. Y ese es el fin último al que tiende el alma humana. Es el sumo bien y la primera de las finalidades, fuera de la cual el alma es infeliz durante toda la eternidad. Y esa «servidumbre» se manifiesta de muchas maneras en los múltiples Destinos a los que pueden optar los bienaventurados y que tú bien conoces. Por ejemplo, tus padres, en su destino de Matrimonio. ¡Qué felices son! ¡Cómo se aman, y aman a Dios!

—Sí, eso ya lo sé.

—Pero, ¿qué pasaría si a ellos nadie les hubiera hablado de Dios? ¿Qué pasaría si sus padres, es decir, a tus abuelos nadie les hubiera dicho que existen unos Mandamientos que hay que cumplir? Confiar en la tendencia natural del ser humano para hacer el bien es confiar en algo que puede suceder o que no puede suceder, como demuestra

la barbarie en la que vivían las personas antes de la llegada de Cristo al Mundo. La palabra de Dios ha inflamado en el amor a millones de corazones de todas las épocas, que se han salvado al haberla escuchado, y al haberse arrepentido de sus pecados.

—Sí, claro, Eddy, es muy importante que se transmita y se predique el Evangelio, ¡eso ya lo sé! Pero lo que no entiendo es en qué puede contribuir a eso que una mujer aborte o tenga un hijo…

—¿Cómo no lo ves, todavía, mi pequeña Melanie? ¿No ves acaso que muchas de esas almas, de haber nacido, hubieran sido grandes predicadores? Y no me refiero solamente a sacerdotes. No. Me refiero también a almas que habrían hecho el bien, que habrían convertido a otras almas incrédulas, que las habrían santificado con su conducta o con su ejemplo. Fíjate en nosotras, Mel. Fíjate el trabajo que cuesta a la gente de nuestra División convertir y salvar a las almas. ¿Es qué no te das cuenta? Desde aquí en el Cielo podemos hacer mucho. Podemos rogar a Dios, y también podemos intervenir en el Mundo de la forma que nos dejen. Pero esa forma de actuar, por muy importante que sea, no deja de ser una forma de actuar indirecta. Es decir, podemos sugerir, podemos hacer que ciertas cosas se junten para que un sujeto opte por la opción del bien, pero no me negarás que, si estuviéramos presentes en el Mundo de forma material, no me negarás que tendríamos muchísimo más margen de maniobra. ¿Verdad?

—Eso desde luego, Eddy. Podríamos hablar directamente al pecador y mostrarle el camino de forma «directa», o con nuestro ejemplo, sin necesidad de montar todo el cúmulo de coincidencias que nos tenemos que ingeniar.

—Pues eso es, mi pequeña. A todos esos fetos abortados no se les ha dado la oportunidad de hacer el bien de forma «directa», como tú dices. Y por culpa de esas madres cortoplacistas, han arruinado y condenado de forma «indirecta» a muchas otras almas. Almas que incluso no han nacido ni han sido concebidas cuando ellas toman esa fatídica decisión. Pero que lo harán y se condenarán, quizás muchas, por no haber tenido a nadie que las guíe. Porque alguien decidió matar a su hijo «porque ahora no me viene bien tenerlo», como suelen decir. Pero quizás su hijo o su hija estaban destinados a hacer un bien enorme a una persona, digamos treinta años después, en el futuro. Y como los han matado, pues esa persona se queda sin recibir ese bien. Quizás incluso el bien de la salvación eterna. ¿No te parece triste, Melanie? ¿No te parece horrible?

—Me parece tristísimo y horrible, Edelberg.

—Y que nadie crea, Mel, que el aborto es algo monstruoso solo desde

el punto de vista religioso. Matar es siempre matar, y por mucho que se diga que los fetos no sufren si no se ha formado todavía el sistema nervioso, eso es tanto como decir que es lícito asesinar a alguien mientras duerme, o cuando se le inyecta una solución letal que primero le induce a un letargo. Además, y siguiendo con lo que dije antes, y aun prescindiendo de la religión, el bien que podía haber hecho esa persona a sus semejantes, incluyendo a los propios padres en su vejez, se ha destruido. Un bien que quizás no hagan sus hermanos futuros. Tener muchos hijos hace que los hermanos tengan relaciones sociales y laborales difíciles de conseguir cuando son hijos únicos, o cuando son solo dos hermanos, que viven en soledad, y que se echa mucho en falta cuando se es mayor. Pero el cortoplacismo de los padres arruina todo eso, Melanie.

—De acuerdo, Eddy, todo eso que dices es cierto, pero en tu razonamiento hay un fallo. Es cierto que esas almas abortadas podrían haber hecho muchos bienes. Pero también podrían haber hecho muchos males. Podrían haber hecho de sufrir a los padres, o a sus hermanos. Podrían haberse condenado ellas mismas, o incluso haber hecho condenarse a otros. ¿Qué me dices a eso?

—Pues que eso es tanto como decir que Dios no tendría que haber creado el Mundo, pues entre los humanos hay gente que se condena al Infierno, y eso no pude ser. Que Dios no tendría que haber creado al género humano porque hay hombres que se pierden por toda la Eternidad. ¡Claro que puede pasar lo que tú dices! ¡Claro que sí! Pero si Dios quiere la vida, quiere que los hombres habiten en el Mundo, quiere que se relacionen y existan en esa antesala de la eternidad, es por algo, Melanie. Es por algo y ese algo es bueno, por mucho que la maldad de los hombres los lleve a confundir el camino con el destino. Porque siempre es mejor la vida que la no vida, la existencia que la no existencia. Neguemos pues la vida y que no haya existido nunca nadie y así evitaremos el infierno. ¡Qué bonito! ¡Qué bonito y qué cruel! —exclamó con ironía—. Eso es otro engaño del Maligno, Melanie, pues incluso entre los demonios es mejor existir, aunque sean malos, que no existir. Porque la existencia es una cosa hermosa y buena en sí misma, y la existencia de los bienaventurados es la cosa más buena que existe después de la Existencia misma que es Dios, en el atributo que mejor le define. ¿Recuerdas qué le contestó Dios a Moisés cuando le preguntó su nombre?

—«Yo Soy el que Soy» le contestó.

—¿Y sabes qué significa eso?

—En Enseñanza nos dijeron que eso quiere decir que solo Dios Es. Es la existencia en sí misma, y fuera de la cual nada Es. Dios es la

plenitud del Ser y de toda perfección.

—¿Tú comprendes eso que acabas de decir, Mel?

—Pues la verdad… es que no.

—No me extraña. Sí, eso queda muy bien para los teólogos y para los filósofos, pero para nosotras, almas pequeñas que habitamos en una pequeña porción de lo creado, pues es difícil de entender. Lo que significa es que Él es la Existencia en sí misma, y que si el hombre da la vida y la vida llega a su plenitud, en cierta manera se está asemejando a Dios, y contribuye con ello a su efecto creador. Igual que las almas que sufren por Jesucristo, los mártires que dan su vida por el Señor contribuyen a hacer más grande la cruz de Cristo, contribuyen a su esfuerzo salvífico y redentor; de igual manera, los padres que tienen hijos contribuyen al esfuerzo creador del Padre y se santifican asimilándose a Él. ¿No te parece maravilloso, Melanie, que Dios nos otorgue semejante favor? ¿Cómo puede ser posible que tantas madres y padres maten, y destrocen aquello que los asemeja a su creador? Que prefieran la muerte a la vida…

—Están locos, Eddy. Eso es. Están locos. No me cabe la menor duda.

Una visita a la fiera

La puerta comenzó a abrirse cuando el sensor de proximidad de la misma enlazó con el sensor de la muñeca de Paolo. Como líder de un partido político con posibilidades de gobierno, tenía autorización para no llevar un coche autónomo, por las posibilidades de manipulación informática que pudieran tener y que podrían ocasionar un sabotaje. Algo bueno tenía que tener todo aquel follón en el que se había metido, pensó. Pues los coches, y la conducción, eran algo que siempre le apasionó al sobrino de Kai Costa.

Cuando la puerta terminó de abrirse, entró en los dominios de «doña Claudia». Un vigilante perfectamente uniformado se asomó a comprobar que efectivamente era él, y le saludó con una inclinación de cabeza, que él correspondió alzando ligeramente la mano izquierda. Después condujo el vehículo hacia la casa, cuyas luces se comenzaban a ver allí, a lo lejos. Al llegar al final de la calzada, salió del vehículo y se aproximó a la doble puerta de madera blanca lacada que se disponía bajo un majestuoso porche, y acercó su muñeca al lector de proximidad para que la puerta se abriese. Cuando lo hizo, se encontró a Fanny, detrás de la misma:

—El vigilante me avisó de que acabas de llegar, y he bajado a recibirte, cariño —dijo, mientras le daba un beso en los labios que él apenas correspondió.

Cuando Luigi Carutto dejó de ser asistente de doña Claudia para sustituir al fallecido Stefano, su puesto fue ocupado por una escultural chica oriental que había protagonizado algunos anuncios de ropa de moda en alguno de los canales de la RDI. La jefa se había quedado prendada de ella, y gracias a eso se había olvidado de insistir con Julia. A pesar de su juventud y de su belleza natural, la modelo había sido remodelada a conciencia por Claudia, y llevaba todo tipo de implantes y prótesis en muchas partes de su cuerpo.

—No me llames «cariño» —replicó él—. Ya sabes que no te quiero. No te quiero ni a ti, ni a tu jefa.

—Pero, —comenzó a decir la mujer oriental, mientras le agarraba fuertemente y aproximaba de nuevo sus labios a los del hombre—. Pero, a mí me quieres un poco más que a ella, ¿verdad?

—Sí. Es posible que a ti te odie un poco menos, Fanny.

—¿Es por lo que pasó ayer?

—¿Eso fue idea tuya, o de Claudia?

—De Claudia —respondió, mientras se soltaba de Paolo y miraba al suelo—. Me lo ordenó ella. Ya sabes que yo te quiero solo para mí.

—Ya, ya lo sé. ¿Dónde está?

—Está arriba, en su habitación. No sé qué estará haciendo.

Sin dirigirle más la mirada, Paolo se marchó hacia la planta de arriba, mientras pensaba que, con un poco de suerte, aquella sería la última vez que pisaría aquella casa. Cuando llegó, pasó su lector de proximidad por el marco de la puerta, y se dispuso a entrar en la habitación.

Allí se encontró a «doña Claudia», totalmente desnuda sobre la cama, durmiendo boca abajo en aquella gran habitación donde prácticamente vivía, cuando no estaba en el gimnasio que tenía en el sótano.

—¡Pichoncito! —exclamó, al despertarse tras oír el «clic» que había producido la puerta al abrirse—. ¡Sabía que volverías!

—¡Qué sea la última vez que me llamas esa tontería! ¿Has oído, Claudia?

—Perdona, Paolo. ¡Perdóname! Es el amor… ya lo sabes… ¿Serás capaz de perdonarme?

—Depende. Tampoco me gustó nada lo que pasó ayer con Fanny. No me gusta que nadie nos interrumpa cuando tú y yo estamos juntos. ¿Te queda claro?

—Pero pi… quiero decir, Paolo, no entiendo por qué te enfadaste tanto… A todos los hombres les gusta estar con dos mujeres a la vez…

—A mí no me gusta —respondió, de forma seca, contrariado. Y estuvo a punto de decir también: «bastante tengo con estar contigo, como para estar además con esa mujer de goma».

—Pues, perdóname. Perdóname por decirte lo de antes, y por haberte hecho esa encerrona. Mejor dicho, ¡castígame! Eso es, ¡castígame! ¡Pégame fuerte, y castígame!

—Yo no pego a las mujeres. Que te pegue Fanny. Seguro que lo ha hecho más de una vez.

La mujer se levantó de la cama y le agarró de la mano:

—Lo ha hecho alguna vez, sí. Pero nada me satisfaría más que lo hicieras tú.

—¿Quieres que te castigue, Claudia?

—Quiero que me castigues fuertemente, Paolo. ¡Sí! Eso es lo que más

deseo en este momento…

—Está bien. Pero yo elegiré la forma del castigo. ¿De acuerdo?

—Lo que tú mandes.

—Toma tu tableta personal.

—Pero…

—¿No me acabas de decir «lo que tú mandes»?

—Ya, pero yo pensaba que…

—¿Quieres que deje de venir por aquí, Claudia?

—¡No! ¡Por favor, pi… Paolo! ¡No me vuelvas a decir eso nunca más! ¿Me lo prometes?

—Que te prometa… ¿El qué?

—Prométeme que no me vas a dejar nunca. ¡Prométemelo! —exclamó, con la mirada de odio que solía poner cuando estaba en público departiendo con sus subordinados.

—No me gusta que me mires así. No me extraña que te llamen “la dama de hierro…”

—Perdóname… A veces me sale la otra mujer que soy, ya lo sabes. Claudia Antonelli, la dueña de Proseismedia. Pero yo no soy esa mujer… ¡Nunca seré esa mujer contigo! Soy la dama de hierro, sí, pero contigo me derrito, Paolo, ¡Me derrito! Soy hierro fundido que se derrite en tu pecho cuando me abrazas, cuando me besas… Prométemelo por favor, prométeme que no me vas a dejar nunca…

—Te lo prometo —dijo, tras dejar pasar unos segundos, mientras la mujer le miraba con ansiedad—. Pero ahora haz lo que te digo y ve a por la tableta… No. Esa no. La tuya personal.

—¿Esta?

—Sí, esa. Entra en el banco de Suiza y abre una cuenta.

—¿Una cuenta? ¿A nombre de quién?

—A nombre de Pietro Puccini.

—¿Quién es ese?

—Es el suegro de un amigo. ¡Haz lo que te digo!

—Vale, ya está.

—Ahora le transfieres… tres millones de Nuevas Liras.

—¿Tres millones, Paolo? ¿Tres millones?

—Que sean cuatro.

—Pero…

—¿Quieres que siga subiendo?

—Está bien, está bien. Cuatro millones —se resignó, mientras tecleaba la cifra—. ¿Algo más?

—De momento, no. Ahora vamos a hablar de negocios. ¿Quieres que vayamos a tu despacho?

—En mi despacho me transformaría en la mujer que no quiero ser contigo. En una mujer dura e inflexible que en realidad no soy yo. Prefiero quedarme aquí, a tu lado, y desnuda.

Él sonrió, y la agarró de la cintura para darle un beso en los labios. Ella le abrazó por el cuello e intento recostarle sobre la cama, pero él se resistió.

—Primero, los negocios, Claudia.

—Está bien. Tú dirás —respondió, resignada.

—Plinio se pondrá en contacto contigo para darte una lista de exigencias, pero quiero que vayas preparando a tu gente para el asunto del debate.

—¿Cuándo quieres que sea?

—Una semana antes de las elecciones.

—¿No es mucho tiempo? ¿No crees que sería mejor hacerlo un par de días antes?

—No. Necesito margen, por si las encuestas salen mal, poder reaccionar de alguna manera.

—Nada va a salir mal, Paolo. ¡Nada va a salir mal! Ese carcamal de Cassini va a perder las elecciones con toda seguridad, y tú vas a ser el primer ministro. Hemos apostado muy fuerte, y te aseguro que eso es lo que va a pasar.

—¿Ahora te has metido en política, Claudia? ¿Acaso sabes tú sabes más que yo del tema? ¿O es que tienes una bola de cristal? ¿O es que quieres que te nombre ministra de comunicación cuando llegue al poder?

—¿Yo ministra? Ni de broma. Vivo muy bien en esta casa, y en esta cama, y no me apetece nada cambiar mis hábitos —afirmó. Y tras unos segundos continuó: —¿Una bola de cristal dices? Como si la tuviera. Te veo en el palacio Chigi, Paolo. He soñado varias veces con eso y estoy segura de que eso es lo que va a ocurrir.

—Sí, es posible. Pero, aun así, quiero que el debate sea una semana antes de las elecciones. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Los robots. Quiero más robots y que se dediquen más tiempo. Necesito inundar las redes con las consignas del PDP y con las habituales soflamas contra Cassini.

—Eso no es problema. Meteremos a más becarios. Un ejército de becarios espoleará a miles de robots que te llevarán al palacio Chigi.

—No quiero que sean becarios, Claudia. Es más, vas a contratar mañana a todos los becarios que tengas en Proseismedia, y les vas a dar el suelo de un redactor. Y a los redactores les vas a subir el salario un cincuenta por ciento.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué voy a hacer esa estupidez? ¿Eh? ¿Por qué voy a pagarles algo si lo pueden hacer gratis, y con el mismo resultado?

—Por dos razones. ¿Quieres oírlas?

—Me gustaría… —dijo la mujer, bajando ligeramente los ojos.

—La primera, porque yo no puedo andar por ahí predicando contra la explotación de los becarios, mientras tú tienes un ejército de esclavos, ¿no te parece? Ya he visto algunas críticas sobre este asunto en algún lugar, y no estoy dispuesto a perder votos por esa razón.

—Vale, es verdad…

—Para esclavos ya están los robots. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, desde luego. ¿Y la segunda razón?

—La segunda razón es porque yo lo deseo —dijo, con una expresión seria.

—¡Mi querido pi… Paolo! ¡Tenías que haber empezado por ahí! ¡Tus deseos son órdenes para mí! —exclamó, mientras le volvía a agarrar y comenzaba a besarle con pasión.

Esta vez consiguió recostarle sobre la cama, y siguieron besándose mientras ella intentaba quitarle la ropa. Pero él se separó de ella y se levantó.

—¿No quieres estar esta noche conmigo? —preguntó Claudia con aspereza—. ¿Sigues resentido por lo de Fanny?

—Quiero ver cómo cumples lo que hemos hablado. No quiero que mañana anules la transferencia a ese banco, ni que dejes de hacer lo de los becarios. Cuando compruebe que todo está en firme, volveré.

—Me conoces demasiado bien… bribón… Qué eres un bribón…

—Adiós, Claudia.

—Adiós, amor mío. No tardes en volver… No me moveré de aquí hasta que vuelvas… y te estaré esperando de la misma manera, y con la misma ropa que llevo puesta ahora…

—Oye, Eddy, si Dios es la Existencia misma, ¿qué necesidad tiene de que existan más personas? Quiero decir, ¿por qué tuvo que crear a los ángeles y a los hombres? ¿Acaso le hacían falta?

—Desde luego que no, Melanie. A Dios no le hacen falta los hombres para existir, pero a los hombres sí les hace falta Dios, y por eso la Fe es tan importante. La Fe es necesaria para que el hombre se aproxime a Dios y pueda completar la felicidad natural a la que está destinado.

—Nosotras en el Cielo tenemos la Fe de forma natural, pues vemos a Dios a diario, pero en el Mundo no lo ven. Si le pudieran ver, podrían tener Fe. ¿No te parece?

—Es consecuencia del pecado original, Melanie. En el Paraíso Terrenal el hombre podía ver a Dios, pero su soberbia le ahuyentó de sus vidas. La criatura se creyó Creador, y, por tanto, ya no necesita a Dios. Es pues necesario volver al estado de pureza original, como la que tiene un niño, como la que siempre has tenido tú, y entonces el hombre ya podrá ver a Dios. Solo hace falta eso. Es decir, el hombre no necesita presenciar milagros para tener fe, sino que, por el contrario, la fe le hará ver milagros.

—Qué bello es eso que acabas de decir, Eddy.

—¿A qué te refieres?

—Pues eso: no pidas milagros para tener fe, sino que, por el contrario, ten fe y verás milagros. ¿No es así?

—Así es, Mel.

—Sin embargo, no entiendo qué tiene que ver eso con la existencia de los ángeles y los hombres.

—Vamos a ver, Melanie, quizás me haya ido un poco por las ramas. Pero siguiendo con lo de la existencia, Dios creó a los hombres y a los ángeles no porque a Él le hicieran falta, ni porque fueran necesarios para completarle, si no por pura bondad y magnanimidad. Para extender a millones de almas la felicidad intrínseca de la bienaventuranza eterna. El Dios del Amor necesita de alguna manera derramarse en las almas para que estas sean felices y compartan con Él el tesoro enorme de la visión beatífica.

—Qué palabras más cultas dices, Eddy… Muchas veces me pierdo cuando hablo contigo. Y yo sigo sin entender muy bien la relación que existe entre Dios y los hombres, más allá del puro vínculo que une a

un creador con su creación.

—Pues es muy fácil, Mel. A ver cómo te lo explico… Ya está. A ti te explicaron algo sobre matemáticas en Enseñanza, ¿No es así?

—¿Matemáticas? ¿Qué es eso? ¿Lo de los números?

—Sí, lo de los números. ¿Recuerdas lo que te enseñaron?

—Yo soy un poco zoquete para esas cosas, Eddy. Debo parecerme a mi madre. Una vez me dijo que a ella no se le daban bien los números y que suspendió muchas veces la enseñanza que se da en el Mundo, cuando hablaron de ese tema.

—Bueno, no hace falta que conozcas mucho. Me basta con que sepas lo que son los números para el ejemplo que te voy a explicar. A ver. Tú sabes que cuando se juntan varios números, se indica que la cantidad de cosas que representan es mayor. ¿Verdad?

—Es mayor, ¿que qué?

—Por ejemplo, el número uno indica una cosa, mientras que dos unos juntos significan once cosas. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro, eso sí lo entiendo. Cuantos más números se junten, más grande es el conjunto que representan. Excepto el cero, que depende de cómo se junte, puede incrementar el número o puede no servir de nada.

—Bien, pues esas son todas las matemáticas que tienes que saber para lo que te voy a contar. Así que, verás, —siguió—. Las personas no valen nada, comparadas con Dios. Valen cero, que es como decir nada, pues el valor del cero es nada. Y si se juntan mil ceros, siguen sin valer nada, aunque se junten un millón. La única posibilidad que tiene un cero para servir para algo, es que se junte con cualquier otro número. Y como Dios es infinito, acapara todos los números, con lo cual podemos por ejemplo decir que Él es un Uno. Podríamos decir mejor que es un Tres, como también podríamos decir que es un *gúgol*, que es un número inmenso que tiene cien dígitos. Nos vale cualquier número que no sea el cero, así que seguimos diciendo que es un uno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Eddy.

—Bien, pues si una persona, que vale cero, se junta con Dios que vale uno, de repente los dos juntos, incluyendo a esa persona, valen diez. ¿Te das cuenta? De no valer nada, a valer diez. Y diez es ya un número enorme, pues solo hay nueve números en el sistema decimal... ¡Solo con que la persona se junte a Dios! ¿No te parece maravilloso?

—Claro, Eddy, y ya intuyo cuál es tu siguiente explicación. Déjame

decírtela.

—A ver, sorpréndeme, pequeña.

—Pues que para juntarse a Dios hay que hacerlo de la manera correcta, es decir, juntándose por la derecha, que es el bien. Porque si te juntas por la izquierda, es decir, por la siniestra, entonces el cero sigue sin servir para nada, mientras que el uno conserva todo su valor.

Edelberg sonrió y la niña siguió:

—¿Qué te parece? ¿A que era esto lo que me ibas a contar?

—Hijita, ¿y tú dices que no sabes matemáticas? Te aseguro que ese conocimiento tan claro que tienes es superior al de muchísimos grandes sabios que ha habido en el Mundo, al conocimiento numérico de grandes expertos en números que han sido reconocidos por los hombres, pero que no entendían una cosa tan sencilla como la que tú acabas de comprender.

—Así me gusta, Plinio, has hecho un buen trabajo. Ahora quiero que prepares a conciencia el debate con Cassini. Obviamente, no se dejará que lo hagamos en alguna de nuestras plataformas, pero tampoco quiero que lo hagamos en las suyas. Así que ya estás buscando un terreno «neutral», pero que sea lo menos neutral posible, ya me entiendes. Y con un buen moderador que sea de la misma cuerda, a ser posible.

—A la orden, jefe. Me acercaré a Renato e intentaré averiguar cuál va a ser su estrategia.

—Lo malo es que a ti ya te conocen y estarán a la defensiva. Para hablar con el zorro de Renato prefiero que vaya Mario. Es un chico joven y quizás se confíen. Él averiguará qué es lo que pretenden y qué se dejan hacer.

—Bien visto, Paolo. ¡No se te escapa una! Estoy seguro de que cumplirá su cometido.

—Eso espero. Y quiero que tú planifiques las entrevistas que están programadas. Con preguntas tasadas y medidas, por supuesto, sin dejar nada que no hayamos preparado. No me gustaría improvisar, aunque si es necesario, lo haré.

—Y lo harás muy bien, como siempre.

—Bueno, menos cumplidos, Plinio, y a trabajar. Quiero datos y gráficos hora por hora de la intención de voto de todas las clases sociales para ver en qué sitios y en que facetas hemos de incidir. Y los necesito para ya, lógicamente. Que tus chicos se dejen la piel en todos los sitios. ¿Cómo vais con la dispersión de contenidos?

—Estamos saturando todos los canales con los mensajes que tanto te gustan. Las consignas se repiten una y otra vez, y la gente ya se las sabe de memoria.

—De acuerdo. Quiero también que vayas a hablar con Francesco. Ya sabes, el de la RDI. Comprueba qué ponen en la televisión. No quiero llevarme ninguna sorpresa. Pídele la lista de los tertulianos de cada programa y supervísala tú personalmente. Que todos sean «imparciales», ya me entiendes. Y que digan lo que tienen que decir, lógicamente. Que no pase como el mes pasado, que se les coló un traidor al servicio de Cassini y dejó a nuestro interlocutor con el culo al aire. Nos comieron una torre y salvamos la reina de milagro.

—Tranquilo, jefe. En esta partida de ajedrez, al rey, es decir, a ti, no te

van a derrocar. Eso dalo por hecho.

—Eso espero. Y por eso quiero que te asegures de que no se infiltra ningún peón negro en nuestras filas blancas. ¿Entendido?

—Entendido, jefe. Es más, me aseguraré de que pasa lo contrario, es decir, que se infiltran peones o incluso alfiles blancos en las filas negras. Y algún caballo también. De Troya, si puedo conseguirlo.

—Así me gusta. Otra cosa, ¿qué tal vais con la transposición? Ya sabes, la campaña del rebote.

—Ahí nos está costando un poco más, pero lo estamos consiguiendo igualmente. No sé si has visto el vídeo que ha hecho uno de los del LYC, sobre el político centroamericano…

—Sí, lo he visto, no está mal, pero tenemos que tener cuidado de mencionar ciertas palabras. No nos podemos quedar parados si alguien nos acusa de robar.

—No, no es eso. El video simplemente hacía referencia a una campaña que hicieron en un país centroamericano, hace ya muchos años, donde uno de los políticos que se presentaban a unas elecciones dijo algo así como «nosotros también robamos, pero menos».

—Sí, a ese me refería. Nosotros no robamos menos que los del LyC. No robamos nada. Eso tiene que quedar claro. Claro como el agua. ¿Me entiendes, Plinio?

—Perfectamente, jefe.

—La estrategia del «y tú más» funciona cuando estás acorralado, es decir, si no nos podemos escapar de una determinada acusación, hay que rebotarla incidiendo en que ese mismo comportamiento lo tiene el contrario, y en mayores dimensiones. Pero cuando se trata de ciertos asuntos, la estrategia es negarlo, Plinio. Negarlo todo una y otra vez. ¿Está claro?

—Claro como el agua.

—De acuerdo. Otra cosa. ¿Habéis pensado cómo rebatir la posible acusación de mis presuntos orígenes burgueses? Yo tengo algunas ideas, pero me gustaría oír qué es lo que habéis pensado.

—Desde luego, eso hay que ocultarlo como sea —sugirió el viejo—. Pero tenemos que tener pensado qué responder cuando te acusen de ser un burgués, como aquellos a los que dices atacar. Voy a hacer un poco de Mario, si me lo permites —dijo, dejando escapar una sonrisa: —No ayuda nada que tus padres tengan una firma de moda de alta costura y qué tú hayas vivido en una exclusiva urbanización de lujo en Londres durante tu infancia y tu juventud. Eso significa que eres un

burgués, sencillamente.

—Eso ya lo sé, Plinio. Ahora quiero que me digas la estrategia.

—Pues en esencia es mostrar que tú eres la oveja negra de la familia. Que te rebelaste ante tanta hipocresía y que daban náuseas solo de permanecer en esa casa. Que discutiste con tus padres ante su indiferencia con las clases necesitadas, y que viajaste a Italia para asimilarte a tus compatriotas, con aquellos que llevan tu sangre y a quienes tu padre ha rechazado y puesto tierra de por medio para negarse a sí mismo.

—Todo eso es verdad, en cierto modo. Sigue.

—Desde luego, ayuda mucho que ahora vivas en una sencilla casa en un barrio pobre, y eso es una muestra de que has cambiado. De que eres lo que siempre has sido, y que en cuanto has podido te has librado del yugo capitalista que quisieron imponer tus padres sobre ti; del adoctrinamiento burgués al que te sometieron. Y desde luego, nadie está mejor capacitado para luchar contra algo, que quien lo conoce bien desde dentro.

—Me gusta. ¿Algo más?

—Luego está el tema de tu colección de coches deportivos de alta gama. Ahí habíamos pensado…

—Ahí no hay nada que pensar, viejo. Esa «colección» se ha quedado en Londres, y además están a nombre de mi padre. El hecho de que los haya usado yo, o de que él los comprara para mí, no significa nada.

—Ah, pues perfecto. Siguiendo con la estrategia, había pensado hablar poco de tu padre, e incidir mayormente en tu madre.

—Cuidado con eso, Plinio. Mi madre es tan burguesa como él. Recuerda que Costa Marengo es esencialmente una firma propiedad de mi madre. Por eso lleva su apellido primero. Ella fue quien levantó la empresa desde casi la nada, mientras mi padre solo aportó la parte italiana de la confección.

—Sí, pero hay una gran diferencia. Tu padre siempre fue un burgués, igual que fue su padre y todos tus antepasados. Pero tu madre, no. La idea que yo tengo es recalcar que fue una trabajadora, hija de una madre soltera que incluso fue desahuciada del piso de São Paulo donde vivía en Brasil.

Paolo suspiró y se detuvo a pensar un momento. Luego añadió:

—Los motivos de ese desahucio no fueron precisamente porque no podían pagar la hipoteca. Fue por una trama de blanqueo de capitales en la que estuvo involucrado mi abuelo João, que luego se demostró

que era falsa. Una trampa que le tendieron por un lío de faldas que ahora no viene al caso. Pero no me gusta, Plinio. Es un tema que sería mejor no mencionar. Prefiero que incidáis más en mi «rebeldía», y usemos la táctica del «y tú más», aunque solo sea en este caso. Si yo soy burgués, Cassini lo es todavía más. Mucho más. Eso salta más que a la vista.

—De acuerdo, así lo prepararemos. También habíamos pensado incidir en tu tío Kai. Antes de saltar a la fama fue un humilde trabajador en un taller de instrumentos musicales. Y su madre, Cecilia, trabajaba en una agencia de viajes. Eran sencillos trabajadores. Además, su grupo siempre tuvo mucho éxito en Italia, y ya sabes que el rock se lleva muy bien con las clases populares.

—Bueno, eso es algo que ya todos saben. Todos saben quién fue mi tío. Eso ni me perjudica ni me beneficia. Pero como en el otro caso, prefiero no decir nada sobre él. Su padre, quiero decir, mi abuelo João, sí que tenía una fábrica, y era empresario. Eso no lo conoce casi nadie, y quiero que siga sin conocerse, por si acaso. Bastante tengo ya con mis padres para encima añadir al abuelo.

—Está bien. Así lo haremos. Lo enviaremos a todos los corresponsales y les daré instrucciones precisas. ¿Alguna cosa más?

—Sí, dile a Mario que pase si está ahí afuera. No sé por qué está tardando tanto en entrar.

Esos no son de los nuestros

—También los protestantes hacen exorcismos, Eddy, y a veces funcionan. ¿Por qué es una labor exclusiva de los curas católicos?

—Porque solo la Iglesia ha dado potestad a quienes tienen el sacramento del orden para hacer eso. Si parece que funciona, es porque se realizan sobre casos menores. Porque cuando se hacen sobre un asunto serio, el problema reaparece. Todo lo que se hace en el nombre de Jesús tiene un efecto, desde luego, y así lo dice la Sagrada Escritura en el Evangelio de san Marcos:

«*Maestro, hemos visto a uno que expulsa demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido, porque no es de los nuestros*».

—¿Recuerdas lo que le contestó Jesús a San Juan? —preguntó Edelberg.

—Sí, Eddy, Él le dijo: «*no se lo prohibáis, porque nadie que haga milagros en mi nombre está en contra mía*».

—Pero entonces —siguió Melanie—, este exorcista del que habla el evangelista no era de la Iglesia, y sin embargo echaba a los demonios…

—Claro, es lo que te decía, pueden hacerlo, y de hecho lo hacen, pero no tienen garantías. Y si no, recuerda otro pasaje de la Escritura, el que aparece en Hechos 19. ¿Recuerdas qué decía?

—Creo que te refieres a Hechos 19:13. Ese pasaje dice: «*Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo. Pero respondiendo el espíritu maligno, les dijo: A Jesús lo conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos*».

—¿Te das cuenta, Mel? La propia Escritura te da la respuesta. Si un exorcista protestante le dice a un demonio: «Te conjunto en nombre de la Iglesia de Jesucristo a que salgas de este hombre…». Es muy posible que el ser maligno se ría de él y le diga algo así como: «A Jesús le conozco y sé quién está en la Iglesia. Pero tú ¿quién eres?»

—Y esto es algo que hasta los propios protestantes saben y admiten —siguió—. De hecho, jamás se ha hecho ninguna película de ficción donde el exorcista sea un cura protestante… ¡Por algo será! Es como comparar la medicina moderna con la herboristería. Una infusión de

hierbas puede funcionar en algunos casos, pero nada comparable a un medicamento recetado. ¿No te parece?

—¿Qué significa «recetado»?

—Pues que lo ha prescrito un profesional de la medicina.

—¿Un médico?

—Sí, eso es.

—¿Es que los herboristeros no son médicos?

—No, Mel, no lo son.

—Pero entonces, ¿por qué venden remedios para las enfermedades?

—Pues porque lo que venden es bueno para la salud, de alguna manera. A ver, como te lo explico… sí, ya sé. Pues verás. Yo viví en el Mundo en el siglo XVIII después del nacimiento del Señor. En Dinamarca, mi país, la mayoría de la gente pasaba hambre a diario, y solo unos pocos comían todos los días. La mayoría de los pobres solo comíamos pan y cuando lo había, pues no siempre estaba disponible. Y claro, como cualquier persona, incluso los ricos, pues nos poníamos enfermos, y en esa época no había las medicinas que hay ahora. Y, ¿sabes lo que decía mi madre?

—¿El qué?

—Pues decía: «los chorizos y cecinas, las mejores medicinas».

—¡Ah, claro! Ahora lo entiendo. Eso quiere decir que los alimentos son maravillosos para preservar la salud.

—Eso es. Ese refrán se decía mucho en mis tiempos. Incluso ahora también se dice, haciendo referencia a lo importante que es la alimentación. Solo que ahora no se usan tanto las cecinas. Por ejemplo, la familia de tu abuelo João, que eran portugueses, solían decir: «los chorizos y jamones, las mejores inyecciones».

—¿Y tú como sabes eso?

—¿Cómo sé, el qué?

—Lo de mi abuelo João. Él es de mi familia, pero tú no eres de la suya… Tú solo eres familia mía por parte de mi madre, no de mi padre…

—A tu abuelo João lo he conocido bien. Ya te lo contaré, más adelante.

Entrevistas lacrimógenas

—Perdona, Paolo. Estaba ahí afuera, esperando que terminara Plinio.

—Tenías que haber entrado, Mario. No tengo secretos, ni contigo, ni con él. Sé que no os lleváis muy bien, pero yo os necesito a los dos, y me hacéis falta cada uno en vuestra faceta. Verás, te he llamado porque quiero que me eches una mano con la propaganda, en lo referente a los medios.

—Eso es algo que lleva Plinio —respondió con seriedad.

—Ahora lo vais a llevar los dos. Las elecciones se acercan y necesito que toda mi gente se ponga en exclusiva con ese asunto. Es vital si queremos llegar a alguna parte.

—En eso te doy toda la razón.

—Bien, pues he pensado que, como tú eres periodista de formación, te ocupes de todos los asuntos relacionados con la prensa. Es un asunto vital y ahí nos la jugamos.

—No hay problema.

—En primer lugar, quiero que te asegures de que todos los medios afines estén martilleando las veinticuatro horas sobre la precaria situación que vive Italia. Quiero entrevistas lacrimógenas con gente desahuciada, con personas desempleadas, con refugiados de toda índole que narren las barbaridades que se comenten en sus países, con víctimas de la violencia policial, con personas sin techo… Que en todas partes se criminalice al Gobierno y se le haga responsable de delitos de lesa humanidad si hace falta.

—Tranquilo, eso es fácil. Hablaré con los directivos y les recordaré cuál es su deber. Por cierto, no sé lo que le dijiste a Claudia el otro día, pero ahora tenemos más del doble de robots que antes soltando cosas por ahí.

—Ya te dije que puedo conseguir lo que quiera de esa mujer. Por cierto, ¿te ha dicho algo tu suegro, de una transferencia?

—¿Una transferencia? ¿A qué te refieres?

—Dile que llame a un banco de Suiza, al UBS. Y que se identifique con certificado digital. Después, solo tiene que pedir las claves de su cuenta corriente.

—No sé de qué me estás hablando…

—Ya lo averiguarás. Tú simplemente haz lo que te digo. Bueno —

continuó—, ahora vamos a seguir, que el tiempo apremia. Estábamos hablando de que ibas a hablar con los directivos.

—Sí, los de Proseismedia y los demás. Estoy pensando que, si te parece, en cuanto terminemos, voy a ir a ver a Luigi Carutto. Ya sabes, quién lleva las riendas de los robots en la sección donde yo hice las prácticas. Ya te digo que tienen el doble, pero me voy a asegurar de que todos se comportan como deben, y que no pierden el tiempo con tonterías. Y luego llamaré a los que llevan la sección de informativos y los formatos de entretenimiento, debates y tertulias.

—Así me gusta, Mario. Cada vez te pareces más a Plinio, y eso no sé si es bueno o es malo.

—Es malo, Paolo, es malo. En fin, todo sea por la causa.

—Claro. Pero recuerda que técnicamente no estamos mintiendo. Cuando te digo que quiero entrevistas con ese tipo de personas de las que hemos hablado, esas personas no dicen más que la verdad de lo que les ocurre. Lo que pasa, es que no vamos a entrevistar a la gente a quien le van bien las cosas. Es decir, solo mostramos una parte de la verdad. Ya lo dijo Pilatos: «¿Qué es la verdad?». Y la verdad es, lo que nosotros queremos que sea. ¿Recuerdas la que se lio hace unos años cuando algunos partidos quisieron cambiar el nombre de las calles?

—Sí, me acuerdo. Eran calles que tenían el nombre de personajes controvertidos. Personajes con luces y sombras…

—Eso es. Toda persona tiene luces y sombras. Los grandes estadistas, los ministros de cualquier signo político, han hecho cosas buenas y cosas malas. Es muy fácil atacar a un partido político porque quiere mantener el nombre de una calle que representa, digamos a un político fascista de principios del siglo XX. El hecho de pertenecer a ese partido ya le demoniza, aunque haya hecho cosas maravillosas —que alguna haría—. Y también lo contrario. Una calle lleva el nombre de un político que hizo mucho a favor de la igualdad de clases, pero para ello ordenó el fusilamiento y las torturas de miles de opositores. La idea es propagar la luz y ocultar la sombra, y de esa manera hacer daño a quien nos interesa.

—A eso lo llaman la «posverdad», Paolo. El término se puso de moda a raíz del mandato de Trump en Estados Unidos. Los hechos objetivos tienen menos influencia en definir la opinión pública que los que apelan a la emoción y a las creencias personales.

—Eso es. En el fondo eso es tan viejo como el mundo. Es la media verdad, que es como se ha definido siempre, y que en el fondo no es sino una gran mentira. La gente no vota a quien lo hace mejor, sino a quién les hace creer que lo hace mejor, aunque en realidad lo esté

haciendo mal o muy mal. Eso es importantísimo.

—Lo sé, Paolo. La política es el arte del engaño, y sólo se lleva «el gato al agua» quien engaña mejor que su rival.

—Exactamente. Y por eso he querido que tú te unas a esto, junto con Plinio. Los hechos objetivos no me interesan tanto como lo que la gente crea. Y la gente creerá lo que se les haga creer. Por eso es tan importante que los Medios estén de nuestra parte y hagan el trabajo que tienen que hacer. Entonces —continuó tras una pausa—, siguiendo con esa estrategia, quiero que te asegures de que se manipulan las entrevistas. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, al *street transiting*, ¿no?

—Sí, creo que es así como se llama en Italia. En Inglaterra lo llamábamos de otra manera, pero sí, consiste en realizar entrevistas a personas «aleatorias» que pasan por una calle «aleatoria», ya me entiendes, y preguntarles, por ejemplo: «¿qué opina de la situación insostenible en la que viven los desahuciados?» O sin ser tan descarados, preguntar lo mismo, pero obviando la palabra «insostenible». Se hacen veinte o treinta entrevistas, y luego solo se exponen las que nos interesan y se hace ver que eso es «lo que opina la gente de la calle», lo cual es cierto, aunque solo sea parcialmente cierto. Pero la media verdad es nuestra aliada, como todo en política, ya lo sabes.

—Sí, lo sé bien.

—Hay que intentar que la palabra «gente» signifique la «gente pobre» —siguió—, mientras que los ricos no son «gente». Son otra cosa. Es la estrategia de demonización del enemigo, de achacarle todos los males que les ocurren a las personas, como si fueran de otro planeta y hubieran venido a invadirnos. Ellos son los culpables de todo lo malo que nos ocurre, aunque sea del catarro que me ha contagiado mi hermana. Ellos son los culpables de eso y de más que nos callamos porque somos buenas personas y no buscamos su mal. Solo pretendemos que se aparten del medio y nos dejen el camino libre. ¿Está claro?

—Sí, claro, eso es de primero de Propaganda. Se llama el «principio de la unanimidad». Se trata de hacer creer que las ideas que se desean difundir gozan del consenso de toda la población, de forma que quienes las acogen como propias, sintonizarán con la "opinión" que se quiere hacer pasar como general. Este principio aspira a aprovechar el fenómeno del conformismo social, al que se atribuye una enorme capacidad para la persuasión, especialmente entre aquellos que desconfían de su propio criterio para guiarse a lo largo de la vida. En

las noticias solo se muestran las entrevistas que nos interesan de la gente que pasa por la calle, y así parece que existen ellos y que todo el mundo piensa así.

—Así es, Mario. Lo has definido perfectamente. Se pueden intercalar algunas entrevistas de gente contraria, para que no parezca que hay manipulación, pero siempre que sus opiniones no sean demasiado contrarias ni que lo digan de forma demasiado elocuente. Por ejemplo, si se muestran tres entrevistas con opiniones a favor y una en contra, la gente se queda con la sensación de que solo el 25% de la población, es decir, una de cada cuatro personas, piensa diferente. Y el diferente siempre tiene que ser una persona poco atractiva y que parezca… tonta. Ya me entiendes. Y vosotros como periodistas tenéis la obligación de mantener a la gente informada… de lo que nos interesa que esté informada, naturalmente, silenciando cualquier noticia positiva que pueda emanar del enemigo.

—Está claro. Siguiendo con los «principios» —replicó Mario—, ese es el principio de la «silenciación», cuyo objetivo es acallar todas las noticias positivas sobre los rivales, usando los medios de comunicación afines a la causa. También se buscaría omitir noticias adversas sobre uno mismo o que desalentaran el ánimo de la población que se pretende manipular. El fin sería sesgar la información de que podrían disponer, e incluso reservar noticias negativas o falsas para el momento en que surjan logros del adversario, contrarrestando sus efectos en el oyente. Para este principio, lo fundamental es el tiempo y la tergiversación. Basta con que ellos no lo condenen, o maticen un acto malo, para que el adversario sea partícipe o cómplice del mismo.

—Correcto. Veo que sacaste un diez en la asignatura de Manipulación, si es que eso existe en vuestra carrera.

—No, no existe. Eso lo aprendí en el máster. El mismo que hiciste tú.

—Vaya, conmigo no fueron tan explícitos…

—Conmigo tampoco, pero es fácil de deducir.

—Desde luego. Y en definitiva es eso, Mario. Los periodistas solo informáis de la realidad, pero la realidad es rica, múltiple y diversa. Y vosotros solo ponéis el foco en una pequeña porción de esa realidad, para luego sacarla de contexto y presentarla como la única que existe.

—Bueno, tampoco es así siempre. Pero es algo que se hace rutinariamente, sobre todo en política. Presentar los casos aislados como la generalidad.

—Eso es. Justamente lo que hacen los del LyC. Sus medios sacan en

portada un robo, o una violación, o cualquier disparate, y lo presentan como si estuviera ocurriendo todos los días, a todas horas, y en todas partes. Se informa de un hecho determinado, pero se le da una proyección que parece que está pasando constantemente, aunque no se diga explícitamente. Lo mismo que vamos a hacer nosotros sobre los asuntos que nos interesan. Porque la reiteración es nuestra aliada, Mario. Si se está constantemente hablando de algo, parece que está sucediendo constantemente, y eso es lo que quiero que te asegures que hacen todas las plataformas que nos son afines. En definitiva, quiero que te asegures de que los periodistas salen por ahí y preguntan a los cargos en el gobierno del LyC las preguntas que les son incómodas. Y si protestan contra vosotros, tú ya sabes lo que tenéis que decir, ¿verdad?

—Que la gente tiene derecho a estar informada —afirmó Mario.

—Eso es. Y si los medios afines a ellos nos preguntan a nosotros, y ellos dan la misma respuesta, ¿qué es lo que diremos?

—Pues que la gente tiene derecho a estar informada, sí, pero que los periodistas afines al LyC eligen por ellos aquello de lo que deben ser informados. Vamos, que les están manipulando.

—Eso es. Y se dice claramente, con esas palabras. Las mismas que no se deben aplicar a nosotros, jamás. Nosotros no manipulamos. Solo informamos. Los que manipulan son los otros. Y lo vamos a hacer mejor que ellos, porque nuestro mensaje es mejor y llega más fácilmente al corazón, que es de donde salen los votos, como te dije el otro día. Hay que apelar al sentimiento, a los niños, los ancianos, a los vulnerables, a las pensiones bajas…

—Sí, pero como también te dije yo, la gente no es tonta y en las cosas de dinero manda más la cabeza que el corazón.

—No te creas, Mario, no te creas. Mucha gente se piensa que todos los partidos políticos son iguales, y que en el fondo da lo mismo votar a unos que a otros. Y puesto que da lo mismo, dicen, al menos *me daré el gusto de votar al partido que odia mi vecino de al lado. Mi vecino, el burgués que tiene su casa pagada y un cochazo en el garaje, mientras que yo no tengo para llegar a fin de mes.*

—Claro, todo el mundo tiene un vecino a quien envidia.

—Eso es. ¿Te das cuenta, Mario? Esa es la clave. En este caso la clave es la envidia. Un sentimiento que todo el mundo tiene, cuando ve a alguien que tiene más que él. Y aunque su cabeza le diga otra cosa, votará al partido que más detesta aquella persona a la que odia, aunque solo sea para satisfacer su ego.

Mario sonrió, viendo el exacerbado maquiavelismo de su jefe. Este siguió:

—En definitiva, no olvides nunca los sentimientos de la gente. Eso es lo que nos dará la victoria.

—Claro, Eddy, pero los protestantes dicen que esa norma de que solo los sacerdotes ordenados puedan echar demonios no está escrita en la Biblia. Ellos se consideran parte de la Iglesia también, como sucesores de los Apóstoles…

—Sí, pero acuérdate que cuando Jesús fundó la Iglesia dijo textualmente: *«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará»*. Esto es lo que está escrito en san Mateo 16,13. Fíjate que dice «mi Iglesia», y no «mis Iglesias». Y lo que está claro es que enseñanzas tan dispares como las que tienen los católicos y los protestantes no pueden formar parte de la misma Iglesia. Tienen que ser por fuerza Iglesias diferentes, y entonces solo una de ellas es la válida.

—Los protestantes dicen que la suya es la válida.

—Ya sé que dicen eso, pero eso es tanto como llamar mentiroso al Señor, pues cuando surgieron las iglesias protestantes ya habían pasado mil quinientos años desde que Él vino al Mundo, y ya existía una Iglesia sobre la Tierra, que es la que fundó a través de san Pedro. Si esa Iglesia no es válida o es falsa, entonces el poder del infierno la ha derrotado, y el Señor nos ha mentido. ¿No te das cuenta?

—Me doy cuenta perfectamente, Eddy.

—Ellos dicen que la Biblia no establece eso en ninguna parte. Pero yerran, como en tantas otras cosas, pues la propia Biblia dice que la Iglesia es la columna y el baluarte de la verdad… y no la Biblia. Que es lo que se lee en la carta de san Pablo a Timoteo, en su capítulo tres. Eso no quiere decir que la Escritura no lo sea, obviamente. Pero quien se agarra a ella como el único dogma de la Fe, se está dejando fuera muchas cosas. Está recibiendo una formación incompleta, pues lo que falta se ha depositado en la Iglesia a través de la Tradición y del Magisterio. Y esto no es algo que se hayan inventado los curas, pues está, como digo, escrito en la propia Biblia.

—Eso es de primero de Enseñanza, Eddy. Allí nos enseñaron la Escritura bien a fondo. Allí mismo lo dice el propio san Juan en el capítulo 21:25: *«Y hay también muchas otras cosas que Jesús hizo, que si se escribieran en detalle, pienso que ni aun el Mundo mismo podría contener los libros que se escribirían»*.

—¡Claro pequeña! Qué injusto sería que Dios solo hubiera dado a los hombres un pequeño libro como es la Biblia para que se guiaran solamente por él… Pero para eso está la Iglesia, para recoger y

recordar todas las cosas que no están en el Libro, pero que Juan y los otros discípulos recordaron y transmitieron a sus sucesores. Y por supuesto, para aclarar las dudas, lógicamente, y por la misma razón, y con un criterio único.

—Qué bien hablas, Eddy…

—Gracias por los cumplidos, pequeña. Pero es que es verdad lo que digo. Porque, ¿cómo puede alguien pensar que Dios envió al mundo un «libro», y no a una Iglesia para orientar al Mundo? Así pasa lo que pasa, claro, que cada una de esas «iglesias» lo interpreta «a su manera», y hay tantas maneras de interpretarlo, como iglesias protestantes existen, que por cierto son miles: calvinistas, Evangélicos, Testigos de Jehová, mormones… todos dicen guiarse solo por la Biblia, ¡y son todos tan diferentes unos de otros! ¿Cómo puede ser posible?

—Pues por lo que tú dices, porque no hay un criterio único.

—¡Qué cosa más chocante, Mel! Como si la Verdad fuera múltiple e incluso contradictoria, cuando en realidad la Verdad es Única, como la Iglesia es única. Una Iglesia, que, por otra parte, es quien compiló y aprobó el contenido de ese libro, y que no cayó del Cielo como los protestantes parece que nos quieren hacer creer. Una Iglesia que preexiste, subsiste y ya existía siglos antes de que se compilase la Biblia, y existirá hasta el final de los tiempos, como la propia Biblia dice.

—Claro, pero es que ellos creen que la Biblia es la palabra de Dios, y lo que dice la Iglesia es la palabra de los hombres.

—Ambas cosas son lo mismo, Melanie. Como dije, la Biblia no cayó del Cielo ya escrita, sino que fueron los hombres quienes la escribieron.

—Y la escribieron de forma infalible, por cierto.

—¡Exactamente! ¿Por qué entonces ellos no admiten, cuando esos mismos hombres dicen cualquier otra cosa de forma infalible? Además, la compilación de los libros que tiene la Biblia se hizo muchos siglos después de morir el Señor, y fue la Iglesia quien decidió qué libros se consideraban inspirados y cuáles no. Es decir, la Iglesia siempre tiene la última palabra.

—En Enseñanza nos dijeron que los protestantes surgieron porque la jerarquía eclesiástica era malvada y corrupta, y lo sigue siendo, y ellos quisieron hacer una iglesia más pura. ¿Qué me dices de eso?

—Pues que es verdad. La jerarquía eclesiástica es malvada y corrupta, como son todos los hombres y las mujeres que habitan en el Mundo.

Que nadie se piense que la Iglesia es un hotel de santos, sino que es todo lo contrario, un hospital de pecadores. Todos somos pecadores, pues somos hijos de Adán, y hemos heredado la predisposición al pecado. Pero no creas que la jerarquía protestante no lo es menos. Es igual o peor, por la misma razón. Todos los hombres y las mujeres estamos hechos del mismo barro.

—Pero ellos reivindican la «pureza» de la Iglesia primitiva, y se intentan reflejar en ella.

—¡Ja! La pureza de la iglesia primitiva… ¡Es de chiste, Melanie! La Iglesia primitiva fueron los doce apóstoles, ¿verdad? Bien, ¡pues no hubo gente menos «pura» que ellos! Y si no, fíjate bien: de esos doce primeros jefes de la Iglesia, uno traicionó al Señor; otro le negó; y de los otros diez, nueve le abandonaron en el momento de su más extrema necesidad… ¡Vaya un expediente de méritos! ¿No te parece?

—Desde luego. Pero entonces, Eddy, ¿por qué el Señor quiso depositar algo tan sagrado en manos tan impuras?

—Pues por la misma razón por la que te ha elegido a ti, pequeña criatura, alma menuda que apenas has vivido unos días en el seno de una mujer, para que se enfrente nada menos que a un serafín angélico. ¡Un serafín angélico! Pero así es. Porque Él se complace en lo pobre, en lo pequeño, en lo insignificante, en lo mediocre, en lo bajo… para demostrar su gloria al mundo y al universo entero.

El Debate

—Buenas noches, señores espectadores que se conectan a esta señal por cualquier medio. Nos disponemos a presenciar el tan esperado debate entre los dos candidatos a la Presidencia del Consejo de Ministros de la República Italiana. Este será el último debate antes de las elecciones del próximo seis de diciembre, fecha en la que conoceremos cuál de los dos contendientes ocupará el cargo durante los próximos años.

El moderador carraspeó y se dispuso a consultar las notas finales antes de dar paso a los candidatos. A su derecha, a unos dos o tres metros, se encontraba Cassini, vestido con un impecable traje azul marino, camisa blanca y corbata oscura. El líder del partido LyC era ligeramente obeso, de unos cincuenta años, mediana estatura, y con la frente despejada a causa de una incipiente calvicie. Estaba «chapado a la antigua», pues llevaba gafas y un reloj de manecillas en su muñeca.

A la izquierda del moderador se encontraba Paolo. Su apariencia era totalmente opuesta a la de su rival: pantalón ajustado de color gris marengo, camisa azul de manga larga remangada hasta los codos, una banda de tiempo en su muñeca derecha, y el cabello largo ligeramente despeinado.

Tanto uno como otro tenían una tableta sobre sus atriles destinada a consultar notas tomadas con anterioridad o los mensajes que sus asesores les enviarían cada vez que su oponente hablara. En la primera fila de espectadores se encontraban esos consejeros divididos en dos bloques separados, y allí se sentaban Salvatore y Renato —los asesores de Cassini—, y Plinio y Mario en las cercanías de Paolo. El moderador siguió:

—Como todos ustedes saben, desde la reforma constitucional del año 2040, la *Costituzione della Repubblica Italiana*, ha sido modificada y se han cambiado las atribuciones del Presidente del Consejo y del Presidente de la República, de forma que el primero, que ahora se denomina también «primer ministro» debe ser elegido por sufragio y ha tomado algunas prorrogativas que anteriormente solo pertenecían al Presidente.

«El debate va a estar precedido por una pequeña introducción que realizará cada uno de los dos candidatos, para después pasar directamente al debate. Empezaremos por la presentación del señor Cassini, actual primer ministro, y candidato del partido Libertad y Crecimiento. Señor candidato, tiene usted la palabra».

—Gracias, señor moderador. Buenas noches, señores espectadores, gentes y pueblos de Italia. Mi propuesta de gobierno pasa por consolidar los logros que hemos hecho durante esta legislatura, y que pasan necesariamente por fomentar la instauración de una industria nacional potente, similar a la que este país ha tenido en el pasado, y que pueda competir y suministrar productos de consumo y empleos a todos nuestros compatriotas.

«Desde la invención de la fusión nuclear, el abaratamiento de las fuentes de energía ha supuesto que grandes extensiones del norte de África que anteriormente eran desérticas, ahora hayan pasado a ser fértiles al poderse desalinizar el agua del mar a muy bajo coste por el escaso gasto que supone la factura energética. Eso hace que Italia, uno de los primeros abastecedores de frutas y hortalizas al norte de Europa, haya dejado de serlo en favor de estos terceros países que ahora exportan los productos que antes producíamos nosotros. Paralelamente, por las mismas circunstancias, los países del norte también producen los mismos productos que consiguen cultivar en invernaderos asistidos por esta misma energía».

«Si a eso sumamos el desmantelamiento progresivo de la industria de automoción, metalúrgica y de infraestructuras que ha supuesto la competencia feroz con los mercados de Asia, nos encontramos con que nuestras tradicionales fuentes económicas han desaparecido».

«Por eso es nuestra intención, como venimos haciendo desde que comenzamos la legislatura, avanzar en la consolidación de una potente industria nacional que nos permita revitalizar el empleo y autoabastecernos de los productos nacionales, en lugar de tener que importarlos de terceros países. Eso permitirá generar millones de puestos de trabajo, que es lo que básicamente estoy ofreciendo ahora: prosperidad. Prosperidad y crecimiento económico para volver a ser el país que fuimos. Y para finalizar esta breve introducción, me permito anunciar una medida social sin precedentes en la historia de nuestro país: anuncio la gratuidad de la energía eléctrica para todas las familias pobres, quienes no tendrán que pagar más por calentarse en invierno. Se establecerá, si ganamos las elecciones, un cupo amplio de kilovatios a disposición de los hogares, y que será suficiente, más que suficiente diría yo, para garantizar que desaparece de nuestro país la pobreza energética».

—Muchas gracias, señor Cassini. Pasamos ahora a la introducción del señor Marengo, candidato del Partido de los Pobres.

—Buenas noches, pobres de Italia. Lo primero que quiero mencionar es la hipocresía del señor Cassini al anunciar ahora una medida como la que acaba de proclamar. Una medida efectista y poco relevante en

el mundo de hoy. Como él muy bien ha dicho, la fusión nuclear ha abaratado sensiblemente la factura energética de nuestro país y de prácticamente todos los hogares alrededor del mundo, y en Italia eso no es una excepción. Es muy fácil abaratar algo que ya no supone prácticamente un coste cuando se tendría que haber hecho en el pasado, en el mundo del petróleo, cuando verdaderamente era una lacra para las clases humildes y trabajadoras de nuestro país y de todo el mundo.

«Dicho esto, y por la escasez de tiempo, me quiero centrar en los objetivos que mi partido tiene si los italianos nos dan su confianza el próximo seis de diciembre. En primer lugar, queremos proponer una nueva reforma de la Constitución, para garantizar mediante la máxima ley que tenemos, el derecho que asiste a todo ciudadano italiano al Ingreso Mínimo Personal. Un ingreso, que, gracias a la presión del PDP y del consenso de todas las fuerzas sociales, hemos conseguido que este gobierno implante, y muy a pesar del LYC. De esa manera, nos aseguraremos de que nadie más ose modificar una ley tan importante como esa».

«En segundo lugar, es nuestro deseo subir las cantidades a percibir de una serie de ingresos, entre los cuales está el mencionado IMP. Pero no solo ese. También es nuestra intención subir las pensiones mínimas, para que los ancianos más vulnerables no tengan que malvivir con unas pagas raquíticas que apenas les llegan para subsistir, después de haber estado toda la vida trabajando y cotizando a la Seguridad Social. Y como no podría ser de otra manera, también queremos subir el salario mínimo interprofesional para equiparar los emolumentos de las personas más vulnerables de las clases trabajadoras, y que se vayan equiparando progresivamente a los de sus compañeros con salarios más altos. Y por supuesto, intentaremos implantar todos estos cambios en la propia constitución, insistiendo en un incremento anual proporcional al de la inflación o al del coste de la vida».

«Por otra parte, es nuestro deseo nacionalizar una serie de servicios esenciales a la ciudadanía, como son el derecho a la información. Entendemos que, para evitar bulos y la propagación de noticias falsas o exageradas, los periodistas y asimilados deberían ser servidores públicos que no presten más servicios a corporaciones privadas e interesadas en extender información errónea. De esta forma, se garantizaría su independencia e imparcialidad, como no pude ser de otra manera si entendemos que la realidad es única y no puede ser ocultada ni tergiversada».

«En definitiva, pobres de Italia, el eje vertebrador de nuestro gobierno no será otro, sino el del reparto de la riqueza, y de la justa

equiparación de las clases pobres de forma que alcancen el puesto que se merecen mediante la justicia social, el derecho a la justa remuneración y el derecho inexcusable de posesión de un hogar, que nosotros queremos también blindar por ley, para todos los italianos».

—Bien, pues una vez escuchados los discursos introductorios de los dos candidatos, pasaremos a continuación al debate en sí mismo. Comienza el señor Cassini.

—Muchas gracias, señor moderador. En primer lugar, señor Marengo, me gustaría que me dijera, que dijera a todos los italianos, de dónde va a sacar usted el dinero para acometer todas esas faraónicas empresas de incrementos retributivos.

—Pues la respuesta es simple, señor Cassini. Y creo que todos los pobres ya se la están imaginando. Lo sacaremos del dinero de los ricos, naturalmente. Pues el reparto de la riqueza no significa otra cosa más que el trasvase de los inmensos fondos que acumulan las clases acomodadas hacia las clases depauperadas, como no podría ser de otra manera.

—¿Piensa usted subir los impuestos, señor Marengo?

—Naturalmente. Es de justicia social que los que más tienen sean los que más impuestos soporten, mientras que los que menos tienen, no solo verán reducidas sus contribuciones al erario público, sino que recibirán o tendrán de alguna manera una suerte de «impuestos negativos», que mi departamento fiscal estudiará cómo implementar.

—Pero señor Marengo, ¿no se da cuenta usted de que, si sube los impuestos a esos «ricos» de los que usted habla, probablemente se marcharán del país? Se marcharán del país y lógicamente dejarán de invertir en Italia y crear los empleos que tanto necesita la nación.

—No, señor Cassini, eso no ocurrirá porque nosotros impediremos que se vayan.

—Puede que ustedes les impidan que se vayan, puede que ustedes impidan que saquen el dinero del país, pero lo que no van a poder impedir es que vengan más… lo que no van a poder impedir es que los que se queden traigan más dinero de fuera para invertirlo aquí, por miedo a ser expropiados, o expoliados. En definitiva, señor Marengo, si todos estamos subvencionados, ¿quién subvencionará?

—Señor Cassini, el dinero que tienen los ricos y que mantienen en sus grandes arcas y posesiones, es de tal calibre, que serviría para alimentar a todos los pobres durante generaciones.

—Ese presunto dinero al que usted alude, señor Marengo, será sacado del país antes incluso de que usted firme la orden de expropiación, y

no tendrá más remedio que sacarlo de la clase media, que son los que no se pueden marchar así como así. Y la clase media verá restringido su consumo al tener que destinar una mayor parte de sus ingresos a alimentar a los subsidiados, y eso significará más cierres y más desempleo. De nuevo usted volverá a exprimir a las clases medias y se restringirá aún más su consumo, hasta que solo usen su dinero para el consumo de subsistencia y entonces se convertirán también en pobres, con el agravante de que ya no habrá clase media a la que seguir exprimiendo.

—¡No, señor Cassini! ¡Nosotros impediremos que los ricos se lleven el dinero del país! ¡Impediremos que los magnates sigan incrementando sus beneficios empresariales a costa de los obreros! Basta ya de opresión, señor Cassini. Basta ya de tener que contribuir a que sus corruptos empresarios saqueen el dinero de los italianos. A que se lleven los tesoros de nuestra rica tierra italiana. ¡No les necesitamos, señor Cassini! ¡No les necesitamos! No necesitamos corruptos inflados con las riquezas saqueadas de nuestra tierra, de nuestros hijos, de nuestras mujeres, de nuestros hermanos pobres a quienes ustedes han saqueado de forma sistemática durante generaciones. Durante años y años de expolio que solo han conseguido hacer crecer sus barrigas y sus posesiones, mientras millones de italianos gimen de dolor, se mueren de frío malviviendo en las calles, y sus famélicos miembros siguen girando la manivela que mueve la inmensa maquinaria que ustedes los corruptos han creado para seguir siendo lo que son, unos corruptos opresores de los obreros. Pero eso se acabó, señor Cassini. ¡Se acabó! Ustedes no van a conseguir engañar a los italianos. No, señor, ustedes no lo van a conseguir. Porque el pueblo italiano no es tonto, y sabe de dónde viene su pobreza. De dónde viene su malestar. De dónde viene la ignominia y de dónde viene la penuria existencial con la que viven, mejor dicho, malviven. ¡Pero eso se acabó! ¡Eso se acabó!

—Parece usted un disco rayado, señor Marengo.

—A ustedes lo que les fastidia es que alguien como yo les diga las verdades a las claras. Que les diga lo que son. Que muestre su verdadera cara a todos los italianos a los que han engañado. Que alguien como yo que les haga ver a todos, que ustedes no son la solución sino el problema. Que ustedes no van a solucionar que millones de italianos sigan hambrientos, sino que incrementarán esa cifra de forma exponencial ¿Sabe usted lo que significa hacer crecer una cifra de forma exponencial, señor Cassini?

—Sí, si lo sé, señor Marengo.

—Sí que lo sabe, lo sabe muy bien. Sabe perfectamente que creciendo

una cifra de forma exponencial crecerán sus beneficios empresariales de forma exponencial. Crecerán sus posesiones de forma exponencial, y para ello no dudarán en hacer crecer su opresión de forma exponencial. Claro que lo sabe. Lo saben muy bien, y por eso el pueblo italiano está arruinado. Pero eso se acabó, señor Cassini. ¡Eso se acabó! El seis de diciembre se abre una nueva era para Italia. Una nueva y magnífica era que pondrá punto y final a décadas de opresión, de castigo, de expolio, de robo a manos llenas de las riquezas del país. De robo a manos llenas del salario de los obreros y de las pensiones de nuestros mayores. Unas pensiones que ustedes han hecho disminuir cada año a cambio de quedárselas en sus grandes y repletas arcas. De quedárselas y otorgárselas a los ricos que han cotizado más, gracias al expolio que han hecho del salario de los obreros. ¡No hay derecho, señor Cassini! ¡No hay derecho!

—Nosotros no nos hemos quedado con las pensiones de nadie, señor Marengo. El sistema contributivo está diseñado así, para que quien más cotice, luego tenga mejores pensiones, porque no sería justo lo contrario. Y si no, piense cómo funcionan las cosas, por ejemplo, en Estados Unidos. Es el país más rico del mundo y con diferencia, y no solo porque haya ricos, señor Marengo, sino porque toda su población es rica en mayor o menor medida. Un país donde no existen subvenciones de ninguna clase, donde el subsidio de desempleo apenas dura un mes. ¿Y sabe por qué, señor Marengo? Yo se lo voy a decir. Porque nadie necesita que el Gobierno le dé dinero para ningún menester, porque hay pleno empleo. Y cualquier persona que desee trabajar encuentra trabajo. Porque se ha facilitado y dado libertad a los empresarios para que, mediante la libre competencia, creen riqueza.

—Ese país es próspero señor Cassini, porque no ha tenido corruptos que saquen el dinero de la nación. Porque no ha habido empresarios traidores que expolien las riquezas de las fábricas para sacarlas fuera. Porque el dinero que han conseguido se ha reinvertido en sus propios ciudadanos, no como han hecho ustedes, que se lo han llevado a paraísos fiscales de toda índole repartidos por todo el mundo. ¡Eso es lo que ha pasado en Italia! ¡Eso es lo que ha ocurrido en nuestro país, señor Cassini!

—Señor Marengo, eso que dice usted no tiene ninguna sustentación. Nosotros no hemos sacado el dinero ni lo hemos llevado a ninguna parte.

—¡Miente usted, señor Cassini! ¡Miente! Su ministro de industria está acusado de malversación y su consejero del interior ha sido descubierto teniendo cuentas a nombre de testaferros en las Islas

Caimán. ¿Acaso niega usted estos hechos, señor Cassini?

—Son hechos aislados, señor Marengo. Hechos que todavía no han sido juzgados, y que cuando lo sean, se demostrará que no hay nada detrás. Y aunque no fuera así, como mucho se demostrará que son hechos particulares cometidos por personas particulares que no han actuado en nombre de nadie sino de ellos mismos, y por tanto no puede usted acusar por eso a todo un gobierno o a todo un partido.

—¡Eso es la punta del iceberg! Estamos seguros de que cuando los jueces lleguen hasta el fondo se descubrirá toda la trama, toda la trama corrupta que le salpicará a usted y a todos los miembros de su gobierno. ¡Es solo la punta del iceberg! Y todo viene de lo mismo, señor Cassini, ¡todo viene de lo mismo! De la excesiva acumulación de riquezas en manos de unos pocos, que se ven tentados de cometer todo tipo de tropelías, como estas de las que estamos hablando. Por eso yo abogo por el reparto de la riqueza, por el reparto del dinero, para que los ricos trasvasen su patrimonio, parte de su patrimonio, a los pobres, y que los países ricos se comprometan en una agenda de desarrollo para que se acabe de una vez por todas con la brecha, con el abismo insondable e inmenso que separa a los privilegiados de los desfavorecidos, los ricos de los pobres, los opulentos de los necesitados. Es de justicia, señor Cassini, ¡es de justicia! ¡La justicia social!

—Me hace mucha gracia eso que usted dice sobre el famoso «reparto de la riqueza». ¿De qué riqueza estamos hablando, señor Marengo? ¿Se refiere usted, al dinero? Porque si es así, el mero trasvase de fondos a quien tiene menos solo beneficia en el corto plazo, pues mientras esas personas sigan en situación de necesidad, necesitarán un trasvase continuo, que a largo plazo secaría las fuentes de donde vienen esos fondos. Y si se refiere usted a otro tipo de «riquezas», por ejemplo, de recursos naturales que pudieran tener esos países que usted llama «ricos», pues resulta que es al revés. Resulta que los países «ricos», son muy pobres en recursos naturales, de los que los llamados países «pobres», tienen en abundancia. Por ejemplo, Japón. Un país muy rico, pero con escasos o nulos recursos naturales, y podríamos citar como caso contrario a los países iberoamericanos, o subsaharianos, muy ricos en recursos naturales, pero totalmente empobrecidos. ¿Qué riqueza es la que hay que trasvasar o repartir, señor Marengo? ¿No será quizás, que lo que hay que

trasvasar no es «la riqueza», sino más bien el modelo de gestión? ¡El modelo de gestión, señor Marengo! ¿No le parece mucha casualidad que en todos esos países «pobres» impere el modelo subvencionario y de subsidios, el modelo populista de arruinar la economía para luego comprar votos con mendrugos de pan, mientras que en los países «ricos» lo que rige es la economía de libre mercado, sin trabas de ninguna clase?

—No es ninguna casualidad, señor Cassini. ¡No es ninguna casualidad! Lo que ocurre es que esos países han consentido que las fuentes de financiación se agoten, que los bancos dejen de prestar dinero, porque los especuladores los han vaciado. Los han vaciado a base de conceder préstamos y créditos a empresas y empresarios que se lo han llevado todo y han arruinado a esas entidades y a esos países que han tenido que recurrir a su nacionalización para absorber las pérdidas que han originado otros. Privatizamos las ganancias, pero nacionalizamos las pérdidas. ¡Qué bonito, señor Cassini! ¡Qué bonito! ¡No se puede consentir! ¡No se puede consentir, señor Cassini! No salven a los bancos. ¡Salven a los obreros! ¡Salven a los hipotecados! Salven a los que se quedan en la calle y tienen que ser desahuciados. ¿Cómo podemos consentir que el dinero público salve a los bancos para que esos desalmados sigan quedándose con las viviendas de la gente mientras mandan a sus legítimos ocupantes a vivir debajo de un puente? ¿Cómo podemos consentir que el dinero público se utilice para que ellos sigan llenando sus cajas fuertes y no para condonar las deudas de los necesitados?

—No hemos salvado a ningún banquero, señor Marengo. Los banqueros han perdido sus acciones y el capital invertido. Hemos salvado a unas entidades, que no a unas personas, para que esas entidades puedan conservar el dinero que los jubilados y los pequeños ahorradores han depositado para tener una previsión del porvenir. Un dinero que han ido ahorrando a base de privaciones, y que usted ahora parece que se lo quiere expropiar —yo diría más bien robar— y entregar a otros. Para eso ha servido el rescate a la banca. Para salvar a esas personas, y no a los banqueros. Y para seguir infundiendo confianza en la economía y que esta se mueva. Para que los empresarios puedan solicitar préstamos con los que crear empresas y crear empleos. ¡Empleos!, señor Marengo. Eso es lo que salva a la gente de la pobreza, y no las subvenciones.

—Para seguir enriqueciendo a los mismos de siempre, querrá decir. ¡A los mismos que se han estado llevando siempre el dinero de los italianos para alimentar su codicia! Pero no hay derecho, señor Cassini. ¡No hay derecho! No hay derecho a que luego esos empresarios que han crecido gracias al dinero público despidan a los obreros cuando ya no ganan tanto como deseaban, cuando ya no tienen las rentabilidades de dos o tres dígitos de antaño, ¡mientras pagan una miseria a los artífices de su riqueza! ¡Prohibiremos los despidos, Señor Cassini! ¡Prohibiremos los despidos! ¡No hay derecho a que esos y otros empresarios despidan a los obreros aun teniendo beneficios!

—Se equivoca, señor Marengo. Ese dinero no se da, como si fuera una subvención. Se presta. Y luego se tiene que devolver. Y si no lo devuelven, se va contra su patrimonio, el patrimonio de los ricos. Usted no puede exigir que un empresario sea una ONG, pues ellos arriesgan un capital y un patrimonio, mientras que el obrero no arriesga nada. No puede exigir que unos y otros tengan rentabilidades parecidas, pues desincentivará la inversión. ¿Le molesta a usted que su jefe gane mucho más dinero que usted? Muy bien, pues sea usted ese jefe y ganará tanto como él. Trabaje, ahorre, esfuércese y verá como lo consigue. Eso sí, con mi gobierno. Porque con el suyo, trabajará, ahorrará, se esforzará, y luego vendrá usted y se lo quitará todo. Y cuando se haya convertido en un pobre más, acudirá a usted y usted ya no le podrá dar nada porque no hay otros como él a quien seguir confiscando, robando y expropiando.

«Y si prohibimos los Expedientes de Regulación de Empleo, en lugar de despedir a una parte de la plantilla, al empresario no le quedará más remedio que despedir a todos y cerrar la empresa. Eso sí, le puede usted prohibir hacer eso también, sin duda, pero cuando se termine el patrimonio del inversor para seguir manteniendo a unos obreros que ya no trabajan, veremos a ver quién les sigue dando de comer. Y quién sigue interesado en invertir y en crear empleos en esas condiciones».

—Si no trabajan, señor Cassini, es porque el sistema capitalista no funciona. Porque el capital se retira y deja a los obreros desamparados. Sí, claro, los obreros importan cuando hay negocio a la vista, pero cuando el negocio desaparece, "yo no me hago cargo". ¡Qué bonito, señor Cassini! ¡Qué bonito!

—El capitalismo no es el mejor de los sistemas políticos, señor Marengo. Solo es el menos malo. El comunismo que usted parece defender es el responsable de millones de muertos solo en el siglo XX, y de la miseria exacerbada en la que vivieron los supervivientes.

—El comunismo mal aplicado es responsable de lo que usted dice,

desde luego, pero también hay que reconocer sus logros sociales. Unos logros que convenientemente llevados, y aprendiendo los errores del pasado, pueden hacer de Italia el paraíso de los pobres, de los obreros, de los desamparados, de todos los que sufren…

—Todo eso ya se ha ensayado, con múltiples variaciones, señor Marengo. Yo sinceramente no explotaría más una vaca que se ha quedado sin leche. Y como dijo Eugenio D'Ors, los experimentos se hacen con gaseosa, no con champagne. Con las cosas de comer no se juega, señor Marengo.

—Precisamente, señor Cassini, precisamente por eso tenemos que hacer todo lo que hemos dicho, porque con las cosas de comer no se juega, y menos si alguien se las queda. Como ustedes. Que se quedan las cosas de comer de los pobres y a estos no les queda nada. Pero nosotros no lo consentiremos, señor Cassini. ¡Nosotros vamos a acabar con los ricos! ¡Vamos a acabar con los ricos!

—Es curioso, señor Marengo. Nosotros con quien queremos acabar es con los pobres. Y la única forma de hacerlo es generar empleos para que dejen de ser pobres. Pero con lo que planea usted, me temo que van a quedar muy pocos con ganas de crear empleos.

—Claro, señor Cassini, porque su plan de fomentar la industria para dar empleo es fomentar y enriquecer a los de siempre, para explotar al obrero. ¡Claro que nosotros queremos fomentar el empleo! ¡Claro que nosotros queremos que los pobres dejen de ser pobres! Pero la única forma de hacerlo es con el justo reparto de las riquezas empresariales, para que los obreros dejen de ser pobres, para que los ricos cedan una parte de sus inmensas riquezas, para que, sin hacerse pobres, señor Cassini, sin hacerse pobres, ¿me entiende? Sin hacerse pobres, contribuyan a que los pobres dejen de serlo. Esa es la diferencia, señor Cassini. ¡Esa es la diferencia!

—Y ¿cómo piensa usted hacerlo, señor Marengo? Porque a mí la única forma útil que se me ocurre es, aparte de la subida de impuestos o de la expropiación, la creación de empleo. Porque cuanta más gente trabaje, más gente pagará impuestos, y así se podrán bajar los que ya tenemos. Y así seremos todos más ricos. No se trata de acabar con los ricos, sino que todos lo seamos. Y para eso, no puede usted desincentivar el ahorro mediante el miedo a la expropiación. Y para eso no puede usted amenazar con subir o equiparar las pensiones mínimas, porque eso significará que los autónomos y los pequeños empresarios no tendrán incentivo alguno para subir su base de cotización y contribuir más a las arcas comunes, porque al final les van a dar lo mismo a unos y a otros. Gobiernos como el suyo, que les dará el mismo dinero a los que han cotizado poco porque no lo han

querido ahorrar. Pero eso es lo que usted quiere, lógicamente. Comprar votos, pero con el dinero de los demás. En definitiva, señor Marengo, usted llevará a Italia a la ruina y conseguirá por fin su gran objetivo de equiparar a todos los italianos. Efectivamente, todos seremos iguales, igual de pobres.

—Es la justicia social, señor Cassini. ¡La justicia social! No es ético que unos vivan muy bien y otros vivan muy mal. No es ético y moral que unos pocos tengan mucho y otros no tengan nada. Todos somos seres humanos, señor Cassini. ¡Todos!

—¡Claro que todos tenemos derecho a tener mucho, señor Marengo! Pero una cosa es tener derecho, y otra que el Gobierno tenga obligación de darlo. Porque lo que usted no parece comprender es que la riqueza no es limitada. Reitero: la riqueza no es limitada. Es un gran error que cometen todos los comunistas, que abogan por el tan traído y llevado "reparto de la riqueza", o lo que muchos economistas también llaman, "la ley de la tarta". Esto es, considerar que hay una tarta, que a unos pocos les ha tocado más de la mitad de la misma, a otros les ha tocado un pedazo pequeño, y a otros no les ha tocado nada. Según ellos, —y según usted—, lo justo sería rehacer ese reparto y reducir las porciones de «los ricos», para que todos tuvieran pedazos de tamaño similar. Pero lo único que conseguiríamos con eso es que todos tuvieran acceso a porciones minúsculas, que no solucionarían nada. Porque la clave no es repartir la riqueza, sino crearla. ¡Crearla, señor Marengo! No quitarles la suya a los que todavía tienen algo, sino crear nuevas riquezas. Y en el ejemplo, eso significa hacer más tartas. No quitarles los pedazos a los que ya los tienen, sino hacer más tartas y que todos puedan comer. ¿Ve usted la diferencia, señor Marengo?»

—Claro que la veo, señor Cassini. Y, ¿sabe qué? Le doy la razón. Hay que hacer más tartas para que todos puedan comer. Porque el problema es que esa tarta de la que usted habla ya ha sido comida y los ricos han llenado sus barrigas con ella, mientras que los pobres están famélicos. ¡Claro que la solución es hacer más tartas! Pero que no se las coman siempre a los mismos, señor Cassini. ¡Esa es la cuestión! Lo que está usted haciendo es que los ricos sigan comiendo esas mismas tartas, sin que los otros puedan hacer otra cosa más que probar —si pueden—, las migajas que se les cae de la mesa del banquete con que festejan todos los días. ¡Esa es la diferencia, señor Cassini! ¡Esa es la diferencia! Las tartas siempre se las comen los mismos, y por eso es tan necesario el reparto de la riqueza. Una riqueza que es limitada, como limitados son los recursos de donde se obtiene.

—Le niego la mayor, señor Marengo. El reparto de la riqueza podría

estar justificado en la época preindustrial, cuando la agricultura era la única fuente de riqueza. Ahí sí que la riqueza era limitada, como limitada era la tierra de donde provenía esa riqueza. Un recurso que era poseído por los terratenientes, sin que el resto de la población pudiera hacer otra cosa más que conformarse con ser jornaleros.

«Pero es que los comunistas parecen haberse quedado anclados en esa época, y no se dan cuenta de que, con la revolución industrial, y más recientemente con la expansión del sector de los servicios, es posible crear riqueza con solo tener voluntad y esfuerzo. Sí, no me mire así, señor Marengo. No niegue con la cabeza. Es la verdad. Y si no, compruebe cuál era el producto interior bruto de Italia a principios del siglo XX, y compárelo con el que era a principios del siglo XXI, antes de que la izquierda arruinara al país. En esos cien años, ¡se había multiplicado por cien! ¿Cómo es posible eso, si la riqueza es limitada? Si la riqueza fuera limitada, seguiría siendo el mismo, ¿no le parece?

—Claro, el producto interior bruto creció, pero se lo han quedado los de siempre. Toda esa producción añadida ha ido a parar a las mismas manos, a los mismos que siempre han tenido sus arcas llenas. A los mismos que se han comido ya la tarta, y que ahora se están comiendo las nuevas tartas que se están haciendo. Y cuando llenaron su arca, llenaron otras nuevas, y así sucesivamente. Engordando y manteniendo los privilegios de los que han disfrutado durante generaciones. El PDP ha venido para terminar con todo eso, señor Cassini. ¡Eso se va a acabar!

—Bien, señor Marengo. Al menos usted ya ha reconocido que se puede crear la riqueza. Algo es algo. Pues bien, ¿por qué no la crea usted? ¿Eh? ¿Por qué no la crea usted, en lugar de quitársela a los demás? Así, todos esos pobres a los que dice representar podrían ser ricos sin necesidad de robarle nada a los que ya lo son y…

—¡Ellos ya la han robado antes! —bramó Paolo.

—Señor Marengo, por favor. Deje terminar al señor Cassini —intervino el moderador.

—Gracias, señor moderador. Las leyes persiguen el robo, señor Marengo. Si usted tiene pruebas de que algún «rico» ha robado algo, denúncielo a las autoridades.

—¡Se lo han robado a los pobres! ¡De ahí han sacado su riqueza! ¡Las leyes los amparan!

—Bien, pues, si usted cree eso, ¡cambie las leyes! ¡Cámbielas, si es que llega al poder!

—¡Claro que lo haremos! ¡Cambiaremos esas injustas leyes para que nadie pueda volver a robar!

—Me congratula que diga usted la palabra «nadie». No sabe cómo me alegro. Porque eso incluye a los «pobres», ¿no? Es decir, los pobres no deberían tampoco robar a los ricos, ¿verdad? ¿O es que ellos sí pueden? Porque, si tanto detesta el robo, no irá a instaurar otras leyes que sigan amparándolo, y que solo cambien los supuestos autores, ¿no? Si todos somos iguales, sería inconstitucional que, dependiendo de quién robe, unos sean impunes y otros no…

—¡Se trata solo de restituir lo que se han llevado!

—Vamos a ver, señor Marengo. Ese «robo» del que usted habla, según ha dicho, ha sido legal, pues las leyes lo han amparado. Bien, pues entonces no es un delito, y esos «ladrones» no son tales. Por tanto, no vuelva usted a «robar legalmente», si tanto lo detesta.

—¡Es una cuestión de justicia!

—Es una cuestión de justicia que tanto los pobres como los ricos tengan sus tartas, ¿verdad? Bien, pues entonces, ¡fabrique más tartas! ¿No hemos quedado en que es posible hacerlo? ¿Os que usted no puede o no sabe? Porque si es así, teniendo a su disposición todos los resortes del Poder y todos los recursos de un país, desde aquí le conmino a que abandone su pretensión de ser nuestro gobernante. Y quien dice «usted», dice «cualquiera». Cualquiera puede hacer más tartas, señor Marengo. Solo es necesario trabajar, esforzarse, ahorrar para luego invertir… vamos, lo mismo que han hecho esos «ricos» a los que usted reprueba. Pero no. Usted pretende machacar al que se ha esforzado, al que ha trabajado y se ha privado incluso de lo esencial, al que gracias a su esfuerzo ha podido crecer y dar empleo a otros, al que gracias a su sacrificio ha tenido éxito. Y a ese lo “despluma” para robarle su dinero y así otorgar dádivas a «los pobres», para con eso comprar sus votos a cambio del miserable *pienso* con el que los alimenta. ¡Qué bueno es el PDP, que se preocupa por los pobres! Qué bueno es, que los condena a comer pienso de por vida, en lugar de fomentar y proteger la iniciativa empresarial para que así puedan comer comida de verdad.

—Hasta aquí ha llegado el debate, señores candidatos —interrumpió el moderador—. Y, para terminar, solo queda que realicen sus últimas apreciaciones, y para ello disponen, como ha sido acordado, de un minuto cada uno de ustedes. Comienza el señor Marengo.

—Gracias, señor moderador. Me quedo con las ganas de replicar al señor Cassini, pero me centraré en lo esencial, por falta de tiempo —Paolo carraspeó y después siguió—: italianos, pobres de Italia. Dentro

de una semana tendremos la oportunidad de cambiarlo todo, o de que todo siga igual que antes. De que el partido de los ricos continúe su opresión sistemática hacia las clases trabajadoras y continúe su incesante labor de pauperización de las personas sin recursos, o que todos los pobres de Italia dejen de serlo. Es una oportunidad única que no admite demora alguna, pues la Historia nos ha dado la oportunidad de contar con vosotros. De contar con los pobres. Nunca un partido político ha osado llamarse de esa manera, es decir, «partido de los pobres». Nunca un partido político ha tenido la determinación como tenemos nosotros de finalizar de una vez por todas con la pobreza, con la corrupción política, con todas las estructuras que hacen que cada uno de los pobres de este país sigan siéndolo de manera indefinida. Solo el PDP puede hacerlo. Solo el PDP tiene la osadía y la determinación de poner en cada una de las bocas de los italianos el necesario sustento al que todos los hijos de este gran país tienen derecho. Si desaprovecháis esta oportunidad, pobres de Italia, no os quejéis luego de que os oprimen, de que os explotan, de que los empresarios os exprimen para requisar los emolumentos que legítimamente os corresponden. Luego no os quejéis de que no tenéis una casa donde descansar por las noches porque un desalmado banquero os ha expropiado el hogar al que deberíais tener derecho según la Constitución italiana. Luego no os quejéis de que…

—Gracias señor Marengo, se le acabó el tiempo. Pasamos el turno al señor Cassini. Por favor, señor Cassini, sus últimas apreciaciones.

—Gracias, señor moderador. Solo quiero incidir en una cuestión, que para nosotros es vital y así quiero hacerlo comprender. La prosperidad nos la dará el empleo y no la subvención. El empleo privado, lógicamente, pues crear empleo público solo hace crecer el gasto, sin que haya contribuyentes suficientes que con sus impuestos sostengan el sistema. Por el contrario, cuantos más empleos privados podamos generar, más impuestos se recaudarán, e incluso se podrán dar subvenciones a quienes reamente las necesitan. En definitiva, todos seremos más ricos, y no se dejará a nadie atrás. Y para lograrlo, se necesita que el empresario se vea libre de trabas para poder contratar, y también para poder despedir, con las necesarias limitaciones, naturalmente, pues si no, jamás creará más empleos, ni los que tenga los podrá sostener durante mucho tiempo. Por último, aunque el señor Marengo no lo cita textualmente, su política es claramente comunista, y el comunismo sobre el papel es atractivo, pero en la práctica la realidad es tozuda: una y otra vez se ha demostrado que no funciona. Todo lo contrario que el capitalismo. Sobre el papel no es atractivo, pero de nuevo la realidad se impone: una y otra vez se ha demostrado que es la única forma posible de hacer que el mundo funcione, que el

mundo crezca y que el mundo prospere. Muchas gracias.

—¿Por eso los protestantes no pueden ser santos de primer nivel?

—No Mel, la gracia de Dios está abierta a todo el mundo, sean protestantes o católicos o incluso a personas que pertenecen a otras religiones.

—Pero Eddy, yo apenas conozco a gente que sean de mi nivel que hayan sido protestantes. Salvo los niños, claro. Pero de las personas mayores… no me suena ninguno.

—El problema es que los protestantes son cristianos, pero de una forma incompleta. Han rechazado una parte de las enseñanzas de Jesús, y además no gozan de la protección que dan los sacramentos, pues solo tienen uno que es el bautismo. Por eso es tan difícil para ellos ser santos de nivel 1, pues les falta esa parte de la gracia que necesitan para alcanzar esa distinción y que solo los sacramentos pueden proporcionar a las personas que han llegado a la edad de la razón. Pero no es algo que se les esté negado de entrada, ni mucho menos.

—Eso es lo que siempre me he preguntado. Si fuera de la Iglesia no hay salvación, y muchos de ellos se salvan, incluso perteneciendo a otra Iglesia, ¿no deberían condenarse todos?

—No, Melanie. No tiene nada que ver una cosa con la otra. ¡Claro que fuera de la Iglesia no hay salvación! Pero Dios se las ingenia para que los méritos de su Hijo lleguen a todos los corazones, incluso a los que aparentemente están fuera de la Iglesia. Es lo que llamamos la Última Vía. ¿Te hablaron de eso en Enseñanza?

—Me suena…

—Hay mucha gente que, como te digo, está aparentemente fuera de la Iglesia, pero sus corazones no lo están. Es algo parecido al bautismo de intención. Esto sí sabes lo que es ¿verdad?

—Sí, Eddy. Es el deseo que puede tener una persona de ser bautizada, pero que sin embargo no encuentra a ningún cristiano que lo bautice. Como el bautismo es necesario para entrar en la Vida, pues esa persona estaría destinada a ir al Infierno. Y ahí la gracia de Dios se derrama para bautizar de alguna manera a esa persona que solo tiene la intención, sin que el hecho se consume.

—Muy bien, Melanie. ¡Veo que has sido una alumna aventajada! Pues con la pertenencia a la Iglesia pasa algo parecido. Muchas personas pertenecen a la Iglesia por intención, incluso aunque ellos mismos no

lo sepan, porque su comportamiento y su actitud les hace ser un miembro de la misma. Eso sí, siempre que el pecado no lo estropee todo, naturalmente. Y luego además está la Última Vía.

—¿Tiene eso algo que ver con la Divina Misericordia?

—Es eso, Mel. Es la Divina Misericordia. Lo que el Señor le reveló a santa Faustina, la gran santa polaca del siglo XX. Él ofrece una última oportunidad de salvación en el momento de la muerte a las almas con mayores pecados. Él les extiende la mano, y esas almas solo tienen que extender la suya y agarrarla… aunque hay muchas que aun así no lo hacen. ¿No te parece triste, Melanie?

—Me parece tristísimo, Eddy. ¡Tristísimo!

—¿Entiendes ahora por qué yo me enrolé en la división de Salvamento?

—Claro que sí, Eddy, ¡claro que sí! ¡Es la misma razón por la que me enrolé yo!

Empuje final

—A ver viejo zorro, cuéntame cómo van esas encuestas… ¡me tienes en ascuas!

Al día siguiente del debate, el líder del PDP se reunía en su despacho con sus dos colaboradores más estrechos, es decir, con Plinio y con Mario.

—Pues me temo que tengo malas noticias, jefe. No me lo explico, pero ahora vamos por detrás. Hemos bajado en todos los segmentos, excepto en el público femenino de las clases menos acomodadas. Ahí sigues arrasando, o incluso subimos. Eso sí, también tengo que decir que hay un treinta por ciento de indecisos en todos los niveles.

—Ha sido por el debate, Paolo —opinó Mario—. Siento decírtelo, pero Cassini te ha ganado.

—¡No puede ser por el debate! —saltó el viejo—. ¡Pájaro de mal agüero! ¡El jefe hizo un trabajo impecable! —gritó—. Es cierto que antes de eso ganábamos, aunque por la mínima. Pero ahora tampoco nos ganan por goleada. Son solo cinco puntos —apreció, mirando alternativamente a cada uno—. ¡Solo cinco puntos! Nada que no podamos solucionar, en el tiempo que nos queda.

—Cinco puntos es mucho —objetó Mario—. Quizás demasiado.

—¡No es demasiado! ¡Claro que no lo es!

—Caballeros, tengamos la fiesta en paz —intentó serenar el jefe—. Sea por el debate o no lo sea, ahora no me valen recriminaciones. Quiero hechos. Acciones a tomar. Nos queda una semana y podemos dar un vuelco a las encuestas si lo sabemos manejar.

—Tendrías que haberte casado, jefe. Ya te lo avisé en su momento, y perdona que te lo recuerde ahora otra vez. La gente en este país sigue siendo muy tradicional y muy conservadora para algunas cosas, y esa es una de ellas. La soltería no es apropiada para un político. Todos los presidentes de la República y del Consejo han sido y son hombres casados. ¡Ya te lo dije! Tenías que haberte casado, aunque fuera por lo civil.

—Claro que sería por lo civil, viejo, ¡solo faltaría! Pero no, Plinio. Nosotros hemos venido a cambiar el país, y esa es una de las cosas que tenemos que cambiar. Las absurdas tradiciones y los dogmas incuestionables. Nosotros somos el futuro y eso de casarse es del pasado. Ya lo es desde hace tiempo, de hecho. Yo no soy hombre de casarme, y nunca lo seré. Así que no me vengas con monsergas. Vamos

a intentar dar un vuelco a esas encuestas y para eso, me temo que no nos queda más remedio que manipularlas. Sabéis a qué me refiero, ¿verdad?

—Claro, Paolo. A movilizar a los indecisos —afirmó Mario.

—Efectivamente. El votante de nuestra cuerda es proclive a quedarse en casa en lugar de ir a votar si no se le espolea convenientemente. Si no se le pone en la tesitura de que, como no vote, van a ganar los de siempre. Así que quiero, Plinio, que comiences a difundir el bulo de que estamos en un empate técnico. Así se movilizarán. Así verán que su voto puede contribuir mucho a que ganen unos u otros. Y si a eso le añadimos el terror a los despidos que insinuó Cassini en su última intervención, pues es posible que lo consigamos. ¿No os parece?

—Me parece bien, jefe. Hablaré con todas las plataformas y las encuestas del empate técnico volarán alto. Eso déjalo de mi cuenta. Y también haré correr un bulo de que Cassini pretende anular la indemnización por despido. Me inventaré un «borrador» que hemos descubierto «por casualidad», donde así se establece.

—¡Ese es mi Plinio!

—Hará falta algo más, Paolo, por si acaso —dijo Mario—. Tendremos que intentar movilizar también por la vía del corazón, por si lo de las encuestas nos falla.

—Ya sé a qué te refieres, amigo. Vas aprendiendo rápido y eso me gusta. ¿Qué sugieres?

—Una acción contundente. Una especie de *cliffhanger*, o lo que se considera un momento culminante o punto de no retorno.

—Sí, ya sé lo que es un *cliffhanger*, Mario. La pregunta es qué sugieres concretamente. ¿Qué tienes en la cabeza?

El joven se quedó mirando a su jefe, y tras unos segundos de silencio, lo soltó:

—Un atentado.

—¿Un atentado? —dijeron los otros dos, casi al unísono.

—Sí —corroboró, con seriedad—. Que Plinio haga correr el bulo de que Cassini teme tu victoria y quiere deshacerse de ti como sea. Y por eso las bases más acérrimas de su partido perpetran un atentado.

—¡Me encanta! —clamó Paolo—. ¡Nada mejor que eso para movilizar a los nuestros!

—Desde luego —confirmó el viejo—. Así nadie se quedará en casa, sino que votarán por una cuestión…

—Del corazón —dijo Mario.

—Eso es. ¿Cómo podríamos organizarlo, Plinio?

—Humm… habrá que buscar un lugar óptimo… un sitio por donde no pase nadie, naturalmente. Haremos explotar algún tipo de artefacto casero cuando tu vehículo pase por ahí, a escasos metros de tu llegada… déjalo también de mi cuenta. Será algo que tendremos que hacer el día antes de las elecciones, lógicamente, para que no les dé tiempo a reaccionar.

—Sí —dijo el jefe—. Y tendremos preparadas todas las respuestas, y todos los comentarios que correrán como la pólvora acusando a Cassini de todo lo que le hemos venido acusando siempre, solo que ahora «con pruebas».

Los tres sonrieron, se levantaron, y se chocaron las palmas. A continuación, Plinio dijo:

—De verdad, Mario, cada vez me caes mejor.

—¡Oh! Eddy, ¡Qué pena me dan todos esos protestantes! ¡Les han engañado! Los creadores de esa falsa enseñanza les han privado del acceso a casi todos los sacramentos… ¡Así no me extraña que se condenen tantos!

—Se condenan por los pecados, Mel, no por ser protestantes. Porque pecan, como todos los hombres, y encima lo hacen manteniendo la buena conciencia. No tienen el sacramento de la Confesión, porque se creen que no lo necesitan. Sus próceres les enseñaron que solo la Fe basta para salvarse, cuando la propia Biblia les dice textualmente que la Fe sin obras está muerta. Es lo que dice la carta de Santiago en el capítulo 2:26. Ellos dicen que solo la Fe basta, cuando la propia Escritura nunca lo dice. Ellos, que siguen la Biblia tan al pie de la letra, parece que no ven que, la única ocasión en que la palabra "solo" y la palabra "fe" aparecen juntas es para decir precisamente que *«una persona es considerada justa por las obras y no solo por la fe»*.

—Es un triunfo del Maligno, ¿verdad Eddy?

—No te quepa la menor duda, hijita. Y los miembros de la Iglesia contribuyeron a ello, para mayor desgracia nuestra. Y por eso nuestra labor es tan necesaria. Porque no tienen sacramentos con los que luchar contra esos pecados que cometen con buena conciencia, porque se creen que ya están salvados. Cuando la propia Biblia les repite una y otra vez de forma tozuda, que las obras son muy importantes.

—Es que es obvio, Eddy. ¿Qué se creen, si no, que significa la palabra «pecado»?

—Y más con la frecuencia que aparece esa palabra en la Biblia, Mel. Y lo mucho que les apercibe Jesús para que no pequen, ¿verdad? Pero, ¿sabes qué? —siguió—. El sacramento más importante del que carecen, es la Eucaristía. Ya lo dijo el Señor en el Evangelio de San Juan en el capítulo 6:51:

En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive, y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: quien come este pan vivirá eternamente.

—Esto es la Eucaristía, pequeña Melanie. ¡La Eucaristía! El más grande

de los sacramentos, sin lugar a dudas. Es lo que reciben los hombres y las mujeres cuando comulgan en las misas o en las camas de los hospitales. ¡La Eucaristía! El cuerpo y la sangre de Jesucristo… que los protestantes rechazan.

—Ellos no interpretan así ese pasaje, Eddy, ya lo sabes.

—Claro, Mel, por eso se guían solo por la Biblia, para que no venga nadie y les diga lo que no quieren oír. Ellos interpretan los pasajes «a su manera», que es la manera de los hombres y no la manera de Dios. La manera cómoda, y no la incómoda. Y ahí es donde el Maligno entra con toda su fiereza. Les tienta para que «su interpretación» sea la falsa, la que menos conviene para su salvación. Y es tan fácil, Melanie… es tan fácil sacar de contexto una cita, un versículo, un pasaje… Es tan fácil tergiversar la Palabra de Dios para que parezca que nos dice las cosas que queremos hacer y no las cosas que Dios quiere que hagamos…

—Es que ellos creen que el Mundo es el Cielo. Confunden el camino con el destino.

—¡Muy bien, Melanie! Lo has definido perfectamente. Pero los hombres se equivocan. La única felicidad posible es seguir a Cristo, y Cristo nos ha señalado el camino de la Cruz. Pero es una cruz alegre, gustosa, una cruz que salva y que vivifica. Ya lo dijo el Maestro: «Mi yugo es suave y mi carga ligera», según nos narra San Mateo en el capítulo 11:30 de su evangelio.

—En Enseñanza nos hablaron de eso de forma muy clara. Déjame que te cite dos pasajes que hablan así, aunque tú ya te los sabes, supongo:

«Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien perdiera su vida por mi causa y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,34-35).

—Y el otro es este:

«Entrad por la puerta estrecha, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que van por allí. Pero es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que la encuentran» (Mt 7,13-14).

—De verdad que eres una alumna aventajada, Melanie. Esas citas lo dejan bien a las claras, y están en la Escritura que los protestantes tanto dicen seguir tan al pie de la letra. Lástima que los demonios les hayan cegado el corazón para que solo se fijen en los pasajes «cómodos», y no en los difíciles.

El triunfo

—¡Pobres de Italia! ¡Amados compatriotas! ¡Hemos ganado las elecciones! ¡Sí! ¡Hemos ganado las elecciones!

El público enfervorizado rodea la sede del partido mientras jalea vigorosamente a su líder, el nuevo prócer de la patria italiana. Miles de militantes y simpatizantes venidos desde todos los rincones del país manifiestan su afecto. Los hombres y las mujeres vitorean al nuevo mesías que les ha prometido paz y un torrente ilimitado de dinero, mientras sus rostros reflejan la alegría y la esperanza, la ilusión y el regocijo, la satisfacción y la confianza. Las siglas del PDP aparecen pintadas en la frente, en los pómulos, en el cuello… Las mujeres lloran y exclaman sin cesar: ¡Paolo! ¡Paolo! ¡Paolo!

—¡Pobres de Italia! A partir de hoy se abre una nueva era. ¡Una era esplendorosa y radiante en la que se acabarán las lágrimas y los llantos se transformarán en sonrisas! ¡Qué tiemblen los ricos! ¡Qué tiemblen los opresores! ¡Qué tiemblen los explotadores de toda índole!

—Bueno, basta ya —exclamó Cassini—. Renato, por favor, apaga esa pantalla. No soporto más ver esa pantomima.

El hasta entonces primer ministro se reunía con sus asesores para comentar lo sucedido la noche del seis de diciembre, el día de las elecciones. Su cara desencajada mostraba un profundo pesar por la derrota, al tiempo que Renato, su mano derecha y jefe de campaña, y el joven Salvatore, la gran promesa del partido, intentaban explicarse lo que había ocurrido.

Renato apagó la pantalla y después dijo:

—Ha sido por la mínima, desde luego. He de reconocer que han sabido hacerlo bien en la última semana.

—Sí, lo del atentado ha sido todo un acierto —corroboró Cassini—. Con eso no contábamos, aunque podíamos haberlo tenido en cuenta. No sé cómo se nos ha podido escapar.

—¿Creéis que ha sido un montaje? —preguntó Salvatore.

—¡Por supuesto que ha sido un montaje! —afirmó Renato, con rabia —. Justo el último día, ¡qué casualidad!

—Ha sido un montaje —intervino Cassini—, como todo lo que hacen estos advenedizos. Tienen bien estudiado el arte de la manipulación y nos han ganado por la mano.

—¿A quién se le habrá ocurrido? —preguntó Salvatore, mirando hacia

Renato—. Ha sido un golpe de efecto tremendo. ¿Creéis que habrá sido cosa de Plinio?

—No lo creo. Ese hombre es un tramposo, pero no tiene tanta imaginación.

—Habrá sido idea del mismo Paolo —sugirió el joven.

—No es su estilo —afirmó el jefe—. Aunque por conseguir el poder sería capaz de cualquier cosa. Su ambición no conoce límites.

—Pues entonces, ha sido él.

—Insisto, no es su estilo. A él le va más la batalla dialéctica.

Los tres se callaron por unos instantes. Renato siguió:

—Puede haber sido ese hombre, Mario. Siempre suele estar cerca.

—¿Quién? —preguntó Cassini.

—Mario Sacche. Junto a Plinio, es su mano derecha.

—¿Qué sabemos de él?

—Poco. Es un tipo muy astuto. Vino a verme para ultimar los detalles del debate. Cuando le vi tan joven, me dije: «a este me lo como yo de un bocado». Qué iluso fui. ¡Casi consigue engañarme él a mí!

—Bueno, al final no salió tan mal. El moderador no era de los nuestros, pero tampoco fue de los suyos. Apenas intervino, ni para un lado, ni para el otro.

—Yo también lo conozco —intervino Salvatore—. Mario hizo conmigo el máster de ciencias políticas. Un hombre muy reservado. Apenas hablaba con nadie y casi no venía a clase.

—¿Ah no? ¿No alternaba con vosotros a la salida?

—No. Las pocas veces que vino le esperaba su mujer, una tal Julia, y se marchaban juntos. Yo creo que ya trabajaba para el PDP, y estaba muy ocupado. Aun así, casi sin venir, sacó las mejores notas de toda la promoción. La presentación del trabajo de fin de curso fue impecable y le dieron la matrícula de honor por unanimidad del tribunal. Ese tipo tiene un cerebro privilegiado…

Cassini se echó hacia atrás y suspiró, mostrando una cara de honda preocupación:

—Pues entonces, caballeros —dijo, finalmente—, es un enemigo de primer orden. Habrá que vigilarlo de cerca, e intentar averiguar algo sobre su pasado. Algún punto débil tiene que tener.

—Desde luego. Aunque ya poco podemos hacer, ahora que han

ganado las elecciones.

—Nunca es tarde, Salvatore. Nunca es tarde.

—Ya, pero si hacen lo que dicen de nacionalizar los medios de comunicación, entonces ya no habrá nadie que les haga sombra, ni que les rechiste. Crearán un nuevo «Pravda», como en la Unión Soviética, y censurarán a todos los que se opongan.

—Puede ser —dijo Renato—. Lo pueden hacer directa, o indirectamente.

—Entonces, ahora… ¿Qué pensáis que va a ocurrir? —el joven estaba francamente preocupado.

Cassini volvió a recostarse sobre su sillón y miró hacia arriba. Tras unos segundos dijo:

—Pues, depende. Hay dos alternativas. O bien no hacen nada, y siguen más o menos con lo que nosotros estábamos haciendo, en cuyo caso dentro de cuatro años volveremos al poder. O si no…

—O si no, ¿qué?

—Si siguen con su programa, entonces durarán menos todavía. Algunos amigos empresarios ya me han dicho que van a poner pies en polvorosa. Lo han hecho ya, de hecho, cuando las encuestas nos decían que se aproximaban. Y apenas amanezca mañana, la desbandada va a ser brutal. No va a quedar ni un solo «rico» a quien exprimir y se tendrán que conformar con lo poco que quede. El desempleo pasará del treinta actual al cuarenta o al cincuenta por ciento en poco tiempo. Comenzarán con las expropiaciones y en cuanto hayan expropiado ya todo lo expropiable y se lo hayan comido todo, entonces se comerán los unos a los otros.

—¿Crees que volveremos a ver las cartillas de racionamiento? —preguntó Salvatore, asustado.

—Si cumplen su programa a rajatabla, no te quepa la menor duda. Espero que no sean tan tontos o tan cafres, y dejen algo para que podamos reconstruir el país dentro de unos años, cuando los echen a patadas los mismos que ahora les han votado.

—Van a dejar Italia devastada —intervino Renato—, si Giuliani no los echa antes.

—¿Pero el presidente puede hacer eso?

—En teoría, no puede. La Constitución se lo prohíbe. Pero la pueden liar tan gorda que puede ocurrir cualquier cosa. Y nosotros tenemos que hacer algo, desde luego —Cassini se detuvo por un momento y

luego preguntó: —Renato, ¿has podido averiguar algo acerca de la conexión brasileña?

—¿Qué es eso de la conexión brasileña? —preguntó Salvatore.

—Es un chivatazo —contestó el aludido—. Nos ha llegado por medio de la embajada en Brasilia. Quizás no sea nada, pero tenemos que estudiarlo con cuidado. Los del PDP han obtenido parte de su financiación a través de ciertas empresas financieras de ese país.

—Pero… ¿no les financiaba Proseismedia?

—Recibían de varias partes. No se fiaban del todo de Claudia y prefirieron diversificar sus fuentes. Yo hubiera hecho lo mismo —señaló Cassini.

—Pero recibir dinero de empresas extranjeras… eso no es ilegal… ¿No? Nosotros mismamente también hemos recibido préstamos de otras entidades financieras. Además, la madre de Marengo es de allí. Quizás tengan conocidos de la familia, o algo por el estilo.

—Sí, claro, puede ser lo que tú dices, Salvatore. Pero también puede ser un «préstamo» a cambio de favores que esperan recibir, en el futuro. Favores que pueden cobrarse a través del erario italiano, me refiero.

—¿Tú crees que pueden llegar a tanto?

—Yo no me creo nada, de momento. Pero esta gente es nueva y no les conocemos lo suficiente. Tenemos que explorar todas las posibilidades sin descartar ninguna. Quizás por esa vía podamos salvar al país del desastre, antes de que se hunda definitivamente.

Una cruz insuficiente

—Pero, ¿por qué, Eddy? ¿Por qué ese sufrimiento en el Mundo? ¿Por qué la Cruz de Cristo no fue suficiente y definitiva, de forma que nosotros, sus hijos, tenemos que seguir sufriendo?

—Así es el Dios de los cristianos, Melanie. Un Dios que si se tuviera que definir con una sola palabra esa sería «Amor» y amar significa sufrir. No hay amor sin sufrimiento, y cuánto más se ama, más se sufre. Cuánto más se quiere a alguien, más se sufre por esa persona. Y si no, que se lo digan a los padres y a las madres; a los esposos enamorados; y cómo no, a Dios mismo, quien entregó a su Hijo a una muerte de cruz para salvar a todos los hombres. Son dos caras de la misma moneda, Mel, y recuerda que Dios hizo a los hombres a su imagen y semejanza, como dice el libro del Génesis. Por eso amar significa sufrir, como Él sufre por nosotros. Porque nos ama. Si nos diera todo lo bueno sin sufrir, ¿qué mérito tendría? ¿Lo valoraríamos igual? ¿Acaso no valoramos más algo que nos ha costado conseguir que lo que se nos da gratis, por muy bueno que sea? Y recuerda que todo viene del pecado original. De aquella maldad tan grande que sufrimos todavía hoy los hijos de Adán. Que no supimos valorar el inmenso regalo que Dios nos hizo al colocarnos en el Paraíso Terrenal, y por eso lo perdimos. Pero el amor de Dios es tan grande que nos volvió a dar otro paraíso. Un paraíso incluso mayor que es el Paraíso Celestial. ¿No es acaso una prueba de su amor?

—Sí, claro.

—Nuestra naturaleza es proclive al pecado porque es egoísta. Es el instinto animal, Melanie, el instinto de supervivencia que excluye al otro, al prójimo. Pero Dios nos ha dado un alma racional para que nos demos cuenta. ¡Para que nos demos cuenta! Para que nos demos cuenta de que solo el servicio a los demás nos puede dar la salvación eterna. Todo el que se niega a sí mismo y se derrama a los demás puede entrar en el Reino, y quien no lo hace está excluido. Son palabras duras, Melanie, palabras duras que nuestra naturaleza humana rechaza, pero nuestra alma acoge con amor y dulzura. Esa es la cruz, hijita. La cruz alegre que solo puede proporcionar la mayor de las alegrías: el servicio a los demás.

—El servicio como el que hacemos nosotras, ¿verdad? En nuestra División, me refiero. Intentamos que se salven las demás almas.

—Por ejemplo. Pero preguntas por qué la cruz de Cristo no fue suficiente y definitiva… ¡Claro que lo fue! Pero no a la manera como creen los protestantes. Ellos ya se dan por salvados y se creen que

pueden pecar y hacer lo que les plazca en el Mundo, pues la puerta del Cielo ya está abierta para todos. Y aun siendo cierta esta afirmación, no es menos cierta otra que dice que a nadie se le obliga a entrar. Solo entran los que están injertos en Cristo, y si alguien no lo está, no puede entrar. No puede entrar porque no lo desea. Porque hace lo que aborrece el Señor y de esa manera se autoexcluye voluntariamente y ya no está injerto en Cristo. Es nuestra misión, Melanie. Es nuestra misión en la División de Salvamento que los hombres se den cuenta de esto… antes de que sea demasiado tarde.

—Antes de que se mueran y ya no haya remedio. A eso te refieres, ¿verdad?

—Exactamente. En la época en la que yo vivía en el Mundo, nuestra misión era intentar por todos los medios que se arrepintieran de los pecados, como ahora, pero también intentábamos prolongar la vida de los pecadores empedernidos, para que pudieran llegar a mayores. La gente mayor se vuelve menos intransigente, menos dura, más dispuesta a ceder y a perdonar. Hay que procurar que se arrepientan en vida, y la vejez suele ser un momento propicio, pues uno se ve en necesidad, y empatiza más con los necesitados. En la época actual eso ya no es tan importante, pues la gente por lo general no se muere joven. Pero, sin embargo, la sociedad moderna nos ha privado de una herramienta muy importante de la que disponíamos antes con generosidad, y que ahora se ha vuelto muy escasa. ¿Adivinas cuál es?

—Déjame pensar… algo que teníamos antes en abundancia y que ahora no tenemos… ¿Puede ser la fe?

—Sí, la fe. La Fe mueve montañas, como decía el Señor, pero es que es verdad. Cuando una persona es cristiana, aunque sea pecadora, no suele ser tan mala como cuando es atea. Los reyes absolutistas, las dictaduras que se dicen «de derechas», todos sus dirigentes han hecho el mal, pero nada comparado con el mal que han hecho las dictaduras ateas, como por ejemplo las dictaduras comunistas. Solo hay que ver el número de muertos que han dejado atrás unas y otras para darse cuenta. ¡Es aterrador, querida Melanie!

—Un pedagogo de Enseñanza nos dijo que es porque los dictadores cristianos “tienen” a alguien por encima de ellos, que les juzgará en el Más Allá. Algo que no pasa con los dictadores que son ateos. Esos no tienen a nadie ni temen las consecuencias de sus actos.

—Exactamente. La semilla del mal habita en todos los hombres, pero quien se dice cristiano sabe que hay una autoridad por encima de él que le pedirá cuentas cuando se muera, y aunque solo sea por ese miedo, se restringe de los pecados más execrables, aunque ya sabemos

que no siempre es así. Pero desde luego, quien no tiene a nadie por encima, quien se cree Dios, ese no tiene nada que temer, y entonces es despiadado y cruel, y le da igual matar a una persona que a un millón.

—Eso que dices también lo contaron en Enseñanza, Eddy. Hacían referencia al odio que mucha gente tiene hacia los sacerdotes, a quienes acusan como tú dices de «los pecados más execrables». Nos dijeron que, aun habiendo casos de grandes pecadores, desde luego nada que ver con el resto de gente que habita en el Mundo, ya que ¿cómo es posible estar cerca del fuego y no sentir su calor?

—Lo has descrito perfectamente, hijita, y el ejemplo es magnífico. Pues esa es nuestra misión, Melanie. Hacer que la gente se arrime «al fuego» para que sientan su calor y dejen de tener frío.

Un año sabático

Todo había comenzado años atrás, cuando conoció a Fiorella durante el año sabático que pasó en Italia tras terminar la carrera de Derecho.

La chica era una activista del MDP, que eran las siglas de Movimiento para la Defensa de los Pobres, una organización estudiantil que buscaba llamar la atención de los medios de comunicación, y denunciar la precariedad en la que vivían los desfavorecidos en el sur de Italia.

Fiorella comenzó a salir con Paolo, y él comenzó a integrarse en las jerarquías del MPD. Hasta que llegó a ser uno de sus dirigentes más representativos.

Pero su asignación económica se estaba terminando, y se vio en la tesitura de tener que volver a Londres y comenzar a estudiar el máster de Ciencias Políticas que pensaba hacer. Eso significaba, desde luego, tener que volver a depender de su padre, el tan odiado Vittorio Marengo, el burgués «enemigo de los pobres» que era su progenitor.

Y fue entonces cuando conoció a otra mujer clave en su ascenso político, una mujer sin la cual probablemente no hubiera llegado tan lejos, o quizás no tan pronto. Se trataba de Claudia Antonelli, la dueña de Proseismedia y de la cadena RDI.

Como se ha dicho, la RDI controlaba una buena parte de los medios de comunicación en el país de los Apeninos, desde los medios convencionales a las redes sociales, donde el famoso ejército de robots virtuales —miles de cuentas falsas— influenciaban con sus comentarios sobre las tendencias políticas que debían tener y pensar todos los italianos.

Fiorella le había aconsejado estudiar en Italia aquel máster, pero la falta de fondos le estaba abocando a tener que retirarse a Inglaterra, o bien encontrar un trabajo en aquel país con el que costearse los estudios. Y entonces la aparición de Claudia fue providencial.

Ella lo conoció, como no podía ser de otra manera, a través de una plataforma televisiva, donde unos periodistas de su cadena le estaban entrevistando tras pronunciar un discurso en una plaza pública de Nápoles.

Claudia se quedó impresionada ante aquel joven, y no se equivocó cuando se decidió a mover los hilos necesarios para que el muchacho consiguiera una beca con la que poder costearse el máster y sufragar su estancia en Italia mientras lo hacía.

Después los acontecimientos vinieron rodados, y el MDP se transformó en el PDP, con Paolo a la cabeza.

Ni que decir tiene que sin el apoyo mediático de Proseismedia y de otros medios que se sumaron a ese soporte, el PDP no hubiera pasado de ser un simple partido más, de los muchos cuyas papeletas se encontraban los italianos al acudir a una mesa electoral.

Y es que la publicidad lo es todo, y sin la publicidad nadie es nada, por muy bueno que uno sea. Y publicidad precisamente no le faltó al Partido de los Pobres.

Tanto Paolo Marengo como sus otros dirigentes, no paraban de salir en todos los medios de comunicación a todas horas del día o de la noche, y los robots virtuales llenaban de vídeos, de frases y de discursos las tabletas de todos los italianos, afiliados o no al partido, simpatizantes o detractores de todas las tendencias políticas.

Se había creado una expectación tal, que todo el mundo seguía con ilusión, o con preocupación, dependiendo del sentido de sus tendencias políticas, cada una de las apariciones de su carismático líder. Y eso, como no podía ser de otra manera, era lo que pretendía Claudia Antonelli: crear expectación. Aparte, lógicamente, de otros apetitos.

Como empresaria y además empresaria de éxito, sabía perfectamente que los ingresos por publicidad eran más elevados cuanto mayor audiencia tuvieran sus medios de comunicación. Y para eso no había nada mejor que crear expectación.

La misma noche del recuento, cuando la victoria era ya segura, Claudia fue la primera que le llamó para felicitarle:

—Felicidades por tu victoria, *pichoncito*. Ha sido inapelable.

—Muchas gracias, Claudia. Sin tu ayuda no hubiera sido posible —contestó, usando una frase hecha que estuvo repitiendo durante toda la noche a toda la gente que le llamó.

—Espero que no te olvides de mí, ahora que ya has conseguido lo que querías.

—Espero que no te olvides tú de mí, Claudia, ahora que ya no te daré tantos motivos para la esperanza —replicó el otro, con sarcasmo—. ¿Seguiré contando con el apoyo de tus medios?

—Eso dependerá de cómo te portes, *pichoncito*. Dependerá del caso que me hagas, lógicamente. Has estado muchos días sin venir a verme últimamente… Te he echado de menos —ella parecía no captar la ironía.

Paolo estuvo a punto de decir que no pensaba volver a verla en su vida, y que se despidiera de él para siempre. Pensó en decir que le daba asco verla desnuda, que odiaba con todas sus fuerzas el hecho de tocar aquella carne blanca como la cera y llena de implantes por todas partes. Pero en el fondo, ya no le importaba demasiado. Como tampoco le importaba ya que le siguiera llamando «pichoncito». No volvería a oír ese estúpido apelativo nunca más. Había llegado donde estaba gracias a ella, desde luego, pero ahí acababa todo. Ella insistió:

—¿Cuándo vendrás a mi casa, para celebrarlo?

—Ahora es imposible, Claudia —contestó, diplomáticamente—. Ni siquiera sé si lo haré… algún día.

—Ya veo —acabó de comprender.

Se hizo un silencio en la línea, pues eso significaba un claro adiós. Entonces le preguntó:

—¿Piensas seguir tu programa a rajatabla?

—Por supuesto. Hasta la última coma. No te quepa la menor duda.

—Pues entonces, yo seguiré ganando mucho dinero —replicó, convencida—. El dinero me compensará de alguna manera, si tú me olvidas. Porque no hay nada que levante más expectación que el miedo, y tú darás muchos motivos para tenerlo.

—¿Piensas hacer campaña en contra mía?

—*Pichoncito*… parece mentira que no me conozcas. Nunca he hecho campañas a favor ni en contra de nadie. Yo solo he apostado fuerte por una única persona: Claudia Antonelli.

Sus propios dioses

—Es el gran triunfo del Maligno, Mel, hacer creer a los hombres que el Demonio no existe.

—Y así campa a sus anchas por el Mundo, Eddy. Ya no hay crucifijos en las casas ni imágenes de los santos, ni de la Virgen… Así puede entrar en ellas y en la gente con toda facilidad, sin encontrar resistencia alguna.

—Así es, Melanie. Cuando yo vivía en el Mundo todavía había Fe. La gente normalmente creía en Dios, y aunque éramos pecadores —como son todos los hombres desde Adán—, sabíamos que Él era el Dios que existía, y el Único que podía existir. Pero la gente que vive en la época actual, en la época en la que tú fuiste concebida, ha vuelto a creer en los ídolos. En los falsos dioses, en los mismos dioses que se creía antes de que el Señor viniera al Mundo para abrirnos los ojos.

—¿Cuándo fue eso, Eddy?

—Fue algo después, ya en tiempos de mis hijos y de mis nietos, cuando el mundo se rebeló contra Dios y quiso que desapareciera de la vida de la gente. Ahí fue cuando el Maligno comenzó a triunfar y naciones enteras se alejaron de Dios y de la Luz. Mis hijos pensaban que ese era el futuro, el ateísmo racional como se llamaba entonces. Pero nada más lejos de la realidad. Consiguieron apartar a Dios de sus vidas, pero el hueco no fue rellenado por «nada», como esperaban, sino por falsos dioses.

—Ellos mismos son sus propios dioses ahora…

—O peor, Mel, ¡O peor! Es lo que te decía, los antiguos dioses han vuelto a renacer. Ahora que la gente ya no cree en Dios, no es que no crean en nada. ¡Es que cree en cualquier cosa! Ahí tienes el «Reiki», la curación por fórmulas mágicas, por emplastes, los horóscopos, la adivinación… Todo eso existe desde que el Mundo es mundo. Y ahora esa supuesta «racionalidad» de la que tanto presumen los hombres, les ha hecho abrazar, otra vez, los cultos paganos. Ahora son las “Energías” las que dominan el panteón donde antes habitaban aquellos dioses, el panteón donde antes habitaba Dios. Atribuyen poderes mágicos a esas «energías» que ni ellos mismos saben qué es lo que son, o dicen que es algo “cuántico”, la nueva palabra de moda.

—Eso lo he oído yo decir a muchas personas, cuando he acompañado en operaciones de salvamento.

—Pero eso es pecar gravemente contra el primer mandamiento,

Melanie. Nuestro Dios es un dios celoso, y no tolera que sus hijos adoren a falsos dioses. Los israelitas adoraban a estatuas de madera y los hombres de hoy adoran a esas “fuentes de energía mística” a las que han deificado. Es curioso como todos esos ateos que se dicen tales, siguen creyendo en la suerte, en las premoniciones, e incluso en el mal de ojo.

—¡Ja! En el fondo creen en el demonio, pero no creen en Dios. ¿Cómo puede ser eso posible, Eddy?

—Lo que te decía, es el Maligno quien ha triunfado sobre todos ellos y les ha hecho sus súbditos. Ha puesto delante de sus ojos una oscura capa de suciedad para que no vean la luz. ¡Y vaya si ha triunfado! Y lo peor es que gran parte de la culpa la tenemos nosotros, Melanie. No hemos sabido hacer atractiva la religión, la única religión viva y verdadera.

—¿Cómo es posible que no hayamos podido hacer atractiva una cosa tan preciosa?

—Los sacerdotes no tienen buena prensa en la sociedad de hoy. Los periodistas solo hablan de los curas cuando hay casos de abusos. Y así la gente solo tiene de ellos esa imagen.

—¿Por qué?

—Porque algo de lo que no se habla, es que no existe. Y aunque esos casos sean ciertos, que lo son, la gente piensa que es la generalidad, en lugar de casos aislados. Por eso nadie hace opción por la Iglesia Católica, Melanie, porque a primera vista, no es atractiva. Miran a Jesús en la cruz y dicen «eso no es para mí»; miran a los miembros de la Iglesia y dicen «yo no quiero ser como ellos».

—¡Qué gran error!

—En parte esa es la razón por la que las confesiones protestantes son tan atractivas. Porque se han despojado de todo lo «incómodo» que tiene el catolicismo, Melanie. Ellos no tienen el celibato, ni la abstinencia, ni el ayuno, ni la confesión de los pecados a un sacerdote, ni tienen la misa… permiten los métodos anticonceptivos, niegan la existencia del Purgatorio, e incluso niegan el Infierno, hija, pues habiendo despenalizado el pecado, ¿quién va a ir al Infierno? Han quitado todo lo incómodo y se han quedado con lo que a ellos les parece «cómodo», en una religión hecha a la medida del hombre, y no a la medida de Dios. Una religión que está a un paso de la increencia, una religión descafeinada y de mentirijillas, una suerte de cristianismo «light», que no salva ni vivifica, desprovisto de la fuerza y la sustancia que tiene la religión verdadera, la única posible.

—Pero los hombres tienen necesidad de creer, Eddy.

—¡Claro que sí! Porque la creencia es algo intrínseco a la naturaleza humana. Y como tal, buscan una religión, una fe en la que derramarse… Y el Maligno está presente para que elijan lo que no deben elegir. Les muestra el camino de las «energías» que están ahora tan de moda, o alguna de esas falsas creencias orientales que son tan “modernas”, pero que en realidad son tan antiguas como el mismo Demonio. Pero la Fe no es algo que se pueda elegir como quien elige una novia, o un empleo, o votar a un partido político. No es una cuestión de gustos, precisamente. No es cuestión de buscar lo más cómodo o lo más atractivo a simple vista, sino de buscar lo Auténtico, lo Verdadero, lo Cierto y lo Real, aunque sea incómodo. Porque eso, en el fondo, es también lo más cómodo, y lo más atractivo, una vez que se conoce.

Un desequilibrado

Eran las diez de la noche y comenzaba a hacer frío. El invierno se estaba echando encima, y un viento gélido soplaba desde el Tíber en dirección al Coliseo. Aun así, prefirió dejar el coche oficial y marchar caminando hacia su casa. Necesitaba pensar, necesitaba decidir qué iba a hacer…

La urbanización estaba desierta a esas horas y tan solo se oía el ladrido de algún perro en la lejanía. Siguió caminando por la cuesta que llegaba hasta su casa, en aquella exclusiva residencia que se había comprado hacía poco tiempo. Se parecía algo al lugar donde ahora vivían sus suegros en Milán. Porque sus suegros, la familia Puccini, ahora residía en una mansión que había pertenecido a un tal Stefano Rizzi, y que habían comprado en una subasta.

El Secretario de Gobierno estaba ya cerca del chalet, cuando un vehículo autónomo subió aquella cuesta a gran velocidad, y tras doblar la calle que conducía hacia la avenida principal, se perdió en la noche como una exhalación. Entonces se decidió. Sí, eso es lo que haría. No podía hacer otra cosa, dadas las circunstancias, y dada la persona por quien lo estaba haciendo.

—Hola cariño, ¿qué estás haciendo levantada? —le preguntó a Julia, tras darle un beso.

La mujer estaba en la cocina; llevaba un delantal puesto, y tenía al más chico de sus tres hijos en brazos, el pequeño Paolo.

—Le estoy preparando un biberón. Ha vomitado el anterior, y ya ves —dijo, con resignación, al tiempo que el niño volvía a expulsar otra bocanada de leche que terminó de manchar la ropa de la madre.

—Julia, tendríamos que contratar una niñera. Tenemos dinero de sobra. Y una criada. Así tendrías más tiempo para dedicarte al trabajo, a lo que te gusta. De verdad… no sé por qué te niegas.

—Mario, esto ya lo hemos hablado. Lo que me gusta son mis hijos, y eres tú. Y esto, aunque parezca lo contrario, lo hago con gusto.

—Ya, pero…

—No voy a meter a nadie extraño en mi casa —le interrumpió—. Ya lo sabes. Quién ha nacido pobre… sigue siendo pobre, aunque tenga dinero. Es lo que dice mi madre, y así es.

Mario la agarró de la cintura y le dio un beso, al tiempo que también besaba al pequeño. Después le dijo:

—Voy arriba a darme una ducha. Luego hablamos.

Julia terminó de preparar el biberón y tras dárselo al niño le acostó con cuidado. Después salió del dormitorio y se encontró a su marido en la cocina, donde estaba comiendo algo que había sacado de la nevera.

—¿Es que no has cenado en el Palacio?

—No he querido quedarme más tiempo.

—¿Has vuelto a discutir con él?

—Sí, otra vez —contestó—. Hemos tenido una buena bronca.

—Y, ahora, ¿por qué ha sido?

—Está desequilibrado, Julia. Y paranoico perdido, también. No sé si el poder se le ha subido a la cabeza, o qué, pero desde luego, este no es el hombre que yo conocí años atrás. Hoy ha dimitido el ministro de Industria. ¿Te has enterado?

—No. He estado toda la mañana en el parque con los niños. Y ese no es un tema de conversación entre las madres, desde luego.

—Pues ya lo ves. Y con este ya son nueve los ministros que se han largado, Julia. De los ministros importantes solo queda el de economía, y no sé lo que aguantará... Paolo está haciendo todo lo posible para culparle de todo, cuando el único culpable es él.

—Menos mal que no aceptaste el cargo de ministro de Comunicación…

—Desde luego. A estas alturas… O me habría ido yo también, o no sé lo que hubiera pasado. Como Secretario de Gobierno paso más desapercibido.

—¿Tú crees que ocurrirá eso que dicen? Me refiero, las revueltas, los saqueos y todo eso…

—No me extrañaría nada. Lo raro es que no haya sucedido ya. Todos los inversores están huyendo despavoridos. No queda ni una sola empresa de relevancia en pie que no haya sido expropiada o nacionalizada. Y todas están casi en la ruina.

—Bueno, simplemente estáis cumpliendo vuestro programa, ¿no es así? ¿No fue eso lo que prometisteis en la campaña electoral?

—Claro, Julia, pero una cosa es lo que se dice en campaña y otra lo que luego se hace. Ya lo sabes. Siempre es así. Hubiera bastado con hacer algún gesto, alguna nacionalización puntual de algún sector, para que no nos puedan acusar de no haber cumplido. Pero, no tanto,

ni de forma tan indiscriminada.

—No me puedo creer que Paolo no se dé cuenta de eso. Con lo listo que es…

—Es que te digo que no es el mismo. ¡Claro que se da cuenta! ¡Claro que sabía que todo era un engaño para conseguir votos! A la gente se le maneja con las emociones, pero luego toca aplicar la realidad.

—¿Entonces?

—Pues no sé si es que se ha creído sus propias mentiras, o es que hay alguien detrás que le está manejando.

—¿Que le está manejando? ¿Quién le va a estar manejando? ¿Giuliani?

—¿El presidente? No, desde luego que no. Ese es un pelele.

—Pues entonces, ¿quién? ¿Claudia?

—¿Claudia? Imposible. Ya no se hablan. Ni él la recibe. La tiene un odio casi visceral.

—Pues entonces, no lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo, Julia, yo tampoco. Es todo muy raro. Lo único que sé es que esto se hunde. Esto se hunde, Julia, y yo no sé qué hacer. He venido dando un paseo para intentar pensar. Para decidir si me largo yo también, o si me quedo con él.

Julia alzó los ojos y los abrió de par en par. Finalmente preguntó:

—Y, ¿qué has decidido?

—¿Tú qué crees?

—Pues que te quedas con él. Te conozco bien.

—Sí que me conoces bien —admitió, mientras la abrazaba y le daba un beso—. Ese hombre nos ha dado todo lo que tenemos, Julia. Nos lo ha dado todo, a nosotros, y también a tus padres y a tus hermanos. Me quedaré con él, pase lo que pase. Porque yo tengo fe, tengo fe en que cambiará.

—¿Cambiará antes de que sea demasiado tarde?

—Ya es demasiado tarde, Julia. Tengo fe en que cambiará, algún día, y volverá a ser el de antes. Volverá a ser el que era, es decir, mi amigo. Y mientras tanto, tengo que estar con él para lo que me necesite.

Una mención que no se hace

—Oye Eddy, tengo una duda, a ver si tú me la puedes resolver.

—Tú dirás, pequeña.

—El otro día estuve en misa. Acompañé a mi prima Rose a la Eucaristía con el padre Michael. Ya sabes, ese cura que tiene tan buena fama.

—Es un buen sacerdote, Melanie.

—Sí, no está mal. He estado con él en otras misas, y así me lo parece. Pero, ¿sabes qué? En el fondo es como los demás.

—¿A qué te refieres?

—Pues verás, ahora te lo explico. En Enseñanza nos hacían presenciar muchas misas, como sabes. Todos los miembros de la Iglesia tendemos que adorar a Jesús en la Eucaristía, y lógicamente nos quedábamos a oír la homilía.

—Naturalmente.

—Yo ya me di cuenta entonces, Eddy, y por eso acudí al padre Michael para ver si él era diferente, pero me equivoqué.

—Y ¿en qué te equivocaste, pequeña? Dímelo de una vez porque me tienes en ascuas…

—Pues que no hablan del Infierno, Eddy. Por extraño que parezca.

—Tú también te has dado cuenta, ¡eh!

—Pues sí. Al principio pensé que era una estrategia de Dios, el ocultar el Infierno a los hombres, aunque no entendía muy bien por qué. Entonces fui a consultar la Biblia, —ya sabes que soy un poco torpe, y a veces me despistaba en las clases—, fui a consultar con un amigo de mi edad que está en el destino de Teología, y le pregunté sobre estos temas. Quería saber si Dios por alguna razón no mencionó el Infierno en las Escrituras, ni Jesús habló de ello. A mí me sonaba que sí, pero por si acaso acudí al experto. Y, ¿sabes que me dijo?

—A ver, sorpréndeme. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Pues que solo en el Antiguo Testamento se menciona cuarenta y siete veces, Eddy, ¡Cuarenta y siete veces! Y en el Nuevo, no recuerdo el número de veces que me dijo, porque ya sabes que yo soy muy mala para los números. Pero un montón, Eddy, ¡un montón! Y no solo citando textualmente la palabra, sino también en forma de parábolas, de muchas maneras. Que si la puerta es ancha, que si el sarmiento se

echa al fuego, que si es mejor subir manco, que bajar con las dos manos, en fin, un montón de pasajes donde Jesús previno a la gente contra las consecuencias del pecado, y les avisó del Infierno. Así, literalmente. ¡Estaba constantemente hablando de ello!

—Claro, Melanie, y, ¿a ti que te parece eso?

—Pues qué me va a parecer. Pues que es normal, Eddy. ¿acaso Él no vino al mundo para salvarnos? Para salvarnos del Infierno, naturalmente.

—Naturalmente.

—Si la gente le hiciera más caso, no tendríamos tanto trabajo en nuestra División, ¿no te parece?

—Me parece.

—Pues entonces, Eddy, ¿por qué los sacerdotes nunca hablan de ello? ¿No deberían de parecerse al Maestro? ¿Acaso no actúan en su nombre? Es que no lo entiendo, la verdad.

—Pues es muy fácil, Melanie, es lo que hemos hablado otras veces. ¿No adivinas quien está detrás de todo eso? ¿No adivinas quién está detrás de todos los males que existen en el Mundo?

—A ver déjame pensar… ¿el Maligno? —preguntó, mientras la otra asentía—. ¿De verdad, Eddy, que es el Maligno? ¿Hasta en la Iglesia se mete?

—Me temo que sí, pequeña.

—Pero, ¿cómo es posible?

—A ver, en la Iglesia como tal no puede entrar. Eso es tanto como decir que puede entrar en el Paraíso, y eso es algo que no puede hacer. Mejor dicho, no quiere hacer, pues ya sabes que, en su momento, al Principio, todos los ángeles, incluyendo los malos, estaban con Dios. Pero a los hombres, incluyendo a los hombres que pertenecen a la jerarquía eclesiástica, pues los tienta, Melanie. Los tienta constantemente, y muchas veces se sale con la suya.

—Pero, ¿con qué les tienta Eddy? ¿Cómo puede convencer a los sacerdotes de que no hablen del Infierno? ¿Qué tipo de tentación es esa?

—No es una tentación, hijita, es un engaño. Les hace creer a ellos, y a sus jefes los obispos, que si hablan del Infierno espantarán a los fieles. Los asustarán y ya no querrán volver a la iglesia. Por eso es.

—Pero, ¿qué tontería es esa? ¿De verdad lo dices, Eddy, o solo te lo imaginas?

—Es así, Melanie. Es así, y como bien dices, es un error. Cuando yo vivía en el Mundo hace trescientos años, los sacerdotes nos hablaban del Infierno, casi en cada homilía. Y no sé si era por eso, pero todos éramos creyentes. Y ahora, cuando se necesita más que nunca, cuando más increencia hay… ni se menciona. Es un error colosal, que como tú bien dices nos da tanto trabajo en nuestra División. Porque eso es tanto como no hablar de las inyecciones a los enfermos, no vaya a ser que se asusten por temor al pinchazo. No vaya a ser que se vayan del hospital, cuando es muchas veces la forma de administrar el remedio que los curará. Es una pena, Melanie, pero así es.

—¿Y no se puede hacer nada?

—Claro, para eso estamos en nuestra División.

—Ya, pero, sería mejor actuar en la fuente del problema, ¿no te parece?

—Me parece, Melanie, y ¡vaya!, te veo muy combativa hoy, con lo modosita que tú eres. Y no solo me parece a mí, sino que también le parece a Dios. De hecho, hay una sección en el mundo angélico que está destinada a esa labor, aunque de momento con escaso fruto. Está asistida por gente de nuestra División, por sacerdotes antiguos, de mi época y de épocas anteriores, que están escandalizados con esa conducta, y eligieron ese destino para colaborar. Para colaborar en lo posible asistiendo a los ángeles e intentando intervenir en el Mundo para que comprendan que por ahí no se puede seguir. Y lo ilustran con ejemplos sacados de personas reales. De personas reales que están ya entre nosotros y que se lograron convertir y arrepentir de sus pecados a causa de que alguien les habló del Infierno.

—Es que es lo normal, Eddy.

—Claro, Mel, lo que pasa es que muchos sacerdotes e incluso personas muy católicas todavía se burlan cuando se representa al Infierno como un lugar donde hay demonios con disfraces de cuero rojo, con cuernos, rabo y un tridente.

—¿De verdad se piensan que así son los demonios? Pues si los hubieran visto… Si hubieran visto cómo son de verdad…

—Son imágenes alegóricas que se usaban en el pasado, Melanie. Desafortunadas para la sociedad de hoy. Y la gente se piensa que los que van al Infierno van a estar torturados por esos diablos de chiste, y pinchados con el tridente.

—¿Y por eso los sacerdotes no quieren hablar de ello? ¿Por qué se creen eso?

—No, Mel, los sacerdotes saben, creo yo, que la mayor pena del

Infierno no es que nadie les pincha con un tridente, sino que lo peor es el hecho de no estar con Dios, que es en lo que consiste la felicidad intrínseca a la que está destinada el alma humana. Una pena horrible que equivale tanto como a eso, en el fondo. Pero se quedan con la forma, y no con el fondo, y es allí donde yo creo que reside el error. Esa soledad asfixiante y eterna en la que se encuentran los condenados. Mejor dicho, los que se autocondenan y se encierran en el Abismo por no poder soportar los enormes remordimientos que tienen cuando llegan al Más Allá, y descubren, iluminados por la luz sobrenatural, todos sus malos actos. Todo el daño pasado, presente y futuro que han hecho y que les toca revivir en el momento de su muerte, poniéndose en el lugar de sus víctimas, y que les horroriza de tal manera, que se arrojan al Infierno. Ese es el mensaje que hay que transmitir, Melanie, y ojalá pronto los sacerdotes se den cuenta.

Pelotas con núcleo de acero

—Esto se nos va de las manos, jefe. Ya es el quinto día que esa gente rodea el palacio, y esta vez vienen decenas de miles. Han ocupado todas las calles de los alrededores, han montado tiendas de campaña…

—Manda a los antidisturbios, Plinio. Que carguen las escopetas con pelotas de goma reforzada. Ya sabes, las que tienen un núcleo de acero. Y también a los carros de agua a presión. Y por supuesto, que usen gases lacrimógenos.

—Pero Paolo, ¿no crees que sería mejor convencerles con la palabra? —ofreció Mario—. Y con los hechos, naturalmente. Además, vamos a perder el apoyo popular si hacemos eso, y es lo único que nos queda. Aunque ya poco, por cierto.

—¡No lo perderemos! ¡Eso, jamás! ¡El pueblo me adora! Simplemente diremos que los manifestantes eran la gente de Cassini. Que están rabiosos por haber perdido el poder hace tres años y todavía les dura el enfado. Que quieren derrocarme para volver a implantar la opresión y la explotación, el caos y la represión, el…

—Pero jefe, los medios están mostrando a las claras que incluso entre los manifestantes hay gente que perteneció a nuestro partido…

—Claro, porque no nos han dejado nacionalizar los medios de comunicación… Si lo hubiéramos hecho, esto no estaría pasando. ¡No estaría pasando!

El poder se le había subido a la cabeza y se había convertido en un maníaco ególatra. Había perdido los papeles y no sabía manejar una situación económica tremendamente desfavorable, que había originado una fuerte explosión social.

—Bueno, Paolo, como tú me dijiste una vez, ahora no es tiempo de recriminaciones —insistió Mario—. Necesitamos soluciones. ¿Qué hacemos con esos manifestantes? Toda esa masa de gente hambrienta… Y no me digas que mandemos a la Policía, por favor.

El jefe se reclinó sobre el sillón de cuero color gris marengo, su color favorito, el mismo que recubría las paredes de su despacho donde se encontraba la sede del Gobierno, en el Palacio Chigi. Se colocó las manos entrecruzadas sobre el abdomen y tras pensar unos momentos dijo:

—No vamos a hacer nada. Ya se cansarán de venir. Además, anuncian lluvias para los próximos días. A ver cuánto tiempo aguantan a la intemperie, con el frío que hace.

—Ya, pero esto es solo el comienzo, Paolo, deberíamos hacer algo para reactivar la actividad económica —advirtió Mario—. Ayer estuve hablando con el ministro de economía y me ha propuesto que deberíamos implantar de inmediato una serie de medidas encaminadas a…

—Ese patán… —interrumpió el jefe— solo busca volver a la senda de la explotación obrera, bajar los salarios mínimos, bajar las pensiones, subir los impuestos a los pobres…

—Sí, todo eso, ya lo sé, pero como esto siga así, nos van a desalojar del Gobierno.

—No, Mario, no van a hacer nada de eso —advirtió el jefe, esta vez más sereno—. El pueblo no lo consentirá. El pueblo sabe que me necesita para su subsistencia. Conmigo tienen garantizado el alimento y el sustento, y saben que no tienen otra alternativa.

—¿No tienen otra alternativa?

—No, Mario, no la tienen. ¿Es que no te das cuenta? Por muy arruinados que estén, por muy pocas cosas en propiedad que les queden, ¿quién les va a dar de comer, sino yo? ¿Les va a dar de comer Cassini? ¿El fascista? ¿Desde cuándo se ha preocupado él por los pobres? Solo se preocupa por los empresarios y no por los obreros. ¡No olvides esto nunca, Mario! Esto lo saben hasta ellos. Favorecer a las empresas, dice el ministro… Incentivar a las pequeñas empresas para que den empleo… ya, claro, pero entonces ¿quitamos esos fondos del alimento de los pobres? ¿No te das cuenta de que no puede ser? Además, ¡para qué! ¿Acaso los empresarios nos votan? ¿Acaso los dueños de las pequeñas empresas nos votan?

—No, desde luego que no.

—¿Pues entonces, para qué les vamos a favorecer? Ya te lo dije una vez, Mario, el dinero solo sirve para comprar votos. Y los votos se compran con subsidios y ahora con alimentos. Además, *el pienso* no les va a faltar. Y si los terratenientes dejan de sabotear sus campos, tendrán algo más que *pienso*. Tendrán hortalizas, frutas frescas, leche, yogures, mantequilla… tendrán todo eso y más, Mario. Ellos son los culpables de lo que nos pasa. ¡Ellos! ¡Ellos y los poderes fácticos! ¡Los poderosos! Ellos… y la prensa manipuladora que ahora nos ha vuelto la espalda…

—En eso te doy la razón, jefe —intervino Plinio—. Las cosas podrán ser así, o no serlo. Eso es lo de menos. Lo importante es cómo se digan que son.

—La gente no es tonta, Plinio —informó Mario—. Tú puedes decir que

gracias a nosotros Italia ya es un país rico, pero el caso es que solo se alimentan de *pienso*, y cada vez menos. Hasta eso ya escasea…

—Claro, pero no me negarás que, si los medios no estuvieran en contra nuestra, si les dijeran que, es que no hay otro remedio, pues lo llevarían de otra manera.

—¡Ese es mi Plinio! ¡Así se habla! Y así tenemos que hacerlo ver y comprender —siguió el jefe, y volviéndose hacia el viejo, remató: —ponte a trabajar sobre eso, amigo. Que todo el mundo sepa quién tiene la culpa de lo que ocurre. Los terratenientes, los burgueses que todavía se quedan con el dinero que les corresponde a los pobres. Ellos son los culpables de todo, y no nosotros. ¡Solo faltaría! ¡Nosotros somos el pueblo!

—A la orden, jefe, eso está hecho.

—Otra cosa, y esto os lo digo a los dos, porque esto sí que es serio. ¿Qué es lo que está ocurriendo con la fiscalía? ¿Qué es lo que saben?

—No te equivocas, jefe, sí que es serio. La fiscalía anticorrupción ha dado con el desvío de fondos de las materias primas que compramos a Brasil, aunque están bien tapadas con los testaferros que tenemos allí. De momento no nos relacionan, pero saben que es alguien del gobierno italiano.

—El ministro de economía —espetó el jefe—. Ese es el culpable. Eso es lo que hay que hacerles creer. Quiero que toda tu gente se ponga a trabajar en eso, y que fabrique las pruebas necesarias. Así mataremos dos pájaros de un tiro. Por si acaso, hay que trasvasar parte del dinero a otro sitio. ¿Dónde sugieres, Mario?

—Habría que traspasar la mayoría de lo que ya está allí. Por no decir todo. Es solo cuestión de tiempo que lo descubran.

—Vale. ¿A dónde?

—Panamá podría ser un buen destino; las Islas del Canal, las Islas Vírgenes americanas… elige tú mismo. Son paraísos fiscales opacos sin filtraciones a ningún gobierno que no sea el de su radicación.

—Me quedo con el último. Por aquello de «vírgenes».

—Está bien. Voy a hacer los preparativos.

—Y no te olvides, jefe, del abuso de poder —intervino Plinio—. Ni de la prevaricación.

—Eso me preocupa menos. Son acusaciones infundadas sobre las que no tienen hechos consumados. Mis intentos de usurpar las funciones del presidente Giuliani se han quedado en eso, en intentos. Y lo que

hemos conseguido son posicionamientos sobre vacíos legales en los que la Constitución no se pronuncia. Lo mismo son atribuciones del Presidente de la República como del Primer Ministro. Y si la ley no dice taxativamente quién es el responsable, ¿por qué no iba a ser yo el titular, si soy quien preside el Gobierno?

—Hay jurisprudencia, Paolo. Ha habido casos similares en el pasado y los tribunales han optado siempre a favor del Presidente —advirtió Mario.

—Te admito que podría prosperar, aunque son casos distintos. Aun así, cuando lo haga, habrán pasado ya muchos años y ya veremos a ver dónde estamos para esa época. La prevaricación es diferente desde luego, aunque sobre eso no podemos hacer nada. En fin, —terminó de decir—, quiero que os pongáis a trabajar en prever cualquier escenario. Cualquier cosa que pueda suceder, quiero anticiparme ¿de acuerdo? No me gustaría estar en mi despacho un día y que vinieran los *carabinieri* a esposarme. Ni a vosotros tampoco, ¿verdad?

Herramienta de salvación

—Sabes Melanie, ¿cuál es la mejor protección que pueden tener los cristianos contra el Maligno?

—Confesarse y comulgar. ¿No es así?

—Por supuesto. El individuo que está en gracia con Dios, es decir, que vive la vida según sus preceptos y sus mandatos, es una persona feliz que sintoniza con el Creador y se asemeja a él, y los demonios huyen de las personas así. No soportan estar en su presencia ni habitar en ellos porque lo pasan mal. Pero yo no me refería ahora a eso. Me refería a la forma que tiene una persona que es acosada por los demonios, de deshacerse de ellos.

—Pues volverse hacia Dios y rechazar el pecado. No queda otra.

—Claro, pero, ¿sabes cuál es la herramienta? ¿Sabes cuál es la forma de realizar ese acercamiento, o a través de quién?

—Rezar…

—Rezar a la Virgen, Melanie. En verdad te digo que no hay un instrumento más poderoso que ese. De todas las criaturas creadas por Dios, incluyendo a los mismos ángeles y a los demonios, la Virgen es a quienes ellos más detestan… y a quien más temen.

—Eso es por lo que se dice en el Génesis, ¿verdad?

—En efecto. Una de las imágenes que más retrata la fuerza de María es en la que aparece aplastando la cabeza de la Serpiente y que tiene referencia al libro del Génesis, cuando Dios dice al Enemigo: «enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras tú acechas su talón». San Juan Pablo II afirmó que «el Hijo de María obtuvo la victoria definitiva sobre Satanás e hizo beneficiaria anticipadamente a su Madre, preservándola del pecado. Como consecuencia, el Hijo le concedió el poder de resistir al Demonio, realizando así en el Misterio de la Inmaculada Concepción el más notable efecto de su obra redentora.

—Los protestantes no interpretan así ese pasaje.

—Lógicamente. Han sido engañados por el Maligno, y este ha desactivado una de las armas más contundentes que existen contra él. Pero la Tradición de la Iglesia así lo enseña, desde sus orígenes.

—Ellos dicen que eso se lo han inventado los hombres.

—Los hombres lo oyeron de labios de Jesús, Melanie, y lo han trasmitido mediante la Tradición.

—¿Aunque no esté en la Biblia?

—¡Claro! La propia Escritura lo dice, en el Evangelio de San Juan: «Y hay también muchas otras cosas que Jesús hizo, que si se escribieran en detalle, ni aun el mundo mismo podría contener los libros que se escribirían». ¿Acaso no estamos obligados a seguir lo que él nos enseñó?

—Desde luego que sí.

—Porque la propia Biblia dice, en la primera carta de Timoteo, que no es esta, sino la Iglesia, el fundamento de la Verdad. ¡La Iglesia, Melanie! No la Biblia.

—Pero eso no quiere decir que las Escrituras no sean el fundamento de la Verdad, ¿no?

—Lo son, porque la Iglesia así lo ha dictaminado. Todo lo que dice la Biblia es verdad, pero la Biblia no dice toda la verdad.

—No entiendo…

—Me refiero a que allí no está contenido «todo», Melanie. La Iglesia es donde uno puede encontrar todo el fundamento de la doctrina cristiana. Si uno se conforma solo con la Biblia, se está perdiendo muchas cosas; además de no entender o malinterpretar otras. La Iglesia preexiste a la Biblia, y fue quien dictaminó, de forma infalible, cuáles de los muchos libros que entonces existían debían formar parte de la Biblia.

—¿Existían más libros, Eddy?

—Existían muchos. Los miembros de la Iglesia se reunieron en concilio y dijeron: «lo que dice este concuerda con lo que nos han transmitido. Lo que dice este otro, no». Y así se rechazaron pretendidos «evangelios» o «cartas», que son los llamados «apócrifos». En definitiva, la Iglesia siempre tiene la última palabra.

—Ya veo. Y como los protestantes niegan la autoridad de esta, es fácil que el Demonio los lleve a confundir ciertas interpretaciones, ¿no? Como en el caso de la Virgen.

—Exacto. Ese ser, que es una criatura muy inteligente, ha desactivado la mejor arma que los hombres tienen para luchar contra él. Porque no hay mejor escudo para un cristiano que cobijarse bajo el manto de la Virgen para librarse de las acechanzas del Maligno. Ahí estará a salvo de todo peligro. San Efrén solía llamar a la devoción a María como la «carta de libertad o salvoconducto para liberarse del Infierno». Mientras que, a San Hugo de Cluny, la Madre de Dios se le presentó como la vencedora de Satanás. Y es que los demonios rehúyen el

enfrentamiento cuando tienen que vérselas con la Virgen. Para ellos es más humillante verse derrotados por una criatura humana que ser víctimas de la ira de Dios.

—Ahora entiendo por qué los protestantes niegan cualquier poder, cualquier puesto elevado que tiene María. Aquí se ve de nuevo el triunfo del Maligno, ¿verdad Eddy?

—Tú lo has dicho, hijita. Entre las tantas mentiras que el Enemigo ha inculcado a esos hermanos separados de la Iglesia, el menosprecio a la Virgen es una de ellas, y de la que él se vale para sus sucios propósitos. Y campa a sus anchas por donde habitan esos infelices que no pueden recurrir a semejante auxilio. Porque los católicos no se equivocan en atribuir poderes especiales a María. Poderes que, como no puede ser de otra manera, emanan directamente de su Hijo, naturalmente. No son innatos, como los protestantes creen que nosotros pensamos. Porque Él delega el poder a quien quiere, y Él quiso entregárselo a María.

—Ellos dicen que eso no está escrito en la Biblia. Que la Biblia no dice eso.

—Claro, otro engaño. También dicen que la mujer del capítulo tres del Génesis del que antes hemos hablado no es María. Que es una mujer «genérica». Igual que dicen que cuando Jesús le dijo a San Juan en la cruz «Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre», también dicen respecto a eso, que no es ninguna encomienda de protección ni que ampara las devociones a la Virgen.

—Pero eso no es lo que dice la Iglesia…

—¡Claro que no! ¡Es lo que hemos hablado antes! ¿Es que no me has escuchado? La Iglesia oyó todas esas cosas de los labios de Jesús a través de San Pedro, el primer papa, y a través del resto de los apóstoles y los discípulos que transmitieron todas ellas y sus interpretaciones. No te olvides de esto, de las interpretaciones de todas esas palabras, y las transmitieron desde los mismos labios del Salvador a las generaciones venideras. Y eso consta en todos y cada uno de los escritos de todos los santos y mártires que ha dado la Iglesia desde entonces.

—Ya, ya…

—¿Cómo es posible entonces —siguió—, que mil quinientos años después vengan personas que ni oyeron al Señor ni conocieron a los discípulos, y digan que esas cosas no significan eso? ¿Cómo se atreven a negar lo que la Iglesia siempre ha sabido, y además ha sido revelado en múltiples ocasiones a tantos santos? Y lo peor de todo, Melanie, ¡que tanta gente les haya seguido y hecho caso…! ¿Cómo es eso

posible?

—Es obra del Maligno, Eddy. Está clarísimo. Les ha ocultado a María para que los hombres no se puedan refugiar en ella cuando les ataca.

—Así es, hijita. ¡Qué pena más grande siento, cuando pienso en estas cosas! Esos protestantes han desalojado a la Virgen de sus iglesias, de sus altares, de sus hogares… No le rezan ni piden nada…

La búsqueda del punto débil

El comisario Peroni llevaba menos de un año en su cargo. Apenas pasaba de los treinta años, y había batido todos los récords de precocidad. Ciertamente era un policía hábil y con olfato, pero él sabía que esa no era la razón de que ostentara esa posición. Había pasado de suboficial a oficial sin apenas rodaje, y había permanecido en ese empleo muy poco tiempo. Ahora era comisario en el aeropuerto de Roma, donde había sido trasladado tras cumplir sus anteriores destinos en el barrio del Arco, en Milán. No era un destino atractivo, pero no podía pedir más dadas las circunstancias.

Faltaban pocos minutos para que ese hombre, Renato, acudiera a su despacho, y lo esperaba con una mezcla de impaciencia y nerviosismo. Normalmente había tratado en persona con su «emisario», es decir, con Salvatore, y con él solo había conversado por teléfono. No era normal que un exjefe de Gabinete del Primer Ministro se dejara caer por una allí, por mucho que ya hiciera tres años que había abandonado ese cargo.

—Buenos días, comisario. ¿Ha terminado ya sus asuntos pendientes en la comisaría del Arco?

El hombre acababa de llegar y abrió la puerta sin ni siquiera anunciarse, como si fuera su jefe. Tendría unos cuarenta y cinco años, llevaba ropa informal, era de complexión gruesa, y tenía el cabello rubio tirando a pelirrojo, con una barba del mismo color. No lo recordaba así, desde luego. Las pocas veces que lo vio en televisión durante los años en los que fue Jefe de Gabinete de Cassini, se mostraba siempre con un distinguido traje, y era más delgado y lampiño.

—Sí, señor Lepori. Ya no tengo nada pendiente.

—Llámeme Renato.

El comisario puso un gesto de desagrado, y siguió:

—He terminado ya esos asuntos, a pesar de que no es muy normal que siga involucrado en ellos, después de haberme ido de allí.

—Todo sea por la causa, Peroni.

—¿Qué causa?

—¿Cómo qué que causa? La causa de desalojar del poder a esos desalmados del PDP. ¿No le parece suficiente?

—No a cualquier precio, Renato.

—Usted solo ha cumplido con su obligación como policía. Para eso le pagan.

—Yo no puedo hacer ciertas cosas sin autorización de un juez.

—Eso llegará, en su debido momento.

—¿Cuándo? —preguntó, con ansiedad.

—En cuanto la prensa aireé este asunto tan turbio, no le quede duda alguna de que el juez de Penales de Milán ordenará la apertura de las diligencias.

—Tienen que armar un buen revuelo, para que eso ocurra…

—Por eso no se preocupe. Los de Proseismedia están como perros rabiosos detrás del primer ministro, y, por ende, de cualquier miembro de su gobierno. Yo solo necesito que usted me confirme lo que ya sospechamos.

—No quiere tirarse a la piscina sin saber si hay agua, ¿eh?

—Exactamente.

—Lo malo es que yo he actuado «antes» de recibir esas diligencias. Y eso es un delito muy grave.

—Ya no hay vuelta atrás, Peroni. Pero no se preocupe. Nadie se fijará en la fecha, ni sus superiores sospecharán nada. Eso, téngalo por seguro.

—¿Cómo puede usted garantizarlo?

Renato sonrió y entonces el comisario recordó la conversación que tuvo años atrás con quién en ese momento era su jefe, un oficial de policía y el comisario del barrio del Arco: «a esa partida de cartas no estamos invitados a jugar, ni usted, ni yo». Por aquellos días era solo un suboficial, pero aquellas palabras se le quedaron grabadas. Ahora resultaba que él, un comisario novato, estaba jugando una partida de póker del más alto nivel.

—Simplemente véase donde está sentado, comisario. ¿Acaso cree que ha llegado aquí por sus propios méritos?

Peroni no respondió, pero su silencio lo decía todo. Renato siguió:

—Desde luego, fue una contrariedad que ese hombre no contara con servicio doméstico. Todos los altos cargos del Gobierno lo tienen, y hubiera sido muy sencillo obtener muestras de ADN a través de una criada o un mayordomo.

—¿Cómo consiguieron chantajear al chófer?

—No hizo falta hacer tal cosa. Solo hubo que esperar a que llevara el coche a la revisión anual, y allí buscamos cualquier resto orgánico que se pudiera encontrar. Con un par de cabellos fue suficiente para secuenciar su código genético.

—Vaya, qué suerte —ironizó el comisario—. Pero lo que no entiendo es por qué se meten ustedes en esto. El Gobierno está a punto de caer por su propio peso.

—Bueno, eso nunca se sabe. Mi obligación es atacar por todos los frentes.

—Y ese hombre… ¿es un factor clave?

—No le quepa duda. Es la persona más inteligente de todo el Gobierno.

—Se dice que es el único que está intentando evitar la hecatombe. ¿No sería mejor dejarlo donde está?

—«La hecatombe» ya no tiene remedio, Peroni. Pero hay… alguien…, en las altas esferas, que quiere la cabeza de su jefe.

—¿La cabeza del primer ministro?

—Sí, la cabeza de Marengo. La quiere servida en bandeja de plata, vaya.

—¿Quién es? ¿Cassini?

Renato se reclinó sobre la silla y sonrió.

—No. Mi jefe no es tan visceral. De hecho, no sabe nada de esto. Él solo piensa en cómo arreglar las cosas cuando caiga el Gobierno. Va a tener que emplearse a fondo, me temo.

—Entonces, ¿quién? ¿Quién es esa persona… tan visceral?

—Esa información no puedo proporcionársela. Solo le puedo decir que es alguien que tuvo mucha relación con Paolo en el pasado.

—De acuerdo, pero, ¿qué pinta el Secretario de Gobierno en todo esto? Si lo que quieren es la cabeza de Marengo, ¿por qué atacar a ese hombre?

—Ya se lo he dicho. Es muy inteligente y, como sirve en una causa equivocada, hay que neutralizarlo. Puede ser capaz de hacer cualquier cosa.

—Ya veo. Al final han tenido suerte de encontrar ese punto débil.

—Desde luego.

—Y, ¿cómo va el asunto de Brasil?

—Usted es policía, debería saberlo.

—Eso pertenece a la fiscalía anticorrupción. No tengo incumbencia sobre ese tema. Pero apuesto a que usted sí lo sabe.

Renato volvió a sonreír. Después de unos segundos dijo:

—Algo sé, sí. Pero la justicia va lenta. Esa es una apuesta segura, pero no sé si dará tiempo a que explote antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Para qué? Si el presidente Giuliani destituye a Marengo, ustedes tendrán vía libre para volver al Gobierno. ¿Qué más da cuándo sea?

—Hombre, cuanto antes caiga, menos nos costará levantar el país. Pero el problema es que Marengo se escape antes de que le echemos las manos encima. Ya le digo que hay cierta persona interesada en verlo en la cárcel.

Los dos hombres se miraron fijamente, y tras unos instantes el comisario dijo:

—Ahora entiendo por qué quieren neutralizar al Secretario de Gobierno: para evitar que se escape el Primer Ministro.

—Ya le digo que no es esa la única razón. Ese hombre es un peligro potencial en todos los sentidos. Aunque ahora es eso lo que más me importa, desde luego. Gracias a él obtuvo el poder el PDP, y es capaz de ingeniar cualquier cosa para librarlo de la Justicia. Como ya lo hizo consigo mismo, hace algunos años, cuando mató a ese hombre sin que nadie pudiera esclarecer el caso. ¿Verdad comisario?

Peroni asintió y Renato siguió:

—Entonces, dígame, por favor. A la vista de esa secuenciación que le hemos proporcionado, ¿quién fue el asesino de Stefano Rizzi? ¿A quién pertenece el ADN que los forenses identificaron con él?

El comisario suspiró, pero ya no tenía más remedio que contarlo. Estaba acorralado, y contestó:

—Al Secretario de Gobierno, Mario Sacche

Dos madres

—De verdad, Louise, no doy crédito a lo que me cuentan. No termino de creer lo que ven mis ojos. Ese desde luego no es el hijo que yo engendré.

—Pero antes de esto tú sabías que estaba mentido en política, ¿no es así? —preguntó la esposa de Adam.

—Sí, claro que lo sabía. Pero te aseguro que no era el déspota en el que se ha convertido... Sí, regañó con Vittorio, se marchó de casa… Siempre fue un poco rebelde, ya lo sabes. Pero desde luego, no a esos niveles. Algo le ha cambiado y no sé qué es.

—Será el poder, Paola. Dicen que el poder cambia a las personas y que las corrompe.

—Sí, puede ser. Pero yo creo que las cosas comenzaron un poco antes. Él estuvo en Londres, antes de que su partido tuviera la repercusión mediática que luego tuvo. Vino a solucionar unos asuntos relacionados con la nacionalidad. No recuerdo exactamente qué, pero era algo referente a eso. Solo estuvo un día, pero a partir de ahí todo cambió.

—Creo que me acuerdo —replicó Louise—. Ese día estuvo también en mi casa. Vino a ver a Rose y luego pasaron la tarde juntos; y parte de la noche.

—Pues yo creo que fue a raíz de entonces. A partir de ahí ya no volvió más por aquí y nos dejó prácticamente de hablar.

—¿A los dos?

—Sí, prácticamente. No se llevaba nada bien con mi marido, ya lo sabes, pero a partir de ese día se enemistó también conmigo.

—¿Y por qué?

—No tengo ni idea, Louise. Nosotros nunca le hicimos nada, y yo menos todavía. No sabes lo desesperante que es para una madre intentar hablar con su hijo y que no puedas hacerlo.

—¿No habéis vuelto a hablar con él en todo este tiempo?

—Solo tres veces, Louise. ¡Solo tres veces! Y solo unos pocos minutos. Me respondía con monosílabos… como si tuviera prisa… por cumplir, vaya. Y siempre sin vídeo. Con decirte que todo lo que yo conocía de él era por la prensa… por la prensa italiana, naturalmente.

—Te comprendo bien, Paola. A nosotros nos pasó algo parecido cuando Rose estuvo viviendo en Estados Unidos. Aunque desde luego,

no al nivel que tú me cuentas. Al menos nosotros hablábamos con ella con frecuencia y aunque siempre parecía que estaba deseando colgar, al menos nos escuchaba.

—Claro, los hijos son así, pero lo de Paolo es de otro nivel, de verdad. No sé qué le pudo pasar a partir de aquel día…

—Quizá fueron los entresijos de la política.

—Sí, claro —replicó Paola—. Pero el nivel de daño que está haciendo a todo ese país… ese no es mi hijo, te lo aseguro. Algo le ha cambiado. Todos esos delitos de los que le acusan… Puede ser mentira, desde luego. Pueden ser inventos de sus enemigos… pero los hechos están ahí… ¿Has visto las últimas imágenes de la televisión?

—Sí, las he visto. No puedo entender cómo han podido llegar a eso. Italia era un país con ciertas necesidades, pero no tantas como ahora. Todas esas familias hambrientas… toda esa gente necesitada… ¿Tú crees que es cierto eso que dicen del dinero que ha desviado a paraísos fiscales?

—No lo sé, Louise. No tengo ni idea. La última vez que hablé con él fue hace años… Y como comprenderás, a mí nunca me dijo nada.

—¿Te he contado alguna vez lo que le pasó a tu abuelo con tu abuela, Mel?

—¿Te refieres a mi abuelo João con Cecilia?

—No, me refiero a tu abuelo Carl con tu abuela Gertrude.

—¡Ah!, vale, porque de mis otros abuelos ya sé lo que pasó. Además, recuerdo tus palabras cuando me lo contaste: «eso es como para escribir una novela».

—Sí, yo también recuerdo las tuyas: «¿qué es una novela?», me dijiste... No, yo te quería referir un asunto que le ocurrió al padre de Pelusilla, con su esposa. No es como para una escribir una novela, pero es otro ejemplo de cómo los hombres a veces confunden los caminos de Dios con sus propios caminos.

—Vale. ¿Qué fue?

—Pues verás, los dos eran católicos muy piadosos, y se querían mucho. Pero al nacer tu madre, y a diferencia de tu tío Adam, ella salió muy delicada. Estaba continuamente enferma y necesitaba cuidados y atenciones con mucha frecuencia. Eso supuso algunas fricciones en el matrimonio, y tu abuelo se refugiaba en la ayuda que hacía a los necesitados en Cáritas, para evadirse un poco de una vida familiar que le comenzaba a resultar algo pesada. Y eso no estaba bien, Melanie».

—¿Por qué no, Eddy? ¿Acaso no es bueno ayudar a las personas que lo necesitan?

—¡Claro qué está bien, Mel! Pero su familia tenía preferencia sobre todas las cosas. Porque Gertrude estaba sola. Estaba sola para atender a una niña, tu madre, que estaba enferma y necesitaba atenciones casi constantes. Los dos o tres primeros años de su vida las pasó prácticamente conectada a un inhalador de cortisona, porque sus bronquios eran más pequeños de lo normal y necesitaba ensancharlos. Fue algo que arrastró hasta bien entrada la pubertad, cuando se le terminó de quitar. Pero hasta entonces, su vida era un continuo acudir a los hospitales y a los médicos, y la pequeña no podía dormir bien, por la misma razón. Y tu abuela estaba agotada, Mel. Estaba agotada y cuando tu abuelo llegaba de trabajar por las tardes, en lugar de echar una mano en casa, echaba una mano en otras casas. ¿Lo entiendes, Melanie?

—Sí, Eddy, ahora lo veo claro. No sé muy bien lo que es la cortisona,

pero supongo que será alguna medicina. ¿Y qué pasó? ¿Siguió con esa conducta hasta que se curó mi madre?

—Pues ahí tuve que ingeniármelas para que Carl se diera cuenta. Al principio puede parecer que no es algo relacionado con Salvamento, pero yo creo que sí lo es, y por eso me dieron permiso para intervenir. Tu abuelo estaba realizando un agravio a su familia, y eso es un pecado serio, y con agravante de parentesco, naturalmente.

—Antes de que sigas, Eddy. Lo del agravante de parentesco. Es algo que tú y otras almas repetís mucho. Tengo una cierta idea, pero, ¿qué es exactamente?

—Lo del parentesco puede ser un atenuante o un agravante. Si alguien roba algo para dar de comer a su familia, el amor hacia los suyos lo descarga de parte de la culpa. Y lo mismo pasa si alguien, por ejemplo, mata a otra persona porque un hijo o una hija está siendo abusada por ese alguien. El parentesco es un atenuante en la gravedad del pecado, de forma que incluso puede limpiar toda la culpa intrínseca a una determinada acción. Pero por la misma razón puede ser también un agravante. No es lo mismo robar o matar a un extraño que hacerlo con tu propio hijo. Porque si con un hijo, o con un padre, alguien es capaz de hacer un mal semejante ¿qué no hará con un extraño?... ¿Lo entiendes ahora, Melanie?

—Ahora lo veo claro, Eddy. Venga, sígueme contando cómo hiciste para que mi abuelo se diera cuenta.

—Pues como siempre, hay que intervenir de varias maneras, y atacando por varios frentes. Pero lo que definitivamente le hizo recapacitar fue cuando tu abuelo leyó una novela de esas que le gustaban tanto, de la Segunda Guerra Mundial. Una novela que yo le sugerí, lógicamente. Ya sabes que su país, Inglaterra, tuvo una actuación muy relevante en esa guerra, y a él le gustaba leer ese tipo de relatos. El caso es que era la historia de un centinela a quien se le había ordenado la vigilancia de unos prisioneros, mientras sus compañeros participaban en una acción de combate. Pero se enteró de que sus compañeros necesitaban ayuda, pues eran pocos, y desobedeció las órdenes para unirse con ellos, pues pensaba que los prisioneros no se escaparían. Pero le salió el tiro por la culata, nunca mejor dicho, pues los prisioneros se escaparon, y lo que es peor, se unieron a los enemigos, y estos mataron a todos sus compañeros, incluyéndole a él mismo.

—Vaya… pero…

—Y esa es la moraleja de la historia, Mel. Dios ha puesto a cada persona en una posición, en un orden por Él establecido, y por mucho

que los hombres piensen que sus capacidades están mal valoradas, el Señor no los juzgará solo por lo bien que las empleen, sino también por haberlas empleado con quienes las tienen que emplear, y no con quien ellos quieran. Cada uno tiene que cumplir con su deber y con su obligación, cada uno según su estado. Tu abuelo se dio cuenta a tiempo, y dejó de asistir a otros y se dispuso a asistir a su familia y colaborar con su esposa en el cuidado y atención de tu madre, y así se salvó. Luego ya, después, cuando no fue tan necesario, retomó lo de Cáritas, y siguió haciendo el bien.

—¿Qué te parece, Melanie, esta historia? —concluyó.

—Me parece muy bien, Eddy, pero me tienes que explicar qué es eso de que sale el tiro por la culata. No sé de qué tiro me hablas y no sé qué es una culata…

Reencuentro

Dicen que el primer amor ejerce sobre algunas mujeres un influjo tal, que les imprime un sello indeleble en su espíritu, y el primer hombre que yace con ellas se convierte en el dueño de su corazón para siempre. Eso es lo que le había pasado a Rose con su «primo» Paolo.

Sus infidelidades habían conseguido que ella se distanciase e incluso que lo olvidara, sobre todo cuando estuvo en Estados Unidos y conoció a Jack. Pero igual que ocurre con los adictos al tabaco que han conseguido dejar de fumar, basta un solo cigarrillo para retomar la afición en toda su intensidad. Eso fue lo que le pasó a Rose cuando Paolo fue a verla aquel día en el mercado de flores. El dueño de su corazón reclamó lo que era suyo y ella no se lo pudo negar.

Desde entonces no pensó más en otros hombres, ni salió con ninguno, y le llamaba de vez en cuando a la vista de que él no lo hacía. Pero solo eran conversaciones cordiales, como las que se dan entre amigos, o entre primos, sin que el hombre quisiera aparentemente retomar su antiguo amor.

Cuando conversaban, no parecía que ella hablara con el primer ministro italiano, sino con un amigo, con un ejecutivo de cualquier empresa que le contaba lo estresado que estaba, el mucho trabajo que tenía, o la cantidad de gente que había conocido. Nunca le contó nada de lo que se traía entre manos, ni ella se lo preguntó.

Rose por su parte le hablaba de sus cosas cotidianas, de su trabajo con las flores, de alguna que otra sesión de vocalista que hacía en algún estudio… y el hombre parecía seguir las conversaciones con interés a pesar de todo. Se preocupaba por sus quehaceres e intervenía activamente preguntando también por sus padres y por su hermano. Ella siempre terminaba las conversaciones con un lacónico: «me gustaría verte, primo», a lo que él respondía igualmente: «y a mí también, Rose. Créeme que a mí también». Pero todo se quedaba en eso, en intenciones.

Rose suponía que, siendo ahora el hombre que era y el cargo que tenía, no podía desplazarse libremente por el mundo. Que tendría que guardar un protocolo, y no podría verse con cualquier mujer sin que lo acompañara «su séquito» de guardaespaldas o personal adjunto a la oficina del PM. Y tampoco le invitaba a ella a visitarle en Italia, donde quizás fuese más fácil que se vieran, quizás por idénticas razones.

Que ella supiera, Paolo estaba «libre», es decir, no estaba casado ni tenía novia, al menos novia formal. De las conversaciones que había

tenido con él no parecía desprenderse nada semejante, aunque su búsqueda en los servidores había mostrado todo tipo de conjeturas.

Había quien le relacionaba con alguna de las mujeres que componían su ejecutiva, antiguas integrantes del MDP y ahora del PDP. Pero eran informaciones antiguas, y probablemente se referían a Fiorella. Pero eso estaba claro que había terminado, pues él mismo se lo dijo aquel día que la vio en Londres.

Pero, sobre todo, la hipótesis de mayor consistencia parecía ser la que apuntaba a que había tenido una relación importante, aunque se había intentado mantener en secreto, con Claudia Antonelli, la dueña de Proseismedia. Eran innumerables las fotos en las que se les veía juntos, aunque también eran innumerables las fotos en las que él aparecía con hombres y mujeres de todos los espectros y jerarquías sociales.

Muchos foros y tribunas de debate social y político atribuían su caída a que aquella mujer había dejado de prestarle el apoyo mediático que necesitaba, quizás por un desplante sentimental. Y había comenzado a posicionarse en su contra con todo el poder del que disponía, que era mucho. Siempre se ha dicho que la prensa se denomina «el cuarto poder», tras el poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. En un mundo cada vez más influenciado por los medios de comunicación, por las redes sociales, y por las herramientas de manipulación de las que disponen, esa máxima es más relevante que nunca.

Rose había continuado su vida de jardinera florista y de vocalista ocasional en completa serenidad, viviendo con sus padres, una vez que sus problemas habían sido solucionados. Se contentaba con hablar con Paolo de vez en cuando, pues verle ya le veía más que de sobra en todos los medios de comunicación, sobre todo en los italianos. Así las cosas, estaba decidida a llamarle para conocer de primera mano lo que estaba ocurriendo en Italia, pues había pasado ya algún tiempo desde la última conversación.

Estaba pensando en hacerlo, cuando para su sorpresa, fue él quien le llamó a ella. Sus cargos estaban a punto de ser revocados, y entonces, ya sin capacidad de obrar, el hombre comenzó a sentirse mal. Eran los mismos síntomas y los mismos dolores que habían acosado y machacado a Rose durante tanto tiempo, solo que ahora lo hacían con él.

La relación sexual que mantuvieron la tarde en la que él fue a buscarla al mercado de flores, siendo como era pecaminosa, hizo que Odiel traspasara por unas horas su opresión a Paolo, quien, a diferencia de Rose, pasó una noche de insomnio.

Las fuerzas del mal descubrieron allí un campo fértil y confortable donde acosar al género humano, aunque Odiel no fue quien ejerció esa opresión. Se marchó al día siguiente a seguir atacando a Rose, mientras que dejaba abierta la puerta para volver cuando terminase con ella. O si no fuera él, que fueran otros.

Y otros fueron los que entraron. Mientras Paolo conseguía y ejercía sus objetivos políticos, le dejaron hacer y se mostraron «blandos» con su cuerpo, pero no con su espíritu, al que espolearon para hacer el mal. Pero cuando el mal que había hecho cesó, entonces no tuvieron piedad con el italiano. Enfurecidos como estaban porque su instrumento de opresión estaba fuera de juego, se dispusieron a oprimirle a él. Pero en su caso no se trató de un demonio de baja graduación como era Odiel, sino un elemento de alta estirpe, un serafín, que comenzó a machacarlo sin piedad.

—Hola, prima, soy Paolo. ¿Qué tal estás?

—¡Paolo! —exclamó ella con alegría—. Yo estoy muy bien, ¿Y tú qué tal estás? Por fin me llamas…

—Pues sí, por fin te llamo, porque yo no estoy tan bien como tú. Sé que venciste los dolores que tenías, pero ¿sabes qué? Ahora estoy yo con lo mismo. Me han visto varios médicos y no consiguen saber qué es lo que tengo. Entonces me he acordado de ti, y me dije: voy a preguntar a mi prima qué es lo que hizo ella para librarse de aquello, y del insomnio. Pues llevo muchos días que no duermo más de dos horas seguidas…

La muchacha se entristeció sobremanera al oír aquello y volvió a sentir una punzada en el estómago, como hacía años que no la sentía. El mismo dolor que le había acosado y machacado a ella, ahora arremetía contra su amado Paolo. Entonces le dijo:

—Es complicado, Pal, y quizás lo sea más en tu caso. ¿Puedo ir a verte?

—Claro, prima… ¡claro que sí! Solo tengo que extender una orden para que te dejen entrar. Eso todavía puedo hacerlo, de momento. Vente conmigo y hablamos. ¡Tengo muchas ganas de verte!

El mismo día en que habló su padre con el padre Michael, este escuchó en confesión a su antigua feligresa, y su gran pecado y todos los que cometió desde que se confesó por última vez le fueron perdonados. Habían pasado ya muchos años desde entonces y no recordaba todos, pero no fue necesario que lo hiciera. El sacerdote aplicó los méritos de Jesucristo en la Cruz, y el Señor perdonó a su amada hija y se reconcilió con ella. Después de la confesión, Rose participó en la Eucaristía, y el cuerpo de Jesucristo entró físicamente en su interior, de donde ya no volvería a salir jamás. La muchacha volvió a ser invisible y ya desde esa misma noche comenzó a dormir mejor y sus dolores fueron desapareciendo, hasta que lo hicieron por completo.

Aquella tarde del accidente, Melanie no pudo llegar a tiempo para evitar que el demonio movilizase a la alimaña para que cruzara la carretera, y eso ocasionó que el padre de Catherine perdiera el control de la motocicleta. Pero sí pudo evitar que el peso de la misma impactase sobre Rose y provocara su muerte instantánea como ya había ocurrido con Jack.

Eso la hubiera enviado directamente al Infierno, que era lo que pretendía Odiel. Un diablo de baja graduación que había cometido otros errores en el pasado y que necesitaba congraciarse con sus superiores a efectos de participar en misiones de mayor calado.

El nombre que se puso a la hija que perdió Rose fue Catherine, como se ha dicho. En el mismo momento de su muerte, Jack Wildcat ascendió al cielo, y se convirtió en un santo de nivel 3.

A pesar de que no era cristiano, siempre había sido un hombre bueno y honesto que se había guiado por los principios morales intrínsecos a la naturaleza humana que Dios deposita en las almas de todos los hombres, a pesar de no haber conocido a Jesucristo por una falta no imputable a su voluntad. En el Cielo eligió Exploración como destino, al igual que habían hecho sus antepasados indios, los auténticos descubridores de América. El universo está formado por millones de galaxias, y cada una de ellas cuenta con millones de planetas. Mundos donde puede surgir y surge la vida, una vida que hay que monitorizar y controlar, y cuya gestión se había encomendado al género humano.

Él murió pocos minutos después de morir su hija, y cuando le preguntaron el nombre que se pondría a la niña, él recordó el suyo propio y dijo «Cat… herine» y desde ese momento Catherine Wildcat pasó a formar parte del elenco florido de los santos de primer nivel

que sirven y alababan a Dios en la inmensidad gloriosa de la bienaventuranza eterna.

Al igual que la prima de su madre, Catherine optó por enrolarse en la división de Salvamento, donde existían poquísimos efectivos entre la gente de su raza, y donde había muchísimo trabajo por hacer con la familia de su padre. No conocían a Dios y el Maligno espoleaba sus voluntades para hacer el mal con total impunidad sin que tuvieran asistencia alguna de los sacerdotes ni de la gracia que imponen los sacramentos.

Allí se dedicó a trabajar, para que, ante la ausencia de Dios, al menos evitar que pecaran e hicieran el mal aquellos indios, para que al menos se dejaran guiar por la bondad intrínseca que imprime Dios en el corazón de todos los hombres. Lo mismo que había hecho su padre, y que fue lo que le granjeó la salvación.

Catherine Wildcat tan solo tuvo que abandonar sus quehaceres en una ocasión, en un momento en el que su madre la necesitó más que nunca.

Problemas

—Estamos contra las cuerdas, Paolo.

—Lo sé, Mario. Esos cabrones han atado cabos y nos han pillado.

—Tendremos que largarnos antes de que sea demasiado tarde.

—Todo dependerá de Giuliani.

—Los del LyC le han puesto de su lado y firmará. Lo que no sabemos es cuándo.

—¿No hay ninguna posibilidad?

—Alguna hay, desde luego. Si el presidente… ¿has hablado con él?

—No me contesta al teléfono, Mario.

—Pues eso es grave. Tienes que ir a verlo en persona.

—No me recibe. Su guardia «pretoriana» no autoriza a que lo vea nadie si no está citado oficialmente.

—¿Ni siquiera a ti?

—Ni siquiera. Ya lo he intentado.

—Entonces sí que pintan mal las cosas.

—Tenemos que irnos, Mario. Los tres estamos metidos en esto hasta el fondo. Y además tú tienes el problema del tipo ese. ¿Cómo se llamaba?

—Stefano.

—Eso.

—Es alucinante, Paolo. La prensa ha llegado a la conclusión de que yo soy el asesino porque era el único hombre del grupo de becarios. Como si no hubiera más gente que tuviera manía a ese animal.

—Tienen que tener pruebas más sólidas, amigo. Conozco bien a Claudia y siempre se guarda un as en la manga. Lo que pasa es que no quieren decirlo todo porque…

—Porque las han obtenido de forma ilegal.

—Correcto.

—Si tuviéramos más tiempo podríamos organizar un contraataque.

—Ese es el problema. Que no nos queda mucho tiempo.

—Ha tenido que saltar todo en el peor momento…

—Desde luego. Por cierto, ¿lo sabe Julia?

Mario suspiró y puso una mueca. Después dijo:

—No sabe nada, Paolo.

—Pues entonces tú tienes ahora otro problema, amigo.

Mario recordaba la conversación mientras marchaba camino de su casa. ¡Cómo habían cambiado las cosas!

Contempló el coche donde viajaba. Un vehículo último modelo conducido por un chófer perfectamente vestido. Y pensar que hacía muy pocos años no tenía dinero ni para ir en el metro, y tenía que regresar a su diminuto piso alquilado caminando después de haber pasado tantas horas trabajando sin descansar…

Pero lo más curioso era que aquel sueño estaba a punto de acabar. Como si la diosa Fortuna, tan caprichosa, fuera capaz de llevar a alguien a lo más alto, para poco después conducirlo a lo más bajo.

Cuando llegó a su casa eran altas horas de la noche, y los niños estaban ya acostados. Su mujer lo esperaba en el hall de aquella enorme mansión, y allí se la encontró sentada con las manos cruzadas sobre el regazo. Al verlo se levantó y esperó que cerrase la puerta, sin ir a su encuentro como solía siempre hacer.

A pesar de haber tenido tres hijos, Julia apenas había cambiado. Seguía siendo una chica delgada, con muy buen tipo, y con la sola diferencia de que su precioso rostro ahora mostraba un rictus severo.

—Te has enterado, supongo —dijo él.

Ella asintió y añadió:

—¿Es verdad? ¿O es solo otra chanza de la prensa?

—Es verdad.

Un breve silencio se hizo entre los dos, tras el cual la mujer añadió:

—Desde luego… ¿Cómo has podido…?

—¿Es que te parece mal, Julia?

—¡Por supuesto que me parece mal! Ese cerdo se merecía morir y muchas cosas más. ¡Pero no tenías por qué hacerlo tú!

—¿Quién si no? ¿Tú? ¿O Esther, o Daniela?

Ella negó con la cabeza. Su cara permanecía completamente seria.

—Mira, yo podré ser muchas cosas, pero lo que no soy es un cobarde. Yo no podía seguir yendo a la redacción y trabajar como si nada, sabiendo lo que te había hecho ese cerdo. Sí, ya sé lo que vas a decir,

lo denunciamos a la Policía, ¿no?

—No, yo no iba a decir eso.

—Pues menos mal. Porque no hubiera servido de nada. ¿Tú sabes el poder que tiene esa gente? ¿Tú sabes todo el daño que están haciendo ahora al Gobierno? Y no solo Proseismedia, Julia. También los de Medialaria están ahora en contra nuestra.

—No me extraña, con todas las barbaridades que estáis haciendo…

—Yo no soy el responsable de eso, ya te lo dije. Paolo se ha vuelto loco y ya no me hace caso. Si por mí fuera…

—No desvíes el tema, Mario. Estamos hablando de Stefano.

—Vale, pues hablemos de Stefano. Si la opción no era denunciarlo, entonces ¿qué? ¿Aguantar? ¿Huir de allí para no morirnos los dos de vergüenza? No, perdona. Yo no puedo hacer eso. Tengo que afrontar las cosas y plantar cara a las adversidades. Yo no soy un cobarde, como te he dicho.

—Hay formas de hundir a la gente sin necesidad de usar los cauces habituales. Tú deberías saberlo.

—Sí, claro que lo sé. Pero lo sé ahora. Cuando solo era un becario en Proseismedia yo no tenía forma de hacer nada de eso.

—Mira, Mario, lo que más me duele no es que acabaras con él.

—¿Entonces?

—¡Lo que más me duele es que no me lo contaras! Yo te conté lo que me hizo, y eso, a pesar del asco y de la repugnancia que me dio volver a recordarlo, y de la vergüenza que sentí cuando te lo dije. ¿No era justo que tú me dijeras lo que habías hecho? ¿O es que tenías miedo de que te denunciara?

—Julia, por Dios, ¿cómo puedes decir eso?

—Pues entonces, ¿por qué, Mario? ¿Por qué?

El hombre calló y miró para otro lado. Ella añadió:

—Desde luego, eres un político nato de los pies a la cabeza. Sabes cuándo hay que hablar y cuándo hay que callar, mejor que nadie. Pero yo no soy de la Oposición ni soy un periodista chismoso. ¡Soy tu mujer! —gritó, fulminándolo con la mirada. Tras unos instantes de silencio, él imploró:

—Perdóname, Julia… ¡perdóname! —se giró, intentando abrazarla—. Tienes toda la razón…

Pero ella se apartó, y dijo:

—Es que es muy fuerte, Mario, es muy fuerte que me tenga que enterar de estas cosas de labios de una madre en un parque infantil. ¿Tú sabes el ridículo que he hecho?

—Esos cabrones han ido a airear el asunto justo en el peor momento…

—Claro, es que la noticia ha corrido como la pólvora. Podrías haber pensado en mí y llamarme en cuanto lo supiste, ¿no? Por lo menos, no se me hubiera puesto cara de idiota delante de esa mujer.

—Te lo pensaba contar en cuanto llegase a casa, Julia. No quería hacerlo por teléfono, como puedes comprender. Sería tanto como reconocer mi culpabilidad. Los teléfonos pueden estar pinchados, ya sabes.

Se hizo un silencio entre los dos. Ella se volvió y después volvió encararle. Se miraron fijamente a los ojos, y tras unos instantes la mujer añadió:

—¿Tienes algo más que contarme? ¿O son secretos de Estado?

Él la miró con seriedad. Estaba contra las cuerdas y no le quedó más remedio que admitir:

—Sí, hay más cosas que no sabes —se sinceró.

—No sé si quiero saberlo, Mario. ¿Me afecta a mí o a nuestros hijos?

—De alguna manera, sí.

Ella se calló, esperando que siguiera, pero él permanecía callado.

—Esas acusaciones de malversación y corrupción... son ciertas, ¿verdad? ¿También has tenido que ver en eso?

—Me temo que sí. Tanto Plinio como yo hemos ayudado a Paolo a hacerlo. Pero no te preocupes, nuestros nombres no figuran en ninguna parte. Solo él es responsable, por su propia decisión.

—Y, ¿para qué queréis ese dinero? ¿Qué pensáis hacer con él?

—Lo que hagan ellos, me es indiferente. Yo por mi parte, pienso dedicarlo a cubrir vuestras necesidades, cuando yo esté en la cárcel.

El Palacio Chigi

Todo el mundo le había dicho que no se fuera. Que no se le ocurriera viajar a Italia, y menos para juntarse con semejante elemento. Todas las cabeceras de los informativos resaltaban los casos de prevaricación, cohecho, malversación y abuso de poder de quien había sido su novio y que ahora era todavía, el primer ministro italiano.

Además, estaba el asunto de la presunta opresión demoníaca que el hombre parecía tener. Nadie que haya pasado por una cosa semejante se atrevería siquiera a acercarse a algo parecido, pero Rose no lo dudó. En su conversación con Paolo no se detuvo ni siquiera a pensarlo. Es más, fue ella misma quien le sugirió visitarle. La fuerza del amor se manifestaba de forma esplendorosa en aquella mujer, y la fuerza del amor debería ser quien la protegiera de todo mal.

Ella ya había estado en Italia en varias ocasiones. Viajó a Milán, a Roma y a Florencia varias veces acompañando a sus padres cuando Thertonball dio conciertos en esas ciudades, siendo todavía una niña. También lo llegó a hacer un par de veces estando ya en The Costayers, hasta que David Jones decidió que el grupo dejara de viajar a Europa. Y siempre le había gustado aquel país mediterráneo por su clima y por la amabilidad de sus gentes.

Desde que estuvo con Paolo aquella tarde en el mercado de flores, había estado pensando y soñando con irse algún día con él. Se había empleado a fondo en aprender el idioma, y cuando por fin él la llamó, ya tenía un nivel más que aceptable de italiano. Ahora tenía más tiempo que nunca, y le había cundido, una vez que se vio libre de los dolores que le afligían.

El avión de Londres a Roma tardó algo más de tres horas en llegar a su destino, y cuando lo hizo, le estaba esperando un hombre perfectamente uniformado, quien, en un perfecto inglés, aunque con acento italiano, le dijo:

—Señorita, por favor, venga conmigo. El primer ministro le está esperando.

—*Grazie mille, puoi parlarmi in italiano se lo desideri* —respondió ella.

Como si fuera la primera dama de un mandatario extranjero, el hombre del uniforme la condujo hacia un coche negro de gran cilindrada que se encontraba aparcado en la zona para clientes VIP del aeropuerto de Fiumicino, con destino a la Piazza Colonna, donde se encontraba la sede del gobierno en el palacio Chigi.

Tras abrir de forma respetuosa la puerta trasera del vehículo e invitarla a pasar al interior, el hombre se introdujo en el mismo y ocupó el asiento delantero derecho, mientras hacía un gesto al chófer que llevaba un uniforme similar, para que se dispusiera a arrancar.

En todos los coches oficiales estaba prohibido el automatismo, pues esto podría ser objeto de sabotaje, y eran las personas físicas quienes conducían los vehículos, como se hacía antiguamente.

Cuando llegaron al palacio, le asignaron una de las habitaciones para invitados, todo de forma muy correcta y estricta. Una persona de protocolo, una mujer pulcramente vestida y educada, simplemente le dijo:

—Está usted en su casa, señorita White. El primer ministro me ha informado que vendrá a visitarla en cuanto pueda. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme o el llamar a cualquiera de las personas que habitamos en estas dependencias. Mi nombre es Clarissa, para lo que necesite.

La habitación en sí misma no era un dormitorio. Era una sala de estar con sillones y un sofá, que, por lo que comprobó, era más cómodo que muchas camas en las que ella había dormido. Sobre todo, en algunas de los hoteles más *drifters* en los que había estado.

No había reservado ninguna habitación en ningún hotel, y se preguntó si Paolo le informaría de alguno, o quizás tendría que buscarlo ella por sus propios medios. Desde luego, no le importaría en absoluto quedarse a dormir en esa habitación, si se lo permitían. Pasó al baño que tenía incorporado, y se lavó un poco la cara y se retocó el maquillaje. Después se acomodó en el sofá y comenzó a consultar su tableta en busca de hoteles en los alrededores, aunque al rato desistió. Los precios de los establecimientos hoteleros en el centro de Roma estaban por las nubes, y se preguntó cómo podría ser eso posible en un país tan pobre como era Italia en esos momentos.

Después de estar un rato buscando información, y puesto que Paolo no venía, se asomó a la ventana. Allí se entretuvo contemplando la Piazza Colonna con su ir y venir de gentes y su preciosa columna en el centro de la plaza, que su tableta le informó, se llamaba «columna de Marco Aurelio». Había sido erigida en el año 193 por el emperador homónimo, y en ella se encontraba grabada la historia de Roma y se narraban las conquistas de aquel famoso dirigente. También pudo contemplar en el sur de esa plaza la pequeña iglesia de Santi Bartolomeo, donde podría asistir a misa el siguiente domingo, si su estancia se prolongaba.

Después de varias horas de espera, volvió a acudir a la mujer de

protocolo.

—Perdón, Clarissa, ¿sabe si Pao… quiero decir, el primer ministro, tardará mucho?

—No lo sé, señorita White. No me han informado al respecto. No le puedo dar más datos, aunque si lo desea puedo hacer que le pasen un recado.

—Sí, por favor. Simplemente díganle que he llegado, y que le estoy aguardando.

—Como guste, señorita White.

Pero el tiempo seguía pasando, y no había noticias de Paolo. Impaciente como estaba, se decidió a llamarle a su teléfono móvil, aunque no sabía si era posible. Era el mismo número que tenía en su agenda, desde luego, y con el que había hablado en ocasiones anteriores. Se suponía que era un número privado al que tenían acceso muy pocas personas. Una de ellas era Rose.

—Hola, prima, ya me han dicho que has llegado. ¿Te están tratando bien?

—Hola Paolo. Sí, me están tratando bien, pero estoy deseando verte.

—Yo también, Rose, créeme que yo también. Pero hoy está siendo un día de locos, como pocos que he tenido, de verdad.

Él pareció hablar con alguien que estaba en su despacho, y tras intercambiar algunas palabras que ella no entendió, le dijo:

—Dentro de una hora me pasaré por donde estás. ¿Podrás esperarme?

—Aquí estaré, primo, no tengo otro sitio adónde ir…

En lugar de una hora fueron dos, pero al final llegó. Era la primera vez que le veía en persona desde aquel día en Londres y había desmejorado mucho. Las conversaciones por videoconferencia mostraban las imágenes con relativa calidad, pero desde luego nada como verse en persona. Seguía siendo un chico alto y apuesto, pero se presentó ante ella mucho más delgado, con el pelo alborotado, como de haberse pasado las manos por el cabello repetidas veces, y con unas ojeras que casi le llegaban hasta el suelo.

Nada más verse se dieron un beso apasionado y un fuerte abrazo, y tras unos instantes se separaron ligeramente y él le dijo:

—Perdóname, prima, he tenido un día infernal… Las cosas han cambiado un poco… mejor dicho, bastante, desde que hablamos ayer. La fiscalía del Tribunal Supremo ha admitido a trámite las denuncias de mis enemigos y están maniobrando para que el presidente de la

República firme mi destitución.

—Pero eso… ¿puede hacerlo?

—Era una de las cosas que yo intenté cambiar… pero sí, me temo que puede hacerlo. Si lo hace antes de medianoche, puede que mañana vengan a detenerme. Si lo hace mañana, tendré un día más de margen para decidir qué hacer, pero… —dijo, tras emitir un bufido—. Me temo que has venido para nada, Rose.

En ese momento entró Plinio en la habitación con cara de satisfacción:

—Perdón, *signorina*, lamento interrumpir…

—Dime, amigo, Rose es de confianza.

—Giuliani se ha ido a dormir. Confirmado —dijo, apretando las manos y con una amplia sonrisa, antes de cerrar de nuevo la puerta y dejarlos solos.

—Bien, tenemos un día más. Eso cambia mucho las cosas, y podré planificar una escapatoria.

—¿Una escapatoria?

—Una escapatoria, Rose, me temo que tendré que abandonar el país por la puerta de atrás, como suele decirse.

—No te entiendo…

—Giuliani firmará mañana mi destitución, casi con toda seguridad. Pero no será firme hasta pasado mañana, cuando se publique en la Gaceta Oficial de la República. Entonces podrán echarme mano. Quiero decir, me podrán detener. Antes no, pues tengo inmunidad diplomática. Si me quedo en Italia tendré que ir a la cárcel, pero si me marcho antes de eso, podré librarme.

—Pero, ¿y dónde vas a ir?

—La idea es ir a Brasil. Tengo amigos allí, en la fiscalía. Mi madre me habló de ellos cuando a mi abuelo João le pusieron en apuros, y en estos últimos meses me los he estado trabajando para conseguir que me acepten. Es el único sitio donde podría conseguir que no me extraditaran en caso de que emitan una orden de detención internacional.

—¿Es que ya sabías esto hace tiempo?

—No, no lo sabía, pero era algo que podía ocurrir, y siempre es bueno tener las espaldas cubiertas.

—Claro, truhan, seguro que te los ganaste con tu labia portuguesa… —intentó animarle.

—Sí, algo así. Es lo bueno de saber idiomas, de tener padres de distintas nacionalidades.

—No creo que los idiomas fueran un obstáculo para ti, primo, siempre te sales con la tuya en todo lo que te propones.

—Eso pensaba yo, hasta ahora. Pero ya ves, mis proyectos de cambiar el mundo han sido un desastre; me ha salido todo mal y ahora vienes tú a recoger unos despojos. Como te dije, creo que has venido para nada.

—Para nada no, primo, yo iré contigo donde tú vayas —afirmó, con determinación. Ya estaba harta de esperar a que él tomara la iniciativa, y el amor que sentía por él no le dejaba otra opción más que seguirle. Que seguirle a donde él fuera, allá donde fuera.

—¿De verdad, Rose? ¿Tú sabes lo que estás diciendo?

—No sé si lo sé o no, Pal, pero lo único que tengo claro es que quiero estar contigo. Desde aquel día en Londres no he dejado de pensar en ti, y en cuanto me has dicho que venga, pues ya ves, no he perdido el tiempo.

—De verdad, prima, me halagas. Hoy he contemplado como todos los miembros de mi partido me abandonan. ¡Todos los miembros!, Rose. Y también todos mis colaboradores más cercanos. Todos menos dos amigos. Es reconfortante ver cómo en los momentos en los que todos te dejan, alguien desea estar contigo. Y más si se trata de alguien como tú —dijo, para de nuevo volver a besarla de forma apasionada —. Ven, acompáñame, quiero enseñarte este palacio. La parte privada, me refiero. Supongo que lo demás ya lo has visto cuando has llegado.

Paolo le acompañó a visitar las estancias de aquel inmenso lugar, y aunque era tarde, le hizo de guía turístico sin escatimar ni un detalle, y eso que estaba muy, muy cansado. Finalmente recalaron en su dormitorio, donde de nuevo volvieron a besarse y él comenzó a desnudarla.

—No, Pal, creo que no debemos…

Pero él no oyó nada de lo que ella le decía, y terminaron juntos, como siempre había ocurrido, siempre que se habían visto. Siempre había sido así y aquella vez no fue una excepción, a pesar de que ella había cambiado. A pesar de que ella venía dispuesta a ayudarle en sus problemas y no estaba dispuesta a entregarse así como así. Su nueva Fe se lo impedía, pero su viejo amor se lo exigía y no pudo negarse.

—Y es que el sagrado vínculo del matrimonio une a los esposos de una manera muy especial, Melanie. Casi más que el vínculo que une a un padre o una madre con un hijo o una hija. Marido y mujer son una sola carne y lo que haga uno le afecta al otro de una u otra manera. El marido pertenece a la mujer y la mujer pertenece al marido. Es como si fueran la misma persona. Pero esa posesión no es una posesión material, como muchos esposos hacen de sus esposas. Poseer a una mujer no es como poseer una casa, o como poseer un juguete. Es mucho más. Porque una casa, o un juguete se pueden perder, y la persona se queda como estaba, es decir, no pierde nada. Pero fíjate la diferencia. Si una persona pierde un brazo, o una pierna, entonces las cosas cambian, ¿verdad? Y a un brazo o a una pierna no se le castiga, ni se le golpea, ni se le retuerce, ¿verdad? Se le ama y se le cuida. Pues ese es el tipo de posesión al que me refiero, Melanie. Tienes que estar muy vigilante, pequeña, cuando veles por la gente de nuestra familia, o de tu familia. Tienes que estar muy vigilante para que los esposos se porten bien el uno con el otro, pues de ahí vienen muchas, muchísimas condenaciones.

—Te refieres al daño que se hacen el uno al otro, ¿verdad?

—Así es, Mel. Al principio, en los primeros años del matrimonio, las cosas suelen ir bien. Luego vienen los hijos, y a veces van mejor, pero a veces también son un motivo de fricción entre la pareja y vienen las desavenencias, las discrepancias… Y luego hay una época especialmente sensible que es la madurez, la época en la que los hijos son ya mayores y los padres todavía no son viejos. Esa es una época muy difícil en la que tienes que redoblar la vigilancia, Melanie.

—¿Por qué esa época es tan difícil?

—Pues porque las mujeres dejan de ser fértiles, y entonces, por un proceso biológico y evolutivo, les apetece menos el sexo. No les pasa a todas, pero a muchas sí. Y el problema es que el marido, por lo general, tiene las mismas ganas que antes.

—Pero el sexo no lo es todo, ¿verdad? O eso es lo que yo he oído siempre…

—No, ¡claro que no lo es todo! La mujer puede que no tenga ganas de sexo, pero sigue teniendo la misma necesidad de cariño, de amor, de comprensión, de ternura… Y entonces se produce un choque de intereses que puede ser muy perjudicial para la pareja.

—Y, ¿cuál es la solución?

—Pues la solución, como siempre, es el amor. Es dejar paso al amor y dejar a un lado el egoísmo. Y eso, en un matrimonio, siempre se produce de la misma forma: mediante la cesión.

—¿La cesión de quién? ¿De ella o de él?

—De los dos, Melanie, de los dos. Siempre que sea posible de los dos, pero si no es posible, al menos de uno de ellos.

—¿De cuál de los dos?

—Del que sea capaz de dar más amor, Melanie. Con su ejemplo arrastrará al otro. Siempre es así, hijita.

—Quienes suelen dar más amor son las mujeres.

—No siempre, Melanie. Y, además, depende de la edad. Los hombres jóvenes son más intransigentes, aunque eso cambia con los años. Con ellas pasa al revés, aunque hay también muchas excepciones. Y no solo es cuestión de la edad. También de las épocas. Cuando yo estuve en el Mundo, los santos decían que tres de cada cuatro adultos que había en el Cielo eran mujeres. Y cuando llegué aquí comprobé que era verdad. Pero en la época actual las cosas se han igualado.

—También decían que las personas caían en el Infierno como los copos de nieve caen sobre la tierra cuando nieva, pero eso no era cierto, aunque ahora sí lo es. Al menos eso me dijeron.

—Ahora se ha perdido el miedo al pecado y no es de extrañar que pase eso. Mira —siguió—, te voy a poner el ejemplo de una bisnieta mía. Tú no habías nacido, ni tus padres tampoco, pero es bastante ilustrativo.

—A ver, cuéntame.

—Pasó lo que estamos comentando, es decir, él quería tener relaciones sexuales constantemente, y a ella ya no le apetecía. Además, había otros factores, con unas cuñadas, que también habían emponzoñado la vida del matrimonio. El caso es que se fueron distanciando, cada vez más, hasta el punto de que cada uno hacía la vida por su cuenta. Seguían viviendo en la misma casa, sí, pero apenas se hablaban, y el uno no sabía dónde estaba el otro durante el día.

—Qué triste es eso, Eddy.

—Pues sí, Melanie, pues sí. Los dos se quejaban de que el otro no le hacía ni caso, y al final pasó lo que tenía que pasar. Él conoció a una chica más joven, más dispuesta, y terminó abandonando a su mujer. Y ella se quedó sola, Mel. Se quedó sola y se convirtió en una persona arisca, huraña, que estaba siempre malhumorada y deprimida.

—Y, ¿qué pasó después?

—Pues que la chica joven, al principio, estaba encantada con su nuevo novio, pues era un hombre maduro, con dinero, «interesante», y todas esas cosas que encandilan a las jovencitas. Pero pocos años después lo abandonó, como siempre suele pasar en esos casos, y lo que es peor, se quedó con todo su dinero. Después el hombre perdió su trabajo en una de las crisis que vinieron en esos años, y se encontró con que el destino le había arrebatado todo, pues ni sus hijos le hablaban. Tan solo una hija le hacía algo de caso. Y a ella, no te creas que le fue mejor. También perdió su trabajo en aquella crisis y estuvo a punto de ser desahuciada de su hogar por no poder pagar la hipoteca.

—Estaban los dos condenados al Infierno, ¿no, Eddy?

—Lógicamente. El hombre por adulterio y la mujer por guardarle rencor. Un rencor visceral que le tenía a su marido, que la consumía por dentro, y que no era capaz de perdonar. Y ya sabes lo que pasa cuando alguien no perdona, ¿verdad?

—Pues que tampoco se le perdonará a ella.

—Efectivamente. El hombre estaba sinceramente arrepentido, y se presentó ante su puerta para pedirle perdón. De rodillas se lo llegó a pedir, pero la mujer no le perdonaba.

—Pues vaya. Pero, ¿Lo conseguiste arreglar?

—Sí, que lo conseguí, pero me costó mucho trabajo, Melanie.

—Y, ¿cómo fue?

—Pues como siempre, a través del amor. El amor de su hija, en este caso. Un amor que yo conseguí espolear, pues la muchacha era una criatura celestial. De hecho, está aquí con nosotros, y trabaja de benefactora.

—¿Yo la conozco?

—No lo creo. Pero si quieres, algún día te la presento. Seguro que os vais a caer muy bien.

—De acuerdo. Venga, sígueme contando lo que pasó.

—Pues te dije que el amor de uno arrastra al otro, ¿verdad?, pues algo parecido pasó aquí. Resultó que la hija seguía queriendo mucho a su padre, como es natural, y no soportaba ver cómo el hombre malvivía en una habitación compartida primero, y luego en su coche después. Vivía y dormía en su coche, Melanie, pues ya no le quedaba otra forma de vida al quedarse sin dinero, sin trabajo y sin su hogar. Y la hija rogó a su madre para que le perdonara y le aceptara en su casa

otra vez. Pero ella seguía teniendo el corazón duro. No le perdonaba, pero seguía yendo a misa y encima… ¡comulgando!

—Bueno, y ¿qué pasó? Me tienes en ascuas, Eddy.

—Pues que la hija se fue a vivir con el padre al coche, Melanie. Un coche pequeño, un utilitario donde dormían el padre y la hija. ¿Qué te parece?

—Terrible…

—Lo pasaron muy mal, Mel, pero al menos consiguieron ablandar el corazón de la mujer. Sobre todo, cuando oyó en misa la parábola del hijo pródigo. Ahí me tuve que emplear a fondo y conseguí remover las entrañas de mi bisnieta. Y entonces esta, movida por el ejemplo de amor de su hija, se dignó a perdonar al marido y le volvió a aceptar en su casa.

—Y, ¿le aceptó así, sin más?

—Al principio, sí, con tal de recuperar a la hija, le aceptó sin más, e hicieron la vida que hacían antes de separarse. Pero el hombre estaba francamente arrepentido, y comenzó a darle el cariño y la ternura que no le daba antes, y eso terminó de ablandar a su esposa, que… le terminó por aceptar en su cama, Melanie.

—¡Menos mal!

—Pues sí, menos mal, porque a raíz de eso, y con todo el esfuerzo que yo puse, ese matrimonio volvió a ser el de antes, el que eran cuando eran jóvenes…

—¿Tanto como eso?

—Bueno, tanto, tanto, no, pero casi. El hombre había cambiado, se había dado cuenta de sus errores, y lo mejor es que ella también se había dado cuenta, y cedió. Cedieron los dos, Mel, y fruto de esa cesión mutua se enamoraron de nuevo. Es una historia dramática, pero con un final feliz. ¿Qué te ha parecido?

—Muy bonita, pero me parece muy triste que siempre tengan las personas que darse cuenta de las cosas mediante el dolor.

—Así, son las cosas, hijita. Mira tus padres, por ejemplo. Tu padre llevó una vida pecaminosa hasta que se casó con Pelusilla, y fue entonces cuando descubrió lo mucho que la quería. Pero ese amor, que podía haber aprovechado mucho antes, lo perdió enseguida, para desgracia suya y de tu propia madre, que no le pudo aprovechar como hubiera deseado.

—Pero Eddy, ahora todo eso ya no existe. Ellos están aquí con

nosotros y se quieren mucho…

—Sí, pero mira todo el dolor que pasó ella antes de tenerle, y el dolor que pasó él después cuando la perdió. Y todo por culpa del pecado, Melanie. No te olvides nunca de eso. El pecado es el engaño mayor que hace el Maligno a los hombres. Él, que es el Padre de la Mentira, los hace ver lo agradable, lo inmediato, lo que supone el placer directo y prohibido, pero les oculta las consecuencias. Las consecuencias a largo plazo que les hacen ser desdichados, y no solo en el plano sobrenatural, sino también en la propia vida.

—Claro.

—Es el Padre de la Mentira, Melanie, como ya lo dijo el Señor a través de san Juan, en el capítulo ocho de su evangelio. Allí donde hay una mentira o un engaño, está presente el Diablo. Yo siempre digo que, detrás de un perjuicio que se deriva de un engaño, está presente el Maligno.

—Y dices muy bien, Eddy. Mira lo que pasó con Adán y Eva. ¿Quién estaba detrás de aquel enorme perjuicio que supuso su expulsión del Edén, y que se originó con un engaño?

—Pues eso, el Diablo. El Padre de la Mentira. Y por tanto, es en los mentirosos donde se siente más cómodo, donde habita a placer y se regocija. Y si no, mira lo que ha pasado con tu primo.

—Ya lo creo, Eddy. ¡Ya lo creo!

—En todo pecado siempre hay una mentira, Mel. A veces la mentira es más obvia y más clara, mientras que en otros casos es más sutil, más oculta y más discreta. Pero siempre está ahí, y el Maligno está detrás. Y por esa razón los mentirosos son tan aborrecidos por Dios. Porque se asemejan a aquel a quien Él dio todo, y sin embargo le rechazó, ya desde el principio de la creación.

La huida

El mismo coche que había traído a Rose desde el aeropuerto, se disponía a llevarlos allí al día siguiente. No querían dejar pistas ni levantar sospechas, y optaron por utilizar un vehículo estándar en lugar de usar el coche oficial del primer ministro.

La idea era montar en un jet privado que los llevaría a Río de Janeiro ese mismo día, y que ya estaba preparado para despegar tras haber sido avisado la noche anterior.

En el coche iban Mario, Plinio, Paolo y Rose, acompañando al chófer, y estaban a punto de entrar en el aparcamiento del aeródromo cuando Plinio, que iba delante, recibió una llamada. Al viejo se le mudó la cara, que su jefe vio por la esquina del retrovisor. Este iba en el centro del asiento de atrás, con Rose a su derecha y Mario a su izquierda. Tras unos segundos de conversación telefónica, Plinio ordenó al chófer cambiar de dirección y no entrar en el aeropuerto. En ese momento se volvió hacia Paolo, y le dijo:

—Problemas. Desde Inteligencia me han dicho que la policía fronteriza pudiera dificultar nuestra salida.

—Pero, ¿qué estás diciendo, viejo idiota? ¿Cómo van a dificultar nuestra salida? ¡Con qué derecho! ¡Yo soy el primer ministro de la República! Todavía…

—Cálmate, jefe, cálmate. Ya ha salido en todos los medios la noticia de tu destitución; y entre eso y lo que salió ayer de la fiscalía, pues todo el mundo se piensa que ya estás en búsqueda y captura.

—¡No pueden tocarme hasta mañana! —gritó con furia el todavía primer ministro.

—Claro que no pueden tocarte —dijo Mario—. Pero ya ves, los bulos corren en todas las direcciones. A veces se vuelven contra nosotros. Si nos presentamos en el aeropuerto quizás te detengan, aunque solo sea por hacerse una foto.

—¡Pero qué jefe de policía puede ordenar semejante cosa! —exclamó de nuevo, fuera de sí.

—Me han dicho que el comisario no es de fiar, jefe —intervino Plinio.

—¿Quién es? ¿Lo conocemos? —preguntó Mario.

—Un tal Peroni. Estuvo antes en Milán, en la comisaría del barrio del Arco.

Al joven se le mudó la cara. Tras unos instantes de conmoción, dijo:

—Ahora entiendo de dónde ha sacado la prensa la información para hacer la campaña que están haciendo contra mí.

—¿Estás seguro?

—Dos y dos son cuatro, Paolo. A ese tipo lo han comprado y los mismos que lo han hecho nos están esperando en ese aeropuerto. Aunque no puedan tocarnos por la inmunidad diplomática, pueden fastidiarnos retrasando la salida, o haciendo cualquier otra cosa. Deberíamos pensar en una alternativa.

—Pues ya estáis haciéndolo, y rápido. Nos quedan solo unas horas para que se nos echen encima.

—Tenemos que ir a otro aeropuerto, eso está claro. Aunque sea tomamos el primer vuelo que salga para Brasil en alguna parte.

Plinio hizo una señal al conductor y le dijo que siguiera en dirección norte. Mientras tanto, el gabinete trabajaba a toda prisa para averiguar los próximos vuelos hacia el país sudamericano.

—Creo que no podemos arriesgarnos a tomar ningún vuelo en Italia —dijo Plinio—. No conozco a todos los comisarios de todos los aeropuertos, pero, aunque los conociera, ya no me fio de nadie.

—Cuando el barco se hunde, hasta las ratas lo abandonan —apuntó Paolo, con tristeza—. Nos vamos fuera de Italia. A Suiza o a Francia, o si hace falta a Eslovenia. Este coche puede correr mucho si le pisamos bien y en unas horas estaremos allí. Pide a tus chicos que averigüen los próximos vuelos a Brasil lo más cerca posible, y en el día de hoy. En Niza sería una buena opción. O si no, en Ginebra. Donde sea.

—A la orden, jefe —respondió Plinio, e instó al chófer a pisar el acelerador.

Un infierno temporal

—Oye, Eddy, ¿tú has estado en el Purgatorio?

—Sí, hijita, nada más morir me tocó pasar por allí… unos días.

—¿Solo unos días?

—Sí, afortunadamente fueron solo unos días. En mi familia tenían por costumbre imponer el Escapulario del Carmen a todos los niños cuando hacían la Primera Comunión, y una de las promesas asociadas a esa insigne prenda es que la Virgen pasa a rescatar a todos sus cofrades al sábado siguiente tras el fallecimiento. Siempre y cuando se cumplan las debidas condiciones, naturalmente.

—¿Y por qué te tocó estar allí? ¿Cuáles eran tus pecados? Si puede saberse, claro.

—Claro que puede saberse, Melanie. Ten en cuenta que el día del Juicio Final todo el mundo sabrá lo que hemos hecho cada uno. Yo no tengo ningún pudor en contarlo, como tampoco lo tiene ninguno de los que estamos aquí, o en el propio Purgatorio —la mujer hizo una pausa y luego siguió: —Mi problema es que era un poco chismosa. Sabes lo que es eso, ¿verdad?

—Sí, creo que sí, es todo el asunto ese de los cotilleos, ¿verdad?

—Eso es, Mel. Yo tenía una mala costumbre, que era enterarme de las vidas ajenas, y luego contarlo a personas a las que no era de su incumbencia.

—Pero eso no tiene por qué ser pecado necesariamente, ¿verdad?

—No, claro, no tiene por qué serlo. Pero depende de lo que cuentes, y a quién se lo digas. Y aunque yo intentaba ser prudente, a veces me pasaba de la raya. Eso sí, procuraba confesarme siempre y estar en paz con Dios, cada vez que pensaba que había contado algo que me tenía que haber callado. Es lo que tiene la confesión, hijita, que limpia y purifica los pecados, aunque luego en el Purgatorio tienes que resarcir el daño.

—No entiendo una cosa, Eddy —dijo, tras pensar unos segundos—. Es referente al Purgatorio, y también al Infierno. Si el horror y los remordimientos por los pecados cometidos es lo que hace que las almas no salgan del Infierno, ¿por qué ese mismo horror no hace lo mismo con los que se mueren con una confesión de última hora? Al fin y al cabo, los pecados son los mismos, y lo único que cambia es que antes de morir se han confesado…

—Pues eso es por la gracia que imprime ese sacramento y del cual carece tanta gente, entre ellos los protestantes. El perdón de Dios se derrama en sus corazones y borra la culpa, llenándolo con un fuerte deseo de unirse a Él. El alma ya no está lastrada por el peso del pecado, ya no está oscura y llena de remordimientos, sino que, consciente de que ha sido perdonada, rechaza el Infierno y asciende de forma natural hacia Dios. Ahora bien, las heridas producidas siguen ahí, e inflamada con ese mismo amor, el alma opta por una purificación total y se arroja, en lugar de a las llamas eternas, a las temporales del Purgatorio.

—¿Es el Purgatorio un infierno temporal?

—No, de ninguna manera. Es una forma esperanzada de existencia muy distinta de la existencia infernal, donde no existe la esperanza. Los purgantes ya han visto a Dios y por eso sufren tanto; han visto lo que les espera y ansían sobremanera la unión con Dios como tenemos tú y yo. Es como estar en la antesala de un lugar donde se celebra una fiesta, y no poder pasar. No pueden pasar, pero oyen la música desde la puerta, que está cerrada, y no desean otra cosa más que se abra. Se consumen en la agonía de ascender al Cielo y lo pasan mal, pero tienen esperanza, la esperanza de que algún día lo conseguirán, aunque no saben cuándo será y la espera les consume.

—¿Y por qué nosotras no podemos hacer nada para aliviarles?

—Algo podemos hacer, desde luego, aunque el mayor beneficio se lo pueden hacer los miembros de la Iglesia Militante.

—Es decir, los del Mundo.

—Eso es. Las oraciones de las personas que están en el Mundo son mucho más productivas de cara a acortar su estancia en el Purgatorio que lo que podamos hacer los miembros de la Iglesia Triunfante. Sobre todo, las misas. Si alguien en el Mundo ofrece misas por los difuntos, por un difunto en concreto, ten por seguro que esa persona, si no está condenada, ascenderá como un cohete, y se reunirá con nosotros en muy poco tiempo. ¿Alguna vez te he contado la historia de tu abuelo João?

—Sí, sé que estuvo en el Purgatorio, pero no sé qué fue lo que le pasó allí.

Niza

El coche avanzaba a gran velocidad y Paolo y Rose permanecían abrazados en el asiento de atrás.

—Oye, Pal, vosotros sabréis más que yo de esto, claro, pero… ¿no habrá problemas en la frontera? Quiero decir, para salir del país…

—No, prima, en lo que queda de la Unión Europea sigue sin haber fronteras. Hay libre circulación de personas, de momento, aunque eso creo que va a cambiar pronto. Pero hoy por hoy sigue siendo así. Es nuestra única oportunidad de salir de aquí. Quiero decir, mi única oportunidad. Tú puedes quedarte en Francia si quieres, y volver a tu casa.

—Eso ya está decidido, primo. No vuelvas otra vez con lo mismo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Rose —dijo él, y tras lo cual se dieron un beso ante la mirada de sus acompañantes.

A primera hora de la tarde llegaron a Niza y se aseguraron de que tuvieran los billetes sacados para los cuatro que iban en el coche. Se marcharon a comer en uno de los restaurantes del aeropuerto, donde hablaron poco, pues el Secretario de Gobierno y el Jefe de Gabinete no paraban de discutir entre ellos de cuestiones logísticas sobre lo que dejaban atrás y sobre lo que les esperaba en Brasil. Paolo se peinó el cabello que tenía sobre la frente de forma que formara un flequillo y se puso unas gafas de sol para intentar camuflarse, y ciertamente lo consiguió.

—Plinio, tú no tienes por qué venir. Ni a ti ni a Mario os pueden acusar de nada. Como mucho, podréis decir que cumplíais mis órdenes. Me debéis lealtad y podéis alegar que no sabíais nada. No existe firma alguna vuestra en ninguna parte.

—Nos destrozarán como a ti, jefe —afirmó Plinio—. Quizás no tanto, desde luego, pero encontrarán algo, alguien testificará alguna cosa… Yo prefiero irme a Brasil y gastarme el dinero en *daikiris* debajo de las palmeras.

Paolo sonrió ligeramente y luego se dirigió al otro:

—A ti Mario, no te queda más remedio que huir, me temo. En cuanto el juez abra las diligencias… te acusarán de asesinato. ¿No te arrepientes de haber hecho aquello?

—¡Desde luego que no! —exclamó—. ¿Qué hubieras hecho tú, Paolo?

¿Qué hubieras hecho tú si un animal como ese hubiera violado a tus compañeras, hubiera violado a tu novia…? ¿Si hubiera violado a Rose…? —la miró.

—Yo me lo cargo, Mario —contestó Paolo, rápidamente.

—Pues lo mismo que hice yo.

Terminaron de comer y se sentaron a esperar el vuelo, cuya salida estaba fijada a las siete de la tarde. Rose se sentía como la típica chica mona, la novia rubia del gánster o del mafioso de las películas del siglo XX que tanto le habían gustado y todavía gustaban a todos los *drifters*. Los tres hablaban de cómo huir de la policía mientras ella asistía a todas las conversaciones como convidada de piedra, sin que nadie le preguntara nada, ni consultara su opinión. Sólo faltaba que alguno de los tres le dijera: *«oye, nena, ¿por qué no traes unas bebidas para mí y para mis amigos?».*

Así que se levantó, y como todavía quedaba tiempo, se dispuso a dar un paseo por la terminal.

Desde que se popularizaron los trenes de alta velocidad, los aeropuertos habían quedado restringidos casi en su totalidad a los vuelos transmarítimos o transoceánicos, con alguna que otra excepción. Y el de Niza era de esa manera, aunque este, por ser también el aeropuerto de Mónaco, tenía un cierto tránsito de personas que iban y venían del principado por razones de negocio, o para adquirir productos de lujo. Eso le había dado un cierto estatus que le permitía tener un relativamente alto número de vuelos hacia el continente americano, y también hacia los pujantes destinos de Asia. En su paseo, Rose se encontró con personas de todas las razas y nacionalidades, hasta que recaló sobre una pequeña puerta que ponía «capilla» en francés. Entonces se detuvo, y abrió la puerta, mirando hacia el interior.

Descubrió una sala relativamente espaciosa con unos cuantos bancos, donde probablemente se celebraban las misas en aquel aeropuerto. Entonces salió un cura de una de las puertas que flanqueaban el altar.

—¿*Oui*? —preguntó el sacerdote.

—Perdón, padre, buenas tardes, había entrado por curiosidad… —se disculpó, pero en ese momento decidió lo que iba a hacer—. ¿Sabe usted inglés… o italiano?

—Buenas tardes, hija, sí, sé hablar inglés, ¡estamos en un aeropuerto internacional! Es mi obligación…

—¡Ah perfecto! Pues verá, quisiera confesarme, si usted no tiene inconveniente, claro, y si puede hacerlo ahora.

—Claro, hija, para eso siempre estamos dispuestos. Aquí somos como los médicos de urgencias de los hospitales. Tenemos que estar siempre pendientes por si viene alguien a sanar su alma. No tenemos muchos penitentes últimamente, por no decir ninguno, pero es nuestra obligación y para eso estamos. Mi turno no termina hasta las diez y tenemos todo el tiempo del mundo. Antes venía otro sacerdote a relevarme por las noches, pues hay vuelos constantemente, pero a esas horas nunca venía nadie y se suprimió el servicio. Yo creo que dentro de poco hasta quitarán la capilla, pero de momento, aquí estamos.

El sacerdote no paraba de hablar. Se notaba que el hombre estaba solo y aburrido, y encontrar a alguien que entrara por allí era toda una experiencia. Rose continuó la conversación:

—¿No celebran misas?

—Sí, las celebramos dos veces al día, a las doce y a las siete. Pero viene muy poca gente. Solo algunos trabajadores de las tiendas de por aquí y algún viajero despistado. Ser capellán en un aeropuerto es un destino poco atractivo para los curas, excepto que no te importe aburrirte, claro. Nada que ver con la vida parroquial. Ya llevo aquí varios años y todos los días son iguales. Creo que, en todo este tiempo, que se salga de la rutina, solo he hecho unos cuantos bautizos y un par de bodas.

—¿Se celebran bodas… aquí?

—Fue solo en un par de ocasiones, y porque los contrayentes eran amigos míos. Como comprenderás, no es un sitio muy romántico que digamos. Pero bueno, hija —se interrumpió—, no quiero aburrirte con las monsergas de un viejo capellán —resumió, mientras se ponía la estola— ¿Prefieres ir al confesionario, o lo hacemos aquí mismo?

—Donde usted me diga, padre.

El confesionario era tan solo una mampara situada en un rincón de la sala, donde había dos banquetas a cada lado de la misma, y una rejilla en diagonal a la altura de las caras.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Pues verá padre, hace poco que me confesé, quizás un mes. No mucho más. Quisiera pedir perdón a Dios por… acostarme con un hombre… ayer.

—¿Es tu novio, hija?

—Como si lo fuera. Hemos salido juntos cuando éramos más jóvenes y lo dejamos, y ahora nos hemos vuelto a ver por circunstancias que…

que no vienen al caso. Yo no quería entregarme, padre, como sí lo hice en otras ocasiones —que ya están confesadas y no voy a entrar en eso—. Como digo, yo no quería entregarme, pero él está pasando muchas penas… por circunstancias de su trabajo, y además está enfermo, y… en definitiva, no pude resistirme… e hicimos el amor.

—¿Lo hiciste voluntariamente, o forzada?

—Voluntariamente, padre. Lo quiero con locura, y debo admitir que lo hice voluntariamente.

—Bueno, hija, no te preocupes. El amor de Dios está por encima de todo y aunque es una falta contra la castidad y contra el sexto mandamiento, el hecho de entrar aquí y solicitar la confesión demuestra tu arrepentimiento. Te mando como penitencia rezar tres padrenuestros y tres avemarías para que ruegues a Dios que te dé fuerzas para resistirte la próxima vez, y también para que ayude a tu novio a que te respete y guardéis castidad hasta que os caséis. Ahora inclina la cabeza, que voy a darte la absolución.

Rose hizo lo que le el sacerdote le pedía y este procedió a absolverla:

—Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz, hija, tus pecados han sido perdonados.

La muchacha hizo la señal de la cruz y se marchó diciendo: —gracias, padre, ¡me voy muy contenta!

Los purgantes mendicantes

La abuela de Paolo había conseguido a duras penas que João Costa se confesase antes de morir. Nada más llegar al hospital fue lo primero que hizo al ver que el hombre estaba en tan mal estado. El infarto había sido casi fulminante, y en pocas horas falleció. Pero esa confesión, aunque imperfecta, le salvó de la condenación eterna. Edelberg había hecho bien su trabajo y había movido los hilos necesarios para que la mujer buscase al cura, para que el cura estuviera en la capilla del hospital, y para que João no se muriera antes de tiempo. A pesar de que no tenía su sangre, le había conocido de los tiempos en que había maniobrado para juntar a su hijo Kai Costa con su trastataranieta, es decir, con Pelusilla. Y como no había nadie de su familia cercana en Salvamento, sus superiores le asignaron a ella el caso.

João se había librado del Infierno, pero le quedaba una larga condena en el Purgatorio, donde tendría que llorar por sus execrables pecados durante toda una eternidad. Había pecado gravemente y de manera continuada contra el sexto y el octavo mandamientos, y además con agravante de parentesco.

Todos los habitantes del Purgatorio podían conmutar parte de su pena con las oraciones y con los sufragios que la Iglesia Militante les ofrecía desde el Mundo. Había una «bolsa» gigantesca de oraciones que en todos los rincones del mundo se ofrecían por las ánimas del Purgatorio, pero a João le fue denegada siquiera esa posibilidad, y solo podía ser merecedor de las oraciones que por su alma se le ofrecieran directamente, es decir, mencionando su nombre. Y el problema era que nadie rezó nada por él ni se ofreció misa alguna por su alma.

Así las cosas, se vio obligado a vagar por el Mundo como alma en pena, mendigando oraciones para aliviar su condena. Al igual que los israelitas del Éxodo tuvieron que buscar paja por las cunetas para cumplir la cuota de adobes que les exigía el faraón al haberles denegado el acceso a los almacenes estatales, también João se vio en la necesidad de buscar oraciones pérdidas aquí y allá, la única fuente de sufragios que podía conseguir. Aquello había sido una merced de Dios que se había establecido tiempo atrás gracias a las peticiones que un nutrido grupo de penitentes habían conseguido de la Divina Misericordia. Consistía básicamente en aprovechar las oraciones sobrantes de cualquier rezo que quedaban sueltas tras la finalización del mismo. Las que se decían de más o por escrúpulos de los orantes en su celo por cumplir con el recitado de todas las oraciones que

componían un rosario, o una novena, o de cualquiera de las promesas que una persona hacía. Las que faltaban por defecto eran suplidas por la voluntad de intención, pero las sobrantes se dedicaban a la Iglesia Purgante que no tenía derechos, entre cuyos miembros estaba João.

Por ejemplo, supongamos que alguien tiene voto de rezar diariamente un rosario en honor a la Virgen por una determinada intención. El rosario se compone de cinco padrenuestros y cinco decenas de avemarías. Si el orante se equivoca y en lugar de diez avemarías reza solo ocho, Dios le concede gratuitamente las dos que le faltan, pues con la intención de rezarlas es suficiente. Pero si en lugar de diez reza doce, esas dos avemarías sobrantes que no están dirigidas a nadie, son ofrecidas por la Divina Misericordia a las Almas Mendicantes del Purgatorio.

En su momento, esas «migajas» eran abundantes, por la cantidad de personas de una u otra condición que rezaban oraciones como parte diaria de sus ocupaciones. Por no hablar de los monjes y monjas, cuyos monasterios estaban atestados de orantes hasta bien entrado el siglo XX.

Pero la modernidad había desalojado casi por completo los conventos, y los seglares apenas rezaban ya. Para colmo, la cantidad de pecadores era mayor que nunca, y los necesitados de sufragios crecían de forma exponencial.

Por supuesto, también esos mendicantes tenían opción de aprovechar las oraciones que se dijeran sin intención o sin ninguna intención concreta, pero en el caso de los monjes y monjas eso era algo prácticamente imposible, pues estos religiosos tienen perfectamente tasadas todas las partes de su vida y las oraciones que dicen se oran siempre por un motivo o intención particular, aunque sean las generales de su orden o congregación. Solo era posible esto en el caso de seglares. Pero encontrar a uno que rezara, o que no hubiera ofrecido sus rezos por algo concreto entre tanta masa de incrédulos, era casi como buscar una aguja en un pajar.

Cambio de planes

—¡Hijos de puta! ¡Sabía que nos iban a traicionar! ¡Lo sabía, Mario! ¡Lo sabía!

—¿Qué es lo que pasa, Paolo? ¿Qué problema hay ahora? —preguntó ella, cuando llegó de nuevo al lugar donde les había dejado. Su novio estaba fuera de sí, y los otros dos tenían la cara totalmente desencajada.

—La fiscalía brasileña renuncia a darnos asilo, Rose —replicó Mario —. Me lo acaban de comunicar desde el gabinete.

—Pero cómo… no entiendo —preguntó la chica, mientras Paolo se separaba un poco y discutía algo con Plinio.

—Pues verás, cómo te lo explico… a partir de las doce de la noche Paolo dejará de ser primer ministro con la entrada en vigor de la destitución tras su publicación en la Gaceta Oficial de la República. A las doce y un minuto se dictará una orden de detención internacional contra Paolo, que llegará a todos los países con los que existe un tratado de extradición, que son la mayoría. Entre ellos Francia, lógicamente, con lo cual hoy, mejor dicho, mañana, las autoridades francesas no nos dejarán viajar. Nos retendrán en Francia y tras revisarse el caso, en unas semanas nos enviarán de vuelta a Italia.

—Sí, todo eso lo entiendo, Mario, pero para eso nos vamos a Brasil, ¿no? ¿Por qué ahora se han echado atrás?

—No se han echado atrás, que nosotros sepamos, pero hemos visto ciertos movimientos, Rose, ciertos movimientos que nos inducen a pensar que no nos van a recibir. Mejor dicho, que nos van a recibir, pero que luego nos retendrán y probablemente nos extraditarán más tarde. Vamos, como si nos quedáramos en Francia.

—¿Qué tipo de movimientos? ¿Algo nuevo, que no supierais antes?

—No lo hemos visto antes por la diferencia horaria. Pero nuestros contactos nos han alertado de ciertas «instrucciones» digamos, de bloqueo, aunque no es esa la palabra, de nuestras cuentas corrientes en ese país. Y eso, por supuesto, eso ha disparado todas nuestras alarmas, naturalmente. Creo que Brasil no quiere enemistarse con los que serán los nuevos gobernantes, pues exportan muchas materias primas a Italia. Materias primas que se pueden comprar en Asia, naturalmente, donde son más baratas. Pero nosotros las compramos allí, a través de las empresas nacionalizadas, a cambio de algo, ya me entiendes. A cambio de lo que íbamos a reclamar ahora. Pero hasta

esa gente nos han traicionado, ya ves. Creemos que con eso intentan tener las manos limpias con la esperanza de que el nuevo gobierno les siga comprando algo, o que al menos no cancelen los contratos hasta que no nos extraditen. Una extradición que probablemente intentarán demorar todo lo posible, y lo cual hace inviable el viaje a Brasil, como te puedes imaginar. No me apetece nada pasar una temporada en esas cárceles. Para eso me quedo en Francia, desde luego.

Plinio y Paolo se habían sentado y se devanaban los sesos intentando encontrar una solución. Mario y Rose permanecían de pie, y entonces ella dijo:

—¿No podríamos irnos a otro lugar? ¿De verdad que todos los países tienen un tratado de extradición con Italia?

—Todos no, desde luego, pero mira en el panel de vuelos que quedan para hoy —dijo Paolo, señalando a la pantalla holográfica que había sobre sus cabezas—. Ninguno de esos destinos es viable. Y a partir de las doce… seremos presos.

—¿Estados Unidos tampoco? —sugirió Rose, tras leer los datos de los próximos despegues—. Sale un vuelo a la diez… A lo mejor hay plazas…

—Estados Unidos no tiene tratados de extradición con nadie. Como es tan difícil entrar en el país, no hay prófugos extranjeros que reclamar y, por tanto, no tienen necesidad de firmar convenios. Salvo por delitos de terrorismo, claro, pero de eso a mí no me acusan todavía, que yo sepa, aunque serían capaces.

—Pues entonces, ¿por qué no nos vamos allí? ¿Acaso no hay miembros del gobierno italiano en Washington? El personal de las embajadas, por ejemplo —sugirió ella.

—No, Rose. Mi inmunidad diplomática caduca en unas horas, y a partir de ahí soy un ciudadano normal y corriente. Si nos hubiéramos ido ayer, me hubieran dejado pasar, pero al día siguiente, o sea mañana, ya estaría residiendo de forma ilegal y me expulsarían del país. Eso sí, podría haber elegido destino, e irme algún sitio de los pocos que quedan sin tratados, aunque fuera Uganda, que creo que no lo tiene. Pero hoy… ya es tarde.

—Ya es tarde, ¿por qué? ¿No podemos hacer la misma jugada? Es decir, elegir destino e irnos a Uganda, por ejemplo. Una vez en Estados Unidos, podríamos hacerlo. ¿No?

—No —intervino Plinio—. No es lo mismo que te expulsen a que no te dejen entrar. Si te expulsan te puedes ir a Uganda. Si no te dejan entrar, entonces te tienes que ir al mismo sitio de donde vienes. Antes

no era de esa manera, pero ahora sí.

Todos callaron otra vez, y comenzaron a asumir que su estrategia de huida había fracasado. Habían comenzado a hablar de la posibilidad de volver a Italia, pues quizás de esa manera no les acusarían también de intento de fuga. Paolo estaba comenzando a sentirse mal, y se quejaba constantemente del dolor de estómago y de la espalda, y eso destrozaba a Rose quien no paraba de preguntar si no había otra forma de salir de aquello. Estaba deseando poner en práctica lo mismo que había hecho ella para librarse de sus problemas, y no veía el momento de encontrar una situación tranquila en la que poder hablar con él. Por si fuera poco, si realmente entraba en la cárcel, las posibilidades de llevar a cabo cualquier estrategia de curación serían prácticamente nulas, por el más que probable aislamiento que sufriría debido a los delitos de los que le acusaban.

—¿Y no hay alguna otra manera de entrar en Estados Unidos? Cuando yo sufrí el accidente, mis padres vinieron a verme y estuvieron un mes conmigo…

—¿Tú has estado viviendo allí? —preguntó Mario.

—Sí, por trabajo. Soy artista. Bueno, era. Tocaba la batería en una banda de rock de Chicago. De hecho, tengo la residencia permanente en ese país. Me dieron la famosa «tarjeta verde» al llevar cinco años allí. Y también tengo una casa en un pueblo que se llama Marengo, precisamente.

—Claro, Rose, pero aquí no hay enfermos a quienes visitar —dijo Paolo—. Y aunque los hubiera, estoy seguro de que tu médico tuvo que hacer un informe, que pasó por el consulado, o por la embajada… buf, un protocolo que no te puedes ni imaginar. Además, por lo que yo sé, solo se lo dan a una persona. No comprendo cómo pudieron viajar tu padre y tu madre.

—Pues viajaron, Paolo, viajaron los dos juntos. Sí que es cierto que mi madre después se quedó más tiempo y mi padre le tuvo que ceder los días que le quedaban. Pero lo hicieron —afirmó, y tras pensar un momento dijo: —¿No sería porque eran esposos? Le dieron el permiso a uno y el otro entró por ser su cónyuge…

—No, Rose, eso no tiene nada que ver. Tuvo que ser otra la razón. Pero eso sí es verdad. Si yo fuera tu marido, las cosas serían diferentes, desde luego.

—¿Cómo diferentes?

—Tú puedes residir allí libremente, pues la «green card» no caduca. Y si te casas, tu marido pasa a ser también residente de forma

automática.

—Pues nos casamos, Paolo —replicó, sin dudarlo un instante—. Nos casamos y así podemos entrar los dos en el país.

—Pero, ¿qué estás diciendo, prima? ¿Cómo nos vamos a casar? ¿Dónde está la oficina del Registro para concertar una boda… ahora?

—En la capilla. Nos casamos en la capilla del aeropuerto. Está al final de ese pasillo —señaló hacia el mismo—. Yo he estado allí hace un rato, y el cura me ha dicho que estará hasta las diez de la noche.

En ese momento, Plinio soltó una sonora carcajada y se puso a aplaudir, mientras los demás le miraban. Entonces exclamó:

—Amigo, ¡me parece que te han cazado! ¡Enhorabuena, Rose! ¡Mis más sinceras felicitaciones por adelantado! —les soltó, mientras el aludido ponía cara de circunstancia, sin saber muy bien si reír o llorar.

Finalmente acabó también riéndose junto con el viejo y con Rose, mientras Mario miraba hacia un lado con cara de estar pensando algo.

—A ver, siento chafaros la fiesta —intervino finalmente—. Pero con la boda quizás no sea suficiente. Es la típica forma de saltarse las barreras de entrada, y muchas personas lo utilizan como subterfugio. Sobre todo, los matrimonios que son recientes. No aceptan los concertados en todos los países y…

—Los que hace la Iglesia Católica sí que los aceptan —interrumpió Plinio.

—Vale, pero tampoco eso es suficiente. Se necesita también poseer algún patrimonio en el país, para que no parezca que es un matrimonio de conveniencia.

—¿Y si creamos una cuenta y hacemos una transferencia, ahora mismo? —preguntó Paolo, con ansiedad.

—No creo que los fondos llegaran a tiempo para cuando llegues a Nueva York. Por muy electrónicas e inmediatas que sean las órdenes de transferencia, los bancos juegan con la fecha valor para retener el dinero y generar intereses. ¿Es que no lo sabes? Y eso siempre y cuando que los fondos que tenemos en otros sitios no estén ya bloqueados.

—Pero… espera, espera, Mario —contestó Paolo, intentando pensar. ¿Qué me dices del dinero que tenemos en las Islas Vírgenes? ¿Acaso esas islas no son territorio de Estados Unidos? —preguntó—. ¿No podría servir ese dinero, que ya está en el país?

—Servirá, servirá —afirmó Plinio, con seguridad—. Aunque es un

territorio autónomo, no deja de ser parte de Estados Unidos. Seguro que las cuentas estarán bloqueadas y no podrás hacer uso de los fondos, pero a efectos de demostrar que eres «rico», basta con mostrar el saldo en la cuenta corriente.

Rose no se pudo contener y profirió un grito de satisfacción. Parecía que las cosas se arreglaban. Pero entonces, «su novio», dijo:

—Vale, pero, ¿y vosotros? Nos salvamos todos, o no se salva ninguno.

—No digas tonterías, jefe. Mejor uno que ninguno —avisó Plinio.

—No son tonterías. Mario se enfrenta a un problema bien gordo si se queda.

—Vale, pero —respondió el aludido—, ¿en qué me beneficia a mí, si tú también te quedas? Si yo voy a la cárcel, ¿cómo me podrás ayudar si también estás en prisión?

—No lo sé, pero…

—Afrontaré lo que me toque, Paolo. Sabía el riesgo que corría al hacer aquello, y quizás sea el momento de pagarlo.

—¡Se echarán sobre ti, Mario! Por haber sido quién eres, ¡te machacarán sin piedad!

—No lo harán. Tengo información del gobierno que ellos necesitarán para cuando lleguen al poder. Y la venderé muy cara.

—Mario tiene razón —intervino Plinio—. Además, yo movilizaré los pocos recursos que me quedan para que se les presente a él y a Julia como víctimas. Quizás no llegue la sangre al río.

—Ojalá… —suspiró el periodista—. Pero ahora no debemos perder más tiempo, si queréis tomar ese avión.

Una celda con más de 200 presos

El Purgatorio es un lugar de completa soledad, aunque algunas almas reciben visitas de vez en cuando de familiares o amigos que pertenecen a la Iglesia Triunfante, o incluso de la propia Iglesia Purgante. De esa manera, João se había ido enterando poco a poco de quiénes eran las personas más «despistadas» que había por el Mundo, y que solían rezar oraciones de más. Un compañero le había informado de un monje cisterciense que habitaba en un monasterio de Burgos que era conocido por ser demasiado escrupuloso. Es decir, en caso de duda por haber perdido la cuenta de las oraciones que llevaba, solía repetir incluso todas las oraciones desde el principio.

João siempre se maravilló de la solidaridad que había entre los miembros de la Iglesia Purgante. En lugar de ocultar los descubrimientos, los propios descubridores los hacían partícipes entre los compañeros para detrimento de sus propios sufragios, pues si muchos purgantes acudían a recoger aquellas oraciones, a menos tocaban cada uno, y por tanto más se retrasaba su entrada en el Cielo.

Pero así eran las cosas entre los Elegidos, y João pronto siguió la misma costumbre y comenzó a hacer partícipe de sus descubrimientos a otros mendicantes que se encontraba de vez en cuando en las desoladas llanuras del Purgatorio en el que vivía.

Después de tanto tiempo sin encontrar apenas nada, cuando acudió por primera vez a la celda donde habitaba aquel monje cisterciense, se encontró con que ya había allí más de doscientos mendicantes que residían casi de forma permanente en aquel lugar. ¡Doscientos mendicantes!

Pero como la fama de aquel monje era tan grande, se decidió a quedarse con sus compañeros, a ver si le caía algo también a él. Según le habían dicho, el «problema» que tenía aquel monje era que se distraía. Que se le iba el santo al cielo, vaya. Mientras rezaba, sin pretenderlo, se ponía a pensar en otras cosas y perdía la cuenta de las oraciones que llevaba. Cuando se daba cuenta, volvía a rezar desde el principio, y todas las oraciones que había rezado de más les caían a todos aquellos purgantes mendicantes.

Así que João se quedó en aquella celda todo el día, esperando que el monje se pusiera a rezar. Pero el hombre tenía sus ocupaciones y no terminaba de ponerse. Recitaba la liturgia de las Horas con sus compañeros, desayunaba, trabajaba en un huerto, luego volvía con las Horas, comía, se echaba la siesta, volvían las Horas… hasta que por fin llegaba la hora del rezo.

João preguntó por qué estaban todos allí durante todo el día, si la hora del rezo era solo al final de la jornada. Y le contestaron que aquel monje era ya mayor y se solía encontrar indispuesto con frecuencia. Cuando eso ocurría no realizaba ninguna de esas labores, y se recluía en su celda hasta encontrarse mejor. Y naturalmente, cuando estaba allí no estaba de brazos cruzados. Estaba rezando, y de ahí venían más despistes, y por tanto sufragios.

Así las cosas, cuando llegó el momento del rezo, allí estaban los doscientos mendicantes nerviosos, esperando que al pobre monje se le fuera el santo… al Purgatorio. Pero ese día lo rezó todo cabalmente, y no hubo ni una sola avemaría que sobrase.

Y obviamente ninguno de los que estaban allí osaba siquiera distraerle, por mucho que era lo que todos deseaban de forma tan desesperada. Pues de hacerlo, naturalmente, se quedaban sin el premio.

Así las cosas, João se marchó a otro sitio, pues no le apetecía estar otro día completo en aquella celda esperando que la hora del rezo llegara otra vez al día siguiente. Además, en caso de que el monje dijera algunas oraciones de más, probablemente tendría que compartir un padrenuestro o una avemaría entre varios compañeros, y eso realmente no merecía la pena. Podría aliviar algo su condena, desde luego, pero era tan poco, que prefirió buscarse otros sitios más «rentables».

Entonces visitó las celdas contiguas de otros monjes, y de hecho, allí vio a algunos otros mendicantes que estaban esperando la hora del rezo. Pero eran solo un puñado, y dedujo que esos monjes eran poco proclives a los despistes.

Al final desistió de quedarse allí y siguió explorando el inmenso Mundo en busca de la oración perdida.

Una ceremonia intempestiva

—Perdón, padre, soy yo otra vez.

—¡Ah! Hola, ¿se te ha olvidado algo, hija? Ya sabes que cualquier pecado olvidado en una confesión, si no se ha hecho a propósito, está perdonado igualmente.

—No, padre, no vengo por eso. Vengo por otra cosa.

—Tú dirás.

—Es que quiera saber si… Quisiera saber si usted puede celebra una boda… ahora.

—¿Ahora? ¿Quieres decir, ahora mismo?

—Sí, padre. Ahora mismo. Tenemos mucha prisa.

—¿Tenemos? ¿Quieres decir que los novios ya están aquí?

—En efecto. Yo soy la novia y mi novio está ahí afuera.

El hombre no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Tu novio está ahí afuera? ¿Y os queréis casar, ahora?

—Sí, padre. Usted me dijo que había hecho algunas bodas.

—Ya, pero… ¿Qué es lo que ocurre? ¿Necesitáis estar casados para poder viajar? No será esta una boda de conveniencia, ¿eh?

Rose miró fijamente al cura y le dijo:

—Mire, padre, le puedo asegurar que Paolo y yo nos conocemos desde que éramos niños. Y yo por mi parte, le juro que nunca he amado tanto a un hombre como lo amo a él.

El sacerdote clavó sus ojos en los de la mujer y entonces tuvo la certeza de que lo que decía era verdad.

—Está bien —dijo el cura, aturdido. Llegó a pensar que se trataba de una broma. Al ver que la chica no pestañeaba, siguió: —Pero… antes tengo que hacer unas comprobaciones, claro está. No puedo casar, así como así, a alguien que aparece por la puerta.

—¿Unas comprobaciones?

—Sí, hija, necesito saber si os podéis casar. Si no estáis ya casados con otras personas, si no sois de la misma familia…

—¿De la misma familia?

—Claro. No podéis tener parentesco. La Iglesia Católica no permite el

matrimonio, por ejemplo, entre tío y sobrina o entre primos. Mejor dicho, los permite, pero sólo con una dispensa especial que tiene que otorgar el obispo. ¿Sois primos tu novio y tú?

Rose pensó por un momento, pero enseguida contestó:

—No padre, no tenemos ningún antepasado en común por línea de sangre. Además, estamos solteros los dos. ¿Le vale mi palabra, o tiene que comprobarlo?

—Tendría que comprobarlo, desde luego, pero, si tenéis tanta prisa… supongo que podría hacerlo… a posteriori. Lo que sí se necesita son dos testigos. ¿Tienes dos testigos, hija?

—Los tengo, padre. Están aquí afuera, también.

El hombre no salía de su asombro, y tras discurrir durante unos instantes, dijo:

—Está bien, diles que pasen.

La cara de estupefacción del cura cuando vio entrar en la capilla al primer ministro italiano para casarse con aquella chica rubia a quien acababa de confesar, fue algo digno de recordar. Aquel humilde capellán nunca hubiera imaginado que ese día le iba a ocurrir aquello. Poderosos intercesores debía tener aquella muchacha en el cielo, pensó, para conseguir que su novio, aquel novio, accediese a casarse con ella… tan pronto.

No sabía bien el trabajo que les costó, a esos intercesores, que se juntaran todo ese cúmulo de casualidades.

Una misa por un portugués

João ya se conocía el inmenso Mundo de cabo a rabo, y había conseguido algunas oraciones aquí y allá. Pero todo iba muy, muy despacio, y a ese paso iba a permanecer en el Purgatorio hasta el final de los tiempos. Y la espera le consumía, como a todos los purgantes, y sobre todo a los purgantes mendicantes.

Hasta que ocurrió un milagro.

La abuela de Paolo, María, había vivido junto a João en Lisboa hasta que este murió. Gracias a ella y a los desvelos de Edelberg, el hombre se pudo confesar antes de morir, y por eso su nombre se inscribió en el Libro de la Vida. Pero ella, aunque buena persona, no era una mujer de iglesia o de misas y en el Portugal de comienzos del siglo XXI, como en casi toda Europa por esa época, la gente estaba totalmente descristianizada. Por eso no ofreció misa alguna ni rezó nada por él aparte de las oraciones que el cura hizo cuando se enterró su cuerpo en el cementerio de Lisboa.

Pero cuando murió João, ella regresó a São Paulo, que era el lugar donde había vivido siempre. Y allí en Brasil, en Iberoamérica, la gente aún conservaba muchas de las tradiciones que se habían perdido en Europa.

João no tenía a nadie cercano en la división de Salvamento y por eso tuvo que acudir Edelberg en su ayuda. Pero sí tenía antepasados en Benefacción, y uno de ellos, que conocía su estado de purgación, se las ingenió para que María hiciera algo por él.

Resultó que una amiga de aquella mujer se cruzó con ella por la calle, por casualidad, y por las artes que se dio este benefactor. Tras saludarse, mantuvieron la siguiente conversación:

—Hola, Márcia, ¿de dónde vienes?

—Hola, María, pues vengo de encargar una misa. El viernes es el aniversario de la muerte de mi marido, y me gustaría que la misa de ese día se ofreciera por su alma.

—¡Ah! Pero… ¿eso se sigue haciendo?

—Claro, mujer, ¿no te has fijado que muchas veces el sacerdote nombra a alguien, después de la consagración?

—Sí, es cuando dice, por ejemplo, «pedimos por nuestro hermano Luis…»

—Eso es. El viernes el cura nombrará a mi marido, y de esa forma le

ayudaremos si está en el Purgatorio.

—¿Y si está en el Infierno?

—Ay, mujer, ¡no digas eso! Mi marido era muy bueno… además se confesó antes de morir. Yo estoy segura de que está en el Cielo, pero si está en el Purgatorio, pues para eso le va a venir muy bien esa misa, para que deje cuanto antes ese lugar y llegue al Cielo.

—¿Y eso es caro?

—¡Qué va, mujer! Solo te piden un donativo… lo que tú quieras entregar.

El caso es que María terminó la conversación con su amiga y recordó que al mes siguiente era el aniversario de la muerte de João. Entonces tomó la determinación de ir a ver al párroco y encargar una misa por su alma, igual que había hecho Márcia por su marido.

Pero cuando llegó el momento, se le olvidó y solo lo volvió a recordar cuando Paola le llamó por teléfono para charlar y le comentó algo de su padre. Ahí se empleó a fondo el benefactor, y gracias a aquella conversación María lo volvió a recordar y entonces ese mismo día se fue a la parroquia:

—Padre, quisiera ofrecer una misa por el aniversario del fallecimiento de una persona muy querida para mí, pero el problema es que la fecha ya ha pasado.

El sacerdote acababa de terminar de oficiar una misa y todavía seguía algo aturdido con el torrente de gente que siempre venía a la sacristía a hablar con él en esas ocasiones. «Para eso está el despacho parroquial», se decía. Pero nada, la gente seguía viniendo a la misma hora y todos a la vez, y con la prisa que tenía siempre, pues al terminar aquella misa se tenía que ir a otro sitio para celebrar otra. Aun así, lo que le pedía aquella mujer tenía una solución rápida.

—Eso no es problema, hija. La fecha es lo de menos. En el Cielo el tiempo corre muy despacio, y la puntualidad no es tan importante. La intención es lo principal. Más vale tarde que nunca. ¿Cómo se llama el difunto?

—João. João Costa.

—¿Es de este barrio?

—No, padre, él era portugués. ¿Es eso un problema? ¿Tendría que solicitarlo en Lisboa, que era donde él vivía?

—No, hija, para Dios no existen las nacionalidades. ¡Solo existen las almas!

Los primos dejaron de ser primos

—Espero que el cura cumpla su palabra e inscriba el matrimonio en el Registro antes de que lleguemos a Nueva York.

—Seguro que sí. Seguro que a estas horas ya lo habrá hecho, Pal. Habrá hecho las comprobaciones que me dijo para ver que no hay ningún impedimento y a continuación lo habrá inscrito. La Iglesia ha tardado en informatizarse, pero ya lo tiene todo en servidores para que se puedan consultar las cosas desde cualquier parte del mundo. No te preocupes por eso.

—No lo sé, Rose, de un tiempo a esta parte todo me sale mal.

—Pero eso es por lo que te he dicho. Lo mismo me pasó a mí. Todo me salía mal hasta que lo arreglé de esa manera. Es cuestión de fe, y nunca mejor dicho.

—Vamos, rubia, no me puedo creer que fuera por eso.

—Pues créetelo, Pal, te aseguro que a mí se me pasó todo en cuanto que me confesé y comulgué. También las oraciones de mis padres ayudaron, desde luego.

La pareja de recién casados volaba con destino a Nueva York, en un vuelo que salió con retraso, casi a las doce de la noche. Por los pelos se libraron de quedarse en tierra. Rose le había contado cómo se curó de aquellos molestos dolores y del no menos molesto insomnio tan pronto como volvió al seno de la Iglesia. Pero su marido se resistía a creer.

—Oye, prima… bueno… ahora te puedo llamar prima, ¿verdad? —dijo con sorna.

—Claro, tonto, ahora sí. Antes también, pero el cura podría haber sospechado lo que no es, y haberse fastidiado todo el asunto. Es por el tema de la consanguinidad, ya sabes. La Iglesia intenta evitar el matrimonio entre parientes y por eso pone algunas pegas cuando hay algún vínculo.

—Todo eso ya lo sé, prima, solo te decía… —comenzó a decir, pero se tuvo que interrumpir, pues comenzó a acusar una de esas molestas punzadas en el estómago, que le hizo bajar la cabeza y ponerse las manos sobre el abdomen.

—Tranquilo, Pal, no te preocupes, —le dijo ella, abrazándole—. Ahora estás conmigo. Verás como todo se arregla. ¡Ya lo verás! No te preocupes…

Ella continuó abrazándolo y consolándolo todo lo que pudo en un viaje que se les hizo muy largo. Él llevaba tiempo sin dormir, o durmiendo poco, y los últimos días habían sido frenéticos. En el avión se llegó a quedar traspuesto a ratos, pero las pesadillas no paraban de atormentarlo, y en más de una ocasión se despertaba dando horribles gritos ante la mirada atónita de muchos de los pasajeros.

Cuando llegaron a Estados Unidos, se tuvieron que quedar en la sección de tránsito del aeropuerto durante tres días, a la espera de dilucidar quienes eran los accionistas de la sociedad pantalla con sede en las Islas Vírgenes, y cuyo administrador o testaferro no era desde luego el tal Paolo Marengo que decía reclamar su titularidad.

Una vez llegaron los documentos a la aduana, la policía fronteriza por fin les liberó, pero se encontraron apenas sin dinero en las calles de Nueva York, pues como temían, todos los fondos estaban bloqueados. Tan solo quedaba algo de dinero en la cuenta corriente que todavía mantenía Rose en una entidad de Chicago, aunque era poco ya, al haberse gastado casi todo para pagar a los médicos y la rehabilitación.

Pero al menos fue suficiente para poder tomar un tren de alta velocidad que los llevó a la ciudad de los Grandes Lagos, donde Janet les estaba esperando. La cantante de The Costayers se había hecho cargo de la casa que seguía teniendo en Marengo, y la visitaba de vez en cuando para asegurarse de que todo marchaba bien. Allí esperaba la llegada de la pareja, mientras revisaba alguna de las cosas básicas de la vivienda.

Cuando por fin llegaron a la casa, Paolo estaba totalmente exhausto. La tensión de los últimos días en Italia, el viaje en avión, y los tres días que tuvieron que permanecer en las sillas de la terminal, habían terminado de destrozar un cuerpo que ya estaba muy tocado por la enfermedad que padecía.

—Oye, Rose, ¡qué guapo es tu marido! —le dijo en cuanto los vio, tras saludarles y darse muchos abrazos y besos.

—Pues te aseguro que no está en su mejor momento, precisamente ahora —contestó. El hombre venía francamente cansado, con la cara desencajada, la mirada perdida, el pelo revuelto y sin haberse duchado desde hacía días. Tan solo consiguió prodigarle a Janet una especie de mueca que quiso parecer una sonrisa, antes de que entre las dos mujeres consiguieran llevarle a la cama, donde se desplomó y se quedó dormido casi al instante.

—Está enfermo, Janet. Tiene la misma enfermedad que yo tenía cuando estuve por aquí, después del accidente, ¿recuerdas? Hemos tenido que salir deprisa de Italia por unos asuntos legales que ya te

contaré más despacio. Ahora me tengo que centrar en su curación, que por el estado en el que se encuentra me parece que va a costar mucho más de lo que me costó a mí librarme de lo mío.

—El caso es que su cara me suena, Rose. ¿Acaso me mostraste tú alguna foto de él cuando estabas por aquí? Creo haberle visto en alguna parte…

—No, Jan, yo no recuerdo haberte mostrado nunca fotos suyas. Fuimos novios antes de entrar en el grupo, pero lo dejamos y hemos vuelto hace poco. Puede ser que le conozcas porque sus padres tienen una firma de alta costura, «Costa Marengo», y salen de vez en cuando en los medios.

Rose no quiso decir quién era en realidad su marido, y se limitó a dar una evasiva. Tenían propósito de comenzar una vida nueva y ocultar en la media de lo posible el pasado político de Paolo. La mujer se conformó y dijo:

—Pues no sé… será lo que tú dices, supongo. Bueno, tenemos que vernos más despacio, y ya hablaremos más tranquilamente. Solo decirte que he tenido que cambiar los códigos de acceso a la casa, porque las alarmas no paraban de saltar, y claro me pasaba el día en este pueblo revisando las cosas. Sustituí la cerradura de llave convencional por una electrónica, pero que tampoco era muy sofisticada que digamos. En este pueblo no encontré otra cosa, y al principio sirvió. Pero como te digo, las alarmas saltaban. Al final eran siempre gatos, o ramas u hojas que caían de los árboles, y tuve que cambiar el sistema de seguridad y el código de acceso por otro «inteligente», ya sabes, uno que no es «drifter», para que me entiendas. Te paso el código a tu chip para que puedas acceder a partir de ahora.

—Muchas gracias, Jan, de verdad. Muchas gracias por haberte hecho cargo.

—De nada, mujer, lo he hecho con mucho gusto, ya lo sabes. Ahora te dejo, porque veo que estáis muy cansados. En fin, lo dicho, nos vemos más despacio y ya me contarás todo.

Una ventana de oportunidad

—Hola, João, mi nombre es Edelberg. Soy una antepasada de la novia de tu hijo Kai.

El portugués no salía de su asombro. Los purgantes no reciben apenas visitas, y menos de alguien del Cielo. Tan solo se ven de vez en cuando con algunos otros purgantes que pasan errantes por los distintos niveles de los que se compone el Purgatorio, y se detienen el tiempo necesario para aliviarse mutuamente en su añoranza del Paraíso.

—¡Edelberg! ¡Tú eres quien facilitó mi confesión! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Muchas gracias Edelberg! ¿Cómo podría pagártelo?

—Págaselo a María, João. Ella fue quien solicitó que te viera el sacerdote. Yo solo se lo sugerí.

—¡Por supuesto que se lo pagaré! Yo velaré por que alguien haga lo mismo que ella hizo por mí…

—Eso es un acto de misericordia que te honra, João. Los miembros de la Iglesia nos tenemos que ayudar unos a otros.

—Oye, ¿dices que mi hijo tiene una novia? No sabía nada de eso. Siempre ha estado con muchas chicas, pero nunca ha tenido novia fija…

—Estamos trabajando en ello, João, porque creemos que es lo que más le conviene tanto a él como a ella.

—Kai no me habla desde hace muchos años, Edelberg, igual que mi mujer.

—Es que fue muy grave lo que les hiciste, João.

—Y qué te crees, ¿qué no me arrepiento? Por eso estoy aquí…

—Bueno —dijo, tras una pausa—, no tengo mucho tiempo. Vengo a traerte buenas noticias. Tu mujer te ha perdonado en su corazón, tras tu fallecimiento. Supongo que lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé. Siempre confié en su bondad. Pero mi hijo todavía me guarda rencor, a pesar de todo lo que me pasó antes de morir.

—Pues precisamente esos padecimientos que has tenido en los últimos años de tu vida han servido de algo, João. Con eso se te ha perdonado parte de lo que hiciste, y puesto que tu mujer te ha perdonado igualmente, la misa que te ha ofrecido María va a servir para acelerar tu proceso.

—¿Cuánto tiempo tengo de remisión? ¿Cuándo podré salir de aquí? —preguntó el hombre con ansiedad.

—Se me ha revelado que vas a tener una ventana de oportunidad dentro de ocho años. Dentro de ocho años, tu hijo Kai pasará a visitarte y si consigues que te perdone, entrarás directamente en el Paraíso. Pero para ese año tienes que haber llegado al nivel catorce.

—¿Al nivel catorce? ¿En solo ocho años? ¡Eso es imposible! —dijo João, pensando en la situación en la que se encontraba como purgante mendicante. A continuación, preguntó:

—¿Voy a tener acceso a la «bolsa» general de las Ánimas? Porque entonces, la cosa cambia, desde luego.

—Me temo que no, João.

El hombre entonces se sumió en un profundo abatimiento.

—Pero no desesperes. Para Dios no hay nada imposible. ¡Ya deberías saberlo! Y ahora te dejo. Tengo mucho trabajo en el Mundo y no puedo entretenerme más.

—Estoy muy solo, Edelberg.

—¡No desesperes, João! ¡No desesperes!

Una noticia inesperada

—Hola, Paola, soy Adam. Tengo noticias, de los chicos.

—Hola, Adam. ¿De los chicos?

—De Paolo y de Rose, naturalmente. Sabías que ella se había marchado a Italia para estar con él, ¿no?

—¿Cómo? ¿Que Rose se ha ido con Paolo, a Italia?

—Sí, se fue hace ya unos días. Vaya… pensaba que a estas alturas ya lo conocerías.

La mujer dejó pasar unos segundos y dijo después:

—Es la primera noticia, Adam. De Paolo solo sabemos que está en búsqueda y captura y que el gobierno provisional italiano ha emitido una orden de detención internacional contra él. Todo lo sabemos por las noticias, claro, pues ya sabes que no tenemos acceso a su teléfono, y él hace ya tiempo que no nos llama. Los medios especulan con que se ha casado con una americana y se ha marchado en un vuelo a Estados Unidos para que no le puedan extraditar.

—No. No es ninguna americana. Paolo se ha casado con Rose.

—¿Con Rose?

—Sí, con Rose. Con nuestra hija.

Tanto la mujer brasileña como su marido italiano, que también estaba escuchando la llamada, se quedaron de piedra. Aquello era todo un bombazo, y se lo creyeron porque confiaban plenamente en quién ahora era su consuegro, quien sabían no era dado a gastar bromas.

—Ella tiene la residencia permanente en ese país —siguió el inglés—. Ya sabes que estuvo viviendo allí muchos años. Nos ha llamado desde Estados Unidos, pues con las prisas no ha podido hacerlo antes.

Sus interlocutores tardaron en responder. No era para menos. A la final Paola siguió la conversación:

—Siempre pensé que esa era una posibilidad, Adam. Es más, lo deseé. Pero ya sabes cómo es mi hijo.

—Nosotros también lo pensábamos así, y si te digo la verdad, también lo deseábamos. Sobre todo, Louise, que está aquí a mi lado.

—Hola, Paola —siguió la mujer—. ¿Qué os ha parecido la noticia?

—Hola, Louise. Pues… inesperada. Es lo que le decía a Adam. De alguna manera sabíamos que estos dos iban a acabar juntos. Pero

ahora… precisamente ahora… es lo que nos sorprende. Pero claro, teniendo en cuenta eso de la residencia… Es lógico que lo hayan hecho así, supongo.

—Se han casado en la capilla del aeropuerto, como solución de última hora para poder escapar. Después despegaron de inmediato y no nos han podido llamar hasta pisar tierra.

—¿Habéis podido hablar con él?

—No. Solo hemos hablado con Rose. Y han sido solo unos pocos minutos, mientras esperaban en la aduana. Hemos querido que nos pasara con Paolo, lógicamente, para felicitarle, pero no ha podido ser.

—¿Por qué? —preguntó la mujer, con ansiedad.

—Está enfermo, Paola. No sé si lo sabíais.

—¿Enfermo? ¿Por qué? ¿Qué es lo que le ocurre? —intervino el marido.

—No está muy claro, pero tiene insomnio crónico y fuertes dolores de estómago y de espalda. Hemos querido hablar más con Rose, pero le tenía que atender y no ha sido posible.

—No sabíamos nada… Nunca hemos sabido nada de él desde hacía tiempo… Pero una cosa, Louise, ¿podemos llamar a tu hija? Ya que no podemos hablar con él, podríamos hacerlo a través de ella… ¿es posible?

—Claro, Vittorio. Al fin y al cabo, es vuestra nuera…

¿Dónde está el hermano Antonio?

La noticia que le dio Edelberg le alegró, sin duda, pero también le dejó un sabor agridulce.

Efectivamente, los últimos años de su vida fueron terribles, motivados principalmente por las consecuencias de sus malos actos del pasado. Al menos todos esos sufrimientos habían servido para algo, aunque no sabía cuánto tiempo de purgación le había supuesto ese beneficio, ya que nunca le habían comunicado su tiempo total de condena. Pero sabía por ciencia infusa que esta era muy larga.

En el tiempo que llevaba por allí se había encontrado con otros compañeros mendicantes, algunos de los cuales llevaban más de mil años vagando por ahí en busca de oraciones. ¡Más de mil años!

Lo que estaba claro es que no podía ser eternamente, pues cuando llegara el fin del Mundo solo quedaría en pie el Cielo y el Infierno, y puesto que él ya se había librado del Infierno, en ese momento pasaría al Cielo automáticamente.

Pero el fin del Mundo podría ocurrir al día siguiente, o quizás dentro de diez mil años, o quizás de cien mil. Solo lo sabía Dios, y nadie podía estar esperando eso para salir del Purgatorio. No quedaba más remedio que seguir buscando oraciones, y le quedaban solo ocho años para pasar al nivel catorce, el nivel por el que pasaría su hijo dentro de ese tiempo. Eso significaba obviamente que a Kai le quedaban ocho años de vida, pero eso era lo de menos.

Así las cosas, se decidió a pasar directamente a la acción. La búsqueda errática de oraciones le había supuesto muy pocos sufragios. Tan solo unos cuantos meses de rebaja había conseguido obtener después de dos años de búsqueda incesante.

Haciendo una proyección de esos resultados, en ocho años no podría estar en el nivel catorce ni por asomo. Por eso lo del sabor agridulce.

Así que volvió a la vieja táctica de personarse en la celda de algún monje despistado que, aunque muy disputadas, por lo menos le podría caer algo con total seguridad.

Cuando llegó a la celda de aquel monje cisterciense tan famoso, la encontró vacía. No era la hora del rezo, pero, aun así, siempre había visto mendicantes esperando. No había otra cosa que hacer, y estar allí siempre suponía un alivio para todos aquellos purgantes, que aguardaban con esperanza y resignación. Pero el tiempo pasaba, y allí no llegaba el monje, ni tampoco más compañeros.

Entonces pasó a la celda de otro monje en el mismo monasterio, que también solía tener mendicantes esperando, a pesar de que no eran tan despistado. Y para su sorpresa, esa celda estaba llena a rebosar. ¿Qué habría ocurrido? Entonces le preguntó a uno de los que allí estaban:

—Hola compañero, ¿qué ha pasado con el hermano Antonio? Vengo de su celda y está vacía…

—¿No te has enterado? —respondió—. El hermano Antonio murió hace unos meses.

—¿Ah sí?

—Ahora hemos venido todos a la celda del hermano Javier. No es tan despistado como el otro, pero algo es algo.

El reflejo de la cara de João en la dimensión sobrenatural debió de ser tan triste, que el compañero se dispuso a consolarle.

—No te preocupes, hombre. En cuanto llegó al Cielo el hermano Antonio, y se enteró de todo lo que pasaba en su celda, le entró tanta pena que resulta que se ha hecho benefactor. Se pasa el tiempo en el Mundo intentando que la gente que nos ha conocido solicite una misa en nuestro nombre. ¿Tú estuviste alguna vez en su celda?

—Sí, sí que he estado, aunque no mucho, la verdad. Me desesperé enseguida y me fui por ahí a buscar otra cosa.

—Bueno, pues si has estado, entonces estarás en la lista. El hermano Antonio se ha propuesto conseguir misas para todos nosotros. ¿Tú has tenido alguna misa?

—Sí. Hace poco tuve una, y he conseguido ascender algo. Me han conseguido algunos privilegios y…

—Pues entonces olvídate —interrumpió el compañero—. Somos cientos de almas y tenemos preferencia quienes todavía no hemos tenido ninguna. El hombre se está esmerando todo lo que puede, pero la gente es muy dura de pelar y más en estos tiempos que corren…

Hacédmelo a mí en su lugar

—¿Qué tal, hija? ¿Cómo estáis? ¿Qué tal habéis pasado la noche?

—Bueno, yo estoy bien, mamá, pero Paolo no lo está. Quizás sea del cansancio, del estrés de estos últimos días, no lo sé. Está agotado y totalmente extenuado. Por si fuera poco, no duerme bien, y se despierta constantemente dando gritos y empapado en sudor. Me cuenta que tiene horribles pesadillas. Estoy muy preocupada, mamá —dijo, tras comenzar a llorar.

—No te preocupes, hija —dijo el padre—. En la parroquia ya hemos iniciado un grupo de oración y estamos rezando todos por él.

—No sé papá, no sé si será lo mismo que me pasó a mí. Yo estaba cansada, sí, pero era por no dormir. Él tampoco duerme, desde luego, pero esto que tiene es demasiado fuerte, y le está aumentando desde que dejamos Italia.

—¿Por qué no vais al médico? Quizás esté enfermo de verdad. En Estados Unidos la medicina está mejor que en Europa y que en Italia, y quizás puedan saber qué es lo que le pasa.

—Mamá, él no puede acceder a sus cuentas, las tiene todas bloqueadas. Y yo no tengo apenas dinero. Recuerda que aquí no hay sanidad pública, y…

—Por eso no te preocupes, hija. Ahora mismo te mandamos algo. Vete al médico en cuanto que puedas y ya nos cuentas. Ahora te dejamos, porque los padres de Paolo están también muy preocupados y nos han pedido que les avisemos en cuanto sepamos algo de vosotros. Es probable que te llamen, Rose.

—De acuerdo, mama, tendré el teléfono conectado. Mi cuenta en Chicago es la que ya conocéis. Muchas gracias por el envío.

—No tienes que darlas, hija, lo hacemos con mucho gusto, y por favor te ruego nos pidas todo lo que necesites. No hagas como siempre haces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá.

Unos minutos después de colgar llamaron los suegros.

—Hola Rose, ¿qué tal se encuentra nuestro hijo? Ya nos han dicho tus padres que no está bien.

—No, no lo está, Paola, Mientras llamabais, he concertado cita para mañana con el doctor Hammer, un médico muy bueno que me atendió a mi cuando tuve el accidente. Es de total confianza y estoy segura de

que nos dirá lo que tiene, si está en manos de la medicina saberlo, claro.

—No sabíamos nada, Rose. No sabíamos que tenía esos dolores. La verdad es que no hablaba nunca con nosotros, y esto es totalmente nuevo.

—Por lo que me ha dicho, ha comenzado a tenerlos hace poco. Un poco antes de que saliera del Gobierno. Consultó a los médicos que tenía a su disposición y le realizaron algunas pruebas; pero no salió nada. Creo que también le dio tiempo a ir a un hospital especializado en medicina interna, pero lo mismo. Le diagnosticaron dolor psicosomático debido al estrés.

—Oye, Rose, ¿No podríamos verle? —preguntó el padre—. ¿Nos podrías pasar con él?

—Sí, claro, pero está acostado —dijo, yendo hacia la habitación. Voy a ver si está despierto.

Cuando llegó le encontró delirando, balbuceando palabras incomprensibles, y prefirió no mostrárselo a sus padres.

—No está en condiciones de veros, ni que vosotros lo veáis, Vittorio. Pero cuando se despierte o esté mejor, le diré que habéis llamado, e insistiré en que os devuelva la llamada.

—Muchas gracias, Rose, ojalá se digne a hablar con nosotros.

—Otra cosa —intervino la madre—. Por favor dinos tu número de cuenta para enviaros dinero. Sabemos que no tenéis nada, pues Paolo tiene todas sus cuentas bloqueadas.

—No hace falta Paola, mis padres ya me han dicho que me van a mandar algo, y...

—Insisto. Por favor dame el número, o si no, se lo pediremos a tus padres —le dijo. Y como la muchacha parecía no decir nada, continuó:
—Rose, para estas cosas eres igual que tu tía, la mujer de Kai. No consentía que nadie le prestara nada, pero esto es un caso de necesidad.

—De acuerdo, pero ahora os tengo que dejar. Me ha parecido oír que me llama. En cuanto sepa algo más, os llamaré.

Rose subió de nuevo las escaleras que había terminado de bajar y volvió a entrar en el dormitorio.

—Por favor… agua… Rose, tráeme agua…

—Aquí está, amor mío. Justo en la mesita. Espera, te acerco el vaso —le incorporó ligeramente, agarrándole de la cabeza. El hombre se

levantó como pudo y bebió lo que le ofrecía, aunque parte del contenido del vaso se le derramó sobre la camiseta. De nuevo se tumbó y permaneció acurrucado en la cama mientras su mujer se introducía también y le agarraba con fuerza. Rose comenzó a rezar y justo entonces su marido profirió un grito de dolor, como si recibiera una punzada en el estómago. Pero ella no se amilanó y continuó la oración como si no hubiera oído nada. Pero él seguía gritando, y entonces su mujer comenzó a llorar. Lágrimas de dolor, como si fuera ella quien recibiera las puñaladas. Entre oración y oración decía:

—¡Malditos! ¡Dejadle en paz! ¡Dejadle en paz, malditos demonios! ¡Dejadle en paz! ¡Dejadle en paz y hacédmelo a mí en su lugar! ¡Dejadle en paz!

—João recibió como un mazazo la noticia de la muerte del hermano Antonio y lo que es peor, que él ya no fuera a recibir más misas de aquel hombre, al haber recibido ya una.

—Y ahí fue donde tú interviniste, ¿no, Eddy?

—Bueno, fue un poco más adelante, pero sí, a raíz de aquello fue. Tu abuelo João vio que no tenía nada que hacer con los monjes y entonces pensó que la única forma de salir de allí sería conseguir el perdón de tu padre. Pero claro, tu padre todavía seguía en el Mundo, y eso para un miembro de la Iglesia Purgante supone toda una barrera de entrada. Nosotros los de la Triunfante tenemos más fácil el acceso, ya lo sabes, pero ellos lo tienen mucho más complicado.

—¿Y eso por qué es?

—Les falta la plenitud de la Visión Beatífica. Los miembros de la Iglesia Purgante tienen restringidas sus capacidades a diferencia de nosotros, los de la Triunfante. Sus «poderes» son muy limitados.

—Sí, eso ya lo sé. Yo me refiero a las manifestaciones, en general.

—Bueno, es la voluntad de Dios, hijita. Él tiene mucho celo con la gente que habita en el Mundo, y no quiere que se den cuenta «a la fuerza» de que Dios existe y de que es real. Se necesita la Fe como un requisito indispensable para la salvación del Género Humano, y esto tiene que ser un libre ejercicio de la voluntad. Si cualquier miembro de la Iglesia Purgante o de la Iglesia Triunfante nos manifestáramos abiertamente a los de la Iglesia Militante, entonces, creer desde luego sería mucho más fácil, pues estaríamos forzando de alguna manera a los hombres a creer en algo que solo la Fe puede iluminar. ¿No te parece?

—Aun así, hay muchos casos de manifestaciones, Eddy. Yo mismo lo hice a mi prima Rose cuando era pequeña, y tú también te manifestaste abiertamente a mi padre, hacia el final de su vida.

—Sí, claro, porque Dios lo permite, y siempre es para el bien de las almas. Pero nunca será para confirmar en la Fe a alguien. Tu prima era una niña, y solo te manifestaste en sueños. Y en el caso de tu padre, él padecía una enfermedad mental que nadie tomaba en serio, y bastante sufrimiento tenía él ya con eso. Tu abuelo había abierto un canal en él, y le había expuesto a las manifestaciones sobrenaturales. El canal ya estaba ahí, y yo solo intentaba consolarle en su desesperación por la muerte de tu madre, pues ya sabes que lo pasó

muy mal desde que sucedió aquello. La historia de amor entre tu Pelusilla y tu padre fue digna de contarse en una novela de las que venden millones de ejemplares. ¡Vaya amor más incondicional! Era tan grande el afecto que tenían el uno por el otro que cuando ella murió él se trastornó por completo.

—Claro, no me extraña que eligieran Matrimonio como destino los dos… Pero entonces, ¿ese canal fue culpa de mi abuelo João?

—Sí, no sé cómo consiguió hacerlo, pero lo hizo él. Fue cosa del Señor, sin duda, porque esas cosas no ocurren así como así. Le dio el poder para hacerlo y el permiso de manifestarse, y primero lo comenzó a hacer en sueños. Intentó hacerle ver que esa actitud de rencor que seguía teniendo hacia él no era buena. Que al final se lo estaba haciendo a él mismo, pues ya sabes que el rencor es un pecado grave. Pero, aun así, Kai no se daba por aludido —siguió—, y entonces João cambió de estrategia, y comenzó a hablarle directamente, sin tapujos.

—¿Le pidió que le perdonara, así, directamente?

—No, Mel, eso creo que no le estaba permitido. Lo que hizo fue intentar ganárselo, hacerse amigo suyo de alguna manera, con la pretensión de parecerle «simpático», y con eso ablandar su corazón.

—¿Y cómo hizo eso, Eddy?

—Pues todo comenzó cuando tu padre se marchó a vivir desde Londres a Lisboa, a la que había sido la casa de sus padres desde siempre, y donde él nació y creció. Tras la muerte de João, la casa estaba vacía y él necesitaba desconectar del trabajo para crear un disco musical que iba a ser excepcional en la historia de la música. Pero claro, no esperaba encontrarse con su padre en esa casa…

—O sea, que mi abuelo le estaba allí esperando.

—Ya lo creo, Melanie. Y ahí fue cuando comenzó a congraciarse con él. Y lo hizo ayudándole y dándole ideas para las canciones que compuso, y que como te digo fueron magníficas.

—Pero Eddy, ¿mi abuelo también era músico? ¿No era ingeniero, experto en *electrósica*?

—Se dice *electrónica*, y sí, era ingeniero. Pero eso no tiene nada que ver. Una cosa es lo que seas en el Mundo, y otra muy distinta lo que ocurra luego en la Eternidad. Ya te dije que el Señor le dio el poder para manifestarse, y de la misma manera le dio el conocimiento para entender de música y poder hablar con su hijo de igual a igual.

—¡Ah! Ya veo. Debe ser algo similar a eso que me dijiste de los

idiomas. ¿No es así?

—Bueno, no exactamente, aunque es algo parecido. En el Mundo, aunque a ti te parezca extraño, existen cientos de maneras de expresar las mismas cosas, y lo peor es que la gente solo suele saber una única manera de decirlas. Con lo cual, los grupos de personas que viven juntas en un determinado territorio, se hablan de una única forma, y salvo que lo estudien, no saben comunicarse con la lengua de las personas del territorio contiguo.

—Eso es el resultado de lo que pasó con la Torre de Babel, ¿verdad? Es lo que nos dijeron en Enseñanza.

—Eso es, Mel. Cada grupo de personas solo habla un idioma y salvo excepciones, no conocen el idioma de las demás personas que habitan en el Mundo. Pero para nosotros —continuó Edelberg que ya se anticipaba a la pregunta de su pupila— para nosotros en la Eternidad ese problema ya no existe, y entendemos las lenguas de todas las personas que han habitado y habitan en el Mundo, pues nuestra interacción con ellos es a través de los sentimientos, y ahí todo el mundo habla el mismo idioma.

—O sea que João se comunicó con mi padre usando un lenguaje musical que él entendía mediante el nivel de los sentimientos…

—Pues no sé cómo lo hizo, Melanie. Desde luego, sí que sé que se comunicó con él y lo hizo mediante el solfeo, que es la forma de escribir música de una forma que no es sonora. No me preguntes cómo es eso posible, pues yo tampoco lo entiendo muy bien. Cuando estuve en el Mundo yo no tenía ni idea de esas cosas, y las he ido aprendiendo aquí poco a poco. Pero bueno, la cuestión es esa. Le ayudó a crear aquellas canciones y con eso su hijo le perdió un poco el miedo. Un miedo que tenía, pues como comprenderás, no es nada confortable que te hable un muerto, estando tú en el Mundo.

—Ya, eso lo entiendo. Lo que no sé es como le pudieron dar a mi abuelo permiso para eso…

—Pues yo tampoco, Melanie, pero así fue. Y lo peor es que, aun así, tu padre no se ablandó lo suficiente, y cuando regresó a Londres, tu abuelo perdió la influencia que tenía sobre él.

Fibromialgia

—Puede ser fibromialgia, Rose. Es lo único que justifica esos dolores, aunque los delirios no me los explico. Quizás sea algo concomitante a una enfermedad mental asociada o prevalente que se ha manifestado a la vez o que se ha precipitado por la fibromialgia.

—¿Qué es la fibromialgia, doctor Hammer?

—Es una afección crónica que causa dolor en todo el cuerpo, y que se asocia con fatiga y otros síntomas. Las personas que lo padecen pueden ser más sensibles al dolor que el resto de la gente. Provoca disminución de la capacidad funcional, alteraciones cognitivas y del sueño, y mal estado de ánimo. Se cree que está motivada por una alteración neurológica de determinados neurotransmisores del sistema nervioso.

—¿Y puede sobrevenir así, de repente?

—Puede ser, si hay algún factor que lo desencadene. ¿Tu marido ha tenido estrés últimamente, o ha pasado por algún suceso traumático?

—Sí, lo ha pasado mal, hace poco… ha perdido el trabajo y ha tenido que marcharse de su país…

—Puede ser por eso, Rose. Pero lo malo es que es una enfermedad muy esquiva y solo se diagnostica por defecto, es decir, no hay ninguna prueba de imagen o de laboratorio que la confirme, y se dice «el paciente tiene fibromialgia», cuando en realidad no sabemos lo que le pasa. Se asocia a los síntomas que te he dicho, aunque con la cautela de que esos delirios y las pesadillas que dices que tiene, no guardan relación. Yo le mandaría al psiquiatra, pero me temo que tampoco ellos disponen de nada que diagnostique lo que le pasa, y van a tirar de sintomatología para prescribir probablemente antidepresivos o algunos hipnóticos, que yo francamente desaconsejo.

—Entonces, doctor, ¿qué podemos hacer?

—Le voy a prescribir unos relajantes musculares y unos fármacos antiinflamatorios para paliar algo los dolores. También algún relajante suave para que pueda dormir, aunque según me dices, ya los toma y no lo consigue. A ver si estos que te voy a dar, al ser diferentes, le hacen algo. También en estos casos se aconseja hacer meditación y ejercicio físico, pero me temo que tu marido no está en condiciones de hacer ninguna de esas dos cosas.

—Pues no, doctor; desde luego, hoy por hoy no lo puede hacer.

El médico comenzó a transcribir las prescripciones en su tableta, mientras terminaba de redactar el informe, para después introducirlas en el chip de proximidad de la chica. A continuación, le preguntó:

—Oye Rose, ¿qué tal sigues con el brazo?

—Pues mal, doctor Hammer. Hace ya años que solo lo uso para lo imprescindible. Para sujetar cosas, para asearme… poco más. Para comer y para escribir uso la mano izquierda. Ya me he acostumbrado y creo que ahora lo hago casi tan bien como cuando tenía mi mano original.

—Ya, pues te lo digo porque hace poco estuve con el doctor Andrews, para implantar un brazo a un paciente, y me dijo que hay una nueva «versión» del software que usa el chip que lleva integrado, y que mejora sustancialmente la funcionalidad de la prótesis. Podrías intentarlo. No creo que haga milagros como si fuera el brazo que has perdido, pero quizás podrías recuperar la movilidad perdida.

—No lo sé doctor, no tengo mucho dinero y el que tengo lo quiero reservar para mi marido. Cuando salgamos de esto, quizás me lo piense.

—Como quieras, Rose. Pero no creo que sea muy caro, por si algún día te decides a hacerlo.

Daphne

—A pesar de que no consiguió el favor de Kai, acercarse a él le supuso a tu abuelo João conocer a la gente con quien se relacionaba, y una de esas personas fue Lawrence Ayers, el socio de tu padre en el grupo musical donde años después recaló tu prima, The Costayers.

—¿Lawrence Ayers?

—Sí. Era un buen guitarrista y tu padre se asoció con él por esa razón. Pero también era un buen cristiano, aunque protestante, y tenía una esposa que se llamaba Daphne, y que era también muy devota. Ambos pertenecían a los protestantes episcopalianos, y cuando el marido murió, la mujer se quedó muy afectada. Comenzó a padecer un fuerte insomnio, y solo el rezo de los salmos y las oraciones de lo que ellos llaman «el libro de oración común» le consolaba durante sus largas noches de sufrimiento. Entonces adquirió la rutina de dedicar un conjunto de oraciones a las diversas necesidades de su país, de sus familiares y de ella misma, y ya se las sabía de memoria y las recitaba cuando intentaba dormir. Pero durante la noche se terminaba quedando dormida, aunque solo a ratos, y entonces retomaba los rezos por donde pensaba que se había quedado, y muchas veces hacía oraciones de más.

—Ya veo por donde vas, Eddy. Supongo que mi abuelo se dedicó a recolectar todas esas oraciones sobrantes para sí mismo, ¿verdad?

—Supones bien, Melanie. Y con la ventaja de que no tenía competencia disputándole las oraciones. Los protestantes son poco dados al rezo repetitivo, por eso que dice el evangelio de san Mateo: *«Y al orar no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos»*. Con esa cita sacada de contexto justifican su rechazo a las oraciones católicas como el Santo Rosario u otras, cuando el Señor solo se refería a la palabrería “mágica” que hacían los paganos y que pensaban que cuantas más veces se repitieran esas palabras más favor conseguirían de sus dioses. Ya sabes que los católicos usamos la repetición como una forma de alabanza y petición continua a Dios, como un ofrecimiento de nuestra voluntad y de nuestro tiempo, y sabemos que siempre es mejor la calidad que la cantidad. Además, si los protestantes tuvieran razón, ¿cómo explican entonces el versículo de la carta de San Pablo que dice: *«Estad siempre gozosos, orad sin cesar y dad gracias a Dios en toda ocasión»*? Obviamente Dios no prohíbe el rezo repetitivo, sino todo lo contrario, lo alienta, eso sí, con las debidas condiciones. Las mismas condiciones que usaba Daphne para rogar a Dios por sus necesidades, para pedirle

que dejara de sufrir y pudiera dormir.

—Pero Eddy, ¿las oraciones de los protestantes tienen el mismo valor?

—Toda oración de un cristiano hacia Dios tiene un valor enorme, Mel. Lo que ocurre es que ellos no tienen administrado casi ningún sacramento, excepto el bautismo, y eso hace que sus almas estén más alejadas de la Gracia. Igual que las oraciones de un católico en estado de pecado mortal sirven de poco, algo parecido pasa con los protestantes, en cierta medida. Por eso, y porque son poco dados a rezar, casi ningún purgante mendicante se fijaba en ellos para recoger oraciones. Y ahí fue donde João encontró una fuente de plegarias, que, aunque escasa, se repetía todas las noches, y con la ventaja de que eran solo para él.

—Bueno, qué bien, ¿no?

—Sí, pero resultó que tu abuelo pronto descubrió cuál era la fuente de ese insomnio. No era el dolor por la pérdida de su marido, como ella imaginaba. Era porque existía un demonio de una de las jerarquías intermedias que le estaba machacando, con el objeto de que la mujer cayera en la desesperación y se suicidara. Daphne estaba sufriendo los daños que una *obsesión* demoníaca le estaba causando, y por eso no le funcionaban ninguno de los antidepresivos ni los ansiolíticos que se estaba tomando.

—Ahora veo claramente donde entras tú en esa historia.

—Efectivamente. En cuanto João se dio cuenta, y sabiendo que yo estoy en la división de Salvamento, se puso en contacto conmigo y me pidió ayuda. Vamos, no ayuda, porque él poco podía hacer contra eso. Puso el caso en mi conocimiento para que nuestra División hiciera algo por aquella pobre mujer.

—Un típico caso de salvamento con infestación demoníaca…

—Así es, y yo me puse manos a la obra. La estrategia se dividió en dos fases. La primera corrió de mi cuenta y consistió en conseguir que esa mujer se convirtiera al catolicismo para así poderle administrar los sacramentos de Confesión y Eucaristía que tan valiosos son para la lucha contra el Maligno. Y la segunda fase, en la que yo no pude entrar porque solo soy una santa de nivel 2, fue conseguir que un ángel de la jerarquía de ese demonio y un santo de primer nivel con los suficientes poderes, pudiera desalojar de la vida de Daphne a aquel diablo.

—¿Y cómo hiciste para convertir a esa mujer?

—Pues hay una forma muy útil que suele dar muchos frutos, que es a través de los libros del padre Amorth. Sabes quién es, ¿verdad?

—Sí, Eddy. Gabriele Amorth fue un sacerdote italiano que ejerció como exorcista en la diócesis de Roma durante más de treinta años. Se le atribuyen miles de exorcismos exitosos.

—En efecto. Pues este hombre también publicó muchos libros sobre el asunto, como para poner los pelos de punta a muchos cristianos que se toman la fe a la ligera y tontean con las fuerzas del mal. Y como Daphne ya estaba comenzando a sospechar algo así, se había puesto en manos de su pastor episcopaliano, quien le practicó algunos ritos que lógicamente sirvieron de poco en un caso como el suyo, pues los protestantes no tienen atribuciones para luchar contra semejantes poderes. Entonces yo le puse delante uno de los libros del padre Amorth, y se lo compró y se lo leyó de principio a fin. Y ahí se dio cuenta de que el poder real para echar a los demonios solo puede provenir de la Iglesia Católica.

—Ya veo.

—Fue a raíz de aquella lectura se puso en contacto con el padre Juan García, de la diócesis de Chicago, la ciudad en la que vivía. Era un joven sacerdote mexicano muy prometedor, que años después fue nombrado exorcista por delegación del obispo de aquella diócesis. Por entonces el padre Juan acababa de salir del seminario, y a pesar de su juventud entendió claramente el caso de Daphne. Le aconsejó que, para luchar contra el Maligno, se precisaba de manera categórica pasar por la confesión y después comulgar, y para eso se tenía que hacer católica, lo que la mujer se dispuso a hacer de inmediato. Antes de eso, a los ciudadanos de ese país les exigen hacer una especie de catequesis que llaman RCIA, y que la mujer completó en tiempo récord. Después de administrados los sacramentos, la mujer entró en un estadio de paz donde la depresión desapareció, aunque el insomnio perduraba. Y ahí fue donde entramos en la segunda fase, que consistió en la expulsión del demonio. A mí me hubiera gustado que tú, Melanie, fueras el santo de primer nivel que necesitábamos, pero en esa época aún estabas en Enseñanza y solicité a alguien en la oficina de Misiones.

—¿Ah sí? Y, ¿a quién enviaron?

—Se designó a Carmen Martínez, una virgen mártir con distintivo rojo que había muerto en la Revolución de los Cristeros en México a principios del siglo XX, y que tenía vínculos de sangre con el padre Juan.

—No la conozco…

—Claro, llevas poco tiempo todavía con nosotros.

—Supongo que la santa echaría a ese demonio a patadas, ¿no?

—Sí, claro, con la ayuda del ángel. No te olvides que era un diablo de las jerarquías intermedias, que tienen mucho más poder que cualquier humano. Pero sí, entre los dos echaron a aquel demonio de la vida de Daphne, quien, a partir de entonces, viuda como estaba y sin hijos, entró a formar parte de la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo en la diócesis de su ciudad, donde ha dado y sigue dando muchos frutos, Melanie. ¡Qué santa más grande va a tener Dios cuando venga con nosotros!».

Cuidados espirituales

El primer domingo que pudo, Rose intentó ir a misa en Marengo, pero no encontró ninguna iglesia en su ciudad. No recordaba que hubiera ninguna cuando vivió allí años atrás, pero tampoco las había buscado.

No le quedó más remedio que ir a Chicago, y allí asistió a misa en la parroquia más cercana, que fue de la que dependía su pueblo y otros de los alrededores. Aquel domingo, Paolo se encontraba algo mejor, y como el día no era muy frío lo dejó en el jardín sentado en una hamaca.

—No tardaré mucho, amor mío. Cualquier cosa que necesites, me llamas y vuelvo volando. ¿De acuerdo?

Cuando terminó la misa pasó a la sacristía y se dispuso a hablar con el sacerdote que la impartió.

—Perdón, padre, ¿puedo interrumpirle?

—Claro, hija, adelante, pasa sin miedo.

—Pues verá, he estado buscando una parroquia en Marengo, pero solo he encontrado un par de iglesias protestantes y me he tenido que venir aquí.

—Sí, esta es la cabecera del arciprestazgo. Marengo, Genoa, Sycamore y otros pueblos de los alrededores los atendemos desde aquí. ¿Eres nueva por la zona?

—No, padre, viví aquí hace algunos años, pero luego me tuve que volver a mi país, a Inglaterra. Ahora he vuelto con mi marido a mi casa, para reiniciar mi vida en este lugar. Aunque siempre he sido católica, en esos años estuve alejada, pero ahora he vuelto y frecuento los sacramentos como toda buena cristiana.

—Eso está bien, hija. Ahora dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Pues verá, padre, no sé por dónde empezar…

—Pues por el principio, hija, empieza por el principio.

—Por el principio, padre, me gustaría no empezar, a no ser que sea necesario. Es una parte de mi pasado que prefiero olvidar. Cometí algunos errores… que ya me fueron perdonados, y no quisiera incidir más en ellos. En fin, no quisiera hacerle perder el tiempo y si ahora está ocupado…

—Tengo media hora hasta la próxima misa, que será en otra parroquia. Aquí somos pocos y me tengo que desplazar. Pero si apuras

el plazo, podemos continuar.

—Pues entonces lo dejamos, padre. Es un poco largo, y quizás hasta le resulte extraño lo que le voy a contar.

—Como quieras. Tengo despacho parroquial todos los días a las cinco de la tarde. Puedes venir cuando desees, pues no suele haber mucha gente.

—Si no le importa podríamos establecer una videollamada. Mi marido está enfermo y no quiero dejarle solo. Ya me ha costado dejarle hoy, y no quisiera repetir si no es necesario.

—Desde luego, no hay problema. Supongo que sabes que no es obligatorio acudir a misa los domingos si tienes que cuidar a un enfermo.

—Lo sé, padre, pero yo también necesito cuidados espirituales y por eso he venido. ¿Le parece bien que le llame esta tarde?

—Esta tarde precisamente no. Hoy es domingo y todavía tengo que dar misas en varias parroquias, incluyendo la tarde. Pero mañana podemos hablar.

—Está bien. Mañana le llamaré a las cinco.

—Hasta mañana… —dijo el cura, esperando que la muchacha se presentara.

—Rose. Ese es mi nombre.

—Bien, pues, hasta mañana. Yo soy el padre Juan.

Hacia el nivel 14

—Entonces, Eddy, ¿con las oraciones de Daphne fue suficiente para que João consiguiera llegar a tiempo al nivel catorce?

—Oh, ¡desde luego que no! Las oraciones de su época protestante de algo le servían, pero eran insuficientes para alcanzar esa meta. El cambio radical vino a raíz de su conversión. La mujer seguía rezando, pero esta vez comenzó con el Rosario, y pasaba lo mismo, se quedaba dormida y no sabía por dónde se había quedado cuando se despertaba, pues se le caía de las manos y volvía a empezar la decena o incluso a veces el rosario completo. Con todas esas oraciones tu abuelo comenzó a pasar niveles y a subir como la espuma, pero tu padre estaba a punto de llegar y él todavía no estaba en el nivel adecuado. Y entonces…

—¿Qué? ¡Me tienes en ascuas!

—Entonces Daphne se libró por completo del diablo y comenzó a dormir bien, dejando João de recibir más oraciones por ese motivo. Una vez había entrado en estado de gracia tras su conversión, confesión y comunión, todas las oraciones que decía a causa de su insomnio valían muchísimo y estaban haciendo mucho bien a mucha gente, la gente por la que decía esas oraciones, que además se acompañaban de sufrimiento. No olvides esto, pequeña. Ella ofrecía ese sufrimiento para la salvación de las almas, y ya sabes que no hay nada que tenga un mayor poder salvífico que la cruz. Que la Cruz de Cristo, naturalmente, pero también las cruces que tienen los hombres en sus padecimientos, en su día a día, y que se unen a la cruz del Señor en su esfuerzo salvífico para la redención del Género Humano. Y eso los demonios no lo pueden soportar. Por esa razón, los jefes del diablo que acosaba a Daphne le ordenaron dejar a aquella mujer en paz pues el número de almas que se salvaban gracias a ella, hacía que no fuera rentable continuar con ese acoso. Aparte, por supuesto, la intervención de la mártir y del ángel, que fue decisiva.

—Oh, vamos Eddy… dime entonces cómo llegó João a ese nivel. ¿Tuvo algo que ver Daphne o quizás encontró a otra persona?

—Fue Daphne, Mel, ¡fue Daphne! Ella llevaba una vida de oración muy completa, y estando en gracia de Dios como estaba, dio muchos frutos y ayudó a mucha gente con sus oraciones. Ya sabes lo que dice la Escritura: *«La oración fervorosa del justo tiene mucho poder».* Es lo que dice la epístola de Santiago, en el capítulo cinco. Y vaya si lo tiene… Daphne pedía por mucha gente necesitada, y entre ellas estaba tu

abuelo. Aunque ella no le conocía —no podía conocerle—, en sus oraciones siempre rogaba por el padre Juan y, decía literalmente: «por todos aquellos que han participado en mi curación y en mi conversión». Y cómo no, tu abuelo fue una pieza clave en todo eso, y esas oraciones, directas ahora, no las migajas a las que estaba condenado a mendigar, le hicieron llegar al nivel donde Kai le esperaba.

—O sea, que Daphne fue quien le salvó, igual que él salvó a Daphne. ¡Qué gran abrazo se van a dar los dos cuando se vean en el cielo!

—¡No te quepa duda, hijita! ¡No te quepa duda!

Un poco de aire fresco

—¿Qué tal te ha ido en la iglesia, prima?

—¿Cómo estás, Pal?

—Parece que con el aire fresco no estoy tan mal. Al menos se me ha quitado un poco el abotargamiento.

—Pues entonces haremos la vida en el jardín, si el tiempo lo permite. Los días ya comienzan a ser más largos y en esta época el anticiclón suele dejar cielos soleados. Yo tengo algunos amigos aquí, y si te parece podría invitarles un día a ver si te animas.

—Como quieras, rubia. Ya sabes que a mí me gustan las relaciones sociales —le dijo, mientras la atraía hacia sí y le daba un beso, que ella correspondió. A continuación, casi sin preámbulo, comenzó a desnudarla y ella le detuvo:

—Espera, espera, aquí en el jardín no… los vecinos… podrían vernos… vamos dentro, anda, que ya veo que estás mejor.

No les dio tiempo ni siquiera de subir las escaleras para ir al dormitorio, y allí mismo en la cocina terminaron lo que comenzaron en el jardín. Después Rose preparó algo de almuerzo y se dispusieron a comer en la mesa que habían dispuesto en el exterior.

—Te he preparado un plato de pasta, Pal. Supongo que te gustará… a todos los italianos os gusta, ¿no?

—Yo soy tan inglés como tú, prima. Italiano… es mi padre. Y yo creía que lo era, durante unos años. Ahora ya no lo soy. No me quieren allí. De no ser inglés, sería brasileño, como mi madre. Aunque ya ves, tampoco puedo estar en ese país.

—Pero te gusta la pasta, ¿o no te gusta? Recuerdo que tu padre a veces preparaba… ¿Cómo se llamaba? ¿Tagliatelle?

—No, tortellini. Es lo único que sabía hacer. Mis padres no eran de cocinar, Rose. Cuando tus padres y tú veníais por casa no te creas que los platos que comíamos los preparaba él, o mi madre. Los dejaban hechos las cocineras, y ellos solo tenían que calentarlos en el microondas.

—¿Solo eso? Recuerdo alguna vez pasar a la cocina y ver a tu padre vigilando el horno…

—Ya, claro, para darle un último horneado. Seguro que tenía bien a mano la receta que le habría dejado la criada, con los tiempos y las potencias exactas, jajá —se rio—. Tu madre sí que cocinaba bien,

prima. Aquellos estofados estaban para chuparse los dedos. ¿Los recuerdas?

—¿Qué si los recuerdo? Vamos primo… que he estado viviendo allí hasta hace unos días…

—Es verdad. Es que para mí se detuvo el tiempo cuando me fui de Londres, y desde entonces parece que he vivido la vida de otra persona.

—Por si no te gustaba, te he comprado trucha fresca esta mañana. A pesar de ser domingo la traen unos comerciantes directamente desde el lago Michigan. ¿Te gusta?

—Si te soy sincero, me da igual comer una cosa que otra. La comida no es algo que me apasione. Ni comer, ni cocinar, ya lo ves. En casa de mis padres nunca cociné, y cuando estuve en Italia con Fiorella, cocinaba ella.

—¿Estuviste mucho tiempo con esa chica?

—Cerca de un año. Hasta que comencé el máster.

—¿Y después?

—Y después, ¿qué?

—Pues si estuviste con otras… chicas. ¿Qué va a ser?

Paolo se rio y miró a su mujer con cara de circunstancia, mientras le pellizcaba cariñosamente en la mejilla.

—Estuve con una rubia despampanante, que no paraba de quejarse de lo mucho que le dolía todo. Yo creo que la conoces. Se llama como tú, y vive en Londres… Y hace unos años tocaba la batería. ¿Te suena?

—Sí, creo que sí. Pero solo estuviste una tarde, ¿verdad?

—¿Una tarde? ¡Estuve muchas veces, rubia! Eso sí, de forma discontinua. Ella era un poco celosa y en cuanto que uno miraba dos veces a otra chica… pues la niña cogía una pataleta que no veas. En fin, ya sabes lo que se dice… que todas las rubias son tontas.

En ese momento ella se levantó y se colocó detrás de él para comenzar a pellizcarle por las costillas, igual que hacían cuando eran niños. Él se defendió y comenzó a hacerle lo mismo a ella, para al final terminar los dos por el suelo, donde volvieron a abrazarse y a besarse. Después de un rato, él le dijo:

—Parece que se está nublando… si no nos damos prisa en terminar, quizás nos tengamos que volver dentro.

—Es posible. Aquí en Chicago estos cambios de tiempo son frecuentes,

y más en esta época. Oye, Pal, —dijo, cambiando de tema— en la iglesia he estado rezando mucho por ti, y ya ves, parece que ha dado resultado.

—Pues sí, eso parece, y eso que esta mañana no me he tomado las pastillas.

—¿Ah no?

—No, Rose, no me hacen nada. Absolutamente nada. Yo creo que el doctor Hammer te las recetó simplemente por parecer que hace algo y así poder cobrarte la consulta. Pero nada más.

—El doctor Hammer no es así, pero claro, supongo que algo tendría que hacer.

—Pues lo que te digo, yo creo que la solución pasa por ahí. Deberías acompañarme a la iglesia, o al menos permitir que venga aquí un sacerdote y bendiga la casa. También tendrías que confesarte, y…

—No me vengas con las monsergas de siempre, prima. A ti te debió funcionar… por casualidad. No me puedo creer que esas paparruchas tengan algún sentido.

—Pero, ¿qué pierdes por intentarlo? ¿Eh? ¡Dime! —preguntó, con cierto aire de enfado y poniéndose de pie.

—Bueno, Rose, no te pongas así… perder… no pierdo nada, desde luego. No pierdo nada porque venga uno de esos engañabobos y eche algo de agua por las paredes o por el suelo…

—Pues entonces haremos eso. Mañana tengo una cita por teléfono con el padre Juan y le pediré que venga. Y voy a comprar dos estatuas. Una de la Virgen y otra de San Miguel, y las voy a poner en nuestro dormitorio. Y también tendríamos que rezar juntos un Rosario, y convendría que te confesaras…

—Para, para, rubia, ¡para! No me opongo a lo de las estatuas, ni a lo del agua bendita. Total, me da igual eso, que una figurita de porcelana de papá Noel, o un cuadro con un paisaje. Yo no soy de adornos y la estética es cosa tuya. Además, esta es tu casa. Pero una cosa es eso y otra muy distinta que yo colabore activamente. ¿Me entiendes?

—No, no te entiendo, Pal. ¿No dices que no tienes nada que perder? Bien, pues esto es lo mismo. ¿Qué tienes que perder por rezar un rosario conmigo? ¡Eh! ¡Contesta! ¿O acaso tienes algo mejor que hacer?

—No, no tengo nada que perder —dijo el hombre, acorralado—. Oye, no sabía que tenías ese genio…

Entonces ella le abrazó de forma cariñosa y le estrechó contra sí, mientras se volvía a sentar a su lado en aquel banco de jardín compartido.

—Anda, vamos a entrar dentro que está empezando a llover.

—Me voy a ir a la cama, Rose. Vuelvo a estar fatigado y no pudo estar mucho tiempo de pie. Otra vez la dichosa rigidez de la espalda…

—Espera, te ayudo —se incorporó, mientras le agarraba del pecho y le ayudaba a subir las escaleras. —Y vete pensando lo de la confesión.

—Eso ya lo veremos —replicó, mientras se quejaba de otra punzada en el estómago.

—Es muy importante, Pal…

—Pero, Rose, ¿tú sabes la cantidad de «pecados» que yo tengo? ¿Tú sabes todo lo que yo escondo dentro de mí?

—Pues para eso está el médico, amor mío, el médico del alma… para curar toda esa ponzoña. ¿Es que no lo entiendes?

—Lo que tú no entiendes es que yo no puedo contarle al primero que aparezca con una sotana cosas que… que para empezar son secretos de estado, Rose. Que yo no puedo revelar… a nadie. Porque entre otras cosas comprometerían a terceros y…

—Pero, Pal, no hace falta que des detalles. Además, para eso está el secreto de confesión. Ningún cura se atrevería a vulnerarlo. ¡Eso es de lo más sagrado! —aseguró, antes de interrumpirse de nuevo por tener que sujetarle. Casi se cae al suelo con otra de esas agudas punzadas.

Finalmente, le ayudó a meterse en la cama y le arropó, pues volvía a tener esos escalofríos que le daban a pesar de no tener fiebre alguna.

—Corre las cortinas, por favor. A ver si consigo dormir un poco.

Ella hizo lo que le pidió y se dispuso a marcharse de la habitación.

—Por favor, piénsate lo de la confesión.

—Ya veremos, prima, ya veremos.

Tierra desolada y árboles quebrados

El nivel catorce del Purgatorio era muy diferente a otros niveles por los que ya había pasado. João siempre había pensado que al ascender niveles encontraría cada vez más luz, menos sufrimiento y más amabilidad. Pero la experiencia le decía que no siempre era así. El camino de purgación es un camino en ziz-zag, donde a veces hay que bajar para continuar subiendo. Y también porque no hace falta recorrer todos los niveles hasta llegar al Cielo. Cada penitente puede encontrar su propia puerta de salida en cualquier nivel, por muy bajo que estuviera.

Ese nivel era un nivel triste, desolado, melancólico, de color gris y de color azul marino, con poca luz y escasos reflejos. Pocos destellos de pocas estrellas que, como si fueran tachuelas plateadas, coronaban el firmamento de forma escasa y dispersa.

João comenzó a andar sin rumbo fijo por aquella tierra desolada, por aquel suelo sin camino lleno de grietas y hendiduras que destrozaban el terreno, como las brechas de la sequía destrozan un campo donde antes había agua.

Apenas se veía el horizonte, y la tenue luz de las escasas estrellas iluminaban débilmente extrañas y retorcidas figuras que al llegar a ellas resultaban ser árboles. Árboles secos y marchitos, restos de vida de la que solo quedaba un tronco hueco y algunas ramas quebradas.

Siguió andando hasta que le dolieron los pies y se sentó en el suelo. El paisaje era siempre el mismo. Tierra desolada, árboles quebrados, y rocas marrones con vetas verdes que salpicaban la tierra como si fueran pequeños bultos que ocultaban el horizonte.

De repente, un rayo de luz. Un relámpago que iluminó todo el paisaje, como el que precede a una tormenta. Solo que después no llegó ningún trueno, ni la lluvia inundó de agua un paisaje que tanto la necesitaba. Otra vez la oscuridad sombría…

¿Dónde estaría Kai? ¿Dónde estaría su hijo?, se preguntó. Habían pasado ocho años, y él había llegado al nivel catorce. Pero, ¿y los días? ¿Habría llegado demasiado pronto, y tendría que esperar muchos días, o muchos meses? O quizás, ¿habría llegado demasiado tarde y él ya habría pasado por allí para no volver más?

Sea como fuere, no le quedaba más remedio que levantarse y seguir andando. Seguir recorriendo aquel nivel, que era como un mundo en sí mismo. Un mundo enorme, vasto, amplio, casi infinito en su continuidad paisajística, sin apenas variación.

Se preguntó cuál sería el aspecto de su hijo. Desde luego, si había llegado allí es porque había muerto, y su aspecto podría ser el de una persona fallecida. Aunque no siempre era así. Muchas veces los purgantes aparecían con su aspecto juvenil, o maduro, o incluso infantil, sin que fuera necesario corresponder la edad de su aspecto a la edad que tenían cuando habían fallecido.

Cuando padre e hijo se separaron, al ocurrir aquel fatídico acontecimiento que ahora no quería recordar, Kai era un apuesto joven de veinte años, alto, con el pelo largo y ondulado y con unos profundos ojos pardos. Unos ojos que eran fruto de la mezcla de colores que se había producido al juntarse la sangre del portugués, sus ojos castaños, con la sangre de la gallega Cecilia Roa, su esposa, la mujer con los grandes ojos verdes de la que se había enamorado en Lisboa años atrás.

Ya no volvió a verle en persona hasta muchos años después, cuando acudió a un concierto que su grupo daba en su ciudad.

A pesar de tener una fábrica de instrumentos musicales, João no era especialmente melómano. Ingeniero electrónico de profesión, pensaba dedicarse a la fabricación de instrumentos de medida de precisión, hasta que un amigo le convenció para que fabricara en su lugar instrumentos musicales. Guitarras eléctricas, sintetizadores… Era un mercado con mayores perspectivas de ganar dinero entre unos clientes, que su amigo y después socio podría proporcionar.

Así lo hizo y no se equivocó. La fábrica iba viento en popa, y pronto abrieron una delegación en Brasil, donde también encontraron un potente nicho de mercado.

Cuando su hijo acudió a Lisboa a dar el concierto, João no se sintió cómodo entre la multitud. Todos eran jóvenes rockeros con el pelo largo, y él desentonaba entre aquella gente. Pero tenía muchas ganas de verle en persona. Ya le había visto, desde luego, en los videos que había disponibles en aquella red que se llamaba «Internet», y sabía que estaba más o menos igual que cuando vivía con él en su casa. Más o menos igual, excepto que antes siempre vestía colores claros y ahora siempre llevaba una camisola o casaca de color rojo o granate. ¿Por qué sería? «Cosas de los rockeros», se dijo, y no le dio más vueltas.

Le hubiera gustado verlo desde más cerca, verlo en el camerino… pero no se atrevió a acercarse. Sabía que su hijo le odiaba, y solo había podido comunicarse con él a través de Paola, su otra hija, que era el enlace entre los dos.

En aquel concierto vio también por primera vez en persona a Pelusilla, una de las dos chicas que hacían de coristas en aquella banda. Pero

estaba en el fondo del escenario y no la pudo ver con el suficiente detalle; se tuvo que conformar con los vídeos de Internet para poder ver su cara con mayor precisión. No fue hasta muchos años después, cuando pudo contemplar a los dos mucho más de cerca.

João ya había muerto, y por eso Kai se marchó a vivir durante una temporada en su casa de Lisboa, con objeto de componer un álbum de canciones para su nuevo grupo, el que sería el germen de la banda *The Costayers*. Y Pelusilla, que seguía en *Thertonball*, le visitaba de vez en cuando y pasaba con él algunos días.

La muchacha le defraudó cuando la vio en persona. Nada que ver con el aspecto que presentaba en los conciertos y nada que ver con las anteriores chicas con las que había estado su hijo. A aquel le gustaban las mujeres grandes, morenas, con mucho pecho, los mismos gustos que tenía el propio João. Pero aquella «novia» de su hijo era todo lo contrario. Una chica bajita, pálida, muy delgada, sin pecho alguno, y además rubia. Tan rubia como el hermano, el cantante Adam White. «¿Por qué habría tramado Edelberg juntar a dos personas tan distintas?», se preguntó.

Además, su hijo y esa chica tenían una relación muy extraña. Desde luego eran novios, pues eso era algo que saltaba más que a la vista. La forma como ella le miraba, la familiaridad con la que él la trataba, la complicidad que existía entre los dos… Pero, sin embargo, no se tocaban. Bueno, mejor dicho, ella sí intentaba tocarle, besarle, acariciarle, abrazarle… pero él siempre se mostraba esquivo. De hecho, no dormían juntos. Él dormía en su habitación de toda la vida, la misma que tenía cuando vivía allí antes de la famosa bronca entre padre e hijo, y Pelusilla lo hacía en la habitación que había sido de Paola antes de que se marchase a Londres.

En una de las ocasiones en las que João se le manifestó en sueños, él se despertó sobresaltado, y tuvo que acudir la novia a consolarle. Se introdujo con él en su cama, y allí permanecieron juntos hasta el amanecer… sin que Kai, el famoso don Juan del barrio de Carcavelos en Lisboa, le tocara uno solo de sus cabellos ni la rozara con un dedo. Extraña era la relación que tenían esos dos, desde luego. Extraño era todo lo que les rodeaba, y difícil de entender. Como era difícil de entender que él se empeñara en llamarla «Pelusilla», cuando aquella chica se llamaba Rose.

El caso es que él dejó todas esas cosas de lado y se concentró en su misión. Ya entendería todo aquello cuando llegase al Cielo, y se lo preguntase a él en persona, o a ella si también estaba destinada a ese lugar. Mientras tanto, no le quedaba otra que intentar conseguir su perdón, mediante su aparición en sueños, y mediante su aparición, ya

en persona, aunque solo mediante la voz, cuando meses después se dispuso a componer el que sería el siguiente disco ya de vuelta a su vieja banda.

Pero aquellos esfuerzos resultaron inútiles y Kai se marchó de aquella casa para no volver jamás. Y a él no se le dio permiso para seguir detrás suya, con lo que tuvo que volver a recurrir a los métodos de purgación habituales. Hasta que conoció a Daphne y aquella mujer le aupó al nivel catorce en el que se encontraba ahora.

Pero desde la última vez que lo vio habían pasado siete años, y no sabía nada de él. No sabía qué aspecto tendría ahora, ni lo que habría pasado entre él y Pelusilla, ni por qué se habría muerto tan joven, tan solo con cuarenta y tres años.

Lo que sí sabía es que ella se había muerto antes, y que ya estaba en el Cielo. Y también sabía que habían tenido una hija, que se llamaba Melanie. Una pequeña y revoltosa nonata que se le aparecía de vez en cuando y que le decía algunas cosas, ejercitando las tácticas que aprendía en Enseñanza.

Siguió caminando por aquel paraje inhóspito, hasta que paulatinamente la oscuridad se hizo menos profunda y la luz se fue haciendo algo más intensa. Ahora podía ver hasta el horizonte, y allí se perfilaba un tenue resplandor. Se fue en aquella dirección, y por fin le encontró.

Allí estaba Kai, con la cara demacrada, con una camisa blanca en lugar de la habitual casaca roja, y manchas de sangre sobre la misma. Las mismas manchas que ahora tenía João sobre su propia camisa.

Su hijo estaba sufriendo horriblemente en aquel Purgatorio, y se veía claramente que acababa de llegar. Se encontraba reclinado, con las palmas de las manos sobre los muslos, y tenía el rostro lleno de sangre. João sintió lástima y se acercó corriendo para reconfortarlo, aunque sus pasos no eran todo lo rápidos que a él le hubiera gustado que fueran.

Pero por fin llegó junto a él y se situó detrás suyo. En el momento en el que el muchacho se iba a dejar caer al suelo como consecuencia de una fuerte convulsión motivada por el dolor, João lo sujetó del brazo y le dijo:

—Hijo mío…

El muchacho se volvió y no puedo creerse lo que contempló:

—¡Padre! —replicó al volverse y ver en persona a aquel a quien había odiado durante su vida. Al ver por primera vez, desde hacía veintitrés años, a quién le había dado la vida y a quién pareció también que se

la había quitado.

—¡Padre! —gritó, y su voz resonó como un eco que se repitió velozmente en aquel desolado paraje.

Conversación entre dos padres

—El problema de Rose fue un caso claro de *opresión*, padre Juan. Dolor de estómago, dolor de espalda, insomnio…, lo típico. Todo inexplicable para los médicos y no cesaba ni de día ni de noche. Además, le duró mucho tiempo y solo se mitigó cuando se confesó y comulgó. Después su padre inició el ritual acostumbrado de oraciones, rezo del rosario, colocación de las estatuas de la Virgen y San Miguel, abluciones con agua bendita… lo de siempre, ya me entiende. Y entonces terminó.

El padre Juan se había puesto en contacto con el padre Michael, pues Rose le dijo que fue él quien condujo todo el proceso de su curación. Su párroco de Londres le estaba contando los entresijos de aquel proceso, que el otro necesitaba conocer para saber cómo afrontar el caso de Paolo.

—Sí, empiezo a comprender, padre Michael. Yo soy exorcista por delegación del obispo titular de la diócesis de Illinois, y la verdad es que su antigua feligresa ha tenido suerte de dar conmigo.

—Pensaba que los exorcistas tenían dedicación exclusiva, padre.

—Eso era antes. Ahora nuestros servicios no son tan demandados, a pesar de que se necesitan más que nunca, ya me entiende. Todos los casos de posesión se atribuyen a causas mentales y los infelices que los padecen acaban recluidos en hospitales o sanatorios atiborrados a pastillas. Una pena.

—Pues sí. Cuando más casos hay y cuando más se nos necesita es cuando menos se nos llama.

—Por eso yo compagino mi labor con el servicio diocesano. Y casi no hago otra cosa, padre Michael. Cada vez somos menos sacerdotes y los domingos tengo que dar un montón de misas y hacerme cientos de millas, no le digo más.

—En Londres nos pasa un poco lo mismo, solo que aquí no tenemos que recorrer tantos sitios.

—Bueno, suerte que tienen. En fin, volviendo al caso que nos ocupa, el otro día estuve en su casa y creo que podemos descartar la *posesión*. No estoy del todo seguro, pero creo que podemos concentrarnos en la hipótesis de la *opresión*. Es lo más probable, y también lo más frecuente.

—¿Usted cree que pudo haber un caso de contagio? —preguntó el inglés.

—Es posible. Según me ha dicho Rose, su marido y ella se conocen desde niños, y han sido novios… de forma discontinua a lo largo del tiempo. No sé cuál es la causa que motivó su opresión, pues ella no me lo quiso decir, aunque como ya está curada, ahora es irrelevante. Pero pudieron estar juntos de forma pecaminosa en algún momento, antes de su curación, y pudo haber transmitido el mal, aunque eso es raro que ocurra.

—Entiendo. Yo esos datos no se los puedo dar porque pertenecen al secreto de confesión, pero, ¿es necesario para diagnosticar el problema determinar si hubo o no hubo contagio?

—Como le digo, el contagio es raro que ocurra. Normalmente los demonios no saltan de una persona a otra como hacen los virus. A no ser que tengan un motivo, o vean una oportunidad de hacer daño a mucha gente. Por ejemplo, yo tuve un caso hace unos años de un contagio declarado entre dos hermanos. El contagiado era un empresario que poseía muchas empresas y miles de empleados, y el demonio aprovechó para causar daño a la corporación en su conjunto. Eso desencadenó que la compañía comenzara a ir mal, a tener pérdidas… ya me entiende. Se produjeron despidos y mucha gente lo pasó mal.

—Sí, ya entiendo —dijo el inglés, quien comenzaba a comprender algunas cosas.

—¿Usted sabe cuál es la profesión del marido de Rose? ¿A qué se dedicaba? —preguntó el mexicano.

—Tengo alguna idea, padre Juan. Pero de nuevo, eso pertenece al secreto de confesión y por tanto es algo que se lo deberán contar ellos, me temo.

—Bien, tampoco es imprescindible conocerlo. Como le digo, voy a diseñar una estrategia de curación basada en la opresión, como usted hizo con ella. Es posible que le necesite para que usted contacte con los padres y entre todos podamos sacar a ese hombre del pozo en el que se encuentra.

—Estaré encantado de echar una mano, padre Juan. Una cosa quería preguntarle, antes de que se vaya.

—Usted dirá.

—En el caso de que hubiera sido por un contagio, me preocupa que pueda haber un contagio de retorno hacia Rose. Que se reinfecte por exposición al marido.

—Eso es muy improbable, padre Michael. Mientras ella siga estando en gracia con Dios, como está, yo diría que es imposible. Y más

teniendo en cuenta lo que está sufriendo esa mujer por él. Los demonios le hacen daño a ella indirectamente, por la vía del sufrimiento, no por la vía de la opresión directa, es decir, no físicamente. Es más, aunque ella deseara fervientemente que su marido dejara de sufrir y que esa opresión le pasara a ella en su lugar, tampoco ocurriría. No podría ocurrir de ninguna manera, pues la causa de ese deseo sería el amor, que es precisamente lo que más detestan los demonios. Quédese tranquilo, padre Michael; su forma de dañarla ahora es precisamente dañándole a él.

Preparando el combate

—Eddy, ¿no puedes tú ayudarme con Paolo? ¡Tú sabes mucho más que yo de todo!

—¡Ay hijita…! Dios no da el poder a los que más saben, sino a los más pequeños, a los más humildes, a los más insignificantes… Y por eso tú tienes más poder que yo. Tú eres del nivel 1, ¿recuerdas? Yo solo soy una santa de nivel 2, ya lo sabes. Y el demonio que aflige a tu primo me destrozaría si yo me enfrentara con él directamente. Solo tú puedes hacerlo.

—Es una pena que tú no seas del nivel 1… —se lamentó Melanie.

—Aunque lo fuera, él no es de mi sangre. Y aun así, yo estaría a siete generaciones de él, mientras tú solo estás a dos. Siempre tendrías más poder que yo, aunque fuéramos de la misma clase. Cuánto más cerca se está de la sangre, más eficaz es el auxilio. Cuando un esposo ruega por su esposa o una esposa por su marido, casi tienen garantizado el auxilio. Son «la misma carne», y es como si la misma persona se arrepintiera y pidiera luz al Señor. Los padres por los hijos o los hijos por los padres también tienen mucha fuerza. Y lo mismo ocurre con los abuelos y los nietos. Son solo dos pasos. Y entre primos pasa lo mismo. Son solo dos pasos. Ese es tu caso.

—Pero yo solo soy prima por parte de padre.

—Eso es indiferente. Os comunicáis a través de João, que es vuestro antepasado común. Y además, él está aquí con nosotros, lo cual es un plus. El problema no va a ser eso, Melanie.

—Entonces, ¿cuál va a ser el problema?

—El problema va a ser que te vas a enfrentar con una fuerza muy superior. Tan superior que ese combate solo sería equilibrado… si tú fueras un ángel. Y no solo un ángel. Además, sería preciso que fueras un ángel… de la primera jerarquía.

—Pero Eddy, eso no tiene por qué ser un problema. Los humanos somos inferiores en poder a los ángeles y sin embargo yo me he enfrentado otras veces contra demonios y los he derrotado sin demasiada dificultad. Acuérdate de Odiel, y también de aquellos dos demonios que fundieron los fusibles del avión que iba a tomar mi primo. ¿Recuerdas aquello?

—Ya lo creo, Mel. Fue un día de intenso trabajo para todos. Cuando ya teníamos todo arreglado y habíamos conseguido por fin que se casaran Paolo y Rose, resultó que había dos demonios husmeando por

los alrededores del avión, y rompieron dos de los fusibles del panel de mandos del aparato. Todo para intentar que el vuelo saliera con retraso y se cumpliera el final del día y así las autoridades se echaran encima de tu primo.

—Lo que no entiendo, Eddy, es cómo se les pudieron escapar a los ángeles aquellos dos demonios. ¿No es su trabajo luchar contra ellos?

—Sí, es labor de los militares. Del ejército de ángeles comandados por Gabriel. Ellos son los que se enfrentan de forma sistemática a los demonios. Gracias a esa especie de «policía», el mundo está más o menos libre de sus intrusiones. Si no fuera por ellos, llevarían el sufrimiento a los hombres de una manera muchísimo más extendida.

—Ellos patrullan por el Mundo, ¿no es así? Yo he visto muchas veces a escuadrones enteros en determinados sitios.

—Sí, en los sitios donde a los demonios les gusta más estar, ya sabes, en los hospitales y en las clínicas abortivas, por ejemplo. Donde están al acecho, a ver si pueden hacer el mal o pervertir a las personas, y allí están vigilantes; allí es donde se libran esas batallas tan épicas.

—Son impresionantes, Eddy. ¡Qué despliegue de ataques! ¡Qué fragor en los combates! De verdad que pone los pelos de punta, como tú muchas veces dices.

—Es que es en esos sitios donde consiguen que se condenen más almas, Melanie. En los hospitales, intentan por todos los medios que los familiares no llamen al cura para que el moribundo muera sin confesarse. Explotan «la vergüenza» de los allegados para que no lo hagan por el «qué dirán». O por no «espantar» al enfermo. Y muchas veces lo consiguen, ya lo sabes. Y lo mismo pasa con las clínicas donde se practica el aborto. Las chicas llegan llenas de miedo y muchas están decididas a dejarlo. Y allí están ellos, evitando que la gente de nuestra División se persone a echar una mano.

—Claro, ahora lo entiendo, Eddy. Cuando tenemos libre el acceso es porque los ángeles ya lo han limpiado de demonios, ¿no es así?

—Así es, Mel. Aun así, en algún momento yo me he arriesgado a entrar cuando todavía queda alguno, y así me ha pasado, que como no tengo poderes como tú, pues he tenido que salir huyendo.

—Eso no va a volver a pasar más, Eddy. Yo estaré contigo siempre que me necesites, ya lo sabes.

—No esperaba menos de ti, Melanie. Pero el caso es que es así. Mientras los demonios se están quietos en el infierno, no hay ningún problema. Ellos así lo decidieron y Dios no obliga a nadie a permanecer con Él. El Infierno es eso principalmente, es decir, «el

lugar en el que no está Dios». El problema viene cuando salen de allí. Y para eso están los ángeles buenos, para enviarles de nuevo abajo, al lugar en el que eligieron estar. Si quieren estar en la Tierra, pues que se hubieran quedado con Dios al principio de la Existencia, y así podrían visitar sin problemas todos los mundos que Él pone a disposición de todos los seres de su creación. ¿No te parece?

—¡Claro! Vaya cara que tienen… Menos mal que para eso están los ángeles. Aunque con aquellos dos del avión… se les escaparon. ¿O quizás fue porque era cosa nuestra, y ese trabajo lo teníamos que hacer nosotras?

—En parte sí. Eran lacayos del serafín que acosa a tu primo, y quizás por eso lo dejaron en nuestras manos. Aunque también puede ser que se despistaran. Los ángeles no son perfectos, Melanie. Son criaturas creadas por Dios, y al igual que los hombres, también cometen errores.

—Pero ahí los de Vigilancia cumplieron con su cometido y nos avisaron a tiempo.

—Sí, nos avisaron de su presencia y tuvimos que ir las dos a luchar contra ellos, como bien recordarás. Bueno, en realidad quien luchó contra ellos fuiste tú, pues yo me limité a sacar al copiloto del aturdimiento al que lo sometió uno de esos demonios y hacerle ver claramente cómo abrir la caja de los fusibles y reponer la pieza fundida.

—Y ¿eso cómo lo hiciste, Eddy? Sé que fue esa tu intervención, pero no sé cómo te las arreglaste…

—Bueno, eso en realidad fue muy fácil. Tenía pensadas varias tácticas, pero me salió a la primera. Verás, el piloto quería llamar a los técnicos, pero eso hubiera supuesto que el embarque se produjera después de la medianoche. El copiloto sabía cómo arreglarlo, pero estaba aturdido, sin capacidad para recordar donde estaba la caja de los fusibles, y al principio se dejó llevar por su compañero, pues había intentado consultar el manual y no lo había encontrado a la primera. Pero el tiempo iba pasando, y los técnicos tardaban en llegar. Entonces comenzó a impacientarse y decidió echar otro vistazo al manual, aunque seguía sin encontrar dónde estaba la dichosa caja. Y ahí fue cuando yo intervine. Provoqué un sonoro golpe en la pared metálica que está detrás de ellos, y eso asustó al copiloto. Le provocó una descarga de adrenalina que le sacó del aturdimiento, y entonces su mente se concentró en la caja y la encontró. A partir de ahí solo tuvo que identificar el fusible defectuoso y sustituirlo por otro. Así de sencillo. Después llamó a los técnicos, les dijo que la avería estaba

subsanada y a continuación llamó al control de embarque para que comenzaran a identificar a los pasajeros para que entraran en el avión.

—Pero, una cosa, ese golpe que provocaste… ¿no podían haberlo relacionado con nosotras?

—Muy difícilmente, Melanie. Detrás de los pilotos están los auxiliares de vuelo. Debieron pensar que fueron ellos los que lo habían provocado, al caérseles alguna cosa. Y los auxiliares debieron pensar lo mismo respecto a los pilotos. Así es como lo hacemos, Mel. Pero es lo que te digo, para mí fue muy fácil; lo peor fue enfrentarse a los demonios como tú lo hiciste. Eso es lo más difícil.

—Pues para mí no lo fue, Eddy. Es lo que te decía, derroté a los dos de manera muy sencilla y los ahuyenté con solo un par de ataques. Bueno, dos ataques y una barrera de luz que interpuse alrededor del avión para que no se acercaran más, ni intentaran otra jugarreta. ¿Qué te pareció?

—Claro, Melanie, pero esos dos eran diablos de baja estirpe, como Odiel. Y una santa de primer nivel como tú, puede enfrentarse con solvencia a la mayoría de ellos. Aunque a veces dan problemas, ya lo sabes, y se necesita la colaboración de otros santos o de algunos ángeles, sobre todo del ángel de la guarda, si es el caso de un ataque sobre una persona. Todo depende de la intensidad como se manifieste el pecado en el sujeto. Eso les dará más fuerza a los demonios, o nos la dará a nosotros. Y también depende, como sabes, del grado de protección que tenga respecto a sus seres queridos en el Mundo, o en el Cielo, y que velen por la persona. En definitiva, siempre podemos luchar contra los demonios, Mel, pero la fuerza nos la dan los del Mundo.

—¿Los del Mundo? ¿No es Dios quien nos la da?

—Oh, sí, claro. Pero poco podemos hacer si ellos no se quieren ayudar a sí mismos.

—No te entiendo.

—Los del Mundo quieren verse libres del Maligno, claro, pero insisten en aferrarse al pecado, y rehúsan los sacramentos, especialmente la Confesión y la Eucaristía. Nuestra labor consiste en que se den cuenta y lo comprendan. Que se den cuenta de una vez de que eso es lo que les falta, y entonces sí, una vez realizada una buena y sincera confesión y recibido a Jesús en la Eucaristía, entonces nosotros seremos invencibles. Y la oración, por supuesto. Sin ella no podemos entrar en acción. Sin las oraciones de Rose, no podríamos ni siquiera empezar.

—¡Menos mal que ella se convirtió!

—Oh, Melanie, son tan pocos los que rezan... ¡Si supieran el valor de la oración! Hay mucha gente mayor que desea morirse porque su vida útil, como la llaman ellos, ha terminado. Pero son tan preciosos los segundos que se pasan en el Mundo... Son tantas las oraciones que se necesitan, y tan pocos los que rezan...

—Bueno, para mi primo ya tenemos las oraciones de Rose. ¿Tú crees que serán suficientes?

—Lo serán, sin duda. Pero el problema le vas a tener tú.

—¿Yo?

—Sí, porque el demonio que acosa a tu primo es de otro nivel. Mejor dicho, de varios niveles por encima de los diablejos como Odiel o de estos que fastidiaron el avión. Y ahí es donde está el problema. Tus poderes no servirán de nada contra ese ser, y necesitarás algo más. Bastante más, diría yo —terminó de decir, y luego preguntó—: ¿Cuándo vas a ver a los militares?

—Tengo una cita con Pierre de Bellay, mañana. ¿Lo conoces?

—Me suena. Me han hablado de él…, pero no le conozco. Ya me contarás qué te dice.

—Hola, Rose, perdona que llegue tan tarde. Somos pocos curas y se nos acumula el trabajo. ¿Qué tal sigue tu marido?

—Está igual, padre Juan. Tiene ratos mejores y ratos peores. Ahora está con los escalofríos, además de la fatiga. ¡Vaya racha que lleva! No consigo que entre en calor ni poniéndole delante de una estufa. La única manera es acostándome con él y sujetándole fuerte. Así parece que se calma un poco.

—Sigue así, Rose, sigue junto a él todo lo que puedas. ¿Qué os ha dicho el médico?

—Lo de siempre. No se lo explican. No tiene fiebre y los anti-convulsionantes que le han recetado apenas le hacen nada. De verdad, padre, estoy muy preocupada. Esto es diferente de lo que me pasó a mí. Lo mío nunca llegó a tanto. Aunque estuve muy molesta, yo nunca dejé de trabajar.

—Es lo mismo, Rose. Quizás quien le esté haciendo daño sea alguien más poderoso que quien te lo hizo a ti. O quizás sean varios los demonios, pero en cualquier caso estoy en disposición de descartar la posesión. Aunque no descarto, eso sí, que haya habido posesión en el pasado, y por eso él está así. Por los restos o rémoras que una cosa semejante deja en un cuerpo.

—Entonces es… opresión… pero ¿cuál es la diferencia?

—La diferencia está en que, en la posesión, el diablo está dentro del cuerpo y en la opresión está fuera. El sujeto conserva plena libertad de movimientos y capacidad de actuación, aunque fuertemente influido e influenciado por el demonio, quien ejerce sobre él un poder que puede variar de intensidad de persona a persona o de unos momentos a otros.

—Cuando yo sufrí opresión solo sentí el dolor y el insomnio, sin que mi personalidad cambiara. Es más, hice favores a muchas personas —dijo, recordando el caso de la cantante del grupo de su hermano, Silvia—. A mí no me influenciaron en ese sentido.

—Como te digo, varía de persona en persona. Lo de influenciar las voluntades lo hacen solo con ciertos individuos, cuando sus actos tienen consecuencias sobre otros, y no en todos los casos. Y lo pueden hacer mediante la opresión o la posesión, que como te digo pudo ser lo que tuviera antes de ahora. Depende de la protección que tengan los sujetos. En fin, depende de muchas cosas, pero sobre todo de la

voluntad de Dios.

—¿De la voluntad de Dios?

—¡Claro! Los demonios no pueden tocar ni un solo pelo de la cabeza a nadie sin que Él lo permita. Y si Dios lo consiente, ten por seguro que tiene que ser por una buena razón.

—¿Cuál puede ser esa razón?

—¡Ah! Eso no lo sabemos. Aunque a corto plazo pueda parecer algo horrible, el Señor sabe cómo sacar grandes frutos, incluso de los casos de mayores sufrimientos. En los años que llevo de exorcista he visto mucha gente que estaba perdida, de grandes pecadores, que no se convertían de ninguna manera. Y fue pasar por una cosa de estas, y volverse cristianos devotos.

—No me extraña…

—Dios nos quiere acercar a Él por las buenas, hija, pero la naturaleza humana es tan tozuda, tan pérfida a veces, que en muchas ocasiones esa puede ser la única vía de recuperar a alguien que de otra forma caería en el abismo.

—Y por eso a veces deja que esos seres hagan sus maldades, si en el futuro se puede sacar algún fruto…

—Yo creo que sí, Rose. Aunque es un tema del que no se tiene ninguna certeza. La única cosa cierta es que el Demonio se recrea en el pecado, en la mentira, y es allí donde se siente a gusto. Difícilmente podrá entrar en una persona pía y devota.

—¿Usted cree que ese ser entró en mi marido en el pasado?

—Es muy posible. Pero ahora no está dentro. De eso estoy prácticamente seguro.

—¿Por qué?

—La primera vez que le vi, cuando bendije la casa, Paolo no se vio afectado en modo alguno. Ni siquiera cuando le eché a él agua bendita directamente. Si tuviera un demonio dentro, yo lo hubiera notado. Siempre llevo conmigo una reliquia, un pedazo del hábito que vestía una gran santa, y eso los diablos no lo soportan. Además, no tiene ninguno de los otros signos con que se manifiesta la posesión, como son el conocimiento de los idiomas.

—¿El conocimiento de idiomas? Padre, mi marido habla tres idiomas de forma nativa. Habla inglés, porque ha nacido y crecido en Londres, pero también habla perfectamente italiano y también portugués, porque su madre es brasileña. De hecho, con ella siempre se comunica

en ese idioma…

—Sí, pero no es el caso, Rose. ¿Tu marido sabe hablar español?

—No, que yo sepa.

—Pues eso. En muchos casos de posesión, el diablo es capaz de hablar casi cualquier idioma. Se trata de tener una conversación en una lengua que la persona afectada no sabe, y por eso, como mi lengua nativa es el español, pues la primera vez que le vi le dije algunas frases en ese idioma. Pero él se extrañó y me dijo que no me entendía. Por otra parte, tampoco he detectado que sepa cosas ocultas ni que tenga fuerza extraordinaria, que es otro de los signos de los que te hablaba.

—No, claro, eso desde luego que no. Más bien todo lo contrario. Está totalmente extenuado. Aunque a raíz de aquella visita, mejoró bastante. La bendición hizo su efecto, aunque al día siguiente estábamos otra vez igual.

—Es que de nada sirven las oraciones ni las bendiciones si él no colabora. ¿Tú crees que ahora podré confesarle?

—Yo creo que sí, padre. Vamos a intentarlo, si le parece. Lo llevo intentando convencer desde hace tiempo y yo creo que ahora está «blandito», si me permite la expresión.

—Bien, pues vamos a intentarlo. Después de la confesión le haré comulgar, y entonces te llamaré para que tú entres también en la habitación. Los tres juntos rezaremos la Letanía de los Santos, la versión antigua y también la revisada. Luego rezaremos unas oraciones preparatorias y después recitaremos algunos salmos.

—Nunca había oído hablar de la Letanía de los Santos —dijo Rose.

—La Letanía de los Santos es una oración cristiana en la que se solicita la intercesión de todos los santos, esto es, de aquellos reconocidos como modelos de conducta cristiana y que por ello gozan de la felicidad del Cielo. Estos seres pueden interceder por los que aún estamos en la tierra según la fe de la Iglesia Católica y también de la Iglesia Ortodoxa. Es uno de los ruegos más solemnes de la Iglesia, y se emplea mucho en los casos de influencia maléfica.

—De acuerdo, subamos pues.

Instrucción militar

—No sabemos su nombre y eso es un problema. Si fuera un caso de posesión, el exorcista podría obligarle a que lo dijera, pero en la opresión el diablo no está obligado a proporcionarlo. Tendrás que recurrir a las tácticas convencionales de combate, que ya te enseñaremos.

Melanie se encontraba estableciendo un coloquio con Pierre de Bellay, un capitán francés que había muerto en una de las batallas que establecieron las fuerzas de Simón de Monfort para combatir la herejía albigense en el siglo XI. El hombre era un santo de primer nivel con distintivo rojo, que le había sido concedido por haber muerto en defensa de la Fe. En sus ochocientos años de vida se había hecho famoso por haber luchado de forma exitosa contra toda clase de demonios. En los combates solía adquirir la forma de un guerrero con armadura de plata montado a lomos de un caballo blanco, con una lanza y una espada del mismo material. Cuando no estaba librando combates, servía en la milicia, el destino en el que se dedicaba a instruir a las almas y ejercitar a los ángeles.

—He luchado contra otros demonios en el pasado —repuso Melanie—. Sé cómo establecer barreras defensivas y lanzar y repeler ataques.

—Claro, es parte de vuestra formación, aparte de ser un don que tenemos innato los santos de primer nivel. Pero aquí nos enfrentamos a una fuerza de unas características muy diferentes. Aquí esas barreras defensivas que se suelen usar para pelear contra los demonios de baja graduación no sirven de nada. Las destrozarían y atravesarían como quien atraviesa una barrera de papel.

—¿Qué es el papel?

—¡Oh!, Melanie, de verdad, no sé cómo te han asignado a ti un caso como este —repuso el militar, quien no acababa de entender por qué tenía que instruir a aquella alma tan pequeña para combates tan desproporcionados—. Poderosas razones tienen que tener los de arriba para consentir que alguien como tú se enfrente a un ser… como ese.

—¿Cómo cuál?

—¡Un serafín! —siguió Pierre—. Ya sería complicado incluso para un mártir con distintivo rojo… Solo los ángeles celestiales de la primera jerarquía se pueden enfrentar con garantías a semejante poder… Porque… eso de las jerarquías sabes lo que es, ¿no? ¿O eso tampoco?

—Sí, más o menos.

—¿Más o menos? ¿Solo más o menos? —El capitán suspiró y por un momento pensó que alguno de sus jefes había cometido un error al mandarle a una criatura como esa para que le instruyera en formación militar.

—Vamos a ver, niña…

—No soy una niña —interrumpió—. No he llegado ni siquiera a nacer. Soy nonata, capitán.

—Bueno, como quieras. Vamos a ver, Melanie, los ángeles están divididos en tres órdenes o jerarquías dependiendo de su función. Así, la Primera Orden está compuesta por Serafines, Querubines y Tronos, que son los más próximos a Dios y por ello reciben el nombre de Jerarquía Suprema. La Segunda Orden está compuesta por Dominaciones, Virtudes y Potestades, y se encuentran en una posición intermedia, siendo su función la de poner orden en el universo gracias a la luz divina que reciben. La Tercera Orden está compuesta por Principados, Arcángeles y Ángeles. Se les conoce como la jerarquía inferior, pero no porque su función sea menos importante, sino porque se encuentran más próximos a la humanidad.

—Sí, todo eso ya lo sé.

—¡Ah! Menos mal. Bueno, pues supongo que también sabrás que esas mismas jerarquías existen igualmente en el Infierno, entre los ángeles caídos —repuso Pierre.

—Sí, claro.

—Como te habrán dicho en Enseñanza, en el principio de los tiempos un tercio de todos los ángeles creados por Dios se rebelaron contra su creador y se marcharon al Infierno, comandados por Lucifer, un querubín de la primera jerarquía. Allí se establecieron todos, y entre ellos hay ángeles que pertenecen a todos los órdenes… ¡Y ahora tú te quieres enfrentar a un serafín! —siguió—. ¡Nada menos que un diablo de la misma categoría casi que su jefe supremo!

—Pierre, te digo que todo eso ya lo conozco. Pero si me enrolé en Salvamento es por algo. No me asusta el riesgo, y asumo la posibilidad tan aterradora que tiene enfrentarse a un ser como ese. Pero si el Arcángel Miguel derrotó a Lucifer, y siendo como es un miembro de las jerarquías inferiores, es el general del ejército Celestial, ¿Por qué no iba yo a poder derrotar a un serafín?

—¡Pero niña! Quiero decir… Melanie… ¿Acaso te comparas tú con un arcángel?

—No me comparo con nadie, capitán. Lo único que digo es que, todo eso de las jerarquías está muy bien, pero si Dios quiere, nada es

imposible.

—En eso tienes toda la razón —repuso el militar. Aquella sencilla nonata le había puesto en su sitio y se disculpó: —Tienes que perdonarme, pequeña. A veces me creo que sigo montado en un caballo con armadura cabalgando por los campos del sur de Francia…

—Te perdono.

—Es que todavía no salgo de mi asombro, Melanie… Enfrentarte a un serafín… Un comandante de los ejércitos infernales, ¡que ya existía antes de que Dios creara el Mundo! Y vas a enfrentarte tú con él, pequeña criatura, nacida de una simple mujer… ¡qué digo nacida! ¡Si no has llegado ni siquiera a nacer! Que no has visto ni un solo día la luz del Mundo que ese diablo pretende destruir… ¿Acaso no tienes miedo, hija?

—Miedo no, capitán —respondió de forma muy resuelta—. Si el Señor así lo permite, ¿qué tengo yo que temer? Si el Señor así lo decide, ¿qué tengo yo que decir?

Aquel noble guerrero se asombró ante una respuesta semejante y con el ojo interior de su alma miró hacia aquel pequeño punto de luz que era Melanie Costa y le dijo:

—De verdad, hija, ahora comprendo por qué te han elegido a ti, y me descubro. ¡Qué digo! ¡Me arrodillo! Ya hubieran querido muchos de los más intrépidos capitanes que ha visto el Mundo tener esa actitud. Siquiera la mitad de ese valor, siquiera la mitad de la confianza en Dios que tú tienes…

—Me han elegido, capitán, porque la víctima es de mi sangre. Es mi primo hermano. Por eso es.

—Sí, claro, por eso es… —dijo, con ironía.

—Supongo que tiene que ver también con cierto suceso que ocurrió con mi prima, hace mucho tiempo.

—¿Qué suceso?

—Le revelé ciertas cosas en sueños cuando era niña, y Dios me impuso como "castigo" la obligación de protegerle del demonio durante toda su vida.

—¡Ajá! Pues bien que la liaste, Melanie.

—Lo que no entiendo es por qué me han asignado a mí el caso de su marido. Si tú crees que el vínculo de la sangre no es suficiente…

—Ah, eso es muy fácil, pequeña. Hay otro vínculo aún más potente.

—¿Cuál?

—El matrimonio.

—¿El matrimonio?

—¡Pues claro! En el momento en que tus primos consumaron su enlace, se produjo la perfección sacramental, y ambos se fusionaron formando una sola carne.

—Quiere decirse… que ya nunca más son seres independientes…

—Pues, no. Y por eso, la disposición que te obliga a defender a tu prima de los demonios se extendió automáticamente a él, de la misma manera que a ella.

Melanie consideró lo que acababa de oír durante unos instantes. Luego dijo:

—Vale. Me queda claro que yo tengo que hacerme cargo de este caso. Pero, de todas formas, no me vendría mal alguna ayuda, si dices que es tan fiero ese león… ¿No podrías tú echarme una mano? Tienes fama de ser un gran guerrero…

—¡Ah! ¡Si a mí me dejaran! Reuniría a mis caballeros y le daríamos una buena paliza a ese diablo. Quizás no para derrotarlo, quizás no para mandarlo de vuelta al Infierno… pero se iba a acordar de nosotros durante una temporada.

—¿Ah sí?

—El problema es que yo no tengo autorización, Melanie. Para ese combate se ha concedido un único permiso... y está a tu nombre, pequeña.

—Vaya…

—Eso sí —concluyó—, cuenta con mis oraciones, y las de mis soldados. Te aseguro que las vas a necesitar.

Los dos subieron las escaleras y entraron en la habitación. Paolo estaba delirando y el sacerdote lo confesó a duras penas, y de mala manera. Tras confesarle, le administró la Hostia consagrada y la Unción de Enfermos, y tras lo cual entró Rose y se dispusieron a rezar las oraciones que tenían previstas, aunque solo pudieron hacerlo los dos, pues el marido no estaba en condiciones de decir nada. Tras un buen rato de plegarias, el padre procedió a marcharse.

—¿Qué tal ha ido la confesión, padre?

—Regular, hija. Entre que no podía hablar bien y que tampoco tenía muchas ganas… En fin, la intención es lo que cuenta, y el sacramento se ha administrado de forma válida; aunque no tiene contrición, sí que tiene atrición, y esperemos que sea suficiente. Ahora tiene todos los sacramentos administrados, igual que tú.

—¿Tengo que hacer algo más?

—Sí. Esta noche intenta permanecer a su lado rezando el Rosario todo el tiempo que puedas, y si puedes conseguir que tus padres o los padres de él también lo hagan, será todavía mejor. Yo por mi parte haré lo mismo. Recuerda las palabras del Señor en el evangelio de san Mateo: *«Os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la Tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del Cielo. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».*

—Así lo haré, padre. Rezaremos los dos juntos por mi marido, pues.

El sacerdote se abrazó con Rose y se despidieron, prometiendo que le contaría la evolución de Paolo, y le tendría informado de los avances.

Despliegue de ataques

Le habían avisado que el diablo posiblemente adoptaría una forma horrenda, de bestia o de animal mitológico de proporciones terroríficas. Sin duda lo hacía para impresionar, para asustar y para amedrentar. Era la táctica habitual de los demonios, sobre todo cuando se enfrentaban con personas, pues cuando lo hacían con los ángeles, al ser espíritus puros, no tenían necesidad de usar esas formas.

Aquel diablo se llamaba Sacel, un nombre secreto que no conocía Edualdo, el ángel de la guarda de su víctima. Aquel ángel «dormilón» había recibido una buena reprimenda por parte de Melanie y de sus superiores, y se había espabilado un poco. Desde entonces, cumplía puntualmente con su cometido de guardián, aunque sus atribuciones para luchar contra los demonios eran prácticamente nulas. Se limitaba a avisar a Melanie en los momentos en los que se necesitaba su presencia, y esto ya era más que suficiente.

Edualdo fue quien alertó a sus superiores de la presencia de Sacel, pues cuando Odiel pasó una noche con su protegido, él estaba «durmiendo» y no se enteró. Aunque desde luego, cuando llegó Sacel, se enteró bien. ¡Vaya que si se enteró! Fue ahí cuando requirió la presencia inmediata de los militares, a ser posible de todo un ejército de ángeles de la milicia para combatir a aquel comandante, y a otros posibles demonios que pudieran venir a apoyarle.

Pero sus superiores tardaron en responder, y Edualdo vio impotente como Sacel manejaba a Paolo casi a su voluntad mientras este destrozaba Italia.

Afortunadamente, no vinieron más demonios a apoyar a aquel serafín, entre otras cosas porque no fue necesario. Sacel sobraba y bastaba para infligir su poder sobre aquel desgraciado en el que se había convertido el ahora marido de Rose. Por eso, cuando por fin las fuerzas celestiales decidieron que ya era hora de solucionar aquello, Edualdo no salió de su asombro al ver a quién habían enviado. En lugar de un ejército, le habían asignado una única figura celestial. En lugar de un comandante o capitán de las jerarquías superiores… ¡le habían asignado el caso a una nonata! ¡A una nonata!

Pero su superior no bromeaba precisamente cuando se lo dijo, y Edualdo, el ángel dormilón, simplemente se encogió de hombros y se dispuso a colaborar en todo lo que pudiera.

Casi todos los demonios de las altas jerarquías ocultaban su nombre

para que no pudieran ser invocados por los Santos, y obligados a obedecer en nombre de la Iglesia. Aquel serafín no fue una excepción. Una vez que terminó de utilizar a Paolo para destruir Italia, Sacel intentó matarlo para que fuera directamente al Infierno, pues ya no tenía utilidad para las fuerzas diabólicas. De haberlo hecho, hubiera bajado al Infierno inmediatamente y habría sido su esclavo durante toda la eternidad. Y para eso puso en práctica tácticas similares a las que había usado Odiel con Rose años atrás, aunque pronto descubrió que el acceso a disponer de la vida de su víctima le estaba vetado por Dios. Entonces, al igual que sucedió con el santo Job, se dedicó lleno de rabia a machacarle de forma sistemática, no siendo mayor el castigo gracias a las oraciones de quien ahora era su esposa.

En el momento en el que el padre Juan apareció para intentar librar a Paolo de la opresión que sufría, Melanie tuvo luz verde para personarse también en aquella habitación y materializar la expulsión de Sacel de la vida de su primo.

Efectivamente, se trataba del serafín del que había informado Edualdo, y contrariamente a lo que ella esperaba, no adoptó forma alguna. Se limitó a presentarse como una mancha oscura que perturbaba la dimensión sobrenatural, igual que lo había hecho Odiel.

Cuando Melanie hizo su aparición en aquella habitación, Sacel no pareció apercibir su presencia. Ella le preguntó cuál era su nombre, pero él no contestó. Entonces intentó, como le habían aconsejado, entablar una conversación con él, para, según sus respuestas, conocer algún punto vulnerable por donde intentar atacarle. Pero Sacel continuaba mudo. Desde luego, nada que ver con el locuaz Odiel, quien no había parado de insultarla todas las veces en que se habían encontrado.

Este sin embargo estaba totalmente concentrado en infligir daño a su víctima, quien no paraba de convulsionarse en aquella cama. Una cama a la que miró Melanie, quien, al ver a su primo en tal estado, se dispuso a lanzarse sin piedad contra aquel demonio.

Así, en un instante desplegó contra aquel ser inmundo todos y cada uno de los ataques que le habían enseñado, y los estuvo descargando contra él de forma ininterrumpida, y sin descanso durante un buen rato.

Finalmente, los ataques a Paolo cesaron, y Sacel se retiró. Pero antes de hacerlo, tomó la forma de un licántropo y miro a Melanie con unos ojos llenos de sangre y de odio, que a pesar de todo no consiguieron asustar a aquella heroína.

Los sortilegios que funcionan

Aquella noche la pasó totalmente en vela junto a él, sin parar de rezar el Rosario, algo que también hicieron Adam y Louise a petición de ella. Tras una noche agotadora en la que Paolo pudo dormir y descansar por fin, la mañana siguiente se presentó esplendorosa y serena, como no había ocurrido desde hacía mucho tiempo.

—Oye, rubia, ¡voy a comenzar a creer en tus sortilegios! No sé qué me hicisteis ayer entre tu amigo y tú, ¡pero me habéis dejado como nuevo! —le dijo, cuando se despertó, para después abalanzarse sobre ella y hacer el amor. Cuando terminaron, desayunaron con un apetito que a ella le sorprendió, pues devoraba todo lo que le ponía por delante. Por la tarde salieron a visitar a unos amigos *drifters* que ella conocía y con los que estaba deseando reencontrarse. A Paolo le cayeron muy bien, y a ellos también, sobre todo por las ocurrencias y el don de gentes que tenía el inglés de origen italiano y brasileño que era su marido.

La noche siguiente los dos descansaron a pierna suelta, sobre todo ella, pues se había pasado la noche anterior en vela y estaba agotada. A la mañana siguiente, mientras desayunaban, él le dijo:

—Ayer estuve hablando con Julia.

—¿Julia?

—Sí. Es la mujer de Mario. Tiene novedades.

—No me enteré…

—Fue cuando tú estabas con tu amiga en la cocina. Me llamó y salí al jardín a hablar con ella.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Daba un poco igual ayer que hoy. Así que te lo digo ahora.

—Y ¿qué fue lo que te dijo?

—Tanto Mario como Plinio están en prisión preventiva, y además incomunicados. Por eso me llamó ella. Sigue teniendo algún contacto con una mujer de mi gabinete, que es quien le ha pasado la información. Les acusan de colaborar conmigo, pero esa acusación no tiene recorrido y espero que no les imputen nada. Y respecto a lo demás… es difícil que se demuestre que han estado involucrados en algo, pues el responsable siempre he sido yo, y ellos no han pasado de ser meros subordinados.

—Y, ¿respecto al asesinato del hombre ese...?

—Stefano. Pues ahí pintan mal las cosas. El juez ha abierto diligencias y Mario está formalmente acusado. No sé lo que pasará.

—Bueno, pues salvo eso, al final todo ha salido bien, ¿no? Al menos en lo que tú has tenido que ver.

—Sí, claro. Poco podría yo hacer con respecto a ese asunto, aunque me hubiera quedado en Italia.

—Pues eso. Por lo que hayáis hecho en el Gobierno, ellos se van a librar y tú estás a salvo aquí. Además, yo me he casado contigo, que es lo que quería, y creo que tú también, aunque no lo quieras reconocer. Parece que todo comienza a salirnos bien, ¿verdad?

—Sí, salvo un detalle, que es lo que te quería contar. El dinero que yo tengo en Italia, y el que tengo en Brasil y en las Islas Vírgenes… se ha perdido… definitivamente.

—Bueno, a mí eso me da igual.

—No sé cómo lo han hecho, pero han conseguido relacionar esos fondos con el ejercicio de mi cargo, y un tribunal internacional ha dispuesto que pertenecen al Estado Italiano, al que yo representaba. Así que ya no tengo dinero. Vamos, que estoy sin blanca.

—¿Y eso puede representar algún peligro para que tú te quedes aquí conmigo?

—No, eso no. Hay que demostrar que tienes dinero cuando entras, no mientras permaneces en el país. Cualquiera puede gastárselo, o invertir y arruinarse… no se trata de comprobar en todo momento como van tus finanzas, como te puedes imaginar.

Entonces ella se abrazó con él y se tranquilizó:

—¡Menos mal! Ya me habías asustado… Pero, y a Mario y Plinio, ¿también se lo han quitado?

—No lo sé. No lo creo. El representante del Estado soy yo. A mí me votó el pueblo. A ellos, no.

—Bueno, pues no te preocupes. Lo importante es que ya estás bien, y que estás conmigo. ¿Qué más puedo yo pedir?

—Ya, pero como te digo, de algo tenemos que vivir, prima, el dinero que enviaron tus padres y los míos se acabará pronto, y tenemos que pensar en algo.

—Yo a mis padres no pienso pedirles nada.

—Ni yo a los míos, rubia, de eso se trata —aseveró—. Podría hacer algunas llamadas, aquí y allá, a presidentes de algunas industrias con

las que teníamos trato cuando yo estaba en el Gobierno. El ministro de industria era quien tenía más relación que yo, pero estuve involucrado en algunos procesos… —no me mires así, prima, no todo lo que hicimos fue ilegal, a ver qué te vas a creer—. Bueno, pues lo que te digo, seguro que alguien me podría devolver algún favor. Pero es que no creo que sea conveniente llamar demasiado la atención. Me refiero, decir quién soy.

—Por supuesto, primo, hay que ocultar tu identidad todo lo que podamos, y daremos tu nombre solo cuando sea imprescindible.

—Pues eso es lo que te digo. Si tengo que decir mi nombre cuando me lo soliciten para trabajar en algo que yo me busque como persona particular, pues no hay problema, porque la gente es muy ignorante por lo general, y más para los asuntos que pertenecen a fuera del ámbito de este país. La posibilidad de que la persona que me contrate sepa el nombre de algún político europeo es remota, y además yo puedo siempre presentar mi nacionalidad británica, o incluso brasileña, si fuera necesario. La cuestión es, como tú conoces este país, pues a ver si a ti se te ocurre qué podemos hacer.

—La verdad, Pal, ni me había parado a pensar en ello. Estaba tan preocupada con lo tuyo, que no tenía otra cosa en la cabeza. Pero, claro, tienes razón. Aquí en Chicago… —se detuvo a pensar un momento y luego dijo: —es una ciudad muy dinámica, hay muchas empresas… desde luego yo conozco poco de todo ese mundo, pues yo solo estuve aquí por la música, de eso sí que entiendo… hace unos días había pensado algo en lo que yo me podría ocupar, y quizás lo haga, pero para eso tengo que hablar con Janet.

—Vale, muy bien, y, ¿yo qué?… ¿en qué me entretengo? ¿Eh, Rose?

—Tú estudiaste Derecho, ¿no, Pal? Podrías buscar algo en algún bufete…

—Es complicado. Las leyes no son las mismas en todos los países, y en Londres se rigen por otros códigos que por aquí. Tendría que hacer algún curso de adaptación, o un máster…

—Bueno, pues lo haces. Y si yo encuentro algo, podemos vivir de eso hasta que tú lo encuentres. De todas maneras —dijo, tras pensar un momento—, ahora se me ocurre que por aquí se llevan muchos temas de patentes. De patentes internacionales, me refiero. Quizás ahí no se exija tanto el conocimiento local.

—Sí, eso es buena idea. Las leyes son las mismas y rigen para todo el mundo. ¡Me parece muy bien, prima! —la besó, y después se dispuso a abandonar la mesa. Ella se levantó también, y entonces él se volvió hacia ella. Se acercó y le dijo, agarrándola de la cintura:

—Te quiero, Rose. Estoy contento de haberme casado contigo. ¿No dices que no lo quiero reconocer? Pues ahora ya te lo he dicho. Yo no era una persona de casarme, pero tú sabes que, de haberlo hecho, eras la primera de mi lista. ¿Verdad?

—Claro, Pal. Siempre he sabido que tú y yo estábamos predestinados a esto —le abrazó y comenzaron a besarse y ella le sugirió algo más. Pero él tenía otras cosas en la cabeza, y se soltó de sus brazos.

—Voy a buscar trabajo de lo que hemos hablado ahora mismo; antes de que se me pasen las ganas.

—Me parece bien. Yo esta tarde pensaba quedar con Janet. Apenas hemos hablado desde que llegamos, aunque ella ha estado ocupada con el grupo y tampoco ha tenido mucho tiempo. Le voy a contar lo que se me ha ocurrido, a ver qué le parece.

—Las oraciones sirvieron, Eddy.

—Las oraciones siempre sirven, Melanie. No te quepa la menor duda. Solo se necesita que el sujeto crea y desee salvarse y ser curado.

—Por eso los que bajan al Infierno se condenan, ¿no es así? Porque no desean aceptar la salvación que otros piden por ellos…

—No quieren salvarse, Mel. Es lo que siempre hemos hablado. No hay más que dos clases de personas: las que dicen a Dios: «hágase tu voluntad» y aquellas a las que Dios dice, a la postre, «hágase tu voluntad». Se aferran al pecado y no quieren arrepentirse.

—Mejor reinar en el Infierno que servir en el Cielo. Es lo que dijo el Maligno, ¿verdad? Es como el niño rebelde, que prefiere no cenar ni jugar, a decir que se arrepiente y reconciliarse con sus padres.

—Y lo que dicen todos los hombres que bajan al Infierno. Lo malo es que allí reinan sobre sí mismos, es decir, sobre nadie, mientras que en el Cielo sirven a los demás y por tanto se sirven unos a otros y con eso también son servidos como si fueran reyes.

—En cierto modo se parece la voluntad de los pecadores y la de los demonios, Eddy. Aunque me parece a mí que estos últimos son mucho más malvados. Porque ellos ya nacieron viendo a Dios y aun así le rechazaron. Los hombres sin embargo tienen la visión nublada, o eso me parece a mí, y se creen que pueden ir al Cielo, aun siendo pecadores empedernidos. Piensan que Dios les perdonará a pesar de todo.

—Sí, claro, Dios les perdona, pero solo si se arrepienten. Si se aferran al pecado, es imposible. Al morir reciben la iluminación sobrenatural y participan de alguna manera en la Divinidad, asemejándose a su creador. Esa transmisión de la naturaleza divina les lleva a recibir parte de su esencia, y es ahí donde adquieren la enorme aversión al pecado que caracteriza a Dios. Ese mismo horror al mal que han cometido es tan grande, que ellos mismos se encierran en el Infierno llenos de remordimientos. Porque la Eternidad es una prolongación de la vida misma, Melanie. Según se vive en el Mundo, se vive en la Eternidad. En el fondo solo hay una vida, que empieza cuando una persona es concebida en el seno de una mujer. Ahí empieza todo y no termina nunca. La muerte no es sino un cambio de fase, o como te digo, una prolongación, una extensión de lo que la persona ha hecho en su vida. ¿Recuerdas, Mel, lo que dice el Evangelio de san Mateo, en 18:8?

—Dieciocho – ocho… sí… me parece que es el pasaje del manco, creo. Dice: «si tu mano o tu pie te hace pecar, córtatelo y échalo de ti. Es mejor entrar en la Vida manco o cojo, que, teniendo las dos manos y los dos pies, ser echado al fuego eterno».

—Así es, Melanie. Eres un poco olvidadiza, pero te lo he preguntado porque sé que es uno de los pocos que te sabes. Pues efectivamente es así. Pero, ¿sabes qué? Resulta que el hombre que alcance el Cielo descubrirá que no ha perdido lo que se ha cortado, sino que allí lo encontrará, y mejor de lo que esperaba. Y si se elige el Mundo en lugar del Cielo, resultará que el Mundo fue, desde el principio, una región del Infierno. Pero si lo pone en segundo lugar, tras el Cielo, resultará que desde el principio fue una parte de este.

—Eso es difícil de entender, Eddy.

—No, no lo es. Me refiero a que, lo que le parecía al entrar en él, un valle de lágrimas, cuando mira hacia atrás, resulta que fue un manantial. Y donde la experiencia del momento veía solo desiertos salobres, la memoria le recordará que eran vergeles. El pasado del hombre bueno comienza a cambiar, de manera que los pecados perdonados y los pesares recordados se tiñen de la tonalidad del cielo. El pasado del hombre malo se contamina también con su maldad y se llena de tristeza. Esa es la razón por la que, al final de todo, cuando aquí salga el sol y el crepúsculo se convierta en oscuridad allá abajo, el bienaventurado dirá: «Nunca he vivido en otro sitio distinto del Cielo», y el condenado dirá: «He vivido siempre en el Infierno». Y los dos tendrán razón.

—Pues me parece muy bien, Rose. Yo creo que podrías sacarle mucho partido. En la escuela de música de la ciudad, seguro que encontrarás trabajo. Ya sabes lo conocidas que somos aquí, y siendo tú quién eres, no te lo van a poder negar.

Rose se encontraba en la casa de Janet, donde había ido a comentarle los planes que tenía en la cabeza, y que consistían en dar clases de batería.

—Ahora que ya está bien mi marido, voy a aprovechar el dinero que nos queda para actualizar el chip de mi brazo. El doctor Hammer me dijo que era algo bastante sencillo y no creo que me cobren mucho. Me comentó que estaba dando buenos resultados, y quizás pueda recuperar la movilidad suficiente para poder dar esas clases. Era algo que tenía muchas ganas de hacer, pues muchos bateristas profesionales tienen algunas carencias que yo no imaginaba.

—¿A qué te refieres?

—Pues mismamente, al grupo de mi hermano. Según él, el chico que toca la batería era muy bueno, pero yo vi que no era tanto. Llevaba los ritmos incompletos, sin contundencia… vamos que se podía sacar más partido. No sé cómo Kai no se daba cuenta, con lo creído que se lo tiene. Y ahí fue donde yo sí me di cuenta de que podía aprovechar mis conocimientos en ese sentido. Lo que pasa es que con el brazo de esta manera… pues no me atrevía. Además, comenzó a gustarme más la jardinería y las flores y al final me contrataron en el *conservatorio*, que es el nombre que tiene un jardín con plantas tropicales muy bonito que hay en Londres.

—Oye, y hablando de Scarecrows, ¿cómo le va al grupo de tu hermano? David está pensando en que demos algunos conciertos juntos.

—Les va muy bien. Han conseguido por fin hacerse un hueco en la primera fila de los grupos a nivel internacional, y comienzan a ganar cierto prestigio. Entre Kai y Justin están sacando muy buenos temas, y si a eso le sumas la voz de Silvia… Se parece un poco a la tuya, en cierto sentido.

—¿Silvia sigue en el grupo?

—Sí, había pensado en retirarse con su segundo embarazo, pero al igual que hizo con el primero, al final se ha arrepentido, y continuará en cuanto tenga al niño.

—¿Y qué van a hacer mientras tanto? ¿Contratarán a otra cantante para sustituirla, o se esperarán a su regreso?

—Pues no lo sé, Jan. Desde luego yo no voy a entrar en ese juego otra vez, como te puedes imaginar. Creo que van a continuar sin ella, y por lo que me dijo mi hermano, será él quien cante en su ausencia.

—¿Él? ¿Te refieres a tu hermano?

—Sí, no tiene mala voz. Tanto él como yo somos hijos de Adam y Louise White, ¿recuerdas?

—Claro, Rose, —reconoció la mujer—. Es que como se llama igual que tu tío, toca el mismo instrumento… y hasta viste como él… siempre le comparo con él en todo, y ya sabes, Kai era el mejor en todo… menos en la voz.

—Sí, mi tío no destacaba precisamente por eso. Aunque hacía buenos coros antes de que se incorporaran a su grupo mi madre y mi tía. Pero no es el caso de mi hermano. Él canta muy bien. Ya lo verás cuando actúen, o si lo hacéis juntos.

—Sí, la verdad es que tengo ganas de actuar con ellos.

—Ya verás como lo pasáis muy bien. Y, por cierto, vosotras, ¿qué tal?

—Pues nosotras igual que siempre. Desde la última vez que hablamos, todo sigue igual. Eva y Shirley siguen con su rollo; de Bob Maller, no sabemos cuál es su rollo; y Lorraine y yo, como antes, al frente de todo.

A continuación, las dos mujeres se fueron a la cocina y se dispusieron a prepararse unas bebidas y unos aperitivos, a pesar de que ella no se quería quedar mucho tiempo por no dejar solo a Paolo. Pero la otra insistió y al final decidió quedarse un poco más.

—Oye, Rose, ya sé quién es tu marido. ¡Qué calladito te lo tenías!

—¿A qué te refieres?

—Pues a lo de la política, ¿a qué va a ser?

—¿Cómo lo has averiguado, Janet?

—Es muy fácil, querida. Me dijiste que veníais desde Italia, ¿recuerdas? Solo tienes que introducir en un buscador las palabras «Marengo» e «Italia», y ya te puedes imaginar todo lo que sale.

—Pues sí, ya me lo imagino. Yo precisamente no lo he hecho, porque ya le conozco, pero entiendo que tiene que salir de todo.

—De todo, Rose. Tanto bueno, como malo. Cosas buenas y cosas malas —dijo su antigua jefa, como esperando que ella le dijera algo

más.

—Le tendieron una trampa sus enemigos, Jan. Te puedes imaginar que tenía muchos. Muchísimos. Si a eso le sumas algunas… irregularidades, pues ese es el resultado.

—Pero, ¿cómo le conociste, Rose? Es que de verdad… ¡no doy crédito!

—Pues es muy fácil. Él es sobrino carnal de mi tío Kai.

—¿Ah sí? Nunca me habló de él… o sea que, es hijo de su hermana, ¿no? Tenía una hermana brasileña, creo.

—Sí, su hermana Paola. Hermana por parte de padre. Ella se casó con un italiano, y Paolo es el hijo de ese matrimonio.

—Entonces sois primos…

—No, Janet, siempre con lo mismo, quiero decir, no lo digo por ti, es que todo el mundo dice eso cuando comento estas cosas.

—Espera, sí, ya entiendo. Claro, tu tío Kai era solo tío político, tu tía carnal era su mujer, tu tía Rose, que era la hermana de tu padre.

—Eso es. Él y yo no tenemos la misma sangre… de momento. Y digo de momento porque me parece que estoy embarazada, y ahí sí que se van a juntar las dos sangres.

—¡No me digas!

—Sí. Quizás me equivoque, pero creo que sí. Tengo que hacerme un test de embarazo, pero estoy casi segura. Tengo una falta, me han vuelto los vómitos… Pero esta vez no va a ser como antes, Janet. ¡Esta vez no! Ahora tengo muchas ganas de tener este hijo, *mami.* ¡Muchas ganas!

El amor no es penitencia

—Oye, Eddy, ¿qué me puedes contar sobre el sexo? Yo no puedo comprenderlo, porque no he llegado a nacer, pero tú sí que has estado en el Mundo, y además casada…

—¿Y qué quieres que te cuente sobre eso, Melanie?

—Pues no sé… tiene que ser muy satisfactorio, a juzgar por lo que gozan mis primos cuando lo hacen. En cierto modo me da algo de envidia…

—Bueno, no todo el mundo goza por igual. Los hombres suelen disfrutarlo más, pero hay algunas mujeres que prefieren una buena comida en su lugar, por ejemplo, el chocolate.

—¡Ah, eso no es verdad! Yo he visto comer a mis primos, y tanto él como ella no ponen las mismas caras cuando comen que cuando hacen sexo… ¡ni de lejos! Pero ni él ni ella, ¡eh!

—Bueno, Mel, pero eso es como te digo, depende de las personas. Aunque sí te concedo que a la mayoría de la gente le gusta, y mucho.

—Ya, pero mi pregunta es, ¿por qué eso es así?

—Pues mira, Melanie, el sexo entre dos personas es la máxima manifestación del amor. Hay muchas formas de expresar lo que dos personas se quieren, y el sexo es una de ellas. Y produce placer en sí mismo, porque es el mecanismo que ha inventado Dios para hacer que las especies se reproduzcan. Pero la gran diferencia entre el sexo en un matrimonio y el sexo entre los animales o entre las personas que abusan unas de otras es que el primero es, como te digo, una manifestación del amor, y el segundo es una manifestación del egoísmo.

—¿Del egoísmo?

—Sí, claro, del egoísmo. Porque lo contrario del amor es el egoísmo. Y cuando una persona utiliza a otra para obtener una mera satisfacción placentera sin que la otra también así lo desee, no está dando amor, sino su contrario, está satisfaciendo su egoísmo. Por eso yerran los matrimonios que en cuaresma se abstienen del sexo, «como penitencia». Porque la penitencia consiste en deshacerse del egoísmo y abrazar el amor, y esas personas optan por rechazar el amor, y eso no puede ser.

—Por eso se dice que la cuaresma es el tiempo del amor, ¿verdad?

—Así es, Melanie. La cuaresma es el tiempo del amor, igual que la

Pascua o la Navidad es el tiempo de la alegría. Y la explicación es muy sencilla. ¿Tú sabes por qué existe la Cuaresma, quiero decir, cuál es su origen?

—Sí, claro, la conmemoración de los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto antes de comenzar su labor en el Mundo.

—¿Y por qué hizo el Señor aquello? ¿Eh, Melanie? ¿Cuál fue la razón última que le llevó a venir al Mundo y entregarse y sufrir por nosotros?

—Por amor, Edelberg, ¿por qué si no?

—Pues eso es, Melanie, ¡tú lo has dicho! El amor es el motor de la vida de los cristianos, y todo lo que hacemos tiene al amor como su base y su sustento. En Cuaresma el amor nos tiene que mover a desprendernos del «yo» y abrirnos al «tú». En Cuaresma y en todas las épocas del año, desde luego, pero ahí especialmente. Y eso se consigue venciendo el instinto animal que todos los hombres tienen, y que consiste en ser egoístas y en quedarse con lo que a otros también les pertenece. Por eso la Iglesia propone el ayuno, como medio de desprendimiento de algunas cosas de comer para dárselas a los necesitados como penitencia, que es la limosna. Es una forma de arrinconar el egoísmo en favor del amor. Pero un matrimonio que sigue ese mismo principio para abstenerse del sexo, se está comportando de forma egoísta con respecto a su pareja, pues se está absteniendo de dar lo bueno, de dar lo que pertenece en exclusiva a su esposo o esposa, y que es algo que no puede entregar a los demás. El sexo es una manifestación del amor, y la Cuaresma es el tiempo del amor.

—Por eso del sexo nacen los hijos, ¿no Eddy? Como manifestación del amor.

—Efectivamente, hijita. El fruto del amor entre dos esposos son los hijos, que es la generosidad en sí misma. Es el amor de unos padres que traen al mundo almas para satisfacer a Dios en su empeño de llevar el Amor mismo a cuántas más almas mejor. Es una gran generosidad la de los esposos que tienen familias numerosas, aunque eso implique también un gran sufrimiento.

—¿Es un sufrimiento tener hijos?

—A veces sí, Melanie. Pero es un sufrimiento muy distinto del sufrimiento que origina el mal. ¡Muy distinto! Porque es un sufrimiento que va encaminado a la consecución de un bien, y que se basa en el amor, mientras que el sufrimiento que ocasiona el mal se basa en el egoísmo.

—¿Aunque se haga con buena intención?

—Claro, es lo que te decía. Las personas de las que hablaba antes, las que se abstienen de dar el amor a sus esposos o esposas, se creen que el sufrimiento en sí mismo es deseable, cuando eso es una barbaridad. El sufrimiento es deseable cuando fruto de ese sufrimiento se obtiene un bien, se obtiene algo bueno que es lo que es en realidad el amor. Pero sufrir por sufrir es absurdo, y al contrario de lo que mucha gente piensa, el cristianismo no propone semejante cosa.

—No, claro que no, Eddy. Sufrir por sufrir es malo en sí mismo, y es hasta demoníaco. Pero creo que me he enterado bien del asunto del sexo. Ahora comprendo por qué también se le llama «hacer el amor…».

La oficina de patentes

—¿Qué te ha parecido, Rose?

—Pues no sé, Pal, no me he enterado de mucho. No he querido estar muy cerca. De verdad, primo, no me acabo de acostumbrar a estos inventos. Parecía que ese señor estaba en nuestro salón. No me lo negarás…

Paolo acababa de terminar de hacer una entrevista mediante proyección holográfica con el gerente de una prestigiosa oficina de patentes de Nueva York. Los equipos se habían abaratado bastante desde los días en que Rose tuvo que alquilar uno para las clases con Billy Drake, y el matrimonio había podido afrontar la compra con el dinero que todavía tenían.

—Sí, es todo bastante realista, desde luego. Parecía que yo estaba sentado en su despacho de Nueva York, y desde mi punto de vista parecía que él estaba aquí en nuestro salón. Pero no tenías que haberte marchado. Ya te dije que si te colocabas en el rincón de la chimenea, es imposible que él te viera. Estás fuera del ángulo de la cámara.

—Ya, ya lo sé, pero en una de las ocasiones miró hacia donde yo estaba y de verdad, parecía que me estaba viendo. Estaba es un poco incómoda, y además, no quería distraerte a ti.

—A mí no me distraes por eso, prima. He estado muchos años haciendo esto mismo con gente de todo el mundo y estaban siempre Mario y Plinio a mi lado. Y tratando asuntos de calado, ¡eh! No una mera entrevista de trabajo.

—Claro, pero con ellos tenías confianza…

—¡Ah! ¿Es que no la tengo contigo?

—Bueno, vale, tenía que haberme quedado. Dejemos el tema. Ahora cuéntame lo que te ha dicho.

Paolo se levantó de la silla donde había estado sentado durante la entrevista y tras darle un beso a Rose, se dirigieron los dos hacia la cocina, donde él comenzó a prepararse un sándwich con la intención de picar algo.

—Vas a recuperar todos los kilos que has perdido, primo, ¡no sabes lo que me alegro de que ya estés bien!

—Pues sí, a ver si engordo un poco… y entre eso, y el cambio de peinado, quizás no me reconozcan. Porque este tío me ha reconocido.

¿Eso lo has oído?

—No. Ahí ya no estaba. Solo volví a entrar cuando habló de la casa.

—Pues lo que oyes. A pesar de este *cambio de look*, el hombre no lo ha dudado y en cuanto que hemos comenzado a hablar, casi al principio, me ha dicho quién soy. Debe haber buscado bien en los servidores, a pesar de que no le he dicho en ningún momento que me apellido Marengo.

—¿Has seguido la estrategia de decir que te llamas Paolo Costa?

—Sí, es lo que quedamos, y ya sabes que no estoy mintiendo. Le he explicado que mi época italiana ya pasó, y que como mi madre es brasileña, pues he optado por aplicar la estructura de apellidos que allí se usa, y que consiste en poner primero el apellido de la madre y el del padre después. De hecho, mi pasaporte brasileño así lo demuestra.

—Pero no ha colado, por lo que se ve.

—No, claro. Ha buscado «Paolo Costa» y le ha salido mi madre, Paola Costa y una cosa lleva a la otra, ya lo ves. De verdad, Rose, no sé si hago bien siguiendo la idea de buscar un trabajo «intelectual», ya me entiendes. Casi prefiero buscar algo más sencillo, en un lugar donde sepa seguro que nadie va a buscar nada sobre mí. No consigo deshacerme de mi otro yo, ni siquiera aquí. Ni siquiera, aunque me empeñe en decir a todo el mundo que soy brasileño.

—Pero Pal, por lo que me ha parecido oír en la entrevista, a este señor no le ha parecido mal. ¿No es así?

—No, claro, el hombre estaba encantado. No le importó en absoluto que yo no tuviera experiencia en patentes. Solo me dijo que el hecho de haber llegado hasta donde llegué en Italia demuestra que soy una persona «extremadamente inteligente», según sus palabras.

—Es que lo eres, Pal.

—Calla, prima, por favor, ¡Me recuerdas a Plinio! —dijo, con una sonrisa.

—El viejo te hacía bien la pelota, ¡eh!

—Es un buen amigo, a pesar de todo. Quien sí que es listo es Mario. Una de las personas más inteligentes que jamás he conocido. Lástima que no le hubiera hecho caso en todo lo que me aconsejaba. De haberlo hecho, quizás no me encontraría ahora en esta situación.

—Quizás de haberlo hecho, ahora no estarías conmigo, Pal. Todo en la vida tiene una razón. No hay cosa que suceda en el mundo que no

haya pasado por las manos de Dios, y Él todo lo organiza para nuestro bien.

Los dos se abrazaron y se besaron con cariño, y luego ella le dijo:

—Venga, sígueme contando lo de la entrevista.

—Bueno, lo que te decía. El gerente estaba muy interesado en contratarme y de hecho me ofreció un cargo bastante alto; solo por debajo de él en esa oficina. Y también incluyó como parte del sueldo una casa en un exclusivo barrio en las afueras.

—Sí, eso lo vi. Mostró la casa y los alrededores. No estaba nada mal ¿A ti qué te pareció?

—Sí, no estaba mal. Era un barrio bastante acogedor, y además tenía una escuela infantil muy cerca —replicó él—. Sería un buen ambiente donde poder ver crecer al bebé.

Paolo estaba de pie, apoyado ligeramente en la encimera de la cocina, mientras sostenía una bebida. Rose, por su parte, permanecía sentada en una de las sillas que rodeaban la mesa donde solían almorzar, y estaba vuelta hacia él. Tras unos segundos de silencio, ella le dijo:

—Pero yo no te veo muy convencido, a pesar de todo.

—Es que no quiero que me estén recordando siempre quién soy. Porque a pesar de lo que diga ese hombre, yo creo que va a divulgar mi identidad a los cuatro vientos, y quizás utilizar mi nombre para atraer clientes.

—¿Tú crees que sería capaz de eso?

—No lo sé, Rose. Conozco bien a la gente, es mi especialidad, y conozco también muy bien el marketing y las ventas. Y sé que es una herramienta muy tentadora, un buen reclamo para conseguir contratos. Además, creo que esta oficina también lleva asuntos de finanzas privadas, y quizás sea un ámbito en el que me utilice, pues ahí también estoy muy preparado.

—Si no lo ves claro, déjalo, Pal.

—Sí, lo veo claro, prima. Pero también me preocupa el hecho de que tú tengas que suspender lo de las clases que vas a comenzar a dar dentro de poco.

—Por eso no te preocupes. Si no es aquí, puede ser en Nueva York. Aunque con el niño, quizás me retire, como hacían las mujeres en las bandas en las que estuve, y me dedique a criarlo. Si tú ganas lo suficiente, como parece que va a ser el caso, podría hacerlo. Tengo casi más ganas de eso que de volver a la batería.

El bucólico Huntley Union

La primavera en el estado de Illinois se mostraba esplendorosa, y el buen tiempo continuaba animando a la gente a salir y a hacer la vida en el jardín y explorar los campos de los alrededores del pueblo de Marengo. Es lo que habían hecho Paolo y Rose desde que se produjo la curación de este y mientras buscaba trabajo, y también mientras esperaban la actualización del chip director del brazo de ella.

El cambio climático había suavizado el clima del sur de Wisconsin, y a pesar de estar en el mes de marzo, pareciera que estaban en mayo. Los estrechos caminos que serpenteaban por el Huntley Union de Marengo eran una delicia en esa época del año y sus frondosos bosques casi vírgenes hacían soñar a la pareja con un futuro radiante de felicidad en el que era su nuevo hogar. El sendero recorría un terreno casi llano, aunque no faltaban desniveles y repechos que hacían precipitarse a los arroyos con fuerza, formando cascadas que caían sobre rocas polícromas.

Los días soleados o templados les gustaba pasar el día en el recodo de un pequeño río, un paraje de ensueño que habían descubierto en una de las excursiones que hacían prácticamente a diario. Era un pequeño claro en el bosque, rodeado de hierbas cortas y piedras con musgo y donde el canto de los jilgueros, los arrendajos azules y las currucas se combinaban con el repetir rítmico de los pájaros carpinteros y los esporádicos cucos. Todo ello mientras se oía de fondo el murmullo del río, el particular tintineo del agua al golpear contra las rocas.

Allí pasaban las horas sin fin, tumbados en la hierba o sentados en alguna piedra o en algún tronco de árbol caído, mientras ella se recostaba sobre el regazo de él. Allí pasaban el tiempo, sin saber la hora que era, mientras se contaban todo lo que les había ocurrido en los últimos años.

Ella le habló de Jack y él le habló de Fiorella, y hablaron de esas personas como quien habla de algo pasajero, de algo que fluye por el río de la vida, que aparece de repente y desaparece, y se pierde de vista cuando el río hace un recodo. Transeúntes o navegantes que utilizan la corriente por donde discurre el devenir, pero que no son ni el agua ni la cuenca del río, que siempre permanecen. La cuenca y el agua, el agua y la cuenca, ingredientes sin los cuales no hay río. Esos eran Paolo y Rose, dos partes integrantes de una misma cosa.

Ella le hablaba de sus conciertos, de las giras que había hecho por el mundo, de la gente que había conocido en los cinco años que había estado con su grupo… y él hacía lo propio con las historias de la gente

del MDP y del PDP. Todo ello sin entrar en política, naturalmente. Solo hablaban de las personas, de las costumbres, de las curiosidades… Él jamás habló de nada de lo que había hecho cuando fue primer ministro, ni ella tampoco se lo preguntó. Pareciera que aquellos años que estuvieron sin verse, él no hubiera sido quien fue. Pareciera que ese gobernante hubiera sido otra persona, y no el infame Paolo Marengo. El primer ministro italiano se quedó en el aeropuerto de Niza aquella tarde, y quien salió de la pequeña capilla donde se celebró la boda era otra persona diferente. Una persona que había sido santificada por el sacramento del matrimonio, con la gracia sacramental que perfecciona y eleva. La persona anterior era una persona distinta, que pasó por la Historia como otras tantas han pasado y pasarían después de él. Una persona diferente de quien ahora era el esposo de Rose White, quien ahora se llamaba Rose Costa, el mismo apellido que tomó su admirada y fallecida tía.

Allí estaban una tarde en aquel recodo del río, en aquel remanso de paz y tranquilidad, en su postura preferida. Él sentado en la roca cubierta de musgo, en una pequeña concavidad que simulaba un asiento, mientras ella estaba tumbada en la hierba, boca arriba, con su espalda apoyada sobre el regazo de él.

—¿Cómo conociste a Plinio y a Mario, eh, Pal?

—Plinio vino a mí al poco tiempo de constituirse el partido. Había sido jefe de gabinete del primer ministro en los tiempos en los que gobernaba el MPI, el partido que gobernaba antes de Cassini. Pero cuando perdieron las elecciones se quedó sin trabajo, y me ofreció «sus servicios». Tenía muchos contactos en Proseismedia, la corporación mediática que nos apoyó en la campaña electoral.

—¿Llegaste a ser amigo de él?

—Sí, desde luego, y desde el principio. Aparte de lo hábil que es, yo creo que nos caíamos muy bien mutuamente.

—¿Y Mario? ¿Cómo lo conociste?

—Aquí fue al revés. Yo fui quien lo buscó a él. Fiorella le conoció cuando se afilió a nuestro partido, y luego descubrimos que era «Charly».

—¿Charly?

—Sí, era el nombre de un conjunto de robots encabezado por uno con ese seudónimo, que Proseismedia utilizaba contra Cassini. Y Mario era precisamente quien estaba detrás de él. El pobre hombre estaba allí explotado y trabajaba gratis para ellos. Yo lo rescaté y me asombré de que alguien con su talento estuviera todavía de becario. Así que le dije

que se uniera a nosotros e hiciera el mismo trabajo, pero cobrando, claro.

—Y aceptó, lógicamente.

—Desde luego. Estaba harto de la gente de Proseismedia, y les tenía una manía casi visceral. Ahora entiendo por qué.

—Por el sátiro ese que violaba a todas las chicas, ¿no?

—Sí, claro. ¡A saber cuántos más Stefanos hay por ahí sueltos! Una pena que el país hubiera llegado a ser lo que ha sido. Pero bueno, no hablemos de eso.

—No, desde luego. Sígueme contando acerca de Mario.

—Pues, creo que su mujer va a tener otro hijo.

—¿Tú la conoces? Quiero decir, en persona.

—¿A Julia? Sí, desde luego. Es una mujer encantadora. Y muy guapa, por cierto. Ya tenían tres niños y ahora van a tener el cuarto.

—¿Muy guapa? ¿A ti te gusta?

Paolo la miró y sonrió. A continuación, dijo:

—No es mi tipo. Es morena. A mí me gustan las rubias, ya lo sabes.

Rose inclinó la cabeza hacia detrás para mirarle a la cara, y entonces él la besó en la boca, mientras ella le acariciaba el brazo que tenía más cercano.

—Pues fíjate, a mí me pasa lo contrario. Me gustan los morenos —sonrió.

—¿Los morenos, como Jack? —preguntó—. ¿Cómo era Jack, prima?

—Alto, fuerte, moreno, ojos oscuros, con el pelo ondulado… Era como tú.

—Vamos, Rose, no me puedo creer que un indio Cherokee se parezca a mí. Es como un huevo y una castaña. Los dos son pequeños y redondos, pero nada más.

—¿Quieres que te enseñe una foto?

—No, Rose, las cosas del pasado se quedan en el pasado. Aunque supongo que sería algo parecido al *drifter* ese con el que estuviste antes, ¿no es así?

—Sí, Pal. No en la manera de ser, desde luego, pero sí físicamente. Yo creo que siempre te he buscado a ti. Desde que tú me dejaste la segunda vez, te he estado buscando en otros hombres, sin saberlo.

—Venga, prima, que yo no te he dejado nunca. Has sido tú quien siempre me ha dejado a mí…

—Claro, a la fuerza. Porque yo no te quiero compartir con otras… Tú tienes que ser solo para mí.

Entonces él la besó en la frente, mientras su mano derecha agarraba la suya, en ese gesto de cariño que solían hacer cada pocos minutos de conversación.

—¿Y Fiorella, Pal? ¿Cómo era esa chica?

Él tardó en contestar, pero finalmente lo hizo.

—Pues igual que tú. La conocí en una playa. Ella salía del agua, era una diosa griega: Afrodita. Rubia con los ojos azules… me miró mientras se secaba el pelo retorciéndoselo para que se escurriese bien.

—Tú también me buscabas a mí… Y, ¿por qué la dejaste? —dijo, tras una pausa.

—Fue ella quien me dejó, igual que lo hiciste tú. Y fue por lo mismo de siempre —replicó él, tras otra pausa—. Otra mujer se interpuso entre los dos.

Rose no contestó de inmediato, y él siguió:

—Hubo una mujer que se cruzó en mi vida por aquella época. Una mujer muy rica, que me colmó de favores y a quien saqué muchísimo dinero… ¡Una fortuna, Rose! Un dinero que tenía depositado en un banco de Suiza…

—Dinero que ya no tienes, entiendo.

—Entiendes bien. Fiorella se parecía a ti en muchos aspectos. Y no solo en el físico. Es lo más parecido a ti que he encontrado nunca. Ella me dejó porque acudí a esa mujer, aunque cuando llegué al poder me deshice de ella. Yo quería volver con Fi, y ¿sabes qué? Le regalé todo aquel dinero en un intento de congraciarme con ella.

—Pero no funcionó…

—No funcionó, Rose. Ella se marchó de Italia y fundó una organización para atender a mujeres y niños abandonados en África, y ese dinero ayudó a miles de personas. Por eso digo que se parecía a ti… era muy buena chica.

—¿La echas de menos? ¿La sigues queriendo de alguna manera?

—Se parecía mucho a ti, y la llegué a querer… Pero me quedo con el original.

Ella sonrió y se volvieron a besar. Tras unos instantes, preguntó:

—Esa mujer rica… ¿te refieres a Claudia Antonelli?

—La política te hace tener extraños compañeros de viaje, y a veces te tienes que acostar con el diablo si quieres llegar a alguna parte. Nadie es nada sin el poder de los Medios. Es como una empresa, Rose. Una compañía, una corporación… puede tener un producto magnífico, el mejor de entre su competencia. Pero si no lo conoce nadie, la empresa quiebra y se va a la ruina. Sin el marketing, sin la publicidad… nadie consigue nada en el mundo de hoy —afirmó, y se calló unos instantes, para terminar, diciendo: —Pero no quiero hablar de eso, prima. Son cosas del pasado que pertenecieron a Paolo Marengo. Ahora soy Paolo Costa, otra persona. Una persona que solo te quiere a ti y al bebé que llevas dentro.

En ese momento ella se levantó y se puso de rodillas enfrente de él para estar a su altura, y comenzó a besarle apasionadamente. Desde que supo que estaba embarazada, ya no volvió a vestir sus típicas ropas *drifter*, y ahora llevaba un amplio vestido celeste muy clarito y una gabardina de un color similar, que era sobre la que se había sentado. Tras continuar aquel beso durante un buen rato, ella volvió a sentarse en la misma postura y ya no volvieron a hablar más que para comentar los cantos de los pájaros que oían aquí y allá, y que se confundían con el croar de las ranas y con el gentil murmullo del agua.

Allí, marido y mujer se deleitaban con la belleza de los paisajes del Nuevo Mundo. Cuando no estaban por aquellos bosques, les gustaba pasar el día en las playas que rodeaban la ciudad de Milwaukee, mientras la suave brisa del atardecer peinaba y mesaba el largo cabello rubio de Rose y reconfortaba por fin a su marido.

Salvo los fines de semana, los parajes en torno al lago se mostraban solitarios y les gustaba llevarse la comida y hacer pícnic en un entorno privilegiado como eran las dunas de arena de Kenosha. Las playas, con su oleaje suave, se dejaban mimar con las ramas bajas de los árboles que besaban la orilla del lago Michigan y allí estaban pasando los dos la luna de miel que no tuvieron.

Es lo que habían estado haciendo hasta que las cosas se complicaron. Porque las cosas se complicaron mucho, y además rápidamente.

Despedida en la cárcel

—Estaremos en contacto, Mario. Moveré todos mis resortes para sacarte lo antes posible.

A pesar de que habían hecho todo lo posible para evitarlo, tanto Plinio como Mario entraron finalmente en prisión. Este último llevaba ya un tiempo allí, y le hizo compañía el viejo durante unos meses, hasta que al final fue puesto en libertad. Ahora estaban despidiéndose en el patio de la prisión, asegurándose de que nadie los oyese.

—Nuestro jefe se ha llevado toda la culpa, amigo. Tal y como nos dijo, no han podido encontrar nuestros nombres en ningún documento.

—Desde luego. Y, ¿cómo va lo tuyo?

—¿Lo mío? —contestó Mario, mirando para otro lado—. Esta mañana ha venido a verme Renato.

—¿En persona?

—Como lo oyes.

—Le habrás presionado, ¿no?

—No ha servido de mucho. Mis informes del gobierno no le interesan demasiado.

—Canalla… —masculló el viejo—. Y luego dicen que quieren salvar al país…

—Tardarán más en hacerlo, eso es todo. Lo que quiere de mí es otra cosa.

—¿El qué?

—El asunto de los sindicatos, ya sabes.

—¿Quiere que declares contra ellos?

Mario asintió, y el otro siguió:

—Hazlo. No les debemos nada a esos hijos de puta. También nos traicionaron.

—Ya lo sé, Plinio, pero no puedo acusarles de que fueron «untados» para que no hicieran huelgas generales, sin mencionar también a quién les untó.

—A Paolo…

—Pues claro.

—Un delito más… ¡qué más da! En Estados Unidos está a salvo, de todas maneras.

—Ya lo sé. Pero Renato me asegura que el fiscal retirará las acusaciones e invalidará el proceso del caso Stefano alegando defecto de forma.

—Entonces…

—La cuestión es que no pienso delatarle, Plinio. ¿Es que no lo entiendes?

El viejo miró a su colega detenidamente y se admiró de la lealtad que tenía respecto al que había sido el jefe de ambos durante tantos años. Mario siguió:

—Mi abogado dice que podríamos conseguir el «defecto de forma», aunque llevará más tiempo.

—¿En qué se basa?

—Consiguieron mi ADN de forma irregular, y además, antes de que lo ordenara el juez.

—¿Tienen pruebas?

—Creemos que se pueden conseguir.

—Ya veo —asintió el viejo.

—De todas maneras, aunque invaliden el proceso, corro el riesgo de que lo abran otra vez. Podrían enfocarlo desde otro perjudicado, y estaré aquí… a saber cuánto tiempo.

—No te preocupes por eso, Mario. Tengo un plan que lo evitará. Ahora que estoy libre, pienso ponerme en marcha para desarticular cualquier intento de mantenerte aquí más de lo necesario.

—¿Un plan?

—Sí. ¿Recuerdas a Fanny?

—¿La asistente de Claudia?

—Ajá —asintió—. Ya no está con ella. Ha salido de Italia y ha fundado una organización de activistas contra la explotación sexual. No creo que consiga hacer mucho contra su anterior jefa, aunque lo está intentando con ahínco.

—Y, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Ya lo verás. Empiezan a tener alguna influencia en ciertas esferas… que pueden hacer mucho por tu caso.

Una novena

—Oye, Rose, ¡lo haces muy bien! Anímate, hija, que no todo son malas noticias…

Rose se encontraba en el sótano de su casa de Marengo, donde había establecido una videoconferencia con sus padres. La actualización del chip de su brazo biónico había resultado todo un éxito, y les estaba mostrando cómo tocaba la batería que tenía instalada en ese lugar.

—Y de qué me vale a mí eso, ¿eh, papá? ¿De qué me vale recuperar el brazo, si he perdido otro hijo y encima Paolo vuelve a estar enfermo?

—No te preocupes, Rose —le animó su madre—. Tendrás otro. Solo tienes treinta y dos años. ¡Eres muy joven! Tienes toda la vida por delante, hija. Y Paolo… pues se recuperará, ya lo verás.

—Dios te oiga, mamá. Pero volvemos a estar casi como antes.

—¿Tanto como antes? —preguntó el padre.

—No tanto, papá. Ahora ya no tiene convulsiones, ni delira, ni se fatiga… pero la espalda y el estómago le están matando, y además no duerme… estamos como al principio, o como estaba yo cuando a mí me pasó. Y lo que temo es que vaya a peor… —a continuación, comenzó a llorar.

—No tiene por qué ir a peor, Rose. ¡No tiene por qué! Recuerda que tú tardaste un tiempo en recuperarte del todo.

—Ya, mamá, pero en su caso no ha sido así. Después de que estuvo aquí el padre Juan, fue como un milagro. Al día siguiente ya estaba casi bien, y no volvió a tener más problemas… justo hasta ahora que empiezan otra vez. Y encima ahora la pérdida del bebé…

—Ya tendrás otro, hija, ya te lo he dicho. No te preocupes por eso. Ahora lo que tienes que hacer es olvidarte un poco y seguir con tus oraciones y hacerlas con él si puedes. ¿No me decías que había comenzado a rezar?

—Algo reza, sí, aunque ahora con esto, otra vez, pues la verdad es que está un poco desesperado y lo ha dejado. Al menos esto ha servido para que se reconciliara con sus padres.

—¿Ah, sí? No me habían dicho nada.

—Sí, fue muy emotivo. El otro día se llamaron y se dieron un abrazo virtual….

—Ves, hija, ¿ves cómo no todo es malo? Las cosas van saliendo bien,

poco a poco. Tú no desesperes. Por cierto, ¿qué pasó con ese trabajo que le salió? Me dijiste que había encontrado algo, ¿no es así? Eso es muy bueno para él. Que se sienta útil y no esté pensando siempre en lo mismo.

—Hizo una entrevista, sí. Sería para una oficina de patentes en Nueva York. Pero no está muy convencido. Está muy lejos, y ahora precisamente no tiene ganas de comenzar nada nuevo. Como te digo, está muy desanimado.

—Y tú, entonces, ¿qué vas a hacer con las clases?

—Voy a comenzar a impartirlas, papá. Mañana mismo empiezo. Yo no estaba dispuesta, porque tampoco yo tengo ganas de nada. Esto ha sido un mazazo tremendo, que nos ha dejado destrozados a los dos. Pero Paolo me anima a que empiece, y así lo haré.

—Yo creo que te hará bien, Rose. ¡Te hará bien! ¡Ya lo verás! Y respecto a lo otro, no te preocupes. Mira, hoy quedan exactamente nueve días para el domingo de resurrección. La fiesta más grande de los cristianos. Voy a hablar con el padre Michael para que en la parroquia comencemos una novena a la Virgen para rogar por la curación definitiva de Paolo. Ya sabes que nunca falla. Y sabes también que la Señora suele acudir en ayuda de sus fieles y les concede lo que piden antes incluso de terminar los nueve días.

—Gracias, papá, a ver si esta vez hay suerte. Yo también haré la novena con vosotros por las mañanas, a la misma hora que lo hagáis vosotros por la tarde en Londres. Las clases que voy a comenzar a dar son por las tardes, así que voy a poder hacerlo perfectamente.

Jerusalén, viernes de Pascua 3:00 PM

—Padre Juan, necesito su ayuda.

—Hola, Rose, ¿Qué tal estáis? ¿Qué tal está tu marido?

Aquel jueves santo, una semana después de aquella conversación con sus padres, la novena no había tenido todavía efecto alguno. Es más, la salud de Paolo se resentía por momentos, y el dolor, sobre todo el dolor de estómago, estaba destrozando a aquel hombre. Eran tan fuertes los dolores, que una de las veces se marcharon a visitar el hospital de urgencias de Chicago, pues pensaban que podría estar sufriendo una apendicitis o una peritonitis. Pero como siempre, se tuvieron que volver por donde habían venido, pues en las pruebas que le hicieron no detectaron nada. Le recetaron los analgésicos acostumbrados, que poco o nada le hacían.

Desesperada, Rose llamó al padre Juan, la única medicina que había conseguido hacerle algo en todo el tiempo que llevaban en Estados Unidos.

—Paolo no se encuentra bien, padre. No hemos querido decirle nada porque sabemos que está muy ocupado, pero hace ya algunos días que ha vuelto a tener dolores y…

—¿Está otra vez igual?

—Igual que antes, no. Ya no tiene convulsiones, ni fatiga, ni tampoco delira, pero los dolores y el insomnio le están destrozando. Hemos esperado a ver si se le pasaban, pero ha ido a peor. Se está tomando analgésicos muy fuertes, pero no le hacen nada, y esta tarde, desesperada, me he decidido a llamarle. No soporto verle tumbado en la cama retorcido de dolor.

—Has hecho bien en llamarme, hija. Es más, me tenías que haber llamado antes. Las recurrencias de estas cosas no son precisamente infrecuentes, y más si el paciente no ha puesto todo de su parte para facilitar su curación.

—¿Se refiere a lo de la confesión?

—Principalmente. La confesión que hizo la otra vez, aunque sacramentalmente válida, no fue muy buena que digamos, y se necesitaría otra más… sincera. Dices que ya no delira, ¿verdad? Quiero decir, ¿estaría en condiciones de realizar una buena confesión?

—Estaría, padre. Lo hemos estado hablando, y yo creo que sí.

—Bien, pues eso es lo principal. Después volverá a comulgar y

comenzaremos la Letanía de los Santos otra vez. Y él deberá contestar a las preces de cada invocación. ¿Estaría dispuesto a hacerlo?

—Si el dolor no se lo impide, yo creo que sí.

—El dolor no me importa, Rose. Basta con que lo haga mentalmente o incluso que no lo haga, pero que tenga intención de hacerlo. Con eso es más que suficiente.

El sacerdote se detuvo por un momento a pensar algo, y luego continuó:

—Mira, Rose. Te diré lo que vamos a hacer. Mañana es Viernes Santo. Conmemoramos el día en que Cristo murió en la Cruz. Y no hay poder más grande en el universo que Jesucristo crucificado. Ningún poder en el Cielo, en la Tierra o en el Infierno puede siquiera equipararse a semejante autoridad. Mañana invocaremos ese poder, y ese poder salvará a tu marido. Mañana, a las tres de la tarde hora de Jerusalén, la hora en la que Él murió, que serán… las siete de la mañana en Chicago —calculó—, reclamaremos la ayuda del Señor mediante la intercesión de la Virgen y de todos los santos.

—No puede fallar, Rose, ¡no puede fallar! —siguió—. Yo llegaré a tu casa un poco antes, y Paolo se confesará y comulgará. Después comenzaremos las oraciones preparatorias, y luego la Letanía, para que cuando den las siete de la mañana, el Señor nos encuentre rezando y rogando por la curación de tu marido.

A millones de personas

—Padre, me acuso de haber hecho daño a muchas personas.

—¿A cuántas personas, hijo?

—A millones, padre. También me acuso de haber engañado a mucha gente.

—¿A cuánta gente?

—También a millones. He engañado a millones de personas.

—Pero… eso es una exageración, ¿no? Una forma de hablar, ¿verdad? Supongo que quieres decir, que has engañado y que has hecho el mal a mucha gente. ¿No es así?

—No, padre. Quiero decir que he engañado y he arruinado la vida a millones de personas. Literalmente.

El cura, asombrado, se separó un tanto de él y le preguntó:

—Pero, ¿tú quién eres, hijo?

Paolo tardo en contestar. ¿Cómo iba a decir quién había sido? ¿Qué podía responder? Finalmente, dijo:

—En su día fui un político importante. Pero ahora... —suspiró—, ahora solo soy un humilde servidor de Dios.

Los ojos de Melanie

Cuando murió el segundo hijo de Rose, a diferencia de Catherine, en el Cielo no tenía a ningún familiar directo a quien preguntar por su nombre. Entonces fueron Melanie y Pelusilla quienes se encargaron de hacerlo, y como era un varón, le llamaron Kai, en honor a su padre y marido respectivamente. Así, Kai Marengo se convirtió en un santo de primer nivel, cuya ayuda fue muy valiosa en la lucha contra el demonio que acosaba a su padre, es decir, a Paolo. Pero no era él quien iba a tener el protagonismo en la encarnizada batalla que se iba a librar en el dormitorio de sus padres, en el pueblo de Marengo del estado de Illinois.

En aquella habitación se habían juntado aquel viernes santo sus dos tradicionales ocupantes junto al padre Juan, y cuando aquellas tres almas se reunieron para orar a Dios, el serafín diabólico estaba también allí presente, dispuesto a estropearlo todo. Dispuesto a arruinar cualquier esfuerzo para expulsarle de sus vidas; dispuesto a golpear con todas sus fuerzas al infeliz a quien tenía destrozado.

El sacerdote comenzó a recitar la letanía de los santos, que tras invocar a Jesucristo comenzaba nombrando a la Virgen, la primera de entre todos ellos. A continuación, se citaban a los ángeles, a los apóstoles y después se nombraban por su nombre a todos los santos de mayor relevancia que habían pasado por el Mundo. Después de cada nombre, se debía decir la imprecación “Ruega por nosotros”. Una vez dichos los nombres de pila de cada santo, y para no dejarse a ninguno, se dice “todos los santos y santas de Dios…” Y entonces ahí Rose introdujo el nombre “Melanie” …, y Melanie se hizo presente en aquella habitación. Como la vez anterior, Rose sintió un resplandor interno y entonces sonrió. Sonrió y miró hacia arriba, mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas, solo que ahora eran de alegría. El padre Juan la miró, sorprendido, pero siguieron rezando y realizando todas aquellas invocaciones.

Su prima se hizo presente para luchar el mayor combate de su vida, contra el diablo que acosaba a Paolo, que también era el primo de aquella santa. Un combate desproporcionado, contra un serafín, nada menos, la mayor graduación de entre todos los ángeles que creó Dios al principio de la Existencia.

Allí se presentó Melanie, y allí volvió de nuevo a enfrentarse con aquella fuerza extraordinaria por segunda vez, en el que debería ser el combate definitivo.

Al contrario que la primera vez, en esa ocasión el diablo adoptó la

forma de una enorme y horrible bestia. Melanie prefirió su forma natural, es decir la forma que su ADN humano le hubiera conferido a la edad de 20 años, en caso de haber nacido. Así, se convirtió en una esbelta mujer de pelo oscuro, tez morena y ojos verdes. Los mismos ojos que tenía su padre, los ojos de los que Pelusilla se había enamorado de forma tan apasionada.

La pelea comenzó con los envites tradicionales, que el diablo comenzó nada más personarse la chica en la habitación. Cuando la vio, sonrió para sus adentros, pues no imaginaba que los poderes celestiales osarían enviar otra vez a aquella nonata inexperta.

Entonces lanzó un primer ataque que la muchacha repelió a duras penas. Era un ataque flojo, para probar, pues no era la primera vez que los demonios se daban un chasco por subestimar a los santos.

Pero como suponía, Melanie fue casi tumbada con aquel ataque «suave», y entonces comenzó a descargar toda su artillería contra la muchacha. Lanzó otro ataque, y después otro, y otro, y otro, mientras Melanie era incapaz de responder. Después de unos cuantos envites más, finalmente todos sus escudos sobrenaturales fueron inutilizados, y entonces Sacel comenzó a atacarla directamente a su cuerpo, mediante la bestia animal en la que se había disfrazado.

Primero fueron golpes directos contra su pecho, contra sus piernas y contra su cara, que arrojaron a Melanie contra las paredes una y otra vez, donde se estrellaba profiriendo gritos de dolor. Las cuatro paredes de aquella habitación estaban llenas de sangre, de sangre humana, de sangre de santa de primer nivel.

Al pasar por delante de la cama donde yacía su primo, siempre procuraba colocarse entre él y Sacel para que los golpes al menos le impactaran a ella en lugar de a su primo, pero el estado en el que se encontraba impedía ahora cualquier posicionamiento. Solo podía colocar barreras de energía rodeando la cama, pero eran inútiles. Las mismas barreras que habían aniquilado a Odiel, este otro demonio las atravesaba prácticamente como si no existieran. ¿Sería eso el papel del que hablaba Pierre?, se preguntó.

En cualquier caso, tanto Paolo como Melanie estaban sufriendo horriblemente mientras la bestia continuaba con sus demoledores ataques. Y encima estaba el olor. Un olor nauseabundo a ponzoña y cieno que traspasaba el mundo sobrenatural y se colaba en el Mundo donde estaban aquellos orantes, que se tuvieron que colocar parte de sus ropas sobre la nariz para poder soportarlo. Incluso el propio Paolo se dio la vuelta y colocó su cara sobre la almohada, aun a costa de respirar a duras penas.

Entonces Sacel pasó de los golpes a los arañazos, con aquella zarpa llena de uñas afiladas que tenía la bestia que representaba. Las uñas llenas de suciedad y ponzoña se clavaban en la piel de Melanie, y la desgarraban en jirones cuyas gotas de sangre regaban la habitación mientras la chica huía…

La victoria estaba al alcance de la mano sin que la santa hubiera podido siquiera comenzar a utilizar ninguna de las tácticas de ataque le he habían enseñado los militares. Tácticas que de poco hubieran servido, se dijo, ya que aquella bestia habría traspasado las barreras sin dificultad alguna.

Mientras tanto, las oraciones y las imprecaciones continuaban en el dormitorio, mientras Paolo se retorcía de dolor y lloraba amargamente, intentando repetir como podía las preces que el padre Juan y Rose no paraban de recitar.

Pero Melanie estaba malherida y apenas tenía ya capacidad de reacción. El demonio había avasallado su alma de tal manera, que la pobre carecía de poder para repeler ni uno solo de aquellos ataques con los que el diablo la estaba castigando, y que la destrozaban, esta vez literalmente.

Por fin, viéndola derrotada, Sacel se echó hacia detrás con el objeto tomar impulso y abalanzarse sobre ella para devorarla.

La angustia, el cansancio extremo y el dolor arrasaban el alma de Melanie, que ya no tenía fuerzas para nada. Entonces recurrió a lo único que todavía podía hacer. Con un último esfuerzo de su voluntad, aquella santa pidió ayuda a su madre, a su padre, a su abuelo, a Jack y Catherine Wildcat, a Kai Marengo, a Edelberg… Y todos ellos rezaron a la Virgen. La Virgen María se hizo eco de aquellas plegarias desesperadas, y ella entonces… solicitó el favor de su Hijo.

Todo ocurrió en menos de un segundo, pero no hizo falta más tiempo. En ese momento, la expresión del diablo cambió por completo. Mientras volaba para devorar a Melanie, los ojos de la bestia miraron a los ojos de su víctima y la mirada de odio se transformó, primero en una mirada de asombro, y luego en una mirada de miedo, de terror y de pavor, al ver lo que aquellos ojos verdes escondían.

En efecto, Melanie extendió su brazo derecho, y de la palma de su mano salieron siete rayos de luz blanca y pura que atravesaron a la bestia formando una cruz, y ahora sí, por fin hablaba. Pero no eran palabras precisamente las que salían por aquella garganta horrible, sino alaridos de dolor que hubieran estremecido al más valiente de los capitanes. Gritos de agonía, aullidos de tortura que precedieron a su desplome, mientras la bestia se retorcía horriblemente sin parar de

proferir todos aquellos terribles gritos.

Por fin, Sacel cayó fulminado en el suelo, justo en el momento en el que el sacerdote decía la última palabra de todas aquellas oraciones. Al decir «Amén», aquel ser inmundo se desplomaba inerte para después descender hacia lo más profundo del Infierno, de donde no volvería a salir nunca. El olor nauseabundo desapareció por completo, y ahora una dulce fragancia de rosas perfumaba toda la estancia. Paolo por fin dormía plácidamente, sin que las pesadillas le volvieran a atormentar jamás.

La fuerza del amor

Una vez más, y como no podía ser de otra manera, el bien había triunfado sobre el mal, y la fuerza del amor se había manifestado en todo su esplendor. El amor de Rose por su esposo había movido a los poderes del Cielo y había hecho posible la conversión de su marido y la derrota de su más tenaz y poderoso enemigo. Porque quien salvó a ese hombre no fue Melanie, sino Rose. Ella fue quien movió cielo y tierra por el amor que sentía por él, y puesto que no hay poder ni fuerza más grande que el amor, la conclusión no podía ser otra que la que fue.

Porque, ¿quién iba a derrotar a Sacel? ¿Un querubín? ¿Un arcángel? ¿Un ejército de ángeles comandado por San Miguel? ¡No! ¡De ninguna manera! Tenía que ser Melanie, una nonata; porque Dios se complace en el pobre, en el humilde, en el insignificante… y a ese… a ese le dota de todo su poder. Como hizo con David para derrotar a Goliath, como ha ocurrido en tantas ocasiones en la Historia de la Salvación.

La fuerza del amor, y por supuesto, el amor de Dios por sus criaturas, había derrotado una vez más a las fuerzas del mal.

EPÍLOGO

—Hola, Paolo.

—¡Mario! ¡Qué alegría! ¿Por fin te han soltado?

El júbilo del antiguo primer ministro estaba justificado. Hasta ese momento solo había podido saber de su amigo a través de Julia, que era la persona que le mantenía al corriente de los avatares judiciales en los que su antiguo colaborador se veía inmerso. Como no estaban permitidos los teléfonos móviles en las prisiones, el hecho de recibir una llamada con su propia voz y con el número que él tenía guardado en su agenda era síntoma evidente de que estaba en libertad.

—Ajá —respondió el otro, con satisfacción—. Por fin se demostró que Peroni intervino antes de que lo ordenara el juez, con lo que el caso está sobreseído.

—O sea, que ya no hay caso, por defecto de formas.

—Exactamente. Igual que sucede cuando se toman grabaciones sin autorización judicial. Lo que no sé es si Renato se buscará algún otro ángulo desde el cual atacar.

—No lo creo, Mario. Ellos ya están en el poder y es lo que querían, ¿no? ¿Para qué trabajar en algo que no les va a reportar nada?

—No lo sé. Claudia debe estar muy rabiosa porque te has escapado, y quizás les apriete para que vayan a por mí.

—Lo dudo. Conozco bien a esa mujer y sé que no se conforma con bocados menores.

—Ojalá. En cualquier caso, siempre podré contar con Plinio.

—Eso por descontado. Cuando se empeña en algo, ese viejo zorro siempre se sale con la suya. Por cierto, ¿sabes algo de él? Hace tiempo que no me contesta las llamadas...

—Bueno, estará muy ocupado con su nuevo amorcito.

—¿Con quién?

—¡Ah! Pero, ¿no lo sabías?

—No me dirás que se ha echado una novia, ¿eh?

—Sí, y no una novia cualquiera, precisamente.

—¿En serio que tiene novia? ¿Quién es?

—Jajá, no te lo vas a creer —hizo una pausa.

—¿Yo la conozco?

—Me temo que sí. Y no solo superficialmente, yo diría.

—Venga, Mario, me tienes en ascuas. Dime quién es.

El otro soltó una risita socarrona a través de la línea, y luego lo soltó:

—Fanny.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—¿Fanny? ¿La Fanny que yo conozco?

—Ajá —afirmó—. Se marchó de Italia huyendo de Claudia y creo que nuestro viejo amigo ha dado con ella.

—Sí, sabía que se había «escapado», pero… —Paolo no terminaba de creérselo—. No será una broma, ¿no?

—¿Una broma?

No, desde luego que no lo era. Mario no era una persona de bromear, y finalmente intentó asumirlo:

—Pero, ¡no se parecen en nada!

—Bueno, quizá sea por eso. Los extremos se tocan. ¿No lo has oído decir?

—Yo creo más bien que este tío le ha debido prometer algo, y ella se lo ha debido de creer. Fanny era… y es, por lo que veo, una ingenua, y se ha dejado llevar.

—Pues, por lo que me ha dicho el viejo, están muy enamorados.

—Increíble…

—Pues sí. Al final va a resultar que son almas gemelas.

—Jajá —se rio—. En fin —hizo una señal con la mano—. ¡Cómo te echo de menos, amigo! Ahora que estás libre, ¿por qué no vienes por aquí algún día? Yo no puedo salir de Estados Unidos, pero tú sí puedes venir.

—¿Ir yo? ¿A Estados Unidos?

—¡Ah! Claro… No te has enterado.

—¿De qué?

—Bueno, mientras tú estabas en prisión, por aquí han cambiado algo las cosas. Resulta que ahora este país admite turistas.

—¿Ah sí?

—El nuevo presidente de la nación ha estado bastante presionado por las multinacionales del sector, y han abierto algo la mano. Sobre todo,

ahora que han inventado el avión que vuela con hidrógeno, y ya no contamina.

—¡Vaya! Pues se les va a llenar el país de inmigrantes. Con la excusa del turismo van a recibir a millones de personas que lo que buscan es…

—No, espera, espera. Eso mismo es lo que decía el partido de la Oposición, y razón no les falta. Pero van a establecer algunos controles muy estrictos, con los que esperan que eso no ocurra.

—Hagan lo que hagan, no lo conseguirán.

—Sí, lo mismo creo yo. Hablan de poner pulseras que emiten una señal de geolocalización que avisaría a Inmigración cuando esta se desconecta. Las personas pasarían a estar en búsqueda y captura.

—Esos sistemas pueden ser burlados.

—Desde luego. Aunque según ellos, se basan en una nueva tecnología bastante sofisticada. Pero bueno, los cupos van a ser limitados por el momento, y según se porten los que vengan, verán qué hacen. Pero, lo que sí se permite ya es recibir visitas. Rose —que es la titular de la residencia—, puede enviar una invitación personal y se hace responsable de que os vayáis en una fecha determinada. Si eso no ocurriera, tendríamos responsabilidades penales y fuertes multas, aparte de lo que os harían a vosotros, claro.

—Hombre, eso ya es otra cosa…

—¿Qué te parece?

—Me parece bien, claro. Pero, aunque soy libre, resulta que no tengo un céntimo, Paolo. Y para viajar en avión… hace falta una fortuna.

—Ya no tanto. Como te digo, con el avión propulsado por hidrógeno ha eliminado el impuesto por contaminación y…

—Aun así.

—Excusas, Mario. Además, yo tengo algo de dinero. He comenzado a trabajar vendiendo coches, y la verdad es que, ¡estoy haciéndome con un dinerillo!

—Oh, no, eso no podría aceptarlo. Yo…

—Vamos, no sería la primera vez. ¿Qué es lo que yo te he dicho siempre?

—Sí, ya lo sé, que el dinero no es un problema, pero…

—Pues eso mismo. Considéralo una invitación. Tú has hecho por mí mucho más de lo que yo merecía, y ya va siendo hora de comenzar a

pagártelo de alguna manera.

—Venga, no digas tonterías. Entre amigos no existen las deudas. Pero, ¿en serio que puedes permitírtelo?

—Desde luego. Además, Rose terminó de pagar la actualización de su brazo y también está dando clases de batería. Estará encantada de que te vengas con Julia y tus chicos a pasar unas vacaciones con nosotros.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro. Ella está aquí a mi lado y me está insistiendo en que vengas. Le iba a decir a Plinio que también viniera, aunque, si está tan "ocupado"… No, no sería una buena idea —se retractó—. No creo que Rose se sintiera muy cómoda, sabiendo que Fanny me pretendía —la miró y guiñó un ojo—. Pero tú sí, Mario. Además, estoy seguro que tu mujer y la mía se van a caer muy bien. ¡No puedes decir que no!

Un negocio de automóviles

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, hija! ¿Qué tal estáis? ¿Qué tal está Paolo?

—Estamos bien, mamá. Yo sigo con las clases y él con su trabajo.

—El negocio ese de coches usados, ¿verdad?

—Sí, allí sigue. ¡Está encantado! Los coches siempre han sido su pasión, y allí está más feliz que en la oficina de patentes. A él le gustan las relaciones sociales, el trato con la gente…

—Y ¿qué tal? ¿Sigue vendiendo mucho?

—¡Uy! ¡Ya lo creo! ¡Los vende como rosquillas, mamá! Son vehículos que están para el desguace, pero él los consigue colocar todos. Tiene mucha labia, ya sabes.

—Sí, ya sé, ya sé… Y, el nuevo embarazo, ¿qué tal lo llevas? —le preguntó. Pero la hija tardaba en responder—. ¿Eh, Rose? ¿Estás ahí, Rose? —insistió, tras unos segundos en los que no oía nada— ¿Se ha cortado la llamada, Rose?

—No, mamá, sigo aquí.

—Ah, perdona, es que, como no oía nada…

—Lo he perdido, mamá. He perdido al bebé… —respondió, tras comenzar a llorar—. Ya van dos veces mamá… Ahora que parecía que había cuajado… ¡Ahora que parecía que iba a prosperar!

—Bueno, hija, no te preocupes. Verás como otra vez lo consigues. ¿Qué te ha dicho el doctor Hammer?

—Pues que es un problema derivado del… del…

—Sí, ya te entiendo hija, no hace falta que sigas. Pero, ¿tiene arreglo?

—El doctor cree que sí. Si vuelve a suceder, intentaremos una operación para corregir unos problemas relativos a la fijación de la placenta. A pesar de todo, estoy muy esperanzada, mamá.

—¡Ya verás como sí, hija mía! ¡Ya verás como sí! Se lo diré a tu padre y comenzaremos un grupo de oración en la parroquia. Ya sabes que eso nunca nos ha fallado. Ten esperanza… ¡Estoy ansiosa por que me des un nieto!

—¡Yo también, mamá! ¡Yo también!

Encuentro en el Purgatorio

—Entonces, Eddy, cuando mi padre y mi abuelo se encontraron en el Purgatorio, ¿qué fue lo que pasó? ¿Mi padre estaba destinado a estar allí? Debió estar poco tiempo, porque él está ahora aquí en el Cielo con mi madre…

—Kai le guardaba rencor a João, aunque con el tiempo ya le quedaba muy poca de aquella rabia que tenía al principio. Pero él purgó con las aflicciones de la vida todo aquel resentimiento, así como los pecados de su vida anterior, antes estar con tu madre. Ya te dije que lo pasó muy mal cuando murió Pelusilla, y fueron casi cinco años de inmenso dolor.

—¿Por eso estuvo poco tiempo?

—Sí. Aunque poca, aún quedaba algo de aquella rabia, y nada más morir visitó el Purgatorio. Pero era una estancia temporal, más temporal de lo habitual, y estaba supeditada a que perdonara a su padre, como así sucedió. Cuando se vieron en el nivel catorce, padre e hijo se perdonaron en una escena muy, muy enternecedora, y tu abuelo ascendió al cielo inmediatamente. Y entonces cumplido el trámite —siguió Edelberg—, tu padre estaba ya listo para ser recogido, y, ¿adivinas quien vino a por él?

—¿Mi madre?

—Efectivamente. Pelusilla hubiera querido ir a por él nada más morir, pues llevaba ya cinco años esperándole con ansiedad. Pero la tuvieron que sujetar, pues en cuánto Kai murió, salió disparada hacia él. La tuvieron que frenar, porque aún quedaba pendiente el trámite del perdón hacia tu abuelo, y sin eso no podía subir. Eso sí, en cuanto lo hizo, los dos se reunieron y se fundieron en el abrazo eterno de amor en el que todavía continúan los dos. ¿No es enternecedor, querida Melanie?

—¡Ya lo creo, Eddy! A veces les envidio por todo ese amor que se tienen. Una pena que yo nunca haya nacido y por tanto no me haya podido casar. Aunque me conformo con el destino que tengo. En Salvamento estoy haciendo mucho bien… El mismo bien que hacen todos los bienaventurados en los destinos que tienen. Porque, Eddy, lo que no sé es cómo coincidieron mi abuelo João y Jack Wildcat para que los dos se juntaran en Exploración…

—¡Ah! Pues eso es muy fácil, Mel, fue a través de los hijos de Rose, es decir, de Catherine y de Kai Marengo. Kai le habló a su hermana de su bisabuelo, y ella se lo contó a su padre. Y entonces hicieron por

conocerse, y se juntaron en un planeta de la galaxia de Andrómeda que el primero estaba explorando. Y desde entonces se hicieron amigos y van juntos a todas partes.

—Otro destino fantástico, Eddy. También es de envidiar ir por el universo de galaxia en galaxia descubriendo planetas y formas de vida alienígenas. ¿No te parece?

—Bueno, eso va por gustos, hijita. A mí desde luego no me atrae mucho. Yo prefiero quedarme en la Tierra, que ya me la conozco. Pero estoy segura de que Dios se complace mucho con que esos dos, y todos los demás exploradores vayan por ahí descubriendo mundos… Sí, pensándolo bien… tiene que ser muy emocionante… Aunque te lo sigo diciendo, yo me quedo en la Tierra.

—Oye, Eddy —preguntó, cambiando de tema—, pero… ¿tú como sabes tantas cosas? Sí, ya sé que llevas aquí mucho tiempo, que llevas trescientos años… Pero esto que me has dicho de Jack y de João no lo puedes saber por llevar tanto tiempo. Esto son cosas recientes… Vamos, que yo ya estaba por aquí, y si no es porque tú me lo has contado… pues no me entero.

—Bueno… yo… es que me lo dicen… me lo cuentan. Eso es, me lo cuentan.

—Pero, ¿quién? ¿Quién te lo cuenta? Porque yo ya llevo aquí algunos años, y
¡a mí nadie me cuenta nada!

—Pues la verdad… la verdad es que yo sigo siendo un poco chismosa, Melanie. Tengo muchas amigas, y también algunos amigos en Vigilancia, y me lo cuentan. Sobre todo, cuando se enteran de cosas de nuestra familia. Y yo… pues no pierdo detalle. Esa es la verdad.

—Ya veo, Eddy. Aunque me parece a mí que los de Vigilancia se pasan un poco de la raya… ¿No deberían estar vigilando a los del Mundo?

La mujer se quedó callada, sin saber qué decir. Aquella pequeña ya se estaba haciendo mayor, y se comenzaba a dar cuenta de las cosas. Así que siguió como si no hubiera oído nada y prefirió ignorar su último comentario:

—De hecho, a la hora de elegir destino, estuve a punto de elegir Vigilancia… pero me lo pensé mejor, y elegí Salvamento. ¡Hay todavía muchas almas que salvar!

El equipo fantástico

Cuando terminó la Enseñanza, Kai Marengo fue seducido por los fabulosos descubrimientos que su tío Jack y su bisabuelo João hicieron en Andrómeda, y eligió Exploración como destino. Los ruegos de su hermana Catherine y de su tía Melanie no fueron suficientes ante el atractivo que supuso la monitorización de aquellas apasionantes formas de vida. En cualquier caso, el chico les avisó de que estaría disponible en caso de cualquier necesidad.

El segundo hijo que perdió Rose fue llamado Adam, en honor al abuelo materno, y este sí consiguieron que se enrolara en Salvamento. Y junto con su hermana y su tía formaron un tridente magnífico de santos de primer nivel que consiguió ser el terror de muchos demonios.

Así las cosas, la cantidad de almas que consiguieron salvar los descendientes de Edelberg se contaban por docenas. Melanie, Catherine, Adam y la propia Eddy formaron un equipo fantástico que regalaron la bienaventuranza eterna a muchas personas que estaban en grave peligro de condenación. Se hacían llamar el equipo «F» por aquello de «fantástico».

Ellos no conocieron al infausto Stefano, y no pudieron evitar que se condenara en el Infierno, donde lloró eternamente por todos los abusos que cometió. Pero sí conocieron a las personas con quien Paolo se relacionó después, y a quienes todas sin excepción consiguieron salvar.

No fue mucho esfuerzo para el equipo «F» conseguir todo aquello, aunque tuvieron que sudar tinta para salvar a Plinio y Fanny. Aunque en el fondo eran buenas personas, se las vieron y se las desearon para que se casaran, cosa que hicieron al cabo de unos años de comenzar su relación. La mujer oriental consiguió librarse de Claudia cuando su paroxismo se volvió insoportable, y por «casualidades de la vida» se juntó con Plinio.

Dicen que los polos opuestos se atraen, y eso fue lo que pasó entre aquellas dos almas. Fanny había tomado el gusto a dar azotes, y buena tanda de ellos recibía el viejo zorro cada vez que se pasaba de la raya en sus maquinaciones.

El equipo «F» se anotó otro triunfo con aquellos dos, aunque se tuvieron que emplear a fondo para salvar a Claudia. En su caso tuvieron que sufrir muchísimo, pues aquí se había vuelto a dar otro caso de influencias demoníacas.

Al igual que ocurrió con Rose y Paolo, allí también se dio un caso de «contagio», por la relación que mantuvo este último con aquella mujer.

Sacel abrió un canal en Claudia al que pensaba volver al terminar de machacar al primo de Melanie, pero su obstinación en destrozarle fue retrasando esa vuelta, hasta que ya fue demasiado tarde y su derrota le impidió volver a acercarse a los hombres durante toda la eternidad. Pero el canal estaba ahí, y otro serafín lo penetró y se alojó con la dueña de Proseismedia.

Décadas de sufrimiento destrozaron la vida de aquella mujer, y solo la determinación de aquellos santos en su lucha contra el mal consiguió por fin, derrotar a ese otro demonio. Porque Claudia no facilitó las cosas en absoluto. Fue necesaria la incorporación provisional de Kai Marengo al Equipo «F», pues una terna de hermanos de primer nivel luchando en equipo era prácticamente invencible.

Porque no fue hasta el final de sus días, cuando por fin se convirtió y creyó. Ya en los albores del siglo XXII, en una residencia de monjas de las Hermanas Carmelitas, se reencontró con Luigi Carutto, su anterior subordinado, y los dos volvieron a rememorar juntos, como hermanos, las pocas cosas buenas que les habían unido tantos años atrás.

El grupo de oración de la parroquia de Adam y Louise en Londres se mostró infalible una vez más, y Rose consiguió engendrar y dar a luz a una preciosa niña.

Los ojos color turquesa de Rose y los castaños de Paolo se fundieron en unos grandes ojos pardos que iluminaron la cara de una chiquilla guapísima. Una niña morena que se llamó, como no podía ser de otra manera, Melanie.

La madre había ofrecido una promesa a la Virgen de la Esperanza de pasar un verano en algún país de África ayudando a los necesitados, tal y como había hecho Fiorella, si conseguían tener a aquel bebé.

Y efectivamente, cuando la otra Melanie Costa cumplió dos años, los tres miembros de aquella familia se marcharon a Uganda, el único país africano al que podían viajar.

Allí pasaron varias semanas sirviendo y enseñando a los miembros de las familias más pobres de la zona, mientras hacían de cooperantes a través de la Acción Católica Italiana.

La experiencia fue tan gratificante, que cuando se acabó el verano decidieron quedarse durante más tiempo, y finalmente se quedaron allí definitivamente.

Su facilidad para los idiomas, la increíble labia y el don de gentes de Paolo se utilizaron esta vez para el bien, y mediante su palabra y el ejemplo de aquella familia se convirtieron al catolicismo muchísimas almas. Aquel hombre se transformó en todo un predicador de primera clase, es decir, de primer nivel, y con la ayuda de algunos sacerdotes locales fundaron la Misión de la Esperanza.

También Rose aprendió suajili, y sus ganas de ser madre se vieron satisfechas ampliamente, pues como directora de la escuela de la misión tuvo a su cargo a docenas de niños que le llamaban «mamá Rose».

Una misión y una escuela cuya fama pronto trascendió las fronteras de aquel país y era visitada desde naciones cercanas como Congo, Tanzania y Kenia.

Respecto a Mario, a pesar de que su caso estaba cerrado, no le faltaron enemigos que quisieron reabrir su caso. Pero ahí fue cuando aparecieron Plinio y Fanny orquestando toda una campaña mediática en las redes sociales, donde denunciaron todo lo que había hecho el infausto Stefano, y convirtiendo a Mario y a Julia en víctimas de aquel

ser malévolo. La presión social consiguió frenar las intenciones de sus enemigos, y la pareja de periodistas gozó de una popularidad que les permitió fundar una agencia de noticias, un proyecto que venían acariciando desde hacía tiempo.

La gran profesionalidad, tanto de Julia como de Mario, convirtió aquella agencia en una exitosa empresa con la que vivieron de forma suficiente, denunciando todo tipo de injusticias. Sin embargo, solo pudieron reunirse una vez con Paolo y Rose, pues, como suponían, enseguida se volvieron a cerrar otra vez las fronteras. La oleada de inmigrantes que recibió el país procedente de la depauperada Europa arrasada por los populismos fue de tal calibre, que no tuvieron otra opción más que volver a la situación anterior, ante la amenaza de volverse como aquellos países.

Así las cosas, a los Sacche no les quedó más remedio si querían volver a ver a sus amigos que viajar a Uganda, y así lo hicieron al pasar junto a sus hijos un mes de vacaciones en el país africano.

Como ya habían supuesto, Julia y Rose se hicieron muy buenas amigas, y eso sirvió para que la italiana lograse convencer a Mario a partir de entonces para pasar las vacaciones de verano con ellos. Y eso hacía las delicias de Rose, quien se deleitaba con los hijos de Julia, a quienes llegó a considerar como los sobrinos que nunca tuvo.

Finalmente, aquella pareja de grandes periodistas y comunicadores, usaron el poder de la prensa que habían aprendido a manejar, y promovieron una iniciativa popular para conseguir el indulto de Paolo.

Su agencia de noticias y otras cadenas afines católicas se dedicaron a exponer sin descanso las labores que la familia del antiguo primer ministro estaban desarrollando en Uganda, y eso llegó a promover una solicitud de perdón que finalmente tuvo éxito. Las fotos y vídeos de Paolo, Rose y Melanie sirviendo a los pobres de Uganda, hablando suajili, vistiendo como ellos y comiendo lo que ellos comían, dieron la vuelta al mundo y movieron los corazones de los italianos.

Desde entonces, Paolo ya fue libre para moverse por el mundo, y de esa manera aquella familia pasó algunas temporadas en Italia junto al matrimonio Sacche, aunque sin abandonar nunca sus labores en la Misión.

También visitaron Londres, donde Vittorio Marengo pudo abrazar a su hijo, después de tantos años y desencuentros. Y por supuesto, Rose no dejó pasar la ocasión de visitar a los suyos e incluso cantar en algunos conciertos, en espacios reducidos, eso sí, junto con sus incombustibles padres. Unos abuelos que por fin consiguieron su deseo de tener una

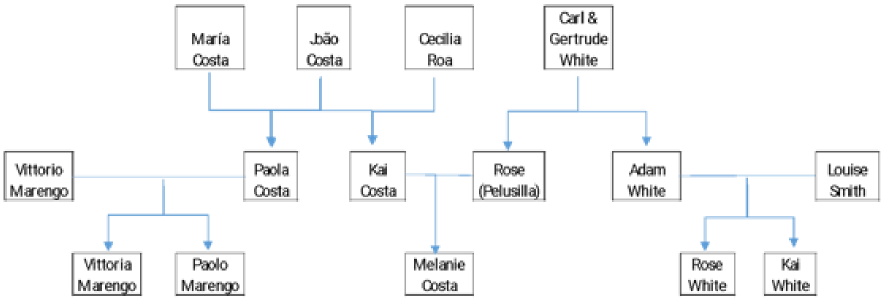
nieta, que alegró los días de su vejez.

Cuando los hijos del matrimonio Sacche fueron mayores, y fruto de su amistad con Paolo y Rose, tanto Mario como Julia sopesaron abandonar Italia y marcharse junto a sus amigos a Uganda. Pero finalmente decidieron quedarse y se convirtieron en una especie de sucursal italiana de aquella misión, desde donde años después, con la mejora económica del país, pudieron transferir los fondos recaudados hacia el lugar de sus amigos. Y ya con el tiempo, muchos años después, Melanie Costa se casó con uno de los hijos de Mario y juntos tuvieron muchos hijos e hijas.

Al final, como se dice popularmente, Dios no da puntadas sin hilo, y si Él consintió que el marido de Rose fuera acosado de esa manera por el Demonio, no fue, sino para abonar un campo estéril de manera que produjera abundantes frutos.

Como decía siempre Edelberg, cuando los hombres se desvían del camino de Dios, del camino del amor, se ven en muchas ocasiones abocados a volver a él mediante el sufrimiento, y a veces con sufrimiento extremo. Pero es como el estiércol que se deposita sobre un campo. Quien no conoce lo que sucede después, se piensa que es estropear el terreno, cuando en realidad es todo lo contrario. Es prepararlo para que más tarde produzca abundantes frutos. El fruto que conduce hacia la Vida Eterna.

Árbol Genealógico



Puedes contactar con el autor escribiendo un correo electrónico a: xanticore@live.com